

La mensajera del BOSQUE

Maite R. Ochotorena



La muerte acecha en las calles de Madrid.
Pero hay algo más... un misterio que lo cambiará todo...
para siempre

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Epílogo

«La Mensajera del Bosque»

«La Mensajera del Bosque»

Maite R. Ochotorena

Título: «La Mensajera del Bosque»
copyright © 2018 by Maite R. Ochotorena
Primera Edición: 2072018
ISBN:
Versión Kindle
Cubierta: Nerea Gurutzeta, de Imagina Designs

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

«Las sombras de un futuro incierto se ciernen sobre el hombre. A medida que se apaga la esperanza y la naturaleza se marchita, la madre tierra llora lágrimas de sangre. Donde una vez crecieron bosques y hubo vida, se extiende sin aparente freno el suspiro amargo de la avaricia y el afán por dominar el mundo.

Ojalá el hombre recuerde cuál es su lugar en la tierra, ojalá recuerde el amor por los bosques y los animales, un amor que anida en su alma, porque su alma pertenece a la naturaleza y forma parte de ella. Su destino está unido a la tierra y perecerá con ella, o... vivirá en ella»

Capítulo 1



Despertar y no saber dónde estás; despertar y sentir que tu mente es un coladero por el que se vierten tus últimos recuerdos, tan velozmente que no logras recuperarlos; despertar con la certeza de ser la presa en una trampa cuyo alcance aún no logras comprender... porque te han robado las claves para desentrañar sus secretos.

Despertar y entender que estás a salvo, pero no de qué. Saberte libre, pero no por qué...

Hubo un chasquido. Cris se incorporó de golpe. Parpadeó, desorientada. ¿Dónde estaba? Miró alrededor. Se encontraba en una cama desconocida, en un bonito cuarto desconocido, con paredes y techo de madera. Olía a fresno, un poco a humedad, y a tierra mojada. Una única ventana a su derecha le permitía vislumbrar algo de un exterior sombrío: árboles, un bosque tal vez.

Tenía la vista algo nublada. Se frotó las sienes con los dedos. Le zumbaba la cabeza. Era como haber dejado entrar en ella un enjambre de avispas furiosas, el ruido de sus alas sofocaba su mente hasta lo indecible. Pestañeó, tratando de situarse. Temblaba como una hoja y una sorda desazón poblaba su cuerpo. Se encontraba enferma y debilitada. Sudaba... Se pasó la mano por la frente, la tenía cubierta de un sudor frío y pegajoso. ¿Y su ropa? Llevaba puesta una camiseta negra de manga larga que no era de su talla, demasiado grande, estampada con un motivo rockero heavy... No era suya.

Se llevó una manga a la nariz y aspiró su perfume. Olía bien... Incluso creyó percibir un fondo familiar que... No. Había estado a punto de tener un recuerdo, pero no...

La soltó con frustración y miró alrededor, cada vez más nerviosa. Se le escapaban los recuerdos. Trató de pensar, navegar hacia atrás en el tiempo y descubrir cómo había llegado allí... Pero su memoria se escabullía hacia un fondo insondable al que no lograba acceder...

Lo dejó. Le iba a estallar la cabeza.

Se tocó el cabello. Estaba algo húmedo, como si se hubiera acostado con el pelo mojado, y perfumado... lo que significaba que se había duchado. ¿Cuándo...? Al otro lado, sobre una silla, estaba su ropa, arrugada de cualquier manera. A su lado, en una sencilla mesilla de noche, descansaba su móvil, enchufado a una toma de la pared. También había un vaso de agua.

Se mordió el labio inferior. Era como ser la protagonista de una broma macabra. ¿La habían secuestrado? ¿Qué hacía allí? ¿Dónde estaba? Las preguntas se agolpaban en su mente, atosigándola.

«¡Para! Para...»

Procuró calmarse. No era víctima de un secuestro. Estaba segura. Aunque no entendía «cómo», sabía que no. Además, su móvil estaba allí, sobre la mesita. Ningún secuestrador le dejaría a su presa un teléfono. Lo cogió, y entonces descubrió, debajo, una nota doblada.

—...qué...

Le resultó extraño escuchar su propia voz en el silencio. Abrió la nota de inmediato, tan impaciente, que casi se le escurrió de entre los dedos. Reconoció enseguida la letra. Se le escapó una exclamación. ¡Daniel! Daniel emergió del fondo de esa sombra en la que su mente navegaba a ciegas. Su hermano.

«Cris, sé que estarás confusa, no te alarmes. Estás en una cabaña en un camping de la sierra. Llevas quince días ahí, y has estado muy enferma. Por favor, no te muevas, quédate hasta que yo te avise, y descansa. Necesitas recuperarte. Quería estar contigo, debería estar contigo, pero tengo algo que hacer. Iré pronto a verte.

Recuerda, estás a salvo. No sé si serás la misma cuando leas esto, por eso... POR FAVOR, por nada del mundo te muevas de donde estás. Tienes ropa limpia en el armario y comida en la cocina. El señor Whitaker es el dueño del camping, es un buen amigo, no dirá nada, y ya le he pagado. Te quiero, Daniel.

Pdata: no avises a la policía, ya te lo explicaré, NO AVISES A LA POLICÍA. Sé que no lo entiendes, pero no hables con nadie, CON NADIE, Y NO TE MUEVAS DE AHÍ. Espérame, y confía en mí».

Cris leyó aquella nota varias veces. Exprimió sus líneas con fruición, obsesionada con obtener respuestas. Sin embargo, el mensaje de Daniel era demasiado misterioso. No le daba respuestas, sólo le planteaba aún más incógnitas... Se le había acelerado el corazón.

«Te va a dar algo, cálmate, joder... Es Daniel, es Daniel, si él está detrás de esto es que no hay peligro inmediato, ¿vale? Cálmate...»

Era cierto, al menos ahora sabía que no estaba sola, su hermano estaba a su lado, cuidándola... Pronto la llamaría, o aparecería por la puerta, y entonces todo quedaría aclarado.

Se le ocurrió de pronto que tal vez tuviera algún mensaje más en el móvil. Pensó en llamarle. ¡Claro! Lo encendió... Estaba limpio, ni llamadas ni mensajes... como si alguien lo hubiera «reseteado». ¿Había sido Daniel? ¿Para qué? ¿Por qué?

«Mierda...»

Buscó su número. Desde que se había acostumbrado a guardar sus contactos en la agenda del teléfono, ya no los memorizaba. Sólo recordaba el viejo número de sus padres, porque antes no había dispositivos con memoria... Muy útil, si tus padres están muertos. Eso sí lo recordaba.

El tono sonó... Una, dos veces... Nada. Daniel no cogía. Insistió, una

y otra vez... Nada.

Suspiró... Él la llamaría en cuanto le fuera posible, seguro.

«*No sé si serás la misma cuando leas esto...*», ¿por qué no iba a ser la misma? Porque no recordaba. Había perdido una parte de su vida, precisamente la que la había llevado hasta allí.

Salió de la cama, pero en cuanto apoyó los pies en el suelo se tambaleó, mareada. Sus piernas apenas la sostenían.

Se miró los pies. Estaba descalza, y no llevaba nada cubriendo sus piernas delgadas. Sus muslos... Vio horrorizada que unas extrañas marcas longitudinales los recorrían, como brutales arañazos que hubieran hendido su piel desde la ingle hasta la rodilla, cicatrices profundas ya cerradas, aunque recientes, de un color blancuzco. ¿Qué...? Las rozó con los dedos, sin entender. Dolía... ¿Cuándo se había hecho esas heridas? También descubrió cuánto le temblaba el pulso. Ella siempre se había jactado de tener un pulso perfecto...

Así que era cierto que había estado enferma, más que eso, al parecer. Se estremeció. Hacía mucho frío.

Se acercó hasta la bola de ropa en la silla. El olor a humedad provenía de ella, a humedad... y a acequia... Hedía a agua podrida. Estaba sucia, manchada de barro y tenía algunos jirones, no podía ponérsela. Miró alrededor, desesperada por encontrar algo con qué vestirse. Se fijó en el armario que ocupaba toda la pared frente a la cama. Daniel había dicho en su

nota que tenía ropa limpia en él. Era amplio y rústico. Lo abrió. Descubrió, asombrada, que casi toda su vestimenta estaba allí. Abrió los cajones, uno por uno, y comprobó que en ellos estaban algunas de sus camisetas preferidas, pulcramente dobladas, algunos jerséis gruesos de lana, sudaderas, su chaquetilla de punto y sus pantalones vaqueros. Incluso estaba su ropa deportiva. Parecía que se hubiese mudado...

¿Tenía eso sentido? Tal vez Daniel tenía previsto que pasara mucho tiempo allí. Recordó que tenía un apartamento. ¿Qué pasaba con su piso? Vivía en Malasaña, llevaba dos años viviendo allí... El agujero en su memoria se volvió más peligroso cuando comprendió que no sabía cómo pagaba su hipoteca o en qué trabajaba. ¿Cuánto de sí misma había olvidado?

«Paso a paso, Cris, paso a paso... No te pongas histérica...»

Se desnudó, echó mano de una de las camisetas y se la puso. Sí... Esbozó una sonrisa. Pero aquel horrible dolor de cabeza la borró de su semblante. Quería analizar las cosas, ahondar en la herida y descubrir cuán profunda era, pero su cráneo era un tambor y dentro hervían las avispas zumbonas... Le costaba pensar, le costaba concentrarse... Iba a tener que dejar pasar el tiempo. Si no se apresuraba, si se relajaba, tal vez su mente se recuperara.

Lo primero era averiguar dónde estaba y luego, una vez situada, decidiría qué hacer. Terminó de vestirse, despacio, en la medida en que sus fuerzas exiguas se lo permitían. Había escogido ropa cómoda y caliente.

«Daniel, dónde estás...»

Ojalá pudiera volver a casa. «*No, a casa no... recuerda el mensaje*». Su voz interior dijo aquello con firmeza, como una advertencia. No debía hablar con nadie, ni avisar a la policía. ¿Por qué no?

Miró por la ventana, llena de curiosidad. Un denso bosque dominaba un entorno natural en el que no se apreciaban luces, ni otras viviendas o edificios. Era de noche, y era cierto, no estaba en Madrid, sino en la sierra.

«*Joder, ¿dónde estoy?*»

Probó a abrir la ventana para asomarse. Cedió sin dificultad. Eso significaba que no estaba encerrada. Una bocanada de aire fresco acarició su rostro. Cris cerró los ojos, aliviada. Las avispas aún zumbaban en la cabeza, pero aquel soplo nocturno la alivió. Animada por este hecho, se fue hasta la puerta del dormitorio. Sus piernas ahora habían recobrado algo de equilibrio. Al menos ya no se mareaba tanto. La puerta estaba abierta.

«*Bien, Cris, Daniel no se ha ido y te ha dejado bajo llave. Puedes moverte con libertad... Paso a paso...*»

Se asomó, y se encontró en una salita de aspecto acogedor. Era como ver una foto de catálogo de una casa rural de esas «*con encanto*». Todo muy rústico. Un pequeño sofá de dos plazas en color hueso la señoreaba frente a una chimenea en la que aún ardían algunos rescoldos. Una tele de plasma colgaba de la pared en el rincón, y un aparador descansaba junto a lo que parecía la entrada principal. A su derecha vio el acceso a una cocina.

Al menos estaba en un lugar decente, más que decente, agradable,

muy bonito. Eso debería reducir su ansiedad y tranquilizarla, ¿no? Pero Cris se movía con cautela.

—¿Hola? ¿Daniel? —su voz sonó rara, gutural y rota, como la que tendría después de una larga noche de juerga.

No había nadie.

Allí, junto a la entrada, había un par de botas, y colgando de un perchero, su abrigo de plumón preferido. Podía salir y echar un vistazo rápido... ¿Por qué no?

Volvió a mirar alrededor, con creciente curiosidad. El bungalow era realmente acogedor. De no ser por las extrañas circunstancias en que había despertado... Las palabras del mensaje de su hermano regresaron a su mente. Él aseguraba que allí estaba a salvo. ¿A salvo de qué?

Se preguntó si haría mal echando un vistazo fuera. Daniel no le había dejado ninguna instrucción al respecto, y necesitaba tomar el aire, refrescarse... dominar aquel enjambre de avispa que atormentaban su cabeza... La jaqueca ya era insoportable, así que...

Alargó la mano y abrió la puerta de entrada. De inmediato el aire fresco de la noche la asaltó, golpeando sus mejillas ardientes. Lo recibió con enorme regocijo. Caía una suave llovizna. Cris cerró los ojos y aspiró aquel aire limpio profundamente. Olía a montaña, a hierba recién cortada, a tierra húmeda... Luego abrió los ojos y dio un paso. Estaba bajo un porche de madera; un poco más allá discurría un sendero ancho de tierra. Bajo la luz del

porche no se apreciaba mucho más. A partir de un punto la oscuridad crecía y envolvía el bosque circundante.

El bosque...

Recordó que amaba correr. Antes, hacía mucho... ¿o tal vez no tanto? Sacudió la cabeza. En aquellos momentos, sus piernas no la llevarían muy lejos. Estaba muy mareada y tan cansada...

Atisbó aquella primera línea de árboles. Marcaba el comienzo del gran bosque, una masa oscura cuyo contorno se desdibujaba en la oscuridad, la misma que había podido apreciar desde la ventana del cuarto donde había despertado. Una nube de insectos revoloteaba en torno a la lámpara que iluminaba el porche. Suspiró.

A su derecha, a la vuelta de la esquina de la cabaña, descubrió el morro de su viejo coche. Lo reconoció al instante, y un febril alborozo se adueñó de su maltrecho espíritu. ¡Su coche! ¿Cómo había llegado hasta allí? Daniel otra vez. Un palpito cálido vibró en su pecho. De algún modo adivinó que llevaba mucho sin conducirlo... Ojalá pudiera utilizarlo para marcharse de allí. Le dedicó una mirada nostálgica... ¿Cuánto tiempo iba a tener que esperar a Daniel?

Se mareaba, y el frescor nocturno ya no aliviaba su dolor de cabeza. Dio media vuelta y regresó al interior. Cerró la puerta, iba a dirigirse de regreso a la sala, cuando sus piernas flaquearon y cayó de rodillas, sujetándose las sienes con las dos manos mientras se encogía gimiendo. Las avispas redoblaron su atroz zumbido, un ruido penetrante que perforó su mente, más y más alto, más y más fuerte...

Entonces se desmayó. Y mientras se hundía en las profundidades de la inconsciencia, el mundo a su alrededor se oscureció...

«...y caminó a través de la sombra, por un pasillo que no tenía ni principio ni fin. Veía sus manos, delante de ella, sondeando en una penumbra constante, y, más allá... el corredor se prolongaba, hacia abajo, hacia una puerta. No la veía, pero sabía que estaba, una puerta angosta y oscura que guardaba un secreto... Por debajo adivinaba un halo de luz blanca, un resplandor...

Avanzaba a tientas, pesadamente, arrastrando unas piernas de piedra, un cuerpo de plomo, su angustia, el dolor y el miedo... mientras su mente se diluía en un galimatías de pesadilla donde todo atisbo de razón quedaba relegado al olvido... Quería ir hacia esa puerta, porque necesitaba saber. Oía una llamada, escuchaba un llanto al otro lado, percibía una angustia más grande que este mundo, una tristeza inenarrable que consumía el tiempo y la vida, algo inalcanzable, atrapado y vital, algo que no podía comprender ni imaginar... más grande e importante que ella misma.

Deseaba escapar de ese pasillo mortal... pero no antes de saber... Entonces escuchó las máquinas, las oyó vibrar, mecánicas, despiadadas, sin fin... Largos jirones de papel colgaban de las paredes, lánguidos, como lenguas enfermas y marchitas, rastros de piel que dejaban al descubierto la carne de yeso del pasadizo... Hedía a orines, a turba, a savia bruta, a vida y a muerte, y ella descendía por aquel agujero profundo hacia la nada, mientras perdía sus recuerdos.

El fuego ardió en sus venas, un fuego abrasador que la obligó a continuar, un fuego que tiraba de sus músculos y la hacía desear el

sufrimiento y la muerte. La rabia pobló su mente, y el miedo castigó su razón más allá del entendimiento. Supo que estaba atrapada, era una rata en una ratonera, una víctima que corre creyendo huir para caer en el cebo, y no podía evitarlo.

Había olvidado quién era, había olvidado todas las cosas buenas que una vez fueron su vida, sus sueños, sus metas, sus nostalgias... Le habían robado, el ladrón se había colado a hurtadillas en su pensamiento y ahora hurgaba en su alma, escarbando más y más, trasteando en sus anhelos, para usurparlos y sembrar la oscuridad... Sentía su sombra a su espalda, su presencia, rondándola, empujándola...

Gritó, y su voz se prolongó eternamente a través de aquel corredor infernal en todas direcciones, para regresar a ella y perderse en su interior devastado por el tornado, horadando en su corazón una herida perpetua que lloraba sangre... Aulló, pidió clemencia, arañó las paredes con las uñas, pero sus manos tenían garras, y desobedecían, y ahora arañaban sus muslos, rasgaban sus brazos, hundiéndose en su carne para sacar la verdad de sus venas...

El dolor era el placer, y la muerte apareció ante ella como su única meta...

Olvidó la puerta, y lo que había tras ella... Ya no escuchaba ese lamento, ni quería conocer su secreto... Sólo ansiaba poder morir, abrazar el dolor y castigarse a sí misma hasta perecer sufriendo en el mismísimo infierno...»

Cuando despertó, continuaba en el suelo, tendida de bruces, con la cara aplastada sobre la tarima de madera. No podía decir cuánto tiempo había permanecido allí tirada. Aparentemente nada había cambiado, y su cabeza continuaba siendo un nido de avispas, aunque el ensordecedor ruido había menguado hasta un límite tolerable. Se sentó sobre el trasero y esperó a que el mareo retrocediese.

Aún era de noche. Aún llovía...

Poco a poco, se levantó. Había sufrido una pesadilla. El sueño aún perduraba en su imaginación, vívido e incomprensible. Jamás había tenido una pesadilla así, tan intensa y confusa, tan... dolorosa. Era como si alguien hubiera hecho puré con su cerebro. Pero sólo había sido un sueño... Un sueño muy real, eso sí.

Se lo sacudió de encima. Las piernas no la sostenían, eran dos gomas blandas que se doblaban bajo su peso. El fuego en la chimenea se había apagado del todo, y la casa estaba helada. Pensó en volver a encenderlo, pero... se encontraba tan cansada... Una pesada fatiga dominaba su cuerpo y hacía que cada movimiento fuera como acarrear un saco de piedras. Su maltrecho ánimo se resintió.

Empezó a tiritar. Necesitaba descansar, dormir, comer algo... Después... Después vería qué hacer. Después... buscaría respuestas. Pero ahora no.

Decidió volverse al dormitorio. Se metería en la cama y dormiría tanto como le hiciera falta, porque le hacía falta... Tal vez Daniel regresara

mientras tanto. Echó el cerrojo en la puerta de entrada y se fue a recuperar su móvil, arrastrando los pies, aún mareada, confusa y febril. Eran las doce y cuarto de la noche. ¿De qué día? Lo comprobó. Era el veintitrés de noviembre.

Su cumpleaños.

Una risa histérica brotó del fondo de su garganta cuando se dio cuenta de que acababa de cumplir treinta y dos. Luego la risa dio paso al llanto, y enseguida se desmoronó.

Estaba sola, muy sola.

¡Quería, ansiaba ver a su hermano! Oh, Daniel... Llevaba mucho tiempo sin verle, aunque no sabía por qué. Las respuestas se perdieron en aquella niebla que cubría su mente como un manto hostil.

«*Feliz cumpleaños...*».

Capítulo 2



Navegar a través de un mundo de oscuridad, eso fue lo que hizo Cris en cuanto se rindió al sueño. Cuando el subconsciente toma el control y surca las aguas dormidas que subyacen en la mente, la verdad adopta formas caprichosas, comprensibles o no, para tratar de comunicarse con la conciencia. Cuando esa verdad es demasiado traumática, la conciencia la rechaza y el subconsciente se puebla de secretos, algunos ocultos en la superficie, otros enterrados en las profundidades. Es ahí, en ese abismo impenetrable, donde están todas las respuestas.

Al despertar, su mente se replegó y levantó un muro. De inmediato olvidó sus sueños. En su lugar quedó un velo de confusión denso y fuerte. A Cris le sólo le quedó la sensación amarga de haber rozado esa verdad esquiva que la había llevado hasta allí.

Se incorporó demasiado deprisa, y se mareó.

—ufffff...

Se tumbó de nuevo y esperó a que la habitación dejara de girar. Luego abrió los ojos y paseó la mirada por el techo y las paredes de madera, quieta, relajada... Respiró despacio, con calma... Luego, muy despacio, probó de nuevo. Se apoyó sobre los codos. Ahora todo permanecía en su sitio. Seguía en el bungalow...

—¿Daniel? ¡Daniel! —llamó.

Nadie contestó. Estaba sola. ¿Cuánto había dormido?

Lo primero que hizo fue encender su móvil y comprobar si tenía llamadas o algún mensaje. Nada.

Escuchó, atenta al menor movimiento... Todo estaba en silencio. Es decir, que era verdad que continuaba sola. La decepción llenó su espíritu. Esperó. Aún se encontraba débil. ¿Cuánto había dormido, horas, unos días? Lo comprobó en el teléfono. Cuatro días. Había dormido cuatro días seguidos. Era mucho tiempo, ¿dónde estaba Daniel?

Al menos el dolor de cabeza había quedado reducido a un sordo rumor al fondo del cráneo, molesto, pero soportable. Fue a levantarse. Las piernas respondían. Apoyó los pies descalzos en el suelo y... Ya no se tambaleaba. De todos modos, al ponerse de pie se hizo evidente que sus músculos aún necesitaban un tiempo para recuperarse.

Probó a girar el cuello, lo tenía tan entumecido... Y estaba hambrienta.

«¿Cómo puedes pensar en comer?»

Su estómago rugió. Llevaba mucho sin probar bocado. Tenía que

alimentarse, beber... De pronto notó la garganta reseca. Salió de la habitación con cautela.

—¿Daniel...?

Su voz se perdió al instante en la soledad del bungalow. Sacudió la cabeza. Era absurdo llamarle cuando era evidente que allí no había nadie aparte de ella, pero aun así... Miró alrededor. Todo estaba igual, ordenado, apacible y silencioso... salvo por el hecho de que la luz natural penetraba por las ventanas, redibujando los detalles. Había amanecido. Miró su reloj. Eran las seis de la tarde...

Cruzó el pequeño pasillo que comunicaba su dormitorio con la sala, la cocina y el cuarto de baño. También sentía una imperiosa necesidad de... Entró en el servicio y alivió la vejiga... Luego se lavó la cara y las manos. El espejo reflejaba una imagen de ella un tanto extraña. Sus ojos verdes brillaban en exceso, como si tuviera fiebre, estaba lívida y... sobre todo estaba muy delgada. ¿Cuánto peso había perdido? De nuevo su estómago se rebeló.

La cocina era pequeña, pero estaba bien equipada. Miró en los armarios, había conservas de todo tipo. Se acercó al frigorífico. Estaba lleno. Había de todo, el congelador también. Su hermano siempre había sido muy previsor. Se alegró de que no la hubiera dejado allí sin nada que comer. Había fruta. No le apetecía cocinar, así que alargó una mano y cogió un plátano. Lo peló y se lo comió. Un café... No, el café podría empeorar su dolor de cabeza, ahora que parecía dominado.

¿Qué iba a hacer? No parecía lógico que Daniel tardara tanto en dar señales de vida. No sabía qué pensar. Por la ventana se apreciaba un entorno

natural maravilloso... La abrió, y aspiró el aire de la tarde, tan fresco... Lo necesitaba.

Decidió ducharse y salir. Sólo al porche, si acaso alrededor del bungalow... No se alejaría demasiado.

Así lo hizo, en cuestión de media hora salía al exterior, cautelosa, con aprensión, como si fuera a caer en alguna trampa. El día menguaba cediendo sus horas a la noche, pero aún se veía lo suficiente. Ya no llovía. Comprobó que el bosque que rodeaba la cabaña de madera era inmenso y hermoso, salvaje. Pisó el camino fuera del porche y caminó un poco. De tanto en tanto se giraba para comprobar que la puerta del bungalow estaba abierta. Temía quedarse fuera y no poder volver a entrar. Aún no sabía dónde estaban las llaves.

Así fue como descubrió que desde un punto elevado, muy próximo, se veía Madrid. Llegó por el sendero hasta aquella zona despejada. La sierra se abría y a lo lejos se distinguía la ciudad...

Eso la reconfortó.

Se sentó en un tronco cubierto de musgo, hechizada por la visión de su ciudad, algo que conocía, una referencia sólida. Su mente se aferró a esa estampa. Se quedó allí un buen rato, incapaz de hacer nada más, perdida como un navegante que surca un océano desconocido en solitario, sin mapas, ni brújula, a solas con la fútil esperanza de ser rescatado.

Allí estaba la civilización, a apenas cuatro dedos de su mano si la

extendía frente a sus ojos. ¿Qué le impedía regresar a la vida? Tenía el coche... Se planteó saltarse las advertencias de su hermano, llamar a emergencias o a la policía, explicarles lo extraño de su situación... Casi en el mismo momento en que tuvo la idea, la rechazó. Tenía muy presente el mensaje de Daniel: debía mantenerse allí, a salvo, y no pedir socorro. Al menos por el momento. Daniel no era dado a exagerar.

No, pero... ¿a salvo de qué? ¿Y por qué no había aparecido todavía? ¿Ni una llamada, nada?

Esperar no era su fuerte, nunca lo había sido... Esperar se la hacía cuesta arriba.

¿Estaría loca si se saltaba las normas? Probablemente. ¿Le importaba? Desde luego... ¿Merecía la pena esperar sin saber...? Aún no tenía una respuesta a esa pregunta.

Sólo sabía que confiaba en Daniel. Se contendría por él. Un poco más...

«...aguanta un poco más. Además, estás muy floja, aún necesitas descansar, no te vendrá mal pasar algún tiempo aquí...»

En la distancia, Madrid descansaba bajo un cielo plomizo y húmedo, como una bestia rugiente que al llegar el ocaso pierde parte de su poder y se desvanece. Cris la contempló desde el viejo tronco, buscando en ella algo del coraje que necesitaba. Observar a la bestia dormida desde lo alto de aquella sierra desconocida donde Daniel la había dejado, le concedía un cierto

privilegio, efímero pero trascendental: el de ser testigo de su vulnerabilidad, ahora que permanecía tan quieta y sumisa en toda su extensión, incapaz de defenderse. Sentía que podía abarcarla, pese a su inmensidad. En aquel momento no tenía ningún control sobre su vida, pero al menos... dominaba Madrid. Un poco.

Por ahora, eso era todo lo que tenía. Cris se estremeció.

Hacía frío y estaba oscureciendo. Aspiró el aire, tratando de detectar algo familiar en él. Entonces sufrió un violento acceso de tos. Algo subió por su garganta y acabó escupiendo. ¿Flemas? Al instante se asustó. Acababa de escupir sangre... Una mancha color bermellón destacaba en la tierra, entre sus pies. Se limpió la comisura de la boca con los dedos y los miró. Manchados. ¿Así que estaba enferma de verdad? Escupió otra vez para desembarazarse de ese sabor acre y amargo que se le había quedado en la boca. Ya no había sangre en su saliva... Odió ese sabor, odió el olor dulzón que penetró en su nariz. Le olía el aliento.

No, apestaba.

Estaba enferma, no había otra explicación. Daniel se lo había dicho. Se le revolvió el estómago. Ya no le atraía quedarse más rato allí. Recordó que había dejado la puerta del bungalow abierta. ¿En qué estaba pensando? Tenía que volver.

Aplastó la hierba con la bota, allí donde había escupido, con rabia y a conciencia, hasta casi desintegrar la mancha de sangre bajo el tronco en el que había estado sentada, como si estuviera aplastando una colilla imaginaria, como si su enfermedad fuese a esfumarse con aquel simple gesto. Luego emprendió el camino de regreso. Se había excedido saliendo, porque de

nuevo le temblaban las piernas...

La lluvia hizo acto de presencia cuando apenas había avanzado unos metros. Alzó la vista al cielo mientras apretaba el paso, y dejó que mojara su rostro... El aguacero se intensificó. Un escalofrío zarandeó su cuerpo aún maltrecho. Corrió torpemente, cubriéndose la cabeza con lo único que tenía, la capucha del abrigo de plumón que Daniel le había dejado.

Enseguida vislumbró la entrada del bungalow. Continuaba abierta. Su nuevo hogar aguardaba, modesto y solitario, pero un refugio seguro. Ocupaba un hueco oscuro entre tres altos robles retorcidos, apartado en un rincón en la linde del bosque. Sus ventanas la observaron como pequeños ojos reprobadores.

«Joder... No me miréis así...»

Se lanzó hacia la entrada bajo el porche con rapidez. Sacudió el abrigo y se limpió las botas en el felpudo. En adelante sería más cuidadosa. Dejar la puerta abierta había sido una estupidez.

Cuando entró soltó el abrigo y cerró la puerta con el pie. La Luz desterró al instante la amenaza del cercano crepúsculo. Mejor, mucho mejor. Se sintió a salvo. El recibidor estaba muy solitario. Se quedó plantada en medio, pensando...

Pensando con frustración en que tenía prohibido salir de su aislamiento.

Era libre, y prisionera al mismo tiempo. ¿Qué iba a hacer si Daniel no aparecía? Iba a tener que dar algún paso, tomar decisiones. No sabía a qué se enfrentaba. Nada de llamar la atención, eso seguro. Tampoco sabía en quién confiar. ¿Podía volver a casa, a Malasaña, sin temor?

Si no tenía noticias pronto, acabaría por volverse loca.

El agua barría los cristales. Aún había luz... De pronto anheló por encima de todo poder volver a Madrid, antes de que se sintiera como una extraña, una extranjera que se sabe alienada de todo lo que ha sido. Le parecía como si, al permanecer allí mucho más tiempo, fuera a perder todos sus privilegios, como si fuera a convertirse en una olvidada. Qué tontería... ¿Podía pasar algo así? No, claro que no. Pero se lo parecía.

«Es sólo una pausa», se dijo, «en cuanto venga Daniel todo volverá a su lugar. Daniel vendrá...»

Le entraron ganas de escupir otra vez. Se fue al lavabo y lo hizo. Sobre la nacarada superficie de loza quedó un esputo transparente... sin rastros de sangre... Apretó los dientes con rabia. Se le revolvía el estómago a causa de aquel olor dulzón tan desagradable... ¿Por qué le olía así el aliento?

Se miró en el espejo. Sus ojos verdes brillaban febriles.

«...te pondrás bien, aún no sabes por lo que has pasado...», se recordó. Pero aquellas cicatrices... Se levantó la pernera del pantalón...

luego la manga de la chaqueta... y gimió. También las tenía en los antebrazos. ¿Se las había hecho ella? Se horrorizó al imaginarlo. Y si no... ¿quién? Pensar en eso era aún peor... No debía divagar así. Estaba confusa, y enferma, pero aún controlaba su mente... Se mordió el labio inferior, esforzándose por doblegar el miedo que se había abierto camino en su interior. Logró relajarse... Podía controlarlo, sí... Podía hacerlo.

«Venga, sal de aquí...»

Se refugió en la sala, con su chimenea, el pequeño sofá, el aparador, la mesita... De pronto aquel espacio cuadrangular se le hizo tremendamente familiar. Extendió una mano y encendió una radio que había descubierto sobre el mueble, junto a la puerta. Luego cambió de idea y la apagó. En su lugar rescató el móvil del bolsillo de su pantalón y hurgó por enésima vez en el listado de sus llamadas. Ninguna de Daniel, nada. Además, él era su único contacto. La agenda estaba vacía, seguramente para asegurarse de que no llamara a nadie. Al menos se había acordado de dejarle un cargador, porque si llegaba a quedarse sin batería...

Bufó molesta. Cada minuto esperaba que su hermano la llamara, y nada. ¿Y si le había ocurrido algo? Arrojó el teléfono al sofá. No, definitivamente no estaba hecha para la espera. Odiaba la incertidumbre. Daniel ya debería saber eso, la conocía bien.

Eran uña y carne, siempre lo habían sido. Su hermano era periodista, periodista freelance. Quería entrar en plantilla para alguno de los periódicos para los que trabajaba... Sonrió ante semejante certeza, mientras algunos episodios de su vida anterior a la realidad que le estaba tocando vivir regresaban a través de la oscuridad.

Sí... Y ella también había querido estudiar periodismo, como su hermano, aunque no lo había hecho... ¿Por qué? Esa parte no la recordaba. Sólo sabía que a veces le ayudaba, y que le apasionaba hacerlo. Pasaba mucho tiempo con Daniel. Él trabajaba desde casa, investigaba y buscaba sucesos dignos de analizar, cosas sorprendentes, curiosas, que ocurrieran en Madrid, polémicas, verdaderas... Luego las vendía al mejor postor y así se ganaba la vida. Los periódicos solían aceptar casi todo lo que escribía, porque era directo y sincero, aparte de un gran profesional y comunicador. Madrid estaba llena de secretos e historias sorprendentes. Daniel amaba la belleza que encontraba en sus rincones, sí... Él amaba las noches sin dormir por la necesidad de crear algo que emocionara a todo el mundo, las largas jornadas delante de un ordenador, pelearse consigo mismo por mejorar un artículo, buscar inspiración dando vueltas en su estudio, tratar de crear algo vibrante, fresco, diferente... Joder, ¡Daniel era un crack! Lo llevaba en la sangre, ¡adoraba su trabajo! Cris siempre había sabido que un día sería reconocido.

¿Cuándo había sido eso? Le parecía que había sido hacía un siglo... En cuanto a ella... ¿A qué se dedicaba? Porque trabajaba, estaba segura... ¿Dónde? ¿Cómo, si no, había estado pagando sus facturas? Porque tenía una hipoteca, y si llevaba meses sin ingresos... Un sudor frío recorrió su espalda. Esperaba no tener un problema serio con el banco.

Hizo cuentas. No se acordaba. Suspiró.

Aquella iba a ser su sexta noche, que supiera, desde que estaba consciente en aquel bungalow perdido en medio de ninguna parte, y, estaba claro que iba a ser la peor de todas. No era sólo el miedo que sentía, también era que ahora su cabeza estaba despejada, lista para pensar demasiado. Estando sola y en semejante situación... era fácil que llegara a obsesionarse.

Miró la chimenea, tentada de encenderla. Empezaba a hacer frío, el

mes de diciembre avanzaba y los días se iban acortando. Aún no la había puesto en marcha. Tal vez era un buen momento para hacerlo. Decidió encender el fuego, aunque no de inmediato. Lo haría más tarde. Por el momento, se contentaría con una manta.

Acabó despatarrada en el sofá, mirando al techo.

Entonces llamaron a la puerta, tres golpes seguidos. Se levantó enseguida, sobresaltada. ¿Podría ser Daniel al fin? El corazón comenzó a galopar en su pecho.

Abrió la puerta, con cautela... y la decepción se dibujó en su rostro. No era su hermano. Había un hombre bajo el porche, con una bandeja en la mano cubierta con un paño y un paraguas negro en la otra.

—¿Qué tal, todo bien?

La saludó sonriente, como si la conociera, y eso desbarató su desconfianza. Dedujo que debía de ser el dueño del camping. Tenía un marcado acento americano, y la miraba desde su posición, una cabeza por debajo de ella. Estiraba el cuello para mirar dentro del bungalow con curiosidad. Tal vez creía que podía estar con Daniel.

—Todo bien por aquí, gracias... —procuró ser amable y disimular su desconcierto.

—Oh, disculpe, soy el señor Whitaker, Donald Whitaker, el dueño

del camping, sólo quería asegurarme de que está todo a su gusto, y de paso darle la bienvenida con un poco de pastel de zanahoria —alargó la mano con la bandeja y se la ofreció. Cris le escuchaba con cierto recelo. Así que había acertado, aquel era el dueño del camping... Decidió que decía la verdad, y que era inofensivo. Tal vez pudiera darle alguna razón del paradero de Daniel. Luego le pareció de mala educación tenerle en la puerta, así que se apartó a un lado invitándole a entrar. El señor Whitaker era un hombrecillo de aspecto bastante normal y ojos amables. Parpadeó al comprender su intención, y al instante una sonrisa asomó en su rostro ancho y rubicundo— ... ¡Oh, no, no! No se preocupe, sólo he venido a traerle esto, y por si necesitaba algo... Su hermano me pidió que la vigilara, estaba usted bastante mal cuando llegaron... Me alegro de verla más recuperada, ¡tiene mejor aspecto! Tenga...

Cris cogió la bandeja y le ofreció su mejor sonrisa de agradecimiento. Su estómago rugió.

«¡Vaya! ¡Sí que tenía hambre después de todo!»

—...muchas gracias, señor Whitaker —intentó recordar su nombre de pila—... Donald, muchas gracias.

—Don, llámeme Don... Déselas a mi mujer, es ella quien se ha empeñado en que le trajera el pastel. Está muy bueno, ya lo verá —miró alrededor, hacia el bosque impenetrable, y a ella le pareció que había precaución en sus ojos castaños, más aún cuando le vio sacudirse, como si quisiera desprenderse de un mal presentimiento. Por supuesto, ella también miró hacia los árboles, pero sólo vio un muro de oscuridad que se guardaba sus secretos—... Así que es usted fotógrafa, eh? ¿Y en qué está trabajando ahora? —al ver su cara de sorpresa se apresuró a explicarse—Oh, ¡nosotros somos seguidores fieles de la página de su hermano! ¡Hemos visto muchas de

sus imágenes, son muy buenas! Mi mujer es una apasionada de sus artículos de sucesos...

—...eeeh... gracias, pero yo... sólo soy una aficionada —sonrió, excusándose y se encogió de hombros. No creía que fuera fotógrafa, le gustaba, pero no se dedicaba a ello. No, decidió que no, no era fotógrafa—... Pero vamos, que ahora mismo... No estoy trabajando...

—Ya, claro, ha estado usted demasiado enferma... ¡Bueno! Si lo desea, aquí seguro que encuentra reposo, ¿verdad? La dejo descansar, buenas noches, y recuerde que cualquier cosa que necesite, ¡me tiene a su disposición!

—¡Espere! Oiga, señor Whitaker... Don... ¿sabe algo de mi hermano? De Daniel...

—¿De Daniel? No ha vuelto a llamar desde que la trajo... ¿a usted tampoco?

—La verdad, no...

—Vaya...

—¿Tan mal estaba cuando llegué?

El señor Whitaker vaciló.

—Pues, discúlpeme, pero llegó usted en un estado lamentable, yo le insistí a su hermano para que la llevara a un hospital, pero él se opuso, he de decir que con bastante firmeza, y se empeñó en cuidar de usted él mismo. Por lo que veo, hizo bien su trabajo...

—¿No sabe qué tenía?

—No lo sé, lo siento.

—¿Y está seguro de que no ha llamado?

—No, no he vuelto a saber de él... Dígame, ¿hay algún problema?

—No lo sé —murmuró ella—... Supongo que no, espero que no... Por favor —insistió—... ¿No le dijo qué me había pasado?

—No, y suelo ser discreto, así que no hice preguntas.

—Por favor, señor Whitaker...

—Bueno... Parecía usted hambrienta, estaba muy delgada y sucia, como si hubiera estado malviviendo en la calle...

—¿Y...?

—Tenía usted muy mal aspecto, como —le costaba decirlo, y Cris se asustó—... como el de una drogadicta que sufre el mono, o algo así, claro que no estoy diciendo que...

Aquello sonaba muy mal.

—¿Está diciendo que soy una yonqui?

—¡No! Claro que no —el señor Whitaker se revolvió incómodo—... Bueno, ahora está usted mucho mejor, es evidente, y me alegro. En fin, su hermano dejó pagada su estancia por adelantado, he de decir que ha sido muy generoso...

—¿De qué conoce usted a mi hermano?

—Pues... Nos ayudó con el camping. Tuvimos algunos problemas y estuvimos a punto de perder la propiedad. Daniel tiene buenos contactos. Consiguió solucionarlo, y aquí estamos...

—...entiendo...

Él la miró con lástima.

—Buenas noches, ¡ah! Recuerde, si necesita algo...

—¡Espere! ¿Tiene por casualidad Internet?

—No, lo siento, no llega hasta aquí...

—...¿No tiene ordenador? —se extrañó ella.

—Claro, pero sin internet, no hay «adsl»... y la cobertura de móvil tampoco es muy buena, lo justo para hacer llamadas...

—Por favor, señor Whitaker, ¿no puede decirme nada más? Estoy llamando a Daniel y no me contesta...

—No, lo siento. Su hermano, Daniel... no nos contó demasiado. Me pidió discreción y me hizo prometer que no trataría de ponerme en contacto con él bajo ninguna circunstancia. Soy hombre de palabra... Tratándose de él, tampoco me importa, compéndalo, le debemos mucho. Siento no poder decirle más... Buenas tardes.

«Joder...».

El señor Whitaker se alejó, y Cris le saludó con una sonrisa forzada. Esperó un poco antes de cerrar la puerta. En cuanto lo hizo, la lluvia y el frío quedaron desterrados, no así su amargura. Se sacudió una creciente inquietud. Se la había pegado el señor Whitaker, sin duda, con eso de que parecía una

yonqui cuando llegó... Su instinto vibró unas décimas por encima de lo normal. Miró a través del cristal de la ventana, de nuevo hacia el bosque, y luego alrededor. Al final, optó por no darle vueltas a algo que sólo podía hacerla enloquecer.

Ahora se encontraba bien, no había vuelto a escupir sangre, y, de hecho, no sentía necesidades extrañas... ¿verdad? Bueno, ella nunca había consumido alcohol, ni drogas, así que no podía decir qué se siente... Una de dos, o había superado el mono, o nunca lo había tenido, aunque al señor Whitaker se lo hubiera parecido. No iba a dejarse dominar por el pánico... No, ni hablar. Además, esas sensaciones eran precisamente las que andaba esquivando.

Apoyó la espalda en la puerta y esperó a que sus emociones se apaciguaran hasta un punto razonable que le devolviera el control. Apretó los labios. Las cosas se estaban desmadrando, lo notaba. Sin Daniel... ¿qué hacía allí? ¿Iba a esperar eternamente? ¿A qué? Se arrancó de la puerta y se fue a la cocina mientras destapaba la bandeja para aspirar el aroma dulce del pastel de la señora Whitaker.

No era una drogadicta. Lo sabría si lo fuera, aunque hubiera olvidado los últimos episodios de su vida.

¿Y si salía de nuevo a pasear? Un rato. Seguro que su mente se lo agradecería. Se miró las piernas. Las notaba flojas, pero... Llovía, y la noche se avecinaba muy rápido, sí, pero el ejercicio siempre le hacía olvidar los malos rollos, y no le importaba tanto mojarse, o que oscureciera. ¿Quién iba a buscarla allí? No correría peligro... Si se encontraba mal, siempre podía dar media vuelta y regresar... Al volver se daría una ducha caliente y encendería la chimenea. Entonces podría devorar un buen trozo de aquel delicioso pastel, incluso hacerse algo más para cenar.

Luego, tal vez, tal vez... fuera hora de tomar una decisión.

Gimió, lamentando no probar aunque fuera una porción minúscula del pastel... Mmmmm... Le costó dejarlo apartado. Para evitar tentaciones, abandonó la cocina y abrió la puerta de entrada de un tirón. Salió al porche y la dejó entornada. Buscó una ramita y la utilizó para hacer tope y que la puerta no se cerrara con el aire. La lluvia caía helada sobre la tierra cubierta de agujas de pino. Antes de lanzarse bajo ella, se tomó un instante para observar el bosque, luego el entorno del camping, tan solitario... La recepción no debía de estar muy lejos, pero desde allí no se distinguía. Tampoco se veían otras cabañas. De todos modos en aquella época nadie alquilaba parcelas en la sierra, sólo ella.

Desde luego... qué buen lugar para ambientar una novela de terror...

Un sendero ancho y bien marcado discurría paralelo al bungalow, para perderse poco después entre aquellos árboles centenarios.

Le apetecía seguirlo. La lluvia empezó a empaparla en cuanto abandonó la seguridad del porche. Se puso la capucha. Joder, no le importaba mojarse... Más bien al contrario. Necesitaba desprenderse de sus contradictorias emociones. Cuando volviera tenía que estar preparada, libre de cualquier duda, para tomar una decisión acertada.

Un leve temblor sacudió su estómago al adentrarse en aquel recóndito y agreste rincón de la sierra. ¿Qué era esa sensación? Entonces la reconoció. Una familiar corriente de adrenalina la recorría por dentro, potente y fresca, vital. Inspiró con fuerza, redoblando el ritmo de su paseo. Iba bien, iba

bastante bien, sus piernas la sostenían con inusitado vigor. Buscó intensificar esa sensación, la que la había impulsado en otro tiempo, una y otra vez a correr en busca del mundo natural. Sí... solía correr por el Parque del Retiro, recordó, y cuando lo hacía, sentía que podía volar, hacía que «*amara*»... y su corazón se ensanchaba un poco más con cada latido, con cada paso, rodeada de árboles. Allí, en la sierra, las sensaciones se acrecentaban exponencialmente. Crecieron en cuanto regresaron a su memoria.

Sí... A sus treinta y dos años había sido... aún debía de serlo... una buena corredora, rápida y resistente, y lo había sido gracias a que había entrenado casi todos los días. Amaba correr tanto como la fotografía. «*Necesitaba*» el ejercicio. ¿Qué más? No lo recordaba... Tampoco sabía si lo que realmente amaba era el placer de correr o el hecho de hacerlo a través de un entorno natural.

Atravesó poco a poco una densa masa forestal que se iba cerrando a medida que se alejaba del camping.

La noche la sorprendió cuando aún no había pasado ni quince minutos caminando. Enseguida su vista ya no logró adaptarse. Allí, bajo el dosel de ramas del bosque, la oscuridad era más profunda. Tuvo que encender la linterna de su móvil. Pese a ello, lo único que pudo apreciar por delante fueron los límites más cercanos del camino mullido que seguía, cubierto por una alfombra de agujas de pino que impedía que se embarrara. No tenía ganas de volver, todavía no. Tampoco estaba asustada, en absoluto.

En su cabeza reprodujo una de sus bandas sonoras favoritas, de Max Richter, mientras procuraba mantener la calma. El truco para no sentir miedo era concentrarse en sus pasos y en la música. Estaba acostumbrada a correr de noche. Además, aquello era la sierra, ¡allí había mucho menos peligro que en Madrid!

Si uno no ha corrido a oscuras, no sabe lo que se siente, una mezcla agri dulce, entre inseguridad y placer. A ella solía encantarle esa sensación, atravesarla, incluso desafiarla.

Cuanto más andaba, mejor se sentía... Llevaba perdida entre los árboles unos treinta minutos, cuando vislumbró algo en el camino, mas allá de la luz del frontal: un desvío. Parecía un sendero natural, menos ancho, que se adentraba aún más en el bosque, hacia la derecha. Cris sintió una atracción irrefrenable.

Curiosidad.

Dudó, frenó el paso... pero no se detuvo. Al llegar al cruce vio que el sendero se abría y serpenteaba agradablemente... Allí había una cierta claridad, o, al menos, una penumbra menos pronunciada que la que había atravesado desde el camping. Se descubrió zambulléndose entre los árboles que lo bordeaban. Buscaba algo, aunque no sabía qué.

Entonces, al cabo de unos diez minutos, un amplio claro se abrió ante ella. Allí acababa el bosque. Se detuvo en el límite, sin entrar... Qué curioso, a partir de aquel punto ya no llovía. ¿Cómo era posible? Era como si aquel espacio natural estuviese metido en una burbuja protectora, un espacio que además era... maravilloso, como no había visto otro, jamás. La hierba crecía frondosa y verde, cubierta de flores blancas, muy delicadas, y una tenue luz imposible, la de la luna tal vez, lo envolvía en un aura fantasmal, mágica... Había mariposas revoloteando entre aquellas flores, pero lo más fantástico de todo era que en el centro se elevaba una vieja encina portentosa, cuyo tronco inmenso se retorció, alcanzando los diez metros de altura. Cris lo contempló maravillada, incapaz de asimilar lo que veía, lo que sentía.

Sobre ella llovía, un paso más allá no... ¿Una alucinación? Aquello no podía ser, nunca antes había contemplado una naturaleza así, como de cuento...

De pronto distinguió una figura humana al otro lado del claro, resguardada en la sombra de los árboles. Se sobresaltó tanto que pegó un grito, aturrida al descubrir a alguien merodeando en la oscuridad. ¿O lo había imaginado? Enseguida apuntó con el móvil hacia delante, donde había creído ver... Pero el alcance de su linterna era muy limitado, no podía atravesar el claro.

Allí, la vio de nuevo. Estaba, de pie bajo los árboles, una chica joven. Vio que retrocedía un paso. Era muy hermosa, con una abundante cabellera roja como el fuego, y unos ojos luminosos, de un llamativo esmeralda... Sus pupilas reflejaron la luz por un instante como los de un animal cuando se le apunta en la oscuridad... Dos ascuas color plata, sólo que ese efecto no pasa con las personas... Aquello la inquietó, y la adrenalina se disparó en sus venas.

«*Joder, Cris...*».

Aquella... joven, tal vez estaba perdida, y en apuros. ¿Por qué, si no, iba a estar sola en medio de la sierra? Cris notó un cierto aire de súplica en su mirada. Se quedó mirándola, como en un sueño. Una ardiente corriente de fuego recorrió su cuerpo.

—¿Estás bien?! —gritó. Dio un paso dentro del claro con la intención de atravesarlo y acercarse—. ¡Oye!, ¿estás bien?! ¿Qué haces ahí

sola...?!

La desconocida se adentró en el bosque y desapareció.

—¡Espera! ¡Te perderás!

No podía ser. ¿Lo había imaginado? Se atrevió a cruzar el claro y corrió hacia ella, pero no pudo alcanzarla. El bosque se la había tragado, o... sencillamente nunca había estado allí. Al otro lado, a partir del punto donde de nuevo dominaba el bosque, llovía también. Cris se inquietó. Era todo muy extraño... Aun así... Intentó ver algo entre aquellos enormes árboles. La oscuridad era tan impenetrable que no logró distinguir nada. Dio un paso para adentrarse tras ella...

«Joder Cris... ¿qué haces...? Te perderás y seréis dos en medio de la nada. Ya tienes bastantes problemas...».

Retrocedió. Si quería ayudar a la chica, sólo podía regresar sobre sus pasos y avisar a emergencias.

Pero no fue lo que hizo. No podía. Su propia situación se lo impedía. Además, ni siquiera estaba segura de lo que había visto. Había sido demasiado... irreal, incluso fantasmagórico. No podía movilizar a los servicios de rescate por algo tan... susceptible de ser una creación de su mente. Una mente muy activa y proclive a cosas así, la verdad. Además, si les avisaba, iba a tener que dar explicaciones. Recordó las advertencias de Daniel... Se lo pensó... No llamaría a nadie, pero, en vez de ser sensata y volver al camping... quiso comprobar si había sido víctima de una

alucinación o no.

Trotó hacia delante, llamando a gritos, mientras sondeaba la oscuridad con la luz de su móvil. Los gruesos troncos de los árboles eran como un muro inexpugnable, crecían muy cerca unos de otros, sus ramas se enredaban formando una maraña que le costaba vencer... Se arañó la piel de la cara y las manos intentando moverse por allí... Muy pronto se descubrió tan atrapada e incapaz de ver nada alrededor, que estuvo a punto de perder los nervios. ¿A dónde había ido la chica? Parecía imposible que hubiera logrado moverse mucho más que ella. Por fuerza debía de estar muy cerca, aunque no llegara a verla. La llamó con todas sus fuerzas, una y otra vez. Se giró a derecha e izquierda, atenta a cualquier movimiento, cualquier sonido... Nada.

Al fin, tuvo que reconocer que seguramente lo había imaginado todo. Si continuaba adelante, correría un grave riesgo. Volvió al claro, y desde ahí al camino, de vuelta al camping. Anduvo tan rápido como pudo, ahora muerta de miedo.

Sólo cuando alcanzó la seguridad del bungalow, empapada de los pies a la cabeza, se sintió de nuevo a salvo, de vuelta a la realidad. No daba crédito a lo sucedido. Estuvo dando vueltas en la salita, muy nerviosa, recreando una y otra vez en su imaginación lo que sus ojos le habían mostrado entre los árboles: esa joven hermosa, con aquella mata de pelo del color del fuego... su forma de mirarla... y el modo en que se había esfumado. ¿Y ese claro de cuento? ¿Un espacio natural increíble donde no llovía? Imposible. Su mente sin duda le había jugado una mala pasada.

Lo había imaginado... o algo peor.

O todo era real. Quizás el señor Whitaker conociera ese rincón

espectacular del bosque. Recordó el modo en que había mirado hacia los árboles cuando le llevó el pastel.

Al final decidió meterse en la ducha, dispuesta a dejar que el agua caliente se llevara la desazón que se había instalado en su fuero interno.

Se desnudó. Sus músculos estaban tensos...

Entonces se miró en el espejo. Había dejado caer su ropa al suelo, y todavía sostenía el móvil en la mano. Estaba llena de arañazos... Descubrió una vez más aquel fulgor febril en sus ojos. Estaba muy delgada, mucho... y mostraba un rostro más anguloso de lo normal, con unos ojos grandes que destacaban enmarcados por un cabello largo, muy largo. No solía llevarlo tan largo... Y allí estaban aquellas horribles cicatrices cruzando sus muslos, sus brazos... Gimió. Tenía más. Las descubrió en el pecho, en la espalda, en las nalgas... ¿Qué le había pasado? Una sorda angustia se apoderó de ella...

«Dúchate anda...»

Dejó correr a propósito el agua, decidida a meterse bajo ella sólo cuando estuviera bien caliente, al límite de lo que podía soportar sin quemarse. Sus nervios estaban a flor de piel. El silencio de su hermano, aquella visión en el bosque... esas horribles marcas... Se enjabonó despacio, restregando su piel con una esponja. El vapor pronto llenó el cuarto de baño. A medida que los cristales se empañaban, su ánimo se fue calmando.

Al terminar, se encontraba notablemente más relajada. Observó con alivio que había desaparecido aquel brillo de sus ojos. Incluso su rostro

parecía menos anguloso. Volvía a ser ella. Tenía el control.

Se vistió, se secó el pelo, y se sentó en la cocina, delante del pastel de zanahoria. Tenía que decidir qué hacer. Pero antes... Cortó un trozo del pastel, dispuesta a saborearlo. Tenía un aspecto delicioso, con aquel delicado color anaranjado y una textura tan esponjosa... En cuanto se lo llevó a la boca, comprobó que la mujer del señor Whitaker tenía desde luego muy buena mano para la cocina.

«Diez puntos para ti, Rose...».

Se comió una porción generosa, y después otra.

De pronto su móvil vibró. Lo oyó desde donde estaba. ¿Era posible? Tal vez había estado sin cobertura en el bosque, y ahora la estaba recuperando... ¡y estaban entrando mensajes! O tal vez alguna llamada perdida. ¡Daniel!

Se levantó de un salto, corrió al baño y lo recuperó enseguida. Lo había dejado tirado entre el montón de ropa del suelo. Automáticamente empezó a repasar con verdadera ansiedad sus mensajes y llamadas perdidas. ¿Daniel la había llamado? ¡Al fin! ¡Tres veces! Incluso había dejado un mensaje de voz a través del whatsapp. Cris sintió una punzada de miedo. Pulsó sobre la grabación para escucharla.

«Cris, oye... Soy Daniel», su voz sonaba ronca y algo distorsionada... «ya sé que estarás cabreada conmigo, debes de estar desesperada... Tenía que haber ido ya a buscarte, pero vas a tener que esperar... Todo se ha

complicado... Escucha, espero que estés mejor», se le quebró la voz, y le pareció percibir que sollozaba, como alguien que trata de disimularlo... «Joder, Cris... ¿puedes llamarme? Llámame, necesito contarte algo, y no sé...»

La grabación terminó con brusquedad. No había más mensajes. Cris se quedó callada, pensando, un minuto, dos... analizando una y otra vez las palabras de su hermano. Estaba segura de que había verdadera desesperación en su voz. Reprodujo dos veces más la grabación. Cuanto más la escuchaba, más crecía en ella la certeza de que le ocurría algo grave. Le devolvió la llamada enseguida, preguntándose qué estaba pasando. El tono sonó y sonó, y al final se cortó la llamada. Lo intentó de nuevo, una, dos, tres veces... Nada.

Dio vueltas por la cocina, cada vez más nerviosa.

Daniel no cogía, ¿porque no podía, o porque no quería? Tal vez se había arrepentido de haberla llamado. O tal vez había decidido ir a buscarla de una vez. Cris se mordió el labio y apartó el móvil. Había llegado el momento. Intuía que no iba a ir a buscarla. Al día siguiente iría a Madrid. Ya no aguantaba más. A la mierda con todo.

Capítulo 3



Se despertó a eso de las siete y cuarto de la mañana con un brusco sobresalto, como si se hubiera estado ahogando. Abrió los ojos sin ser capaz de reconocer la habitación, ni la cama, sobre la que había permanecido desvelada hasta la llegada del amanecer. No sabía si estaba en su apartamento en Malasaña o... Entonces, poco a poco, su mente empezó a identificar los detalles que la rodeaban. Tardó un rato en recordar que estaba en el bungalow al que la había llevado Daniel. El bungalow...

Daniel.

Se incorporó despacio. Una tenue luz inundaba la estancia, con sus paredes y techo de madera. Había en el ambiente un olor peculiar, como a fresno... Cris respiró despacio, dándose tiempo... pestañeó, aún desorientada, y se frotó los brazos. Estaba muerta de frío. Debía de haber bajado bastante la temperatura durante la noche, tanto, que incluso se había formado algo de vaho en los cristales de las ventanas. Iba a tener que tirar de calefacción.

El móvil reposaba sobre la mesilla junto a la cama, silencioso como un testigo que se niega a hablar. Se ladeó para atraparlo y se dedicó a rebuscar entre sus mensajes y llamadas por si su hermano había vuelto a intentar ponerse en contacto con ella. Nada... Lo soltó con la precaución pintada en el rostro. No le quedaba más remedio que levantarse. Se ocupó de buscar algo que ponerse, y de paso localizó el termostato que controlaba la

calefacción. Lo activó. Lo quisiera o no, allí en la sierra el invierno se hacía notar mucho antes. Uno de sus jerséis colgaba de una silla.

—...ven aquí... —sonrió aliviada al ponérselo.

¿Estaría bien Daniel? Su silencio no le gustaba. Definitivamente, iba a tener que ir a buscarle. Si como sospechaba su hermano estaba teniendo dificultades por su culpa... ¿Y las llaves del bungalow?

Desayunó algo ligero y las buscó por todas partes. Estaban en un jarrón sobre el mueble de la entrada. También encontró dinero en el cajón. Se vistió a toda prisa, se puso las botas, cogió un abrigo y salió al porche. Ya no llovía, pero una densa bruma lo cubría todo. A través de algunos espesos jirones de niebla, vio que el cielo había amanecido plomizo y oscuro, cubierto por unas enormes barrigas negras.

—¡Señorita Stoian! —el señor Whitaker estaba a unos cien metros en el camino, muy abrigado en un grueso plumífero, y alzaba el brazo en su dirección, a modo de saludo—. Madruga usted mucho...

—Eeeeh, no... no he pegado ojo... ¡Ah! Dígale a su mujer que el pastel estaba delicioso...

—Claro, se alegrará de saberlo... ¿Ha probado a encender la calefacción? Ya va haciendo frío, y necesito que compruebe que marcha bien. La caldera es vieja y a veces se agarrota y pierde presión...

—Sí, ya la he probado, sin problemas...

—¿Se va a dar un paseo? —el señor Whitaker se alarmó al verla con el abrigo puesto y las llaves del coche en la mano. Cris asintió con la cabeza—. Pero el señor Daniel, su hermano, dijo que...

—...lo sé, no se preocupe, me ha llamado —mintió—. Me ha dicho que vaya a buscarle.

El señor Whitaker frunció el ceño, como si se estuviera debatiendo entre retenerla o dejarla ir.

—Ah... Pues tenga cuidado con la niebla, la carretera se vuelve traicionera...

Cuanto antes, mejor. Cris se dirigió corriendo hasta su coche, un pequeño utilitario rojo.

—¡Vaya con cuidado!

Saludó al señor Whitaker y se sentó frente al volante. Le sonrió mientras arrancaba el motor. Él ya se alejaba, y no la vio. Ya podía dejar de fingir.

Daniel, Daniel... ¿Qué te ha pasado?

Entonces sonó el móvil. Pegó un bote en el asiento, y contestó enseguida, sin pensar, creyendo, ansiando... que fuera su hermano, al fin.

—¿Sí? ¿Daniel...? Ay, Daniel, ¿dónde estabas?

—No, Cris... Soy yo —aquella voz sacudió su mente como un latigazo—... No creía que fueras a cogerme... Oye, necesito hablar contigo...

Reconocía esa voz. A Cris se le hizo un nudo en la garganta. ¿Cómo podía haberse olvidado también de ella?

—¿Ruby? —miró sobresaltada la pantalla del móvil. Mostraba un número que le resultaba desconocido. Apagó el motor—. Ruby...

Ruby Quintana. Su amiga, su mejor amiga... Se le saltaron las lágrimas al escucharla. Necesitaba tanto hablar con alguien en quien confiara... Y podía confiar en Ruby.

—Aaaah, perdona, te estoy llamando desde un restaurante. Mi móvil está muerto —se excusó—, perdona... Cris, hace mucho que no hablamos, ¿cómo estás?

Ella se quedó callada. Ruby no estaba al tanto de lo que le estaba pasando. ¿Cómo decirle que no recordaba casi nada? ¿Que se había olvidado

de ella? No puedes decirle eso a tu mejor amiga.

Ardía en deseos de hablar, y sin embargo... no podía hacerlo, y no debía entretenerse. No, mejor si primero hablaba con Daniel. Después la llamaría. Le debía alguna explicación.

—Ruby, oye, ahora no puedo hablar...

—Ya, pero es que llevas dándome esquinazo meses. Ya había decidido pasar de todo, pero... Supongo que no puedo... Oye, no te molestaría si no fuera importante, y es importante, para mí... y creo que para ti también, aunque te empeñes en esconderte. Deberíamos hablar... Somos buenas amigas, ¿o ya no?

¿Meses? Ufff... Desde luego que era su mejor amiga. ¿O lo había sido? Si llevaban tanto sin hablar...

Cris soltó un gruñido y apretó los dientes. Se había ido encogiendo en el asiento del coche a medida que escuchaba, porque sus emociones hacia Ruby regresaban mucho antes que sus recuerdos, y percibía dolor en su voz. No soportaba haberse olvidado de ella. Al parecer Ruby formaba parte de su galimatías de oscuridad, y eso dolía... Procuró recomponerse un poco.

—Ruby, ahora no puedo, de verdad... ¿Puedes esperar un poco más? Dame sólo hoy, y te prometo que te llamaré... Me gustaría poder decirte otra cosa, pero es que...

—No... Ya no... He esperado demasiado, no puedo más Cris... Esto es cosa de dos, no voy a dejar que te escondas, que es lo que has estado haciendo hasta ahora.

—¡No! No, oye, no me estoy escondiendo, es sólo que —no podía explicárselo—... Joder, Ruby, llevo mucho tiempo sin...

—¿Sin qué?

—Perdona... No puedo explicártelo.

—Venga ya... Cris, reconoce que has salido corriendo, por lo de aquel sábado —¿qué sábado? Cris abrió la boca sorprendida—. ¿No quieres hablarlo? Cris, por favor...

Ahora sí estaba desconcertada.

—Ahora mismo no... No puedo. Además, estoy fuera de Madrid.

Se mordió el labio para no decirle dónde exactamente. Daniel le había dicho que no hablara con nadie, en mayúsculas... Era mejor que Ruby no averiguara dónde se estaba escondiendo, y era muy capaz de hacerlo si le daba demasiados detalles.

Soltó un bufido.

—Vale, no te entretendré, pero necesito verte... Por favor, Cris... —
rogó su amiga.

—Chao, Ruby.

Colgó. Así, sin despedirse. Era la primera vez que se lo hacía, y dolía... Pero se estaba arriesgando mucho, y la conocía bien para saber que si accedía a sus ruegos no pararía hasta sonsacarle toda la verdad. No sabía lo que eso podía suponer, no con Ruby, así que... Necesitaba ser prudente.

Sin embargo, apenas habían transcurrido unos segundos, cuando el móvil sonó de nuevo. Cris dudó, pero al final contestó.

—Cris, soy Ruby... ¿Cris?

—Dime...

—Oye, perdona que insista —su voz sonaba algo ronca y urgente—
... Sé por qué te estás comportando así, por favor, escúchame... Necesito arreglar las cosas. Por favor Cris, no hace falta que suspendas tus... vacaciones, o lo que sea que estés haciendo... Sólo habla conmigo, de lo que pasó entre nosotras, por favor...

Cris tragó saliva. ¿Qué se suponía que había pasado?

—No hay nada de qué hablar, sólo necesito que me des un respiro...
—murmuró.

—Joder, sí que estás de malas...

—Ruby...

—Vale, vale... Oye, esto es importante para las dos. Eres mi amiga... no, mi mejor amiga, ¡mi hermana! ¡No quiero cagarla por una puta discusión! No fue mi intención darte tanto la vara, te aseguro que no fue premeditado... pero... no voy a arrepentirme. ¡Y sé que en el fondo tú tampoco! ¡No quiero que te alejes, joder! Lo siento —bajó la voz para continuar hablando—... Ya sé que no te gusta que te presione, pero creía que había más confianza entre nosotras, no hacía falta que salieras corriendo... Podías haber hablado conmigo, ¿no? Cualquier cosa mejor que desaparecer como lo has hecho...

Cris contuvo un juramento. No podía creer que se hubieran enfadado, ellas nunca, NUNCA, se enfadaban. No podía dejarla así.

—¿Te conformarás si accedo a verte y te escucho? —la interrumpió.

—¡Sí! —había un notable alivio en su voz.

—¿A qué hora?

—¿A la una?

—La una... está bien, así tengo margen para ir antes a ver a Daniel —
murmuró.

Se le había escapado.

—¿Daniel? ¿Al fin da señales de vida? ¿Te ha llamado?

Cris se puso tensa al escucharla. Daniel y Ruby eran también amigos, era lógico que Ruby hubiera tratado de saber algo de ella a través suyo.

—Me dejó un mensaje, así que voy ahora mismo a verle.

—Le he estado llamando, ya sabes para saber dónde te metías, pero tampoco me contesta —Cris sintió que sufría al otro lado del teléfono, y su calidez la sacudió con fuerza.

—¿Dónde? —soltó.

—¿Dónde qué...?

—Donde quedamos, ya sabes, a la una...

—Ah sí... en el café de siempre.

—Allí estaré.

—Gracias Cris...

—Ya. A la una —murmuró, con la voz tan ronca que tuvo que repetir lo mismo dos veces y carraspear antes de que Ruby la entendiera—... A la una... Procura llegar puntual.

Después de colgar hubo un prolongado espacio de tiempo muerto, durante el cual estuvo debatiéndose entre la culpa, el arrepentimiento, y el ardiente reguero que corría por sus venas. Tenía que reconocer que Ruby siempre había ejercido una fuerte influencia sobre ella. Era algo dominante, y estaba loca. Sonrió al recordar algunas cosas... Jamás habían discutido, ¿por qué se habrían peleado? Estaba desconcertada.

¿Había sido buena idea quedar con ella? Bueno, todo dependía de Daniel. No acudiría al café si él no se lo aconsejaba... ¿Aunque se arriesgara a perder a Ruby para siempre? Eso lo dudaba, no podía prescindir de Ruby, de ella no. Era su familia, junto con Daniel. De todos modos no recordaba nada, así que tampoco tenía modo de aclarar con ella por qué la había estado eludiendo...

¿Y si Ruby podía ayudarla en eso?

Primero hablaría con Daniel, y si él estaba de acuerdo, sólo entonces, acudiría a la una al café.

No, acudiría de todos modos, y lo sabía.

Meneó la cabeza, disgustada consigo misma.

—...esto no hace más que empeorar por momentos —gruñó para sentirse menos sola en el interior de su coche—. Daniel, espero que estés en casa...

Buscó su número en el móvil y le llamó. Insistió varias veces... Nada.

«Mierda, Daniel...»

Giró la llave del contacto y arrancó el motor por segunda vez. No lograba quitarse de la cabeza las palabras de Ruby. ¿De verdad se habían peleado? No podía creerlo. A su mente acudieron sus ojos cálidos, esos ojos azules que, reconoció, siempre había envidiado... Su forma de reírse de todo, su desinhibida manera de pensar, su tendencia a meterse en líos, sus... Soltó el aire despacio. Tenía muchísimas ganas de verla...

Bajar a Madrid le llevaría una hora, y llegar hasta el piso de su hermano, al menos otra media hora, con suerte, y luego... «Luego» era una

palabra que la asustaba mucho.

La carretera descendía sinuosa y desierta, envuelta en la niebla. La ciudad sería ahora muy distinta a la de la noche anterior. Ya no podía dominarla, durante el día se transformaba en un monstruo rugiente, atestado de vida, con sus calles recorridas de un virulento frenesí capaz de consumirla. Iba directa a su corazón palpitante. Cris maldijo por lo bajo. Madrid se sumiría muy pronto en un verdadero caos. Odiaba conducir, y más aún hacerlo a través de una ciudad colapsada por los atascos. Lo peor de todo era que el piso de Daniel estaba en pleno centro. Aparcar en el barrio de La Latina podía suponer una verdadera odisea.

En ese momento le entraron ganas de escupir. Notaba la saliva en la boca, con aquel odioso sabor acre y amargo... Se sorprendió. Creía que ya lo había superado. No había pensado en eso ni un instante. Sólo ahora... ¿Qué le estaba pasando? Abrió la ventanilla y escupió... sangre. No, «*de eso nada... ¡Joder!*». Buscó un pañuelo de papel de la guantera, donde guardaba siempre los paquetes de «*cleanex*», y se limpió la boca. De nuevo aquel olor dulzón en el aliento...

«*Mierda... mierda, mierda, mierda...*»

Tragó saliva. No quería ponerse nerviosa.

Puso la radio para distraerse mientras empezaba a hacerse un croquis mental del mejor trayecto posible para ir a la casa de su hermano. Con suerte, habría alguna plaza libre en la misma calle donde vivía, San Isidro Labrador, y no tendría que dar mil vueltas buscando un sitio para aparcar.

Los primeros edificios de Madrid aparecieron, tal y como había calculado, al cabo de una hora de trayecto. Se internó en la M40 y se unió a la cinta de coches que circulaban por ella. Tuvo mucha suerte. Sólo una hora después aparcaba justo enfrente del edificio de Daniel.

Daniel...

Su hermano, irremediablemente encantador; su hermano, interesante, algo despistado, cabezota como ella, sensible, tierno, serio, muy dado a protegerla en exceso... ¿Qué le habría pasado? ¿Qué le contaría cuando le viera? Eran las once y media, una hora más que razonable para llamar a su puerta. Cris saltó del coche y salió corriendo. Cruzó la calle en un santiamén.

El portal de Daniel estaba abierto, así que se coló dentro y subió por las escaleras hasta el último piso, el quinto de un edificio sin ascensor. Se moría de ganas de verle, quería reprenderle, pero mucho más abrazarle y saber que estaba bien. Cuando llegó a su casa alzó la mano y llamó con los nudillos, tres veces, como hacía siempre. Esperó en el rellano, atenta al menor movimiento al otro lado de la puerta... uno, dos, tres minutos...

Se apagó la luz en la escalera y tuvo que encenderla. Insistió, esta vez más fuerte.

—¡Daniel! —le llamó.

De nuevo esperó... Nada.

—...abre joder... —gruñó por lo bajo—. No habrá salido...

Daniel trabajaba desde casa, pero en general se movía mucho por las calles. Su trabajo de periodista, aunque independiente, le obligaba a buscar artículos de impacto en Madrid, noticias de denuncia social, de tono rebelde y activista... Así que hacía mucha labor de investigación. Las mañanas las dedicaba a indagar, y las tardes a escribir sus artículos y a procesar las fotografías que su compañero, Mikel Oyarzábal, sacaba para reforzarlos. Cogió el móvil y marcó su número. Enseguida escuchó su teléfono sonando a lo lejos. Así que estaba en casa. Animada por eso, volvió a aporrear la puerta, ahora con la palma de la mano abierta. También tocó el timbre. Su hermano no abría.

Se acordó de pronto de que existía una llave del piso para emergencias. Daniel la tenía sólo por si ocurría algo grave, igual que ella tenía una de su apartamento en Malasaña. Bien, pues aquello era una emergencia. Se puso de puntillas y la rescató. Estaba oculta sobre el marco de la puerta.

El piso estaba a oscuras y olía a cerrado. No era propio de él tener la casa así, sin ventilar y tan oscura... Recordó su voz rota por teléfono. ¿De qué iba todo aquello? Cris se estremeció.

«Daniel... por favor, no me hagas esto...»

Caminó por el pasillo. Iba encendiendo las luces a medida que avanzaba. Llamó a Daniel con voz fuerte, varias veces. Fue abriendo las ventanas de la sala, subió las persianas... Estaba todo desordenado, como si alguien hubiera revuelto el piso. Había cosas rotas por el suelo, sillas caídas, cajones abiertos... Por todos los rincones había ropa arrugada, polvo... Tenía

toda la pinta de que alguien había entrado. ¿A robar?

—¿Daniel?

Llegó hasta el dormitorio y se detuvo ante la puerta, indecisa. Estaba cerrada. ¿Y si no estaba? O... ¿y si no estaba solo?

—Venga ya...

Entonces abrió la puerta y se asomó. Lo que vio le quitó el aliento.

Daniel estaba colgando del techo, muerto.

Cris sofocó un aullido, abrió mucho los ojos, impresionada por la visión de su cuerpo inerte pendiendo del extremo de una soga... Se cayó de rodillas, sin aliento, con un grito desgarrado ahogado en el fondo de su garganta. Daniel... ¿muerto? ¿Ahorcado?

«*Dios... Oh, Dios...*».

Gimió y se apoyó con las manos en el suelo, a cuatro patas. Entonces se dio cuenta de algo más. Estaba apoyada en un manto de hierba verde tupido y fértil, salpicado de hermosas margaritas y otras flores de colores... Le recordó a...

—¿Qué...?

Miró alrededor y se incorporó. El dormitorio se había convertido en un auténtico vergel... un oasis imposible de vegetación. Las ventanas estaban abiertas de par en par y la luz del día entraba a través de ellas. Un olor fresco impregnaba el ambiente, el olor que trae la mañana después de una noche de lluvia que riega un bosque frondoso, con ese sutil fondo de hierba recién cortada, musgo, tierra y madera. Una enorme variedad de plantas trepaban por las paredes, cubriéndolo todo, e incluso en el aire flotaban diminutas motas brillantes, como destellos chispeantes, y había mariposas revoloteando entre las delicadas flores, sobre aquella alfombra de hierba de un verde fantástico...

Semejante espectáculo la golpeó con fuerza... Su razón se negaba a comprender... Parecía una pesadilla irreal, y lo era, o era víctima de una alucinación. ¿Otra vez?

Daniel se había ahorcado pasando una cuerda a través de un gancho metálico que alguien, tal vez él mismo, había colocado en el techo, y su rostro amoratado se inclinaba hacia abajo, con los ojos cerrados.

Cris se quedó mirándole anonadada... ¿Ése era su hermano? No, no, no no... Se cubrió la cara, ahogada por la impresión. No sabía describir lo que sentía. Estaba rota por dentro, le resultaba imposible asimilar lo que había encontrado. ¿Cómo hacerlo? Empezó a hiperventilar, con los ojos muy abiertos, le temblaba todo el cuerpo.

Al poco apartó las manos y se obligó a mirar de nuevo a Daniel. Entonces una idea cruzó por su cabeza, y saltó para tratar de bajarle. ¿Y si aún estaba con vida? Forcejeó con él, aferrando sus piernas con los dos

brazos a fin de levantar su cuerpo y sacar la cuerda del gancho... pero pesaba demasiado, con su uno noventa de estatura y sus ochenta o noventa kilos, y no pudo moverlo. Tuvo que dejarle como estaba, meciéndose en una danza macabra al borde de aquella odiosa soga. Recogió la silla volcada sobre la que seguramente se había subido su hermano para ahorcarse, se subió a ella, y se empeñó en liberar su cuello...

Daniel, oh Daniel...

Cuando al fin sacó aquel lazo mortal a través de su cabeza, ésta se ladeó y reposó inerte sobre su hombro. Cris perdió el equilibrio. El peso de Daniel hizo que se inclinara demasiado hacia un lado y la silla se volcó. Cayó con él sobre la cama, ahora semi cubierta por las hojas de una fantástica enredadera...

—...ya está... Joder, ya está... Daniel, vamos...

Le tomó el pulso...

Estaba muerto. Daniel, su hermano, se había suicidado.

Tardó mucho en marcar el número de emergencias. Le pidieron explicaciones, y ella las dio de forma incoherente, sin ser consciente de lo que decía. Luego se arrodilló junto a su hermano, incapaz de contener una angustia tan atroz... Recordó su mensaje, sus palabras, su voz rota... ¿Y si hubiera acudido enseguida a su lado? ¿No hubiera podido evitar que se quitara la vida? Una horrible sensación de culpabilidad se fue adueñando de ella.

¿Y si avisaba a Ruby? ¡Ruby! Recordó de pronto que había quedado con ella en el café... ¿Qué iba a decirle? Se sintió sin fuerzas para llamarla. En vez de eso, le envió un mensaje de texto... y se odió por ello.

Cuando llegaron los servicios de emergencias, ella ya no estaba allí.

Capítulo 4



Jacobo salió de su habitación y empezó a bajar las escaleras. Tenía prisa, pero el sonido de voces en el despacho de su padre atrajo su interés. Hacía mucho que no prestaba atención a sus asuntos, ¿por qué iba a hacerlo si no le soportaba? Una mutua aversión los distanciaba, y él había aprendido a mantenerse apartado de su camino... Sin embargo, algo en el tono de su voz le escamó.

Además, era domingo por la mañana, demasiado temprano para que recibiese visitas... Sintió curiosidad. Frenó el paso y se aproximó casi de puntillas hasta la puerta entornada tras la que se le escuchaba discutir. Olía a tabaco. Su padre no fumaba.

Le vio a través del hueco que dejaba la puerta entornada, dándole la espalda. Eran las ocho de la mañana y ya estaba vestido de punta en blanco, con uno de sus trajes de ejecutivo preferidos, de corte serio, hecho a medida por su sastre. Miraba por el inmenso ventanal, desde el que se dominaba Madrid y las torres Kio, no en vano vivían en un ático privilegiado de tres plantas, en una torre de diseño, moderna y exclusiva.

Allí estaba, Román Balaguer. En los últimos meses, la relación entre los dos se había tornado aún más gélida. A los diecinueve años Jacobo ya había descubierto todas las facetas del carácter de su progenitor. Era déspota, ambicioso, avaricioso, egocéntrico... Román Balaguer, como padre y como abogado, se conducía como un hombre frío y soberbio. Y se había divorciado

de su madre.

De haber podido escoger, Jacobo se hubiera trasladado a vivir con ella desde el primer día. Pero Lucía había frenado su petición antes de que la formulara.

«Con tu padre tendrás mejores oportunidades, Jacobo. Él tiene el dinero, no yo. Aprovechate todo lo que puedas, a mí me tendrás de todos modos, cuando me necesites. Si te vienes conmigo, no verás un duro, y lo sabes...»

Jacobo lo sabía. Y se odiaba por haber cedido. ¿Qué le importaba a él todo el dinero del mundo?

Se asomó un poco más para ver con quién discutía.

No albergaba el menor atisbo de remordimiento por escuchar a escondidas. En realidad le traía sin cuidado lo que su padre opinara al respecto. Sólo debía preocuparse por si le cazaba espiando.

Un tipo alto y fuerte hablaba con él, en un tono ciertamente agresivo y malencarado. Jacobo no le conocía, y no le gustó su aspecto. De hecho, le subió un escalofrío por la espalda al contemplarle. Incluso de espaldas resultaba intimidante, como si una sombra le acompañara y llenara el estudio. Desentonaba en el lujoso despacho, con su vestimenta desenfadada, su cabello castaño y ensortijado, revuelto, sus vaqueros gastados... Le hablaba a su padre con despectiva autoridad, frío y cortante.

—...no dudaré en utilizarlo —decía. Tenía una voz grave y profunda.

—...¿A eso has venido? ¿A amenazarme? No deberías estar aquí, te lo he avisado ya demasiadas veces... Ni siquiera sé por qué te he dejado entrar... ¡Lárgate antes de que se me agote la paciencia!

—...hijo de puta... Si no has avisado ya a la policía es porque tienes mucho que perder... A mí me importa un huevo tu reputación de mierda, ¿te crees que mereces un trato «*especial*» porque seas un puto abogado? —preguntó aquel desconocido. Esgrimía un siniestro retintín—... Lo que sí me importa es que me pagues... Vives aquí, en la opulencia, y no eres más que un hipócrita. Tienes mucho que perder, y no quieres eso, ¿verdad? Que todo el mundo sepa lo que hiciste...

—¡Ya te he pagado! ¡Demasiado! —rugió su padre—... No puedes presentarte aquí creyéndote el rey del mambo y chantajearme —había enrojecido hasta la raíz del cabello. Jacobo conocía su mal temple cuando las cosas no marchaban como él planeaba—... La próxima vez será la última, ¿lo entiendes?

¿La próxima vez? Sin duda aquel tipo estaba extorsionando a su padre. ¿Qué era lo que nadie debía saber? ¿Qué había hecho?

Entonces el desconocido se carcajeó, se adelantó y apoyó con violencia las dos manos sobre la mesa de caoba de su padre.

—¿Y qué vas a hacer, Balaguer?

—Lárgate. Te daré lo que has venido a buscar, pero será la última vez, o me ocuparé de que tu cuerpo aparezca cualquier día en una cuneta —le amenazó. Sacó de un cajón un cofre de seguridad, lo abrió, y extrajo un grueso fajo de billetes—. No vuelvas a intentar acobardarme... No te servirá.

El joven se apartó de la mesa con desprecio.

—...Crees que siempre funciona, ¿no es así? Yo diré cuándo se acaba, no tú... De ti depende lo que pase en adelante...

—...Poco me van a importar tus amenazas...

—Te importarán. Siempre te importan. Por eso cuando vengo me recibes y tienes el dinero preparado en esa caja.

Balaguer enrojeció. Entonces el chantajista dio media vuelta y Jacobo tuvo que retroceder para no ser descubierto. El tipo salió y desapareció escaleras abajo mientras se guardaba el dinero en un bolsillo interior de su chaqueta. Un extraño olor dulzón se desprendió de él cuando pasaba, un olor profundo y desagradable que cargó el ambiente al instante. Salió del elegante ático dando un portazo.

¿Quién era?

Sólo había un modo de saberlo...

Le siguió. Abandonó el ático detrás de él, a tiempo de verle coger el ascensor. Corrió escaleras abajo hasta el portal del edificio, con intención de adelantarse. Le vio dirigirse hacia una furgoneta negra aparcada en la misma calle, y montar en el asiento del conductor, mientras se calaba sobre la nariz unas gafas oscuras que ocultaron su rostro.

Jacobo dudó. Sin duda era... peligroso. Sin embargo, había soportado a su padre demasiado tiempo, y estaba dispuesto a ir más allá para descubrir la sórdida verdad con que aquel joven le estaba chantajeando. No se dejaría llevar por el miedo.

Entonces, impulsado por el deseo de saber, se apresuró a alcanzar la furgoneta antes de que aquel chantajista arrancara y desapareciera. Se deslizó entre los coches, agazapado, y serpenteó hasta colocarse detrás. Probó con las puertas traseras... Estaban abiertas. Escondarse dentro fue sencillo. El vehículo arrancó y dio un tirón. Jacobo perdió el equilibrio y se golpeó la espalda contra unas cajas de «*poliespán*». Se recuperó, se agarró donde pudo, y se agazapó entre ellas. Luego lo pensó mejor y se metió al fondo, con la esperanza de que el desconocido no vaciara el vehículo y le descubriera.

Se la estaba jugando... La curiosidad siempre le ganaba por la mano.

Al cabo de cuarenta minutos, la furgoneta redujo la marcha. Jacobo no podía ver nada desde donde estaba, pero notó que transitaban por algún terreno más escabroso o estrecho. Las ruedas saltaban y el vehículo se bamboleaba. Olía muy mal, a agua podrida... Cuando al cabo de mucho tiempo se detuvo, el desconocido apagó el motor. Hubo un instante de silencio. Jacobo no se atrevía a asomarse... Entonces le oyó abrir la puerta y

bajarse. Estiró un poco el cuello. Sus pasos se alejaban...

Salió de su escondrijo y saltó fuera de la furgoneta. Se encontraba en una especie de subterráneo, en una catacumba... maloliente y oscura, por cuyo suelo, a través de un canal junto a sus muros, discurría una hedionda corriente de agua.

Aguas fecales.

Maldijo por lo bajo. No había podido ver cómo llegaban hasta allí, así que no sabía dónde estaba.

El horrible y penetrante olor dulzón que había percibido en aquel tipo también llenaba el ambiente allí abajo. Era hediondo, insoportable... Se cubrió boca y nariz con el cuello de su camiseta.

El pasadizo donde había dejado la furgoneta era estrecho y bajo, y se dividía en varios túneles, cuyas bocas redondas se abrían negras y profundas en la penumbra. Una corriente de aire helado provenía de esos corredores. Era un lugar tenebroso, y Jacobo no quería estar allí, pero ya no había vuelta atrás. O se quedaba en la furgoneta, rezando para no ser descubierto, o seguía adelante y llegaba hasta el final.

Recordó entonces el reloj grabadora que su madre le había regalado para que pudiera hacer un trabajo en el instituto. Desde entonces siempre lo llevaba consigo, en la muñeca. Aparentaba ser un reloj más, salvo porque incorporaba de serie una cámara de alta definición... La puso en marcha.

Se escuchaba un ruido de máquinas a lo lejos, un zumbido sordo y continuo; por debajo, de vez en cuando, sonaba una especie de gemido, un lamento que... si lo pensaba bien, también podían ser provocado por la misma corriente de brotaba de aquella oscuridad.

Salió de la protección de la furgoneta, atento a lo que tenía alrededor. Por mucho que fuera hijo de su padre, estaba seguro de no salir indemne si aquel chantajista le pillaba husmeando. Su padre no se codeaba precisamente con buena gente, eso lo tenía claro, pero es que... él tampoco era buena gente. Y ese tipo era la prueba. Su voluntad se fortaleció.

Decidió seguir el ruido de las máquinas. De pronto, una serie de focos en el techo se encendieron con un chisporroteo. Alguien las había accionado. Iluminaron pobremente los rincones de la siniestra catacumba. ¿Acaso aquel hombre vivía allí, bajo tierra?

Jacobo siguió adelante, hacia aquel zumbido intermitente... Con suerte aquel pasadizo le conduciría directo hasta el secreto por el que su padre estaba dispuesto a pagar tanto dinero. Era más estrecho y profundo de lo que le había parecido en un principio, y descendía poco a poco. Resultaba opresivo. Aquel hedor dulzón ascendía desde el fondo. Dejaba un sabor acre y amargo en su boca. ¿Dónde estaba? ¿Qué era aquel lugar?

Las paredes y el techo abovedado eran de ladrillo y estaban cubiertos con obscenos grafitis de colores chillones. Algunas ratas le salieron al paso, con sus cuerpos peludos arrastrando la barriga por el suelo encharcado. Él no les tenía miedo, temía más lo que pudiera encontrar.

Apresuró el paso hacia el ruido de las máquinas. Sonaba cada vez más fuerte. Al fondo vio una puerta. Estaba abierta y daba paso a una sala. El sonido venía de allí...

Corrió para acercarse cuanto antes y se escondió en un rincón, desde donde podía ver sin ser visto. A partir de allí el corredor se abría en un espacio más amplio, una especie de sala, en cuyo centro alguien había dispuesto dos viejas mesas de metal. Sobre ellas había balanzas, básculas, probetas y todo tipo de utensilios de laboratorio... ¿Qué era aquello? ¿Qué estaba haciendo ese material allí abajo? El olor dulzón, era más penetrante y desagradable que antes.

Jacobo empezó a marearse... Ese hedor predominaba incluso por encima del que emanaba de los canales de aguas negras que discurrían por el suelo, a derecha e izquierda.

Se le revolvió el estómago.

Entonces vio al chantajista. Estaba discutiendo por teléfono al fondo de la sala. Parecía de mal humor. Vio sus ojos brillar en la penumbra. Le parecía un ser extraño, maligno. Por suerte la cámara estaba grabándolo todo, o después no lo creería. Era como estar en una pesadilla...

Miró alrededor. Estaba inquieto, pero ya que había llegado hasta allí tenía que apechugar. De todos modos, no quería ni imaginar lo que pasaría si ese tipo le descubría... Entonces se fijó en algo que no había visto antes, a su derecha. Había otra puerta, más estrecha, de metal. Se acercó en silencio. Estaba abierta. La empujó despacio y se asomó...

Allí había una máquina. El zumbido que había ido siguiendo procedía de ella. Era enorme, llena de paneles luminosos, y estaba junto a una mesa camilla... cubierta con una sábana. Le pareció que ocultaba un cuerpo. ¿Vivo o muerto? Se estremeció... Le pareció que salían tubos de esa mesa hacia la máquina, y que dentro de ésta se estaba dando alguna clase de proceso químico, porque por el otro extremo, a través de tres boquillas, salía un líquido espeso y verde, dotado de cierta luminiscencia. Iba goteando muy lentamente para llenar unas pequeñas ampollas, del tamaño de un dedal.

Jacobo se acobardó, pero se obligó a permanecer allí. Quería saber, debía saber.

Se fijó en que alrededor había algunas cajas, bandejas de corcho, como las que había visto en la furgoneta en la que había llegado, aunque éstas estaban abiertas. Se encontraban apiladas unas encima de otras... Contenían pequeños tiestos del tamaño de un vaso de agua; en ellos crecían unas extrañas plantas de aspecto delicado. El hedor dulzón provenía de ellas. ¿Qué eran?

Entonces una mano le agarró por detrás y le tapó la boca para que no pudiera gritar. Alguien le arrastró fuera de ese cuarto hasta obligarle a pegarse a la pared, con la mejilla rozando el ladrillo húmedo.

—Mi querido Jacobo... ¿Qué haces aquí?

Era él, el chantajista. No podía volverse para verle, pero sabía que era él. Su voz siseaba en su oído. Su aliento era hediondo, cargado con aquel mismo olor pegajoso, acre y amargo... Se mantenía a su espalda y le aferraba con fuerza la cabeza con una mano, mientras con la otra le tapaba la boca. Casi no le dejaba respirar.

—...así que el hijo del viejo me ha seguido —al parecer le conocía. Eso podía ser bueno, o... malo. Jacobo supo que era peor que malo. Inspiró por la nariz con fuerza, tratando de no quedarse sin aire. Los dedos del sujeto se le clavaban con fuerza en la cara, taponándole en parte la nariz—... Jacobo... Jacoooooobooo... Puto cotilla...

Jacobo temió por su vida.

—...retrocede conmigo y no hagas ruido, o estás muerto...

Jacobo asintió despacio. El tipo tiró de su cabeza hacia atrás, agarrándole del pelo, y con la otra dejó de taponarle la boca y le retorció el brazo tras la espalda. Salieron al corredor.

—...suéltame —rogó Jacobo—... Oye, no irás a...

Por toda respuesta recibió un violento empujón. Tuvo que avanzar por el pasillo, de vuelta hacia la furgoneta. Jacobo no intentó oponer resistencia. Si no estaba muerto ya, tal vez tuviera una oportunidad. Un par de veces quiso volverse, pero cuando lo intentaba, el otro le empujaba y le retorció el brazo con crueldad, obligándole a continuar. Al llegar a la furgoneta, le arrojó contra ella.

Ahora sí le veía bien... El chantajista le observaba, sopesando su próxima decisión. Luego esbozó una inhumana sonrisa.

—...puedes irte... Aunque te vaticino que no volverás a ser el mismo... Es lo que les pasa a los curiosos...

Jacobo se estremeció.

—...Oye... no te conozco, sólo quiero saber por qué estás chantajeando a mi padre, lo que hagas aquí abajo no me importa...

—Claro que no te importa... Pero, ¿sabes qué? No está bien que me hayas seguido, y no me interesa compartir contigo nada en absoluto...

—Dime qué ha hecho para que te permita chantajearle...

—¡Calla! ¿Sabe él que estás aquí? —Jacobo desvió la mirada inconscientemente—... No, ya veo...

Exhibió una sonrisa lobuna, fría y cruel. Ladeó la cabeza y le escudriñó con curiosidad.

—No te pareces a él.

Era cierto, Jacobo era como su madre, y se alegraba por ello cada día cuando se miraba a un espejo.

—Créeme, no quieres saber por qué tu padre me paga —empezó a cachearle, registrando sus bolsillos. Jacobo palideció. Su reloj aún estaba en marcha. Si se lo quitaba... Pero no, no se fijó en él. En cambio le arrebató el móvil—... Por si acaso —lo tiró al suelo y lo pisoteó—... Vete a casa con tu papá, antes de que me arrepienta.

De pronto se apartó de la furgoneta y desapareció. Jacobo se encogió, respirando de forma entrecortada. Aún no comprendía cómo se había librado de que le diera una paliza, o peor, de morir.

Se acuclilló contra la furgoneta, pensando... Había sido un milagro que ese hombre se hubiese limitado a destrozar su móvil. Había sentido la muerte tan cerca... Soltó un bufido.

Luego lo pensó mejor.

Recordó la camilla y el cuerpo bajo la sábana, las máquinas, el laboratorio... Nunca se tomaría a la ligera las amenazas de ese tipo, sabía que haría lo que decía si volvía a verle rondando por allí, o si regresaba y descubriría que seguía husmeando. Pero... no podía irse sin averiguar qué era todo aquel tinglado. Cogería una muestra de esas extrañas plantas apestosas.

La curiosidad... Su madre siempre le decía aquello de «*la curiosidad mató al gato...*».

Jacobo se coló en la furgoneta, entre las cajas de poliespán, alargó

una mano y levantó la tapa de una de ellas. Esas plantas eran más pequeñas que las que había visto en la habitación donde estaba la camilla. Frunció el ceño... ¿Por qué no? Cortó una hojita. La llevaría a algún laboratorio para que la analizaran. La observó. ¿De verdad provenía aquel olor nauseabundo de unas plantas tan aparentemente inofensivas? Eran incluso bonitas...

Se llevó a la nariz aquella hoja oscura, dura y brillante, y aspiró... El penetrante olor inundó sus fosas nasales y llenó su boca de un sabor amargo, acre y pegajoso... como el aliento de ese tipo... El hedor ascendió hasta su cerebro, poseyendo cada una de sus terminaciones nerviosas, sus células, sus vasos sanguíneos...

Al instante Jacobo sintió un vértigo letal, se sacudió con una violenta convulsión, se le pusieron los ojos en blanco, y cayó... pálido y frío. Su cuerpo se derrumbó y se quedó echo un ovillo, tendido de bruces, entre las cajas.

Entonces el chantajista, que no se había ido, sino que aguardaba cerca de allí, espiando sus movimientos, regresó, satisfecho de haber acertado al pensar que el chico no resistiría la tentación.

Capítulo 5



La primera noche tras la muerte de su hermano, Cris tuvo un sueño, un sueño opresivo, preñado de significados que entonces no supo captar, quizás porque el dolor era demasiado profundo todavía, demasiado reciente, y no albergaba espacio para nada más.

«En él estaba sola, a merced del viento y la tormenta, a punto de caer, encaramada en lo alto de un risco elevado, muy peligroso, desde el cual oteaba el mundo... un mundo yermo, sin un ápice de vida, sobre el que aquel viento del sur arrastraba nubes de polvo eternamente. Ella sabía que era un mundo devastado, donde nada volvería a crecer. Y esa conciencia la acongojaba... horadaba en su pecho una brecha infinita que no podía soportar.

Sus pies desnudos apenas se apoyaban en la punta de la roca desnuda. Su cuerpo se sostenía únicamente por la fuerza de aquel viento devastador. Quería saltar, porque no soportaba aquel vacío que dejaba la vida tras de sí.

Miró hacia el abismo bajo aquel risco, ansiando asomarse hacia él. Quería ver... porque intuía que al fondo hallaría respuestas, no... una respuesta, la solución a algo que anidaba en el fondo de su subconsciente, tan enterrado que no lograba visualizarlo, algo que necesitaba saber, algo que se le escapaba...

Sus venas se inflamaron, la sangre empezó a circular por ellas como un reguero ardiente, la sentía palpar al son de su corazón, un pulso poderoso, rítmico... El abismo la llamaba, sabía que, si se dejaba llevar, el poder con que la llenaba podría estallar y ser más terrible que cualquier cosa, ingobernable, sin principio ni fin.

En ese sueño, el mundo, otrora lleno de verdor, de frondosos bosques, de arroyos, valles, colinas de una esponjosa hierba mullida... se había perdido. Sus lágrimas quemaban y la tristeza la dominó... una pena infinita que enardeció su mente y su corazón.

El abismo bajo aquel risco... Sintió que sus pies se hundían en la roca, profundamente, y que echaban raíces, y que esas raíces se adentraban en la tierra y se ramificaban, y la vida que aún la sembraba penetraba en ella y recorría su cuerpo como la savia fluye por el tronco de un árbol... A lo lejos, distinguió muchas figuras, personas, como sombras, que se arrastraban a través de la desolación, lejanas e inalcanzables... Entre ellas destacó una figura de mujer... La reconoció... Era la misma del claro en el bosque, con el cabello rojo y los ojos esmeralda fijos en ella... De nuevo aquella súplica en la mirada... La vio desvanecerse en una nube de polvo.»

Cris se despertó bañada en sudor, temblando, febril, consumida por una pena inenarrable... Tal vez sólo eran las emociones que aquel sueño extraño había despertado en su mente vulnerable. ¿Por qué volvía a ver, aunque fuera en sueños a aquella muchacha? La sensación de que la conocía, de que estaba de algún modo conectada a ella, creció en su interior... Su encuentro en el claro, tenía que haber sido producto de su mente, una alucinación, por eso se había esfumado en sus narices, ¿qué otra explicación había?

Un sueño tan extraño... Dejó de pensar en él, y en cuanto lo hizo, se desvaneció de su imaginación, como el humo etéreo que arrastra la brisa.

Estaba muy afectada por la pérdida de su hermano. Daniel había sido su única familia... Aferró las sábanas de la cama con rabia, mientras el llanto sacudía su alma. Daniel estaba muerto, y aquella misma tarde se oficiaba el entierro, pero no pensaba ir. Algo en su interior se negaba a presenciar el sepelio. Además, si asistía, corría el peligro de que la localizaran, y ahora, más que nunca, creía en las advertencias de Daniel.

Estaba muerto. Estaba muerto...

Nunca había sufrido un desgarró igual. En la vida. Devastaba su corazón más allá de lo concebible. Daniel siempre había sido su punto de anclaje con el mundo, un enlace firme para ella, que le adoraba...

Le había fallado. Lloró llena de desconsuelo.

Abandonó el dormitorio sin mirar siquiera por la ventana. No le interesaba nada de lo que ocurría en el mundo exterior... Sólo era capaz de sentir aquel dolor punzante.

Se arrastró hasta la cocina, y se dejó caer en una silla. Enterró la cara

entre los brazos e inspiró, y expiró... una, dos veces... Despacio, muy despacio... ¿Cómo había vuelto al camping? No lo sabía, todo era un borrón en su cabeza... El reloj de pared sobre la alacena dio las once de la mañana con un suave pitido. Cris alzó la vista. No le sorprendía haber dormido tanto.

Estaba perdida en aquella cocina, a solas con su tristeza, cuando llamaron a la puerta. No pensaba abrir. Estaba tan convencida de que era el señor Whitaker... o su mujer, que con toda su buena intención venían a consolarla, o peor, a hacerle compañía. Ya sabían que su hermano había muerto, se lo había dicho ella misma el día anterior. Además, habría salido en las noticias...

Permaneció obstinadamente en la silla, mirando al vacío... El tiempo transcurrió lento y apacible a su alrededor, casi como una caricia, y empezó a relajarse. Tal vez el señor Whitaker se hubiera ido... Pero no, al poco golpearon de nuevo la puerta, y una voz se alzó para romper sus barreras.

—¡Cris! ¡Soy yo, Ruby!

Ruby... Algo se ablandó en su coraza de dolor. Para ella sí tenía espacio, Ruby era una buena amiga. La había dejado plantada, claro, no había ido a verla a la una al café, pero al parecer había leído su mensaje. Había olvidado que le había escrito para contarle que Daniel estaba muerto... Ni siquiera recordaba qué le había escrito. Se levantó y abrió...

¿Cómo sabía Ruby que estaba en el camping? ¿Cómo la había encontrado? Cris frunció el ceño, pero dejó pasar esas preguntas a través de su pensamiento.

—Estás hecha un desastre —murmuró Ruby. estaba apoyada en el quicio de la puerta, alta y morena, con sus chispeantes ojos azules fijos en ella. Cris leyó en ellos sincera conmiseración—. Anda, ven aquí...

La abrazó, y ella desfalleció. Se dejó llevar por una marea arrolladora de desolación. Sollozó en su hombro sin medida, agradecida de tenerla a su lado cuando más lo necesitaba.

—Eh... Anda, ven, será mejor que te sientes...

La condujo como a una niña hasta la cocina, y la obligó a ocupar la misma silla donde había estado sentada hasta hacía cinco minutos. Luego se agachó y apoyó las manos en sus rodillas. Cris sonrió a través de las lágrimas.

—Vaya mueca —se mofó Ruby. Y a ella se le escapó una risotada histriónica—... ¿Has comido algo desde ayer?

Cris negó con la cabeza.

—No tengo... no tengo hambre...

—Ya... Pues te voy a preparar el desayuno, a ver...

—...de verdad, no soy capaz de tragar, tengo un nudo en la garganta...

—¿Café entonces?

Esta vez Cris asintió despacio. Ruby se puso de pie y empezó a trastear por los armarios de la cocina, buscando con qué hacer el café. Enseguida encontró una cafetera y un paquete de café molido en uno de los armarios.

—¿Cómo has sabido dónde...

—Leí tu mensaje... y me preocupé —explicó. Hablaba de forma natural, sin pretensiones ni concesiones. Trataba de hacer más llevadero el dolor de su amiga, desterrando toda condescendencia—. Te llamé en cuanto lo leí, pero no cogías... Me dio miedo pensar... La verdad, me enfadé bastante, porque no me cogieras en un momento así, joder... Luego pensé que estarías hecha polvo, y bueno... ¿Sabes? Han dado lo ocurrido en las noticias.

—No quería decirte dónde estoy... Pero ahora me alegro de que hayas venido...

—¿Y por qué no, si puede saberse?

—Daniel me dijo que no lo hiciera... No a ti, sino a nadie... Es largo de contar... ¿Cómo me has encontrado?

Ruby vaciló.

—Tengo un amigo que es policía, ¿se te ha olvidado?

—...no sé de qué me hablas...

—Joder, el tío ese que me ayuda con el blog —lo pensó un momento, y como Cris la observaba con los ojos muy abiertos, esperando que le aclarara de qué estaba hablando, escupió un nombre—... Sandoval, ¿recuerdas? Y... bueno, él me ayudó a localizarte, ya ves, es lo malo y lo bueno de los móviles, que pueden rastrear tu señal —A Cris no le importaba nada de eso. Ruby vio en su rostro tanto dolor que enmudeció. Dudó un instante, y luego se acercó un poco—... Lo siento Cris... Joder, debiste llamarme enseguida, en vez de mandarme un mensaje diciéndome solamente que tu hermano...

Cris se tragó su angustia. Su corazón se mecía suavemente en aquella amarga pena en la que se hundía. Latía en su pecho con un pulso intenso, doloroso... Hacía aguas.

Ruby la abrazó y después terminó de preparar la cafetera. Verla moverse con tanta familiaridad por la cocina, una cocina que ella apenas conocía todavía, le resultaba en cierto modo reconfortante. La dejó hacer en silencio, perdida en sus movimientos.

No parecía que hiciera meses que no la veía. Siempre le había resultado curioso que, pese a ser una chica alta y flacucha, fuese tan enérgica. La verdad era que lo llenaba todo con su sola presencia. Destacaba allá donde

fuera... Su pelo, rizado y oscuro, había crecido y le llegaba hasta las caderas. Cris sintió cierta envidia, Ruby destilaba seguridad en sí misma, algo que a ella le faltaba en grandes dosis. Se fijó en su atuendo, buscando recuerdos... Continuaba con su peculiar gusto a la hora de vestir, siempre con su amor por la ropa informal, adoraba llevar un aire casual, con sus vaqueros raídos y su camiseta roja a medio meter en los pantalones. ¿Por qué adoraba tanto a esa chica? A Cris se le escapó un esbozo de sonrisa lánguida... pero se desvaneció casi enseguida en sus labios.

Al cabo de un rato la cafetera empezó a silbar y a chisporrotear, y un aroma delicioso inundó la cocina.

—¿Cómo va todo con tu blog?

Se obligó a conversar. Una marea imparable de lágrimas silenciosas rodaban por su rostro, mejillas abajo.

—¿De verdad quieres hablar de eso ahora? —Ruby se volvió hacia ella y le lanzó una mirada cariñosa, con aquellos ojos azules que siempre lograban desbaratarla—... Está bien... Ya sabes cómo es. No ha cambiado mucho... ¡Una puta locura! Pero me bandeó, me da para vivir, no me puedo quejar. Ten, tómatelo, no me hagas obligarte.

Le sirvió un café con leche sobre la mesa y puso el azucarero y una cucharilla a su lado. Luego se sentó con otro café solo para ella. Cris vertió dos cucharitas de azúcar en la taza, revolvió el café y dio un sorbo, fingiendo tener ganas de tomarlo... pero lo dejó enseguida. No había mentido, tenía la garganta tan cerrada que le costaba tragar.

Ruby alargó una mano y acarició su mejilla húmeda con la punta de los dedos.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Cris asintió con cautela.

—¿Por qué aquí?

—¿Aquí... dónde?

—En un camping perdido en el culo del mundo. Cuando mi amigo me confirmó esta dirección... en fin... No te imaginaba en un sitio así, pensé que seguías en Malasaña y que simplemente no querías volver a verme. Esto está muy aislado, lejos de todo, lejos de Madrid, del bullicio, de todo lo que te gusta, ¿no?

—Supongo que ya no importa —murmuró. Ruby bajó la mirada, y ella lo agradeció.

Pero si importaba.

—Venga, Cris...

Sonrió a medias.

—Vamos, ¿por qué aquí? —Ruby siempre tan insistente.

—Aquí, en otra parte... Este sitio es tan bueno como cualquier otro...

Las lágrimas rodaron de nuevo y la voz se le quebró. Ruby le acarició el pelo en silencio.

—Vale, no quieres contármelo... ¿Qué vas a hacer ahora? Quiero decir... No tiene sentido que te quedes aquí sola... ¿Vas a volver a Malasaña?

—No lo sé, Ruby... Ahora no puedo pensar...

—Está bien... Está bien... Tómate tu tiempo. Pero no creas que voy a dejar que estés sola. Te acompaño al entierro. Es esta tarde, ¿no?

—...Sí, pero no quiero ir...

Debería haber dicho, *«no debo ir, no puedo ir, porque no sé de qué va esto y tal vez corra peligro...»*

—Cómo que no...

—Joder, Ruby, cómo ha pasado esto... Daniel se ha suicidado, ¿lo entiendes? ¡Le encontré colgando de una puta sogá!

—No sabía que estuviera tan deprimido...

—¡Y no lo estaba! No... Me dejó un mensaje —¿cómo explicarse?— ... Parecía... muy triste, preocupado, es verdad, por eso iba a verle cuando me llamaste —se quedó pensando un instante, recreando la escena. El dormitorio, su hermano colgando en medio de ese vergel...—. Ya has visto las noticias, su habitación...

—¿De qué hablas?

Cris se quedó sin saber qué decir. ¿Acaso no habían dicho nada del exuberante jardín en las noticias?

—...hablo del... jardín que ha invadido la habitación de mi hermano...

—Oh... Bueno, algo han mencionado, pero no han permitido que se emitan las imágenes y no me llamó la atención —dijo Ruby—. ¿Era para tanto?

—...hablo de... un... puto... oasis... en su cuarto, como si... como si hubiera brotado una selva virgen en él, así, ¡de la nada! Y Daniel colgaba del techo, en medio de todo ese verdor —se encogió de hombros y guardó silencio. La cabeza le daba vueltas, una marea de histeria amenazaba con

dominarla de un momento a otro—... No tengo más familia —concluyó al cabo de un rato—. ¿Qué voy a hacer?

—Bueno, perdona, ¿es que yo no cuento? ¿No te gusto como familia urbana?

Cris se rió sin fuerzas, y después Ruby la abrazó, y ella se lo permitió. No podía contarle nada más, no podía. Sonaba a locura, y tal vez estaba loca. La verdad podía esperar un poco más.

Ruby se quedó con ella el resto del día, y por la tarde, después de mucho discutir, se abstuvieron de ir al cementerio. Cris sintió un alivio inmenso por haber podido zafarse de tan delicado asunto. Convencer a Ruby sin dar explicaciones no había resultado nada fácil. Se había librado porque estaba tan desmadejada que había despertado la compasión en el corazón de su amiga.

Vivió aquel episodio de su vida como a través de un sueño. Todo le parecía irreal y fantasmagórico. Imaginó cómo hubiera sido ir al sepelio, los rostros de los amigos de su hermano acercándose a darle el pésame, las palabras de algunos de sus compañeros de oficio en la red... el sacerdote y el discurso durante el oficio...

El entierro significaba en realidad una despedida, el golpe de gracia que la obligaba a reconocer que estaba muerto... Definitivamente. Imaginó su ataúd desapareciendo bajo tierra, cómo arrastraban una losa para sepultarle... El golpe seco que produciría cuando encajara en su lugar, no sería más atroz que el dolor que la imagen de su cuerpo sin vida colgando de una soga le había provocado, una y mil veces. La muerte tomó, al pensar en ello, un sentido distinto para ella, mucho más cercano y plausible.

¿Acaso alguien que le hubiera conocido lo más mínimo podría creer que se hubiese ahorcado? Daniel era muy apasionado, era cierto, de sentimientos exagerados, y con una tendencia marcada para el sufrimiento. Adoraba, Cris diría que... casi buscaba... ser el protagonista de las historias sobre las que escribía, pero... precisamente por eso, no era un suicida. Porque... como ella... había amado la vida.

No.

Ahora todo había cambiado. Daniel había querido protegerla, y estaba enterrado. ¿Qué significaba eso? La muerte la visitaba con su peor rostro, envuelta en un halo de misterio imposible de rehuir.

Durante toda la tarde... estuvo pensando, una y otra vez, en lo extraño de todo aquello.

Decidieron salir a dar un pequeño paseo por el sendero del bosque, protegidas de la lluvia, que no cesaba, bajo el paraguas que Ruby sostenía para las dos. Cris alzó los ojos y la miró. Estaba abstraída. En la tensión de su mandíbula se perfilaba su preocupación. ¿Qué estaba pensando? Apoyó la cabeza en su hombro con un suspiro. La mano de Ruby enlazó su cintura y la oprimió con cariño.

Cris suspiró. Sus pensamientos vagaron sin control, de nuevo hacia Daniel. Una brisa incómoda agitaba su pelo. Olía a a tierra húmeda, a tierra removida...

Visualizó por enésima vez el cuarto de su hermano, tal y como lo había encontrado. Toda aquella espléndida masa vegetal... tan inundada de flores delicadas de todos los colores, un cuadro hermoso como jamás había llegado a contemplar, salvo en aquel claro en el bosque, irreal... como si hubiese sido el «*atrezzo*» de una obra de teatro, de hadas y elfos. Su mente le señalaba una y otra vez ese hecho concreto, el hecho de que el cuadro que rodeaba a su hermano era un puro decorado. Una visión tan maravillosa no encajaba con la de la muerte, con el rostro amoratado de Daniel, con su cuerpo lánguido colgando del techo... Esa idea martilleaba su conciencia una y otra vez, y la estaba volviendo loca. Había algo muy... sórdido en todo aquello, que hacía que se le erizara el vello del cuerpo, de los pies a la cabeza.

De no ser por Ruby, la tarde hubiera sido como viajar en el carrusel del infierno, una agonía. Su amiga se portó muy bien con ella. Le agradecería eternamente su lealtad, su silencio comprensivo, su respeto... incluso el leve destello de despecho que veía en el fondo de sus ojos azules cada vez que la descubría mirándola. Había soportado estoicamente su ausencia y su silencio durante tantos meses, y aun así... allí estaba, a su lado, dispuesta a perdonar.

Ruby era increíble.

No le confesó nada de lo que la atormentaba, porque estaba tan deshecha que sólo podía dejarse llevar. Pensó hacerlo al día siguiente, cuando las nieblas del dolor le dieran una tregua. En cambio permitió que cuidara de ella, dejó que la acompañara de vuelta al bungalow, en su coche, dejó que hiciera algo de cena, incluso dejó que se quedara toda la noche. Iba a dormir en el sofá de la salita, pero le pidió que se tumbara con ella, en la cama, y que la abrazara. Y Ruby lo hizo.

Capítulo 6



Al menos aquella noche fue una noche sin sueños. Durmió profundamente entre los brazos de Ruby. Su presencia actuaba a modo de bálsamo protector, manteniéndola a salvo. Despertó con el alba, a su lado, y la descubrió aún dormida.

Respiraba suavemente y fruncía el ceño, como si estuviera muy concentrada en el proceso. Cris la contempló a placer, preguntándose por qué se habían peleado. No era propio de ellas, mucho menos distanciarse así... Para Cris, ahora que se habían reencontrado, era como si jamás hubieran estado separadas. Algunos bucles castaños caían sobre su frente despejada. Se fijó en la suave cicatriz sobre su ceja derecha, de un centímetro, poco profunda, fina y perfecta, un corte. Se lo había hecho andando en bici a los doce años. Descubrió también que sus largas pestañas eran muy tupidas y sedosas, y que sus labios generosos se entreabrían un poco para poder respirar... Cuando esos labios sonreían, lo iluminaban todo. Ruby era auténtica, sin trampa ni cartón, y era esa autenticidad, y su arrollador entusiasmo por todo lo que hacía, lo que lograba que deseara tanto pertenecer a su universo, como si su persona cobrara sentido sólo cuando ella le prestaba su calor. El día que la conoció, se vio atrapada de forma irremediable por su maravillosa personalidad, y desde entonces ya no había querido separarse de su lado. Deseaba que su luz continuara calentándola... como si ya no reconociera ningún otro sol.

Era precisamente eso lo que hacía que se resistiera a creer que se hubieran peleado.

Buscó en su interior, y no halló resto alguno de rencor o malestar. Quizás el dolor de su propia pérdida se había llevado otras emociones...

Tampoco le importaba, fuera lo que fuera lo que se había interpuesto entre ellas. Además, la necesitaba tanto, que no había lugar en su corazón para nada más. Fuera rencillas. Si las hubo, ya no tenían sentido.

Por otro lado, estaba esa otra realidad, la de la muerte de su hermano, una realidad que aguardaba paciente su momento, para arrollarla de nuevo, como un tren de mercancías.

Cuando abrió los ojos, Ruby le dedicó una sonrisa genuina que le atravesó el alma. Ambas sentían aquella corriente circulando entre las dos. Sus almas estaban conectadas a un nivel inexplicable, duradero como el infinito, sólo que Ruby lo reconocía abiertamente, y Cris no. A ella le costaba más expresar sus emociones.

—...cómo estás...

—...sobrevivo —musitó. Esbozó una torpe sonrisa para apoyar sus palabras y disimular el dolor. Habían cambiado tanto las cosas... Hacía sólo unos días había despertado inmersa en una pesadilla, enferma, sin saber dónde estaba, sin recordar... Tenía miedo de que esa amenaza la alcanzase pronto—... Ruby, quiero ir al piso de mi hermano.

—¿Para qué?

Ahora había incertidumbre en su expresión.

—Porque necesito volver a ver... aquello, su habitación...

—No crees que se suicidara —afirmó Ruby, y se incorporó para apoyarse sobre el codo—, ¿verdad?

—...es que no me cuadra...

—¿Qué es lo que no te cuadra?

—Él colgando de una soga en medio de todo ese... montón de plantas y flores —Cris también se incorporó hasta quedar sentada con las piernas cruzadas—... ¿Cómo explicar que haya brotado semejante vegetación en una habitación? Es imposible, no he visto nada igual, jamás —mintió. Estaba el claro en el bosque, pero eso se lo guardó. Miró a Ruby con fijeza, porque necesitaba transmitirle que no estaba dispuesta a dejar que tratara de hacer que cambiara de idea—... Por eso pienso ir, hoy mismo, esta mañana...

—¿Y por qué no esperar, aún es pronto para... Es demasiado para ti, ¿no crees? Descansa unos días...

—No, quiero ir hoy, y comprobar lo que vi. Voy a sacar algunas fotos y a rebuscar entre sus cosas. ¿No quieres ver de qué te hablo? No lo creerás hasta que lo veas, y no te haces idea de lo que es...

Ruby se sentó también. Se revolvió el pelo enmarañado con una mano y soltó un suspiro. Luego buscó su móvil sobre la mesilla y miró la hora, entrecerrando los ojos.

—No negaré que tengo ganas de ver por mí misma ese fenómeno natural... Pero antes me encantaría que me explicaras algunas cosas...

Ahí estaba. ¿Y qué si le contaba todo? Necesitaba poder confiar en alguien, ¿quién mejor que Ruby? No le quedaba nadie más.

—...no te va a gustar...

—Prueba —sugirió ella con seriedad—. Necesito oírlas Cris. Ha sido mucho tiempo sin saber de ti, y cuando por fin te encuentro... no quería decírtelo, pero estás muy delgada, demacrada... Me he asustado al verte... Te ha pasado algo, y quiero saber qué es... Por favor...

Cris bajó los ojos, avergonzada de sí misma sin saber por qué, salvo que estaba convencida de que Daniel estaba muerto por su causa. Entonces se lo contó todo, lo que recordaba y lo que no. A medida que hablaba, su amiga fruncía el ceño más y más... Sonaba peor cuando lo decía en voz alta.

—...por eso estás tan demacrada...

—...no lo sé, supongo...

Entonces Cris se levantó la manga de su camiseta y le mostró sus cicatrices. Ruby palideció.

—...joder... ¡Cris! ¿Qué... —las rozó con las yemas de los dedos, como había hecho ella la primera vez. Aún escocían... Era evidente que a Ruby le estaba costando asimilar lo que veía—. Pero qué te ha pasado... y yo todo este tiempo creyendo que estabas furiosa conmigo por... Lo siento, Cris...

—...pues... ojalá fuera eso... Me estoy volviendo loca, ¿sabes? No entiendo nada... El señor Whitaker asegura que llegué como una zombi, ¡una yonqui! Creo que he estado haciendo algo horrible...

—¡Tú no harías eso! ¡Odias las drogas!

—...ya lo sé... No sé qué más... y luego están estas marcas, y las que tengo en las piernas... y ahora Daniel... Él sabía más, lo sabía todo, pero está muerto. ¿Quieres que crea que se ha suicidado?

—No... Oye, yo también le conozco, le conocía —se corrigió—... Yo tampoco lo creo... Pero, según lo que me cuentas, me preocupa lo que puedas averiguar, Cris. Por algo te trajo aquí, por algo te advirtió de que no te dejaras ver... ¿No deberías contarle todo esto a la policía?

Cris se enderezó.

—Vale, vale —Ruby levantó las manos para hacer ver que no iba a hacer ninguna llamada.

—Entonces, ¿no vas a acompañarme?

—No claro... ¿Y dejar que vayas tú sola? Ni hablar —Ruby se quedó mirándola. Entonces estiró una mano y cogió la suya. La giró con suavidad, para ver la muñeca—... ¿Qué es eso?

—¿Qué, el qué...?

—Tienes una mancha extraña, ¿no te la has visto?

—No —Cris se quedó mirando su muñeca. Era verdad, había una mancha rosácea en su piel. La frotó, y sintió un fuerte escozor. Acababa de descubrirla, como Ruby. No la había visto antes, pero era evidente que la tenía, del tamaño de una alubia, como una irritación—... No sé qué es...

—Bueno, parece un eccema, supongo —sonrió, para quitarle importancia—. Oye, no haremos nada antes de desayunar. Joder, si no son ni las siete...

La besó en la frente y se levantó.

—Por cierto, no está mal esta cabaña. Al menos estás bien aquí...

Se asomó por la ventana y echó un vistazo hacia el bosque, aún envuelto en las sombras que preceden al amanecer. De pronto, a Cris le entraron unas ganas tremendas de toser. Recordó entonces la sangre, y temió que Ruby lo viera. No quería que supiera que escupía sangre... ¿Cómo era posible?

«Mierda...»

Se mordió el labio y se concentró en dominar la tensión en la boca de su estómago... Le costaba resistir la necesidad de toser y escupir. Sentía aquel sabor acre en la boca, las náuseas, el olor dulzón que le trepaba desde el esófago... Era injusto... Menos mal que Ruby no la estaba mirando en ese momento. Se tapó la boca y contuvo la tos... Contó hasta diez... Cuando pasó el ataque, disimuló sus nervios como pudo, arreglándose el pelo con las manos.

—...las vistas son espectaculares —estaba diciendo Ruby.

Cris se recompuso y esbozó una de aquellas medias sonrisas que ahora le salían sin alegría, como una mueca falsa que ponía para esconder sus sentimientos.

—Vamos, tengo prisa por ir al piso de Daniel —rogó—. ¿Tú no?

—Me alegro de que Daniel pudiera rescatarte, Cris, si hubiera

sabido... Joder, no tenía ni idea, ojalá hubiera sabido... Es un alivio verte mejor, Cris... Me tenías preocupada...

—Ya, bueno —la cara se le crispó—... ¿Podemos hablar de otra cosa?

—En eso puedo ayudarte.

—Gracias...

Ruby sonrió, y ella le dio la espalda para que no la viera llorar. Se puso los vaqueros, una sudadera, y se escapó a la cocina a preparar el desayuno.

Ya no llovía. El cielo, azul intenso, empezaba a llenarse de luz, y una densa bruma cubría la sierra, como una inmensa lengua blancuzca a través de cuyas suaves ondas asomaban las copas de los árboles más altos. El camping estaba inmerso en aquella marea blanca, pero el bungalow quedaba un poco por encima porque había sido levantado en lo alto de un promontorio. Eso le brindaba unas vistas espectaculares del entorno, y el privilegio de dominar el amanecer, incluso Madrid, cuando estaba más despejado.

Llegaron muy temprano a La Latina, tanto, que las calles aún permanecían tranquilas y apenas había tráfico; no al menos el frenético barullo de todos los días. Eran las nueve, muchas tiendas aún no habían

abierto, y las cafeterías aún servían desayunos a sus clientes.

Ruby y Cris entraron al portal de Daniel sin dificultad. Subieron las escaleras rápidamente, y cogieron el ascensor. Una extraña urgencia acuciaba su ánimo. Al llegar al rellano del quinto piso, se quedaron plantadas delante de la puerta. Quinto izquierda, ésa era la casa de Daniel.

Una cinta policial amarilla indicaba que el paso estaba prohibido.

Ruby puso una mueca y la miró. Cris sacó la llave. Se la dio para que fuera ella quien abriera. La vio meterla en la cerradura, girarla, y empujar con suavidad. Hubo un chasquido familiar antes de que cediera. Cris no se dio cuenta de que estaba llorando hasta que las lágrimas la cegaron, un llanto silencioso que brotaba desde la oscuridad donde había pretendido sepultarlo. Allí estaba, ante el pasillo que había recorrido tantas veces... Iba a afrontar de nuevo la espantosa realidad.

Ruby la tomó de la mano y la guió por debajo de la cinta. Se dirigieron hacia el dormitorio principal. Le parecía mentira que aquel piso hubiera estado bajo la presión de los servicios de emergencias, inundado de voces, de frenesí, de personas vestidas de amarillo, con la policía tomando notas...

Ahora no quedaba nada de todo eso.

La puerta del cuarto de Daniel estaba cerrada. Cris no recordaba haberla cerrado antes de irse, tal vez había sido la policía, quién sabe si para mantener a raya la realidad de lo ocurrido. Ruby la miró antes de abrirla,

como para pedir permiso, y ella se lo dio con un leve parpadeo.

Pensó que no quedaría nada de aquel espacio natural surgido de la nada, ni rastro de flores o plantas... Descubrirían que la habitación de Daniel estaba tal y como la habían conocido siempre: desordenada.

Pero se equivocaba.

Les costó abrir la puerta, que estaba atascada... Ruby empujó, empujó... hasta que cedió.

Ahogó una exclamación cuando vio aparecer ante sus ojos el frondoso jardín del que le había hablado su amiga. Las trepadoras que cubrían las paredes eran las que habían obstaculizado la puerta. A Cris le pareció que incluso habían crecido, porque ni siquiera se distinguía la cama de uno cincuenta, ni la mesa del ordenador... Todo estaba cubierto por una maraña de plantas y enredaderas cargadas de flores, y sobre la hierba del suelo, que ahora les llegaba por las rodillas, asomaban flores delicadas, blancas, azules y anaranjadas... Olía a polen, un perfume dulce y embriagador. Por la ventana entraba una brisa fresca encantadora. El sol se derramaba sobre aquel espléndido jardín natural, y había brillantes chispas en el aire. Un gorrión salió de algún rincón y revoloteó para escapar.

Ruby y Cris se miraron sin poder creerlo.

Lo único que les recordaba el hecho de que allí había rondado la muerte, era la gruesa soga que había servido al hermano de Cris para ahorcarse, aún visible, colgando de un macabro gancho que asomaba entre la

vegetación.

—...no lo había soñado —murmuró Cris entre lágrimas. Era incapaz de apartar la vista de semejante escenario.

—Cuando me lo has contado, no he pensado que fuera a ser tan...

Ruby se mesó sus densos rizos, siempre alborotados, con incredulidad. Cris se sintió estúpidamente orgullosa de ser parte de aquella exclusividad. Porque... sí, estaban ante un fenómeno sin parangón. Llevaba el móvil en la mano para sacar fotos, así que se recompuso, dispuesta a retratar todos los detalles que le llamaran la atención. Hizo su trabajo de forma mecánica, permitiendo que su intuición tomara las riendas. Durante unos minutos, sólo se escuchó el clic cada vez que sacaba una foto.

Entre tanto, Ruby se ocupó de retirar la soga. Cris no la vio hacerlo, sólo notó que lo hacía, y se lo agradeció inmensamente.

—Buscaré su ordenador —anunció después. Se movía con dificultad a través de la hierba—... Esto es surrealista —se agachó. Alargó la mano para acariciar las flores que brotaban milagrosamente del suelo—. ¿Cómo es posible?

—No lo sé... Sobrecoge, ¿verdad?

—¿Crees que esto ha sido cosa de tu hermano?

—¿Y cómo iba a haberlo hecho? No puede ser —era evidente que no.

—No, tienes razón... no me parece algo que ni él, ni nadie... haya sido capaz de... hacer. Oye, ¿y Max...?

¡Max!

¿Cómo podía haberse olvidado de él? Max era el perro de su hermano. ¿Dónde estaba? No lo había visto. De hecho, estaba segura de que no había estado allí cuando encontró a Daniel. Max... ¿Qué había hecho con él? No, no se habría deshecho del perro jamás, de eso estaba segura. Entonces, ¿por qué no estaba allí?

En ese momento llamaron a la puerta, y las dos dieron un respingo. Cris fue la primera en reaccionar. Dejó a Ruby donde estaba, y avanzó por el pasillo. Al abrir, se encontró a la vecina de Daniel, la señora Hurtado. Max estaba a su lado, un fantástico pastor alemán de buen tamaño. En cuanto la vio, la reconoció, y saltó sobre ella, con tanta fuerza que casi logró tirarla al suelo, no en vano pesaba cuarenta kilos.

Por fortuna, la señora Hurtado lo tenía agarrado del collar y frenó en parte su impetuosa reacción. Mientras tiraba de él, tratando de quitárselo de encima, se deshizo en excusas. También le dio sus condolencias por lo sucedido. Se la veía afectada y nerviosa, sin embargo, Cris estaba tan ocupada en responder a las efusivas carantoñas de Max, tan contenta de haberle recuperado, que tardó un poco en entender lo que estaba diciendo. El collar de Max era nuevo, ancho y grueso, de cuero rojo. Daniel debía de habérselo comprado recientemente. Acarició la suave piel con que había sido

confeccionado, reprimiendo la nostalgia por los detalles que se llevaba su hermano, detalles que ella no conocía, y no conocería jamás. Como, ¿cuándo lo había comprado? ¿Dónde?

—...y cómo me alegro de verte! —decía la señora Hurtado. Miraba de vez en cuando con recelo la cinta amarilla que sellaba la puerta— ¡No sabíamos dónde estabas! Tu hermano me lo dejó hace casi un mes, y me dijo que cuidara de él hasta que pudiera reclamarlo, porque no podía atenderlo mientras te buscaba, y estaba tan preocupado... Ay Cristina, si le hubieras visto... Estaba muy, muy angustiado, ¡irreconocible! ¡Daba miedo!

—¿Qué...? ¿Qué quiere decir? —cogió a Max del collar y lo atrajo hacia ella con cariño, ordenándole sentarse. Ahora sí estaba atenta a lo que decía aquella buena mujer. Casi esperaba una revelación divina de su parte. Alargó una mano y retiró de un tirón la dichosa cinta policial. Estaba más que harta de ella—. ¿Puede contarme algo más? ¿Así que me estaba buscando? ¿Por qué...?

Ruby apareció de pronto a su lado. Su presencia reconfortó a Cris, que cuadró los hombros.

—¿Qué significa que desapareciste? —preguntó Ruby. Había oído a la señora Hurtado—. Cris, ¿de qué habla?

—No lo sé...

—Pero Cristina, ¡si estabas desaparecida! ¡Tu hermano estaba como loco porque no sabía nada de ti!

—¿Qué...?

—¿No lo sabes? —la señora Hurtado le dedicó una mirada de extrañeza—. Bueno, no sé dónde te habías metido, pero el pobre removió cielo y tierra para encontrarte...

—...he... he estado fuera...

—Bueno, pues tu hermano interrogó a todo el mundo... Se esforzaba como un demonio por encontrarte, ya se lo dije yo muchas veces, que tuviera cuidado o enfermaría...

Cris guardó silencio. La culpa crecía en su interior.

—Estaba muy alterado, mucho...

—Joder...

—Se volvió loco, ¡loco! Hay que ver, con lo simpático que era, siempre tenía una sonrisa en la boca... Imagínate, para llegar a desprenderse del perro, ¡si le quería como a un hijo!

Max gimió, y Cris acarició su ancha cabeza, entre las orejas erguidas. La señora Hurtado tenía razón, Daniel había adoptado a Max desde que tenía

tres meses. Aún recordaba el día que su hermano apareció con él, un famélico y asustado cachorro en brazos, tan entusiasmado, tan desbordante de alegría... No, Daniel jamás se hubiera deshecho de él. Lo había criado y educado con todo el amor que su noble corazón era capaz de dar.

—...había días que Daniel pasaba por delante de mi puerta como un fantasma, como ido, o que sé yo... te quería mucho Cristina, se desvivía por ti...

—Daniel jamás se hubiera suicidado —murmuró Cris.

—A lo mejor creyó que te había pasado algo... Viéndote ahora, si hubiera esperado un poco más... —afirmó la señora Hurtado. Estaba claro que no sabía que al fin la había encontrado—... Ay, no sé hija... Lo siento mucho, de corazón te lo digo...

—Señora, ¿vio usted algo raro los últimos días? No sé, visitas fuera de lo normal...

—No, nada de eso. Pero lo que sí sé —insistió remarcando sus palabras—, es que estaba preocupado, completamente abstraído, parecía un lunático salido de un psiquiátrico, y entraba y salía a horas muy extrañas.

—Dios, no puedo seguir escuchando... —sollozó Cris. Se cubrió la cara con las manos.

—Tranquila Cris... —murmuró Ruby. Puso una mano cariñosa en su

hombro.

—Cristina, de verdad que lo siento —la señora Hurtado se descompuso al verla así. La miraba con sincera compasión—... En fin criatura, me alegro de ver que al final estás bien, aunque se te ve muy delgada... Ojalá Daniel hubiera podido volver a verte... Bueno, que sólo quería darte el pésame, y devolverte el perro. Yo no puedo quedármelo más tiempo, es demasiado grande para mí... ¡y hay que ver lo que come!

—Claro, se lo agradecemos —Ruby habló por su amiga, consciente de que ella no podía.

La señora Hurtado se adelantó para abrazar a Cris y después se fue a su casa, limpiándose a escondidas algunas lágrimas que rodaban por sus mejillas.

—Cris... ¿qué tal si nos vamos? Ya no tenemos nada más que hacer aquí...

—Ha sido por mi culpa...

—No, Cris. Eso no es cierto. Eres tan víctima como Daniel.

Cris soltó un resoplido.

—Ya —se quedó pensando unos instantes—... ¿Has encontrado

algo?

—No, su portátil no está aquí, no hay nada. Vamos, que no he encontrado nada... Está todo revuelto, ¿han entrado a robar? Tampoco es que sepa qué buscar... Cris, ¿has pensado qué vas a hacer con Max?

El perro levantó su enorme cabeza y la observó con sus ojos dorados. Tenía una forma de mirar directa y analítica, como la de Daniel. Cris casi pudo leer en ellos... una súplica. Se agachó, conmovida, y lo abrazó, hundiendo los dedos en su denso pelaje.

—Ahora es cosa mía, se viene conmigo... Busquemos sus cosas.

Sonrió un poco. Max había sido muy importante para Daniel. También lo era para ella.

Ruby la acompañó de vuelta al bungalow, y la dejó allí, con Max. Le explicó que tenía trabajo atrasado y que necesitaba atender un trabajo en un estudio de diseño. Aparte de su blog, para llegar a fin de mes, se veía obligada a trabajar creando páginas web. Iba a tener que quedarse a trabajar toda la tarde si no quería que la despidieran. Había prometido regresar cuanto antes, aunque Cris no esperaba que lo hiciera aquel mismo día.

Se acostó un rato, y se quedó profundamente dormida hasta las cuatro, con el perro a su lado. Estaba extenuada.

Al despertar, ya más recuperada, se dejó llevar por aquella imperiosa

necesidad de saber que tiraba de ella de forma tan irremediable. Se preparó algo de comer antes de sentarse en el sofá con el móvil en la mano. Quería ver las fotos que había hecho en el piso, y analizarlas con calma.

Mientras las iba abriendo y las ampliaba, echó de menos a Ruby. Comprendía que tenía un trabajo que atender, y que, por mucho que quisiera estar a su lado, no podía ausentarse tanto tiempo, al menos no en aquel momento. Además sabía, porque ella misma se lo había contado, que en su estudio le estaban exigiendo el máximo que pudiera dar. Y luego estaba su blog, en el que estaba invirtiendo tanto esfuerzo... Aun así...

Suspiró con apatía. En cuanto empezó a estudiar las fotografías, supo que no podía desentenderse del mensaje que el exuberante jardín que se veía en ellas le transmitía. Aunque no captara su significado... todavía, percibía la pura magia que destilaba cada imagen. ¿Qué significaba? ¿Y qué significaba que en el bosque hubiera un claro de características tan similares?

Miró a Max, tumbado a sus pies, como si él pudiera responder. Se alegró de tenerlo allí, de que el señor Whitaker no hubiese puesto pegas a que lo llevara consigo al bungalow. Lo cierto era que el buen hombre se estaba portando de maravilla, se había mostrado comprensivo y complaciente, tal vez porque le había conmovido que hubiera perdido de una forma tan horrible a su hermano, tal vez porque de verdad estaba entre sus normas admitir mascotas. En cualquier caso, si se hubiese opuesto, hubiera tenido que regresar a su apartamento de Malasaña, porque no podía dejar a Max en ninguna otra parte. De momento, en cualquier caso, prefería no tener que volver a Madrid. No era seguro.

Se descalzó y apoyó los pies desnudos en el suave pelaje del animal. Estaba caliente. Max no se molestó, al contrario, se tumbó para que ella pudiera acomodarse mejor.

Max, el bueno de Max...

Cris procuró centrarse de nuevo en la tarea que se había impuesto. Cuanto más estudiaba aquellas imágenes, más le sorprendía el «*cuadro*» en que había hallado a su hermano. Él ya no estaba en la escena, pero en su cabeza sí. Incluso los del servicio de emergencias y la policía se habrían mostrado anonadados, estaba segura. ¿Por qué apenas lo habían mencionado en las noticias?

Su obsesión con la idea de que había algo siniestro en esa belleza natural tan exuberante, surgida de la nada, y en la forma en que Daniel había muerto... creció en su interior de forma exponencial.

Una idea emergió en su mente. Había algo que sí podía hacer... No podía acudir a la policía, pero necesitaba ayuda. ¿A quién acudir entonces? Recordaba que su hermano solía trabajar mucho con Román Balaguer, un importante abogado de Madrid. Sabía que habían colaborado en más de un artículo... Daniel le había asegurado que era un hombre con muchos recursos y que cuando necesitaba hacer algo fuera de los canales «*oficiales*», acudía a él. Tal vez pudiera orientarla, sin duda un hombre como él, con contactos... Dudó. No sabía si podía confiar en alguien.

Había estado desaparecida... ¿Cuánto tiempo? ¿Por qué? ¿Tenía eso algo que ver con el penoso estado en que Daniel la había llevado al bungalow? ¿Tenía que ver con el hecho de que escupiera sangre? Y sobre todo... ¿tenía algo que ver con que Daniel estuviese muerto?

Demasiadas preguntas sin respuesta...

Capítulo 7



Estaba decidida a bajar a Madrid. Acostada en la penumbra del dormitorio, llevaba un rato dando vueltas, pensando. El gabinete de Román Balaguer se hallaba en pleno centro. Lo buscaría, se presentaría, y hablaría con él, aunque era consciente de que se trataba de un hombre ocupado y de que corría un gran riesgo entrevistándose con él. De todos modos, tal vez se negara a recibirla, máxime cuando pretendía presentarse sin avisar. No había planeado nada en concreto, si bien, la sola idea de quedarse de brazos cruzados, sin hacer otra cosa que esconderse, le resultaba insoportable. No... Si se encerraba en el bungalow, se le vendría el mundo encima. Y no era lógico esperar indefinidamente... ¿A qué, si Daniel ya no estaba para orientarla? Era hora de mover ficha.

Las agujas de su reloj marcaron las siete de la mañana. Nunca madrugaba tanto, de hecho, odiaba madrugar, pero quería ponerse en marcha cuanto antes.

Descubrió a Max tumbado panza arriba junto a la chimenea, en su colchón de tamaño extra grande. No les había costado recuperar sus cosas del piso de Daniel. Había encendido el fuego la noche anterior, y al parecer le gustaba estar al calor de las llamas. En cuanto la vio asomarse en el umbral de su dormitorio, se giró y se puso en pie, sacudiéndose con vitalidad. La miró atento. En sus ojos dorados había una pregunta: ¿vamos a salir ya?

Cris suspiró. No estaba acostumbrada a las necesidades de Max. En

fin... Tenía tiempo, así que, antes de coger el coche, le daría un pequeño paseo. No emplearía en ello más de media hora.

A su regreso se duchó, se arregló a toda prisa, dio de comer a Max una generosa ración de su saco de pienso, le dedicó unas cuantas carantoñas, y cogió el coche de camino a Madrid. No podía llevar al perro consigo. Le hubiese gustado hacerlo, a Daniel también le encantaba que le acompañara a todas partes, pero no pintaba nada en el despacho de Balaguer, y no quería dejarlo solo en el coche. Mientras salía del camping, se consoló reconociéndose a sí misma que, con Max a su lado, jamás le permitirían poner un pie en el prestigioso gabinete de abogados.

Luego decidió que, presentarse por sorpresa en el gabinete de Román Balaguer, en vez de llamar por teléfono, no era tan mala idea. En realidad era su mejor opción. Al abogado le resultaría más difícil rechazarla en persona que por teléfono...

Nunca había hablado con Balaguer y se preguntaba cómo sería, y si se mostraría tan hermético como Daniel se lo había descrito, un hombre pragmático y distante, muy celoso de la discreción en todo lo referente al trabajo que se realizaba en su despacho. No en vano entre sus clientes se contaban numerosos políticos y grandes empresarios de Madrid.

Aparcó casi enseguida, y aprovechó que tenía cobertura para localizar la ubicación exacta del gabinete. Le sonaba dónde estaba, pero no conocía la dirección exacta.

«*Qué suerte tienes, cabrona...*», murmuró cuando descubrió que había aparcado muy cerca.

El abogado trabajaba en una céntrica calle del casco viejo de Madrid, a cinco minutos de donde estaba, en un portal antiguo muy clásico, con las puertas de madera bellamente ornamentadas, enmarcadas por un arco de piedra labrado, un poco como los que hubieran tallado en el pequeño pórtico de una iglesia de estilo gótico.

Cris llegó enseguida. No tenía tiempo para fijarse en esos detalles. Entró con decisión y subió a toda prisa las escaleras.

La oficina de Balaguer se hallaba en el entresuelo y era más bien pequeña, algo que le sorprendió. Había imaginado que tendría su bufete en un edificio más moderno, con oficinas grandes y muebles sofisticados...

De todas formas, no podía negar su buen gusto. El gabinete era muy elegante y albergaba una plantilla de diez trabajadores. Cris sabía por Daniel que Balaguer pasaba la mayor parte de su tiempo encerrado en su despacho, y que recibía a la mayoría de sus clientes en él, siempre previa cita. También sabía que había una salita de reuniones que contaba con un cuartito donde se almacenaban los preciados archivos de los casos en los que trabajaba. Su hermano se lo había contado muchas veces, elucubrando acerca de la cantidad de secretos oscuros sobre importantes personalidades de Madrid que habría almacenados en él.

La recibió una joven secretaria, la cual se prestó enseguida, muy amablemente, a acompañarla. Debía de ser nueva, o jamás la hubiera hecho pasar. Cris lo lamentó. Sin duda la inexperta secretaria recibiría una buena reprimenda por haberla permitido llegar hasta allí sin pedir permiso primero.

Balaguer hablaba por teléfono. Les daba la espalda, de pie junto a la ventana. La secretaria la hizo pasar y después cerró la puerta con sigilo. Sin embargo... el suave click que provocó, hizo que Balaguer, que debía de tener un radar instalado de serie en el cerebro, se girase sorprendido. Al ver a Cris, se le dibujó una fea arruga en la frente. Formó una «o» con los labios, al tiempo que un fugaz velo de sorpresa y recelo bailaba en sus ojos. Soltó el aire por la nariz, muy despacio, y levantó un dedo en su dirección, mientras vocalizaba sin hablar, para hacer entender que le diera un segundo.

Tenía mucho tiempo, así que Cris escogió una de las dos sillas situadas junto al escritorio de Balaguer y se sentó a esperar. Estudió sus rasgos. Era un hombre de apariencia agradable, no muy alto, bien trajeado, y de facciones correctas. Se movía con familiaridad, ignorándola de forma premeditada. A Cris le pareció que estaba marcando el terreno, y que la obligaba a esperar como una forma de amedrentarla, o como castigo por irrumpir en el despacho aprovechándose de su inocente secretaria. Cris cazó al vuelo, hasta en dos ocasiones, la forma que tenía de vigilarla de soslayo. No le había gustado su visita, eso estaba claro, pero, además, se le notaba tenso. ¿Por qué?

Cris miró alrededor. Aquel despacho era sobrio y lujoso. Daniel había estado muchas veces allí... Por un instante, sentada así, en un lugar donde presumiblemente él había pasado tanto tiempo, Cris llegó a sentirle tan cerca... que se le revolvió el estómago. Balaguer se demoró en su conversación unos cinco minutos más antes de colgar.

—...disculpe la tardanza, señorita...

Fingía su amabilidad. Balaguer era un tiburón... Cris se parecía mucho a su hermano, de modo que ya debía de haber adivinado quién era, seguro. Si Ruby hubiera estado allí, ya habría soltado alguna inconveniencia

en voz alta.

—Soy la hermana de Daniel Stoian, Cristina Stoian...

A Cris le temblaba la voz. Tuvo que carraspear para aclarársela. Las facciones de Balaguer se contrajeron al oír su nombre. De nuevo aquel fulgor de... recelo, ¿y algo más?, apareció en sus inquisitivos ojos grises.

—Oh... vaya... Señorita Stoian... Lamento lo que le ha ocurrido a Daniel, todos estamos consternados —le tendió la mano, y Cris se la estrechó. Era grande y fría. Balaguer apretaba con firmeza excesiva—... Verá, lamento no haber podido asistir al funeral, lo cierto es que me hubiera gustado, pero estaba fuera y no llegué a tiempo. Quiero que sepa que apreciaba mucho a su hermano.

Cris palideció levemente. Se abstuvo de aclarar que ella tampoco había ido...

—¿Se encuentra bien? ¿Quiere un vaso de agua?

Asintió agradecida. Esperó a que Balaguer se acercara a un minibar que tenía allí mismo, en el rincón. Llenó un elegante vaso de cristal. Lo aceptó cuando él se lo ofreció. Bebió dos o tres tragos largos, que la ayudaron a darse un respiro y pensar.

—¿Mejor? —sonrió Balaguer.

—Mejor...

—Dígame, señorita Stoian, ¿en qué puedo ayudarla?

—Pues... Sé que mi visita le habrá sorprendido, y lo cierto es que ni yo misma sé muy bien cómo explicarme... Verá, no... no creo que Daniel se haya suicidado —Balaguer enarcó las cejas. Hubo un brillo en sus ojos, fugaz pero evidente, de precaución contenida—. No, no lo creo, estoy segura de que él no lo haría. Usted ha trabajado estrechamente con él en muchas ocasiones, seguro que está de acuerdo conmigo... Intento descubrir qué ha pasado en realidad, y he pensado que usted, con sus contactos... ¿no podría ayudarme?

—Verá, comprendo su dolor, pero... por dura que sea la realidad... lo cierto es que su hermano... en fin...

—...se ahorcó.

Hubo un silencio. Balaguer entrelazó los dedos de sus manos y se apoyó sobre los codos en su mesa de madera oscura, impoluta y perfectamente ordenada.

—¿La policía no se encarga del caso? ¿Por qué acude a mí?

—No he venido a importunarle, es sólo que... necesito saber algo, lo

que sea... para entender lo ocurrido. Bueno, me mandó un mensaje, justo la noche antes de que muriera... y parecía angustiado. Quiero saber si puede ayudarme. Por favor, necesito saber, porque no me puedo creer que se quitara la vida...

—Un momento, espere... Señorita Stoian... ¿De qué está hablando?

—...Necesito ayuda. Daniel ha muerto, y no sé a quién acudir, que no sea la policía... Sé que no lo entiende, pero es importante y mi hermano confiaba en usted. Él me dijo que podía confiar en su discreción... Sé que he venido sin previo aviso pero... seguro que también se habrá sorprendido de que Daniel haya hecho algo así, como yo, y no me diga que no... Por favor...

Hubo un breve silencio entre los dos. De pronto el despacho se redujo, sometiéndoles a una atroz presión. Cris buscó en los ojos de Balaguer alguna respuesta, un atisbo de conocimiento que le hiciera tener esperanzas... Pero no encontró nada, salvo aquel recelo de antes, oculto tras un velo de frialdad. Estaba claro que Balaguer callaba algo. También que no pensaba ayudarla. Acudir a él había sido un error.

—Señorita Stoian, es cierto, he trabajado muchas veces con su hermano, y le tenía aprecio... Bueno, a todos nos ha afectado terriblemente este desenlace tan... dramático. Créame que comprendo muy bien sus sentimientos...

—...pero?

—...pero no puedo ayudarla. No veo cómo.

—Por favor, hágalo por Daniel... Él confiaba en usted...

Balaguer dudó. Cruzó los dedos sobre la mesa.

—Déjeme decirle que está siendo usted muy impulsiva. No me conoce, ni yo a usted... Es más, lo que yo pueda decirle sólo va a contribuir a hacer más real el hecho de que se haya suicidado.

—...no le comprendo...

—...me refiero a que su hermano, efectivamente, vino aquí y me contó lo que le ha ocurrido a usted —Cris arqueó las cejas, sorprendida. ¿Sabía lo de su desaparición?—. Créame que lo siento, y me alegro de ver que está usted bien después de todo...

—¿Daniel vino a pedirle que le ayudara a buscarme?

—No exactamente, pero estoy al tanto de todo. Estaba realmente angustiado —al ver la expresión de esperanza de Cris, se apresuró a confirmar lo que acababa de decir—... Le dije lo mismo que le voy a decir a usted. No puedo ayudarla, no veo cómo. Acuda a la policía.

—Pero...

—Hágame caso, señorita Stoian, váyase a casa, y deje a la policía hacer su trabajo...

—Por favor... ¿Es todo lo que va a decir?

—...es todo. Y ahora, por favor, le ruego que se vaya.

—No, ¡por favor! ¿No sabe nada más?

—No, lo siento.

—Pero no tiene sentido que se quitara la vida por mi causa, porque me encontró, ¿comprende? —insistió Cris—. ¡Me encontró!

Balaguer se sorprendió, y se removió en su asiento, visiblemente incómodo.

—Entiendo... y me alegro de que lo hiciera, pero no sé qué quiere que le diga.

Balaguer mentía. ¿Por qué? El abogado se echó atrás en su silla y se giró para mirar por la ventana un momento. Cris estaba nerviosa y frustrada, porque no sabía sonsacar a la gente y Balaguer era perro viejo y no se dejaba acorralar. Ruby lo hubiera hecho mejor. La echó de menos.

—...no puedo ayudarla.

—¿Cree que se ha suicidado?

Balaguer asintió despacio y bajó la mirada.

—...pues yo no me lo creo...

Cris se levantó. ¿Por qué aquel hombre mentía?

—Siento no poder ayudarla —Balaguer también se levantó, y le tendió la mano—. Le deseo mucha suerte.

—Gracias por nada —contestó Cris sin aceptarla.

Sabía que estaba siendo maleducada, incluso hostil, pero no pudo remediarlo. No cuando él estaba jugando a las mentiras. Salió del despacho sin mirar atrás. Sintió los ojos de los empleados siguiéndola de soslayo mientras atravesaba la oficina, llenos de compasión.

«A la mierda vuestra compasión, no la necesito...».

Salió como una exhalación. Ahora que estaba fuera de alcance, dejó correr las lágrimas por su rostro. Bajó al portal y salió a la calle... Estaba ya en la otra acera, cuando se chocó de frente con alguien, tan aparatosamente

que a punto estuvo de hacerle caer.

—¡Joder...!

Cris se apartó, muerta de vergüenza, mientras un chico alto y desgarrado protestaba. Le había tirado una pesada bolsa negra al suelo.

—...lo siento, ¡ay Dios! ¡Lo siento, de veras! No te he visto...

—¿Cris? —al mirarla, aquel desconocido pareció sobrecogerse. Se puso pálido, luego enrojeció... La conocía, eso estaba claro. Vaciló, como si no supiera qué decir. Parecía asombrado—. Vaya... ¿No me conoces? Soy, Mikel, Mikel Oyarzábal... ¡Oh! Perdona, no me conocerás por mi nombre, soy Durango —sonrió, pero Cris sacudió la cabeza, confusa, y su sonrisa se esfumó. Vaciló—. Ya veo —se rindió al fin—... Bueno, solía colaborar de vez en cuando con tu hermano, aunque él me llamaba «Durango», bueno, es evidente, por qué... Soy de allí, de Durango —explicó—... Yo era el que cubría sus noticias con imágenes, el fotógrafo. Cuando podía pagarme, claro...

Cris se quedó callada, mirándole, al principio sin comprender. Luego, poco a poco, recordó que su hermano le había hablado de él. Aún se sintió peor por el encontronazo.

—...¡Joder! ¡Sí! ¡Perdona, Durango! Sé quién eres —el alivio inundó el semblante del fotógrafo. Era muy atractivo, con aquellos intensos ojos dorados—... Perdona, no quería... Ahora sí me siento mal...

—No te preocupes —Durango sonrió, aunque sus ojos hablaban por sí solos. La estudiaba, buscando en ella algún atisbo de algo más que reconocimiento. Al ver que ella no decía nada más, se agachó a recoger la bolsa. Examinó con cuidado su contenido, una cámara. Cris suspiró cuando vio que no se había roto. Al oírla, alzó la mirada—. Son cosas que pasan... ¿Qué haces aquí?

—¿Yo...? —estaba allí, como una tonta, en medio de la calle... delante de un tipo al que se suponía que debía conocer un poco más que de oídas, sin saber qué decir. Era difícil mantener un comportamiento normal cuando sus esperanzas acababan de ser pisoteadas por un abogado sin escrúpulos... He venido a hablar con alguien...

Durango apartó la atención de su cámara y la miró, más atento que antes. Luego se volvió hacia el edificio donde Balaguer tenía su despacho y pareció adivinarlo.

—Ah —carraspeó—... ¿Y eso? ¿Necesitas algo...?

—Quería preguntar a Román Balaguer por mi hermano...

Durango vaciló un instante. Luego dio la impresión de haber decidido algo.

—¿Quieres sentarte un momento? —le ofreció. La cogió del brazo, y sus dedos fueron sorprendentemente suaves, casi delicados. Cris acusó un

relámpago atravesando sus terminaciones nerviosas al contacto con él, pero se dejó llevar. Se sentaron juntos en un banco cercano—. Perdona que te haga sentarte aquí, como si estuviésemos confabulando... Pero no tienes idea de —de nuevo aquel gesto atormentado y esa mirada de súplica, esperanzada y preocupada al mismo tiempo—... Es igual... —sonrió abiertamente.

—No importa... Oye, me alegro de no haberte roto el equipo, sé lo que cuesta...

—Sí... Nada de eso, no te preocupes... Le echo de menos, ¿sabes? A tu hermano —Cris vio unas lágrimas a punto de descolgarse de sus ojos, y al instante sintió aún más simpatía por él. Al menos era un tío auténtico y no se molestaba en fingir delante de nadie—. Daniel era un buen tío, un poco como una mosca cojonera cuando se le metía algo en la cabeza, pero un buen tío. No se encuentra gente así todos los días...

—Ya lo sé, era mi hermano —murmuró ella con una medio sonrisa.

No dijo más, se limitó a esperar a que Durango hablara, para saber de qué iba todo aquello. Tal vez fuera a contarle algo importante.

—¿Y qué te ha dicho Balaguer? —se interesó él.

—¿Cómo sabes que...

—Bueno, no es difícil si te veo salir del edificio donde tiene su gabinete... Y Daniel solía consultarle, así que...

—Ah... Bueno, no me ha dicho nada, me temo...

—No te ha ayudado mucho, ¿eh?

—En absoluto.

—Ya, suele ser así. No le sacarás nada. Román Balaguer es un tiburón sin escrúpulos.

—Daniel confiaba en él...

Durango se encogió de hombros.

—¿Y qué haces tú aquí?

—¿Yo? Bueno... Vivo cerca, y... la verdad, me iba a casa a tomarme un descanso.

—Ya... Oye, ya sé que suena raro, incluso estúpido, pero no recuerdo muchas cosas, y sólo se me ocurrió acudir a Balaguer. No me acordaba de ti, si no... En fin, Balaguer no ha querido contarme nada, ¿sabes tú algo que pueda ayudarme a comprender lo que le ha pasado a Daniel?

Durango dudó de nuevo. Calló unos segundos, vacilante... Guardaba algo por dentro. Quería hablar, pero se lo estaba pensando. Cris hubiera querido tirarle de la lengua para obligarle a confesar lo que fuera, pero se quedó como estaba, en su inmovilidad, mientras la esperanza de nuevo hormigueaba por sus venas tratando de llenar el vacío que se estaba tragando su alma.

De pronto Durango se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y la observó con atención. Tenía la piel blanca, y sus ojos color almendra brillaban bajo unas cejas muy densas. Parecía un personaje de cómic, de esos trágicos.

—...ya que Balaguer no es muy comunicativo, a lo mejor tú podrías contarme algo, lo que quieras —insistió Cris—... Me ayudarías mucho...

—Te adoraba, ¿sabes? Daniel... Por eso, cuando desapareciste... Sí, sé lo que te pasó —se apresuró a aclararlo, al ver que Cris abría la boca y arqueaba las cejas—... Se volvió loco. En fin, te aseguro que estaba hundido.

Cris boqueó. Estaba aturdida.

—Es lo mismo que me ha dicho Balaguer... Qué pasa, ¿todo el mundo sabe lo que me pasó...?

Menos ella.

Durango se encogió de hombros.

—Perdona, yo —se excusó Cris—... no recuerdo qué fue...

Entonces Durango la miró de forma extraña. Luego frunció el ceño.

—Por eso no me recuerdas, ¿No?

—Lo siento...

—¡No! Bueno... es mejor saber que me mirabas como las vacas al tren por un motivo más que justificado... Puedo contarte algo sobre eso, pero no mucho —concedió.

—Lo que sea... por favor...

—Bueno, al parecer salisteis una noche. Daniel me contó que te perdió a eso de las tres de la mañana, en un garito del centro. Habías ido al baño, y tardabas mucho. Fue a buscarte, y te vio salir sola, como si no supieras lo que hacías... No le gustó tu aspecto. Quiso alcanzarte, pero antes de que se diera cuenta te esfumaste, y no volvió a verte en toda la noche... ni después.

Cris le escuchaba en absoluto silencio. Durango era el primero que le contaba algo relevante.

—¿Qué podía ser...?

—No lo sé... Sólo me dijo que no volvió a verte. ¿En serio no recuerdas nada?

Cris meneó la cabeza. Nada de lo que le estaba contando Durango le resultaba coherente con su forma de ser. No había esperado oír eso. Ella jamás se hubiera ido por ahí de aquella forma, y en todo caso, hubiera avisado a Daniel.

—Tu hermano trató de encontrarte por todos los medios, pero... no cogías sus llamadas y no volviste a casa. Te buscó... Te esfumaste, de golpe, sin explicaciones... Cambio y corto, ¿entiendes? Daniel creyó que te había ocurrido algo grave, por eso dejó de lado todo lo que no tuviera que ver contigo. Revolvió todo Madrid, habló con todos sus contactos... Vino a mi casa a contármelo y me pidió ayuda. Estaba febril, muy desanimado...

—¿Qué... qué creía que me había pasado? —murmuró Cris. Era incapaz de apartar los ojos de los labios de Durango, porque preveía que de ellos brotaría la verdad, para bien... o para mal. Fuera como fuera, ella la necesitaba, necesitaba oírla—. Por favor, dímelo...

—...ese día me contó que creía haberte visto por la calle, deambulando como una pordiosera. Había tratado de alcanzarte, pero te esfumaste en sus narices... Decía —Durango hizo una dramática pausa y fijó sus ojos almendrados en Cris, violentando su intimidad. Logró que la vida avanzara más rápida a través de sus músculos y nervios, hasta sacudir su corazón adormecido por el dolor, y devolverla a la realidad, de golpe. Se le encendieron las mejillas—... decía que algo te tenía dominada, que no eras la misma, como si fueras víctima de alguna enfermedad, dijo... y cito

textualmente: *«parecía la víctima de un vampiro, cuando ya ha perdido casi toda su sangre y carece de energía. Cuando su fuerza vital se ha extinguido... Hasta que un día ya no despierta más, y luego se levanta como un nomuerto»* —hizo otra pausa, y a continuación Cris soltó una risa un tanto histriónica y breve—... Suena a locura, ¿verdad? Eso mismo pensé yo.

Durango calló. Se quedó pensativo, mientras Cris le clavaba una mirada desconcertada. No comprendía nada.

—...por supuesto no estoy diciendo que Daniel creyera que hay vampiros en Madrid —se apresuró a aclarar Durango—... Siguió buscándote, apenas dormía, estaba obsesionado, y cada vez más desquiciado, como loco... El final lo conoces bien...

—¿Le ayudaste a encontrarme?

—¿Yo?

—Has dicho que fue a pedirte ayuda... No sé, eres... eras, ¿su amigo? O no habría ido a tu casa a contártelo todo...

—Sí, éramos muy amigos. Le ayudé —dijo aquello con los ojos llenos de... ¿pesar?—. Cómo no iba hacerlo siendo tú...

Se mordió el labio, a tiempo de decir algo que Cris intuyó que la hubiera incomodado.

—¿Crees que se suicidó? —preguntó para sacarle del apuro.

—No sé decirte —se encogió de hombros—... Maldita sea, Daniel estaba desquiciado, pero por ti, y sé que hubiera dado la vida por ayudarte... Bueno, perdona, no he querido decir... Jamás se hubiera quitado la vida, de eso estoy seguro.

—Daniel me encontró —le confesó—... Me encontró, por eso estoy aquí...

Durango se calló algo.

—...Me ha sorprendido verte de nuevo, ha sido como ver un fantasma. La verdad, Daniel dejó de contar conmigo de pronto, no cogía mis llamadas, y cuando supe que estaba muerto... pensé lo peor. Te daba por muerta... No tenía ni idea de que... habías vuelto. No me lo dijo, joder... ¿Te encontró él? —se mesó el cabello, desconcertado—... ¿Y dónde estabas?

—No lo sé... No recuerdo nada...

Hubo un silencio prolongado entre los dos. Estaban muy cerca el uno del otro, ajenos a lo que ocurría en la calle, alrededor. Luego el joven meneó la cabeza, la miró pensativo, y de nuevo apartó los ojos, incómodo. Se cruzó de brazos.

—Intento saber qué le ha pasado, porque yo no creo que se haya suicidado. Daniel no...

—No puedo ayudarte en eso... Oye Cris, no te lo tomes a mal, pero tal vez deberías dejarlo estar.

—¿Por qué?

—Buen, tú estás bien, pero tu hermano ha muerto... Ya habéis sufrido bastante con todo esto, ¿no te parece? ¿Qué más da si te encontró o no? Se ha llevado sus motivos consigo...

—Ni siquiera sabes de qué hablas...

—Sé lo suficiente —sus ojos brillaron con un fulgor extraño—... Pero... si quieres perseguir fantasmas, supongo que estás en tu derecho...

—Ayúdame, por favor...

—Daniel ya no está, no hay más. Deberías dejarlo, Cris.

—¡No! ¡Tú no has visto lo que yo vi! —rugió ella con vehemencia—... Tengo que saber, Durango, por mi causa, Daniel está muerto, y si nadie me ayuda, lo haré sola.

—¿Por qué no acudes a la policía?

Durango también...

—No puedo acudir a la policía.

Entonces se levantó, le observó un instante, en silencio, y después le dejó, perdiéndose en las calles de Madrid.

Apenas llevaba caminando un par de minutos, cuando sintió que alguien empezaba a seguirla. No era Durango, ojalá... Al principio fue sólo una sensación, pero enseguida percibió una figura, de un hombre vestido con ropa oscura, siempre a unos veinte metros de ella. Había sido una temeraria saliendo así a pedir ayuda...

«Estúpida...»

Dobló una esquina y esperó en el hueco de un portal, pero él se dio cuenta. No le veía bien.

Asustada, empezó a correr. Se dejó llevar por el pánico, y se alejó serpenteando entre la gente, personas desconocidas cuyos rostros poco a poco se tornaron máscaras difusas, sin ojos ni boca. Su perseguidor también corrió, y entonces ella saltó, y corrió aún más rápido, esquivando tan velozmente como podía personas, perros, coches, bancos, papeleras...

Corrió, volando a través de aquellas calles abarrotadas de vida, mientras la desesperación bramaba en su pecho, buscando liberarse de ese hombre...

Corrió, voló, anhelando encontrar refugio, anhelando la vida, amar, crecer, surcar el cielo y encontrarse con Daniel, y explicarle al oído, cuánto le había querido, cuánto le querría siempre...

Capítulo 8



Acabó en el Parque del Retiro, sentada en un banco bajo un árbol desnudo. No sabía cómo había llegado hasta allí, pero sí que al fin se había deshecho de la amenaza del desconocido. Ahora que estaba a salvo, volvía a la realidad, y se descubría sudada, con la respiración agitada y los músculos de sus piernas protestando por el esfuerzo. Había corrido como una posesa, sin parar durante tanto tiempo...

La tos volvió y acabó escupiendo en el suelo. Se contuvo, porque las náuseas violentaban su estómago. Allí, entre la hierba, había de nuevo saliva con sangre. Paladeó en la boca aquel sabor acre y dulzón, tan desagradable... Si continuaba así, iba a tener que acudir a un médico.

Suspiró. Ahora sólo quería volver al bungalow, pero para hacerlo tenía que regresar hasta su coche, y éste estaba aparcado en los alrededores del despacho de Balaguer. No se atrevía a acercarse por allí.

Cogió el móvil y llamó a Ruby.

—¿Cris?

—Ruby, ¿podrías venir a buscarme?

—¿Qué ha pasado?

—Por favor, sólo... ¿podrías venir a buscarme?

Hubo un breve silencio.

—¿Dónde estás?

—En el Retiro...

—Tardo media hora...

—Date prisa...

Así de breve fue la conversación, un alivio para ella. Ruby parecía haber adivinado que algo grave pasaba. Ruby colgó, y Cris dejó caer la mano que sostenía el móvil. Se recostó sobre el respaldo de madera del banco, levantando el rostro hacia el cielo, sin pensar en nada más. Estaba extenuada. Un millar de agujas punzantes castigaban sus piernas...

La calma fue regresando.

Imaginó que se daba una buena ducha, larga y muy, muy caliente... y

que después se acostaba. Eso quería hacer... y dormir hasta el día siguiente, eso también. Porque maldita sea, Daniel no estaba, ni iba a estar, y, al parecer, ella había sido un mal bicho, o se había vuelto loca. Aún no había asimilado todo lo que Durango le había contado.

También pensó que se había expuesto demasiado. En adelante iba a tener que ser más lista si no quería amanecer cualquier día colgando de una soga...

Cuando Ruby la encontró, estaba en la misma postura. Enseguida llegó hasta ella, se sentó a su lado y la abrazó... un abrazo largo y profundo en el que Cris se meció, deshecha en lágrimas. Al cabo de un rato Ruby le habló al oído.

—¿Qué haces aquí?

—He venido corriendo —susurró ella—. He ido a la oficina de Balaguer...

—¿Balaguer? ¿Román Balaguer, el abogado? ¿Por eso estás así? Podía haberte acompañado, podías haberme llamado y lo hubiera arreglado para poder ir juntas...

—Tú estás demasiado liada, no quería robarte más tiempo del necesario.

—No seas boba —se quejó Ruby.

—También me he encontrado con un compañero de Daniel, Durango, y me ha contado algunas cosas que...

—¿Qué te ha contado?

Cris sollozó. Se cubría el rostro con las manos, avergonzada de sí misma. Ruby se apartó de ella y se levantó.

—Vale... ¿Dónde tienes el coche?

—No, no quiero ir en mi coche —balbuceó ella—... ¿Me llevas a casa?

—Pero... ¿Quieres dejar tu coche aquí?

—Otro día lo recojo, no pasa nada. Está bien aparcado.

—...te van a multar...

—...pues pagaré la multa... No me importa.

Ruby suspiró, tomó su mano y tiró de ella para ayudarla a ponerse en pie.

—Te vas a enfriar...

Se quitó la chaqueta y se la pasó por los hombros. Luego la obligó a caminar hacia su coche, aparcado unas cuantas calles más lejos.

—Dime qué te ha dicho ese tal Durango... ¿Tan malo ha sido?

—Sí... ¿Puedo contártelo más tarde...? Ahora no quiero pensar en eso. Necesito descansar...

Ruby la miró preocupada, pero no insistió, y ella no abrió la boca en todo el viaje de regreso al camping. El calor del interior del coche arrulló su angustia. Apoyó la cabeza en el reposacabezas y se dedicó a mirar por la ventanilla cómo se deslizaba el paisaje, igual que la vida, imposible de frenar, inalcanzable y hermosa.

Al llegar, Max saltó sobre ellas con entusiasmo, ladrando y meneando la cola casi con desesperación.

—Ey, chico...

Cris lo abrazó conmovida. Hundió su rostro en el grueso pelaje del animal, y se arrodilló para dejar que lamiera sus lágrimas.

—Cris, yo me ocupo de él, tú ve a ducharte, ¿eh?

—Gracias Ruby, por todo...

—Anda, ve...

Cris se levantó, acarició a Max, y desapareció en el cuarto de baño, como inmersa en un sueño febril, mientras Ruby salía con el perro del bungalow y se alejaba por el sendero.

Se desnudó despacio y abrió el agua caliente. Menos mal que aún podía contar con su amiga... ¿Qué diría cuando compartiera con ella lo que sabía? La figura del hombre persiguiéndola apareció en su mente, y un sollozo escapó de sus labios. Había estado aterrorizada... Era una suerte que fuera corredora o la hubiera alcanzado. Se metió bajo la ducha y dejó que el agua cayera sobre su cabeza, arrastrando el sudor y el miedo. Luego, al cabo de un rato, salió, se secó el pelo y se puso ropa cómoda y limpia. Se fue a la salita y se tumbó en el sofá... Se quedó dormida. Y soñó...

«...Las paredes ardían, largas lenguas de fuego se retorcían hacia el techo, lamiéndolo todo con voracidad; el calor abrasaba su piel, el humo la asfixiaba... Su cuerpo sufría, y en su mente todo era infierno y confusión. Gritaba pidiendo ayuda, sus alaridos se esparcían junto con aquellas llamaradas y el humo penetraba en sus pulmones robándole la voz y la voluntad... Él estaba allí, en su cabeza, alrededor, susurrando aquel veneno que tanto la atormentaba, estaba allí, rozando sus pensamientos con ese aliento hediondo, hurgando con dedos afilados en sus deseos, manipulándolos, obligándola a permanecer en la sombra, sin salir de ella, sin querer salir de ella...

El dolor se intensificó, y quiso arrancarse la piel a tiras, quería desangrarse y sofocar su vida aprisionando su cuerpo inútil, castigándose, muriendo... Quería la agonía...

Pero allá al fondo, en alguna parte, estaba ese resplandor, la luz, la savia, el olor a fresno, a bosque, la vida... La percibía como el marino distingue la tierra desde la cofa de un navío, aunque no podía ver la puerta. También anhelaba acercarse a esa luz, fuera del fuego era la esperanza, fuera del dolor...

Sabía que estaba en el pasillo, el mismo corredor de siempre, con su pared forrada de papel anticuado hecho jirones, oscuro y largo... Al final estaba la puerta, estrecha y baja, y bajo ella brillaba la luz... Quería ir hacia ella, pero él estaba en la sombra, alrededor, vigilando, manejando los hilos...

Se quedaba sin aire, y el dolor... Ooooh, quería el dolor, y su mente se licuaba entre los dedos del captor...»

La puerta sonó, y Cris se despertó de golpe, angustiada, febril... Se llevó las manos a la garganta y trató de respirar. Enseguida Max estuvo a su lado y empezó a lamerle las lágrimas de la cara. Al parecer había estado llorando otra vez. Se sentó en el sofá y se restregó los ojos. Miró el reloj, eran las seis de la tarde.

—¿Has dormido algo? —Ruby entró detrás del perro, se quitó el abrigo y se acercó a ella—. Oye... ¿estás bien?

—Sí, no... una pesadilla —trató de sonreír sin lograrlo, aún sobrecogida por la intensidad de aquellos sueños espantosos—... Siempre tengo el mismo sueño, pero soy incapaz de interpretarlo...

—¿Tienes hambre? —dijo Ruby para distraer su atención.

—Sí, la verdad...

—Bueno, pues eso tiene arreglo. Quédate tranquila, voy a ver qué tienes en la cocina y preparo algo.

Antes de que pudiera protestar, desapareció. Cris se levantó y se ocupó de encender el fuego en la chimenea. Era un buen momento para hacerlo, tan bueno como cualquier otro. Cogió unos cuantos trozos de papel de periódico de un cesto que tenía allí mismo y los colocó como un lecho sobre la reja que cubría la parte más baja del hueco de la chimenea. Luego juntó unas cuantas ramitas sobre él, y les prendió fuego con una cerilla. No fue difícil, enseguida empezó a arder...

No pudo evitar pensar en el sueño que acababa de tener. Mientras iba añadiendo algunas maderas más gruesas, se concentró en ese pasillo en el que siempre se sentía atrapada, y en la puerta... ¿Qué significaba? Quería ir hacia ella, pero algo se lo impedía, y acababa olvidándola... Y luego estaba ese insano deseo por mutilarse, por sufrir, por morir... Se le aceleró el corazón al recordar esas sensaciones, y un hormigueo recorrió su cuerpo de la cabeza a los pies, casi un reguero de... ¿placer?

«Oh... mierda...»

Reprodujo en su imaginación ese... aroma a turba, a vegetación, a vida, para olvidar la otra, de muerte y zozobra que tanto la perturbaba... Se preguntó qué era, y si alguna vez lograría llegar hasta la puerta y descubrir lo que había al otro lado...Sacudió la cabeza. La mente a veces reúne hábilmente algunos de nuestros pensamientos y vivencias y trata de darles sentido, originando sueños como el que ella acababa de tener. Sueño o no, había sido tan real...

El fuego ardía ahora con fuerza. Cris añadió un par de troncos más. Max estaba sentado a su lado, observando con atención cada uno de sus movimientos.

—¿Ya la has encendido? Genial, hace frío aquí —Ruby apareció con dos copas de vino. Le ofreció una y se sentó junto a ella, al lado del fuego— ... Viene bien para mitigar las penas. Venga...

—Huele bien, ¿qué estás cocinando?

—No te hagas ilusiones, con lo que tienes no puedo hacer gran cosa, pero tendrás que esperar un rato para saber qué es.

—Gracias Ruby... No sé que habría hecho sin ti —Ruby sonrió y alzó un poco su copa—... Siento haberte hecho daño... No te lo mereces.

—Bueno, eso ya está superado, al menos por mi parte. Hagamos una

tregua, ¿qué dices?

—Claro —Cris alzó su copa y brindó con ella, agradecida por su generoso gesto.

—Aunque, algún día tendremos que hablar de ello, ¿sí?

—Claro...

De hecho, le encantaría saber por qué se habían peleado.

—¿Crees que estarás bien? Quiero decir, aquí arriba... En fin, me temo que no voy a poder venir tan a menudo como quisiera, esto está demasiado lejos y me están cargando de trabajo en el estudio. Y luego está el blog, ¡no sabes lo bien que funciona! A la gente le encantan mis artículos, y... Perdona... Oye, ¿vas a decirme que estarás bien aquí?

—Daniel creía que es más seguro para mí —Cris se encogió de hombros—. Claro que él contaba con que estaría a mi lado... Ya no sé qué pensar, a lo mejor debería quedarme un poco más, ¿no? Pero estaré bien, tranquila. Además, ahora tengo a Max, para cuando tú no estés —sonrió y acarició su gran cabeza.

—Es un buen perro.

—Lo es.

—También podrías venirte a mi casa, hasta que sepamos a qué atenernos... ¿Qué opinas?

—No sé...

—No puedes volver a tu piso en Malasaña, no por ahora, y aquí... no puedo estar tan pendiente de ti como quisiera. En mi casa estarías bien, y lo sabes.

—Ruby...

—Somos amigas, Cris, quiero hacer esto por ti.

—¿Puedo pensarlo? Creo que es mejor que me quede aquí unos días más...

—Piénsalo, pero al menos quiero asegurarme de que si lo necesitas, me vas a llamar.

—Hoy te he llamado —sonrió ella.

—¿Después del vendaval?

—Antes... captado, te llamaré antes...

—¿Puedo saber qué te ha pasado? Estabas hecha polvo cuando te he recogido.

—Ya te lo he dicho, me he tropezado con el compañero de Daniel, se llama, le llaman... Durango, en realidad se llama Mikel. Seguro que te acuerdas, Daniel hablaba bastante de él... Me ha contado algunas cosas, y me ha aconsejado que no revuelva la mierda, más o menos...

—...pero tú no estabas así por eso...

—Ruby, es peor de lo que imaginaba... Joder, no sé ni por dónde empezar...

—Venga, cuéntamelo...

—Durango asegura que todo pasó una noche que salí de juerga con Daniel, que me largué de pronto, así sin más —Cris tomó aire y esperó la reacción de Ruby, pero ella se limitó a arquear las cejas con aire sorprendido. No había reprobación en sus ojos—... ¿No dices nada?

—¿Por qué?

—...supongo que me avergüenza eso de haberme largado...

—...eso no es tan raro, puede que te liaras con alguien que te gustó,
¿no?

—Yo no hago esas cosas...

—Venga... Yo me he liado a veces con algún... tío, rollo de una noche, qué quieres que te diga...

—Qué dices...

—Como lo oyes...

Cris se mordió el labio y sintió que le ardían las mejillas. Ella no hacía esas cosas.

—¿Tú... has hecho eso? Nunca me lo habías dicho...

—Bueno, no me lo has preguntado... Venga Cris, que ya somos mayorcitas...

Se quedaron en silencio. Cris se sentía incómoda.

—...¡pero sigue hablando!

—Vale... La peor parte es que después desaparecí, como dijo la señora Hurtado, y también Balaguer me lo ha confirmado... Me largué y no volví más. El pobre Daniel casi se muere de preocupación...

—...eso no te pega...

—...¿ahora lo ves? Claro que no... —Cris suspiró aliviada al ver que Ruby tampoco se creía todo aquello—... Cuando Durango me lo estaba contando, creía que me estaba tomando el pelo... Yo jamás me iría así, ¡no le dejaría plantado! ¡Tú me conoces! Tú sabes que adoro, adoraba... a mi hermano...

—Pero lo hiciste, te guste o no.

—No lo entiendo...

—Dices que los dueños del camping te contaron que Daniel te encontró y te trajo aquí, en un estado lamentable... Sí, tienes que reconocer que eso cuadra con la historia de Durango...

Cris asintió cabizbaja.

—¿Hay algo más que no me estás contando?

A Ruby no se le escapaba nada.

—¿Qué tal si cenamos?

Ruby sonrió, la besó en la coronilla, y la ayudó a levantarse. En la cocina se estaba bien y olía de maravilla.

—No creas que vas a librarte de contarme lo que te ha hecho dejar tu coche en Madrid y acabar sentada en un banco en el Parque del Retiro hecha un guiñapo... Siéntate y me lo explicas mientras sirvo la cena.

—Eres implacable.

—Supongo que sí, venga.

Cris se sentó a la mesa y dejó que Ruby pusiera platos y cubiertos.

—Un tipo me seguía cuando dejé a Durango —confesó. Ruby estaba de espaldas a ella, echando la salsa de verduras y tomate en la cazuela donde había vertido los espaguetis. Se tensó al oírla—. Un hombre... Al principio creí que me lo estaba imaginando, incluso pensé que Durango me seguía, pero después comprobé que el tipo que iba detrás de mí no era él, y no conseguía despegármelo. Así que tuve que correr... Hasta que le despisté. He acabado en el Retiro, no sé ni cómo. Entonces te he llamado.

—¿Estás segura? —murmuró Ruby.

—Le vi correr detrás de mí, ¿tú qué crees?

Ruby sirvió los espaguetis en dos platos y puso uno para cada una en la mesa. Ahora estaba seria.

—Durango tampoco cree que Daniel se ha suicidado —Cris suspiró—. Pero no piensa hacer nada al respecto... Y Balaguer me ha estado mintiendo. Sabe algo, pero se lo calla, estoy convencida...

—¿Y qué crees que oculta?

—Aún no lo sé...

—Bueno, si quieres saber mi opinión... Por ahora es mejor que no te dejes ver demasiado, Cris. Sobre todo después de lo de esta tarde —sentenció Ruby—. Si te han estado siguiendo, es para tomárselo en serio, ¿no?

—Pero, ¿por qué iban a seguirme?

—Yo tampoco tengo respuestas... y sí muchas preguntas...

Ruby estuvo meditando.

—Oye, ¿has revisado tu móvil?

—Sí... Cuando desperté aquí fue lo primero que hice, para ver si Daniel me había llamado, y estaba limpio. No había nada, ni mensajes, ni llamadas, hasta el mail estaba limpio...

—Joder...

—Debería ir a mi casa y mirar en mi ordenador, puede que haya algo, no lo sé...

—No, si hay que hacerlo, yo iré.

—¿Ahora?

Ruby puso cara de burla.

—¿Qué tal si cenamos primero?

—Claro, no quería decir ahora mismo...

—Cris, tranquila...

—Ya —no pudo seguir, tuvo que darse unos instantes para reunir

fuerzas. Era hora de contarle algo más—... Quería decirte que... Bueno, hay un claro en el bosque, lo encontré paseando, un claro que se parece demasiado a ese jardín de cuento del cuarto de mi hermano...

—No te entiendo...

—¿Querrás venir a verlo? Necesito comprobar que no estoy loca...

Capítulo 9

«La Cañada, noviembre de 2001»



La joven aullaba de dolor. Las contracciones eran cada vez más intensas... Su hijo se preparaba para nacer en una noche sin estrellas, fría y lóbrega, del mes de noviembre. Demasiado pronto, era demasiado pronto. Todo iba a ir mal.

Hubiera preferido dar a luz en un hospital, pero estaba sola y malvivía en el arrabal, sin recursos, en un agujero humilde sin agua corriente ni electricidad. No había servicios para gente como ella, ni oportunidades, ni trabajo. Estaba sola, muy sola, sin familia que la protegiera, y embarazada, sin un padre que se preocupara por ella o por la criatura que estaba por llegar...

Ésa era la parte más complicada. No había padre, nunca había yacido con un hombre, era virgen. Pero iba a ser madre, y ella no lo había pretendido. Simplemente había ocurrido... Y su... hija ya estaba allí, a punto de nacer. Era una niña, era una niña, ¡era una preciosa niña de ojos esmeralda! La había visto en sueños...

La joven madre aferró las sábanas con ambas manos, los puños crispados, los nudillos blancos por la enorme presión. Apretó los dientes y cerró los ojos, empapada en sudor, ardiendo, temblando...

—...vamos... sólo un poco más, un poco más, vamos un esfuerzo, ya viene...

Miró a la mujer que la estaba ayudando. No la conocía bien, pero le estaba agradecida, porque había accedido a quedarse a su lado cuando nadie más había querido escuchar sus súplicas. Se llamaba Zulema, y a sus dieciocho años recién cumplidos no era comadrona, ni sabía nada de partos, pero estaba dispuesta a intentarlo. La había socorrido cuando se había caído al suelo en la calle, sujetándose el prominente vientre mientras pedía ayuda...

La joven parturienta alzó los ojos al techo de hojalata de su miserable vivienda. Una oración se escapó de sus labios exangües. Rezaba por su alma, porque presentía que la criatura que estaba por venir era demasiado fuerte para ella, menuda y frágil, de caderas estrechas y sin la fuerza necesaria para soportar el parto. A pesar de todo gimió, gruñó, empujó...

—...Dios mío —siseó entre dientes—... Dios, ayúdame, dame fuerzas...

—Tú puedes, ¡tú puedes! —la animó Zulema. Sus ojos negros brillaban en la penumbra, llenos de coraje. Su largo cabello negro, liso y tupido, le caía por delante del rostro moreno. Sus rasgos colombianos destacaban en la penumbra. Enseñó unos dientes blanquísimos mientras gruñía—. ¡Empuja! ¡Ya está aquí! ¡Le veo la coronilla!

Y ella obedeció. Su prominente barriga le impedía ver más allá de la cabeza de su providencial asistente, inclinada entre sus piernas.

Aulló cuando una nueva contracción, más violenta que las anteriores, la atravesó sacudiendo su agotado organismo, de la cabeza a los pies. Aulló, abrió mucho la boca, elevó un alarido furioso hacia la nada de aquella casucha miserable. Ese aullido atravesó la humilde vivienda, y se elevó hacia el cielo de Madrid, más allá del barrio de chabolas donde malvivía, más allá, hacia el universo.

Tendida sobre un colchón mugriento, rodeada de cubos que recogían el agua de las incontables goteras del tejado, supo que iba a morir. Ojalá hubiera estado en otra parte, ojalá no hubiera acabado allí, entre la mugre y el peligro, su hija merecía otro hogar, un lugar mejor... Derramó lágrimas de pena, y pensó en su soledad. Ante sus ojos desfilaron imágenes de un pasado mejor... Luego se velaron y se derrumbó sobre el colchón.

Cerró los ojos y exhaló su último suspiro en el mismo instante en que su hija asomaba la cabeza a este mundo. Zulema tiró de ella hasta extraerla por completo de su vientre.

Era una niña.

Enseguida el bebé lloró, cubierto de sangre y restos de líquido amniótico. Su llanto inundó la chabola, un llanto enérgico y estridente, como si protestara por verse privado, nada más nacer, del amor de su madre. Tenía una suave pelusa del color del fuego cubriendo su pequeña cabeza.

Entonces algo extraño ocurrió. Mientras la inexperta comadrona sujetaba a la recién nacida, la placenta fue saliendo del interior de la madre muerta, junto a una masa lodosa de tierra, llena de ramas, hojas y flores de

todos los colores... Una masa que se derramó en el colchón y se expandió entre sus piernas ya inertes.

La joven comadrona contempló el fenómeno sin poder creer lo que presenciaba.

—Virgen Santa... —murmuró muy pálida.

Sus ojos oscuros buscaron el rostro de la madre, que yacía con el semblante sereno inclinado sobre la almohada, el cabello mojado desparramado alrededor... Bajo su piel sudorosa, descubrió que sus venas palpitaban, ahora hinchidas por una extraña luminiscencia verdosa, cuyo fulgor antinatural las recorría como un reguero de otro mundo. Se santiguó y retrocedió, apretando al recién nacido contra su pecho. ¿Qué era aquello?

El cadáver, aún caliente, empezó a acartonarse ante sus desorbitados ojos, y mientras aquel fulgor que recorría sus venas se apagaba bajo su piel, adoptó el aspecto de un tronco viejo y podrido... Al poco, se desmenuzó y se desmoronó en una amalgama vegetal cuyo olor fresco y vital impregnó el ambiente de la chabola.

No quedó nada, salvo aquella turba con olor a bosque centenario...

El silencio se hizo en la pequeña chabola. Salvo la respiración agitada de la propia Zulema y los gemidos del bebé, no se oía nada más. La muchacha destapó la criatura y la observó con aprensión...

¿Qué era?

Estaba con la niña en los brazos, menuda y hermosa, aunque extraña... cuando la vio abrir los ojos, unos ojos ya formados, de un intenso color verde, como el verde tierno de las hojas de primavera, como el verde del musgo, de la hierba, como el verde profundo del bosque, como el verde de un estanque, a veces esmeralda... Esos ojos la observaron directamente, y había claridad en ellos, conocimiento, tristeza y esperanza, la miraron y llegaron hasta su corazón, y anidaron en él, llenándola de emociones tan intensas y bellas que Zulema se sintió desfallecer. No pudo contener las lágrimas, que rodaron por sus mejillas morenas. Quiso rozar la piel nívea de la niña, pero no se atrevió. Sonrió, hechizada por esos ojos maravillosos, y supo que debía cuidar de ella, ocultarla y protegerla.

En una barriada como aquella donde vivía, la Cañada del Real, eso suponía un problema.

La niña alargó una manecita perfecta y quiso rozar su cabello liso y negro. Zulema agachó la cabeza y acercó el rostro para que pudiera alcanzarla. Cuando aquellos diminutos dedos de alabastro rozaron su piel, un electrizante relámpago la recorrió entera, de los pies a la cabeza, sacudiendo su mente, sus emociones, su universo entero, y por un instante vio inmensos bosques llenos de vida y belleza, tan exuberantes como sólo podían haberlo sido cuando el hombre aún no caminaba sobre la faz de la Tierra.

Comprendió que no podía dejar que nada malo le ocurriera a esa criatura. Su deber era protegerla. ¿De qué? Aún no lo sabía, pero aunque lo lógico fuera avisar a los servicios sociales y entregarles el bebé para que ellos se hicieran cargo de su futuro... «supo» que no debía hacerlo. Aquellos ojos esmeralda penetraron en su conciencia y alcanzaron su alma, gritando para que no la abandonara... Y no, no lo haría...

Salió a hurtadillas de la vivienda donde había tenido lugar el parto prematuro, y corrió hasta la suya, encorvada para que nadie viera que llevaba un bebé en brazos.

Tuvo miedo. Vivía con su marido, Rafael, de treinta y tres años. No sabía cómo iba a explicarle lo ocurrido, y temía su reacción. Rafael era adicto a la cocaína, un hombre violento la mayor parte del tiempo... No importaba. Cuidaría de la pequeña, por encima de todo. Rafael tendría que tragar con una boca más que alimentar. Tendría que hacerlo... Cuando la pequeña le tocara con sus deditos mágicos, él también comprendería...

La calle era una avenida de tierra irregular, apelmazada y embarrada, cubierta de desperdicios. Algunas ratas del tamaño de un gato corrían desvergonzadamente entre las basuras. Una hilera de casuchas bajas la delimitaba a ambos lados, construcciones descoloridas, ilegales, a las que no llegaba el agua potable, sin conexión a la red eléctrica, ni canalizaciones, cubiertas de pintadas, hechas de tablones viejos, bloques de cemento, ladrillo y chapas de hierro, uralita, o plástico, restos robados de aquí y allá, ventanas y puertas mal encajadas, sillas de jardín acomodadas fuera, y ropa tendida en cuerdas atadas de un clavo al siguiente.

Algunos coches aguardaban aparcados en cualquier parte, coches del desguace, coches viejos, roñosos, con las lunas rotas, con puertas, sin puertas, con las ruedas pinchadas... Y a veces se veía un flamante «Audi» de gama alta y cristales tintados, desentonando en aquella barriada donde todo era viejo o estaba roto, o era un retal, o estaba desmontado. Las drogas corrían por las calles, estaban en el fondo de las familias, las llenaban de miseria. La delincuencia crecía entre los habitantes de esas casuchas mal hechas, llenas de goteras, y los críos crecían a la sombra de las guerras entre bandas, de la hambruna, sin educación, sin futuro...

Zulema soñaba con salir de La Cañada algún día, y criar a sus hijos lejos de la miseria, los insultos, las peleas, la droga, la muerte, el maltrato... Ella era gente de bien, y había más, silenciados por el resto, personas que resistían como podían, personas humildes atrapadas en un lugar donde la pobreza se había llevado la esperanza.

Cuando llegó a su vivienda, no muy distinta de la de la madre de la niña, abrió la puerta y se fue hasta el rincón donde tenía su cama, en el suelo. Allí conservaba la cuna donde había criado a su hijo hasta que murió a los dos años. La rescató, la puso en pie, y echó dentro un cojín y una manta pequeña. Luego, con sumo cuidado, depositó en ella al bebé recién nacido. La niña cerró los ojos y se durmió. Zulema se quedó a su lado, absorta en su extraña fuerza vital, y en lo que significaba... algo que se le escapaba. Al principio había tenido miedo de ella, pero ahora, sólo deseaba protegerla.

Por el único ventanuco de la casa penetraba un haz de luz, y en ese rayo luminoso flotaban millares de minúsculas partículas de polvo. Un pequeño tiesto de barro con una primula marchita descansaba sobre un plato de loza cascado, con el agua sucia lamiendo sus bordes renegridos. Bajo aquella luz difusa tan pobre, los pétalos azulados de la planta colgaban sin vida, lacios como lágrimas. Zulema la había robado de una tienda de flores, creyendo que sobreviviría en aquella vivienda. Muy pronto había comprendido que allí nada hermoso crecería jamás... ¿Y ella? ¿Podría hacer que esa criatura sobreviviera, un diamante prístino perdido en el lodo de un mundo cruel?

Capítulo 10

Madrid, enero de 2017



A la luz del día, el bosque ofrecía un aspecto mucho menos fantasmagórico. El cielo había amanecido despejado y el sol se alzaba espléndido sobre su cabeza, bañándolo todo con una luz clara y cálida, pese al frío. Cris caminaba despacio, pisando con suavidad sobre el mullido terreno. Se movía como una furtiva, y Max, como si comprendiera lo que pasaba por su mente, andaba atrás y adelante del mismo modo cauto, con las orejas erguidas, olisqueándolo todo.

Encontrar el sendero que conducía al misterioso claro, oculto en el interior del bosque, no le había resultado demasiado difícil. Sólo había tenido que seguir el camino de tierra que pasaba junto al bungalow, y avanzar hasta el desvío, tal y como lo recordaba.

Ruby no se había quedado a dormir. Había tenido que volverse a Madrid nada más terminar de cenar, porque su jefa había empezado a avasallarla con una batería interminable de correos electrónicos cada vez más acuciantes. La presión para que adelantara el trabajo acumulado había acabado por desquiciarla, y al fin había optado por marcharse, muy a su pesar. Al despedirse se había excusado mil veces, consciente de que su nuevo empleo iba a impedirle permanecer junto a ella como deseaba.

Cris le había asegurado que no tenía de qué preocuparse y había sonreído agradecida. También había prometido algo que no estaba cumpliendo: quedarse en el bungalow sin hacer nada hasta que estuvieran juntas.

Quedarse de brazos cruzados le resultaba poco menos que imposible... ¿Esperar? Cris no estaba hecha para esperar. De hecho, ya había planeado dar al menos un paso por su cuenta, ya que no podía hacer otra cosa, porque estaba sin coche.

Al levantarse, había cambiado de idea respecto a lo de ir al claro con Ruby. Después de todo, ya no le parecía tan arriesgado como había imaginado en un principio; desde luego, mucho menos peligroso que aventurarse a volver a Madrid. Y no necesitaba a Ruby, aunque en un principio hubiera preferido que la acompañara. Ya la estaba comprometiendo demasiado en sus problemas, por eso había cambiado de idea.

Además, había llevado consigo a Max. Su considerable tamaño y su indudable capacidad como perro de defensa, hacía que se sintiera protegida. ¿Contra qué? Aún no tenía una respuesta para eso.

A medida que se adentraba en el bosque, crecía su admiración por un entorno que le resultaba... mágico. Los grandes pinos se levantaban hacia ese cielo maravilloso más de quince metros, y sus gruesos troncos rezumaban resina. Su fragancia flotaba alrededor, mezclada con el aroma de la turba y los helechos. A lo lejos se escuchaba el golpeteo que provocaba un pájaro carpintero al trabajar sobre la madera de alguno de aquellos colosos arbóreos. Más allá de eso, todo estaba en silencio.

—...ya no falta mucho, tiene que estar por aquí —susurró Cris con

impaciencia.

Estaba bastante asustada desde que había experimentado en primera persona lo que significa que alguien te persiga. Miró a Max de soslayo. Por el momento, el perro mantenía la atención fija en el entorno. Si él estaba tranquilo, no había de qué preocuparse.

—¡Tiene que ser ahí! —acababa de vislumbrar una claridad al final de una curva sinuosa, donde el bosque se abría—. Vamos...

Ahora sí, echó a correr. El corazón le saltó en el pecho de pura excitación. Voló siguiendo aquella curva... y al final encontró lo que buscaba. Se detuvo como la primera vez, al borde del claro. Max la alcanzó, sólo que, en vez de quedarse a su lado, se adentró de un salto y se puso a correr entre las flores, levantando y agachando la cabeza aquí y allá. Se movía de un lado a otro. Ahora sí se mostraba nervioso.

Claro que... no era de extrañar en un entorno semejante.

El sol lo bañaba. Era maravilloso, muy distinto bajo la luz de un día despejado y perfecto. Resultaba aún más fabuloso. Las florecillas se agitaban con la suave brisa que lo recorría, y la alta hierba se mecía al compás. Había grandes mariposas revoloteando en el aire, con sus alas de brillantes colores, abejas libando el polen de las flores, semillas flotando a merced de la brisa... Y por último estaba aquella encina magnífica en medio de todo, con sus poderosas ramas erguidas, como brazos colosales, hacia el cielo. Sus fuertes raíces se anclaban con firmeza en la tierra fértil.

«¿A qué huele?», se preguntó.

Era una mezcla de todo... de resina, flores, hierba recién cortada, musgo, tierra... Cris no tenía palabras para describir lo que sus sentidos le mostraban. Se preguntó si el señor Whitaker conocería aquel espacio del bosque. Tenía que conocerlo, seguro que sí.

Cris dio un paso, casi con reverencia. Recordaba que la primera vez una cúpula invisible protegía el claro de la lluvia... Cruzó al otro lado, y se detuvo en el linde del bosque, imitando lo que hizo aquella noche.

—...aquí es donde la vi —murmuró.

La chica, una chica con un cabello rojo como el fuego. Había estado allí mismo, entre los árboles, espiándola. Al pretender acercarse, había desaparecido. No parecía un ser de este mundo. Había notado que no quería mostrarse, que prefería permanecer en la oscuridad, o quizás era otra cosa. Y sus ojos, tan... extraños. Recordó que brillaban como los de un animal cuando les da una luz directamente en la oscuridad... Un fenómeno imposible tratándose de un ser humano, aunque también era imposible que en el cuarto de Daniel hubiera un jardín.

Aquel lugar, era... irreal. Nunca había visto algo igual, salvo en las películas. La chica también había sido algo irreal. Había soñado con ella. ¿Qué significaba?

Se acuclilló y tanteó el suelo buscando algún rastro que corroborase lo que recordaba.

—¡Max! —el perro, que merodeaba alrededor de la encina, se acercó al punto—. Max, busca...

Si esa chica había estado allí, a lo mejor podía encontrar su rastro, ¿no? Salvo que no supiera buscar. Era cierto, no sabía. El perro gimió. Se sentó, deseoso de poder cumplir con lo que le pedía, aunque era evidente que no entendía qué significaba su orden. Cris le acarició y palmeó su lomo a modo de consuelo.

En ese momento, agachada a su lado, se fijó en que había algunas huellas. Las estudió, al principio esperanzada... Luego su expresión se desilusionó. No eran las huellas de la misteriosa mujer pelirroja, sino las suyas. Si ella pisaba —y lo hizo, dio unos pasos adentrándose entre los árboles—, sus huellas se quedaban claramente marcadas. El suelo aún estaba blando a causa de las recientes lluvias, y las nuevas pisadas eran idénticas a las otras, lo que significaba que eran de sus propias botas. Y no había otras.

Cris se incorporó y extendió los brazos para expresar su frustración. No tenía manera de saber adónde pudo ir, o si la chica realmente estuvo allí. Y sin embargo la había visto, no se lo estaba inventando.

Cris retrocedió unos pasos, no muy convencida de continuar más allá, bosque adentro. Le intimidaba aquel lugar, sus secretos... No le apetecía deambular entre aquellos pinos gigantes, detrás de algo que solamente había «creído» ver. Siempre podía volver mejor preparada, con un mapa... Incluso preguntarle al señor Whitaker acerca de la zona.

No... Mejor dejar al señor Whitaker al margen. Cuanta menos gente

estuviera al tanto de todo aquello, mejor.

—¡Max! —llamó al perro para regresar al bungalow— ¡Max! ¡Aquí!

Se giró en todas direcciones, buscando al perro. Hacía un momento estaba a su lado, y ahora... Insistió, silbó, dio palmadas... No estaba. El bosque alrededor del claro se mostraba silencioso, casi expectante, rodeándola por completo. Cris dio un rodeo. Llamó una y otra vez a su compañero de cuatro patas, cada vez más inquieta. Estaba convencida de que nunca se alejaría de ella voluntariamente.

Entonces, ¿dónde estaba?

—¡Maaaax! —chilló con fuerza. Se llevó los dedos a los labios y silbó—. ¡Max! Joder...

¿Y si había vuelto al bungalow? No era muy normal, pero cabía dentro de lo posible. Si algo le había asustado... Tampoco le conocía tanto como para predecir su comportamiento ante ciertas cosas.

Estuvo una hora dando vueltas por los alrededores, gritando y haciendo ruido. Nada. Lo único que recibió a cambio fue silencio. Al fin decidió que era mejor regresar, por si por alguna razón el animal había vuelto al camping.

Retrocedió hasta incorporarse de nuevo al sendero, y en el momento en que alcanzaba el cruce con el camino principal, su teléfono empezó a

sonar.

No sabía quién era. En la pantalla aparecía un número desconocido.

«Cógelo...», se dijo. No podía ser nada tan malo, ¿no? Vaciló, y después de unos cuantos segundos aceptó la llamada. Se llevó el móvil al oído y esperó.

—¿Hola? ¿Cris? Soy Mikel Oyarzabal, Durango... Nos conocimos el otro día en la calle...

—¿Durango?

—Sí, hola... ¿Te cojo mal?

—Eh... no, no... Dime...

¿Cómo tenía su número?

—Oye, quería disculparme por lo que te dije, estaba nervioso... Y bueno —bajó la voz hasta susurrar—... sigo nervioso... Verás, hay algo que no te conté, y me está revolviendo por dentro... Joder, Daniel era mi amigo, ¡y está muerto!

—¿...qué es lo que no me contaste?

Por supuesto, ya se había percatado de que Durango se había callado algo.

—Ahora no puedo, hay demasiada gente pululando por aquí —aún susurraba. ¿Dónde estaba?—. ¿Que tal si quedamos?

—¿Quedar? ¿Dónde?

Ahora estaba algo alarmada. Quedar implicaba tener que bajar a Madrid otra vez, justo lo que no deseaba hacer, por precaución. Aún sentía a su espalda el acoso de aquel desconocido.

—Donde tú me digas, es mejor que no nos vean juntos, así que...

Cris se quitó el móvil de la oreja y pensó. Estaba muy nerviosa, no sólo por tener que volver a Madrid, sino por la desaparición de Max. Le buscaba con la mirada mientras hablaba, rastreando entre los árboles y silbando de vez en cuando.

Tenía que zanjar aquella conversación cuanto antes para poder seguir buscándolo.

—Durango, ¿sabes dónde está «*La Buena Vida*»?

—¿El café ése de los libros? Sí, he ido a alguna presentación allí, en la calle Vergara, ¿no?

—Sí, en el número cinco...

—Bien, ¿a qué hora?

—Esta tarde, ¿sobre las siete?

—A las siete. Hecho. ¡Oh! Cris... por favor, ven tú sola, o no te diré nada.

No habría problema, porque de todos modos no podía contar con Ruby de momento. Enseguida cerró su cita con Durango. Luego colgó, distraída a causa de Max. El bosque era testigo impasible de la inquietud que embargaba su ánimo.

¿Y Max? Volvió a llamarle. No podía marcharse sin él... Tenía que hacer todo lo posible para localizarle. Si quería estar en Madrid a las siete, tenía que prepararse a las cinco. Aún era temprano, tenía muchas horas de luz hasta entonces.

Se armó de paciencia, y empezó a recorrer atrás y adelante aquel camino, llamando a Max, silbando, dando palmadas... Volvió al claro, estuvo un rato en él, rodeó la vieja encina, anduvo entre los árboles del entorno... No se alejaba demasiado porque temía perderse, y era muy capaz de hacerlo, dada su nula orientación.

Max no respondió. Tampoco se escuchaba el menor sonido en el bosque, como si las criaturas que lo habitaban hubieran enmudecido en su presencia. Cada vez que entraba en el claro, y lo hizo tres o cuatro veces, sentía como si la observaran, como si algo se moviera en el bosque sigilosamente, espiando lo que hacía, o... receloso de lo que hiciera en aquel claro misterioso. Pronto esa sensación creció, tanto, que el miedo se apoderó de ella y renunció a esperar al perro allí. Regresó al sendero y continuó gritando...

Nada.

Cuando al fin se dio por vencida y emprendió el camino de vuelta, estaba descorazonada y muy triste. Anduvo despacio... hasta que vio aparecer su cabaña de madera, a unos cincuenta metros. El perro tampoco dio señales de vida allí. ¿De verdad lo había perdido? Miró su reloj. ¡Eran las cuatro! Se asombró. No había comido y estaba agotada de tanto deambular buscando. Una honda desolación la inundó, más que desolación, también era impotencia, y rabia...

—Max... ¿Dónde te has metido?

Se negaba a resignarse. Trotó hacia la entrada del camping, donde suponía que estaba la recepción. La vio enseguida. Consistía en una caseta de madera sencilla, adosada a un edificio de una planta, sobrio y de piedra, la vivienda de los Whitaker. En la caseta había un mostrador con un timbre para llamar. Cris lo aporreó con impaciencia.

—¡Hola! ¿señor Whitaker? —llamó.

Al poco asomó su mujer.

—Él no está —Rose sonrió al ver a Cris. Era alta y fornida, de aspecto nórdico, amigable, con un largo cabello rubio sujeto en un elaborado moño sobre la coronilla, y unos ojos azules dulces y algo lánguidos—... ¿Cómo está? ¿Le ocurre algo? La veo nerviosa.

—Bien... bueno, todo lo bien que puedo estar, después de... Por favor, ¿ha visto usted a mi perro? No sé si lo conoce, un pastor alemán... He estado paseando por los alrededores y se ha ido...

Rose negó con la cabeza. Su expresión puso de manifiesto cuánto lamentaba no poder decir otra cosa. Cris dejó caer los hombros. Ahora sí estaba angustiada.

—¿Me avisará si lo ve? —rogó—. Se llama Max...

—Claro...

—Gracias... Ah, señora Whitaker...

—Rose...

—Rose... ¿Tendría un mapa de la zona? Donde se vea el bosque que

rodea el camping.

—Tenemos planos de toda la sierra —sonrió, ahora satisfecha de poder ser útil. Se metió un momento en un despacho disimulado detrás de una puerta, y cuando volvió llevaba un plano doblado en la mano—. Aquí lo tiene —lo extendió sobre el mostrador, y señaló con un bolígrafo la posición del camping, y del bungalow donde Cris estaba instalada—. Ésta es su cabaña, aquí estamos ahora mismo, la recepción, y el camino que pasa por delante de su bungalow...

Cris buscó de forma instantánea el cruce que marcaba el inicio del sendero que llevaba al claro. No aparecía reflejado, ni tampoco vio nada parecido a un espacio circular abierto en el bosque. No estaba.

—¿Puedo quedármelo?

Al menos le serviría para orientarse. Si Max no aparecía, iba a tener que buscarle a fondo. No pensaba renunciar, ni hablar.

—Claro... Tenemos muchos, para nuestros clientes.

Cris sonrió.

—Gracias, creo que me servirá.

—Me alegro de verla mejor.

—Oh, gracias, gracias... Y yo le agradezco el pastel de zanahoria, supongo que ya se lo habrá comentado su marido, pero estaba delicioso.

—Sí, me dijo que le había gustado. Me encanta la repostería, si quiere, la próxima vez que haga algo, le guardaré un trozo.

—Sería genial, muchas gracias —Cris sonrió.

—...se parece usted tanto a nuestra hija —dijo de pronto la señora Whitaker—... Oh, no físicamente, pero es que... Tenía su misma edad, ¿Cuántos tiene, veinticinco?

—...treinta y dos...

—Vaya, no los aparenta... Bueno, lo que quiero decir, es que me alegro de verla recuperada. No se lo dije el otro día porque estaba demasiado afectada con lo de su hermano... En fin... Sé lo que es eso, ella también estuvo muy enferma. Cuando llegó usted al camping, cuando la trajo Daniel...

Dudó antes de continuar, incómoda por mencionar a Daniel cuando hacía tan poco que había muerto. Sondeó los ojos de Cris buscando alguna reacción.

—...tranquila... no pasa nada...

—...bueno, quería decir que estaba tan mal... tan —Cris abrió los ojos, tratando de adivinar qué quería decir—... tan... ida, sí, ésa es la palabra... Bueno, lo de Diana fue distinto, claro...

Cris se preguntaba, mientras la escuchaba, si ella o su marido sabían en realidad por qué había llegado al camping, o que había estado desaparecida. Probablemente no. Por las cosas que decían, debían de pensar sin duda que Daniel la había llevado a la sierra para... ¿desintoxicarla? Se estremeció. ¿Y si había sido así? En cualquier caso, su hermano no les había contado toda la historia. Mejor si así era.

—...me recuerda mucho a ella, tan joven y bonita. La perdimos, ¿sabe?

¿Estaba muerta? Aquello la cogió desprevenida.

—...no sabía que tuvieran una hija... —repuso Cris con cautela.

—La teníamos. Verá, ha desaparecido...

—...joder... Lo siento señora Whitaker...

—Ha sido muy duro. Sobre todo porque no se ha podido encontrar su cuerpo, y... Bueno, es cosa del pasado. Pero no sé por qué se lo he contado, perdone, ya tiene bastante con lo de su hermano, y ahora lo del perro —hizo

un gesto con la mano como para alejar malos recuerdos y trató de sonreír—
... Espero que lo encuentre... Sólo quería decirle que la veo muy bien, y que
se cuide mucho. Nos ha impactado muchísimo lo que le ha pasado a su
hermano... Daniel se portó muy bien con nosotros. De no ser por él, no
estaríamos aquí, ¿sabe?

—Lo sé, su marido me lo contó... Gracias... Gracias Señora
Whitaker, por todo lo que han hecho por mí y por Daniel...

—Él nos ayudó primero, faltaría más...

—Claro —sonrió Cris.

La señora Whitaker se encogió de hombros y ocultó el dolor que
embargaba todavía su ánimo al pensar en su hija. Diana Whitaker... Cris no
había esperado oír esa confesión.

Entonces miró el reloj que los Whitaker tenían en la pared. Daba las
cuatro y cuarto, y aún no había comido. Si quería llegar a tiempo a su reunión
en Madrid, iba a tener que apresurarse. Necesitaba una ducha y cambiarse de
ropa...

—Gracias otra vez, perdóneme, pero tengo que irme... Hasta otra,
señora Whitaker... Dele recuerdos a su esposo.

Abandonó la caseta de información despacio, con el mapa en la mano
y un sombrío desánimo que amenazaba su anterior ímpetu.

—¡Estaré pendiente por si veo al perro! —gritó la señora Whitaker.

Cris alzó la mano a modo de saludo. Se alejó hacia su bungalow. Trató de convencerse de que Max volvería en cualquier momento. Era un animal inteligente, seguramente se habría alejado siguiendo algún rastro, pero acabaría por volver. No sabía mucho sobre perros, pero había oído decir que tienen un gran instinto y que son capaces de encontrar el camino de vuelta a casa casi en cualquier situación.

Al entrar en su cabaña la encontró solitaria y triste. Le resultaba increíble hasta qué punto se había acostumbrado a la presencia de Max. Echó un vistazo fuera y silbó por enésima vez... sin éxito. Al fin tuvo que rendirse. Cerró la puerta de entrada y se fue directa a la cocina. No tenía nada hecho... No, ni siquiera tenía hambre.

Una gran calma reinaba alrededor, y eso le provocó una desazón mayor. Se había acostumbrado tanto al perro... Una y otra vez imaginaba qué haría si no volvía, y no lograba hacerse a la idea. No podía permitirse perderle también. Era el perro de Daniel, su vínculo con él, su enlace entre la vida y la muerte, algo que había sido suyo, muy importante para él. Perder a Max era perder a Daniel, fallarle una vez más.

«...no puedes quedarte aquí tirada, por más que te duela. Si quieres saber lo que Durango tiene que decir, más te vale espabilar. Tal vez a la vuelta Max haya regresado...»

Se levantó y sacó del frigorífico algo de fruta para llenar su estómago. No le entraba nada más. También le puso agua al perro, y su ración de arroz

con trozos grandes de pollo, por si regresaba. No, por si regresaba no. Max iba a volver.

«*Más te vale, Max...*», gruñó Cris.

Se duchó a toda prisa y se arregló. Al hacerlo, se fijó en aquella extraña mancha rosa que había aparecido en su muñeca. Allí estaba, de un rosa intenso. A veces le escocía, o le picaba... A veces también dolía. La rozó con la yema de los dedos, con cuidado. Era áspera, no como un sarpullido, pero algo parecido. En el centro se intensificaba y se apreciaban ramificaciones de venas violáceas, diminutas. Entrecerró los ojos, y la miró más de cerca. Sí... se veía como una tela de araña de venas superficiales, que se difuminaban hacia la parte externa de la mancha. ¿Qué era? Si no desaparecía, debería consultar con un dermatólogo. Lo raro era que le resultaba familiar, como si ya la hubiera visto antes en alguna otra parte, además de en su muñeca. ¿Dónde?

Salió del baño pensando en ello. Se puso su abrigo, se calzó, cogió las llaves... Y entonces cayó en la cuenta de que no tenía coche.

—¡Joder!

¡Lo había dejado en Madrid! Aparcado en los alrededores del despacho de Balaguer... Miró el reloj, ahora más nerviosa. Las cinco menos cuarto.

—Oooh, mierrrrrdaaaaa...

¿Qué hacer? No quería faltar por nada del mundo a su cita con Durango. Si lo hacía, cabía la posibilidad de que el fotógrafo se arrepintiera y ya no quisiera hablar con ella. Claro que... ¿y si la señora Whitaker tenía coche? ¿Y si se lo pedía prestado? Era abusar mucho de su generosidad, pero renunciar a entrevistarse con Durango, no era una opción, y se le acababa el tiempo.

La señora Whitaker continuaba en recepción, ordenando papeles sobre el mostrador. Al verla volver, dejó lo que estaba haciendo y sonrió con su habitual amabilidad.

—¿Se le ha olvidado algo?

—No... Bueno —Cris enrojeció. Se moría de vergüenza por tener que pedir un favor así—... En realidad necesito un favor gigante... Oh, lo siento, va a pensar usted que soy una descarada, pero de verdad, no se lo pediría si no fuera una urgencia...

—...no será para tanto —aseguró la señora Whitaker, aunque había fruncido un poco el ceño y había aparecido un rictus de preocupación en su boca—... ¿De qué se trata?

—Verá... necesito, «*NECESITO*» —recalcó—, ir a Madrid, y no tengo mi coche... Bueno, en realidad es que tengo que ir a recogerlo, lo dejé en Madrid el otro día, no me sentía bien y —estaba improvisando—... Es igual, había pensado, si podría usted prestarme el suyo por dos o tres horas. Le prometo que se lo devolveré intacto, soy muy responsable, en serio, y... ay Dios, qué vergüenza...

En ese instante se escuchó el sonido de un motor que se acercaba y se detenía junto a la recepción. Luego se abrió y se cerró una puerta.

—Rose, ¿qué ocurre?

El señor Whitaker entró de pronto. Llevaba precisamente las llaves de su coche en la mano. Acababa de llegar. Su mujer le explicó lo que pasaba, y Cris tuvo que repetirse. Para no enredarse demasiado, se limitó a decir que tenía su coche en Madrid y que necesitaba bajar.

—La última vez me trajo una amiga, porque me sentí mal y...

—...¡Oh! Pero... tranquilícese, señorita Stoian —se rió el señor Whitaker—... Claro que le dejo el coche, no faltaba más. Confío en usted, ¡igual que confiaba en su hermano! Tenga —le tendió las llaves que llevaba en la mano—... No hay nada que explicar, para nosotros, es usted como si fuera Daniel... Está aquí mismo, fuera, en la entrada, el todoterreno negro. Cójalo.

—Oh, ¿en serio? —Cris no podía creer en su buena suerte—. De verdad, lo cuidaré bien, y perdóneme, sé que le estoy dando muchos quebraderos de cabeza... No sé qué pensarán ustedes de mí, deben de creer que estoy loca...

—No, nada de eso... Váyase, señorita Stoian, ¿no decía que tenía prisa?

—Sí, ¡sí! Así es... Oh, otra cosa... ¿Va usted a bajar mañana a Madrid?

—Suelo bajar casi todos los días, ¿por qué?

—O mejor —¿cómo no se le había ocurrido antes?—... ¿Le importaría bajar conmigo ahora, y así recojo mi coche y ya no le molesto más? Sé que se hace tarde...

—¿A Madrid? Pero Donald acaba de llegar... —protestó Rose.

—Vale, sólo era una idea, disculpe...

El señor Whitaker se quedó pensando. Estaba desconcertado, no molesto.

—No, espere, no es mala idea, y no me molesta tanto. Venga usted, la llevaré yo mismo y así recoge usted su coche hoy mismo, y nos ahorramos otro viaje, ¿no? Porque, si no lo he entendido mal, de otro modo, tendría usted que pedirme de nuevo el coche para recoger el suyo, ¿verdad?

—Eso es, exacto.

—Bajo con ella Rose, llegaré antes de cenar. Y no te preocupes tanto

mujer, ¡que aún sé manejarme de noche! Mi vista —le explicó a Cris guiñándole un ojo—... a Rose no le gusta nada que conduzca de noche...

Cris bendijo en su mente a aquel buen hombre, siempre dispuesto a ayudarla. Por lo visto, su amistad con Daniel había sido más profunda de lo que había imaginado. Se sentían en deuda. El señor Whitaker besó en la mejilla a su mujer y salió con Cris.

Eran las cinco de la tarde. Le pediría a aquel buen hombre que la dejase en la calle donde tenía aparcado su coche. Mejor recogerlo antes de su cita, así no se arriesgaba yendo a buscarlo después, sola, y encima caminando. Iba con tiempo, de modo que podría buscar sitio en los alrededores de la calle Vergara y aún llegaría puntual al café, a las siete en punto.

Capítulo 11



La cafetería «*La Buena Vida*» hacía esquina, y era una de las favoritas de Cris, siendo como era una gran lectora. Se la había propuesto a Durango porque ese lugar entrañable siempre le había dado una gran sensación de... seguridad. Entrar en ella era como adentrarse en un santuario, donde nada ni nadie podía hacer daño a sus clientes. Era como acogerse a sagrado, la protección que brindaban las iglesias en el pasado. Siempre se había sentido resguardada entre sus paredes, rodeada de literatura. Allí nadie podría hacerle daño... o eso pensaba, claro.

El mal, si es que existía como tal, se quedaría fuera.

Aparcó sin problema en un parking cercano, de tal manera que, a las siete en punto, estuvo delante de la puerta de la cafetería, mirando embelesada ese entrañable rincón de Madrid, su templo sagrado particular.

¿Cuántas presentaciones literarias había ido a ver? No llevaba la cuenta, pero soñaba con ver allí a Ruby algún día, dando a conocer sus novelas. Ruby Quintana, hasta su nombre sonaba genial. Estaba tan convencida de la valía de su amiga, que se enfurecía con ella cuando pasaba tantas horas volcada en su blog, en vez de escribir en serio.

Suspiró. Ruby tenía alma de escritora, y un enorme talento, aunque no se lo creyera.

Miró aquellas baldas repletas de libros. Ardía en deseos de perderse entre ellas, detenerse a escoger alguno y olisquear sus páginas, leer algunos fragmentos... De pronto la añoranza brotó en su corazón. Había dejado aparcada su pasión mucho tiempo, desde que... se llevó una mano a la mancha en su muñeca, de forma inconsciente. ¿La llevaría para siempre, para recordarle que había estado perdida, que le habían robado sus recuerdos, y que probablemente había sido una toxicómana... o que Daniel se había ahorcado?

Daniel...

Durango.

Sin duda éste último ya habría llegado. Tal vez estuviera esperando. Cris tragó saliva y se fue directa a la cafetería, sin permitirse echar otro vistazo a su añorada librería.

Le descubrió sentado en un rincón discreto, tomando un café. Era muy guapo, más de lo que recordaba de la primera vez. Se permitió observarle en la distancia, aprovechando que él no la había visto todavía.

Parecía nervioso. Miraba una y otra vez alrededor, y daba vueltas al café sin parar. Tenía el pelo revuelto y los rizos le caían en caracolas sobre la frente. Entonces alzó aquellos ojos dorados y la descubrió en la entrada. Levantó la mano y saludó. Cris hizo lo mismo. Luego avanzó hacia él, con más decisión de la que sentía.

—...llegas puntual...

La saludó medio levantándose. La besó en la mejilla casi sin rozarla y estrechó su mano. Al hacerlo rozó su mancha, y Cris apartó de golpe la mano, como si se hubiese quemado. Mierda... De pronto tuvo un acceso de tos y a punto estuvo de escupir delante de él. Se mordió el labio y se tragó su imperiosa necesidad, aunque enrojeció por el esfuerzo.

—...¿Estás bien?

—Sí, sí... —Cris se tapaba la boca, conteniendo aquel inoportuno acceso de tos.

—¿...Quieres tomar algo?

—...Ya pido yo, tranquilo —murmuró con la voz ronca—. Enseguida vuelvo...

Cris se apartó. Sacó a toda prisa un pañuelo de papel del bolsillo de su chaqueta. Corrió a pedir a la barra mientras tosía a gusto en el pañuelo. Luego lo miró con disimulo... No había sangre...

«...menos mal...»

Su corazón tamborileaba de la angustia que había pasado, le temblaban las manos, y le picaba la lengua. De nuevo aquel regusto acre, y el

olor dulzón en su aliento. ¿Por qué se sentía así? Si no se le pasaba, iba a tener que acudir a un especialista, se recordó con severidad.

«Más adelante, ahora no...»

La mancha en su muñeca ardía como si tuviera fuego en su interior. No iba a poder retrasar una visita al médico mucho más...

«Joder...»

Un camarero la atendió enseguida. Sonreía con simpatía. No le sonaba de otras veces, debía de ser nuevo. Claro que llevaba meses sin aparecer por allí... Pagó su café y el de Durango. Era una suerte que hubiese encontrado algo de dinero en el bungalow. Sonrió, cogió su taza humeante cuando el camarero la sirvió, y regresó a la mesa, donde su cita aguardaba impaciente.

Al menos Durango había dejado de marear el azúcar. Al parecer se había tranquilizado en cuanto ella había cruzado la puerta. Se quedaron callados unos instantes. Ninguno sabía muy bien por dónde empezar. Resultaba embarazoso estar allí, prácticamente dos desconocidos, sabiendo que tenían algo que compartir, algo serio... y tal vez peligroso, algo que les unía sin haberlo elegido. Al fin Durango bebió un sorbo de su café, luego dejó la taza sobre la mesa, y se encaró a ella, acercándose como para no ser oído por nadie más.

—...te agradezco mucho que hayas venido —murmuró, y su voz sonó ronca. Cris percibió el olor de su propio aliento. Era muy

desagradable... Se le tensaron los muslos, y tuvo que morderse el labio para no enrojecer. Entonces sus ojos se encontraron con los del fotógrafo... Durango le gustaba mucho... y él la miraba como si la conociera desde siempre, como si...—. No las tenía todas conmigo, la verdad...

Cris también bebió un trago de su café, en su caso, por necesidad, para sofocar aquella atracción irracional por alguien a quien apenas conocía, y para disimular los nervios... y el olor de su aliento. Rezó para que el no lo percibiera.

—¿Creías que no vendría? —le preguntó con curiosidad.

—La verdad, sí. Después de nuestra charla en la calle, me pareció que te ibas enfadada.

—Y así es... Me molestó mucho que me dijeras que deje de revolver...

—Ya... Lo siento... Se me había olvidado que eres testaruda, como Daniel... Menuda idea, decirte que no hagas preguntas, ¿eh?

—Y tanto...

Ansiaba escuchar lo que Durango tuviera que contar, aunque no se atrevía a presionarle demasiado.

—...por eso te he llamado. No quería que te llevaras una impresión negativa de mí. Yo apreciaba mucho a Daniel, y llevo muy mal lo de que se haya...

—...pero es que no lo ha hecho —insistió ella. Sus ojos verdes chispearon por encima de su taza de café. La sostenía con las dos manos a la altura de su boca, aspirando su aroma para anular el «*otro*», asqueroso, que tanto la estaba torturando, y sobre todo para evitar que llegara hasta el fotógrafo—... Yo no lo creo. Daniel no.

—Es verdad, Daniel no —un velo cubrió por un instante el semblante de Durango—... Verás, quiero contarte algo, pero... no debería hacerlo... en realidad, tengo miedo de hacerlo. No sé cuáles pueden ser las consecuencias.

—¿Miedo...?

Durango asintió.

—...es sobre algo que tu hermano estaba investigando, y de entrada te digo que no lo sé todo, sólo una parte. Tendrás que creerme cuando te digo que no sé más, porque no voy a poder responder a las preguntas que después sé que me harás.

Cris asintió despacio, con los ojos muy abiertos.

—Cuando desapareciste, Daniel te buscó, eso ya lo sabes, pero... creo que... investigaba algo. Tal vez por eso desapareciste.

—¿Y no sabes en qué trabajaba?

—No. Le pregunté, pero no quiso contarme nada. Dijo que no era nada serio, pero créeme, le conocía bien, y sí era algo serio. Cuando Daniel apareció muerto, Balaguer estaba de viaje, en San Sebastián, y lo dejó todo para volver. Me llamó a su despacho, muy alterado, fue la última vez que se prestó a hablar conmigo... Quería saber si yo había estado trabajando con Daniel y si sabía algo. Cuando le dije que no, me lanzó una mirada de advertencia... Debe de pensar que le he mentado y que sé algo. Por eso despertó mis sospechas. Más tarde decidí volver a su despacho y me enfrenté a él. Pero me echó de muy malas maneras. Después le he llamado muchas veces para exigirle explicaciones, y nunca me contesta.

—Pero... Si eso es cierto... ¿dónde está todo el material de lo que Daniel investigaba? ¿Qué ha pasado con esa información?

—Pues —Durango se inclinó aún más hacia ella, como un conspirador—... La actitud de Balaguer me escamó bastante, indagué un poco, y... Sé que la policía no encontró su ordenador. Cogieron todo lo que tenía en casa, como es lógico... y no han encontrado nada, ni su ordenador, ni su móvil, ni sus papeles... «*Nada*».

Cris recordó cómo había encontrado el piso de Daniel, revuelto, como si hubieran entrado a robar.

—¡Ay Dios! —exclamó. Esta vez dejó la taza de café en la mesa—. Joder... Cuando estuve en el piso de Daniel la última vez, busqué su portátil y no estaba. No encontré nada, ¡nada! Ni una nota, ni una carpeta... Estaba

todo patas arriba, ¡como si alguien hubiera entrado! Escuchándote, no hay duda, alguien fue antes que yo, alguien que se ha ocupado de borrar cualquier pista... Y su móvil... ¡No lo han encontrado porque lo tengo yo! Me lo llevé... Pero está limpio. No puede ser casualidad...

Durango palideció. Se apartó un tanto de ella, cavilando.

—¿Lo tienes tú?

—Sí, bueno, aquí no... Oye, ¿de verdad no sabes nada más? —le suplicó Cris.

—Nada más.

—Alguien me siguió el otro día, después de hablar contigo —cuchicheó.

—¿Seguirte?

—Sí, un tío... Lo noté al poco de salir del despacho de Balaguer. Aún no sé ni cómo me lo quité de encima...

Un escalofrío recorrió su espalda al recordarlo.

—¿No recuerdas nada? Quiero decir, de cuando estuviste

desaparecida.

—No. Mi memoria es un agujero negro —se lamentó—. Ojalá recordara, porque no hago más que pensar que Daniel murió por mi causa, y eso es más de lo que puedo soportar —dudó si contarle algo más. Le miró a los ojos, buscando en ellos algún atisbo de mentira, pero sólo vio sinceridad y preocupación. Al fin y al cabo, él la había llamado, ¿no? ¿Podía confiar en él? ¿Quién era Durango?—... Los últimos meses se han borrado de mi mente...

Se limitó a decir aquello, y se guardó lo que había estado a punto de revelar: que estaba viviendo en un camping. A tenor de lo que el joven acababa de revelar, le daba verdadero miedo lo que pudiera pasar si revelaba su actual lugar de residencia.

—Tienes mi número —susurró Durango—... Deberíamos estar en contacto. Si se me ocurre algo, o si descubres algo, lo que sea...

—...te lo agradecería mucho —musitó ella en el mismo tono.

—...y viceversa. Me gustaría ayudarte, así que cuenta conmigo, ¿de acuerdo?

—Claro... Durango... ¿por qué este cambio? Quiero decir, me dijiste que no hurgara...

—Ya te lo he dicho, Daniel me importaba... Quise evitar que te

expusieras demasiado con este asunto. Si han matado a Daniel y a ti te... secuestraron... Es peligroso, no te lo tomes a broma —Durango apretó los dientes—. Después cambié de idea. Supongo que me quedó una sensación muy amarga cuando te fuiste, y que he llegado a la conclusión de que no estarás a salvo hasta que descubramos qué está pasando.

Ese «descubramos» hizo que Cris se emocionara. Se le escapó una sonrisa.

—Gracias, muchas gracias...

Pero Durango miraba ya el reloj. Se levantó, con la prisa reflejada en el semblante. Fue a pagar... Cris le detuvo a tiempo, ya había pagado ella.

—...no deberías hablar con nadie de todo esto —le advirtió Durango antes de irse—. No sabemos qué hay detrás, y Daniel ha muerto. Ten cuidado.

—Claro... Y gracias otra vez...

Durango se alejó. ¿Ahora parecía más alto? Muy pronto desapareció por la puerta y Cris se quedó sola, rumiando mil preguntas en su mente. La principal, tenía que ver con Balaguer y sus verdaderas intenciones. Se alegró de no haberle contado nada vital.

Eran las siete y media, muy pronto. La reunión había sido realmente breve.

«¿Y qué creías?», se mofó de sí misma.

Se levantó para marcharse también. Aún le picaba la garganta.

Soltó un gruñido y abandonó el cafélibrería. Esperaba que aquel horrible picor acabara por desaparecer por sí solo. No tenía ganas de acudir al médico y tener que dar explicaciones. Corrió al parking por la calle Vergara, sin mirar atrás. Si la estaban siguiendo, no quería saberlo. Voló, agradecida de que el señor Whitaker la hubiera bajado en su todoterreno para recuperar su coche. Tenía muchas cosas en qué pensar.

Cuando alcanzó el acceso al aparcamiento, buscó la máquina para pagar, y luego el ascensor. Bajó a la segunda planta. El subterráneo estaba desierto. Su coche ocupaba la plaza ciento veintiuno. Lo abrió a distancia con el mando, se subió al asiento del conductor y puso en marcha el motor. El rugido que hizo al arrancar la confortó. Encendió los focos y condujo hacia la salida...

Su conversación con Durango había resultado ser más productiva de lo esperado. Aunque ahora tenía más motivos para preocuparse. Si estaba en lo cierto, Daniel no había exagerado al llevarla al camping, un lugar apartado y discreto donde no podrían alcanzarla. ¿Podía ser cierto que había estado secuestrada? ¿Habrían pretendido chantajear a Daniel para que dejara de hurgar... en qué? Se le revolvió el estómago pensando que alguien la había raptado. Y no sólo eso, a juzgar por el estado en que Daniel la había encontrado... Tal vez aún querían capturarla, o aquel hombre no la habría perseguido...

Balaguer. Ahora sabía que Román Balaguer sabía algo, o estaba detrás de todo. Era abogado, una persona influyente, y estaba al frente de uno de los gabinetes más reconocidos y caros de Madrid. Y a ella no se le había ocurrido mejor idea que ir a pedirle ayuda.

«¡Bien por ti, Cris! Mmmmmmm...»

No le iba a resultar fácil, y sí muy arriesgado, descubrir cuál era su papel en todo aquello. Sin duda el abogado sería un hueso duro de roer. ¿Hasta qué punto estaba implicado en lo que le había pasado a ella o a su hermano? ¿Lo estaba realmente o se trataba de otra cosa? ¿Había enviado él a aquel tipo? Cris sintió que se le encogía el estómago. No le gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas... de tener razón, claro.

¿Y si Durango se equivocaba, y Balaguer estaba siendo sincero? Ojalá, aunque no podía permitirse confiar en nadie.

—¡Joder! —Cris golpeó con la palma de la mano abierta el volante mientras salía del parking a la carretera—. Joder...

Resultaba frustrante. Tener un hilo del que tirar, y al mismo tiempo las manos atadas para hacerlo. ¿Cómo se suponía que iba a resolver el puzle?

Para terminar de empeorar las cosas, a su regreso al camping, comprobó descorazonada que Max no había vuelto. Continuaba desaparecido en el bosque... Los Whitaker, no lo habían visto. Rose quiso invitarla a cenar, pero ella se negó. Ya habían hecho bastante por ella.

Dejó el coche en el mismo lugar en que lo había encontrado la primera vez, a la vuelta del bungalow, y entró en la cabaña, a punto de echarse a llorar. El interior estaba frío y oscuro, sumido en un denso silencio. Fue entonces cuando se desmoronó.

Era como si hubiera pasado un siglo desde ese primer día, cuando despertó en el bungalow sin saber dónde estaba...

Tirarse en el sofá y enterrar la cara en un cojín para sofocar el llanto fue todo lo que supo hacer durante un cuarto de hora largo. Ni siquiera se había molestado en encender las luces, y ya hacía rato que había anochecido.

Hacía frío... Eso la obligó a reaccionar.

Se levantó de mala gana y puso la calefacción. No tenía ánimo para encender el fuego en la chimenea, por más que le gustara... ¿O sí? Cambió de idea y se obligó a prepararlo sobre la rejilla, con papel de periódico y algunas ramitas secas. Eso distrajo su mente durante un rato. Rescató de un paquete un par de pastillas vegetales y las colocó bajo el papel. Eran fantásticas para encender el fuego, no como ésas de gasolina, efectivas pero tan apestosas...

Su móvil se iluminó y empezó a sonar. ¿Ruby? Se ilusionó pensando en poder desahogarse con ella. Quería contarle que no encontraba a Max...

—Sí...

—Hola, eeh... Perdona que te llame —no era Ruby, era Durango. Cris se extrañó. Luego se le ocurrió que tal vez tuviera algo nuevo que contarle. Escuchó con expectación—... Verás, no pienses nada raro, es sólo que quería saber que has llegado bien a casa, nada más... Con lo que me has contado, lo de que te estuvieron siguiendo la última vez, no estaba tranquilo.

—Oh, vaya... Gracias, sí, no te preocupes, he llegado bien. Gracias por llamar...

—¿Vives en Malasaña no?

—No... Sí...

—¿Qué es eso? ¿Un sí o un no?

—Un sí, perdona —mintió—, es que me duele la cabeza, estoy un tanto embotada...

Hubo un silencio breve. Luego Durango volvió a hablar, y su voz sonó algo ronca al otro lado.

—Me alegro de saber que estás bien... Hasta pronto entonces.

Y colgó.

«¿Eso es todo?», Cris no sabía si extrañarse, o estar agradecida. La preocupación del fotógrafo por ella podía ser auténtica, o un modo retorcido de confirmar su dirección...

«Joder, ¿no es eso ser muy malpensada?»

No, Durango no era un mal tipo, y a Daniel le caía bien, mejor que bien, de hecho.

Ahora sí que se moría por hablar con alguien, y no tenía a nadie más de confianza. Sólo a Ruby. Así que buscó su número en el listado de llamadas recientes y lo marcó.

Y esperó... Y esperó...

Era raro. Ruby nunca fallaba, siempre estaba ahí para ella... De pronto sonrió con tristeza. Estaba siendo muy egoísta, si lo pensaba bien. No debería atosigarla así, sabiendo como sabía lo agobiada que estaba con el trabajo.

Colgó de golpe, molesta consigo misma. No quería ser un incordio, ¡por nada del mundo! Aunque... no tenía a nadie más... a nadie más... ¿Cómo era posible que una chica joven careciera de otros amigos? ¿Amigas? No... Estaba sola. Daniel en cambio siempre había tenido muchas amistades, le había resultado muy fácil tratar con la gente.

Habían llegado juntos a Madrid, muchos años atrás. Sus padres los habían enviado desde Rumanía a casa de un amigo, con la esperanza de que tuvieran un futuro mejor. Daniel se había adaptado enseguida, mientras que a Cris le había costado más... Ahora sus padres estaban muertos, y ese amigo, que ejerció de tutor y amigo, había regresado a Rumanía.

No sería ella la que añadiera más presión a Ruby. Cuando pudiera, ella la llamaría. Iba a tener que tragarse la angustia y bregar en soledad con aquella marea de sentimientos que horadaban su corazón.

Capítulo 12



Después de tres largas jornadas sin Max, la soledad estaba haciendo estragos en el ánimo de Cris. El perro llevaba desaparecido ya demasiados días, y sin Ruby, con quien había podido hablar sólo dos veces en ese tiempo, empezaba a desesperar.

Había regresado muchas veces al claro buscándole, incluso se había animado a recorrer el bosque más allá, peinando una extensa área alrededor del punto donde le había perdido, por supuesto, gracias al mapa que le había dado la señora Whitaker... Nada había dado resultado. Empezaba a temer que le hubiera ocurrido algo fatal.

Estaba sentada en el porche, con una taza de caldo caliente entre las manos, viendo cómo atardecía sobre Madrid, otra vez. Miraba hacia la ciudad, nostálgica, añorando su casa en Malasaña, su vida, a su hermano... Se sabía prisionera de sus circunstancias, como una ficha que ignora cuál es su posición en el tablero, cuál su importancia para el juego, o para los jugadores. No, no tenía la menor idea de qué hacer. Sin Daniel, estaba ciega.

Ya no tenía sentido hacer caso de sus advertencias, no si Daniel ya no estaba. Su mensaje había sido muy importante para ella, pero iba perdiendo poder de convicción. Se le agotaba el tiempo, lo presentía, y su inmovilismo podía costarle caro.

Acarició la idea de telefonar a Ruby, sólo para oír su voz y sentirse acompañada. Juguetó con su móvil un rato, sobrevolando su nombre en la pantalla con el dedo pulgar, sopesando si pulsarlo o no...

¿Cuántas horas estaba trabajando últimamente? Ya eran más de las siete, normalmente, debería estar yéndose a casa, claro que eso era antes... Con el estrés al que la estaban sometiendo en su estudio, estaría sin lugar a dudas delante de su ordenador, inmersa en ese proyecto que la tenía tan esclavizada. ¿Tenía que estar tan liada justo ahora que la necesitaba tanto?

Al fin apartó el dedo y dejó que el móvil se apagara. Bebió un sorbo de su taza de caldo y lo saboreó, aguantando a duras penas el deseo de llorar y la frustración. Estaba bueno. Había sacado los ingredientes del congelador, y ahora se alegraba de haber tenido la iniciativa de cocinar. No se le daba mal, después de todo.

En ese preciso instante, el teléfono sonó. Se sobresaltó tanto, que estuvo a punto de tirar la taza y derramarse el caldo encima... Era Ruby. Cris sonrió ampliamente, y sus ojos verdes brillaron aliviados.

—Ruby...

—¡Al finnnn! —exclamó ella—. Joder, Cris, lo siento... Pero es que aquí no me dejan ni respirar... Empiezo a estar un poco harta, la verdad... Tengo a la bruja de mi jefa las veinticuatro horas en mi cogote, te juro que puedo oler su aliento —susurró. Se notaba que estaba tapando el teléfono para que no la oyera nadie más—... Oye, ¿estás bien?

—Tirando —musitó ella—... Estoy bien, muy preocupada por Max.

—No ha vuelto —dedujo Ruby con gravedad. Por supuesto, estaba al tanto de lo sucedido. Al principio se había molestado porque Cris hubiera decidido ir sola al claro cuando habían acordado ir juntas. Sin embargo, se le había pasado pronto, y ahora estaba tan preocupada como ella—... ¿Has vuelto a buscarlo?

—Sí... Lo he perdido...

—Cris...

—...No lo entiendes, este bosque es inmenso... Y el claro del que te hablé... Se ha perdido allí y...

—...ya, sigue sin aparecer...

—Le he estado buscando por todo el maldito bosque... No está —a Cris le tembló la voz. Tuvo que callarse antes de que el llanto irrumpiera de nuevo. No quería preocupar a Ruby—... Ya no creo que vuelva, son tres días...

—Oye Cris... Joder... ¡Ojalá me hubieras dejado acompañarte! ¿Tanto te costaba esperar unos días? Muy pronto habré acabado con este proyecto que me tiene frita... ¡y seré toda tuya!

—Oye... ya tienes bastante encima... ¡Y no necesito una niñera, sé cuidarme sola! —se arrepintió al instante de haber dicho aquello—. Perdona Ruby... Pero es que me siento fatal cargándote con mis problemas... No pensé que fuera a pasar nada por ir sola, y ahora...

—Joder... Tú no me cargas Cris, ¿vale? —Ruby estaba otra vez molesta. Luego debió de pensar que no era momento para reproches, porque cambió el tono—. Oye, ya sé que no pinta bien... Pero tú y yo sabemos que Max es un perro inteligente... ¡Eh! Venga... ¡Ánimo! Además, aunque hubiera estado yo allí, probablemente se hubiera largado igual, así que...

—Han pasado muchos días...

—Seguro que vuelve. Oye... En cualquier caso, he estado pensando... Deberías venirte a Madrid.

Cris sostuvo esas últimas palabras, paladeándolas antes de admitir ante sí misma lo que de verdad sentía al respecto.

—...quiero volver a casa, Ruby, a mi casa —dijo al cabo de un momento—. Sé que aquí ya no pinto mucho, y, la verdad, ya no creo que tenga sentido que me quede, no ahora que Daniel... Y me estoy pudriendo sin nada que hacer, pensando en que mi hermano se ha ahorcado, y ahora en Max... Pienso a todas horas... Qué mierda, me estoy volviendo paranoica...

Soltó un bufido. La idea de ir a Madrid la tentaba tanto...

—...vuelve a Madrid —insistió Ruby—, pero no a tu casa, no me hace maldita la gracia que te vuelvas a tu ático, con todo lo que te está pasando...

—¿Y qué sugieres?

—Ya lo sabes.

Sí, lo sabía bien.

—Pero Max...

—¿Qué pasa con Max?

—...pues que podría volver, y si dejo el camping, no estaré cuando lo haga...

—Excusas. El señor Whitaker te avisará si vuelve, Cris...

Ruby esperó a que dijera algo, pero ella guardó silencio. Pensaba, mirando hacia Madrid. Había llegado la hora de salir de su aislamiento. ¿Debía volver? Con Ruby estaría bien, a salvo y feliz... Si no enredaba más en los asuntos de su hermano, tal vez la dejaran en paz. Pero, al margen de esas consideraciones... lo cierto era que se resistía a dejar a Max atrás... o quizás era que no quería romper su vínculo con... el secreto que ocultaba ese claro en el bosque.

—Cris, no puedo estar a tu lado ahora, y saber que estás ahí sola me mata —ella siguió sin decir nada. Apretaba los labios, sosteniendo una dura lucha interior—... Oye, ¿no te fías de mí?

—Claro que me fío...

—¿Entonces? —su tono se suavizó hasta lo indecible, y Cris se estremeció—. ¿No será por lo que pasó entre nosotras? Espero que no... Fue una estúpida pelea...

—No te lo tomes a mal, pero ya sabes que no la recuerdo... Así que no, no es eso...

—Pero sabes que pasó, porque te lo he contado yo.

—No es por eso, te lo prometo.

—Pues entonces prepara las maletas y vente, ya sabes dónde estoy.

—Ruby... Está bien, pero dame dos días más, ¿vale? Si Max no vuelve... haré las maletas —decidió al fin.

Ruby suspiró.

—Dos días, Cris. Hoy es jueves, el domingo por la mañana te quiero aquí. Si no, iré a buscarte y te traeré a rastras.

Cris sonrió.

—El domingo por la mañana, trato hecho.

Ruby se rió, y ella se contagió. Su corazón se ensanchó, liberando la tensión que había estado agobiándola día y noche desde que todo aquello había empezado, desde que despertó perdida y sola en el bungalow. Estuvo un rato más charlando con su amiga, hasta que empezó a lloviznar, y el frío la obligó a colgar y a refugiarse dentro.

Cerró la puerta con llave y encendió las luces.

Fue entonces...

Vio algo en la ventana de la sala, por fuera. Una sombra. Como si alguien hubiera pasado por delante.

Cris se quedó paralizada, con toda su atención fija en ella, escuchando... Pasó un minuto, dos... No volvió a ver nada.

Tal vez lo había imaginado.

«¿...*en serio?*»

Aun así... Echó el cerrojo, y a continuación se fue a la cocina a por un cuchillo. Lo deslizó por dentro del cinturón. Notarlo pegado a su cadera la tranquilizó. Fue revisando todas las ventanas de la cabaña. Su propósito era asegurarse de que estaban bien cerradas. Cerró las contraventanas, las atrancó... Al fin se sintió a salvo.

Nadie podía entrar.

Aun así, se quedó quieta, escuchando, por si acaso.

Sólo se oía el ruido de la lluvia en el tejado.

Cris bufó. Era absurdo comportarse como si fuera la protagonista de una película de terror. Es más, seguro que su propia excitación había jugado en su contra. No había nadie en la ventana, sólo una sombra, que podía ser la de las ramas de los árboles agitadas por el viento... O quizás el señor Whitaker había pasado cerca de la cabaña... Era hora de tranquilizarse y dejar de ver fantasmas.

Encendió el fuego y se sentó en el sofá, envuelta en una manta. Cogió el mando de la tele y la encendió, para no escuchar el estruendoso silencio que llenaba la cabaña. De inmediato las voces de los tertulianos de un programa cultural desterraron su soledad. Definitivamente, no podía seguir así. Era demasiada carga. No tenía por qué someterse a semejante presión,

entre la muerte de su hermano, Max, y sobre todo su propia conciencia, siempre recordándole que había olvidado tanto de su vida.

«El domingo me vuelvo a Madrid... Si no lo hago antes... Lo siento Daniel, ya no aguanto más...»

Se había preguntado muchas veces qué haría si no recuperaba jamás los recuerdos. ¿Acaso importaba quién había sido, qué había hecho? ¿Quién la había secuestrado?

«A Daniel le importaba...», se dijo... «Y ahora está muerto». Y luego estaba Durango. Él la había prevenido, su consejo había sido que dejara de hurgar. «Y a continuación me llama para hablar... ¿En qué quedamos?». Sacudió la cabeza.

Daba igual. Volvería a Madrid, y hacerlo sería como hacer una declaración de intenciones. Le estaría diciendo a... quien fuera, que no pensaba indagar más. Esperaba que eso implicara que la dejaran en paz.

Se acurrucó en el sofá y enterró la cabeza en el cojín. Quería entretenerse viendo *«la caja tonta»*, *«vegetar»*... La chimenea había ido cogiendo fuerza, y pronto empezó a hacer su efecto sobre ella... Se quedó dormida, mecida por el agradable calor del fuego. No pudo remediarlo. Como tampoco pudo remediar soñar...

Soñó...

«...soñó de nuevo con ese pasillo largo y estrecho. Max estaba con ella. Eso la reconfortaba, a pesar de que continuaba perdida, atrapada en esa trampa interminable de paredes desgarradas... Ahora eran de cemento gris... Al fondo estaba la puerta misteriosa de siempre, inalcanzable, con aquella mágica luz brillante colándose por debajo, una luz blanca y vibrante... Max clavaba en ella sus ojos dorados, y luego se iba directo hacia la puerta. Cris quería ir tras él, pero cuando daba un paso para avanzar, el pasillo se estiraba, más largo y oscuro... Algo tiraba de ella hacia atrás, hacia la oscuridad. El perro y la puerta se perdían al fondo de un pasadizo elástico que se elongaba mientras ella se hundía en la trampa, y unos dedos negros enlazaban su cintura y tiraban de ella hacia atrás, hacia atrás... Oyó gemir a Max en la distancia, le oyó gemir, ladrar, arañar...»

...abrió los ojos de golpe.

Se oían arañazos en la puerta.

Cris se apoyó en los codos, sobresaltada. ¿Cuánto había dormido? Miró el reloj... Apenas había transcurrido un cuarto de hora. El corazón saltaba en su pecho, desbocado a causa de la pesadilla, le temblaba el cuerpo...

Entonces oyó de nuevo cómo unas uñas arañaban la puerta de entrada. Hubo gemidos, y el ruido de patas en el porche. ¿Max?

Saltó del sofá y corrió a la entrada. Abrió la puerta de golpe... ¡Max estaba allí! Al verla, emitió un chillido, a medias ladrido, a medias gáñido lastimero, y se abalanzó sobre ella, tirándola al suelo.

—¡Max!

Cris soltó una risa histriónica, y abrazó a su peludo amigo sin poder creerlo. El animal lamió su cara, su cuello, husmeó su cuerpo, metiendo el hocico en sus axilas, en la entrepierna, inhalaba su olor profundamente, como si quisiera asegurarse de que era ella... y lloriqueaba. Tenía el hermoso pelaje lleno de barro, sucio y húmedo. ¿Dónde había estado? Al fin Cris se levantó y cerró la puerta. Luego acarició a Max, tan contenta y emocionada que se le saltaron las lágrimas, por una vez de felicidad. Se acuclilló y juntó su frente con la de su amigo, le besó, y suspiró de alegría.

—Necesitas un buen baño... ¡Estás hecho un asco!

Max ladró. Se puso de pie, con las dos patas delanteras sobre sus hombros, como si estuviera tratando de decirle algo. Sus ojos dorados se fijaron en ella, las orejas de color tostado erguidas... Gimió y ladró.

—...oye, que no te entiendo... Pero es igual, lo primero es lo primero. ¡Al baño!

Lo agarró del collar y lo llevó a la bañera. Abrió el grifo de agua caliente, y mientras esperaba a que corriera y cogiera temperatura, le ordenó que entrara. El perro obedeció en el acto. De un ágil salto, se metió dentro, casi antes de que hubiera dado la orden. Cris sonrió satisfecha, estaba exultante de haberle recuperado. Le quitó su bonito collar rojo y mojó su denso pelaje, negro en el lomo, cabeza y morro, tostado en la cara y las cuatro patas. El agua corrió negra hacia el sumidero. No parecía que tuviera heridas.

—...ahora que ya estás de vuelta, que sepas que mañana mismo nos vamos —anunció en voz baja mientras masajeaba su denso manto de pelo con jabón—... No aguanto más aquí. Nos vamos a casa de Ruby, ¿qué te parece? Te cae bien, ¿eh?

Max gimió y agachó la cabeza.

—¿Qué pasa, ahora no te gusta? —Max lamió su antebrazo cubierto de cicatrices—. No te creo... Sé que te cae bien, siempre te ha caído bien. ¿Es porque no quieres irte? —el perro ladró dos veces—. Pues lo siento. Está decidido, y esto no es una democracia, así que...

Cuando acabaron en el baño, Cris se afanó en secarle con una toalla. Después se fue a la cocina a prepararle una cazuela de arroz con pollo, la primera había tenido que tirarla después de tantos días. De paso se preparó algo de cena para ella.

Estaba exultante por el regreso de su peludo amigo. Por la mañana haría las maletas y abandonaría el bungalow. Por supuesto, agradecería antes a los Whitaker todo lo que habían hecho, y si tenía que pagar algo...

Miró alrededor. Sería bueno regresar a Madrid, por mucho que aquel lugar hubiera sido su refugio. Cuanto más lo pensaba, más se reafirmaba en su idea de marcharse. Necesitaba volver a la vida.

¡Ah! ¡Debería avisar a Ruby!

La llamó enseguida para contarle lo ocurrido. Por fin una buena noticia... Sin embargo, su amiga, una vez más, no cogía. Después de varios intentos baldíos optó por mandarle un mensaje de «*whatsapp*», explicándole que Max al fin estaba de vuelta, y que planeaba volver a Madrid antes del domingo.

Esa última noche en la cabaña, permitió que Max se subiera a la cama y durmiera enroscado a su lado. Era muy distinto dormir teniéndole allí. Resultaba reconfortante y cálido. Extendió la mano y le buscó en la oscuridad. Cuando topó con su lomo, tanteó hasta enterrar los dedos en su cuello, acariciándole. Max reaccionó lamiendo su mano.

—...menos mal que has vuelto, so animal...

Por la mañana, nada más desayunar, hizo el equipaje. Le mandó otro mensaje a Ruby. Esperaba que lo leyera y que estuviera esperándola cuando llegara. Se pasó por la recepción del camping para despedirse de los Whitaker.

Don se sorprendió de que se fuera, sobre todo porque, según dijo, Daniel había dejado pagada su estancia para un mes completo más. Si se iba perdería el dinero adelantado. Cris se guardó los motivos por los que estaba dispuesta a perderlo, porque, después de todo, los Whitaker no tenían por qué verse involucrados en sus problemas, aunque hubieran sido muy amigos de Daniel. Por eso se limitó a explicarles que echaba de menos la ciudad, y que tenía asuntos que atender. De hecho así era. Necesitaba saber cómo estaban sus cuentas y empezar a pensar en ganarse la vida...

Les agradeció cuanto habían hecho por ella. También les avisó de que ya no debían preocuparse por Max, porque había vuelto solo la noche

anterior. Se alegraron mucho.

—...¿no quiere quedarse a comer? —la invitó Rose.

—No, se lo agradezco, pero me están esperando...

—Bueno, haremos una cosa —intervino Don—. Reservaremos el bungalow para usted lo que queda de mes, por si decide volver.

—¿En serio? Pero no tienen por qué hacerlo, no...

—No, claro que sí. Son unos quince días los que le quedan de estancia, me parece injusto que los pierda. Si no los aprovecha, qué se le va a hacer...

—Gracias, de veras...

Al salir de recepción, Cris sonreía, asombrada del buen corazón de esas personas, completas desconocidas, y sin embargo dispuestas a dar tanto. Aún había gente buena en el mundo. Era un alivio saberlo.

Max esperaba en el porche del bungalow. Cuando llegó, se puso de pie gimoteando y retrocedió hasta la puerta de entrada. Estaba claro que no quería irse, pero Cris ya tenía las maletas preparadas, a falta únicamente de dejarlas en el maletero del coche. Eran las diez de la mañana.

—¿Qué tal un último paseo por los alrededores, Max?

Le enseñó la correa, y el perro se entusiasmó enseguida. Daba brincos de alegría. Cris entró en la cabaña, recogió sus pertenencias. Las metió como pudo en bolsas, salió al porche con ellas a cuestas, y las soltó de golpe. Pesaban. Cerró la puerta definitivamente. No pensaba volver. Lo llevó todo hasta el coche, abrió el maletero, y lo puso dentro.

Entonces se fijó en unas huellas, junto a la pared. Se quedó mirándolas, con un gemido suspendido en la garganta. Recordó la figura en la ventana, acechándola. Así que no lo había imaginado... Se acercó, se agachó, y las tocó con los dedos. Eran huellas grandes, de hombre. Al menos estaba segura de que no eran suyas, y no recordaba que antes hubiesen estado allí. Se veía con claridad que alguien se había detenido junto a la ventana, y que luego había dado la vuelta al bungalow... Las siguió intrigada. Daban un rodeo y después se perdían en el camino.

«Mierda...»

—¡Max! ¡Nos vamos!

Ya no tenía ánimo para dar una vuelta. Cuanto antes se fueran, mejor. Silbó y dio palmas, pero el perro retrocedió hacia el bosque. Ladró, y de pronto echó a correr. Se adentró velozmente entre los árboles.

—¡Max! —Cris salió detrás. Tenía razones para temer que volviera a

desaparecer—. ¡Max! Maldito seas... ¡Joder!

Corrió tan rápido como se lo permitieron sus piernas por el camino, hasta la conocida bifurcación que ella sabía de sobra que llevaba al claro. Max le llevaba ventaja. Se internó en el sendero y trotó hacia allí. La miraba de vez en cuando, como si quisiera asegurarse de que le seguía. Le estaba mostrando algo, pero... ¿qué?

Al llegar al linde del bosque, el claro apareció, exuberante y mágico como siempre. El día era oscuro y brumoso, algunos jirones de niebla flotaban entre la vegetación, dándole al lugar un aspecto más fantasmal que otras veces. Cris dudó si seguir al perro, pero éste lloriqueaba, apremiándola para que fuera tras él. Entonces desapareció detrás de la vieja encina centenaria.

—¡Max! Joder, otra vez no...

Al alcanzar el punto donde le había visto por última vez, le encontró sentado entre las raíces del inmenso árbol. Max ladró, gimió, y a continuación se levantó y metió la cabeza en la densa cubierta de matorral que crecía en torno al inmenso tronco. Cris descubrió sorprendida que detrás de aquellas matas, en el propio tronco de la encina, había un hueco. El viejo tronco rugoso se abría en su base, formando una hoquedad grande, tan ancha como para que cupiera el perro, y ella también, si se agachaba.

Max desapareció dentro. Oyó que ladraba en el interior, un sonido sin eco, distante, como si estuviera metido en una cueva a mucha profundidad. Cris vaciló... ¿Realmente quería hacer aquello?

Pero no podía dejar a Max.

Se agachó de mal humor, y se coló a cuatro patas a través de la angosta entrada. Un túnel descendía entre las raíces de la encina, excavado en la tierra. No estaba tan oscuro como cabía esperar, sino que una luz tenue, del color de la savia, bañaba las paredes arañadas en el subsuelo. Olía a turba, a hierba fresca, a menta...

Cris llamó a Max, e inició el descenso, reptando con el corazón desbocado. Entonces patinó. No lo pudo evitar, cayó rodando hasta dar con el trasero en el fondo de una cueva. Max la recibió dando vueltas sobre sí mismo y alrededor del lugar, muy nervioso.

¿Era allí donde había pasado los tres días?

Cris se levantó, se sacudió las perneras del pantalón, y miró alrededor. Ahora lo comprendía. Como ella, Max había caído por el empinado túnel. Caer por él era fácil, volver a trepar para salir no tanto... Sin duda el pobre animal se habría desesperado intentando escapar de aquella trampa. Y lo había logrado, aunque después de tres días. Cris calculó que ella lograría salir antes. Al menos eso esperaba...

Se encontraba en una hoquedad redonda, no muy alta, con las paredes cubiertas de enredaderas. Entre las hojas asomaban bellas flores violáceas, malvas, blancas... También crecía jazmín en un rincón, y un lecho de hojas frescas ocupaba un pequeño espacio bajo él. Max lo estaba olisqueando con intensidad, y lloriqueaba.

¿Qué era aquello? Cris no salía de su asombro... Se preguntó cómo era posible que aquellas plantas se mantuvieran pletóricas en su esplendor, aun estando bajo tierra, lejos de la luz del sol. Le recordó a la chica de cabello rojo. La que había visto en el claro aquella noche de lluvia... No había vuelto a pensar en ella desde...

De pronto Max se puso a ladrar. Saltó sobre sus patas delanteras, adelante atrás, como si hubiera algo en aquel montón de hojas. Cris estaba desconcertada. Ella no apreciaba nada que pudiera alterarle así. El perro se puso a escarbar, desesperado, apartando la densa capa de hojas...

—...oye Max, ¿qué pasa? Ey, chico, qué pasa...

Cris se acercó, y se agachó a su lado, atenta a lo que hacía. Algo asomó entre las hojas removidas... Algo humano.

Cris dio un grito y se cayó de culo.

Ante sus ojos desorbitados, apareció una mano, y luego, a medida que Max apartaba aquel denso manto de hojas, le siguió un antebrazo...

¡Estaba desenterrando un cadáver!

—¡Joder!

Cris se levantó de golpe. Un cuerpo fue quedando al descubierto. No

estaba descompuesto todavía, como si las condiciones ambientales de la cueva lo hubiesen conservado. Era el cadáver de una mujer... Tenía que hacer algo...

—Max, ¡vámonos! —chilló. Pero el perro continuaba escarbando con frenesí. Daba miedo verle así, gimoteando, mientras sacaba a la luz aquel macabro cuerpo sin vida—... ¡Joder! ¡Vámonos!

Lo agarró del collar y tiró para apartarle de la tumba, de la que ya asomaba la cabeza de pelo rubio de una mujer, con la garganta abierta, cercenada de lado a lado, las cuencas de los ojos horriblemente mutiladas... Cris tiró del collar de Max con todas sus fuerzas, hasta que... ahora sí, el animal obedeció, como si ya hubiera cumplido su misión... ¿Mostrarle la existencia de una mujer muerta?

Cris quiso escapar, trató de trepar por el empinado túnel, resbaló, y tuvo que intentarlo otras cuatro veces más antes de lograr salir. Una vez fuera, ayudó a Max, el cual, sin su ayuda, no hubiera podido seguirla. En cuanto estuvo fuera, el perro se sacudió el pelaje cubierto de hojas secas y tierra.

El aire era fresco y vivificante en el claro... aunque a Cris le parecía irrespirable, tal era el horror que dominaba su ánimo. Alrededor, los inmensos pinos permanecían apacibles y silenciosos, envueltos en aquella niebla, como si nada hubiera ocurrido.

¡Había un cadáver bajo la encina!

Cris echó a andar hacia el sendero. Luego, apremiada por una torva sensación de urgencia, aceleró el paso, y al fin voló, con el perro siempre pisándole los talones. Sólo cuando alcanzó la seguridad del camino y después el camping, recuperó el control de sus nervios. Se fue hasta la recepción del señor Whitaker. Tenía que contarle lo que había encontrado, había que avisar a la policía... Se apoyó en la puerta del edificio hasta recuperar el resuello...

No entró.

De pronto, de lo más profundo de su ser, emergió la verdad. Recordó su conversación con la señora Whitaker. Tenían una hija, y había desaparecido. Jamás habían encontrado su cuerpo... ¿Cuántas probabilidades había de que fuera ella? ¿Y si el cadáver de la cueva era el de la chica...? Cómo se llamaba... Diana... ¿Y si había encontrado a Diana Whitaker?

—....Dios...

No podía decírselo a Rose, ¿cómo iba a soportar una madre el dolor de saber que su hija... Se sintió incapaz de ponerse delante de ella y decirle que el cuerpo de Diana estaba bajo una encina, degollada y con esos ojos vacíos. Decidió, con razón o no, que era mejor que la recordaran como cuando estaba viva.

Se echó atrás dos pasos y tomó aire. De algún modo, sabía que ese cadáver también tenía que ver con ella, y con Daniel. Pero era más que eso. La certeza que dominaba su voluntad era tan grande... No, no sabía por qué, pero las dos muertes estaban directamente relacionadas con ella. Y no quería esa responsabilidad, no quería estar en medio de todo eso, algo sórdido y peligroso, sin duda... Sin embargo, allí estaba, y sabía que no podía cerrar los ojos y hacer como si no estuviera pasando.

No... No les diría nada a los Whitaker, ni llamaría a emergencias. Ese cadáver se quedaría donde estaba.

Lo que sí haría sería remover cielo y tierra para acabar con la pesadilla. Iba a recuperar esos meses de oscuridad, iba a enfrentarse al miedo, a la duda, a ese pasillo con el que soñaba. Quería saber qué se escondía tras esa puerta, de dónde venía la luz que siempre veía bajo ella... Y quería que quien había matado a su hermano, pagara por ello.

Se marchaba del camping, pero no iba a pasar página. Ella Cris Stoian, era cabezota, lo llevaba en la sangre, y Daniel había muerto por ella. No iba a permitir que ese horror la dominara más.

Aun así, le temblaban las piernas.

Tomó aire muy despacio.

En cualquier caso, no tenía por qué afrontar aquello sola. Se apartó de la recepción y regresó al bungalow. Aunque hubiera tomado una decisión, la imagen de esa chica degollada asomando entre las hojas sacudía su conciencia... No sabía qué hacer con ese recuerdo.

Cogió el móvil y llamó a Ruby, su único sostén en aquel trance que amenazaba con devorar su cordura.

—Cris... ¿pasa algo? —suspiró de alivio al oír su voz. Había temido que no cogiera.

—Ruby, sí... Oye, ya sé que te va a sonar a chino, pero... Necesito saberlo. ¿Me apoyarías aunque vaya a hacer una locura? Te necesito, Ruby, quiero saber si estás conmigo, porque lo que pretendo hacer... va a ir más allá de lo racional. ¿Confías en mí?

Hubo un silencio al otro lado.

—Por supuesto —contestó Ruby. Había firmeza en su voz.

Entonces Cris sonrió, exultante. Ahora sí podía afrontar cualquier cosa. Con Ruby a su lado, nada la detendría. Empezó a hablar, contándole a su amiga lo que había descubierto, y lo que pensaba hacer. Al escucharla, Ruby sin duda se alarmó, pero se mantuvo firme y no la interrumpió.

Después, Ruby guardó silencio, asimilándolo todo. Cris lo agradeció. Se miró las manos, los pantalones... estaba llena de barro. Y Max, a su lado, también.

—...por cierto, Max ha vuelto...

—¡Lo sé! ¡He leído tus mensajes! ¡Son buenas noticias! ¡Me alegro!
¡Chico listo!

Había alivio en su voz. Hablar de Max alejaba los fantasmas que Cris acababa de verter sobre las dos.

—Cris, ¿en serio crees que no debes avisar a la policía?

—No puedo, no debo... avisar a la policía —claro, aún no le había contado su conversación con Durango—... No es sólo que haya encontrado ese cuerpo enterrado en el bosque... Es que creo... estoy segura, de que es la hija de los dueños del camping... Diana Whitaker.

Aquello cogió desprevenida a Ruby, que al principio no dio crédito a sus palabras. Su tenso silencio evidenciaba el grado de estupor que la dominaba. Cris le contó su conversación con Rose Whitaker, para que pudiera hacerse cargo de la situación. También le relató lo que Durango le había contado. A medida que hablaba, percibía que su amiga se hundía en la preocupación, más y más... No tenía manera de saber si estaba siendo demasiado para ella. Tal vez se echara atrás y decidiera mantenerse al margen de lo que ella hiciera. Y no podría culparla por ello.

—Espera, esto es... Me he perdido, ¿...dónde dices que lo has visto?
—preguntó con voz trémula.

—...en el bosque... En el claro del que te hablé. Quería darme un último paseo antes de dejar el camping, y...

—Tienes que llamar a la policía, Cris... ¿Cómo vas a ocultar algo así? ¿Te has vuelto loca?

—¡No puedo! Ya te lo he dicho, bueno... sé que suena a locura... Pero sé que no debo hacerlo, porque cuanto más se sepa de todo esto, más expuesta voy a estar, y necesito moverme en la sombra, no tener el foco de atención de la policía sobre mí... Ruby, ese claro... es idéntico al jardín del cuarto de Daniel... No se puede negar que hay alguna relación, ¿no?

Ruby, que estaba tan descompuesta como ella, se quedó sin palabras, muda.

—Hay una vieja encina, y bajo ella hay una cueva, bajo tierra, que es como un oasis tropical —insistió, cada vez más convencida de que tenía razón—... El cuerpo está enterrado ahí... Tiene que estar relacionado con Daniel, por eso... por eso no puedo llamar a la policía. Debo ir con tiento, esto no es cosa de broma, y no sabemos a qué nos enfrentamos. Con Balaguer de por medio, deberíamos andarnos con ojo, ¿no crees?

El vértigo creció en su corazón, y temió que su amiga la abandonara antes de empezar. Contuvo la respiración, esperando su respuesta.

Horrible, era horrible.

—...estoy pensando, Cris —gruñó Ruby—... Joder tía... Oírte hablar de cadáveres me pone enferma... Yo soy la de las historias de terror, ¿lo has olvidado? ¿Qué haces tú encontrando muertos’?

A Cris se le escapó una carcajada histérica, y Ruby se rió con ella.

—...a lo mejor podría ponerlo en mi blog, ¡seguro que la gente se vuelve loca! —bromeó, y surtió efecto, las dos estallaron, dejándose llevar por un ataque de risa absolutamente desquiciado. Cris lloraba y reía al mismo tiempo, y pensaba que, si alguien la veía así, en medio del camino con el móvil en la mano, creería que estaba loca. Necesitaba desahogar tanta tensión. Tardaron un rato hasta volver a estar calmadas. Era bueno saber que Ruby, la auténtica Ruby, más audaz, tomaba la decisión de apoyarla—. ... Oye Cris... ¿Dónde estás?

—...aún en el camping —resopló limpiándose las lágrimas—. Estaba a punto de marcharme...

—...pues vente cagando leches. No hables con nadie, no te pares para nada. Vente directa a casa. Te he dejado un juego de llaves en la panadería de la esquina, ¿te suena?

—Sí...

—Yo tardaré en llegar, pero quédate en casa y procura no hacer nada hasta que yo llegue.... Luego hablamos de todo esto y pensamos con más calma nuestros siguientes pasos, ¿eh?

—Claro —sonrió Cris.

—Joder, Cris, y ten cuidado...

Capítulo 13



Cris hizo que Max se sentara en la parte de atrás del coche. Luego ocupó el asiento del conductor y arrancó. Tenía prisa por salir de aquel lugar, donde lo sobrenatural estaba cobrando dimensiones difíciles de asimilar, no porque Ruby se lo hubiera aconsejado, sino por sí misma, y porque estaba deseando empezar a investigar. ¿Cómo catalogar esa cueva en el claro? ¿O al jardín en el cuarto de Daniel...? ¿Y al cadáver bajo la encina?

Al pasar delante de la recepción de los señores Whitaker tocó el claxon, pero no se detuvo. Se limitó a sacar la mano por la ventanilla para saludar. Ya se había despedido, y había sido un momento muy emotivo que le había servido para darles las gracias por todo lo que habían hecho por ella... y para ponerse a prueba mintiendo. No deseaba importunarles más... ni que le hicieran preguntas que no podía, ni quería contestar. Tal vez más adelante. Había sido duro ocultarles que sabía... dónde estaba su hija.

Les vio asomarse a la puerta por el espejo retrovisor, y se sintió fatal... También alcanzó a ver los ojos escrutadores de Max observándola, ahora silencioso y formal. También él parecía reprobar su conducta, con esa pose tan silenciosa y formal... Parecía decirle, «¿qué haces Cris? Deberías contarle lo que te he enseñado a la señora Whitaker. Tiene derecho a saber lo que le ha pasado a su hija...».

Cris puso todos sus sentidos en la carretera. No estaba huyendo, estaba yendo hacia delante, con todas sus consecuencias. Diana Whitaker y

su hermano Daniel, saldrían a la luz en su debido momento.

Madrid esperaba. Adiós al camping y a la sierra, adiós al bosque misterioso, y a la muerte oculta bajo la encina... Hola a su ciudad, a las calles abarrotadas, al tráfico... al peligro y la amistad, la que le brindaría Ruby, su compañera irremediable, que con su humor negro y sus salidas inesperadas haría que la pesadilla en la que estaba a punto de internarse, fuera al menos soportable... Claro que aún tenía que convencerla de que la apoyara.

Había visto muy de cerca la muerte, primero con Daniel, ahora con Diana. Le había parecido tan joven... Había visto sus ojos huecos, su piel blanca, sucia y llena de sangre, sus uñas con tierra, sus ropas rotas... Diana Whitaker había tenido una muerte espantosa.

Intentó relajarse. Definitivamente, hola a todo eso, adiós a la normalidad. Estaba decidida a dejar atrás la angustia y el miedo. Ya no le importaba nada más, prefería vivir peligrosamente que esconderse. Así que «HOLA» a un nuevo comienzo... muy, muy peligroso.

Ruby vivía, como Cris, en el barrio madrileño de Malasaña, aunque, mientras que su casa era un modesto piso en la calle de Amaniél, cerca del palacio de Liria, ella tenía su apartamento en la calle Velarde, cerca de la Plaza del Dos de Mayo, bastante cerca el uno del otro.

En realidad, Ruby y ella se habían conocido por casualidad, en el café «*La Paca*», una mañana de domingo en que Daniel la había acompañado a desayunar. A Ruby le encantaban las tartas que servían allí, y de vez en cuando se dejaba caer para saborearlas junto con un capuchino bien espumoso, espolvoreado con canela. Conocía a Daniel porque la había contactado para escribir una entrevista sobre su blog para el periódico, así

que, cuando les descubrió, se acercó enseguida a saludar, se presentó, y acabó sentándose con ellos. Cris congenió enseguida con ella. Hacía que se sintiera cómoda, era divertida, y compartían muchas cosas.

Cris recordó todo aquello con una sonrisa tierna mientras aparcaba su viejo coche. Cerró la puerta y pulsó el mando para activar el cierre automático. Max se quedó dentro, sin protestar. Aún no pensaba sacar sus cosas. Primero iría a buscar la llave del piso de Ruby.

La panadería donde su amiga había dejado el juego de llaves estaba muy cerca de su casa. El local en cuestión hacía esquina y lo conocía bien, no en vano había acudido a él mil veces a comprar el pan antes de comer con Ruby, o a por bollería para desayunar con ella después de una noche de juerga. El dueño no se hizo de rogar. En cuanto la vio, la reconoció enseguida. Sacó las llaves haciéndolas tintinear y le explicó con amabilidad cuál era la del portal, cuál la del buzón, y cuál la de la casa... Inútil, porque ella ya las conocía muy bien. El apartamento de Ruby no tenía secretos para ella, era como su segundo hogar.

En cuestión de un cuarto de hora, Cris estaba en la puerta del edificio, con Max a su lado y las bolsas a cuestas. Aguardó un poco antes de meter la llave en la cerradura del portal. Hacía mucho que no iba por allí, de pronto se daba cuenta. Meses... Esos meses desconectada del mundo, aunque involuntarios, pesaban demasiado en su corazón, más de la cuenta.

Al fin utilizó las llaves y abrió la pesada puerta de metal pintada de verde. Max, por supuesto, no tenía ningún problema. Se aventuró enseguida por la escalera, hasta llegar al ascensor. Más tarde, cuando Cris entró en el piso de Ruby, en la segunda planta, corrió por el pasillo, dispuesto a explorar todas las habitaciones, de una en una. Nunca había estado allí.

Cris por su parte entró más despacio, casi con timidez. Metió las bolsas. Luego cerró la puerta, y el chasquido que produjo hizo que diera un bote. Ya estaba allí, de vuelta a la civilización.... Se le hacía raro que Ruby no saliera a recibirla.

Una extraña tristeza se apoderó de ella. No tenía nada que ver con sus decisiones, ni con Daniel... Era otra cosa más... inesperada. Supo que iba a añorar el inmenso bosque rodeándola, por siniestro que pudiera parecer ahora que sabía que había un cadáver en él. Una inmensa nostalgia invadió su corazón.

El móvil sonó en el bolsillo de su pantalón. Era Ruby. ¿Cómo sabía que había llegado?

—Dime que no me estás espiando —dijo nada más contestar.

—¿Espiar? Ah, ¿ya has llegado? Caramba, si lo hago adrede no lo consigo —Ruby se echó a reír, y Cris se relajó un poco. Todo iba bien—... Oye, estás en tu casa. Tu habitación ya sabes cuál es, al fondo a la izquierda, la de invitados. Instálate, siéntete cómoda, come algo, ayer llené el frigo... Bueno, haz lo que te apetezca, menos locuras. Ya te he dicho que yo no iré hasta la noche, así que tendrás que apañártelas sola y ser buena, ¿estarás bien?

Sonaba preocupada.

—Claro, mamá, no hay problema...

—Ja, ja... Claro. Cris, tranquila, todo va a ir bien. Intentaré no dejarte colgada tanto tiempo —Cris suspiró de alivio—... Puede que me dejen trabajar desde casa, vete a saber. Y en unos días, volveré a la normalidad, porque me habré puesto al día. Entonces me tendrás toda para ti... Vas a tener que ser paciente, ¿eh?

—Eso suena genial... Aunque me parece que lo que pretendes es tenerme vigilada...

—Ya, bueno, no te emociones, estaré ahí, pero esta tía me tiene tan ocupada que... —se refería a su jefa.

—Oye, ya soy mayorcita, me las arreglaré.

—No, claro... Bueno Cris, tengo que dejarte. Lo dicho, tú como en casa, ¡y no hagas ninguna tontería! ¡Hasta la noche!

—Hasta la noche...

Ruby colgó, y Cris se quedó de nuevo sumida en sus pensamientos. ¿Qué iba hacer tantas horas sola? En ese momento regresó Max. Se mostraba visiblemente satisfecho de su inspección de la casa. Se sentó, como siempre, mirándola directamente con esos ojos del color del sol.

—Ven, te enseñaré dónde vamos a dormir —le dijo.

Cargó de nuevo con las bolsas y las trasladó a la habitación de invitados, una estancia bastante amplia y luminosa, con una gran cama para ella sola, cuya ventana daba directamente a la calle. No había parques cerca, ni árboles...

—...ummmm, ya sé, no parece muy alentador, ¿eh? Tendrás que acostumbrarte, Max, porque es donde vamos a vivir. Aquí no hay bosques...

Max gimió, y ella sintió de nuevo aquella tristeza tan honda. Era extraño. Desde luego que era amante de la naturaleza, no sólo le gustaba correr en parques y espacios abiertos, sino que adoraba la montaña, los árboles... Sin embargo, después de tantos días en la sierra, se daba cuenta de lo mucho que iba a echar en falta sentirla más cerca. Allí en Madrid, donde el asfalto y el tráfico lo llenaba todo... resultaba fácil olvidar que el ser humano había tenido su origen en otro entorno muy distinto. El ruido de los coches traspasaba las ventanas, y el aire que se respiraba en la calle... Cris suspiró. No lograba explicarse de dónde procedía la profunda desazón que sentía. Era algo inesperado.

Cerró los ojos e imaginó los inmensos pinos, con sus grandes ramas elevadas hacia el cielo, el camino alfombrado de agujas, el silencio, la brisa...

Estaba casi feliz... cuando, inesperadamente, un acceso de tos la sacudió con violencia. Le ardía la garganta, y sentía aquel insoportable hedor dulzón llenando sus fosas nasales. El sabor amargo que siempre acompañaba a aquel olor, inundó su boca, acre y amargo... Tosió con fuerza y empezó a faltarle el aire. Entonces vio que de nuevo había manchas de sangre en su

saliva... y algo más... algo vegetal, como briznas diminutas de hierba, o de hojas y... Una oleada de fuego recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza, una sacudida tan intensa y violenta... que no la soportó.

Se desplomó en el suelo sin conocimiento, mientras Max ladraba y lloraba, lamiendo su rostro para despertarla.

Cris no podía responder a Max. Se hundía en la oscuridad. Su mente se fue poblando de imágenes inconexas, algunas espantosas. Suponía que pertenecían a ese pasado tan esquivo que había olvidado. Se vio a sí misma vagando por las calles, como un fantasma, andrajosa, débil y demacrada, con esos ojos brillantes y desorbitados que tienen los drogadictos...

Se vio atravesando aquel pasillo eterno, sin principio ni fin. La puerta no estaba cerca, no lograba verla, y eso hacía que se sintiera desvalida y muy, muy sola... Quiso gritar, pero allí el silencio se lo tragaba todo, y su voz se ahogaba antes de salir de su garganta. Algo tiraba de ella hacia la oscuridad, algo que pretendía escarbar en su mente y adueñarse de ella, algo terrible, una marea que parasitaba su conciencia... Era la muerte, la muerte que rondaba su alma, codiciándola...

Cuando Ruby llegó al apartamento se la encontró en el suelo de la habitación de invitados, con Max tendido a su lado, muy pegado a ella, a oscuras. Hacía tiempo que había anochecido.

—¡Cris! —corrió hasta ella y se dejó caer de rodillas para atenderla,

con la urgencia reflejada en el semblante. Vio restos de sangre en sus labios y en el suelo—. ¡Joder, Cris! ¿Qué te pasa...?

La abofeteó en la cara, al principio con suavidad, luego, al ver que no reaccionaba, con fuerza... hasta que consiguió que abriera los ojos. Max ladró al ver que volvía a la vida, y Ruby se cayó sobre el trasero, aturdida por el susto que se había llevado al ver a su amiga tirada de cualquier manera.

—...Ruby... —gimió Cris.

Y se echó a llorar.

—¡Ey, ey!

Ruby la abrazó, meciéndola entre sus brazos mientras la besaba en el pelo y en la frente.

—...joder, Cris, pero qué te ha pasado... —murmuraba sin saber qué hacer.

Estuvieron así un rato, abrazadas, meciéndose lentamente en la penumbra de la habitación, con Max, que no quería dejar a Cris bajo ningún concepto, pegado a ellas.

—...no sé qué me ha pasado, Ruby —musitó Cris en cuanto recuperó algo de ánimo para hablar. Tenía la voz quebrada y aún le ardía la garganta.

Se llevó una mano a la boca y comprobó que tenía sangre. Vio que en el suelo también había restos... y allí, entre la sangre, estaban aquellos rastros verdes, como si hubiera escupido los posos de una infusión de té... No se soltó de los brazos de Ruby. La necesitaba—... Me he desmayado...

—¿Te has encontrado mal? ¿Estás enferma? ¿Qué es esa sangre?— preguntó Ruby un tanto histérica.

—...no lo sé, no... no lo sé exactamente... Estaba, estaba aquí de pie, mirando por la ventana, y estaba pensando en el bosque, en lo mucho que voy a echarlo de menos... Aquí no hay parques, y necesito el bosque... —gimió.

—Cris, me estás asustando...

—...y entonces llegó la tos, y algo me atravesó... y creo que me he desmayado... Escupo sangre de vez en cuando... Ya... ya sé que tenía que habértelo dicho...

Ruby la estrechó con fuerza, como si quisiera protegerla, aunque se llenaba de impotencia porque no sabía a qué se enfrentaban. Era como si hubiera un enemigo invisible acechando a su amiga.

—...he visto cosas... cosas horribles...

—...pesadillas...

—...sí... —mintió Cris.

Ella sabía que había estado soñando, pero las cosas que había visto en esos sueños eran reales. No lo dijo, para no angustiar a su amiga.

—...ven, te vas a enfriar de estar tanto rato aquí en el suelo...

Ruby la ayudó a levantarse.

—¿Te mareas?

—...no... No, estoy bien...

—...qué susto me has dado, Cris...

—Lo siento...

—Deja de decir lo siento. Ven a la cocina, te prepararé algo que te entone...

En la cocina se estaba bien, era cálida y acogedora.

—¿Cuándo te has desmayado?

—Al poco de llegar...

—Pero si son las nueve de la noche... ¿Llevas todo el día ahí tirada?

Max gimió y lamió las manos de Cris. Ella se encogió de hombros no sabía qué decir.

—A lo mejor deberías dejar que te vea un médico, ¿no crees?

—No, nada de médicos...

—Nada de médicos. ¿En serio?

Ruby no quería enfadarse, pero empezaba a costarle controlar su genio, ante la actitud incomprensible de su amiga. Se cruzó de brazos y sostuvo su mirada con aquellos ojos azules tan intensos. Luego suspiró, se giró. Necesitaba calmar los nervios. Abrió un armario y sacó una botella de whisky escocés. Serviría.

—Necesito que confíes en mí. Somos un equipo... —protestó Cris—
... Sé que no lo entiendes, Ruby. Lo ves desde tu punto de vista, y es normal. Pero tú no te has despertado en un bungalow en la sierra sin saber dónde estás ni qué ha pasado durante los últimos meses de tu vida... ¡Mírame! ¡Tengo el cuerpo lleno de cicatrices! —se arremangó y se las mostró para recordárselas—
—. Tú no has tenido que ver a tu hermano colgando de una soga en su

habitación... y desde luego no has tenido que ver un cadáver enterrado en una cueva...

—Es un buen resumen, Cris. Pero todo lo que dices sólo hace que tenga aún más ganas de llamar a... a un psicólogo... la verdad. Dime, ¿por qué no debería hacerlo?

—Tú y yo sabemos a dónde conduce eso... Pero sobre todo porque algo me dice que no debo hacerlo. Hay más en juego de lo que pensamos... ¡Joder, a mí también me suena a chino! Pero sé que es así...

—Ya... Daniel te dijo que no acudieras a la policía... Te secuestraron porque él empezó a escarbar debajo del culo de alguien. Le han asesinado, Cris, ¿qué quieres que te diga?

Cris cerró los ojos, buscando algo que explicara lo que sentía, pero la verdad era que no podía argumentar tan bien como quisiera esa certeza que nacía de lo más profundo de su alma.

—No podemos avisar a la policía, es así, tendrás que confiar en mí... Te lo pido por favor. Voy a llegar al fondo de todo esto, y te demostraré que tengo razón. Te necesito a mi lado. Pero si crees que es demasiado...

—¡Qué! ¿Crees que voy a dejar que vayas por ahí sola? ¡Ay no, hija! Yo no soy de éstas y lo sabes. Además, hay una cosa en la que estoy de acuerdo, no puedes dejar esta mierda atrás, Cris. Me temo que vendrá a buscarte.

—Pues no pienso hacer como si no hubiera pasado nada, ni hablar. Sé que podría seguir adelante, y darle la espalda a estos últimos meses, pero —negó con la cabeza—... tengo claro que no es lo que debo hacer.

Se quedaron un rato calladas, cada una sumida en sus propias cogitaciones...

—Oye Cris... He estado pensando... Si vas a seguir adelante, y te conozco bien para saber que en terquedad no hay quien te gane... ¿no sería mejor llamar a tu amigo?—Ruby acababa de acordarse de Durango—. ¿Eso te parecería bien? No es la policía, y, según tú, parece un tío legal. Y era amigo de Daniel...

—Quién... ¿Durango?

—Eso es. Puedes explicárselo todo y a ver qué te dice.

—¿Lo del cadáver?

—También, todo. Seguro que sabe moverse y cuenta con medios para hacer más que tú.

Cris dudó.

—Oye, por algún sitio tendrás que empezar, ¿no? Y me tranquilizaría mucho que hablaras con él, ¡puede que sea más sensato que tú!

Ruby le sirvió un chupito de whisky, y se puso otro para ella. Se lo bebió de un trago.

—O sea, que tienes la esperanza de que me convenza de que lo deje estar...

—Te lo dijo cuando te lo encontraste en la calle. A lo mejor tiene razón, ¿no crees?

Cris meneó la cabeza.

—¿Sabes qué? —dijo Ruby de pronto, con los ojos brillantes—. Somos dos para pensar, y no sólo decides tú. De las dos, yo soy la más lista, ¡ja!. Voy a llamarle. Dame tu móvil.

—¡No! No... Vale, yo le llamaré...

—Ya sabía que lo ibas a hacer —sonrió Ruby. Le guiñó un ojo y se cruzó de brazos—... Y ve pensando en pedir cita en el médico...

Ahora Cris soltó un bufido. Enseguida cogió el móvil y buscó en sus llamadas recientes el número del fotógrafo. No era mala idea, aunque no por los motivos que impulsaban a su amiga... y él había mostrado interés en

ayudar, así que... Le llamó, y el silencio se estableció en la cocina, como si esa llamada entrañara una amenaza velada. Era su primer movimiento serio en aquel siniestro juego. Cris sabía que bailaban sobre una cuerda muy fina. En cualquier momento podían caer, a un lado o al otro.

Después de la horrible pesadilla que había tenido, sentía más que nunca que estaba haciendo lo correcto: coger el toro por los cuernos. Seguiría los pasos de Daniel, sería cauta, y descubriría quién estaba detrás de su muerte. Cuando lo averiguara, sabría también la verdad sobre Diana Whitaker, y entonces podría contársela a sus padres. Le demostraría a Ruby que tenía razón.

Durango contestó con un «*hola*» sorprendido. Le había cogido desprevenido.

—Hola —le saludó—... Durango, hola... Soy Cris Stoian, la hermana de Daniel...

¡Pero el ya sabía quién era! Cris no pudo evitar sonrojarse. Le dio la espalda a Ruby para que no lo notara.

—¡Cris! ¿Qué hay...? ¿Ha pasado algo?

—En realidad sí... Perdona que te moleste, pero... necesito verte... para hablar... Oye, no puedo contártelo por teléfono, tengo que verte, ¿te parece bien que nos reunamos mañana? Es importante...

Durango se lo pensó un minuto. Seguramente se lo estaba pensando, y no le culpaba por ello.

—...no tienes por qué hacerlo, si no quieres...

—¡No! No... Pensaba llamarte yo de todos modos...

—¡Bien! —sonrió Cris—. ¿Qué tal por la mañana? Si puedes... ¿A las diez y media?

—¿Por la mañana? Es mal momento para mí, mañana tengo un día de locos... Podría quedar, pero tendría que ser por la noche, sobre las diez y media...

—¡...de la noche! —Cris se giró a medias para mirar a Ruby con cara de consternación, pero ésta le indicó que sí con la cabeza. Escuchaba con gravedad, y al ver su inquietud, alargó la mano para acariciarla. Cris le agradeció el gesto y se centró de nuevo en Durango, ahora más serena—. No creo que pueda esperar tanto... ¿No puedes venir por la mañana?

—Lo siento Cris, no puedo ir antes...

—Joder...

—¿Dónde nos vemos?

—Estoy en casa de una amiga, en Malasaña —le dio la dirección—...
Toca el timbre...

—Está bien, a las diez y media...

—Te espero... Hasta mañana —colgó y soltó un sonoro suspiro—.
Ya está hecho.

—Has hecho bien Cris...

—Tal vez...

—Además, se supone que es un profesional, él nos dirá a qué
atenemos, ¿no? Sin correr riesgos. Es eso o... hablar con la policía...

Cris soltó una risotada.

—¡No! No... eso es peor aún... Durango servirá.

—Seguro que sabe qué hacer mucho mejor que tú y que yo.

—Ha dicho que pensaba llamarme de todos modos, puede que tenga
algo nuevo que decir...

—No me gusta nada todo esto, Cris. Espero por tu bien que ese tal Durango te haga entrar en razón...

Cris abrazó a su amiga. Sabía que Ruby lo daría todo por ayudarla, y que, pese a su miedo, que sin duda lo tenía, como ella, al final se negaría a permitir que continuara estando a ciegas.

—Deberías acostarte temprano —le propuso Ruby.

—¿Mañana no vas al estudio?

—¡No! —sonrió la joven—. He conseguido que me dejen trabajar desde casa... ¡la jornada completa! —le guiñó un ojo, satisfecha de sí misma.

—Uffff, deberías mandar a la mierda ese trabajo... Te tienen esclavizada, y tampoco te gusta tanto...

—No, la verdad, me tiene hasta el gorro... Mi jefa es insufrible —entonces se quedó pensando—... Oye Cris, no es por ser entrometida, pero... ¿Sabes cómo estás de ingresos? Llevas meses sin hacer nada y tienes la hipoteca...

—Lo sé. Había pensado llamar al banco y ver cómo están las cosas —eso la tenía muy preocupada, más de lo que quería admitir—... No sé qué voy a hacer, la verdad...

Ni siquiera había encontrado su cartera. Estaba sin DNI, sin tarjetas, sin carnet de conducir... Había esperado que la tuviera Daniel, pero estaba muerto.

—Debería ir a mi piso a buscar mi cartera, no puedo ir indocumentada por la vida, y tengo que ir al banco, necesitare mi DNI...

—Claro —murmuró Ruby preocupada—... Claro, iremos, ¿vale? Pero para hacer una llamada al banco no te hace falta el DNI, la directora de la sucursal te conoce, seguro que se presta a decirte si estás al día o no.

Capítulo 14



Aquella mañana había mucha gente en la cola. Llovía, y en Madrid, con el mal tiempo, las calles se transformaban en un hervidero de actividad. Personas corriendo con el paraguas en la mano para ir al metro, más tráfico de lo habitual, prisas, caras crispadas...

El autobús de la línea setenta y dos se detuvo en su parada y abrió las puertas. Eran las seis y media de la mañana. Los pasajeros fueron subiendo. Sacudían sus paraguas, bostezaban, hacían comentarios jocosos sobre la lluvia, saludaban al chófer, pagaban... En diez minutos el autobús estuvo lleno, tanto, que muchos de los pasajeros tuvieron que quedarse de pie en el pasillo. Los cristales se empañaron con el calor humano y la humedad del ambiente.

Cuando el conductor al fin cerró las puertas y arrancó, el pesado vehículo dio un tirón que les hizo tambalear. La lluvia caía con fuerza, tamborileando contra la carrocería y las ventanas. Las calles de Madrid ofrecían un aspecto gris muy desapacible. El autobús se incorporó a la carretera y avanzó entre el denso tráfico, con las luces de cruce encendidas. El limpiaparabrisas barría la luna delantera a toda velocidad.

El chófer estaba malhumorado, le atosigaban mucho aquellos días interminables de lluvia. Fruncía el ceño mientras sorteaba el tráfico. Estaba deseando que acabara su turno. Buscó el acceso a la M30 con resignación.

La carretera se extendía ante él larga y recta. Por encima del volante, distorsionados por la lluvia que barría la luna, se veían las luces de los semáforos, los pilotos rojos de los coches que circulaban por delante, y las señales de tráfico... Enseguida vio la incorporación que buscaba. Puso el intermitente y fue haciéndose hueco para tomarla. Conocía bien el recorrido, no en vano llevaba más de diez años en la compañía. Eso le daba habilidad para sortear los coches, adivinar lo que iban a hacer antes de que lo hicieran, anticiparse y así atravesar las arterias de la ciudad con rapidez.

Pero aquella mañana algo no iba bien. Lo percibió enseguida. La entrada a la M30 estaba sobrecargada, mucho más de lo normal. El conductor atisbó hacia delante, buscando el origen de la cola que empezaba a colapsarla. Tuvo que frenar la marcha...

Entonces, a unos cincuenta metros detrás de una curva prolongada, apareció la causa del atasco. Allí, en medio del asfalto, como una aparición de película, había algo inmenso que cortaba el tráfico.

No era un accidente, bueno, eso también... Un camión yacía panza arriba, cruzado en la carretera con toda su carga desparramada sobre la calzada. Además, varios turismos habían colisionado con él y obstaculizaban el tránsito rodado. Los bomberos ya estaban allí. Algunos vehículos policiales se abrían paso a través del denso atasco, haciendo sonar sus sirenas.

La escena era dantesca...

Pero no era eso. Había algo más grande... sobrecogedor. El

conductor tuvo que disminuir la velocidad hasta detenerse. No se podía avanzar más. Un murmullo, primero de protesta, luego de sorpresa, se extendió entre los pasajeros.

—¿Qué es eso?

—Es imposible...

Y lo era.

Una colina había brotado del suelo, como una erupción, reventando la carretera; una colina tan grande, que había interrumpido el tráfico de la M30 en aquel sentido; una colina de base circular, como una isla, cubierta de hierba verde y fresca y de flores. Un roble espléndido crecía en su centro, con sus grandes ramas inclinadas hacia el suelo. ¿Cómo podía haber aparecido allí, de la nada... un árbol adulto de quince metros de altura?

Al emerger, la insólita colina había abierto una gran brecha en el asfalto, dividiendo la calzada en dos. Sus bordes se habían elevado, como dos cintas separadas, abriéndose a medida que emergía aquel oasis de verdor... provocando el accidente múltiple...

El conductor y los pasajeros observaron semejante escenario estupefactos. No salían de su asombro. Era imposible que aquello hubiera aparecido así, de la noche a la mañana... Pero allí estaba.

Varias ambulancias y unos cuantos coches de la Guardia Civil

trabajaban en la zona, atendiendo a los accidentados. Al parecer el conductor del camión había fallecido, porque su cuerpo yacía sobre el asfalto, cubierto con una gran tela. Las luces rojas y azules de las ambulancias y los coches patrulla brillaban en aquella mañana oscura, bajo la incesante lluvia. La gente del autobús se fue levantando para ver si lograba distinguir algo más... Limpiaban frenéticamente el vaho que empañaba los cristales con la manga de sus abrigos.

La policía en aquellos momentos estaba estableciendo un perímetro de seguridad. Los agentes de tráfico se esforzaban por desviar la congestión que paralizaba la carretera.

El chófer de la línea setenta y dos no podía dejar de mirar la colina. Creyó distinguir, sobre la hierba, bajo aquel árbol fantástico, un cuerpo desnudo, un cadáver. Estaba boca arriba, horriblemente destripado.

Una señora gritó cuando también lo descubrió. Abrió los ojos, horrorizada, y las voces de la gente alrededor fueron elevando el tono, a medida que se iban percatando, como ella, de la realidad.

Había un inspector de homicidios acucillado en ese momento junto al cuerpo. Diego Sandoval Gallego, pese a su experiencia, no podía creer que, para llegar hasta el cadáver, hubiera tenido que trepar por la ladera verde de una colina... en medio de la M30. Era surrealista... Tampoco podía creer lo que tenía delante de sus ojos, bajo aquel árbol frondoso cuya existencia no atendía a ninguna lógica.

Le recordaba al primer escenario hallado en el piso de La Latina, el de Daniel Stoian. Sacudió la cabeza al recordarlo, había sido un duro golpe, un golpe que se sumaba a la larga lista de preocupaciones que le estaban atormentando en los últimos meses. ¿Qué relación podía haber entre ese caso y el cadáver que tenía delante? Stoian se había suicidado, había sido encontrado en un escenario similar, ahorcado, colgando de un gancho en su dormitorio, en medio de un vergel.

«*Joder...*»

En esta ocasión se trataba de un chico joven, de unos diecinueve años. Yacía con los ojos abiertos y el vientre desgarrado entre la hierba. Sostenía en la mano derecha un gran trozo de cristal, y daba la impresión de haberse abierto en canal a sí mismo... ¿Era eso posible? Los brazos y piernas estaban cubiertos de cortes profundos que aún sangraban. Los intestinos se habían desparramado y colgaban por sus costados. Era como si se hubiera acuchillado brutalmente, desesperado por sacarse las entrañas de su propio cuerpo. Olía a jazmín, a flores, el aire era fresco y limpio en aquel vergel natural espontáneo, y el cadáver del joven estaba enmarcado en un manto de delicadas flores blancas.

Allí, en la colina, no llovía. Era como si una cúpula invisible protegiera aquel espacio natural de las inclemencias meteorológicas, si es que eso era posible...

Sandoval tuvo que taparse la boca cuando las náuseas sacudieron su estómago... Era la primera vez que le tocaba afrontar algo tan macabro.

—...impresiona, ¿eh? Yo tampoco había visto nada igual...

José Luis Quejada, el forense que solía trabajar a su lado, se protegía bajo un paraguas negro, a pesar de que allí no era necesario. Era alto y delgado, de nariz larga algo picuda y ojos pequeños, los cuales brillaban detrás de unas gruesas lentes de miope. Sandoval se fijó en su semblante. Otra vez había pasado una mala noche. Se notaba porque lucía unas ojeras marcadas y parpadeaba a menudo. ¿Qué edad tendría? Nunca se lo había preguntado. Rondaría los cincuenta, aunque no podía estar seguro.

Alrededor, varios técnicos de la científica trabajaban pisando con cuidado sobre la hierba, buscando a conciencia pistas que después pudieran analizar para determinar lo ocurrido. Observarlos era como ver una película de ciencia ficción, con aquellos trajes blancos de seguridad, iguales a los que usan los especialistas en zonas de alto riesgo biológico.

Sandoval miró con curiosidad el paraguas bajo el que se guarecía Quejada. Allí no llovía. Entonces alzó una mirada incrédula hacia aquel cielo negro que no paraba de vomitar agua... fuera de la colina. Ellos estaban a salvo, bajo la influencia de una burbuja invisible, donde se daba un microclima primaveral. ¿Era eso posible? En cualquier caso, se alegraba de que se diera semejante fenómeno, porque la lluvia hubiera estropeado considerablemente el escenario del crimen. Una lluvia tan torrencial podía llegar a destruir pruebas decisivas.

—...Y no me refiero a este chico —continuó el forense—, sino a...

Señaló a aquel nuevo entorno natural. El día anterior no estaba allí, pero ahora había invadido la circunvalación de Madrid, organizando un tremendo caos, el accidente múltiple, y la muerte del conductor del camión.

—...Yo tampoco acabo de creerlo —admitió Sandoval—. Ya es bastante... increíble... que estemos hablando en medio de la hierba sobre una colina que ha aparecido de la nada y atraviesa la puta M30... por no hablar de que aquí no llueve... Pero éste —dijo señalando el cuerpo del joven—... ¿Cree que se ha suicidado?

—Es pronto para decirlo, ya sabe que no me gusta opinar hasta que haya recopilado todos los datos, y eso no ocurrirá hasta que le haga la autopsia. En cualquier caso, fíjese cómo sostiene ese cristal en la mano, lo agarra con tanta fuerza que se lo ha clavado en la palma y se ha hecho sangre... No parece que se lo hayan puesto ahí. Claro que no he conocido ningún caso de suicidio tan grotesco. Es brutal, quién podría quitarse la vida de esta forma...

—...de no ser que estuviera bajo los efectos de alguna droga, ¿algún alucinógeno?

Sandoval meneó la cabeza incrédulo. El forense al fin cerró el paraguas, pues no le servía para nada en aquel lugar, y se agachó sobre el cuerpo, estudiándolo con detenimiento. Alzó la vista y miró alrededor.

—Es curioso, la víctima está acostada, tumbada sobre ese lecho de flores... ¿Y huele eso?

—Sí... Resulta embriagador...

—Huela a flores, a resina, a turba... Pero no hablo de eso, acérquese al cadáver... Hay algo más... desagradable. Diría que procede del cuerpo — se agachó sobre él e inspiró por la nariz, venteando como lo haría un perro de caza. Luego se acercó a su rostro, hacia la boca abierta—... Fíjese, tiene la lengua negra, y sí... el olor viene de él, de su interior... Como con Daniel Stoian.

—pfff... es desagradable —confirmó Sandoval, que también se había aproximado para detectar aquel hedor dulzón y empalagoso. Lo reconoció al instante. Era el mismo, imposible olvidarlo—. Hasta deja un sabor amargo en la boca, ¿no?

Quejada asintió, extrañado.

—La apariencia de este cuerpo es parecida a la que presentaba Stoian, la misma rigidez, la lengua negra, ese olor, la piel extrañamente pálida, los músculos contraídos... Palpaba la carne de brazos y piernas mientras hablaba —... ¡Vaya! —exclamó de pronto—. Su cartera...

El forense la extrajo de entre la hierba. No la habían visto antes porque el cuerpo se encontraba encima y la ocultaba parcialmente, y porque estaba medio enterrada. Se la dio al inspector, cogiéndola con dos dedos de su mano enguantada. Estaba manchada de sangre. Sandoval la tomó con cuidado y la revisó. Por supuesto, él también llevaba guantes. Buscó documentación que les dijera quién era la víctima.

Allí estaba el DNI...

—Lucas Huarte Garrido... veinte años... Mierda —Sandoval chascó la lengua contrariado—... Lucas Huarte está en nuestra lista de desaparecidos —le aclaró a Quejada—. Su familia denunció su desaparición hace meses. Le hemos estado buscando, hemos interrogado a cualquier posible testigo, hemos rastreado todo Madrid... Y nada. Y ahora...

Lucas era de Vallecas, el menor de tres hermanos. No era el primer chico al que buscaban, pero sí era el primero en aparecer. En todos los casos, resultaban llamativas las extrañas circunstancias en que desaparecían sin dejar rastro.

Y ahora estaba muerto.

—...Llama a Castillo, dile que le hemos encontrado, que venga enseguida —le pidió a Dávila, uno de los agentes de su unidad, a través del transmisor que llevaba sujeto en la chaqueta.

Entonces le llamó la atención algo. En la cara interna de la muñeca derecha del chico, había una mancha. Se la señaló al forense.

—¿Otra vez?

Se veía una intensa marca rosácea en la piel del joven. El forense la estudió con curiosidad.

—...parece la misma erupción...

—¿Igual que la de Stoian?

—Idéntica. No tuvimos suerte al analizarla, veremos si ahora saco alguna conclusión. ¿Han sabido algo más...?

—Aún nada.

—Vaya, es mucho tiempo...

—Demasiado, puede que sea tarde.

Quejada le puso una mano amigable en el hombro.

—Nunca es tarde hasta que lo es.

—Ambos sabemos que el tiempo dicta el resultado final... —afirmó Sandoval con amargura.

—Sandoval, los de la científica no encuentran nada —un agente se había acercado—. La zona está limpia, no hay nada, ni huellas, ni ropa, nada...

El inspector de homicidios se sacudió el mal cuerpo y procuró

centrarse en lo que tenía delante.

—¿Han peinado la colina entera?

—Toda la zona.

Sandoval soltó un improperio.

—...Tampoco tiene nada más encima, ni papelinas, ni nada que nos confirme que estaba bajo los efectos de las drogas. Tampoco lleva móvil, cómo no... Está bien, ¿supongo que ya ha llegado el juez?

—Sí señor, está abajo, con el secretario judicial, esperando a que acabemos para dar orden de levantar el cadáver.

—Dile que suba, hemos terminado por ahora. Cuanto más tiempo esté el cuerpo aquí a la intemperie, peor...

Sandoval consultó su reloj de pulsera. Eran sólo las siete y media y tenía una dura jornada por delante. Esperaría a que Castillo se personara allí, y después reuniría al equipo. En cuanto contrastaran lo que tenían, coordinaría sus próximos pasos.

Ya no eran sólo desapariciones, ahora había cadáveres de por medio. A sus superiores no les iba a gustar.

Después de meses tratando de localizar a aquel chico, aquel era el resultado. ¿Cómo había llegado allí? ¿Dónde había estado? Tal vez el cadáver les dijera algo nuevo. Eso esperaba. Estaba harto de dar palos de ciego... ¿Y qué decir de aquella colina? Aún no daba crédito, se les escapaba de las manos la naturaleza del caso más difícil al que se había enfrentado jamás.

Supo en aquel momento que el de Lucas Huarte no sería el último cadáver. Pintaba mal. Primero, porque aquel no era un suicidio normal, aunque Quejada aún tenía que descartar otras causas de muerte... segundo, porque no sabía cómo interpretar la aparición de escenarios como aquel en el que estaban, o como el del piso de Daniel Stoian. ¿Qué significaban? ¿A qué obedecían?

Capítulo 15

«La Cañada, julio de 2008»



La niña de ensortijado cabello rojo jugaba en la hierba con un gatito pequeño, de no más de dos meses de edad, delante de su vivienda. Tenía unos siete u ocho años, y estaba abstraída con el animalillo, tan delicada que parecía que un soplo de viento podría llevársela.

Había un grupo de chicos espiándola, ocultos en una oscura calleja frente a su casa. La niña era distinta a ellos. La veían muchas veces, casi a diario. Ya la habían bautizado: era la «*brujademonio*». Ese sobrenombre ya se había extendido en la barriada. No hablaba, ni una palabra, y eso a la gente no le gustaba, a ellos tampoco, por eso la habían bautizado así. Odiaban su cabello, tan brillante, esos ojos esmeralda, del color de la hierba, y su forma de mirar... como si pudiera leer en el alma de las personas.

Uno de los pequeños espías, de no más de diez años, la miró con recelo. No tenían prisa para hacer lo que habían planeado hacer. Sus ojos, muy profundos, eran fríos. No sintió emoción alguna al verla bajo el sol, jugando inocente a la puerta de su miserable vivienda.

Les molestaba su presencia. Lo cierto era que la gente tenía miedo... Ellos también. Ansiaban quitarla de en medio. Por eso habían ideado algo.

Se fijaron en la hierba suave que rodeaba la casucha donde vivía junto a su familia. La hierba... Nunca antes había salido hierba en la barriada, que recordaran, no desde que se había convertido en lo que era, un asentamiento ilegal con miles de habitantes a lo largo de catorce kilómetros. Aquella hierba había brotado con la llegada de la «*brujademonio*». Era una hierba fresca, tupida y verde, y las flores la cubrían como una alfombra natural... No había otro rincón igual en aquel lugar. Destacaba. Además, las plantas que antes languidecían en los tiestos de Zulema, la madre de la niña, ahora crecían fuertes y espléndidas en sus ventanas... Y eso, por fuerza tenía que ver con la criatura.

La observaron desde su rincón, preguntándose cómo lo hacía. La semana anterior alguien había prendido fuego a esa parcela de césped, y al día siguiente había vuelto a brotar, incluso más vital y fragante que antes. ¿Cómo era eso posible?

Sus manos menudas, de piel muy blanca, acariciaron al gatito. Su expresión era de arrobó, y sus ojos esmeralda emitían un extraño fulgor. Era una niña demasiado bonita, tan perfecta que resultaba antinatural.

Los chiquillos se pegaron a la pared, casi mimetizándose con ella. Sus figuras espigadas apenas se distinguían en la sombra, y sus ojos lobunos brillaban con un fulgor frío, fijos en su presa. Querían avanzar hacia la «*brujademonio*». Con sólo dos pasos estarían sobre ella, y podrían hacer lo que sus mentes llevaban días imaginando... Sin embargo se contuvieron... Era mejor ser cautos.

A ellos... todo el mundo les temía. Eran niños, pero ya sabían lo que era la muerte, eran pendencieros, bravucones y estaban acostumbrados a

defenderse en la calle. Consideraban a la niña como un monstruo, algo que no encajaba en su mundo... La Cañada estaría mejor sin ella.

La chiquilla alzó la vista, como si les hubiera percibido. Miró hacia donde se ocultaban. Sus ojos eran chispeantes, desafiantes... Eso no les gustó. Luego apartó su mirada como si hubieran dejado de interesarle, y eso les hirió en su orgullo...

—¡Rhina! —era Zulema. Salió de la casucha, una construcción de una sola planta, hecha con tablones y chapas de metal. Se acercó a su hija, sin dejar de mirar alrededor. Sonrió. ¿Desde cuándo Zulema tenía motivos para sonreír? Claro, hacía mucho que el inútil de su marido, Rafael, ya no se «chutaba». Las cosas debían de irle mejor ahora—. Rhina, cariño, es mejor que entres en casa...

Zulema cogió a la niña de la mano y se la llevó. Cuando se cerró la desvencijada puerta tras ellas, la luz del día se oscureció, como si la chiquilla se hubiera llevado algo con ella. Incluso el aire se tornó menos fresco. Los críos en la sombra fruncieron el ceño y sus ojos brillaron. Se miraron unos a otros, cuchicheando.

—Dime qué hacías fuera, cariño —susurró Zulema al oído de Rhina. La besó en el cabello. Siempre olía a rosas y a jazmín, incluso aunque allí no tuvieran modo de asearse—... Ya sabes que es peligroso que juegues fuera...

La niña, como siempre, no contestó. Se apoyó en el hombro de su madre y sonrió. Entonces abrió su manita y le mostró una hermosa florecilla blanca, tersa y olorosa. Siempre hacía esas cosas, era capaz de hacer aparecer flores de la nada, y cuando ella estaba cerca, las plantas cobraban nueva vida, se revitalizaban.

Eran las cuatro de la tarde, la hora en que las dos se echaban la siesta. Aprovechaban que Rafael salía a buscar algo que hacer para conseguir comida, y descansaban juntas, abrazadas la una a la otra. El inmenso amor que Zulema sentía por esa criatura la llenaba de dicha, y ya no se deprimía pensando en sus condiciones de vida, ni se fijaba en la miseria de la barriada, ni en los drogadictos que cruzaban la calle cada día como fantasmas desharrapados, buscando su dosis... Muchos llegaban en las «cundas», así llamaban a los taxis de la droga, desde el centro de Madrid, de tres en tres, de cuatro en cuatro... Eran seres sin vida interior, con sus vacuos ojos desorbitados... Zulema olvidaba las peleas constantes, las basuras que lo llenaban todo, las jeringuillas, las ratas...

No se arrepentía de haber adoptado a la pequeña, ni de haberlo hecho al margen de las autoridades. Había hecho lo correcto, sin duda. Además, en su humilde vivienda brillaba ahora una luz especial, una luz que calentaba su corazón, y había obrado un milagro en Rafael. Su marido ya no consumía, parecía otro... Había dejado de pelearse, incluso ansiaba proteger a Rhina de todo mal. La chiquilla de cabello rojo como el fuego alegraba sus días con su sola presencia.

La cama donde sesteaban era un colchón viejo directamente apoyado en el suelo, en un rincón disimulado con una cortina que colgaba de dos clavos en el techo. Madre e hija cerraron los ojos y se dejaron llevar, ajenas a la presencia de los chicos en el exterior.

Los chavales se acercaron en silencio. Llevaban garrafas de gasolina en las manos, y cajas de cerillas en los bolsillos. Enseguida vertieron una generosa cantidad alrededor de la casa de Zulema. Regaron bien la hierba, las paredes de madera, y también la echaron por el tejado y en los marcos de puertas y ventanas. Si alguien les vio hacer aquello, nadie hizo ni dijo nada.

Cuando acabaron, se alejaron unos pasos, encendieron una cerilla tras otra, y las fueron arrojando en distintos puntos para hacer que la gasolina prendiera fuego... Luego se alejaron sin mirar atrás, riéndose de su hazaña.

El incendio fue devastador.

Cuando Zulema despertó, en medio de una densa humareda, enormes lenguas de fuego lamían ya, vorazmente, las frágiles paredes de la vivienda. Se puso de rodillas sobre el colchón, pegándose al rincón... Le lagrimeaban los ojos, y empezó a toser. Apenas lograba respirar.

Rhina no se despertaba. La sacudió con fuerza, creyendo que se había asfixiado. Estaba inerte, como muerta. El calor era insoportable, muy pronto no podrían salir del infierno en que se hallaban. Aquello era una trampa mortal.

Zulema profirió un alarido, brotó de su garganta irritada por el humo. Cogió a Rhina en brazos y, cubriéndose la boca con una chaqueta, quiso alcanzar la única ventana por la que aún podían salir. Las llamas ascendían ya por el tejado, que ardía con violencia. El ruido de la madera al crepitar mientras se quemaba era ensordecedor. Todo en la casucha era extremadamente inflamable.

Zulema cogió un cubo y lo arrojó contra los cristales, una, dos veces,

hasta hacerlos estallar. Luego, con mucho cuidado, se asomó. Cogió una bocanada de aire limpio... Por aquella parte, la trasera de la casa, aún podía escapar... Sacó a la niña, sin soltarla, y luego luchó por pasar ella también a través del pequeño hueco en la ventana. Cuando al fin cayó sobre la hierba, gateó para alejarse, siempre sin soltar a su hija.

Hubo una explosión. El que había sido su hogar se hundió en medio de una gran columna de humo negro y fuego que se elevó hacia el cielo, retorciéndose en violentas espirales.

Zulema se apartó aún más. Reculó frenética, arrastrando a la pequeña, con los ojos llorosos y la angustia trepándole por la garganta. Alrededor se había congregado una pequeña multitud... Pero nadie hizo nada. Se limitaban a observar cómo su casa se reducía a cenizas, silenciosos y hostiles. También la miraban a ella... y sobre todo a su hija...

Había odio en esos ojos, y... decepción. Zulema adivinaba lo que pensaban. Preferían que las dos hubieran muerto en ese incendio. Lo siguiente que comprendió, fue que alguien había pretendido incinerarlas.

Rafael regresaba a La Cañada en ese momento. Al ver la humareda, corrió, temiendo lo peor. Llegó a la carrera, con el horror pintado en el enjuto rostro. Al principio no vio a Zulema ni a la niña, y gimió horrorizado. Alguien tuvo la decencia de señalarle dónde estaban. Entonces pudo acudir junto a ellas y abrazarlas...

Rafael besó a su mujer, y ésta se estrechó contra su pecho, presa del pánico y la tristeza. Rhina continuaba inconsciente. Estaba viva, pero no respondió a los esfuerzos de Rafael por despertarla.

—¡Ayuda! —gritó Rafael—. ¡Por favor, ayuda!

Entonces, ante su creciente incredulidad, uno por uno, sus vecinos y los curiosos se fueron yendo, cada uno a su casa. Los dejaron a su suerte, con la esperanza de que su desgracia les hiciera abandonar La Cañada.

—...necesitamos un sitio donde ir, Rafael —sollozó Zulema—. ¿Dónde viviremos ahora? ¿Qué vamos a hacer?

A su lado, los restos de la vivienda ardían sin remedio. Sus escasas pertenencias se habían perdido.

—Yo sé a dónde podemos ir —dijo él—... No está lejos, y no es una casa, pero si llueve no nos mojaremos... Hasta que encontremos algo mejor...

—¿Dónde, Rafael?

Su marido la miró con la miseria abierta en los ojos.

—...Ven conmigo, podemos ir ahora que nadie nos mira...

Se levantó. Cogió entre sus brazos a Rhina, aún inconsciente, y echó a andar.

—...deberíamos irnos de aquí, Rafael... No pararán hasta matarnos...
¡Alguien le ha prendido fuego a la casa!

Rafael no contestó. Zulema leyó en su rostro un sordo deseo de venganza, y temió lo que eso pudiera acarrearles. A pesar de su delgadez, Rafael era fuerte y nervudo, y su inmenso amor por la chiquilla le insuflaba una gran energía. Cargaba con ella como si no pesara, en silencio.

Guió a Zulema a través de una de las callejas que bordeaban la barriada, hacia el puente de una autovía que pasaba por encima. Una débil corriente de agua discurría por debajo, hedionda y llena de desperdicios. Allí, al abrigo de uno de los enormes pilares de cemento que sostenían la autovía, había un voladizo natural. El ensordecedor ruido del tráfico que pasaba por encima de sus cabezas, a más de quince metros de altura, era continuo. Zulema se quedó mirando el espacio que les rodeaba con desolación. Rafael se encogió de hombros. No conocía ningún lugar mejor, y necesitaban un sitio donde dormir.

—...aquí tendrá que ser... Malditos hijos de puta...

Condujo a su mujer hasta el voladizo y se agachó para entrar en el angosto hueco excavado bajo él. Zulema empezó a limpiarlo de basuras. Estaba resignada a pasar allí la noche. Entre tanto, Rafael depositó a Rhina en el suelo. Respiraba bien, sólo estaba inconsciente. En cuanto se hubo asegurado de que tenía pulso y no sufría asfixia, se afanó en ayudar a despejar al menos el trozo donde iban a dormir. Al cabo de un rato habían liberado un reducto suficiente donde poder tumbarse los tres. Zulema se estremeció. No tenían mantas, y aunque estaban en verano y aún hacía calor, de madrugada refrescaría bastante...

Rafael la vio temblar. No podía dejar que su esposa y su hija pasaran frío... Sabía donde conseguir algo para poder taparse al menos. Acudiría a la parroquia de La Cañada. Los voluntarios le darían ropa de abrigo, y posiblemente algo de comer... Incluso era posible que les dieran cobijo y no tuvieran que dormir a la intemperie.

Cuando Zulema vio que hacía amago de marcharse, se apresuró a retenerle. Le cogió del brazo y tiró de él. Sus ojos suplicaban.

—...Rafael, prométeme que no buscarás venganza... Por favor te lo pido, bastante desgracia tenemos... Por favor...

Rafael apretó los dientes. Sus ojos refulgían. Luego le dedicó una mirada más tierna a la pequeña Rhina. Alargó una mano y acarició su cabello, rojo como el fuego que había devastado su hogar. Esa niña extraña se había ganado sus corazones, y no iba a permitir que le pasara nada. La protegería con su vida, si era necesario. Se apartó de su mujer y la niña con esfuerzo, les dedicó una última mirada y desapareció.

No regresó.

Zulema le esperó durante horas, hasta que el paso del tiempo baldío le hizo comprender que algo le había sucedido. Su corazón le dijo que estaba muerto.

Sin mantas, sin ropa de abrigo, sin comida... A Zulema no le quedaba

nada. Cogió a Rhina y la estrechó entre sus brazos, sollozando, tan desvalida que no podía pensar. Lloró por Rafael, pero sobre todo por el destino desdichado que aquella chiquilla mágica arrastraba consigo. Allá donde fuera, sería vilipendiada por los demás.

Esa noche fue la más larga de su vida. Rafael se había equivocado. Llovió, y el voladizo apenas impidió que el agua que caía desde la autovía las mojara. El hedor de la corriente de agua, que discurría a apenas seis metros, era insoportable, y los mosquitos las atosigaron sin descanso, haciendo insufribles las largas horas nocturnas. Sin embargo, el cansancio de un día tan aciago había hecho mella en Zulema, e incluso en tan duras circunstancias, al fin, cayó en un profundo sueño. Sobre las cinco de la madrugada estaba dormida con Rhina en brazos.

Con la llegada del amanecer, la primera que siempre se despertaba era ella. Aquel día también. Abrió los ojos. Algo había cambiado, lo percibió aun a través de la somnolencia que todavía dominaba su mente. Olía a rosas, y, aunque ya era de día, madre e hija estaban envueltas en una agradable penumbra. Se desperezó, dolorida por haber dormido en el suelo. Abrió los ojos, pestañeó... Veía borroso. Se los frotó para limpiarse las legañas...

Entonces vio lo que pasaba.

Se quedó sin aire. Miró a Rhina que aún dormía a su lado, ajena a aquel milagro, aunque...

—...Rhina —gimió Zulema—, o cariño...

Se incorporó. Al hacerlo, apoyó las manos sobre el suelo, pero... en vez de encontrar la dureza de la tierra apelmazada y reseca, sus dedos se hundieron en un manto de hierba mullida y suave. Todo había cambiado alrededor... Su rostro se descompuso. Una maravillosa enredadera trepadora cubría el voladizo, densa y de hojas exuberantes, y, desde la parte más externa del techo colgaban multitud de matorrales y flores, formando una cortina circular que las protegía. Era como estar dentro de una burbuja hecha de hermosas plantas naturales. Se respiraba un olor fresco y dulce, maravilloso...

Capítulo 16

Madrid, 2017



Las cadenas de televisión no paraban de hablar de lo mismo: la extraña colina aparecida en la M30. Era algo... espectacular. Cris removía su colacao sin apartar la vista de la televisión. Ruby, sentada a su lado, hacía rato que había dejado de lado el ordenador para seguir de cerca el acontecimiento más increíble de sus vidas. Jamás habían sido testigos de algo semejante. Se daban cuenta de que estaban asistiendo a un suceso único, que ya estaba dando la vuelta al mundo. Llevaban toda la tarde escuchando opiniones de todo tipo en torno al extraño suceso. Algunos aseguraban que se trataba de un milagro, los expertos no hallaban una explicación lógica... En aquel momento un biólogo hablaba en un programa de tertulias, afirmando que lo que estaban viendo en la M30 era literalmente imposible. Cuanto más escuchaba, Ruby se enfadaba más con Cris. Ahora se oponía radicalmente a su alocada idea de investigar por su cuenta.

—...se les está olvidando que hay una víctima —murmuró Ruby crispada—. ¿Qué ocurre con ese chico? ¿Es que a nadie le interesa lo que le ha pasado?

Era cierto, hablaban de la muerte de Lucas Huarte, sí, pero se centraban mucho más en la colina, por lo espectacular que resultaba su inexplicable aparición...

Cris no contestó. La luz de la pantalla del televisor se reflejaba en su semblante descompuesto. Se encontraba mal, realmente mal. Reconocía en aquel nuevo escenario natural un fenómeno muy similar a los que ella ya había presenciado... Era la misma clase de explosión vegetal. Tal vez Ruby y ella eran las únicas personas conscientes de ese hecho. Lo peor de todo era que, siempre que se reproducía ese fenómeno, había, inevitablemente, un cadáver de por medio. ¿Qué significaba eso?

«*Un decorado...*», recordó.

—Cris, ¿estás bien?

—No...

—Ven...

Ruby se acercó y la abrazó.

—No te encuentras bien, ¿estás segura de seguir adelante con todo esto? Por favor, llama a la policía... Olvídate de hurgar donde no te llaman...

Entonces vio algo que le llamó la atención. Miró a Cris de reojo. Ella también lo estaba viendo. Había leído el rótulo que aparecía en la parte baja de la pantalla. Rezaba «*Diego Sandoval, Inspector de Homicidios de la Policía Nacional*»

—¿Ése es Sandoval? —preguntó Cris—. ¿Tu amigo?

Ruby aún estaba abrazándola. Se revolvió inquieta, y la soltó para adelantarse y subir el volumen de la televisión.

—Sí, qué hijo de puta... —contestó al fin.

En esos momentos una reportera entrevistaba al policía, de unos treinta y cinco años de edad, para su informativo.

—Le imaginaba más mayor...

—Qué va —negó Ruby.

—¿Es el mismo que te ayudó a localizarme? ¿Diego Sandoval?

Ruby tardó en contestar. Parecía nerviosa. Lanzó a Cris una mirada de soslayo.

—Sí claro, es ése...

Miró a Cris ahora con más atención, como esperando alguna reacción por su parte. Cris la miró sin saber qué decir.

—¿Pasa algo?

—No, nada... que no esperaba verle en la televisión... —murmuró Ruby.

Cris estudió el rostro de Sandoval. Era moreno, de facciones duras, ojos azules, alto y de mirada inquisitiva. Se escabullía de las preguntas de la entrevistadora con habilidad, eludiendo dar ninguna información relevante. Durante el breve tiempo que estuvo en antena, se mantuvo hermético e inflexible. Si la policía tenía más datos, estaba claro que no iban a hacer declaraciones todavía.

Cris ya no escuchaba. Todo el mundo hablaba del atroz suicido de Lucas Huarte.

—¿Qué hora es? —quiso saber.

Ruby parecía aliviada por algo. Suspiró.

—Las diez y cuarto... Tu amigo se retrasa... ¿Crees que vendrá?

—Espero que sí.

El alcalde de Madrid estaba haciendo en esos momentos una

declaración oficial en una rueda de prensa. Le escucharon anonadadas. Aseguraba que el ayuntamiento de Madrid iba a poner todos los medios a su alcance para devolver la M30 a la normalidad y restaurar la circulación en la zona lo antes posible. Con el apoyo del gobierno y la diputación de la Comunidad de Madrid, la M30 pronto volvería a ser operativa. Según sus declaraciones, ya se habían puesto en marcha los operativos necesarios para empezar a trabajar en la recuperación de la autovía. Por otra parte, la policía estaba poniendo todo su empeño para llegar hasta el fondo de un caso tan terrible. Ruby y Cris miraron las imágenes de la colina. No hacían más que retransmitirlas una y otra vez... Un helicóptero sobrevolaba tan increíble escenario. Gracias a sus tomas, se apreciaba su tamaño y el portentoso roble bajo el cual había sido hallado el cadáver de Lucas Huarte.

—¿Qué van a hacer? —murmuró Ruby—... ¿Llevar excavadoras, cargarse esa colina y hacer como que no ha pasado nada?

En ese momento sonó el móvil de Cris.

—Durango... ¿Pasa algo? ¿No vas a venir?

—...Cris, oye... lo siento, se me ha ido el santo al cielo... ¡Llevo un día de perros! ¿Te importaría quedar otro día?

—¿Otro día? —Cris se impacientó—. ¡No! ¡Ni hablar! Es importante, ¡tienes que venir hoy! Por favor...

—¿No es un poco tarde?

—Qué dices, son sólo las once... Por favor, vente, te esperamos...

Durango se quedó callado un instante. Parecía reacio, o sólo estaba cansado, a juzgar por su voz...

—Tardo unos veinte minutos.

Colgó. ¿Estaba molesto? Cris decidió que le daba igual. Llevaba todo el día esperando para poder hablar con él. Cuando escuchara lo que tenía que contarle, se le pasaría el mal humor, de eso estaba convencida. Cuando Ruby le había dicho qué hora era, había llegado a temer que se hubiera echado atrás, y sí, casi... Era un alivio que hubiera accedido a mantener su compromiso sin mucha discusión, porque le necesitaba.

Con todo el asunto de la M30, era como si alguien hubiera dado un pistoletazo de salida para algo cuyo sentido no alcanzaba a vislumbrar. Casi le parecía escuchar el engranaje de una pesada maquinaria que funcionaba al margen de lo que ella hiciera o no, una maquinaria que... de no tener cuidado, acabaría por arrollarla. Cris sabía que, lo quisiera o no, ella era una pieza de un puzle muy complicado, una pieza pequeña, en realidad...

Al cabo de media hora Durango estaba tocando el timbre en el portal.

—Sube...

Ruby le abrió.

Durango entró. Fue directo a la escalera. Al subir, se percató de lo agotado que se encontraba... Cansado, muy cansado. Lo que debería hacer era irse y acostarse. A las siete de la mañana sonaría su despertador, sonaría, sonaría... implacable... y su jornada de trabajo, larga y difícil, volvería a empezar, y él no habría descansado. Lo apagaría de un manotazo y se acordaría de Cris Stoian un millón de veces, sólo para maldecirla. La odió por un momento... aunque el enfado no le duró mucho. De hecho, para cuando llegó al piso de la joven, ya se le había pasado. Además, también necesitaba hablar con ella.

Cris le estaba esperando con la puerta entreabierta. Leyó en sus preciosos ojos verdes que estaba impaciente y nerviosa.

—...al fin —murmuró Cris—... Anda pasa...

Iba a hacerlo, cuando un enorme pastor alemán le salió al encuentro. Durango trastabilló. Era fuerte, pero el ímpetu del perro le había cogido desprevenido. Tuvo que sujetarlo por el collar para evitar que le tirara al suelo. Miró sorprendido a Cris, al tiempo que arqueaba las cejas, con un interrogante pintado en el rostro.

—¿Desde cuándo lo tienes?

—¿Lo conoces? —claro. Durango había colaborado con Daniel de vez en cuando y éste siempre llevaba a Max a todas partes. Era lógico que lo hubiera visto alguna vez—. Lo tenía la señora Hurtado, la vecina de Daniel

—le contó—... Por lo visto se lo dejó para que lo cuidara. Ahora lo tengo yo. Ven, ésta es la casa de mi amiga. Ya te hablé de ella, ¿te acuerdas? Ven que te la presento. Vamos, Max...

Durango soltó a Max, acarició su enorme cabeza y fue detrás de ella, mirando disimuladamente alrededor, con curiosidad. Max ladró y empezó a olisquear sus pantalones mientras seguía a Cris hacia la sala. Era un animal precioso, de buen porte y mirada muy despierta.

—Ruby, Durango ya está aquí... Ésta es Ruby Quintana, Ruby, éste es Durango... o bueno, Mikel Oyarzábal...

—No, no... Prefiero Durango, todo el mundo me llama así —sonrió él.

Era muy alto, destacaba en la pequeña sala del apartamento.

Ruby se levantó del sofá y le estrechó la mano, sorprendida de que fuera tan joven. Se lo había imaginado de otra manera, tal vez por la forma que tenía su amiga de hablar de él. No debía de tener más de veintisiete años, treinta como mucho, no aparentaba más edad. Era muy alto y fuerte, un «armario», aunque desgarbado, como si no supiese qué hacer con su tamaño. Había esperado que, al ser fotógrafo, tuviera un aspecto más informal, más... hippy, pero no, iba vestido con ropa de calle, muy sencillo, vaqueros, deportivas, y una chaqueta negra tres cuartos.

Cris le invitó a sentarse. Sus ojos dorados la atravesaron. Le dijeron mucho más que si hubiera hablado. Había complicidad en ellos, y eso le

gustó. Le hizo sentir que compartían algo importante, que estaban en el mismo equipo.

—...Durango, ¿quieres algo? —preguntó Ruby. Hablaba con amabilidad, pero estaba algo tensa—. ¿Un café? Pareces cansado...

Cris se acomodó en su rincón en el sofá. Estaba muy delgada. Parecía cansada y frágil. Max se colocó a su lado, muy pegado a sus piernas. ¿Estaba enferma? Lo parecía.

—Hoy ha sido un día duro —admitió Durango sentándose—. ... Un café me vendrá bien, si no queréis que me quede dormido mientras hablamos.

Ruby desapareció en la cocina, y Cris guardó silencio. Ahora estaba incómoda. Durango había invadido la sala con su presencia. Incluso conociéndole ya un poco, le intimidaba. Le vio alargar la mano y acariciar a Max.

—Ten —Ruby regresó y le puso una taza de café delante—. ... ¿Solo? ¿azúcar?

—Sí, solo y sin azúcar —Durango sonrió agradecido. Bebió dos sorbos, tras lo cual soltó un sonoro suspiro. Necesitaba una pequeña dosis de cafeína. No había exagerado al decir que podía quedarse dormido—. ... Os pido disculpas por el retraso, no ha sido mi intención y os aseguro que suelo ser puntual...

—No pasa nada, al menos has venido...

—¿Pensabas que no vendría?

—¿La verdad? Sí...

Cris enrojeció de nuevo. ¿Por dónde empezar? No era fácil sin que sonara a locura. Durango le dedicó una mirada de ánimo. Eso la relajó un poco. Había discutido con Ruby sobre qué debían contarle y que no, y habían llegado a la conclusión de que iba a tener que ser sincera. Sin embargo, el hecho de que su amiga no la apoyara en su decisión de investigar la hacía vacilar.

—No sé si sabías —empezó—... No... Bueno, tengo que contarte algunas cosas... Algunas me las callé cuando nos vimos en la cafetería, y otras han pasado después. En realidad, lo que te voy a contar está directamente relacionado con mi desaparición...

—¿Has recordado algo? —se interesó Durango.

—No, no es eso... Mi hermano me encontró, eso ya lo sabes... Lo que no te dije es que me llevó a un camping, en la sierra, y que he estado en un bungalow todo este tiempo, hasta ayer...

Entonces, poco a poco, fue desgranando su enrevesada historia. Se avergonzaba, porque, a su juicio, salía perjudicada, y al mismo tiempo sonaba inquietante. A medida que hablaba, percibió un cambio en la expresión de

Durango. Estaba sorprendido. Una gran cautela asomó a sus ojos, y después la impaciencia y la preocupación se manifestaron en todo su rostro. Se alteró bastante, sobre todo cuando le habló del hallazgo del cuerpo de la que suponían que era Diana Whitaker, en el claro del bosque. Cuando terminó, los tres se quedaron en silencio. Ruby y Cris expectantes, Durango reflexivo. Necesitaba un momento para asimilar lo que acababa de escuchar.

—Oye, ¿qué piensas? —Cris le presionó porque, de las dos, era la que menos soportaba esperar—. Necesito tu opinión...

—...Cris quiere investigar para saber qué le pasó a su hermano —intervino Ruby—... ¿Qué te parece? Yo creo que debería avisar a la policía. Me parece que ya ha pasado bastante, ¿no? En fin...

—Joder... No tenéis ni idea, ¿verdad? —protestó Cris. Ahora estaba malhumorada con su amiga, por predisponer a Durango a su favor.

Durango se frotó los ojos y se terminó el café de un trago. No había esperado oír hablar de otro cadáver. Se alegró de que Cris hubiera pensado en llamarle a él en vez de a la policía. Se alegró aún más de haber accedido a quedar con ella aquella misma noche. Desde que había saltado la noticia del accidente en la M30, y habían empezado a circular las primeras imágenes de «*la colina*», como ya se conocía en todos los medios aquella isla vegetal que había emergido de la nada, las cosas se estaban complicando. Había estado allí, y había visto de primera mano la envergadura del asunto. Incluso había estado junto al cadáver de Lucas Huarte... antes de que lo levantaran, antes de que llegara la policía, antes que nadie. Se enorgullecía de ello.

Miró a Cris. Leyó en su expresión que estaba decidida a investigar.

—...¿te das cuenta de que la policía ya está investigando? —la tanteó.

—Lo sabemos —dijo Cris—. Ruby tiene un amigo en la unidad que se encarga del caso, acabamos de verle en las noticias...

—¡Cris! —saltó Ruby.

—¿Qué? No he dicho nada que no sea verdad, ¿no?

—Joder, Cris...

—¿Diego Sandoval? —intervino Durango.

—¿Le conoces?

—Sí, claro... No es la primera vez que coincido con él, aunque —se apresuró a añadir—, Daniel le conocía más.

—Nada de todo esto debería haber salido a la luz... —gimió entonces Cris.

—...ya es tarde para eso. Es... imposible que no trascienda, Cris.

¿Has visto esa colina? —insistió Ruby.

—Lo sé —le dedicó a Durango una mirada de súplica—... ¿Vas a ayudarme?

—Te dije que quería ayudarte, pero...

—¿Qué piensas del suicidio de Lucas Huarte? —le interrumpió antes de que terminara lo que iba a decir.

—Opino que si lo que me has contado es cierto, está directamente relacionado con lo que le pasó a tu hermano... Me encantaría ver el cuarto de Daniel...

Cris lo pensó un momento.

—Eso tiene fácil solución —decidió. Cogió su móvil y abrió su galería de fotos. Al instante aparecieron las fotografías que había tomado en el piso. Se las enseñó—. Es su habitación.

Durango arqueó las cejas mientras repasaba las sorprendentes imágenes.

—Es... lo mismo, a menor escala, pero es lo mismo, la misma... exuberancia... ¿Daniel estaba ahí...? —no se atrevió a seguir.

—Colgaba de una soga, sí...

—¿Dirías que el lugar donde has encontrado a esa chica, la de la cueva... se parece a esto?

—Sí. Joder, no has visto su cuerpo... ¿Cómo podría haberse degollado a sí misma? ¿Acaso pudo sacarse los ojos? —Cris negó con la cabeza—. Es... Sencillamente me cuesta creerlo...

Pero Durango estaba más interesado en esos formidables escenarios naturales.

—Lo mismo pasa con Lucas Huarte... He estado junto a su cadáver, y os aseguro que esa colina es... inexplicable —ante la mirada de Cris se apresuró a añadir algo más—. En fin, tampoco yo concibo que alguien tenga la fuerza de voluntad para hacerse a sí mismo algo así...

—¿Tienes fotos? —Cris abrió mucho los ojos—. En fin, eres fotógrafo...

—Claro... Pero no querrás verlas —le aseguró Durango.

—Basta, por favor... —Ruby escribía historias de terror, pero no soportaba oír hablar de cadáveres, mucho menos verlos.

—Cuando te llamé ayer, me dijiste que ibas a llamarme tú de todos modos. ¿Has sabido algo nuevo?

Durango no contestó enseguida. Se terminó su café y jugueteó con la taza.

—Daniel estaba trabajando en un caso antes de que tú desaparecieras —confesó con voz grave—... No sé de qué se trataba, pero sí que quiso reunirse con Balaguer, y que éste se negó. Además, he encontrado la grabadora de Daniel. Estaba en la bolsa de su ordenador. No sabía que la tenía, la he encontrado por casualidad... Se la dejó en mi casa, por eso no la han hecho desaparecer, no saben que la tengo...

—¿Y qué hay en ella...?

—Grabó una conversación. No sé con quién estaba hablando, pero le estaban amenazando. Es una voz de hombre, y se escucha perfectamente cómo le amenaza. Alguien no quería que siguiera investigando...

—¿Investigando qué?

—Aún no lo sé... Pero la fecha de la grabación es de unos días antes de que desaparecieras.

Durango sacó una pequeña grabadora del bolsillo de su chaqueta y se

la mostró. Cris la reconoció enseguida. Era de Daniel, sin duda. Durango presionó el botón de «play», y dejó que se escuchara el audio.

«...dime quién eres» —era Daniel. Cris se estremeció al oír su voz.»

«...eso no le importa, señor Stoian... Deje su investigación de inmediato. No habrá segundas oportunidades, si no lo hace, habrá consecuencias.»

«No sé a qué se refiere, trabajo en muchos casos, tendrá que ser más explícito...»

«...yo creo que sí.»

En ese punto el misterioso interlocutor cortaba la llamada y se terminaba la grabación.

—¿Y qué vamos a hacer? —quiso saber—. No es que sea mucho para empezar...

Durango lo pensó.

—...¿Qué vamos a hacer? No estoy seguro de que debamos hacer algo...

—¿Qué? Creía que ibas a ayudarme, ¿vas a ponerte del lado de Ruby?

—Está bien, está bien... Lo primero sería descubrir en qué estaba trabajando. ¿Tienes el móvil de Daniel? —Cris se levantó enseguida. Desapareció para volver al cabo de un momento con el teléfono en cuestión en la mano. Se lo dio a Durango sin rechistar, y éste lo recogió y se lo guardó —. Tengo a alguien de confianza que puede examinarlo, por si hay algo que podamos recuperar...

—Quiero llevarte a la sierra. Tienes que ver el cuerpo de Diana Whitaker...

—Cris...

—No voy a contárselo a la policía, ¡olvídalo!

—¿...y los Whitaker? ...musitó Ruby preocupada.

—No tienen por qué enterarse —aseguró Cris con convicción—. De momento no les diremos nada...

—Pero tarde o temprano tendrán que saberlo, si esa chica es su hija... Joder...

—Piensa que es posible que hallemos alguna evidencia en esa cueva

que nos ayude a avanzar... —rogó Cris.

Ruby guardó silencio. estaba escandalizada con la actitud de Cris, y Durango se dejaba arrastrar por ella, en vez de frenarla. Entonces intervino con aire grave.

—¿Puedo decir algo? No me gusta nada todo esto. Daniel metió las narices donde no debía... y Cris desaparece... ¿Qué decís a eso? —preguntó. Se sentó cerca de su amiga, y le pasó el brazo sobre los hombros—. Está muy bien hacer de detectives, pero... ¿habéis oído lo que decía ese tipo de la grabación? No me parece algo para tomarse a la ligera, joder, ¡Daniel está muerto! ¡Ah! ¡Y os recuerdo que ya la han estado siguiendo! —Cris y Durango se miraron. No podían negar que tenía razón. Ruby bajó el tono—. Me preocupa que pueda pasarte algo más, Cris. Te has librado, no sabemos de qué... porque Daniel te encontró, pero esto es jugar con fuego...

Hubo un silencio. Cris bajó la mirada y, sin pretenderlo, la fijó en aquella mancha rosa en su muñeca.

—Mirad —continuó Ruby—... De todos modos la policía ya está sobre el caso, deberíamos dejar que se ocupen ellos, lo harán mucho mejor que nosotros. Es una suerte que estén en ello, ¿no? —insistió. Miró directamente a Cris—... Seguro que ellos tiene más medios para investigar, Cris.

—No —Cris se apartó con aire decidido—. No, que la policía investigue, nosotros iremos por nuestra cuenta.

—Pero, ¿por qué?

Cris apretó los labios.

—...es evidente que hay un componente... especial en todo esto, algo que no va a ser tan fácil de explicar, lo investigue quien lo investigue... y me refiero a esos escenarios naturales que están apareciendo, primero en casa de mi hermano, ahora en la M30... Y yo siento —las lágrimas acudieron a sus ojos de forma irremediable—... siento, dentro de mí, que hay algo más, algo que debemos proteger... Ruby, ¿no me crees?

—No es cuestión de creerte o no, Cris... Tengo miedo por ti.

—Por favor...

Ruby guardó silencio.

—¿Durango? ¿Tú qué dices?

El joven estaba mirando a Cris con intensidad. Se sobresaltó al oír a Ruby.

—...Podemos avanzar de momento de forma independiente —sugirió él—... Iremos con cuidado, si vemos que es necesario, siempre podremos acudir a la policía.

Ruby no estaba conforme, pero leía en los ojos de su amiga una determinación tan inquebrantable... Cuando hablaba así, casi le parecía que entraba en trance, como si fuera una cuestión de Fe. Frunció el ceño. Lo daría todo por estar a su lado, pero después de escuchar esa grabación, estaba aún más segura de que no debían seguir adelante. Se agitó nerviosa. Sopesaba seriamente qué hacer.

—Tendremos cuidado Ruby —aseguró Cris, repitiendo las palabras de Durango—, te lo prometo. Durango, yo quiero seguir adelante, por favor...

El fotógrafo dudó. Leyó en la expresión de Ruby su desconcierto, su recelo, su miedo... Ella sabía que se estaban metiendo en terreno fangoso. Podía ayudar a Cris, sin llegar hasta el final, aunque no a cualquier precio.

—Si no queréis hacerlo decidlo ahora —insistió Cris. Se irguió con decisión, desafiante—... Estoy dispuesta a seguir adelante yo sola.

—No, ni hablar —decidió Durango—. Cris, te ayudaré, pero deja que sea yo el que vaya por delante, ¿vale? Oye, sé que acabas de volver del camping, ¿estás dispuesta a llevarme hasta esa cueva?

—Claro... ¿Y Balaguer?

—Balaguer es harina de otro costal. Paso a paso...

—¿Y qué pasa con el tipo ese que la siguió? —insistió Ruby.

—Averiguaremos quién es —aseguró Durango—, es cuestión de tiempo.

—Para ser fotógrafo sabes bien qué hacer... —murmuró Ruby con despecho.

—Algo he aprendido trabajando en un periódico. Son muchos años de experiencia... Ruby, no voy a dejar que le pase nada a Cris.

Ruby se revolvió en el sofá, muy poco conforme con lo que se estaba decidiendo allí. Para ella, esa grabación era un punto y final. Cris se dio cuenta. Puso una mano en su hombro y la obligó a mirarla.

—Es tarde para esconderse.

—Cris, no podemos impedir que otros especulen ante un fenómeno como el de esta mañana. Es algo que está a la vista de todo el mundo—se encogió de hombros—... ¿Cómo quieres que lo ocultemos? Joder, estamos hablando de una puta colina en medio de la M30, no parece que se trate de algo que vayamos a poder controlar, ¿no te parece? Más cuando la policía ya está investigando...

—Ya... Pero yo no he hecho nada todavía y aun así me están

siguiendo. Si quieren venir a por mí, lo van a hacer haga lo que haga... Por ahora nosotros vamos por delante, ¡aprovechémoslo!

Ruby negaba con la cabeza.

Durango consultó su reloj y soltó un bufido.

—...se hace tarde... Con vuestro permiso me retiro a descansar. Hay mucho que hacer. Os llamaré y nos ponemos de acuerdo.

—Gracias —le sonrió Cris. Entonces se levantó también, se acercó y le abrazó. Durango se envaró, con la sorpresa dibujada en el rostro—... No creas que no sé que Daniel te importaba tanto como a mí, eres un buen tío...

Él la apartó con delicadeza y clavó una mirada intensa en sus bonitos ojos verdes.

—Ruby tiene razón, esto no es ninguna broma...

—¡Vaya! ¡Algo de cordura! Si te digo la verdad, estaría más tranquila si se lo contáramos todo a la policía —insistió Ruby.

—Ni hablar —rugió Cris.

—Ya... Terca como tú sola, qué sorpresa... —murmuró Ruby.

—Iremos con cuidado...

—¿Y tú por qué la alientas?

Se colocó junto a su amiga con ademán protector. Puso una mueca.

—Cuidaré de Cris —aseguró Durango.

—¿Y por qué eso no me tranquiliza?

—¿Tengo pinta de temerario?

—Un poco... —se mofó ella.

—Ya...

—Esperaré tu llamada —le recordó Cris con un mohín.

Le estrechó la mano. Para su sorpresa, Durango tardó en soltarla. De pronto Cris sintió que llevaba escrita en la frente la palabra muerte... Entonces vio algo que llamó su atención. Se le había subido un poco la manga de la camiseta, y en la piel de su antebrazo se apreciaban sus cicatrices. Quiso esconderlas...

—...¿cómo te has hecho esto? —inquirió Durango al instante. Levantó su manga un poco más para ver mejor las curiosas marcas.

—...oh... No lo sé —Cris forcejeó para tapárselas, avergonzada—... Las tenía cuando desperté en el bungalow...

—Enséñaselas, Cris —imploró de pronto Ruby. No le habían hablado a Durango de eso. Cris se lo había callado—... Vamos, enséñaselas...

—...no hace falta...

—Oh, ¡ya lo creo que sí!

Entonces Ruby se acercó, obligó a Durango a soltar su mano y subió las mangas de la camiseta de su amiga hasta el codo, sin miramientos. Sus antebrazos quedaron al descubierto. Las blancas señales destacaban en la piel de la joven, largas e irregulares, muy profundas.

—También tengo estas marcas en los muslos... —confesó ella con timidez.

Durango estaba visiblemente interesado.

—¿...cómo te las has hecho?

No se trataba de cortes superficiales.

—No lo sé... Ya te he dicho que no recuerdo nada de los dos, no... los... últimos meses...

Ruby arqueó las cejas ante la expresión de preocupación del fotógrafo.

Capítulo 17



Durango llegó a su casa pasadas las doce de la noche, muy cansado, aunque se había desvelado, en parte por culpa del café que se había tomado en casa de Ruby. Dejó la bolsa en la entrada y se fue directo al dormitorio. Se tumbó boca abajo sobre la cama, sin quitarse la chaqueta ni descalzarse. Hundió el rostro en el mullido edredón de invierno y cerró los ojos.

No... No iba a poder pegar ojo.

Se giró hasta quedar boca arriba, mirando al techo. Esos increíbles escenarios... No dejaba de darle vueltas, por su impactante significado. Necesitaba descubrir cómo se originaban, antes de que se convirtiera en algo irrefrenable que nadie pudiera controlar. La historia que Cris le había ido contando desde que se encontraran también le había resultado sorprendente. Había algo en ella que le atraía con fuerza. Eso le tenía desconcertado. Nunca antes había sentido nada igual, por nadie. ¿Qué se suponía que debía hacer? Tal vez el inusitado hecho de que hubiera sobrevivido era lo que le tenía fascinado.

Sentía un irrefrenable deseo de compartir muchas cosas con ella, cosas que desconocía. Pero la había visto tan frágil esa noche... que había preferido callárselas... Al menos por el momento.

Se entretuvo un rato pensando en ella, en esos fabulosos ojos verdes tan profundos, en su insospechada fortaleza, en el coraje que demostraba... Había conmovido su corazón.

Ruby tenía razón, estaba en peligro. Le tentaba mucho la idea de coger el teléfono y hablar ella misma con la policía... ¿Por qué no lo hacía? Él sabía por qué.

«Buena pregunta...», murmuró con una sonrisa torcida.

Miró el reloj que tenía en su mesilla de noche. La una menos cuarto... Se levantó y se desprendió de su chaqueta. Si no podía dormir, al menos emplearía su tiempo en algo útil. Sacó el móvil de Daniel. No era cierto que tuviera que recurrir a un conocido que le ayudara a rescatar la información que pudiera conservar. Él mismo sabía hacerlo.

Lo conectó mediante un cable USB a su ordenador y esperó a que apareciera en su pantalla el directorio del teléfono. Luego abrió la aplicación que siempre utilizaba para meterse en el hardware del aparato, y la puso a trabajar. Si había algo que recuperar, la aplicación lo haría. Sólo tenía que dejarla funcionando. Por la mañana sabría a qué atenerse. Así de sencillo.

A continuación buscó la cámara en la bolsa que tenía a sus pies, la misma que Cris había estado a punto de romperle aquel primer día en la calle. Sonrió. Le gustaba pensar en lo fortuito de ese encuentro. Caprichos del destino...

Cris no solamente había olvidado los últimos meses, había olvidado

muchas otras cosas.

Cogió la cámara y la encendió. Cuando estuvo operativa, empezó a bucear en las imágenes guardadas en la memoria. Fue yendo hacia atrás, buscando algo concreto... Hasta que vio lo que le interesaba. Fotos en las que aparecía Daniel... con alguien más.

No había reparado en su importancia hasta hacía muy poco, y se había llevado una gran sorpresa, porque, mientras las sacaba, no se había percatado de lo que estaba pasando delante de sus narices. Su atención había estado fija todo el tiempo en Daniel Stoian.

Sonrió incrédulo... Había tenido todo el tiempo esas imágenes. A poco que hubiera prestado más atención...

Ahora, viéndolas en perspectiva, las fotografías cobraban importancia. Sí, allí estaba... Las analizó una y otra vez. Eran todas del mismo día. Daniel estaba con otra persona, un hombre, no... un chico joven. Tal vez... aunque no se le veía bien. Entrecerró los ojos, tratando de reconocer aquellas facciones semi ocultas por la capucha de una sudadera... Trataba de recordar... ¿Era quien pensaba? Se estremeció. ¿Y si le había encontrado, después de tanto tiempo? Pero era difícil decirlo, las imágenes no eran claras. En ninguna de ellas se distinguían las facciones con la nitidez que necesitaba. Siempre estaba de lado, y aquella condenada capucha...

Gruñó por lo bajo. Ese chico sin duda era el que estaba buscando. Se fijó en los detalles, pero no... No se le veía el rostro, la capucha protegía su identidad. Lo que le llamaba la atención, era la cercanía que se apreciaba entre Daniel y él. Viendo esas imágenes, le daba la sensación de que estaba espionando una escena bastante íntima entre dos personas que se están haciendo

confidencias. ¿De qué habían estado hablando?

Conectó la cámara al ordenador y descargó las fotografías para poder verlas mejor. Las abrió con un programa de edición y escogió una. La amplió, y se quedó mirándola, analizando la escena. Daniel y su amigo estaban de pie en la misma calle donde vivía, debajo de un andamio. Ese andamio contribuía a ensombrecer el rostro del misterioso joven con el que estaba. Había cercanía entre los dos, ¿complicidad? Daniel apoyaba de forma familiar una mano en la nuca del otro mientras hablaban, e inclinaba hacia él la cabeza hasta casi tocar su frente. Su expresión era de intensa preocupación, preocupación por ese desconocido, alguien vestido con vaqueros, deportivas, y una sudadera negra. Estudió todas las fotografías, pero vio lo mismo. A Daniel hablando con esa persona. En la última imagen, se estrechaban la mano.

Durango cerró el programa y se echó atrás en la silla, pensando... pensando... Sin duda Daniel habría sufrido mucho con lo de Cris. Se habría sentido impotente cada vez que salía a buscarla y volvía de vacío, temiendo encontrarla muerta en cualquier esquina... Luego había dado con ella, de algún modo, y la había llevado al bungalow, en el camping. Daniel había demostrado ser muy precavido. No había querido involucrar a nadie más... ¿O sí? ¿Tal vez a ese chico de las fotos?

Tenía que averiguarlo.

El último mes había sido tan esperanzador como amargo. Una vez muerto Daniel... se había vuelto loco, sin saber dónde estaba Cris. Después, al tropezar con ella en plena calle, y verla recuperada, viva...

Y resultaba que Cris no recordaba nada. Chasqueó la lengua.

Su móvil vibró. La pantalla se iluminó y apareció en ella un mensaje de whatsapp de un número que no conocía. ¿Quién podía ser tan tarde? Lo abrió y lo leyó. La sorpresa se dibujó en su cara.

«Durango, soy Ruby. Sé que no son horas, pero es que no puedo dejar de pensar... ¿Podrías dejar en paz a Cris? Gracias y buenas noches, xxx»

Se le escapó la risa ante la desfachatez de esa chica.

«Pero de qué va...», se dijo a sí mismo.

Cogió el móvil y escribió su respuesta. Le resultaba gracioso y decidió seguirle el juego.

«Ok, gracias por la sugerencia, la tendré en cuenta. Vete a dormir».

Al instante obtuvo respuesta. Así que Ruby estaba tan desvelada como él.

«¿Qué haces despierto?»

«Pensar. ¿Cómo está Cris?»

«Dormida... He mirado en su móvil para conseguir tu número»

«Vale. ¿A qué ha venido eso?»

«Vaya... ¿Tú qué crees? Está hecha mierda después de su puta experiencia. Está enferma, es mejor que la dejes en paz...»

Durango reprimió una oleada de impulsividad que amenazaba con hacerle perder el control. Sostuvo sus dedos sobre el teclado del móvil, pensando qué contestar, cuando Ruby escribió de nuevo.

«...Deberías dejar de incitarla a hacer de detective. Me muero de preocupación»

—Joder...

«No la incito... Además, si veo que las cosas se complican demasiado lo dejaremos en manos de la policía»

«¿Ah, sí? ¿Y yo voy a esperar a que un día me encuentre a Cris colgando de una soga o algo peor?»

Durango sonrió.

«Eso no va a pasar.»

«Deja las cosas estar. Juegas con fuego. Cris es mi amiga, no vas a poner su vida en peligro»

«También es mi amiga, aunque ella no lo recuerde»

Aquello se le había escapado. Lamentó haberlo escrito en cuanto lo envió. Ya estaba hecho.

«¿En serio? Pues no me ha hablado ni una sola vez de ti...»

Durango frunció el ceño, bastante contrariado por el tono sarcástico que destilaban los mensajes de Ruby.

«No haré nada que la comprometa, pero no he sido yo el que la ha empujado a tomar decisiones. Creo que sabe muy bien lo que hace, ya es mayorcita.»

Ruby tardó un poco más en contestar. Al final envió un mensaje muy escueto y después nada más.

«Tú mismo...»

Durango soltó el móvil y se recostó sobre el respaldo de la silla giratoria, mirando al techo. Ruby, Ruby... Dio un par de vueltas, recapacitando...

Se durmió allí mismo, casi sin darse cuenta.

Cuando el despertador sonó en la habitación, a las siete de la mañana, se cayó al suelo con estrépito y volcó la silla.

Se levantó, soltando toda clase de imprecaciones, puso la silla en su posición original, y se sentó un momento, mientras le daba tiempo a su cerebro para que espabilara. Apoyó la frente en las palmas de las manos y se frotó con ellas los ojos. Había dormido fatal, una noche poblada de sueños retorcidos...

Al cabo de un minuto, se levantó, abrió las cortinas del estudio y dejó que la incipiente luz del día lo inundara. A continuación se fue a la cocina y se preparó un café bien cargado. Iba a necesitarlo, porque tenía mucho que hacer.

Regresó al estudio, se sentó delante del ordenador, lo encendió y echó un vistazo a los resultados de la aplicación que estaba analizando el móvil de Daniel.

—¡Bingo!

Había recuperado algunos archivos. Con sinceridad, no lo había esperado. Clicó en ellos, y lo primero que hizo fue salvaguardarlos en su disco duro. Luego, más nervioso de lo que hubiera imaginado, los fue abriendo uno por uno. Había algunas fotos de Max, un selfie de Daniel con Cris, y un correo electrónico de Daniel para Balaguer. Abrió éste último, y lo leyó, con el corazón en vilo. ¿Qué se le había escapado?

«Buenos días Román,

Necesito contactar contigo y concertar una entrevista. ¿No quieres atenderme? Es importante que aclaremos el asunto sobre Sebastian, ¿puedes decirme algo? Por favor, es muy urgente... Ya sabes a qué me refiero. Sé que harás lo correcto. Un saludo, Daniel»

Ahí estaba... ¡Ahí estaba!

Daniel había llegado lejos... El correo en sí era muy revelador, y la fecha del mismo databa de una semana antes de que muriera. Le llamaba la atención la llamada a la honestidad que Daniel le hacía al abogado.

¿«*Sé que harás lo correcto*»?», vaya...

Balaguer... Ese presuntuoso abogado debía de tener ya la información que necesitaba. ¿Era buena idea ir a verle y pedírsela directamente? Durango sabía que no. Esa batalla la tenía perdida de antemano. Si quería obtener algo de él, iba a tener que usar métodos más... sucios.

Las ocho... Se duchó, se vistió, y preparó la cámara. Cogió una batería cargada, una tarjeta de memoria virgen y lo metió todo en la bolsa acolchada. Se quedó con los brazos en jarra en medio del estudio, haciendo cálculos. Estaba algo embotado por la falta de sueño...

Hizo recuento mental de sus próximos pasos. Tenía que hablar con Cris y tenía que averiguar algo más sobre el Sebastian del que hablaba Daniel en su mail. Si Cris le proponía subir a la sierra ese mismo día y sacar fotos del cadáver de Diana Whitaker, en busca de pistas... la acompañaría.

Capítulo 18



La música sonaba a todo volumen. Las luces de la discoteca giraban sin parar, destellando sobre los rostros de los chicos y chicas que bailaban alrededor, algunos desencajados, como marionetas que no son conscientes de su propio cuerpo. Hugo miró alrededor.

—...¡Estoy aburrido! —gritó al oído de su amigo.

El «*Kapital*», un viejo teatro de siete plantas convertido en discoteca, ya no le encajaba, no era para ellos.

—¡Son críos, y la mayoría van puestos hasta arriba! ¿Para qué me has traído aquí? ¡Sabes que esto no me va!

—Pero Hugo, ¿ya estás jodiendo? —se mofó Samuel—. Diviértete un poco, yo que sé, prueba el karaoke o algo... Siempre estás igual, tío...

—Vete a la mierda Sam...

Hugo abandonó la pista de baile y se fue directo a la barra. Se inclinó sobre ella para pedir, y la camarera hizo lo propio para poder escucharle. Era una chica sexy de no más de diecinueve años, con unos ojos grandes de un

azul intenso que llamaron enseguida su atención. Sonrió, y ella le devolvió la sonrisa.

—Tienes cara de pocos amigos —le dijo al oído. Se inclinó aún más para que pudiera ver su generoso pecho a través del amplio escote de su camiseta. Olía muy bien, a flores—... ¿Te aburres?

—Bastante —contestó él.

—¿No te gusta la gente que viene por aquí?

—En absoluto.

—Pero yo vengo muy a menudo, trabajo aquí... ¿Tampoco te gusto?

—...podría hacer una excepción... Me llamo Hugo.

—Hugo... Me gusta...

Enredó un mechón del cabello rubio de Hugo entre sus dedos y sonrió. Ambos seguían inclinados sobre la barra, sosteniendo una íntima conversación, mientras Samuel los observaba desde la pista con una sonrisa socarrona en los labios.

—A lo mejor te apetece venirte conmigo un rato —sugirió la joven—

... Me llamo Lucía.

Hugo sonrió, atraído por esos ojos enigmáticos, tan azules que parecía estar viendo el cielo dentro de aquel antro de oscuridad y luces danzantes. Entonces ella se apartó, le susurró algo al oído a un compañero, y salió de la barra. Le hizo un gesto con la cabeza, y Hugo supo que quería que fuera tras ella. Una honda excitación sacudió su cuerpo, como un reguero de anticipación chispeante.

Lucía se deslizó hacia una puerta disimulada en un rincón, tras un cortinaje negro. No dudó. La siguió.

Lucía empujó la puerta y se asomó. Enseguida alzó la mano y le invitó con el dedo índice, al tiempo que inclinaba la cabeza y le guiñaba un ojo. Luego desapareció por un corto pasillo. Hugo miró alrededor. Quería saber si alguien le estaba viendo. Nadie le prestaba atención... salvo Samuel. Su amigo le enseñó el dedo corazón desde la pista, aunque él no llegó a verlo.

Cuando traspasó aquella discreta puerta y cruzó el pasillo, se encontró en una sala muy oscura, con las paredes y el techo pintados de negro. Unos cuantos divanes de cuero, separados por cortinas del mismo color, estaban dispuestos en el centro. En el diván del fondo había un hombre. No le vio bien. En cambio, sí vio lo que le interesaba. Estaba a su lado, sonriendo: Lucía.

Hugo deseaba acercarse, pero se quedó donde estaba, dudando en la puerta... hasta que ella le indicó que se acercara.

—...quiero presentarte a un amigo —dijo alzando la voz. Cuando él estuvo a su lado se apartó un poco—... Éste es Hugo...

El hombre le observó en silencio. A Hugo no le gustó. Aun así, se quedó. Dio un paso hacia Lucía, y ella retrocedió un tanto. Entonces se levantó y se marchó. Hugo la miró desconcertado. Se giró hacia aquel tipo extraño, buscando una explicación... Sus ojos le traspasaron, hurgaban en su alma.

Se lo pensó mejor. No le gustaba aquel lugar, y desde luego no le gustaba nada ese tío. Lucía se había largado, ¿de qué iba esa estúpida? Le había tomado el pelo.

Iba a marcharse, cuando aquel hombre alargó una mano de largos dedos, y estrechó la suya, con fuerza. Hugo no pudo ver bien su rostro en la oscuridad, sólo su pelo ensortijado, y su sonrisa, muy fría... Notó una sensación de quemazón en la muñeca y un olor fuerte y dulzón. Apartó la mano con un gemido...

Entretanto, Samuel bailaba, bebía y fumaba, convencido de que su amigo estaba pasando un buen rato con la camarera. Estuvo riéndose de todo y de todos... hasta que, en torno a las cuatro de la madrugada, descubrió que Hugo había regresado del «*privado*». Estaba de nuevo en la barra... solo.

Su aspecto no le gustó. Se le notaba abstraído, demasiado rígido en su asiento; no hablaba con nadie, no bebía... Nunca le había visto así.

Abandonó la pista de baile y se aproximó a él. Cuanto más cerca estaba, más raro le encontraba. Cuando llegó a su lado, le puso una mano en el hombro, pero Hugo no reaccionó.

—...oye, tío... ¿estás bien? —Hugo tenía la mirada perdida, y sudaba. Estaba lívido—. ¿Hugo?

Samuel agitó una mano delante de sus ojos, pero el joven no reaccionaba.

—...joder, ¿qué te has metido?

Miró el reloj. Eran las cuatro pasadas. Hubiera preferido quedarse un rato más, pero no con Hugo en semejante estado. Le sacudió una vez más... Entonces miró hacia la barra, buscando a la camarera con la que se había estado divirtiendo. No estaba.

—...anda vamos, animal —se rió, le cogió por la cintura y quiso obligarle a ponerse en pie. Sorprendentemente, Hugo se zafó de su mano y se quedó donde estaba. A Samuel se le borró la sonrisa de la cara—... ¡Oye! ¡Pero qué cojones habrás estado haciendo ahí atrás! ¡Joder! ¿tan aburrido estabas que tenías que joderme la noche?

Samuel estaba irritado. Quiso hacerle reaccionar una vez más, pero en cuanto le ponía una mano encima, Hugo se revolvía furioso... Al parecer quería estar solo.

—Oye... tú mismo... —murmuró Samuel.

Ya no le apetecía quedarse más, así que se apartó de su amigo y se fue a por su chaqueta, en el guardarropa. Se la quitó de las manos a la chica a cambio de su ficha, y se la puso, de mal humor. Le había molestado el comportamiento de su amigo. A continuación bajó las escaleras de dos en dos y salió de la discoteca, a la calle Atocha.

No miró atrás.

Iba a tener que coger un taxi para volver a casa... ¿Y qué?

Aquella noche, desde luego, no quedaría como una de las mejores en su lista.

Samuel aún vivía con sus padres. Al llegar a casa, media hora después, entró sigilosamente, anduvo de puntillas hasta su habitación, y se tiró sobre la cama tal cual estaba, vestido. Le zumbaban los oídos, apestaba a tabaco —pese a la ley que prohibía fumar en los locales, hacía unos meses que ya no se respetaba—, y le daba vueltas la cabeza. No tuvo tiempo de pensar en Hugo, ni en ninguna otra cosa, porque cayó en un sueño profundo del que no despertó hasta la mañana siguiente, bien entradas las tres de la tarde del domingo.

Lo primero que hizo nada más amanecer, fue arrastrarse hasta la cocina y beber un gran vaso de agua con un «*espidifén*», infalible contra la

resaca.

Sus padres no estaban, nunca estaban los domingos, salían fuera a pasear y ya hacía un año que no se molestaban en pelearse con él para que les acompañara. Mejor. Se repantingó en una silla y dejó descansar la cabeza en el frío de las baldosas. Tenía un amargo regusto en la boca. Se lavaría los dientes...

Se fue al baño, y estuvo un rato cepillándose con mucha pasta dentífrica. Era curioso, no notaba su sabor, era como si tuviera la boca dormida. La lengua estaba áspera... Se enjuagó y regresó a la agradable penumbra de su habitación, con toda la intención de seguir durmiendo al menos hasta el día siguiente.

El móvil empezó a sonar. Vibraba sobre la mesilla mientras parpadeaba. Le dolían los ojos sólo de mirar su brillante luz... Alargó la mano y cogió. En vez de saludar soltó un bufido.

—¿Samuel?

Se incorporó al instante. Una alarma se encendió en su embotado cerebro.

—¿Sí...?

—Oye, soy Miranda, la madre de Hugo...

Hugo, le había dejado solo en la discoteca, puesto hasta las cejas de alguna porquería... Se sintió fatal por haberle dejado así en el «*Kapital*». No tenía excusa, por muy borracho que fuera.

—Hola Miranda... ¿Qué hay?

—Oye, necesito que vengas a casa. Hugo acaba de llegar y está muy raro, no conseguimos que hable, y la verdad, cada vez que queremos acercarnos o preguntarle algo, se pone hecho una fiera... He pensado que a ti te hará más caso...

—¿A mí?

—¿Sabes si tomó algo anoche? —Miranda bajó la voz—... ¿Se... drogó? Samuel dime que no... Sabes que no nos gusta nada que andéis tonteando con esas cosas...

—Eeeeh... Joder, no lo sé, Miranda.... No estuvimos juntos toda la noche... Cuando me fui ya estaba así...

—Vale. ¿Puedes venir? Por favor.

—¿Ahora?

—¿Tú qué crees?

Miranda colgó, y Samuel sintió que se le pasaba la resaca de un plumazo. No tardó ni veinte minutos en ducharse y salir para coger un autobús hasta la casa de su amigo.

Miranda le esperaba con cara de pocos amigos. Más que asustada, estaba enfadada, y su marido aún peor. Daba vueltas en el salón, enojado, con los brazos cruzados sobre el pecho.

—¿Dónde está? —inquirió con timidez Samuel.

—En su cuarto... Anda ve, y a ver si consigues que se levante al menos.

Samuel pasó a su lado, encogido. Miranda le inspiraba mucho respeto, incluso más que su propia madre. Y el señor Esteban era aún peor...

Al entrar en el cuarto de Hugo, le encontró tirado en la cama, sin desvestirse, despeinado y febril. Se agitaba como si estuviera teniendo pesadillas, aunque no estaba dormido, al menos no en apariencia.

—Lleva así todo el día. Dime qué ha consumido, Samuel. Tú parece estar bien...

—...pero es que yo no tomé nada, y él... Ni idea, no estuvimos juntos

todo el tiempo, así que... no sé qué decirle, señora Esteban...

Samuel fue hasta la ventana y subió la persiana para dejar entrar la luz. Hugo se agitó. Le molestaba, eso era evidente. A continuación, Samuel se colocó junto a la cama y se agachó para observarle más de cerca. Tenía los ojos abiertos, aunque no centrados en nada, estaban vacíos de expresión. Le temblaban los labios, y estaba pálido. La piel de su frente estaba helada. Tenía las pupilas completamente dilatadas, y de él emanaba un desagradable olor dulce...

—...oiga señora, yo no sé decir qué le pasa...

Samuel sacudió a su amigo, y éste se revolvió, igual que había hecho en la discoteca.

—Hugo, ¡ey, Hugo! ¡Soy yo, Samuel! Tío... ¿qué te pasa?

No obtuvo respuesta. Intentó una vez más que reaccionara... en vano.

—...no me hace caso...

—Ya lo veo —Miranda frunció el ceño, cruzada de brazos—... Está bien, Samuel. Vete a casa.

—¿Me avisará si...? —Miranda le lanzó una mirada furibunda—... No claro, está bien, ya llamaré yo a ver cómo está... Bueno, hasta pronto...

Abandonó la casa sin saludar al señor Esteban. No tenía ganas de enfrentarse a su ira. Ya en el ascensor, no dejaba de darle vueltas al horrible aspecto de su amigo. Sin duda había consumido algo, ¿a qué obedecía si no que estuviera así? Claro que no conocía ninguna droga que produjera un efecto tan fuerte. A lo mejor simplemente le había sentado mal la bebida, o había cogido algún virus... Supuso que sus padres avisarían a un médico enseguida. Eran gente de dinero, harían que le atendieran en casa, sin necesidad de trasladar a su hijo a urgencias.

Eso le tranquilizó.

La semana siguiente dio comienzo con normalidad. Volvió a sus clases en la universidad, al gimnasio y a los amigos del barrio. Sin embargo, no se quitaba de la cabeza a Hugo. Le llamó para ver cómo estaba, pero no le contestó. Habló con su madre, y ésta le prohibió ir a verle.

Esperó dos días antes de llamar de nuevo, esta vez directamente a Miranda. Temía hablar con ella, temía su furia, sus reproches... No logró que le cogiera. Probó suerte unas cuantas veces más a lo largo del día, siempre con el mismo resultado.

Lo intentó al día siguiente, y al otro...

Le fue imposible contactar con ella, ni con Hugo, en toda la semana. Eso le sumió en un estado de inquietud que no le dejaba dormir. La posibilidad de que su amigo hubiera sido ingresado en un hospital era grande, seguramente estaba grave, por eso su madre no atendía el teléfono...

Sin embargo, la agonía no duró mucho más tiempo. Al llegar el domingo, fue la propia señora Esteban la que le llamó.

—¡Hola! ¿Miranda? La he estado llamando... ¿Qué tal está Hugo?

Hubo un silencio al otro lado de la línea, y Samuel empezó a sentir que sus nervios se asentaban en la boca de su estómago y tiraban de él sin misericordia.

—¿Miranda?

—Se ha recuperado —repuso al fin la señora Esteban, aunque no parecía contenta. En absoluto—. Por eso te llamo. No sabemos dónde está.

Capítulo 19



El cadáver de Lucas Huarte reposaba en la mesa de la sala de autopsias, bajo la luz fría del gran foco que colgaba del techo. Quejada estaba tomando apuntes en una libreta, asombrado con lo que acababa de descubrir. En la sangre del chico había algo. No se trataba de rastros de alguna droga, cosa que hubiera aparecido en las analíticas, tal y como habían sospechado desde un principio. No... era otra cosa, algo que también había detectado en el cuerpo de Daniel Stoian. Al principio había temido que fuese una infección, pero lo había descartado. No sabía qué pensar.

Las analíticas no dejaban lugar a dudas, así que había extraído muestras del cuerpo para observar mejor de qué se trataba, bajo el microscopio. No estaba viendo una bacteria o un virus... Era algo de origen vegetal, completamente desconocido. Algo que se adhería a las células sin destruirlas. Lo más sorprendente... Huarte no sólo lo tenía en su torrente sanguíneo, sino también en los pulmones.

Terminó de redactar el informe para enviárselo a Diego Sandoval, y se puso delante del ordenador. Había decidido consultar el caso con el Centro de Investigaciones Biológicas. Santiago Romero, uno de los responsables del CIB más capacitados y con mayor experiencia, era la persona con quien pensaba contactar. Iba a enviarle una muestra, para ver si ellos eran capaces de determinar a qué se enfrentaban.

Envió el correo y se levantó para cubrir el cadáver y devolverlo al

depósito. Había terminado la autopsia. Sin embargo, cuando estaba junto a la mesa donde reposaba el cuerpo, observó algo inaudito. La sangre circulaba de forma visible por sus brazos y piernas, como si la piel de Huarte se hubiera transparentado y las venas y vasos sanguíneos... resplandecieran. Salvo que no era sangre lo que las recorría con fuerza, sino algo de un refulgente color verde, como un torrente de savia fosforescente... Quejada arqueó las cejas. Al poco reaccionó, y pensó en grabar el extraño fenómeno.

Cogió su móvil y trató de activar la cámara. Pero estaba demasiado nervioso, y mientras se equivocaba una y otra vez, los músculos del cadáver se acartonaron con rapidez, se agrietaron, adoptaron una consistencia leñosa, como si la carne se hubiera convertido en materia vegetal... Ante sus desorbitados ojos, el cuerpo se tornó de un color marrón, y se descompuso. Un olor a resina, turba y tierra húmeda se elevó de él... y entonces aquel montón de materia, en la que ya eran irreconocibles las formas humanas, se desmoronó... y se desintegró.

Quejada estaba petrificado. Le temblaba el pulso, y... desde luego, no había grabado nada. Y no quedaba nada que grabar. El cuerpo de Huarte había desaparecido. No quedaba rastro alguno de él. ni de aquello en lo que se había convertido. ¿Cómo iba a explicarlo?

Tenía que hablar con Sandoval de inmediato.

Capítulo 20



Madrugar era lo que más odiaba Cris en el mundo. Se había despertado a las siete de la mañana y ya no había logrado volver a dormir. Le había puesto a Max la correa y había salido con él a dar una vuelta por el barrio. Con el paseo le entró hambre, y eso le hizo pensar en hacer algo que le resultara familiar y agradable. Desayunaría fuera, en «*La Paca*». Después llamaría a Durango.

Algo tan sencillo levantó su ánimo enseguida. Dejó a Max en casa, y se fue directa a la cafetería. El dueño la conocía. Sonrió al verla. Cris le guiñó un ojo, ilusionada. Iba a darse un homenaje. Pidió un desayuno completo, con un café con leche, una tostada con mantequilla y mermelada, y un zumo recién exprimido de naranja.

Estaba hambrienta... e inquieta, porque se notaba desmejorada y se mareaba a menudo. No sabía si había contraído alguna enfermedad en el tiempo en que estuvo desaparecida. ¿Y si era así? ¿Y si tenía algo grave? Aún estaba muy delgada, y aunque comía con apetito, no había subido ni un gramo. No había querido pesarse en la báscula de Ruby, por temor a comprobar hasta qué punto era grave su delgadez.

Recordó cómo la había mirado Durango la noche anterior.

Por eso atacó la tostada y después pidió otra. le daba pavor ir al

médico.

Para no pensar en eso, distrajo la mirada en la cafetería. «*La Paca*» le traía recuerdos amables de Daniel y de Ruby. Sonrió mientras se arrellanaba en la silla, en su rincón favorito del café. Se merecía dejar atrás el miedo y las preguntas...

Se merecía...

Al otro lado de la calle estaba el tipo que la había persiguido aquel día hasta el parque del Retiro. Lo vio claramente a través del ventanal del establecimiento. No se molestaba en disimular. No se escondía. Permanecía de pie, entre la gente que pasaba, con los ojos, unos ojos penetrantes, fijos en ella.

Cris dejó la taza de café sin saber qué hacer. Alrededor todo transcurría con normalidad. Había dos mujeres desayunando como ella en una mesa vecina, un señor tomándose un cortado en la barra, y un grupo de chicos y chicas al fondo, conversando y riendo mientras degustaban chocolate con churros, ajenos a ella y al extraño en el exterior.

Cris se sentía segura en «*La Paca*», aunque no podía quedarse eternamente allí.

Echó mano del móvil, dispuesta a llamar a Ruby. Su amiga la esperaba en casa, enfrascada ya en su asfixiante trabajo. En cuanto supiera lo que pasaba, se plantaría en la cafetería en un santiamén.

Pulsó el botón de llamada sobre el contacto de Ruby y esperó, murmurando entre dientes, con los nervios a flor de piel.

Entre tanto, el desconocido salió de su inmovilismo y cruzó la calle, directo hacia ella.

«¿Qué...?»

Cris se quedó helada, con el móvil en la mano sonando eternamente y la boca abierta. Al fin se cortó la llamada, y ella bajó la mano.

El hombre abría ya la puerta. Vio sus ojos fijos en ella, su objetivo. Llevaba algo en la mano...

En ese momento Cris creyó que su vida corría peligro, y reaccionó, aunque algo tarde. Echó la silla atrás y salió como pudo sorteando torpemente las mesas. Abandonó el desayuno sin haberlo terminado.

Corrió hacia la barra. Sabía que el local contaba con una salida trasera a la que se llegaba desde la cocina, y no se lo pensó dos veces, movida por el miedo. Cuando pasó al otro lado de la barra y se coló en la cocina, Alfredo, el dueño del local, quiso decirle algo, pero su expresión de terror era tal que la dejó pasar. Poco después el tipo quiso seguir sus pasos, y entonces, de forma instintiva y algo temeraria, Alfredo se puso en medio, y le impidió el paso. Apenas lo retuvo unos segundos, pero fue un tiempo precioso que Cris aprovechó para salir a la calle y correr tan rápido como se lo permitieron sus

piernas.

Oyó voces y una pequeña refriega. No hizo caso. La próxima esquina estaba muy cerca... Giró para tratar de despistar a su perseguidor. Luego cruzó la calle y volvió a cambiar de dirección, con idea de serpentear entre los edificios, y en cuanto vislumbrara un lugar adecuado donde ocultarse hasta que el peligro pasara, desaparecer.

Volvió la vista atrás sólo una fracción de segundo, para asegurarse de que su perseguidor aún no la había localizado...

¡Estaba allí! Tan cerca... que el corazón le dio un vuelco. El pánico la inundó hasta casi paralizarla. Ese hombre llevaba algo firmemente agarrado en la mano izquierda, y no corría, galopaba hacia ella.

Cris saltó hacia delante, con una sobrecarga de adrenalina que por suerte le dio fuerzas para volar... Se coló entre los coches aparcados, y avanzó veloz hacia un pasaje comercial lleno de tiendas.

Allí la atrapó.

Primero notó un violento empujón, y enseguida se vio zarandeada mientras se precipitaba hacia delante perdiendo el equilibrio. El desconocido la agarró con fuerza y la obligó a trastabillar hasta tenerla aprisionada contra la pared, con la mejilla clavada dolorosamente en el cemento y el pecho aplastado, de tal manera que apenas podía respirar. Gimió, queriendo gritar, pero él tapó su boca con la mano derecha. En la izquierda sostenía algo, no lograba verlo... algo brillante y metálico. Se asustó.

—...quieta... Estate quieta, maldita sea, o te detengo aquí mismo, ¡joder!

Cris se revolvió sin comprender.

—Quieta, maldita sea Stoian...

Aquello la paralizó. ¿Stoian? ¿Qué significaba? Se quedó quieta, respirando de forma entrecortada, con el corazón en la boca, pensando, analizando lo que acababa de escuchar... El desconocido aflojó un poco su presión.

—¿Vas a comportarte? —rugió en su oído.

Asintió con la cabeza. Él la soltó y permitió que se volviera, aunque sin apartarse de su lado, tan cerca que percibía el olor de su pelo. Lo que llevaba en la mano era una placa de la Policía Nacional. La devolvió a su cinturón. ¿Un policía?

Cris boqueó. No entendía nada.

—¿Quién eres?

Ahora fue él quien torció el gesto. Una mezcla entre incredulidad y

escepticismo asomaron a su rostro. Era bastante alto, fornido, y sus ojos castaños la escrutaban como si pudiera leer en su alma. Cris se sintió incómoda, aunque no se atrevió a moverse.

—¿No sabes quién soy?

—¿Debería?

El hombre se apartó un poco para que pudiera recuperar el equilibrio y su espacio íntimo. Miró alrededor. Nadie les había visto forcejear en el pasaje comercial.

—Ya lo creo que sí —aseguró. Estaba extrañado, tan perplejo como ella—. Joder —cogió su transmisor y se lo llevó a la boca—. La tengo... —anunció.

Hubo un ruido de fondo, como un chisporroteo, y al instante llegó una voz masculina desde el otro lado.

«Tráela enseguida».

—Ya lo has oído Stoian... No irás a revolverte, ¿eh?

—¿Ir a dónde?

—A comisaría, ¿A dónde si no?

—¿Por qué? ¿Estoy detenida o algo...?

—No, no estás detenida, pero, ¿qué cojones te pasa? —hizo amago de echar a andar, pero al ver que no le seguía, hizo amago de coger las esposas que llevaba en el cinturón, bajo su chaqueta—. Stoian, no estoy bromeando, ¿vienes o te llevo?

Cris vaciló, pero acabó por obedecer. Se puso a la altura del policía y analizó su aspecto, tratando de recordar. ¿Se suponía que debía saber quién era? Su perfil no le decía nada. Se fijó en sus cejas, espesas y bien delineadas, sus pómulos poco sobresalientes, su mandíbula, fuerte y cuadrada, su nariz, algo pronunciada, su pelo muy corto...

—¿Qué estás mirando? —se volvió de pronto hacia ella, y Cris enrojeció.

—Lo siento, trataba de recordar...

—Así que es cierto que no sabes quién soy...

Cris se encogió de hombros. Caminaban deshaciendo el recorrido que habían hecho durante su encontronazo. Pronto pasaron por delante de la cafetería, y Cris le dedicó una nostálgica mirada a la mesa donde había estado sentada hasta hacía diez minutos. Alfredo ya había retirado los restos de su desayuno... Se habría llevado un susto de muerte...

Cris gimió. Aún tenía hambre.

—Soy Dávila, Alejandro Dávila. ¿De verdad no sabes quién soy? Joder... Mejor esperamos a llegar a comisaría. Tengo el coche en la siguiente calle.

—¿Puedo avisar a alguien?

—Ni hablar. Nada de llamadas —al ver su expresión de desconcierto y preocupación, se apresuró a tranquilizarla—... Oye, no estás arrestada, pero ahora mismo no vas a hablar con nadie.

Tal y como había prometido, tenía su coche patrulla aparcado cerca de allí. La hizo subir en el asiento del copiloto y arrancó. Al menos no la obligaba a sentarse en la parte de atrás. Y... ¿qué significaba eso? Esa pregunta no dejaba de martillear en su mente.

Tardaron cuarenta minutos en llegar al edificio que la Policía Nacional tenía junto a la A2 en Madrid, moderno, muy vigilado, vallado y rodeado de potentes cámaras de seguridad.

—La central —anunció Dávila.

Se detuvo en la entrada, junto a una barrera, y pasó su tarjeta por el lector de la máquina que la controlaba, junto a una garita en la que dos

policías montaban guardia. Uno de ellos le saludó. La barrera se levantó y el vehículo avanzó. Dávila condujo con suavidad por una rampa, hacia los bajos del moderno edificio, donde estaba el aparcamiento.

Cris se dejó llevar hasta que Dávila la instaló en una pequeña sala acristalada, de ésas que se utilizan para interrogar a los sospechosos. Le pidió que esperara allí. Sí, era una sala de interrogatorios. Cris se estremeció. ¿Estaba detenida? ¿Por qué?

—¿Quieres un café?

—Por favor... —rogó ella.

Estaba muy nerviosa, desorientada, desconfiaba, y no cesaba de mirar alrededor. Había un gran cristal tintado en la pared, como en las películas. Se preguntó si la estaban observando. Apoyó las manos sobre la mesa y respiró hondo. Aquello no era normal. ¿Qué clase de comisaría era aquella? No era un puesto como los que la Policía Nacional utiliza de cara a los ciudadanos. Aquello era una especie de centro especializado, un búnquer de construcción reciente.

A los diez minutos Dávila regresó con un café para ella y otro para él. No llegó solo. Le acompañaba otro hombre... Al verle, esta vez sí, le reconoció. Dávila se dio cuenta y sonrió.

—Vaya, no está todo perdido, a ti sí te conoce, Sandoval.

—¿Es cierto? ¿Me reconoces? —preguntó Diego Sandoval. Parecía esperanzado.

—No por lo que piensas —aseguró Cris—. Sé quién eres porque te he visto en la televisión, con lo de la M30. Mi amiga Ruby te conoce, Ruby Quintana...

Los dos agentes se miraron, y Dávila meneó la cabeza, decepcionado.

—...no tiene ni idea —murmuró por lo bajo—. ¿De qué va esto...?

Sandoval se sentó frente a Cris, y su compañero le imitó.

—...parece que tenemos un problema Stoian. Dime, ¿no recuerdas nada en absoluto?

—¿Nada? Bueno... Nada no... algunas cosas... Es complicado...

—Explícate...

Cris guardó silencio. No deseaba hablar, no quería tener que contarle su historia precisamente a Sandoval. Maldijo su suerte por haber acabado allí, el último lugar donde tendría que estar.

—Stoian —añadió Sandoval. Su tono ahora era persuasivo—. No sé

qué está pasando, ni qué has estado haciendo, pero será mejor que nos lo cuentes todo.

—¿Por qué? No entiendo por qué me habéis traído aquí, si no estoy detenida...

—Porque... lo recuerdes o no, eres inspectora de homicidios, formas parte de la Policía Nacional y llevas desaparecida más de dos meses. Te hemos estado buscando.

Cris abrió la boca y la volvió a cerrar, impresionada. Su mente trabajaba frenética y de forma desordenada. ¿Homicidios? ¿Ella trabajaba en homicidios?

—Pero me localizaste —balbuceó desconcertada—, Ruby te pidió que lo hicieras... ¡Teníais mi dirección! ¿Por qué no habéis venido antes a buscarme?

Sandoval meneó la cabeza.

—¿Ruby?

—Ruby Quintana...

—No la conozco. No, nadie me ha pedido que haga tal cosa, o hace tiempo que te habríamos traído aquí.

Cris palideció al oírle decir aquello. Una oleada de inseguridad recorrió su fuero interno, sacudiendo su conciencia. ¿Ruby le había mentado? ¿Por qué? Realmente no tenía la menor idea de quién era, de lo que era. Todo su mundo parecía una broma macabra sacada de alguna pesadilla.

—...pero entonces vosotros sois parte de una unidad de investigación, ¿verdad? Sin duda podíais haber rastreado mi móvil... Podíais haberme localizado hace tiempo...

—Sí, si hubieras conservado tu teléfono. Pero no lo tienes. En estos momentos lo tenemos descansando en una bolsita en manos de nuestros compañeros de laboratorio. Lo dejaste en tu casa antes de desaparecer. Te deshiciste de él, o... tal vez lo dejaste atrás... Dímelo tú...

Cris sacó entonces su teléfono y lo miró extrañada.

—¿Éste no es mi móvil?

Dávila alargó la mano y le pidió con un gesto que se lo dejara. Cris lo hizo. El agente estuvo salseando con él.

—Es un teléfono de prepago, con algunos de tus contactos guardados en la agenda y poco más. Al menos a primera vista.

—Como el de su hermano... —aseguró Sandoval.

—¿Qué...

—Tu hermano y tú habéis estado usándolos para poder hablar sin que rastreásemos vuestras llamadas... ¿Por qué?

—Sandoval —protestó Dávila—... Stoian, siento lo de tu hermano

—Yo... Le encontré colgando de una soga...

—¿Fuiste tú la que llamaste a emergencias?

Cris asintió.

Dávila la miró ahora con más amabilidad.

—Ya, pues ojalá no te hubieras ido antes de que llegáramos a su casa, nos habríamos ahorrado muchas molestias. Tampoco estabas en el entierro, esperábamos que acudieras...

Cris no le escuchó. Pensaba en otra cosa.

—¿Erais vosotros los que me espiabais en el camping?

—No —negó Dávila—. ¿Qué camping?

—¿No sabíais dónde estaba?

—No.

Hubiera preferido que sí.

—No sabemos qué has estado haciendo estos meses atrás. Pero nos lo vas a contar... Requísale el móvil, Dávila, que lo analicen...

—¿Qué...? —Dávila ya se lo había guardado—. ¿Por qué?

—Es temporal.

—Perdona, pero devuélvemelo...

Sandoval la miró con gravedad.

—Stoian... Querrás que aclaremos cuanto antes tu situación y volver a casa, ¿verdad?

—¿No tengo derecho a hacer una llamada?

—No por ahora. Oye, llevas mucho tiempo sin dar señales de vida, tu hermano está muerto, tu situación es como poco... delicada. Será hasta que sepamos a qué atenernos.

Cris soltó un bufido. Estaba anonadada.

—Cuando quise acercarme a ti te escapaste, ¿lo recuerdas? —le explicó Dávila—. No imaginé que no me reconocías...

—Dios, me voy a volver loca...

Cris se derrumbó. No quería contarle todo, pero lo hizo, lo que aún conservaba en su memoria de su pasado reciente, sobre su desaparición, sobre Daniel, sobre Diana Whitaker... Empezaba a comprender el alcance de su amnesia. Había demasiadas incógnitas, demasiadas respuestas que aún permanecían en las sombras de su cerebro. Le daba miedo descubrir qué más había olvidado.

—Daniel se suicidó —afirmó Sandoval cuando llegó a la parte del relato en que había encontrado a su hermano ahorcado—. La autopsia lo ha confirmado. No le asfixiaron antes de colgarle del techo como crees. Se ahorcó.

Cris le miró con una intensa lividez demudando su rostro menudo. Sus ojos verdes se nublaron y sintió que se mareaba. Dávila se levantó

enseguida para sostenerla, antes de que se desplomara en el suelo.

—Ey, Stoian, tranquila...

—...Sin embargo nos tiene desconcertados, porque su muerte no encaja en el cuadro. Desde luego está relacionada con el suicidio de Lucas Huarte, a juzgar por el escenario en que se encontraba su cadáver —continuó Sandoval sin reparar en cómo afectaban a Cris sus palabras—. ¿No puedes decirnos nada al respecto?

—...necesita agua...

Sandoval frunció el ceño. Luego abandonó la sala para buscar un vaso de agua. Cris agradeció aquella tregua.

Dávila la ayudó a sentarse de nuevo. No se apartó de su lado hasta que Sandoval regresó. Le dio de beber y ella dio unos sorbos, mientras procuraba tranquilizarse. Al poco, empezó a recuperar el dominio de sus nervios y se atrevió a mirar de frente a Sandoval.

—...no puedo aclararos mucho... mi mente es un puto lodazal y no logro encajar las piezas —musitó con voz trémula—... Parece que no he olvidado sólo los últimos meses, porque no tengo la menor idea de cuánto tiempo llevo siendo policía... Joder, ¡no puedo creerlo! ¿Es una broma? ¡Ni siquiera sé cuándo decidí entrar! O que tuviera algún interés en hacerlo...

—Bueno, ahora mismo estás de baja.

—No creo que eso me afecte realmente, ¿no? —murmuró ella con sarcasmo—... Si ni siquiera recuerdo que soy policía...

—En unos días sabremos si importa o no.

—...Dejadme hacer una llamada... Joder —Cris estaba desesperada—. ¿Puedo saber en qué estaba trabajando antes de... perder el norte?

Dávila buscó consentimiento en Sandoval antes de responder.

—Investigamos una serie de desapariciones. Han estado llegando denuncias de familias cuyos hijos, chicos y chicas, de edades comprendidas entre los quince y los veintinueve años, de todas las clases sociales, están desapareciendo de la noche a la mañana. Llevamos meses trabajando en este caso. Lucas Huarte ha sido el primero en aparecer... salvo que el cuerpo que has encontrado en la sierra sea realmente el de Diana Whitaker. En ese caso, ella habrá sido la segunda, sin contar a tu hermano...

—¿Recuerdas a Lucas Huarte? —preguntó Dávila.

—¿Lucas Huarte? No... Sólo sé que es el chico que ha aparecido muerto en la M30, como el resto de la gente que ha visto las noticias...

Sandoval y Dávila se miraron.

—Sobre Diana Whitaker, vas a tener que indicarnos dónde está su cuerpo —Cris asintió—. Dávila, avisa al equipo, vamos a rastrear palmo a palmo ese lugar —murmuraba al oído de su compañero, aunque no lo suficientemente bajo como para que Cris no le oyera. Luego se volvió de nuevo hacia ella—. Stoian, vendrás con nosotros...

En ese momento Sandoval recibió una llamada. Era el forense. En cuanto escuchó su voz, supo que tenía los resultados definitivos de la autopsia de Lucas Huarte. Se apartó un poco.

—Sandoval, aquí Quejada...

—¿Qué hay?

Hubo un silencio, como si el forense no supiera expresar lo que tenía que decir.

—...Sandoval, no sé cómo voy a explicar lo que ha pasado aquí...

—¿Ha encontrado algo nuevo?

—Sí. Pero ahora mismo... la cuestión no es lo que haya encontrado o no... la cuestión es que... el cadáver... se ha desintegrado. Delante de mis ojos...

—Venga...

—No, Sandoval... Escúcheme porque no puedo explicar esto. No me ha dado tiempo a grabar el fenómeno... El cuerpo se ha transformado ante mis ojos, en algo... como vegetal, leñoso... y después se ha desintegrado. No queda nada...

Sandoval se mesó el cabello. Frunció el ceño. Cuando Dávila, al ver su gesto, quiso preguntarle, alzó una mano pidiéndole silencio. Quejada no había acabado de hablar.

—...No está todo perdido. Me ha dado tiempo a finalizar la autopsia y a analizar la erupción de la muñeca, aunque los resultados me tienen desconcertado. La mancha parece una abrasión, una quemadura que hubiera desencadenado una reacción alérgica, aunque desconozco qué la ha provocado. En cuanto a las analíticas... Huarte no estaba bajo los efectos de ninguna droga, pero es evidente que había algo en su sangre, algo desconocido para mí... aparentemente de origen vegetal. Lo he mandado al CIB, a ver si ellos nos pueden decir algo... En resumidas cuentas, que no sé que ha pasado. Bueno... estoy a ciegas, lo único que puedo asegurar es lo que ya te adelanté, que se ha suicidado.

—¿Cuánto tardarán los del CIB en decirnos algo?

—No lo sé, les he advertido de la urgencia del caso y están muy interesados, esperemos que sea antes de una semana.

Quejada colgó, como siempre brusco y directo. Sandoval se guardó el móvil y se volvió hacia Cris sin saber qué decir...

—Dávila, ocúpate de ella, tengo que ir a mi despacho.

Salió de la sala sin esperar respuesta, y Dávila se quedó callado, deseando saber qué acababa de ocurrir. Algo grave, sin duda.

—Vaya... Stoian perdona —carraspeó—... Oye, me alegro de que hayas vuelto —sonrió entonces. Parecía empeñado en suavizar el trato que Sandoval le estaba dando—, nos has tenido muy preocupados...

—¿Cuándo puedo irme?

Dávila la miró con gravedad.

—Aún tienes que responder algunas preguntas, y tenemos que corroborar tu historia sobre esa chica, Diana Whitaker... Me temo que hoy no.

Capítulo 21

La Cañada, julio de 2008



Zulema había oído hablar de las hermanas Capuchinas porque solían visitar La Cañada para ayudar a sus habitantes más necesitados, pero no hubiera soñado nunca que las monjas, cuyo convento se hallaba en Pinar del Rey, al norte de Madrid, supieran siquiera de su existencia.

Cuando vio a aquellas dos monjas, con sus velos negros agitados por el viento del sur, asomarse a través del denso follaje tras el que se escondía con su hija, no supo reaccionar. Se quedó mirándolas, con los ojos muy abiertos, mientras apretaba a Rhina contra su pecho. Al principio temió por su pequeña. Solía pensar en lo que haría si algún día los servicios sociales se la arrebataban. Acostumbrada al recelo de la gente que las conocía, se amedrentó, pero, para su sorpresa, aquellas dos mujeres le aseguraron que estaban allí para ayudarla.

Rhina se había recuperado ya, y sonrió al verlas, como si supiera que no tenían nada que temer. Abrió la mano, y en la palma, donde antes no había nada... apareció una flor silvestre de extraordinaria belleza. Las dos monjas se miraron entre sí, aunque no hicieron el menor comentario acerca del curioso fenómeno. Tampoco dijeron nada de la fantástica cobertura vegetal que envolvía el voladizo.

Habían oído rumores. Aquella era «*la brujademonio*». Pero ellas no estaban allí para juzgar.

Las hicieron salir del hermoso recinto natural, y les dijeron con cariño que iban a llevarlas fuera de La Cañada, al convento. Tenían un coche esperando, aparcado fuera de la barriada. Las dos mujeres las arroparon por el camino con sus negros hábitos, largos y holgados, entre cuyos pliegues Zulema y Rhina se sintieron a salvo de la curiosidad de aquellos con quienes se cruzaban... como si fueran invisibles.

Las Capuchinas habían sabido de la situación de Zulema y su hija porque habían llegado a la barriada, como cada día, y un testigo del incendio había corrido a avisarlas, seguro de que madre e hija morirían si nadie hacía nada. Las había visto ir hacia la autovía. También estaban al tanto de la muerte de su marido, Rafael, el cual había aparecido muerto en una cuneta, atravesado por una docena de cuchilladas.

Zulema suspiraba de emoción. Tenían una oportunidad. Sentía que, por una vez, la suerte estaba de su parte, y que Rhina al fin viviría en un lugar donde no despertaría miedo, ni odio... donde podría crecer libre y hermosa... como era en realidad...

Sonrió de felicidad y atrajo hacia sí a su pequeña de cabellos de fuego. La ternura de su gesto hizo que Rhina alzara los ojos esmeralda y los fijara en su rostro, atravesándola hasta el fondo de su alma, como hacía siempre. Leyó en su corazón con la misma facilidad con que respiraba. Pareció comprender por qué sonreía, y le devolvió una maravillosa sonrisa.

En ese mismo instante las monjas percibieron un sutil cambio en el aire tórrido de aquella mañana de verano, como si una tenue brisa hubiera

despertado alrededor, vivificando el ambiente. La hermana Angélica, de origen dominicano, se santiguó cuando su compañera, la hermana Teresa, le dirigió una mirada cómplice con la que pretendía llamar su atención sobre la extraña chiquilla. Cerraron filas en torno a ella. Conocían el temor que despertaba en los habitantes de La Cañada. Sin embargo, a sus ojos, Rhina era sólo una niña de siete años, tan inocente como cualquier otra criatura.

Eso sí... era diferente.

Apretaron el paso hasta el coche. Querían llegar pronto al convento, antes de que corriera el rumor de que estaban escoltando a aquellas dos desventuradas. No hicieron preguntas que Zulema no pudiera responder, conscientes tal vez del secreto que guardaba celosamente, y que había marcado su vida para siempre.

El viaje en coche duró una hora. Rhina jamás había subido a un vehículo, y se asustó cuando éste arrancó. Hizo el trayecto con el rostro escondido en el pecho de su madre, mientras Zulema veía, sin poder creerlo, cómo se alejaban de La Cañada. Esperaba no volver jamás.

El convento de las hermanas Capuchinas había sido levantado al norte de Madrid en el siglo XVII, y había sido hospital y orfanato. Era un edificio de estructura muy singular, en nada parecido a las antiguas construcciones eclesiásticas, con sus recios muros de piedra, sus pórticos, sus cúpulas y sus vidrieras de colores. Muy al contrario, había sido diseñado para ahorrar costes en su construcción y hacerlo sólido. Aquel recio edificio había sido a lo largo de la historia como un faro en medio de un océano estéril. En aquellos días se levantaba en medio de un barrio lleno de actividad.

En los últimos tiempos había sido reconvertido en un centro de

beneficencia, donde se atendían las necesidades de los habitantes más vulnerables de Madrid. Tenían un pequeño albergue donde acogían a los «*sintecho*», les daban de comer, trabajaban para reinsertarlos en la sociedad, rescataban a los chicos de la calle, los educaban, trabajaban en colaboración con algunas ONGs, servicios sociales y otras organizaciones en la lucha contra la drogadicción, el hambre y la pobreza...

Al llegar al convento y ver sus altos muros grises y sus estrechas ventanas enrejadas, Zulema tuvo la impresión de entrar en una prisión, pero se tragó esos pensamientos y apretó la mano frágil de Rhina mientras cruzaban la recia puerta de hierro, en pos de la hermana Angélica. Allí estarían a salvo.

Muy pronto supieron que aquella congregación la formaban un total de treinta y siete monjas y nueve civiles, dos chicos huérfanos, tres mujeres voluntarias y dos hombres, y una madre soltera con su hijo a la que habían acogido recientemente, de origen polaco. Como ellas. No eran muy diferentes de Zulema y su pequeña Rhina.

Salvo por lo especial que era Rhina.

La superiora era la hermana Rosario, una mujer pequeña y gruesa, de rostro anguloso, expresión generosa, rubicunda y enérgica. Les recibió sin demasiadas ceremonias y les explicó de forma sencilla cuáles iban a ser sus funciones mientras permanecieran allí, hasta que Zulema consiguiera un trabajo y pudiera iniciar una nueva vida. Desde luego no iban a permanecer ociosas, ni siquiera Rhina, por mucho que no hablara. A pesar de que Zulema trató de protegerla, explicando a la madre superiora que era una niña un tanto especial, no logró que Rosario la entendiera, y tuvo que aceptar que le adjudicara alguna labor: dos horas de trabajo en el huerto del que se alimentaban, ubicado en el claustro que ocupaba el patio central del edificio.

Por las mañanas la hermana Angélica le daría clases. Rhina jamás había recibido una educación, y a Zulema le preocupaba cómo podría desenvolverse con normalidad si no hablaba. Además, Angélica no tardaría en descubrir su secreto... ¿La juzgaría, como habían hecho otros antes?

—Ésta será vuestra habitación —les explicó Rosario. Entró en ella con paso vital y decidido. Era una estancia pequeña y cuadrada. Se detuvo y abrió los brazos, abarcando el sencillo espacio donde se encontraban. Había dos camas, un armario, un espejo y un crucifijo junto a una única ventana enrejada por la que entraba el sol—. Bueno, podéis instalaros y descansar. Más tarde vendrá a buscaros la hermana Angélica, y os enseñará más cosas. También os dará de comer, así saciaréis el hambre, que seguro que es grande, y os vais familiarizando con nosotras... ¡Sois bienvenidas! —sonrió.

Zulema correspondió con un tímido gesto. Estaba azorada. De pronto tenían un lugar seguro donde dormir, comida asegurada en su plato cada día... Aún no podía creer que hubieran tenido tanta suerte. Aquello era un milagro.

No podía sentir tristeza por haber perdido a su marido. Rafael ya no estaba con ellas... Le dedicó algún pensamiento, pero su muerte no le pesaba tanto en el corazón como había esperado.

Rhina fue hacia la ventana y se quedó quieta, con el rostro levantado hacia los rayos de sol que entraban a raudales por ella. Su pelo brillaba lleno de reflejos del color de los rubíes, y su piel blanca parecía reflejar la luz, como si fuera de mármol inmaculado, suave y perfecta.

Miraba más allá del patio, hacia la ciudad y sus calles asfaltadas, hacia el tráfico, los altos edificios, añorando el verdor de los bosques, las

flores y el frescor de los arroyos, una naturaleza en la que nunca había estado, pero que llevaba por dentro. Rhina se entristeció al ver cómo el hombre la había desterrado hasta los límites del olvido, encerrando sus orígenes en aquellos mares de cemento, en islas diminutas de verdor, hasta donde alcanzaba la vista y más allá. Su corazón se contrajo y un latido saltó en su pecho más fuerte que los demás. El sol de verano hacía que la temperatura allí dentro fuera alta, pero Madrid ardía bajo el sol, incapaz de desprenderse de su fuerza.

Detrás de ella, Zulema estaba sudando. Se sentó en una de las dos camas y esperó...

Rhina, sonrió. El aire se refrescó enseguida, y un dulce olor a hierba recién cortada se extendió por la habitación.

—¡Rhina! —Zulema se asustó—. Cariño, debes ser discreta —le rogó. Se levantó y se arrodilló a su lado, tomando sus delicadas manos entre las suyas—... Aquí podemos ser felices, pero sólo si somos discretas, ¿lo entiendes?

Rhina miró de soslayo hacia el exterior, suspiró, y al fin asintió, aunque de mala gana. Luego abrazó a su madre y apoyó la cabeza en su hombro. Su cuerpo siempre transmitía una suave vibración, como si estuviera cargada de electricidad. Zulema ya estaba acostumbrada. Cuando la abrazaba, esa corriente recorría su cuerpo, y durante las siguientes dos horas se sentía vital y pletórica, como si hubiera estado mirando a Dios directamente a los ojos. Apartó un poco a la niña y la besó en la mejilla. Los ojos verdes de Rhina eran profundos y misteriosos, guardaban mil preguntas y mil respuestas, era como mirar en un profundo bosque y pertenecer a él, más allá de las ataduras terrenales, más allá de la vida y la muerte, como si la niña fuese eterna.

Tal y como les había prometido la hermana Rosario, Angélica fue a buscarlas y las guió por el convento, mostrándoles sus distintos apartados. Su habitación estaba en la segunda planta, donde dormían tanto las monjas como los otros dos acogidos, la madre polaca, Elizabetta Ciobotar y su hijo. Al parecer había llegado embarazada, en un estado lamentable, desnutrida y maltratada. Había dado a luz allí. Zulema cruzó una mirada con ella, y vio una profunda tristeza, toda la humillación por la que había pasado a lo largo de su vida, la miseria... Hubo una comprensión entre las dos, se reconocieron, y Zulema sonrió. Elizabetta correspondió su sonrisa con timidez.

En el primer piso estaba la cocina, enorme y bien provista, el comedor, con dos grandes mesas corridas, el almacén, una pequeña capilla, la biblioteca, surtida gracias a las donaciones, una enfermería, y un aula pequeña para las clases. En el patio exterior estaba el claustro, y en él el huerto, muy pobre y escaso. Una vieja encina crecía en un extremo, muy seca y retorcida.

Rhina se aproximó a ella y apoyó una mano en su tronco, durante un minuto.

—¿Qué hace? —preguntó Angélica.

—No lo sé —mintió Zulema. Estaba pálida, temiendo que Rhina hubiera olvidado que debía ser discreta—... Le gusta la naturaleza...

—Ah, entonces le encantará trabajar en el huerto, aunque la tierra que tenemos es pobre... ¡y nuestras verduras y hortalizas no crecen con fuerza!

Eso se debe a que aquí ninguna somos experta cultivando, la verdad —se rió. Rhina regresó entonces, se puso junto a Angélica y cogió su mano de forma muy inocente. Su madre palideció. Buscó la reacción de la monja con ansiedad, pero ésta sonreía de felicidad, desconcertada... Se inclinó para besar a la niña con verdadero arrobó—... Creo que os gustará estar aquí, sí... ¡estoy segura!

Se levantó, de pronto dominada por una oleada de energía vital, y las condujo al comedor, dispuesta a saciar su apetito. Llevaban sin comer con fundamento mucho tiempo.

El hijo de Elizabetta las observaba lleno de curiosidad por una de las ventanas. Le atraía aquella niña, intuía lo especial que era.

Mientras estaban sentadas disfrutando de un buen desayuno, con zumo de naranja, huevos revueltos y algunos dulces, la hermana Angélica le explicó a Zulema cual era el papel del convento en La Cañada. Se desplazaban hasta allí tres veces por semana, visitaban a las familias más necesitadas, las ayudaban como podían, trataban de concienciar a las personas para que dejaran que sus hijos acudieran al colegio a estudiar, instruían a los más jóvenes contra el peligro de las drogas, buscaban donaciones...

Estuvo reflexionando un instante.

—...Si logramos que la convivencia sea buena, y que disminuya la grave situación de conflictividad, el tráfico de drogas, la alta mortalidad infantil, el hambre —la hermana Angélica sacudió la cabeza—... Hay tanto que hacer... Qué te voy a contar que no sepas, corazón... Lo que habéis pasado, doy gracias a Dios de que hayáis salido ilesas de ese horrible

incendio...

—Yo no quiero volver allí...

—Lo sé cariño, lo sé... Y nosotras vamos a hacer lo imposible para que encuentres pronto un trabajo. Mientras tanto, éste es vuestro hogar...

Por la tarde, Angélica se llevó a Rhina al huerto, y estuvo enseñándole cómo regar, cómo sembrar, qué habían plantado... Zulema al principio no quiso separarse de ella, temerosa de lo que pudiera hacer o no, pero la hermana Teresa apareció y la apartó de su lado para llevársela a la biblioteca. Habían recibido unas cuantas cajas de libros y había que catalogarlos, incluirlos en la base de datos, y colocarlos en las estanterías.

—¿No sabes leer y escribir, Zulema?

La joven enrojeció. Había ido al colegio en su país, antes de que sus padres la enviaran a España, a los diez años... Sus conocimientos eran escasos y la falta de práctica había hecho que se volviera torpe y lenta.

—Te ayudaremos con eso y verás cómo mejoras —aseguró Teresa— ... Por ahora ayúdame a catalogar los libros de esas dos cajas —señaló dos, pesadas y abultadas, que descansaban junto a la puerta de entrada—. Ven, te enseñaré cómo...

Aquel primer día entre las capuchinas pasó raudo para madre e hija, lleno de emociones, novedades y, sobre todo, de esperanza. Conocieron a la

mayoría de los civiles que solían acudir al convento. No se mostraron recelosos u hostiles ante Rhina. Zulema no sabía si la hermana Rosario les había aleccionado al respecto, o si simplemente tenían otra predisposición hacia la niña, gracias a la beneficiosa influencia que las monjas ejercían sobre su carácter, pero su corazón se aligeró.

Únicamente el chico de la mujer polaca pareció reaccionar de forma extraña ante ella. Al acercarse, Zulema vio en su rostro una expresión expectante, de recelo. A la joven no le gustó el miedo oculto tras sus gestos, pero no iba a ser ella la que juzgara a un niño, no después de todo lo que había pasado con Rhina.

El chico se acercó a Rhina. Era un muchacho un poco más mayor, de unos doce años, alto y delgado, de cabello oscuro y ojos grandes y curiosos, ávidos de saber. Se notaba que era reflexivo e inteligente. Rosario le susurró al oído que era muy tímido, poco dado a conversar o a los juegos. Alargó la mano y tocó un mechón del cabello de su hija. Al verle hacerlo, Zulema temió que, como ocurría siempre, le traspasara aquella sutil corriente eléctrica que desprendía. Se preparó para una posible mala reacción...

Sin embargo, no pasó nada... Sólo se puso rígido. Fue un instante. No exteriorizó sorpresa, sino que se limitó a apartar la mano y a mirarse los dedos, frotándolos entre sí. Ahora Rhina había despertado su curiosidad. La niña le sonrió.

Había alguien más pendiente de lo que sucedía: Elizabetta. Observaba el encuentro junto a la hermana Rosario. Zulema le dedicó unos instantes de atención. Adivinó enseguida que, como ella, guardaba algunos secretos. Llevaba sus propias heridas grabadas en la expresión de unos ojos azules esquivos, en una postura algo apocada, retraída, en una medio sonrisa trémula... De nuevo cruzó una mirada cómplice con Zulema. Ésta hubiera

querido preguntarle al respecto a la hermana Rosario, pero no se atrevió. Tal vez más adelante...

Aquella primera noche, al acostarse, madre e hija se sintieron amparadas, por primera vez libres y felices. Aunque tener a Rhina cerca siempre traía consecuencias. Zulema lo sabía, por eso dio muchas vueltas en la estrecha cama antes de dormir. Estaban en pleno verano, y la temperatura, fuera y dentro del convento, era elevada, el aire nocturno sofocante. Los grillos en el huerto cantaban, Zulema sudaba. Había apartado las mantas, incluso le sobraba el camisón... A su lado, Rhina dormía. A ella no parecía afectarle el calor. Se oía su respiración tranquila.

Entonces, poco a poco, se produjeron los primeros cambios en el ambiente. Siempre pasaba igual... Zulema lo notó en la piel. Había dejado de sudar, incluso se le erizó el vello y se estremeció. El aire se había tornado fresco, no sólo en la habitación, sino en todo el convento. Las paredes suspiraron, aliviadas de la presión que habían acumulado durante las horas de sol... Zulema se cubrió con la manta, agradecida por el sutil cambio que se iba apoderando del ambiente... y al mismo tiempo preocupada por lo que significaba. Rhina no podía evitarlo. A su alrededor todo cambiaba, el aire, el agua, las plantas... la vida simplemente se plegaba a su fantástica naturaleza.

Al día siguiente, la hermana Angélica se levantó animosa después de una noche placentera. Había dormido de un tirón por primera vez en lo que llevaban de verano. No había sudado, e incluso había tenido que taparse con la colcha. Sin duda el calor les había dado una tregua. Se lavó, se vistió con su hábito, y salió llena de vitalidad, con el ánimo alegre. Normalmente, antes de acudir a rezar a la capilla, solía pasear diez minutos por el patio.

Aquella mañana lo hizo con un especial deseo de ver el huerto. Albergaba la esperanza de que con el fresco las plantas hubieran revivido. Al

salir, una brisa suave y perfumada acarició su rostro. Inspiró con avidez, seducida por aquella fragancia maravillosa. ¡Nunca había sentido nada parecido! La luz del sol la cegaba, pero en cuanto se adentró en el patio, con la mano sobre la frente a modo de visera, comprendió que algo había cambiado... de forma milagrosa.

La encina fue lo primero que llamó su atención. No era que su viejo tronco leñoso estuviera menos retorcido y seco, que también, era que sus ramas habían cobrado nueva vida y se elevaban vigorosas hacia el cielo despejado, llenas de nuevas yemas, brotes muy verdes... Era que sus hojas, antes amarillentas y quebradizas, ahora se agitaban con la agradable brisa, más propia de la primavera, pletóricas y tiernas.

Angélica se acercó al huerto con la boca abierta. Las hortalizas, el día anterior mustias, asfixiadas por el calor, se erguían lozanas, más altas, más fuertes. Las verduras, las plantas de pimientos, de tomates, lucían fantásticos, cargados de frutos, a rebosar... ¿Qué era aquello?

Un milagro...

Dio media vuelta y corrió a avisar a la hermana Rosario, ¡a toda la congregación!

El temor de Zulema se hizo realidad, aunque no como lo había imaginado. No hubo gritos ni censuras, ni miedo. Eso consoló su ánimo.

Le despertó un murmullo de voces en el patio, al que daba su ventana. Era muy temprano, apenas las ocho de la mañana. Su instinto hizo que

sospechara, apartó las mantas y se levantó para asomarse y ver qué ocurría.

Las monjas se arremolinaban en torno al huerto. Vio la encina, tan lozana y llena de vida... En general, su aspecto era más fresco, como el de un joven árbol que despierta con timidez al llegar la primavera... En cuanto al huerto... sus verduras y hortalizas...

Las monjas habían salido, alertadas por la hermana Angélica, a contemplar el curioso fenómeno. Murmuraban alborozadas entre sí, sin poder explicar aquel poderoso cambio en el patio. Y eso que no se habían fijado todavía en las florecillas que ya brotaban a través de las grietas de los muros del edificio. Zulema las vio, y palideció. Se volvió hacia Rhina, que se estaba vistiendo para asistir a las clases de Angélica, ajena al revuelo que se había organizado fuera. Parecía tranquila, como si aquello no fuera con ella. No, no podía evitarlo, se dijo Zulema acongojada. Imposible disimular...

En cuanto las monjas ataran cabos se percatarían de lo que era Rhina. ¿Qué harían entonces?

No iban a tardar mucho en comprender...

La temperatura invitaba a estar fuera, a ejercitar las piernas... La hermana Teresa y otra de sus compañeras, seducidas por el ambiente primaveral en que se encontraban, decidieron salir del convento y hacer algunas compras.

Sin embargo...

En cuanto traspasaron el portón y pusieron un pie fuera del edificio, fueron recibidas por un bofetón de calor, seco y asfixiante. Se detuvieron de golpe, sorprendidas. No comprendían. Teresa retrocedió. Tras los muros del convento, se mantenía aquel agradable día de primavera, fresco y saludable. Dio unos pasos y salió. La diferencia con el exterior era abrumadora. Se sofocó, su cuerpo se hundió bajo la presión del verano más asfixiante. Fuera del edificio, era otro día más, tan caluroso y sofocante como los anteriores...

Teresa retrocedió, regresó dentro... salió, entró... Su compañera hizo lo propio, en silencio. Querían comprobar que no lo estaban imaginando. Probaron varias veces. Cada vez que cruzaban el portón, de vuelta al convento, el aire fresco repelía el agotador calor. Incluso olía distinto... a primavera. Volvieron a salir... El calor las golpeó de nuevo, el ambiente cargado por los tubos de escape de los coches... Teresa cruzó una mirada con la hermana María.

Incomprensible. ¿Qué estaba pasando?

Ese fue sólo el comienzo. En poco tiempo aquel fenómeno se hizo habitual, algo notable, mágico... La influencia de Rhina se extendió a todo el barrio, que pasó a ser el único de Madrid en disfrutar de un microclima privilegiado. Los parques y jardines reverdecieron, las plantas que la gente tenía en balcones y terrazas crecieron con fuerza inusitada, más bellas que nunca, en los solares abandonados crecieron árboles frondosos, y el aire permaneció fresco y limpio, lleno de fragancias sutiles. En Pinar del Rey ya no había contaminación.

Las hermanas capuchinas adivinaron sin dificultad que aquel milagro era ocasionado de algún modo por Rhina... pero no dijeron nada. Como

mujeres de fe, creyentes en el milagro de la creación, acostumbradas a creer, se dieron cuenta de que una criatura así debía permanecer oculta a ojos del mundo, por su seguridad.

Zulema no tuvo que suplicar.

No obstante, la madre superiora tuvo una conversación seria, en privado, con ella. Quería saber a qué atenerse. Zulema, cuyo agradecimiento era inconmensurable, le confesó sin tapujos que la niña no era suya en realidad. Le contó cómo había llegado a este mundo. Habló con lágrimas en los ojos, y la hermana Rosario vio brillar en ellos una súplica para que no se la arrebataran. La escuchó con atención. Lejos de estar alarmada o preocupada, estaba emocionada. Cuando Zulema terminó de hablar, se ratificó en su pensamiento. Estaban ante un acontecimiento único y hermoso. Se guardó aquel relato en lo más profundo de su corazón.

—No temas, Zulema, la protegeremos... Aquí estará a salvo.

—Pero hermana, ya ha visto lo que ha pasado, y en tan poco tiempo...

Rosario miró por la ventana. Desde su despacho se veía el barrio transformado.

—Tienes razón, no puede evitarlo —dijo, un poco para sí misma.

—No, no puede evitarlo. Donde ella está, la naturaleza revive, crece

espontáneamente... Hermana, lo que me preocupa, es que sólo tiene ocho años. Cuando era más pequeña, sus efectos alrededor eran menos... llamativos... Y ahora... ¿Qué ocurrirá cuando sea una adolescente?


—No lo sé. Lo que sí sé es que debe permanecer aquí.

Tras la puerta escuchaba el hijo de Elizabetta Ciobotar. Lo había oído todo, aunque ya sabía la verdad. La había sabido desde que tocara el cabello de Rhina y sintiera aquella inusitada corriente vital corriendo por sus venas. No había vuelto a hacerlo, pero ansiaba más. Quería lo que ella tenía.

Por supuesto, el impresionante cambio del barrio llamó la atención de las cadenas locales, y la televisión se presentó en Pinar del Rey en varias ocasiones para hablar del curioso caso. Por fortuna los periodistas nunca pudieron ir más allá. Las capuchinas cumplieron un papel vital en ello. Cerraban filas en torno a la fuente de un milagro tan extraordinario. Nadie, fuera del convento, conocía la verdad. Los medios trataron el fenómeno como algo natural, curioso, sí, pero nada más. El furor del milagro de Pinar del Rey duró un tiempo, luego se perdió, como ocurre siempre, en la marea de las noticias. Al fin, dejó de ser comentado.

Capítulo 22

Madrid, 2017

 **C**ris contuvo la respiración... El claro ya no estaba tal y como lo había dejado. Continuaba hermoso y espléndido... pero su exuberancia se había extendido.

Al llegar al sendero, en el límite donde empezaba, el espectáculo se había abierto ante ella y la unidad de investigación de la policía nacional, como un cuadro ilustrado por un artista de fantasía.

La encina era ahora aún más grande, y algunos enormes pinos alrededor se habían vuelto inmensos, sus ramas se habían extendido, más tupidas, más coloridas... la hierba crecía densa y fragante, y había flores de todas las clases y colores asomando aquí y allá... mariposas grandes y bellísimas revoloteaban alrededor... Si en ese momento hubiera aparecido un hada o un elfo saltando a lomos de un conejo, a nadie le habría sorprendido.

Sandoval se bajó del todoterreno y se acercó al linde de aquel bosque espectacular, tan anonadado como los demás.

—¿Es aquí? —inquirió con voz respetuosa.

—Sí, es aquí —repuso Cris, que se había bajado detrás de él—... Pero no estaba así la última vez... Esta... explosión natural... se reducía al claro, y ahora... no sólo es más fuerte, sino que se está expandiendo al resto del bosque...

El equipo se fue acercando. Nadie hablaba. Todos, sin excepción, sentían una reverente emoción ante tanta belleza. Parecía mentira que hubieran ido allí a descubrir un cadáver. El incomparable paraje invitaba más a pasear y a soñar...

—Creo que por esto me fui —dijo Cris de pronto—. Sandoval, si hubo una razón para que abandonara la Unidad, creo que debió de ser ésta...

El inspector la miró sin responder, aunque en sus ojos había comprensión. Se volvió de nuevo hacia aquel espacio natural y paseó la vista sobre él, evaluándolo... Enseguida su lado práctico regresó. Tenían trabajo que hacer. Ordenó precintar un perímetro alrededor de la encina. Los técnicos entraron en el claro con sus trajes blancos y el material que necesitaban preparado. Cris los guió hasta la encina centenaria.

Era increíble, estaban en invierno, y la temperatura en el prado era primaveral.

Se agachó. Apartó las matas para mostrarles la abertura que daba acceso a la cueva bajo tierra, en el viejo tronco.

—Primero entraremos Dávila, Stoian y yo —propuso Sandoval. Los demás, esperad a nuestra señal para bajar. Avisadme en cuanto llegue Castillo con el secretario judicial y Quejada.

—Señor, los Whitaker quieren acercarse...

Sandoval miró hacia el borde del claro. El matrimonio aguardaba en el límite del bosque. Cris había suplicado que esperasen antes de informarles. En vano. Ahora lloraban en silencio, anhelando que aquel cadáver fuera el de su hija, sólo porque así, al fin podrían descansar.

—Que se queden donde están, no harían más que estorbar —decidió Sandoval.

Empezó a lloviznar alrededor, pero no en aquel espacio privilegiado. A los miembros del equipo aquello ya no les resultaba tan sorprendente. Ya habían experimentado el mismo fenómeno en la M30.

Cris entró la primera a través del tronco de la encina, seguida por Sandoval, cuya envergadura hizo que tuviera que retorcerse para poder avanzar. Dávila entró el último. Uno por uno fueron adentrándose bajo tierra, hasta la cueva. Era un espacio reducido, por eso sólo podían estar como mucho cuatro personas al mismo tiempo. Como a Cris, les sobrecogió la belleza de la vegetación que crecía en aquel profundo agujero, lejos de la luz del día.

El cuerpo de Diana Whitaker estaba a la vista. Yacía entre las hojas y las flores, con el rostro vuelto hacia el techo. Las cuencas de sus ojos, vacías,

y la garganta abierta, daban el toque macabro a la escena.

—Hay que desenterrar el cuerpo sin estropear el escenario. Puede que haya pruebas en la tierra...

—¡Sandoval! —una voz les llegó desde el exterior, amortiguada por las paredes de roca.

—¿Ha llegado ya Quejada? —gritó el inspector.

—¡Está aquí fuera, con el secretario judicial y Castillo! —repuso la voz.

—¡Hay poco espacio aquí! ¡Que venga sólo Quejada!

Oyeron que alguien se arrastraba por el túnel, y enseguida la cabeza de un hombre asomó en la cueva. El forense resbaló y cayó, como les había ocurrido a los demás, entre imprecaciones y aspavientos. Cuando se puso en pie, tuvo que encorvarse. Era muy alto para aquella cueva.

—¿Stoian? —arqueó las cejas al reconocerla. Sus pequeños ojos brillaron inquisitivos detrás de sus lentes. Entonces la abrazó—. ¡Caramba! No esperaba verla aquí, ¿qué ha pasado? Nos tenía preocupados... ¿Dónde se había metido?

—Quejada, acérquese —le interrumpió Sandoval. Cris se lo

agradeció, porque no sabía como responder a esa pregunta. Tampoco reconocía a aquel hombre, aunque era de suponer que si llevaba mucho tiempo en la Unidad, habría coincidido con él muchas veces. Se apartó de su camino.

Quejada estaba sinceramente aliviado de verla, aparentemente en buen estado de salud, aunque... no dejó de notarlo, muy desmejorada. Se guardó sus preguntas para más tarde y se inclinó con interés sobre el cuerpo sin vida de la nueva víctima. El inspector Sandoval rebuscaba entretanto en los bolsillos del pantalón del cadáver, unos tejanos. Extrajo de ellos una cartera. La abrió, rescató el carnet de identidad... Era, tal y como Cris había creído siempre, Diana Whitaker.

Quejada lo lamentó. Lo primero que hizo fue volver levemente el rostro de Diana hacia él para ver mejor las cuencas vacías de sus ojos, observó el profundo corte que cercenaba su garganta, el color de su piel, el estado de sus dientes, sus uñas... la lengua renegrida...

—Esto pinta mal...

—No es asesinato.

—No, todo apunta a que se ha degollado a sí misma...

—...después de arrancarse los ojos...

Dávila, que estaba buscando entre las hojas, señaló los globos

oculares. Estaban entre la hojarasca, intactos. Los cogió con cuidado entre sus manos enguantadas para meterlos en una bolsita. Enseguida encontró también el cuchillo con el que se los había extraído antes de quitarse la vida.

—...como en el caso de Lucas Huarte.

—Me temo que cuando le haga la autopsia el resultado será el mismo.

—Estamos ante otro macabro suicidio —gruñó Sandoval.

—...y apostaría —Quejada levantó la muñeca derecha de Diana. La volteó para mostrar su cara interna—... Mire, tiene una erupción idéntica a la que vimos en Huarte y en Stoian —Cris palideció al verla. Era idéntica a la que ella misma tenía... Escondió instintivamente la mano, como si estuviera marcada por alguna maldición—. Como le dije, no he podido determinar su origen, es abrasiva, más bien como una quemadura, aunque no he visto nada igual. Por supuesto analizaré también ésta, para confirmar si han sido originadas de la misma forma. Tendré que comprobar sus pulmones y su torrente sanguíneo, por si también ella ha sido invadida por el cuerpo extraño del que le hablé —se inclinó para oler su boca, que como en Huarte, estaba abierta y mostraba la lengua—... Y ese olor otra vez...

Cris palideció. Llevaba notándolo un rato, pero había creído que procedía de su aliento, no del cadáver. ¿Qué significaba eso?

—¿Le han dicho algo desde el CIB?

Quejada negó con la cabeza.

—Aún no...

Cris escuchó sobrecogida. ¿De qué hablaban? ¿Qué cuerpo extraño había invadido los pulmones y la sangre de Lucas Huarte? Las náuseas revolvieron su estómago, no sólo por ver cómo podría haber terminado su vida, sino porque le vinieron a la cabeza sus accesos de tos, sus esputos con sangre y esos extraños posos verdes...

—¿Cuánto tiempo diría que lleva bajo tierra?

—Imposible saberlo ahora, se ha conservado milagrosamente bien, habrá que esperar, aunque... diría que lleva mucho tiempo bajo esta hojarasca.

—¿Semanas?

—Meses.

—No lo comprendo —dijo Dávila—... Mire sus globos oculares, ¡están intactos! —Quejada estaba de acuerdo, pero no podía explicar que se hubiera conservado así—... Ya son dos víctimas que se suicidan del mismo modo, que sepamos...

—Desde luego es algo que se sale de lo corriente —reflexionó

Quejada—. Recuerde que Daniel Stoian —se volvió un poco hacia Cris al hablar de su hermano—... también se suicidó, y el entorno era igual... De manera que ya son tres víctimas, que sepamos.

Cris les escuchaba, y se preguntaba si debía mostrarles sus marcas. Ella sería la cuarta víctima si Daniel no la hubiera encontrado... Dio un paso y adelantó su brazo derecho, decidida a arremangarse la chaqueta y dejar al descubierto aquella espeluznante marca rosada en su muñeca.

Sandoval se incorporó en ese momento y se dirigió a Dávila, mientras el forense anotaba algunas observaciones en su libreta.

—Sandoval, creo que... —empezó Cris.

—¿Es eso normal? —la interrumpió Dávila.

Cris miró hacia donde él apuntaba, al cuerpo de Diana. Palideció. Al ver su reacción, Sandoval y Quejada se giraron también. Descubrieron, impresionados, que se estaba descomponiendo. Un extraño fulgor verde brilló un instante bajo su piel, a través de sus venas muertas, y recorrió brazos y piernas hasta extinguirse. El fenómeno duró apenas unos segundos... Enseguida la carne se acartonó, tornándose rugosa, como la corteza de un árbol. El cadáver de Diana Whitaker se transformó ante sus ojos, hasta parecer materia vegetal... que de pronto empezó a descomponerse. Antes de que pudieran hacer nada, lo que quedaba de ella se desmoronó en una montaña de partículas leñosas. Sólo quedó un montón informe que finalmente se pulverizó y desapareció.

Acababan de presenciar un espectáculo sobrenatural. Se quedaron mudos e inmóviles durante dos minutos. Quejada fue el primero en reaccionar. Extendió la mano hacia el lugar donde había estado el cuerpo y palpó el suelo. No quedaba nada. Sandoval se mesó el cabello, estupefacto, y Dávila soltó un exabrupto, mientras se preguntaba qué había pasado. Aún sostenía en su mano la bolsita con los globos oculares de la víctima. La levantó en el aire para ver si aún estaban allí.

Se habían desintegrado, al igual que el cuerpo.

—...es lo mismo que pasó con Lucas Huarte en la sala de autopsias...
—murmuró Quejada.

En ese momento Cris se desvaneció. Sandoval acudió enseguida a socorrerla, creyendo que le había impresionado el extraño fenómeno, pero cuando se agachaba para incorporarla, se fijó en su brazo. Aún tenía la manga de la chaqueta subida, y la muñeca derecha al descubierto...

—¡Quejada! —exclamó alarmado—. Joder, Stoian es otra víctima...

El forense se acuclilló a su lado y tomó con cuidado la muñeca de Cris. Palpó aquella curiosa erupción. Al hacerlo descubrió también las cicatrices blancas que marcaban su antebrazo... Miró a Sandoval con gravedad.

—¿Qué ha pasado?

—La hemos localizado hace poco, desayunando en su barrio. Dávila la vio también días antes en El Retiro, pero se le escapó. No sabe qué le ha pasado, no recuerda nada, ni siquiera sabe que es policía.

—Por eso no me ha reconocido —conjeturó Quejada—. Me había parecido extraño, pero ahora entiendo...

— A la vista está... que es una víctima más.

—Con una salvedad, que ella ha sobrevivido. Estas cicatrices...

—...su hermano la encontró —continuó explicándole el inspector, y señaló a Cris—... Eso sí lo sabe. Su hermano le dejó una nota antes de morir. Al parecer despertó en un bungalow en un camping de la sierra. Daniel la llevó allí para protegerla, no sabemos de qué, y le dejó un mensaje en el que le pedía que no hiciera nada, y que no avisara a la policía. Stoian esperó un tiempo, pero al ver que su hermano no volvía a buscarla, optó por salir del camping. Fue ella la que descubrió su cuerpo. Llamó a emergencias, luego se marchó antes de que llegáramos...

Quejada reflexionó. La historia de la inspectora Stoian era rocambolesca, y seguramente muy importante para resolver el caso, si es que lograban que recordara algo.

—También su hermano tenía esa condenada mancha —reflexionó. Aquello colocaba a Cris Stoian en una situación muy delicada—... Habría que hospitalizarla —concluyó—. Viendo lo que les ha ocurrido a los cadáveres de Huarte y Whitaker, tengo razones para temer por la vida de su

compañera.

—Si ha sobrevivido, quiero decir, si ha evitado la muerte, tal vez no sufra las mismas consecuencias, ¿no?

—No puedo asegurarlo.

La sacaron de la cueva. Una vez fuera, Cris empezó a reaccionar. El aire fresco del claro la revivió. Al abrir los ojos y ver que tenía la manga de la chaqueta subida hasta el codo, y a sus compañeros alrededor, comprendió que habían descubierto sus marcas. Quiso levantarse.

—¿Se encuentra bien, Stoian? —preguntó Quejada. La obligó con amabilidad a permanecer tumbada un rato más—. ¿Se marea?

—No...

—Dígame, ¿ha notado algo desde que su hermano la rescató? —Cris comprendió que Sandoval le había puesto al corriente de todo—. Cualquier cosa, mareos, fiebre, debilidad...

—...Suelo desmayarme —admitió ella—... Pero esta vez ha sido distinto, ha sido por lo de esa chica... Ella, ella tiene una mancha como la mía... Le he oído hablar sobre lo que encontró en sus pulmones, y... supongo que me he asustado...

Quejada asintió comprensivo.

—¿Y cómo es cuando se desvanece otras veces?

—Siento... una corriente de fuego que me recorre, algo muy intenso que no puedo soportar, y entonces me desmayo... A veces, un poco antes... me da un acceso de tos, y suelo escupir saliva con un poco de sangre... y algo más, como posos de té...

Sus compañeros la escuchaban con el rostro demudado. Nadie dudaba de su condición de víctima. ¿Habrían pasado Lucas Huarte, Diana Whitaker o Daniel Stoian por el mismo proceso?

—Le he dado instrucciones a su compañero para que la pongan en observación —Quejada estaba siendo amable con ella. Sus ojos miopes brillaban preocupados tras las lentes—. Debe someterse a un chequeo completo.

—¿Ingresarme?

—Irás al Infanta Sofía —la tranquilizó Quejada—. Tienen un buen equipo de neumología, y el CIB colaborará con ellos.

—¿El CIB? ¿Y eso debe hacerme feliz? —se quejó ella—. Pero si estoy bien... ¿No pueden hacerme ese chequeo sin tener que...?

—Señorita Stoian —el forense se dirigió a ella con paciencia—... Me temo que va a ser absolutamente necesario.

—¿Cuánto tiempo?

—No lo sé, depende de lo que dictaminen los expertos.

Cris guardó silencio. Sopesaba su situación. Hasta entonces se había resistido a acudir al médico, pero ahora... Estaba realmente asustada. Al fin asintió.

—...pero me quedaré sólo lo necesario para que me hagan las pruebas. Después, me vuelvo a mi casa. Sandoval... no estoy retenida... ¿no?

—No, claro que no. Dávila, acompáñala, nosotros terminaremos aquí.

Cris abandonó el claro mientras Sandoval y su equipo volvían al trabajo. Estaba descompuesta, temblaba y no paraba de darle vueltas al increíble fenómeno que acababan de presenciar... Atravesó el claro en un estado histriónico.

Los Whitaker estaban allí, mirándola. Iban a hacerle preguntas, querían saber... Trató de dilucidar qué podía decirles.

Nada, mejor era no decirles nada, que lo hiciera Sandoval...

—Por favor, ¿podemos evitarles? —le rogó a Dávila—. No tengo ánimo para hablar con ellos...

Pero Donald Whitaker salió a su encuentro.

—Señorita Stoian —la saludó. Había una muda súplica en su mirada —... ¿La has visto?

—Por favor, Cris, dínoslo —murmuró Rose. También se había acercado. Una lividez mortal cubría su rostro nórdico, y sus ojos enrojecidos se llenaban de lágrimas. Ya sabía la respuesta, sólo quería escucharla de labios de otra persona—, por favor...

—Por favor, señores, no se encuentra bien, Sandoval responderá a sus preguntas...

Dávila quería protegerla, tal y como le había pedido que hiciera, pero, al verles tan descompuestos, Cris no tuvo corazón para marcharse sin responderles.

—No, tranquilo Dávila... Sí, la he visto —confirmó en voz baja—... Pero no puedo...

—Tendrán que esperar a que el inspector Sandoval les de los detalles, señores Whitaker —intervino de nuevo Dávila—... Sé que son momentos

duros, pero deben tener un poco más de paciencia, se lo ruego.

—Claro, un poco más... Después de tanto tiempo...

Donald Whitaker abrazó a su esposa y enterró el rostro en su cabello rubio.

—Vamos Cris —murmuró Dávila—... Tú y yo nos vamos al hospital ya mismo...

Cris no podía apartar la mirada de sus amigos. Verles así, soportando el golpe de la pérdida, era difícil. Se deshizo del férreo brazo de su compañero y se acercó para abrazarles.

—...lo siento... Lo siento mucho, no sé...

—Cris, gracias —musitó Rose—... Gracias por encontrarla —entonces sonrió—... Estamos tristes, es horrible, pero... también nos sentimos liberados, ¿comprendes? Gracias...

Dávila tiró de nuevo de ella y, esta vez sí, se la llevó al coche patrulla.

El trayecto hasta el Reina Sofía iba a ser largo y hubiera sido incómodo y silencioso, de no ser porque Dávila tenía ganas de hablar. Conducía muy bien, sin brusquedad. No apartó la vista de la sinuosa carretera

cuando se dirigió a Cris.

—¿Estás bien?

—¿Bien? En qué sentido...

—En general, supongo...

—No, en general estoy hecha mierda... Quiero que esto acabe, pero también quiero saber... Por mi hermano, por los Whitaker...

—...por ti, Cris... Por ti. Oye, éramos amigos, ¿sabes? Cuando trabajabas en la unidad. Buenos amigos, diría yo —sonrió mientras recordaba anécdotas que Cris había perdido por completo. Pretendía distraerla, seguro de que estaba dándole vueltas a lo ocurrido con el cadáver—... Por eso me jodió tanto cuando desapareciste. Dime, ¿no recuerdas nada? ¿Estabas siguiendo alguna pista por tu cuenta? Porque, si fue así, ojalá nos lo hubieras dicho... Ojalá, ¡porque así habiéramos podido cubrirte!

—...no sabes lo que hice, ni yo tampoco, ¿crees que actué premeditadamente sin vuestro respaldo? —se asombró Cris.

—...no sería tan raro. Eres impulsiva, y no sería la primera vez que haces algo así.

Cris agachó la cabeza. «*Tal vez*», se dijo. Reconocía que era terca,

muy terca.

—Oye, ¿vas a volver?

—¿Volver? ¿A la unidad?

—Sí claro, cuando te recuperes...

Cris lo pensó. No tenía modo de saberlo. Meneó la cabeza con disgusto.

—No lo sé... Ahora mismo no sé qué voy a hacer, aún estoy respondiendo preguntas, me falta una parte de mí, soy yo y no lo soy, así que...

—Recuperarás esa parte. Sé que lo harás. Una tía como tú no se rinde, de eso doy fe —se echó a reír, y Cris le imitó. Su corazón se distendió, más relajado—. Hazte las pruebas y vuelve al cuerpo. Sandoval te ayudará. Estás de baja, no expulsada. Seguro que si regresas te será más fácil recordar.

—Joder... No he ido al banco, ¡no sé cuánto debo! Después de tantos meses...

—Cris —sonrió Dávila—, estás de baja... eso significa que sigues cobrando... A no ser que quieras salir del Cuerpo, sigues siendo policía.

Cris enrojeció al oír aquello, y por un segundo sintió una desaforada alegría invadiendo su interior. Esbozó también una sonrisa al darse cuenta de que en el fondo le importaba lo de ser policía... o más bien lo de trabajar en homicidios, investigando. Eso era lo suyo. ¿Lo era? Tal vez...

Dávila la dejó ingresada en el Santa Sofía y se marchó, aunque no antes de dejar a un compañero montando guardia en la puerta de su habitación para protegerla, con órdenes estrictas de no perderla de vista.

«*Eres una víctima, necesitas protección...*», le dijo a Cris. Luego le guiñó un ojo y se fue.

La obligaron a meterse en la cama. Quejada había hablado ya con los responsables del hospital, y les había puesto al día en cuanto a lo que le ocurría, poniéndoles en contacto con el especialista del CIB que llevaba el equipo que analizaba las muestras del caso. Eso aceleró el procedimiento.

Enseguida acudieron dos enfermeras y empezaron los preparativos. Cris no estaba cansada, pero tuvo que someterse a las órdenes de los médicos y permanecer tumbada. Le pusieron una sonda y la conectaron a una máquina para tenerla controlada... Por la mañana, le dijo una de las enfermeras, le harían analíticas y todas las pruebas pertinentes. Le puso un sedante y le indicó que la enfermera del turno de noche iría cada tanto a comprobar que estuviese bien.

La instalaron en una habitación acristalada. Era como estar en una pecera, sabiéndose el pez al que todos observan. El policía en la puerta le resultaba tranquilizador, aunque, en aquellos momentos, Cris le temía más a

lo que pudiera tener en su propio organismo... que a lo que pudiera amenazarla desde el exterior.

Se acomodó lo mejor que pudo en aquella cama, demasiado rígida y estrecha para ser agradable, y soltó un bufido. Llevaba una de aquellas ridículas batas azules, abierta por la espalda, nada más, de manera que las cicatrices de sus brazos y piernas quedaban al descubierto. La avergonzaban. Había descubierto a Lucía, la enfermera más joven, mirándolas con disimulado horror. Levantó los antebrazos y las estudió. Eran marcas profundas y longitudinales, de trazo irregular. Ahora, con la incómoda vía conectada a su brazo derecho, aún resultaban peor. Miró el gotero. Estaba segura de que el sedante estaba ya en sus venas, porque un sopor suave empezaba a llevarse sus nervios, su miedo, y su conciencia. Antes de cerrar los ojos, echó un vistazo a la entrada de la habitación.

El policía no estaba, ¿a dónde había ido?

No vio que alguien abría la puerta y se colaba en la pecera, porque se durmió. Ni siquiera sintió cómo unos dedos cautos rozaban sus heridas, siguiendo su recorrido, muy despacio, desde el codo hasta la mano...

Capítulo 23



Sandoval había reunido al equipo en la central después del incidente en la sierra. Castillo, Peralta, Múgica, Sandoval y Dávila... Habían estado discutiendo sobre el hallazgo de Diana Whitaker y lo que implicaba el modo en que se había descompuesto. A falta de una conclusión por parte del CIB, poco podían deducir de ello. Flotaba una sensación de impotencia en la unidad. Aquello empezaba a desbordar su capacidad.

Castillo y Múgica habían salido a interrogar de nuevo a los testigos que habían estado con Diana Whitaker antes de su desaparición. Tal vez se les hubiese escapado algo. Peralta había ido a las pequeñas poblaciones de la sierra, cercanas al camping, para ver si encontraba a alguien que hubiera podido ver a la joven el día de su muerte. Tal vez algún excursionista, o alguien que hubiese estado alojado en el camping. Volverían a interrogar a los Whitaker.

Palos de ciego...

Sandoval aún estaba en la central, rumiando aquel caso con verdadera preocupación. Eran las once de la noche y continuaba plantado delante del plano que había mandado colocar en la pared de la sala de reuniones desde el primer día. Habían pinchado una chincheta verde por cada persona desaparecida, media docena, y una roja por las que habían muerto. Las distintas víctimas habían ido desapareciendo en lugares dispares, sin aparente relación, por todo Madrid.

Las personas fallecidas eran tres, Lucas Huarte, Diana Whitaker, y Daniel Stoian, aunque el de este último era un caso distinto, porque en principio no se trataba de un desaparecido, como el resto. Sin embargo se había ahorcado, tenía la mancha en su muñeca, y su habitación se había convertido en un puto vergel...

Se adelantó y cogió otra chincheta roja de una cajita de plástico. La colocó en el garito donde Cris les había dicho que desapareció. La cuarta víctima era ella, Cris Stoian. Si no estaba muerta era sólo porque su hermano la había salvado. No podía decir dónde la había encontrado Daniel, por eso puso la chincheta en el garito. Dávila iba a pasarse por allí a hacer preguntas.

Durante la reunión, habían acusado más el hueco que Stoian había dejado en el equipo desde que desapareciera. Todos respetaban el lugar que solía ocupar en torno a la mesa. Era un alivio haberla recuperado con vida, pero la echaban en falta. Era una buena agente.

Sandoval se frotó las sienes. El CIB estaba demorando su respuesta en cuanto a la misteriosa sustancia encontrada en los cuerpos de las víctimas. Estaban en un punto muerto, y la presión de las autoridades estaba creciendo de forma intolerable. Cada día recibía una llamada de su inmediato superior, a quien a su vez le había llamado algún responsable político... Aquel era un caso muy mediático, a causa en buena parte de la aparición en la ciudad de esos espacios naturales en creciente expansión. Era un fenómeno imparable... Los medios también estaban ejerciendo una presión tremenda.

El inspector recapacitó.

Y Stoian... Sería bueno que recuperara la memoria, algo que sin duda les ayudaría mucho a avanzar... Sin embargo, al mismo tiempo, temía lo que eso podría acarrear. Si llegaba a revivir lo que le había pasado, algo traumático, sin lugar a dudas, volvería a ser la inspectora Stoian, y tal vez aclarara muchos puntos oscuros de la investigación... pero no sería la misma de siempre. Le sobrevendría una crisis traumática cuya gravedad nadie podía calibrar.

Estaba cavilando sobre todo esto, plantado delante de aquel plano siniestro, cuando le avisaron del Reina Sofía. La cólera se llevó su preocupación. Alguien había entrado en la habitación de Stoian no hacía ni diez minutos. Al parecer, el agente que debería haber estado en su puerta custodiándola había abandonado su guardia. Avisó a Dávila y a Castillo, y salió volando hacia el hospital.

Al llegar, ya había tres coches patrulla en la entrada, con sus luces brillando en la oscuridad de la noche. Varios policías se habían apostado en la entrada principal del Hospital y otros empezaban a repartirse alrededor del edificio. Dávila estaba esperándole. Daba vueltas en recepción. En cuanto le vio llegar salió a reunirse con él.

—Tranquilo, Stoian está bien, pero alguien ha estado en su habitación.

—¿Cuándo?

—Hace media hora.

—¿Qué ha pasado?

—La enfermera del turno de noche ha entrado a comprobar que Stoian dormía, y alguien se le ha echado encima. No ha podido verle bien, aunque asegura que era un hombre joven. No tenemos mucho para empezar a buscarle...

—¿Están cubriendo las salidas?

—Sí, ya están en ello...

—Bien, pues ve y revisa las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—Castillo ya está allí.

—Bien, venga, a ver si con suerte le han grabado entrando o saliendo.

Dávila obedeció, y Sandoval entró en el Hospital. No esperaba que Stoian se hubiese dado cuenta de nada. Por lo visto aún estaba bajo los efectos del sedante...

Pero se equivocaba. Cris se había despertado. Una enfermera estaba con ella. Cuando el inspector entró en la habitación, le tomaba el pulso.

—Pacheco —le dijo Sandoval con furia contenida—. Ya hablaremos

luego, ahora lárgate.

—Lo siento inspector —se excusó el agente—... Lo siento, fue sólo un momento...

—Después, Pacheco, vete y ve redactando un informe.

—...qué pasa... —preguntó Cris. Tenía la boca pastosa y estaba mareada.

—Tranquila cariño —le decía la enfermera—, todo está bien... Ya se ha ido.

—¿Qué... ¿Quién se ha ido?

El sedante aún estaba en su organismo, ralentizando sus reflejos. Abotargaba su mente. Sandoval se acercó a la cama.

—¿Está bien? —le preguntó a la enfermera.

—Parece que sí, no ha llegado a hacerle nada —aseguró la chica—... Sus constantes vitales son normales, sólo está atontada por el sedante.

Ajustó el gotero, y sonrió. Luego se retiró con un revuelo de su bata blanca que dejó en el ambiente un aire fresco y perfumado que a Cris le

gustó. Era mejor que ese otro hedor dulzón que inundaba la habitación...

El olor, ese puto olor...

¡Joder! Quiso incorporarse, pero Sandoval se apresuró a impedirselo.

—¡Ey, ey... Tranquila, quédate tranquila, ya se ha ido...

—Joder, ¡apesta! —exclamó Cris angustiada—. ¿No lo hueles?

—Lo olemos todos...

—Es el olor que me viene cuando me desmayo —se angustió ella—
... es ese asqueroso olor, lo llevo conmigo todo el tiempo... ¿Quién era?
¿Quién ha estado aquí?

—No lo sabemos. Ha habido un fallo de seguridad —rugió Sandoval.
Miró de soslayo hacia la puerta, aunque Pacheco ya se había ido—, y alguien
lo ha aprovechado para colarse aquí... Agradece que la enfermera haya
venido a comprobar si estabas dormida...

—¿Le ha visto?

—No. Sólo sabe que era un hombre. Ha saltado sobre ella, y antes de
que se diera cuenta de lo que estaba pasando ha desaparecido. Estamos

revisando las cámaras de seguridad, por si lo han captado entrando o saliendo del Hospital.

A Cris se le escaparon las lágrimas.

—Es mejor que la deje descansar, inspector —una mujer intervino de pronto. Acababa de entrar en la pecera—. Disculpe, soy la doctora Vergara, su neumóloga.

—Sólo necesito un momento, doctora...

—Dos minutos...

—Stoian, siento lo ocurrido, créeme que me aseguraré de que nadie vuelva a acercarse a ti. He ordenado reforzar la vigilancia.

—Ha estado aquí...

—¿Puedes decirme algo que nos ayude a identificarle?

Cris negó con la cabeza.

—Sólo sé que huelo fatal...

Sandoval esbozó una sonrisa.

—Me duele la cabeza...

—Ánimo Stoian.

—Sandoval... Dávila me ha dicho que si quería volver a la unidad podría hacerlo, ¿es verdad?

Cris se sorprendió por haber preguntado aquello en un momento así. El sedante le estaba jugando una mala pasada. Sin embargo Sandoval no reaccionó como esperaba.

—Te estamos esperando —aseguró el inspector—. Todo a su tiempo. Sé que volverás a ser la misma «*tocacojones*» de siempre, pero primero necesitas recordar, y recuperarte.

—Claro...

—Bueno, si no puedes decirme nada más... Ahora tenemos trabajo que hacer. Te dejo descansar.

—Espero que le cojáis.

El inspector salió de la habitación, y Cris se quedó sola con la doctora

y la enfermera. Siguió con la vista a Sandoval todavía unos segundos, a través del cristal. Se detuvo y estuvo discutiendo con dos hombres en la puerta. Habían retirado al que la había dejado sola y le habían sustituido por dos nuevos agentes.

—Ahora estése tranquila y procure dormir. Mañana será un día largo —la doctora Vergara llamó su atención. Cris desvió la mirada hacia ella con pereza creciente—... Está usted bien, no le ha hecho nada, así que quédese tranquila.

Pero Cris no estaba tranquila. Esbozó una de sus medias sonrisas, tan frecuentes en su rostro últimamente, y se quedó mirando al techo de la habitación. Temía dormirse y volver a soñar.

—¿No pueden ventilar la habitación...?

—...el sistema de ventilación está funcionando, pero tenga en cuenta que ese olor procede de usted, por eso lo percibe en todo momento.

—...seguro... Lo noto en el aliento, no siempre, sobre todo cuando toso o cuando me voy a desmayar... y la boca se me seca, y se me llena de un sabor amargo...

La doctora anotó aquello en su libreta.

—¿Qué cree que significa?

—Es pronto para decirlo, pero haremos todo lo que podamos para averiguarlo.

La enfermera salió detrás de la doctora, y Cris se quedó en la pecera, a solas con un miedo muy racional castigando su entereza. No quería dormirse, sino luchar contra el efecto del sedante que la enfermera acababa de ajustar en su gotero...

Algo imposible.

Antes de que se diera cuenta sus párpados cayeron y casi enseguida su suave respiración se acompasó, más y más lenta.

Dávila se volvió a medias cuando Sandoval entró en la sala de control del hospital, donde los vigilantes tenían los monitores que mostraban lo que veían las cámaras. Castillo y él repasaban las grabaciones de las últimas dos horas, antes y después del momento en que la enfermera había asegurado que había ido a la habitación de Stoian y se había encontrado con el intruso.

—¿Nada?

Dávila meneó la cabeza.

—...es difícil con lo poco que nos ha dicho la enfermera... Alto, delgado, ropas oscuras... —musitó con los ojos fijos en las pantallas.

—Puede haberse cambiado al salir —conjeturó Castillo—, o puede que la enfermera no se haya fijado bien...

—Atentos a cualquiera que parezca sospechoso, varón, joven, solo —enfaticó Sandoval—. Tiene que aparecer.

—¿Y si ha burlado las cámaras?

—No por eso vamos a dejar de comprobarlo, ¿verdad? Venga Dávila, ya sabemos cómo es esto... Quiero resultados. Cuando acabéis avisadme. Voy a interrogar al personal, puede que alguien le haya visto.

—¿Cómo está Stoian? —preguntó Dávila.

Sandoval le puso una mano en el hombro.

.....parece que bien, no ha sufrido ningún daño, aunque está muy asustada...

—...hijo de puta... si llego a ponerle una mano encima...

—Inspector, ha aparecido un celador en la lavandería —un agente se asomó a la sala de vigilancia, con cara de urgencia—. Parece que le han dado un golpe en la cabeza, no hace ni cinco minutos... Han visto al sospechoso, creen que todavía está en el edificio...

—Joder, Dávila, ¡conmigo!

Los dos inspectores salieron al pasillo, mientras Castillo avisaba a los policías apostados en el exterior para impedir la salida del hospital a todo el mundo. El agente les señaló por dónde debían ir, hacia las escaleras que bajaban a la planta subterránea, donde estaba la lavandería, la cocina, y el acceso al parking del edificio.

—¡No tiene pérdida!

El inspector no le escuchaba. Corría ya escaleras abajo, con su arma reglamentaria en la mano. Dávila desenfundó también. Le seguía de cerca.

—Las salidas están controladas —escucharon la voz de Castillo por el transmisor—, si está aquí no se nos puede escapar...

La zona de lavandería era una sala grande llena de carros de ropa sucia. Había enormes lavadoras y secadoras apiladas en una pared, trabajando sin descanso. Olía a desinfectante y a jabón industrial. El zumbido de las máquinas era bastante fuerte. Allí, aún tirado en el suelo, estaba el celador, atendido por un compañero y una enfermera. Tenía un fuerte golpe en la

cabeza y sangraba. A un lado había una barra de metal ensangrentada, seguramente con la que le habían golpeado.

—...se ha ido por allí —les señaló ella.

—¡No toquen nada!

Se deslizaron como dos fantasmas por un ancho pasillo de suelo de linóleo. La luz de los tubos fluorescentes instalados en el techo era fría y directa.

—...con cuidado ahora... —susurró Sandoval.

Se cubrían el uno al otro mientras avanzaban. Se toparon con una sala. Comprobaron la puerta. Estaba cerrada con llave. Continuaron hasta el final sin ver ni escuchar nada sospechoso. Enseguida llegaron al acceso al parking.

—...a todas las unidades —dijo Sandoval por el transmisor—. Llegamos al parking, atentos...

El aparcamiento del edificio era un subterráneo de dos plantas, de techo bajo, iluminado por tubos fluorescentes de bajo consumo. La luz era pobre y había varias hileras de gruesas columnas redondas que impedían una visión diáfana del lugar.

Sandoval y Dávila se separaron.

Todo estaba silencioso. No quedaba personal del hospital. Habían sido aleccionados por sus compañeros. Dávila avanzó con habilidad, empuñando su arma, al tiempo que vigilaba sus flancos. Escudriñaba los rincones. Era difícil moverse por allí sin verse sorprendido...

Entonces alguien se abalanzó sobre él con violenta energía. Se había ocultado tras una de las columnas, esperando el momento oportuno para actuar. Dávila trastabilló, pero logró aferrarle de la sudadera.

—¡Alto! —gritó.

Se trataba de un chico alto y delgado, vestido con ropa oscura. Tenía que ser el que buscaban. No podía verle la cara, porque llevaba el pelo largo y le caía por delante tapando sus facciones mientras forcejeaban. Policía y asaltante cayeron al suelo, rodaron, y al fin el chico se liberó y corrió como alma que lleva el diablo. Sandoval, que había oído el grito de su compañero, llegó desde el otro lado a la carrera. Se fue directo tras él. Dávila soltó un juramento y se unió a la persecución.

—¡Atención a todas las unidades! ¡El sospechoso se dirige a la salida del parking! ¡Repito, a la salida del parking!

Pero en vez de dirigirse a la salida, el chico, veloz como un gamo, se desvió y bajó por la rampa hacia la siguiente planta. Corría mucho más que los inspectores. Pronto cogió ventaja, y entonces... desapareció.

—¿Dónde ha ido? —preguntó Dávila sin resuello.

—Joder...

Sandoval también estaba desfondado. Aquella planta era aún más oscura que la superior.

—Castillo, Peralta, os necesitamos aquí abajo, ¡ya! Adelante Dávila... Con cuidado...

Sacaron sus linternas de bolsillo y se adentraron en el subterráneo, caminando despacio, atentos al menor movimiento... Sus compañeros no tardaron más de diez minutos en aparecer...

Pero el sospechoso se había escabullido. Peinaron la planta de arriba abajo, sin éxito, hasta encontrar una trampilla de ventilación abierta que daba directamente al exterior.

—¡Joder! —aulló Sandoval—. Joder... ¡Mierda!

—Lo siento —se excusó Dávila—... Se me ha escapado, ha sido culpa mía...

—Mierda Dávila... ¡y tanto que se te ha escapado! ¿Has podido verle

la cara al menos?

—No, tenía el pelo largo... Pero lleva un tatuaje en el brazo, eso sí he podido verlo.

—¿Un tatuaje? ¿Qué tatuaje?

—No se me da mal dibujar, y era sencillo. Podemos localizar al que se lo hizo...

—¿Sabes cuántos estudios de tatuaje hay en Madrid? —inquirió Castillo.

—Entre ellos se conocen —se defendió Dávila, seguro que alguno nos dice quién es el autor...

—Si es un tatuaje original sí, pero si es uno de esos que hacen todos...

—Juraría que es bastante original.

—Dávila —intervino Sandoval—, Peralta y tú os ocupáis de investigarlo.

Peralta protestó, pero sabía que no le quedaba más remedio que

obedecer.

—...está también la barra —recordó entonces Dávila—, la hemos visto al pasar, la que ha usado para golpear al celador. Puede que tenga alguna huella...

Sandoval sonrió entonces, esperanzado. Después de todo, aún era posible que la suerte les sonriera.

—Recupérala y que la analicen...

Capítulo 24



La doctora Vergara no había mentido. El día siguiente fue duro para Cris. La despertaron temprano, sobre las seis y media de la mañana, y enseguida, en ayunas, le sacaron sangre, y comenzó una maratónica sesión de pruebas. Cuando preguntó qué harían si encontraban en su organismo algo similar a lo que habían descubierto en los cadáveres de Huarte y Whitaker, Vergara le explicó sin tapujos que lo enviarían de inmediato al CIB, para que pudieran comparar las muestras. También le dijo que estaban trabajando en estrecha colaboración con Quejada. Cris se armó de paciencia, y se dejó hacer. Cualquier cosa para atajar lo que había invadido su cuerpo. Porque... estaba segura de que iban a encontrar algo. Por el momento no había vuelto a sufrir ninguna crisis, ni tosía como al principio, pero aún percibía en su aliento aquel malsano regusto acre y amargo, y el olor dulzón. Pasó el día recorriendo el hospital, de una sección a la siguiente.

Para cuando terminaron con ella, estaba agotada, y casi deseosa de volver a su pecera. La dejaron descansar hacia las seis de la tarde.

Se arrebujó en su cama y procuró abstraerse un rato. Los dos agentes continuaban en su puerta. No se habían movido en todo el día, seguramente aleccionados por Sandoval, quien no quería que volviese a repetirse el fallo de la noche anterior.

—¿Todo bien? —Berta, una de las enfermeras, entró y quitó el gotero—. No lo vas a necesitar por ahora... —explicó con una sonrisa.

—Bien, gracias... Oiga, ¿sabe si consiguieron atrapar al que estuvo aquí?

Miró de nuevo hacia los policías apostados en la entrada de la pecera. La enfermera les miró también. Luego se volvió hacia ella con una expresión pícara en su juvenil rostro.

—...creo que se les escapó... Imagínate, tenían el hospital rodeado, y se escurrió por una trampilla del parking...

Aquello a Cris no le hizo ninguna gracia. Al ver su expresión, Berta se apresuró a tranquilizarla.

—Ése no vuelve, así que tú relájate.

—¿Podría hacer una llamada?

—Claro, puedes llamar a quien quieras si lo necesitas. ¿Quieres que te acerque un teléfono?

—Por favor...

Debería haberlo hecho antes, pero no sabía cómo encarar la conversación que tenía pendiente con Ruby y le costaba hablar con ella como

si no pasara nada. Si la llamaba, iba a referirse a sus mentiras, y odiaba tener que hacerlo, del mismo modo en que odiaba dudar de ella. En cuanto a Durango... Se moría por hablar con él, pero le ocurría lo mismo. ¿Acaso no habían sabido los dos... todo el tiempo... que era policía de homicidios? Las dos personas en las que se suponía que podía confiar, se comportaban igual, ¿por qué?

Sin embargo ya no podía más. Estar en el hospital, temiendo estar infectada por algo que podía matarla y convertirla en polvo, era demasiado. Necesitaba escuchar una voz amiga.

Lo primero que hizo fue llamar a Ruby.

La enfermera la dejó sola, para que pudiera hablar con tranquilidad. Cris marcó el número de su amiga y esperó. No mucho. Ruby debía de estar pendiente del teléfono, porque contestó al cabo de sólo dos tonos.

—¿Sí?

—Ruby, soy yo, Cris...

—¡Cris! ¡Tía! ¿Dónde coño estás? ¡Joder! ¿Tienes idea de lo preocupada que estaba? ¿Cómo se te ocurre desaparecer así? ¿Estás loca?

Cris cerró los ojos mientras su amiga profería todo tipo de imprecaciones. Se estaba desahogando, y era normal. A pesar de los gritos, le emocionó oír su voz, y comprobar lo mucho que se preocupaba por ella. Un

sordo remordimiento llenó su ánimo. Cuando Ruby al fin se calmó, habló con más dulzura, queriendo saber dónde estaba y qué le había pasado.

—...lo siento Ruby, de verdad... Tenía que haber llamado antes, pero no he podido... No he podido... He estado... retenida por la policía...

Le había temblado la voz. Esperó la reacción de su amiga con el corazón en la boca.

Hubo un silencio. Estaba claro. Ruby había captado el significado de aquella sencilla frase. No fingió sorprenderse. Cris adivinó que se sabía descubierta.

—...joder Cris...

Su exaltación anterior se había esfumado. Había contrición en su tono, y una disculpa. Sabía que lo sabía.

—¿Ruby?

No quería discutir, quería hablar con ella de cualquier banalidad, pedirle que fuera a verla, decirle que la echaba de menos...

—Oye, perdóname, no pretendía... Joder, ¿estás bien?

—Estoy bien —aunque no era del todo cierto. Le dolía que su mejor amiga se la hubiese estado jugando—... Algo confusa, ya ves... Quién me iba a decir que era... que «soy»... inspectora de homicidios en la policía nacional...

De nuevo aquel incómodo silencio.

—¿Lo has recordado todo? —inquirió Ruby. Había miedo en su voz.

—No, no recuerdo una mierda...

—Oye... Oye —ahora había alivio. ¿Por qué?—... Ya sé que esperas una explicación —murmuró. Al menos mostraba desolación.

—No estaría mal...

—Pero así no, Cris. En persona.

—Sandoval ni te conoce —la atacó.

—Ya lo sé... Por favor, Cris. Es complicado y por teléfono me resulta odioso...

—¿Por qué discutimos Ruby? —otro silencio, esta vez más tenso—
... Me dijiste que nos peleamos y que fue una estupidez... ¿por qué fue?

—No quiero hablar de esto por teléfono —insistió su amiga. Un toque de desesperación tiñó su voz, normalmente jovial y desenfadada. Cris se sintió mal por acorralarla así. En el fondo, no le importaba lo que hubiese hecho. Era Ruby, y no podía hacer otra cosa que quererla—. Cris, no voy a hacerlo.

Claro que no.

Cris se revolvió en la cama. Odiaba dudar de todo y de todos, no saber en quién confiar, y si ni siquiera podía hacerlo en Ruby, o en sí misma, porque mentalmente estaba coja, a merced del destino... Cómo echaba de menos a Daniel. Un latigazo de pena castigó su corazón sin misericordia. Daniel la hubiera zarandeado y hubiera hecho algún comentario jocoso para hacerla reír. Daniel no hubiera mentido.

Un psicólogo la había visitado. Le había aconsejado que tocara sus cosas, que visitara la central, que se sentara en su despacho, que hiciera como si lo reconociera... Un método según él efectivo para obligar a su psique a trabajar. Sin embargo eso iba a tener que esperar. Allí, en el hospital, no tenía por dónde empezar.

—¿Cris?

—Necesito que me lo cuentes, Ruby, por favor... Me estoy comiendo la cabeza... ¡necesito saber que puedo confiar en ti!

—¡Y puedes! —protestó Ruby.

—¿Entonces? Vamos Ruby...

—Joder... Está bien... Andaba con problemas serios...

—¿Qué clase de problemas?

—Malas compañías...

—Oye, si discutimos, será que no era poca cosa...

Casi la oyó tragar saliva. Sintió compasión.

—...perdona... Perdona, es verdad...

—¿Qué clase de malas compañías?

—Qué más da Cris, el caso es que te hice caso, ¿vale?

Cris apretó los labios. Intuía que se le escapaba algo importante.

—Después desapareciste, y me entró el pánico... No me gusta que seas policía Cris, mira cómo estás, ¡y lo que te ha pasado! ¿No podías dedicarte a otra cosa? ¡Joder! ¡Te expones mucho! Cuando vi que no reconocías a Sandoval, me alegré, ¡joder! Y me callé, ¡ojalá no vuelvas! Y lo volvería a hacer, qué quieres que te diga...

Cris soltó un resoplido nervioso.

—...si escogí entrar en la policía, es mi decisión, mi vida, Ruby...

—Ya... Lo siento. Supongo que eso me convierte en una manipuladora...

—¿Cómo me localizaste?

Ruby de nuevo se calló.

—Ruby...

—¡Está bien! Tuve que recurrir a... ya sabes... un... amigo... Sabe rastrear los móviles, pero no te iba a gustar, así que no iba a decírtelo... ¿no?

—...ni que soy policía...

—Vale... ¡Vale! ¡No quería que recordaras nuestra pelea! Y ya está,

Cris... Ya sé que ha sido una estupidez... Perdona...

—Joder...

—Oye... Max está aquí conmigo, por cierto. Está bien... Te echa de menos, se tumba junto a tus cosas y no se mueve de ahí. Para sacarle tengo que tirar de él con todas mis fuerzas...

Ruby trataba de desviar su atención hacia temas menos controvertidos. Cris cedió, no quería atosigarla más por el momento, así que aflojó la presión.

—¿...sabes? He dejado el estudio —anunció Ruby de pronto—. He estado preocupada por ti, y mi jefa no lo entendía... No dejaba de putearme. La verdad, tenías razón, me he dado cuenta de lo déspota que es... Así que me he hartado y la he mandado a la mierda... Total, no me pagaba...

Cris se alegró, y se rieron juntas. Estuvieron charlando un rato más, ahora ya sin tensiones.

—¿Ha llamado Durango?

—Eeeeh.... Sí, ha estado llamando un montón de veces... No le he cogido, Cris, lo siento, no sabía qué decirle... ¿Habrás decidido ir por su cuenta a ver el cadáver del claro?

Un escalofrío recorrió la espalda de Cris al recordar lo ocurrido allí. Si Durango había ido a la tumba de Diana Whitaker, no habría encontrado nada. Tampoco lo hubiera hecho aunque el cadáver no se hubiera desintegrado, porque lo hubieran llevado al depósito.

Suspiró.

Durango ya no iba a poder adelantarse a la policía como pretendía. Caviló unos instantes sobre esto.

—Durango llega tarde, ya no hay nada que ver...

—¿Qué? ¿Por qué?

—No puedo... ya te lo explicaré, te va a costar entenderlo. El lugar está limpio, la policía ya ha estado allí...

—¿Quieres que le diga dónde estás si llama?

—Sí —quería que lo supiera—. Estoy en el Reina Sofía.

—Qué... ¿En el hospital?

—Sí. Me están haciendo algunas pruebas, por lo de los desmayos... Ya ves, al final...

—¿Estás bien? —se alarmó Ruby.

—Aún están en ello. Quiero irme, ¿eso cuenta?

—Joder, sí... Oye, ¿puedo ir a verte?

—Creo que sí. Lo preguntaré, ¿vale?

—Vale...

—Oye, tengo que colgar, Ruby. Sólo quería que supieras que estoy bien...

—¿Qué vas a hacer cuando te den el alta? ¿Vas a venir a casa?

—No lo sé, estoy pensando en volverme a mi apartamento...

Ruby esperó un poco antes de volver a hablar.

—¿Sola? Aquí estás mejor... ¿Es porque te he mentado?

—No, no es por eso. Necesito volver a casa, un poco de

normalidad...

—Llámame en cuanto decidas algo... Supongo que si vas a quedarte en tu casa tendrás que venir a por tus cosas, ¡y a por Max! Oye Cris, te quiero... No lo olvides.

—Y yo a ti.

—Ya hablaremos.

—Claro.

Cris colgó con pena. Hubiera preferido tener a Ruby delante para abrazarla, no para obligarla a confesar, hubiera querido reírse con ella, y no reprocharle sus mentiras... Cualquiera cosa antes que la amarga sensación que se había establecido entre las dos.

Se arrebujó en su cama de hospital. Se masajó las sienes. Necesitaba irse a casa, cuanto antes. De hecho, a «su» casa. No le había mentado a Ruby. Quería su propio espacio, sus cosas, su vida. El psicólogo tenía razón. Era hora de regresar.

¿Qué amistades eran esas que habían hecho que Ruby y ella discutieran? No era tonta, se daba perfecta cuenta de que su amiga había esquivado la cuestión. ¿Acaso estaba protegiendo a esas amistades? Si era así, ¿significaba que aún mantenía contacto con ellas... o que les tenía miedo? Ruby había recurrido a ellas para localizarla en el camping... Se

estremeció al pensarlo. No le gustaba la idea de que alguien a quien ella juzgaba como «*malas amistades*», la hubiera rastreado hasta encontrarla.

Se tumbó boca arriba, y metió las manos debajo de la almohada para sostener su cabeza, un gesto muy suyo. Entonces descubrió un pequeño trozo de papel. Estaba doblado.

Se sentó y lo desdobló. Era una nota.

«Soy un amigo de Daniel. Siento que haya muerto. Deberíamos hablar. Te he dejado instrucciones en tu casa. S».

Cris lo releó varias veces. Así que su visitante había ido a dejarle un mensaje... ¿Podía fiarse? ¿Qué hacer? ¿Se lo decía a Sandoval? ¿Quién era «S»? Lo sopesó un instante. Sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, se visualizó a sí misma en aquella pecera. Era una pieza clave en un juego, aunque no lo recordara. Si ese nuevo jugador tenía respuestas, estaba dispuesta a arriesgarse. Amigo de Daniel... ¿Y si Daniel y ella habían descubierto algo? Recordó que él no había querido que hablara con la policía, aun sabiendo que ella era policía... porque lo sabía... Entonces cogió el trocito de papel y lo rompió en muchos cachos. Luego los metió en el vaso de agua que tenía a su lado, los humedeció entre los dedos, hizo una bola compacta y la arrojó a la papelería. Ya estaba hecho. Luego se tumbó, se tapó con la sábana y se durmió.

Por la tarde el inspector Sandoval pasó a verla. Le ratificó lo que la enfermera le había dicho, que su misterioso visitante se les había escapado. Aunque según dijo, no todo estaba perdido. En aquellos momentos la científica estaba buscando huellas en la barra con la que había golpeado al celador, y tenían un tatuaje a partir del cual podían llegar hasta él.

—Le cogemos.

Cris le escuchó, tragándose lo que sabía. Esperaba que se equivocara y no pudieran encontrarle, al menos de momento. Quería poder hablar con él en primer lugar, por si lo que sabía era algo... delicado. Continuaba pensando que había algo en todo aquello que no debía salir a la luz. Tal vez «S» supiera de qué se trataba.

—¿Cuándo podré irme a casa?

—La doctora Vergara dice que necesitarán tenerte aquí una semana a lo sumo. Después podrás marcharte.

—¿A casa?

—A casa —remarcó el inspector—. Aunque seguirás con medidas de protección.

Cris miró hacia la puerta con aire fatigado. ¿Cómo iba a encontrarse con «S» si tenía a aquellos gorilas pegados al culo todo el día?

Capítulo 25



Eran más de las ocho de la tarde cuando Jacobo despertó. Estaba sudado y febril, y un espantoso dolor de cabeza aturdía su mente. Estaba tendido de bruces en un almacén, a medio desvestir, boca abajo y en una absoluta oscuridad, no porque la persiana que cerraba el local estuviera bajada, sino porque era de noche. Llovía torrencialmente. Lo sabía porque oía el golpeteo de la lluvia sobre los cristales.

Le resultaba agradable ese sonido...

Entreabrió los ojos y trató de pensar... Se esforzó, se esforzó... pero su cerebro zozobraba... Era como tener una batidora revolviendo sus neuronas... Se incorporó sobre los codos, y después se sentó. Muy despacio. Le temblaba todo el cuerpo. Estaba dolorido.

Viendo dónde se encontraba, se echó a llorar. Ahora sí recordaba... Se había colado en aquel viejo local forzando la persiana con una palanca, y llevaba allí... Las lágrimas abarcaron sus mejillas, o sólo se lo parecía, porque su piel reaccionaba con un exceso de sensibilidad a cualquier estímulo. Se llevó la mano al pantalón y sacó una bolsita de plástico. Dentro había una ampolla, y llevaba pegada una nota. La leyó por enésima vez.

«Ya la has probado, máquina. La mala noticia es que no puedes dejar de tomarla, o morirás, y el proceso será largo y doloroso. Tú escoges.»

Aquí tienes una dosis, cortesía de la casa. Si vuelvo a pillarte husmeando estás muerto. Aunque... quién sabe, puede que ya estés muerto»

Se la había dejado aquel tipo en el bolsillo el día que se desmayó en la furgoneta después de oler una de las hojas de las plantas que transportaba en cajas de «*poliespán*». Tenía que haber sido él, ¿quién si no?

Recordaba vagamente haberse despertado tirado en la calle, delante de su portal, como un mendigo. Nadie le había atendido. Había querido subir a casa, refugiarse en su habitación y olvidar aquella pesadilla, pero no había sido capaz de hacer que su cuerpo obedeciera, como si otra voluntad se hubiese adueñado de él... En vez de volver a casa había escapado y había pasado días vagando por Madrid, hasta encontrar aquel viejo almacén.

Se mareó. Un amargo sabor acre le subió por el esófago y llenó su boca. A continuación, un reguero de fuego sacudió su cuerpo entero. Sabía que si se tomaba aquella ampolla tal vez mejoraran sus síntomas, pero estaría más muerto que si no lo hacía... Llevaba resistiendo unos días, y aún respiraba, aunque... algo le estaba pasando, algo que no podía explicar, algo letal, que no podía soportar, que su cuerpo no toleraba.

Sollozó amargamente, tratando de poner orden en el caos. Su cabeza se negaba a trabajar, su cerebro era un hervidero de actividad, era como tener un ejército de enanos taladrando sus ideas.

Abrió la mano izquierda, en la que aún sostenía la bolsita, y la observó. Le temblaban los labios... las manos... Iba a morir.

En el fondo de su mente, una voz le susurró que ya estaba muerto.

Se acercó como pudo hasta un sucio lavabo empotrado en la pared. Aún funcionaba. Abrió el grifo de agua fría. Bebió varios tragos, grandes y prolongados, saciando su sed, sofocando el ardor que quemaba su garganta. Pero ese fuego no se apagaba, como las mil voces que gritaban en su mente al mismo tiempo... como aquella migraña de mil demonios...

Se lavó la cara. Cuando se agachaba el dolor de cabeza se recrudecía dentro del cráneo. Algo martilleaba contra sus sienes, sin piedad.

Buum, buum, buuum

—joder... Dios... Ayúdame...

Su madre. De sus dos padres, era la única que se preocupaba por él, cómo no. Podía acudir a Lucía, llamarla, contárselo todo... Ella haría que le viera el médico de la familia, le guardaría el secreto, le protegería... Su padre en cambio era harina de otro costal. Ansiaba volver a casa, pero... literalmente no podía... Cada vez que pretendía salir de allí y caminar hacia su casa, ¡su cuerpo se resistía!

Boqueó anonadado. ¿Qué le estaba pasando?

Sin duda su padre sabía ya que le había estado espiando. El chantajista se habría encargado de amenazarle.

Había electricidad en aquel viejo almacén. No encendió la luz, porque le molestaba muchísimo. Jacobo escondía en su mano la bolsita con la ampolla letal que aquel tipo le había dejado. Puso la otra mano sobre su frente. Seguía ardiendo.

Necesitaba dormir, necesitaba que el tiempo se llevara aquel veneno que corría por sus venas consumiéndole... No conocía ninguna droga que tuviera un efecto tan brutal, sólo con oler una planta...

Jacobo esbozó una sonrisa amarga.

Qué estúpido había sido, por querer llevarse una muestra... Se tumbó sobre el jergón en el que había pasado el día. Había vomitado sobre él. Descansó su agotada cabeza. Era cierto, necesitaba dormir, pero su conciencia no le daba tregua.

La oscuridad le abrazó, y él se dejó llevar...

Se hundió en la oscuridad.

Luchó consigo mismo durante un rato interminable, pero algo le incitaba a ceder... Hasta que no pudo más. Se incorporó de nuevo, como pudo, y abrió la palma de la mano. ¿Aquella ampolla era su salvación, o su perdición? Imaginó al chantajista... encantado de convertir al hijo del «viejo» en un puto yonqui, deseando verle rogar por una dosis... Una dosis...

«...morirás, y el proceso será largo y doloroso...»

Una intensa ráfaga, punzante y dolorosa, atravesó su cuerpo y su mente, tan poderosa que creyó elevarse en el aire y desvanecerse... En su mente algo presionó, una voluntad poderosa... empujándole una vez más a hacer lo contrario de lo que deseaba...

Entonces sacó la ampolla y bebió.

Ya estaba hecho...

«Jódete, hijo de puta...»

El almacén se llenó con aquel olor dulzón tan penetrante, inundó su boca, amarga y acre, y bajó por su garganta... Le abrasó, como una lengua de fuego. Su mente se disparó, estalló, y el dolor no desapareció. Comprendió que se estaba perdiendo a sí mismo. Aquél ya no era él, era otra cosa, una marioneta desmembrada...

Se desmayó.

Capítulo 26



Llegó a su apartamento hacia las siete de la tarde de un jueves.

Al fin.

Un coche patrulla estaba aparcado en su calle. Los dos agentes que Sandoval le había impuesto como medida de protección hacían guardia. Cris sonrió con amargura. Se sabía culpable. Culpable, porque la razón de ser de aquella medida era una equivocación que no se había molestado en subsanar. Al menos ella creía que se trataba de un error, o quería creer que «S» no era una amenaza.

Lo sintió por esos dos esforzados policías, pero antes de deshacer el entuerto, se había propuesto hablar con «S» y averiguar si era o no un amigo.

—¿Vamos?

Ruby la animó con una sonrisa. Se había presentado en el Reina Sofía en cuanto la había llamado para darle la buena nueva de que la dejaban salir. Sus ojos azules la observaron con cautela. Casi sintió sus dedos mentales hurgando en su cerebro. Suspiró. A sus pies estaban sus cosas. Ruby se las había llevado en el maletero del coche, y a su lado Max aguardaba pacientemente, pegado a ella como si temiera no volver a verla. Acarició su

ancha cabeza. Le había echado de menos... Max. Un gran perro, un gran amigo. Su lealtad le recordaba a Daniel.

—Cris, ¿te da miedo subir?

—No. No tengo miedo. Es sólo que... hace meses que no piso mi casa, es como si fuera a adentrarme en otro universo paralelo, otra vida, la «yo» antes de todo esto. Siento cierto vértigo.

—Pero voy a subir contigo, así que seremos dos las que nos adentremos en ese universo paralelo. Tres, si contamos a Max.

Cris sonrió a Ruby. Alargó una mano y acarició su largo cabello rizado, brillante y sedoso.

—Hoy no Ruby. Necesito estar sola. ¿Te importa?

Ruby no dijo nada. La observó, de nuevo con aquella expresión analítica, queriendo leer en el fondo de su alma.

—No claro... Siempre que prometas llamarme si no te encuentras bien.

—Trato hecho.

—Vale, ven aquí.

Entonces Ruby la abrazó. La besó en el cabello y la zarandeó con cariño mientras se reía en su oído.

—Joder, tía... te quiero muchísimo. ¿Seguro que no quieres que suba?

—Seguro.

—Bien, pues... Mañana te llamo, ¿vale? A ver qué tal todo...

Se separaron, y Ruby retrocedió dos pasos.

—¿No necesitas ayuda con todo eso? —señaló las bolsas.

—No, tranquila, ya puedo yo.

Ruby alzó la mano y la dejó caer. Se resistía a dejarla, y Cris la adoraba por eso. Iba a tener que ser ella la que diera el primer paso para marcharse. Le lanzó a Ruby un beso, abrió el portal y cogió su equipaje. Cuando la pesada puerta de metal se cerró tras ella con un golpe, una sacudida emocional recorrió su cuerpo.

Ya estaba allí, en el universo paralelo. Fuera quedaba su nueva

realidad. Allí estaba su «yo» anterior, y tal vez algunas respuestas.

Max subió el primer tramo de escaleras hasta el ascensor con energía. Nunca había estado allí, ¿o sí? ¿Con Daniel? Era probable... Iba olisqueándolo todo. Cris estaba convencida de que al hacerlo, trazaba un plano mental del entorno, un plano de olores que archivaba en su prodigiosa memoria perruna.

Subió tras él, cargando con las pesadas bolsas, de vuelta a casa... sin que le hubieran dado aún los resultados de las pruebas a las que había estado sometida, sin tener el control de la situación, sin poder decir qué esperaba del misterioso «S».

¿Era una trampa?

Encontró el apartamento aparentemente como siempre. Le resultaba familiar, y al mismo tiempo extraño. A Max en cambio todo le pareció en orden. Se adelantó, se fue directo al salón, se tumbó en la alfombra y meneó el rabo, feliz. Se sentía como en casa, mucho más que ella, que se quedó de pie en el vestíbulo, con las llaves en la mano, escuchando, sintiendo... Buscándole el pulso a aquel piso, que era su hogar, o lo había sido. Los primeros recuerdos que acudieron en tropel a su corazón fueron de Daniel, cenando con él, de pie en la cocina, charlando en la terraza, compartiendo anécdotas... Daniel antes de todo, antes de que muriera, antes de que ella dejara de ser quien había sido para adentrarse en la oscuridad.

Las persianas no estaban echadas del todo, la luz de la calle desterraba en parte las sombras. El invierno avanzaba, y los días se habían acortado. Anochecía temprano.

Dio unos pasos por el pasillo, adentrándose en lo que sin duda era un viaje al pasado. ¿Qué encontraría entre aquellas paredes? Los nervios y la incertidumbre fueron dando paso a la nostalgia, poco a poco.

Encendió las luces.

Allí estaba, su sala de estar. Algo revuelta...

Recordó que la policía, sus compañeros, habían estado allí cuando desapareció sin dejar rastro, registrándolo todo. Iba a tener que poner orden. No le vendría mal, un día o dos de limpieza, sería como ganarle terreno a su nueva yo. Quizás aún no estaba todo perdido.

—...bueno, ya está bien...

Entró con decisión en la sala y se dejó caer en el sofá. Era cómodo. Casi enseguida se sintió a salvo, en un entorno familiar... muy agradable. Aquella era su casa, sus cosas, su espacio personal en el mundo...

Recordó entonces que «S» le había dejado instrucciones. De pronto un ramalazo nervioso recorrió su cuerpo. ¿Habría podido colarse en la casa? Eso no era nada tranquilizador... ¿Si fuera él, dónde las habría dejado? En el buzón... ¿no? Era imposible que hubiera entrado en el apartamento, ¿verdad? Al instante se levantó y bajó al portal. El buzón estaba repleto de propaganda, pero no había ninguna nota. Regresó, ahora más inquieta, y empezó a rebuscar por toda la casa.

Después de media hora, encontró una nota pegada con celo en la puerta de entrada, por dentro, bajo la mirilla. Tenía que haberla visto enseguida... Así que sí, había estado allí. «S», un desconocido, podía entrar y salir de su casa libremente. Iba a tener que cambiar la cerradura. Echó el cerrojo y se quedó mirando aquel trozo de papel doblado unos segundos, como si fuera a quemarse por cogerlo. Al fin, alargó la mano y lo rozó con los dedos.

—...pues no quema... —se rió de sí misma.

Lo despegó, y lo abrió.

«Cris, te espero bajo el puente de Vallecas. Deja encendida la luz de tu salón toda la noche si estás de acuerdo. Cuenta dos días después de que lo hagas, y al tercero nos vemos, a las diez de la mañana. Ve a pasear con Max, yo llevaré una bicicleta. Procura que no te sigan tus gorilas. Confía en mí, S»

El corazón empezó a bailar en su pecho. ¿Estaba de acuerdo?

—Joder, sí...

La luz del salón ya estaba encendida, sólo tenía que dejarla así toda la noche. No. Lo pensó mejor. Se fue hasta el ventanal y encendió una lámpara de pie que solía utilizar para leer. Ésa sería la que dejara encendida toda la noche, y «S» sabría que aceptaba. Era jueves, luego debía dejar pasar el

viernes y el sábado. Se verían el domingo.

El domingo.

Cris relejó la nota. Sí, no había duda... El domingo. ¿Podría deshacerse de los dos agentes apostados en su calle? No iba a resultar fácil. Bueno, tenía dos días para idear algo... Regresó al sofá y se dejó caer en él, con aquel vértigo socavando sus entrañas. Estaba dando un paso, no sabía en qué dirección, pero reunirse con «S» significaba avanzar. Al fin. Estaba dispuesta a todo con tal de provocar una onda expansiva que la sacara de aquel pozo de incertidumbre.

Buscó el mando a distancia y encendió el televisor de plasma que colgaba de la pared. Estuvo navegando por los distintos canales, zapeando sin saber muy bien qué buscaba...

Entonces, en la primera cadena de televisión española, vio algo que hizo que perdiera de un plumazo la poca esperanza que había ganado. Estaban hablando de la colina de la M30, al tiempo que emitían imágenes en directo del lugar donde se encontraba.

Cris se adelantó para ver mejor.

Había excavadoras en la zona. El ayuntamiento y la Diputación habían puesto en marcha las obras para recuperar la circulación en esa carretera, una de las principales arterias de Madrid, si no la más importante. Miles de madrileños la utilizaban cada día... La colina seguía allí, espléndida, aún más extensa que antes...

La presentadora del programa de noticias estaba entrevistando a uno de los responsables de las obras. Al parecer el día anterior habían echado abajo el inmenso roble que había crecido en aquella isla de verdor, y las máquinas habían excavado la mayor parte de la colina... ¡Pero ahora volvía a estar allí! Aunque, en vez de un sólo árbol... había un bosque.

Nadie se lo explicaba. Los helicópteros sobrevolaban la zona, mientras el responsable contaba a las cámaras que todo el trabajo del día anterior se había echado a perder, como si no lo hubieran llevado a cabo. Inexplicablemente, en algún momento de la noche, la colina había vuelto a emerger, con más fuerza si cabe, y ahora ocupaba una franja más grande de la carretera.

Como en el claro. Aquella potente fuerza natural se extendía. La cuestión era si aquel fenómeno volvería a reproducirse una y otra vez, pese al esfuerzo de los trabajadores por dejar la M30 en su estado original. El responsable no tenía respuesta.

Cris escuchaba con la boca abierta... ¿Estaría ocurriendo lo mismo en el piso de su hermano? Imaginó toda aquella exuberante vegetación saliendo por la ventana, colgando por la fachada, incluso invadiendo el pasillo y el resto del piso...

Su teléfono sonó. No el de prepago, sino el suyo. Sandoval se lo había devuelto al fin, porque los de la científica ya habían terminado con él. No habían encontrado nada.

Era Dávila. Casi al mismo tiempo, le entró un mensaje de Durango en

su otro móvil. Durango... Había recibido muchos «*whatsapps*» de él en los últimos días. No le había contestado... No sabía qué decirle. Sin duda él, como Ruby, había sabido todo el tiempo que era policía, ¿no? ¿Por qué todo el mundo mentía?

No leyó el mensaje. Dávila llamaba con insistencia.

—Stoian, ¿estás vestida?

—¿Qué? Claro, acabo de llegar a casa...

—Bien... ¿Qué tal una primera toma de contacto con el trabajo? Sandoval ha pensado que puede ser bueno que participes con la unidad, a ver qué tal reaccionas. Te vienes conmigo. Baja.

—Cómo que baja...

—Baja, estoy aparcado en tu calle. Vamos, ha ocurrido algo — insistió.

—¿Lo de la M30?

—No... Comparado, diría que esto es aún más espectacular...

—¿Qué puede ser más espectacular...

—Baja y lo verás.

Cris colgó. Su corazón palpitaba frenético. Al oír la voz de Dávila había reaccionado de forma disparatada, había palidecido, y sus manos temblaban... No, no era buena idea, ¡acababa de salir del hospital!

¿Es que no iban a darle tregua?

Enseguida se dio cuenta de que Durango le había enviado un mensaje seguramente relacionado con lo que Dávila quería que viera. Lo abrió con curiosidad. Le había mandado una instantánea... sobrecogedora.

¿Era aquello la plaza de Lavapiés? Cris parpadeó confusa. Estaba irreconocible, pero Durango había escrito debajo: «*Plaza de Lavapiés ¡now! Llámame en cuanto veas esto, POR FAVOR*».

Sobre la plaza había emergido un conjunto de árboles inmensos que la cubrían por completo, un bosque. Las aceras habían desaparecido, en su lugar la hierba crecía alta y verde, las enredaderas trepaban por las paredes de los edificios colindantes, de tres o cuatro plantas en su mayoría, incluso alcanzaban ya algunos balcones, incrustadas en la fachada, formando parte de su estructura como si llevaran allí cien años... Los coches aparcados también estaban cubiertos por completo por la vegetación... los bancos, las farolas... Había un quiosco envuelto en plantas trepadoras cuyas flores se abrían grandes y coloridas...

Incluso de noche, emanaba cierta luz de aquel nuevo entorno invasor... Las farolas aún funcionaban, pero esa luz no provenía de ellas.

Así que Durango estaba ya allí... Claro, cómo no, trabajaba para un periódico, le habrían enviado a cubrir la exclusiva... Aquella imagen hizo que Cris deseara ver el nuevo fenómeno con sus propios ojos. Toda vacilación desapareció de su ánimo. Sin duda los madrileños estaban asistiendo a un acontecimiento sin precedentes a cualquier nivel. No iba a ser la única que se lo perdiera, teniendo la ocasión de verlo en primera fila.

Oyó un largo pitido en la calle. Dávila estaba esperándola. Sonrió nerviosa, cogió su abrigo y abandonó el apartamento. Frente a su portal, en efecto, alcanzó a ver su coche patrulla. La puerta del copiloto estaba abierta. Miró calle abajo. Sus guardaespaldas aún estaban allí. Dávila sonrió al verla llegar. La animó a que se diera prisa con la mano.

—¡Al fin! ¡como en los viejos tiempos! —la saludó. Entonces, casi antes de que le hubiese dado tiempo a cerrar la puerta, arrancó y enfiló hacia Lavapiés. Había una especie de transmisor en el que se escuchaban las comunicaciones de la central de la policía—. El resto de la unidad ya está allí... —aclaró Dávila al ver su curiosidad.

—Espera —Cris subió el volumen del transistor— ¿Hay otro cadáver...?

—...Sí... Aunque no lo he visto, así que no puedo darte detalles. Sandoval me ha mandado a tu casa en cuanto hemos recibido el aviso.

—Y de nuevo en un escenario así...

—Es para volverse loco, ¿no?

Cris bajó la mirada mientras Dávila aceleraba y tomaba un atajo.

—¿Estás bien?

—Ya lo veremos, ¿no?

—Tranquila, no tienes que hacer nada, sólo lo que te dicte tu instinto. Limítate a observar, todo irá bien.

Cris le miró directamente. Buscó por enésima vez en sus rasgos algo familiar, algo que le hablara de todos los espacios compartidos con él, en aquel coche patrulla, en la comisaría... Dávila se cuidaba, estaba en forma, y se preocupaba por su aspecto. Era presumido. Se depilaba las cejas, para empezar.

—¿Qué miras?

—Intento recordar algo de ti.

Dávila sonrió y le lanzó una mirada rápida.

—¿Y?

—Nada... Una pena.

—Bueno, empezaremos de cero —la tranquilizó—. Nos llevábamos bien antes, volveremos a hacerlo.

—Claro...

—Claro... —ahora Dávila frunció el ceño y se guardó lo que pensaba.

Tardaron poco más de quince minutos en llegar a Lavapiés por la calle Bailén, pero les costó un buen rato acercarse a la plaza, a causa del tráfico y el gentío que llenaba ya las calles colindantes.

—Ya estamos... Venga, respira Stoian... Si esto no funciona, no tienes más que decírmelo y te llevo de vuelta a casa.

Dávila aparcó lo más cerca que pudo de la Plaza de Lavapiés, sobre la hierba. Había muchísima gente alrededor. El tráfico había sido interrumpido, no sólo por la Guardia Civil, que había cortado el paso, sino porque los ciudadanos, en su ansia por ver el extraordinario fenómeno que de nuevo sacudía la ciudad, lo invadían todo.

—...vamos, no te separes —gruñó Dávila.

Le dedicó a Cris una mirada segura, y avanzó con determinación hacia Sandoval y Castillo. Cris le siguió. Enseguida dejaron atrás la marea de curiosos. Había un enorme revuelo y una ambulancia trataba de abrirse paso a través de la muchedumbre, mientras la guardia civil se esforzaba por contener la marea de ciudadanos que rodeaba la plaza.

Cris sintió un ramalazo de emoción atravesando su pecho. El pulso se le disparó y se le abrieron las fosas nasales. La adrenalina corría por sus venas. Estaban junto al quiosco que aparecía en la fotografía que Durango le había enviado en su mensaje. ¿Estaría por allí, alrededor? Echó un vistazo disimulado. Imposible verle entre tanta gente, aunque al fondo se distinguían algunas unidades móviles de varios medios.

Había empezado a llover, pero no necesitaban protegerse. Allí no llovía. Alrededor, la gente se parapetaba debajo de sus paraguas... resultaba impactante.

Cris observó extasiada el nuevo entorno natural... Era tal y como lo había visto en la instantánea de Durango. Las trepadoras subían por las paredes de los edificios, lamían los límites de las terrazas que estaban en la primera planta. Había un ambiente tan fresco en aquella plaza... Una ligera brisa transportaba aromas sutiles, fragancias aterciopeladas, a flores, a hierba, a musgo... Un colibrí revoloteó libando de las grandes flores que asomaban entre las plantas que cubrían el quiosco. Había luciérnagas sobrevolando la pradera que lo cubría todo, mariposas de alas coloridas, de gran tamaño... Era como estar dentro de un cuento...

Entonces, como surgido de la nada, apareció un inmenso ciervo entre los árboles, con sus astas erguidas, orgulloso, bellissimo... Aquello ya era demasiado. ¿Cómo había llegado allí? Hubo un gran revuelo y la gente, contenida tras el cordón de seguridad, dejó escapar un «ooooh» prolongado. Los flashes de las cámaras destellaron en la quietud de una plaza abarrotada de emociones contrapuestas.

Cris sacó su móvil y respondió a Durango con disimulo.

«¿Dónde estás?»

Sandoval, quien no se dejaba embaucar por la magia del momento, les hizo una imperativa seña con la mano en cuanto les vio, para que se acercaran hasta el lugar donde habían encontrado el cadáver. Dávila se aproximó al punto, y Cris le siguió mientras le echaba un vistazo al móvil, para ver si Durango respondía. Nada por el momento. Debía de estar muy liado con todo aquello. ¿Dónde? Ansiaba verlo...

Cuando llegaron a la zona donde Sandoval trabajaba con su equipo, se sintió alienada. Estaba en el escenario de un crimen. ¿Debía sentirse familiarizada con el equipo? No, era como ser una intrusa, una espía... ¿qué pintaba allí? Aquello no iba a funcionar.

Sandoval alargó la mano para animarla a colocarse a su lado. En ese momento algo cambió en su interior.

Su corazón galopó con una eufórica sensación de gozo y sus ojos verdes chispearon al fijarse en el cuerpo tendido en el suelo. Estaba ensartado por una serie de largas varillas de metal, de las que se usan en las obras, largas y contundentes. Una asomaba en su vientre, otra había penetrado profundamente en el muslo derecho, otra en la pantorrilla izquierda... La que le había matado era la que le atravesaba el pecho. Estaban tan hundidas en su cuerpo que habían llegado al suelo y a los sanitarios les estaba costando extraerlas.

No se asustó. Quería hacerlo, quería estar allí.

—¿Se sabe ya quién es? —preguntó con inusitada decisión.

Sandoval sonrió.

—Sí. Se trata de Jacobo Balaguer...

Cris soltó un «ah» estremecido. Jacobo Balaguer... ¿Era posible? Frunció el ceño mientras se agachaba para mirar más de cerca el rostro contraído de la víctima, un chico muy joven. Le llamó la atención que no presentara los habituales signos de un cadáver. Estaba rígido y todo su cuerpo tenía un color blancuzco muy extraño. Parecía un muñeco de cera. Sus manos sujetaban una de las varas de metal, la que atravesaba su pecho, presumiblemente la que le había matado, en un gesto que indicaba con claridad que se la había clavado él mismo. No debía de tener más de diecinueve años. No podía ser...

—Jacobo Balaguer... ¿El hijo de Román Balaguer? —se asombró.

—...así reza su DNI...

—¿Lo sabe ya su padre?

—En estos momentos le están avisando —confirmó Sandoval.

Quejada se aproximó.

—Hola Stoian, ¿cómo se encuentra?

—Bien, al fin me han dado el alta.

El forense asintió satisfecho.

—Esperamos los resultados del CIB y la doctora Vergara, se lo haremos saber en cuanto sepamos a qué atenemos. Entonces señaló la muñeca del chico.

—No tiene la marca. Es el primero que no la tiene.

—¿Qué significa?

—No lo sé —admitió el forense.

—Todo lo demás, el escenario, la forma en que ha muerto, su aspecto... concuerda con las anteriores víctimas.

—¿También se ha suicidado? —inquirió Cris con incredulidad.

Quejada asintió con la cabeza.

—No puedo confirmarlo hasta que le haga la autopsia, pero por la forma en que sujeta el hierro parece que sí...

—...Debería llevárselo ya si pretende hacerle la autopsia, no vaya a ser que se descomponga por el camino...

Quejada puso una mueca de disgusto.

—¿Puede determinar cuánto tarda en desencadenarse ese fenómeno?

—Lo sabré con este cadáver. Tal vez saque algo en claro gracias a eso...

—Dávila, avisa al juez de que hemos acabado con el cuerpo — Sandoval se dirigió a los miembros de su unidad—... Quiero una relación completa de sus amistades, dónde se movía Jacobo, con quién, dónde ha

estado últimamente, ya sabéis lo que toca...

Cris sonrió sin poder evitarlo. Dávila le guiñó un ojo. Entonces vieron que llegaba un grupo de personas ataviadas de forma muy parecida a los de la científica de su unidad. Cris cruzó una mirada curiosa con su compañero. No parecieron interesarse en el cadáver, sino que pasaron de largo y empezaron a tomar muestras de la vegetación circundante. Un furgón blanco había aparecido y aguardaba cerca de allí, con las siglas CIB pintadas en el lateral.

—El CIB —aclaró el inspector. Señaló hacia el vehículo—. Van a analizar la vegetación y el terreno para buscar alguna relación con las analíticas procedentes de las víctimas.

«*Y conmigo...*», pensó Cris con aprensión. Al verlos así ataviados, se sintió como una enferma afectada por un virus letal.

El CIB, Centro de Investigaciones Biológicas, era uno de los centros de investigación con mayor prestigio y tradición en la Agencia Estatal CSIC, o Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Su labor estaba a la vanguardia en investigación biológica desde su creación, en 1953. Su naturaleza multidisciplinar agrupaba a investigadores de las áreas de Biología, Ciencias Agrarias y Químicas, aunque estaba en constante evolución. Sin duda su colaboración resultaba imprescindible para esclarecer la naturaleza de los fenómenos naturales que estaban invadiendo Madrid.

Cris les vio coger muestras de tierra, de las distintas plantas, capturar algunas luciérnagas, mariposas... Se preguntó qué conclusión podrían sacar a partir de ellas.

Sandoval recibió entonces una llamada de la comisaría. De pronto se tensó, y soltó un juramento. Dávila y Cris le observaron con curiosidad.

—Al fin un hilo del que tirar —rugió el inspector exultante—. Dávila, avisa a Peralta, que se quede aquí con Castillo. Stoian y tú os venís conmigo.

—¿Qué ocurre?

Dávila y Cris le miraban sin comprender.

—Han puesto una denuncia. Parece que Jacobo Balaguer forzó un almacén en Vallecas y ha estado escondido allí unos días. Hay un testigo.

—Joder, ¡por fin!

—Quejada, espero el informe cuanto antes, cualquier novedad, llámeme.

Tardaron treinta minutos en llegar al madrileño barrio de Vallecas, y otros diez en aparcar delante del almacén, en la calle Sierra de Gredos, muy cerca de una escuela de danza. Una patrulla se encontraba ya allí. Dos agentes aguardaban junto a la persiana. Había un anciano con ellos. Sandoval supuso que se trataba del testigo.

—...si ese hombre nos da algo, le pongo un monumento —le susurró Dávila a Cris por lo bajo.

Bajaron del coche patrulla y se aproximaron, despacio, como siempre hacían, para darse tiempo a evaluar el lugar por fuera. Los alrededores, cómo era la calle, desde dónde era visible el almacén, si había cámaras de seguridad...

—Stoian, déjanos hacer —le indicó el inspector—. ¡Buenas noches!

—Inspector —le saludó uno de los agentes, presumiblemente el que le había llamado—, éste es el padre Evaristo González, de la parroquia de San Timoteo, que está al final de la calle. El almacén es de la parroquia.

—Buenas noches, padre, soy el inspector Sandoval, de homicidios, y estos son mis compañeros, Dávila y Stoian —Cris se sintió extrañamente agradecida cuando la presentó como una más de su unidad—. Frío para andar por la calle, ¿no, padre?

Hacía bastante frío, una noche húmeda y desapacible, por eso el sacerdote iba envuelto con un plumífero grueso que cubría su garganta.

—Yo ya tengo mucha edad, pero tengo mejor sangre que vosotros, los jóvenes —sonrió el anciano—. Suelo andar en la parroquia, haciendo cualquier cosa que me entretenga. Llevo días pensando en sacar trastos viejos y llevarlos al almacén, que total, miren, si está muy cerca... Pero lo he estado retrasando porque quería que me ayudara alguno de la parroquia. Al final me he acercado yo, y me he encontrado la persiana forzada. No iba a poner denuncia, ya saben, sólo es un almacén y no se han llevado nada... Pero he visto por la tele lo del cadáver de Lavapiés, y al ver que era ese chico...

—¿Jacobó Balaguer?

—Justamente... Por eso les he llamado. Porque le conocía, y casualmente le vi rondando por aquí hace unos días.

—¿En el almacén?

El párroco asintió.

—Encontró el almacén abierto...

—Mírelo usted, la persiana está forzada y medio levantada...

—¿Y cree que fue Jacobo el que entró?

—Pues verá usted, ya me dio la impresión de que andaba queriendo meterse ahí, ¿sabe? El pobre llevaba muy mala pinta, y como que andaba queriendo echarse en alguna parte, y como este almacén lleva mucho cerrado y la persiana es endeble...

Sandoval hizo una seña a uno de los agentes y levantaron la persiana. Les costó, porque al estar forzada, no se deslizaba bien por los rieles. Había luz. El párroco pulsó el interruptor con una mano temblona.

—¡Joder! —exclamaron los agentes al mismo tiempo.

Cris retrocedió al percibir aquel hedor malsano, el de siempre... Olía muy fuerte, era aquel mismo olor dulzón que llenaba su aliento, el mismo que acompañaba a las víctimas, pegajoso y repugnante... El padre Evaristo movió la mano para disiparlo, pero era imposible, aquel tufo lo impregnaba todo.

—Huele mal, sí... Bueno, pues esto es el almacén... Mire, un colchón viejo, no recordaba que hubiese uno aquí... Seguro que el pobre chico ha dormido ahí...

—¿Hace cuanto que no viene?

—Uuuh, ¡más de un año! Casualidad que haya pensado en venir justo ahora...

—¿Y mantiene la luz? ¿Y el agua corriente? —interrogó Sandoval. Había visto un lavabo y un espejo en un rincón.

—Ya ve usted, no se paga mucho, no es una molestia y no he pensado en darla de baja. Me viene bien cuando vengo, es muy oscuro, incluso de día.

—Pero dice que no viene hace un año...

—Bueno, hijo, cuando vengo...

El almacén era un agujero destartado, lleno de trastos que a todas luces pertenecían en su mayoría a la parroquia. Algunos bancos, figuras, candelabros... En un rincón estaba el colchón, tirado en el suelo, mugriento y medio doblado.

Al verlo, Cris trató de imaginar a Jacobo Balaguer durmiendo en él. Le dio asco. Luego recordó que Durango le había contado que su hermano la encontró a ella en un estado lamentable deambulando por la calle. Recordó también que había encontrado su ropa arrugada y sucia en el bungalow, harapos... ¿Qué habría movido a Jacobo a esconderse allí?

Don Evaristo hizo amago de entrar y recoger algunas cosas, pero Dávila le retuvo.

—No entre, por favor, vamos a buscar pistas y podría contaminarlo todo si toca algo...

—Claro, claro...

—Llama a la científica, Dávila. Que vengan ya mismo. Don Evaristo, ¿seguro que vio a Jacobo Balaguer?

—Seguro. Era él —se apresuró a afirmar el viejo párroco.

Mientras tanto, Dávila salió fuera para ponerse en contacto con los de la científica. Se les acumulaba el trabajo. Aún debían de estar en Lavapiés, recogiendo muestras de allí.

—¿Le conocía mucho? —preguntó Sandoval al párroco.

—Claro, su padre nació en Vallecas, bauticé yo mismo a Jacobo, aunque hace años que no se dignan venir por su barrio, desde que es un abogado de altos vuelos, en fin, ya sabe usted cómo son estas cosas, la gente olvida sus orígenes, y me consta que Ramón Balaguer ha roto todo contacto con lo que fue su vida en cuanto terminó la carrera...

—¿Sus padres viven aquí?

—No, no... Sólo vive su madre, pero está muy mayor, en un asilo. Tiene Alzheimer, por desgracia...

—Y Balaguer no va nunca a verla...

Evaristo meneó la cabeza. Sus ojillos, llenos de cataratas, brillaron con pesar.

—Solía visitarla el chico, Jacobo, que yo sepa... Era un buen muchacho, esto es muy triste...

—Ya vienen —anunció Dávila regresando al almacén.

—Quédese aquí, padre, enseguida estoy con usted. Stoian quédate con él.

Sandoval se puso sus guantes de látex, se adentró en el almacén, y echó un vistazo alrededor. Allí, junto al lavabo, vio algo. Dávila lo descubrió al mismo tiempo. Él también se había puesto sus guantes. Se adelantó, se agachó y recogió un papel arrugado del suelo. Se acercó al inspector para abrirlo delante de él. Lo extendió lo mejor que pudo. Era una nota escrita a mano.

«Ya la has probado, máquina. La mala noticia es que no puedes dejar de tomarla, o morirás, y el proceso será largo y doloroso. Tú escoges. Aquí tienes una dosis, cortesía de la casa. Si vuelvo a pillarte husmeando estás muerto...»

—...esto sí es algo —se lamentó el agente, releyéndola una y otra vez —. Así que Jacobo consumía drogas...

—Eso parece...

—Pero no llevaba nada encima.

—Puede que haya algo aquí. Echemos un vistazo.

Sandoval y Dávila rastrearon el almacén, palmo a palmo. No tardaron

mucho en tropezar con algo más. Estaba detrás del pie que sujetaba el lavabo. Una ampolla de cristal, pequeña, del tamaño de una alubia. Tenía los dos extremos puntiagudos rotos, y era de color marrón, traslúcida.

—Bingo...

—Estamos de suerte, Dávila...

—Ya era hora, joder...

Sacaron fotografías de lo que habían encontrado antes de recogerlo, y después Dávila introdujo aquella prueba en una bolsita de plástico. La nota descansaba en su bolsillo, en otra bolsita.

Cris lo observaba todo desde la puerta. Estaba lívida y mareada. Aquel hedor revolvía su cuerpo.

—Que la científica lo analice todo, se lo das en cuanto vengan. Quiero que busquen huellas y corroboren que ha sido Jacobo Balaguer el que ha estado aquí. Que envíen la ampolla al CIB enseguida y que éstos comprueben con Quejada si pudo consumir su contenido, y qué es. Este olor es la misma peste dulzona que tienen todas las víctimas, incluido Balaguer, y la ampolla huele igual. ¿No lo has notado?

—Es verdad —constató Dávila.

—No se te ocurra acercar la nariz a esa sustancia... y vamos fuera, me estoy mareando...

Salieron a la noche, despejada y fría, y tomaron aire a bocanadas. La científica llegó enseguida. Dávila les puso al corriente de todo. Les entregó las bolsitas con las dos pruebas encontradas.

—Padre, dígame, ¿recuerda algo más? —preguntó Sandoval—. Haga memoria, por favor...

—No hijo, lo que le he dicho. Vi rondando a Jacobo unos días. Él ya conocía el almacén, porque una vez de crío me acompañó y me ayudó a ordenarlo... Me apenó mucho verle tan mal, y estuve a punto de ofrecerle ayuda, pero me dio miedo la expresión que llevaba en la cara y lo dejé estar... Ojalá no lo hubiera hecho... ¡A lo mejor ahora estaría vivo! Dios sabe que cometí una falta... Imperdonable...

El pobre hombre se secó algunas lágrimas con aquella mano temblona.

—No se culpe, padre... —le rogó Cris.

—¿Recuerda algo más?

—No hijo, no... No he vuelto a verle, hasta hoy, en las noticias. Que Dios lo tenga en su gloria, tan joven...

Capítulo 27



Ruby tiró las llaves de casa en el plato que tenía sobre el mueble de la entrada y se fue a la cocina, a coger una cerveza de la nevera. Estaba contenta porque Cris había vuelto a su apartamento, y triste... porque había declinado quedarse con ella. Acusaba su ausencia, y también la de Max. Se había acostumbrado a que saliera a recibirla cuando volvía de la calle, a sacarlo, a pasear...

«Ya te veo adoptando un perro, Ruby», se dijo con una medio sonrisa.

Cogió un botellín de cerveza. Anticipaba ya la sensación del frío líquido bajando por su garganta. A continuación se fue a su dormitorio y se tiró sobre la cama, boca arriba... Estaba cansada, sin hambre, sin ganas de hacer otra cosa que quedarse allí en la oscuridad, mirando al techo.

Pero entonces sonó el teléfono fijo. Lo tenía en la mesilla de noche, negro, de esos con aire antiguo. El «ring» se elevó en el silencio que llenaba el piso, como una macabra señal que alertó sus sentidos. Ya nadie la llamaba al fijo, sólo él.

Se incorporó, muy tensa, y dejó la cerveza en el suelo. Miraba aquel aparato infernal como si fuera una tarántula venenosa. ¿Por qué no había cortado esa línea? Sonaba insistente, una y otra vez, con aquel «ring» tan estridente...

No quería contestar. Sabía quién estaba al otro lado, y la sola idea de escuchar su voz hacía que su corazón se encogiera de pavor... Del mismo modo, sabía que acabaría cogiendo. Siempre lo hacía... Por eso mantenía la línea.

Y lo hizo.

Como en un sueño, alargó la mano y levantó el auricular. No se daba cuenta, pero estaba apretando los dientes con ferocidad, en un titánico esfuerzo por rebelarse ante la fuerza que dominaba su voluntad y que la obligaba siempre a responder. Enseguida empezó a sudar. Se llevó el auricular a la oreja.

—Hola.

Se estremeció. Era él.

—Ven al parking, ahora.

—No quiero...

—Pero vendrás.

La llamada se cortó, y Ruby dejó caer la mano, como si alguien

hubiera cortado el hilo que movía su brazo. Entonces se levantó, se puso su chaqueta y salió del piso, mientras su mente aullaba gritando para que retrocediera. Su cuerpo ignoraba sus órdenes, y Ruby lloró en silencio.

El parking estaba tres calles más abajo. No era la primera vez que la citaba allí. Hacía mucho frío... Ruby caminó con garbo, sin mirar a las personas con la que se cruzaba. Sus rizos saltaban sobre sus hombros con gracia, y sus ojos fieros brillaban, furiosos de impotencia.

Llegó a la entrada y bajó por las escaleras de servicio, una planta, dos... bajo tierra. Al acceder a la tercera planta del p arking subterráneo, las luces parpadearon. Ruby odiaba verse all  con aquel tipo. Le recordaba demasiado a las películas de terror, donde la víctima cae en manos del psicópata mientras los espectadores se preguntan por qué es tan estúpida.

Era estúpida, desde luego, pero cada vez que él la llamaba... No podía evitar acudir, era como la mosca que cae en la miel...

Sacudió la cabeza... Hasta entonces no había ocurrido nada malo, que ella supiera,  no? No, en realidad nunca recordaba lo que hacía cuando estaba con él. Se estremeció y se llenó de amargura.

 l era «*las malas amistades*» de las que le había hablado a Cris. La razón por la que habían discutido aquel día, aunque, no recordaba por qué, o cómo había llegado Cris a saber de él. Ni siquiera podía sincerarse con ella, porque cuando lo intentaba, algo en su interior se lo impedía.

Gimió por verse atrapada en una historia así, algo de lo que no podía

hablar. Tampoco con Cris. Menos aún con Cris.

Dio unos pasos por el aparcamiento, desierto en esos momentos. Una larga hilera de luces verdes se prolongaba interminable por delante de ella. Si se daba la vuelta, tenía otro tanto a la espalda. Olía a tubo de escape y los techos mostraban una capa negruzca cubierta de telarañas.

Su reloj daba las ocho y cuarto de la noche. Allí no había cobertura. Si algo iba mal...

Pensó en Cris. La había dejado en su apartamento y la había abrazado. Había sufrido por ella, aún lo hacía, porque le daba miedo lo que pudiera ser eso que los médicos no sabían identificar y que había invadido su cuerpo. Le había prometido que ya no mantenía contacto con «*sus malas amistades*».

Ojalá...

Había sido él quien la había ayudado a localizar a Cris en la sierra, estaba segura. Tenía que haber sido él, aunque no supiera cómo, ni cuándo. Desde luego que no conocía al inspector Diego Sandoval. Le había señalado sólo para protegerse...

Ese hombre, el de las llamadas, no la dejaba vivir con normalidad, en ningún momento. Se había preocupado de que supiera que siempre estaba cerca. Cada vez que intentaba pasar página y olvidarse de él, recibía una llamada. Cuando escuchaba su voz, pasaba de ser la Ruby dinámica y alegre a ser un fantasma sin voluntad propia, gris y débil. Luego pasaban muchos

días antes de que pudiera volver a ser la misma.

Cris no era la única que no recordaba cosas... ¿Cuándo le había conocido? ¿Dónde? Eran preguntas sin respuesta, las respuestas se perdían en su mente. Creía que había sido durante una noche de juerga, o tal vez lo había soñado...

Hubo un ruido al fondo del parking, a su espalda. Se giró, y una luz parpadeó varias veces. Ya estaba allí. No sabía su nombre, así que en su cabeza le había bautizado así, «*el demonio*», por su voz ronca, su manera de esconderse en la oscuridad, siempre en la sombra, anónimo, frío... por sus ojos inquietantes...

Caminó hacia la luz con inseguridad. Por una parte, cuanto antes acabara, antes se libraría de él, antes podría volver a respirar aire de verdad y abandonar el subterráneo. Por otra... No, no podía rebelarse. Qué absurdo...

Un nuevo destello le indicó que «*el demonio*» se ocultaba en una zona sin luces, como siempre. Era como bajar a la cueva de un vampiro, donde sabes que te morderá y perderás la vida y el alma... «*El demonio*» jamás se exponía a que ella pudiera verle la cara. Cuando se acercó más, distinguió su figura. Iba de negro y era alto, bastante alto. Llevaba capucha, pero se adivinaba bajo ella que su pelo era oscuro.

—Hola —gimió Ruby.

—Hola —contestó él. Tenía una voz profunda, desagradable. Cuando la escuchaba, un ardiente fuego recorría su cuerpo de los pies a la cabeza—.

Te has retrasado... No me gusta esperar...

—¿Qué quieres? —preguntó Ruby casi en un susurro—. No quiero seguir con esto, por favor...

—Tranquila, sólo quiero hablar...

¿Hablar? ¿De qué? Quiso marcharse, pero él la retenía con aquellos ojos profundos y fríos.

—...No tan deprisa...

—¿Qué quieres? No me lo has dicho por teléfono...

—No preguntes...

Entonces «*el demonio*» dio un paso hacia ella.

«*Recuerda, no dejes que se te acerque...*», pensó Ruby con debilidad.

—Deja que me vaya...

Hablaba con cuidado, no quería dejarle que se acercara demasiado. Se sentía como la presa de una araña letal.

—Tranquila, no voy a hacerte daño...

«*El demonio*» sonrió en la oscuridad y alargó una mano para coger la suya. Ruby la apartó. Se estremeció, porque había llegado a rozar sus dedos. Los había sentido fríos y pegajosos, algo repugnante... Era como tocar un pescado muerto...

—...qué quieres entonces...

De pronto, él hizo un rápido movimiento, y en una fracción de segundo estuvo pegado a ella. La atrapó, sin que pudiera zafarse. Sus ropas desprendían un cargante olor dulzón que hizo que se marease. Su aliento también olía así... Vio como en un sueño de pesadilla que alargaba aquella mano hacia ella. La puso en su nuca, por debajo de sus rizos, para atraerla aún más hacia él, y atraparla en un abrazo demasiado íntimo.

«...otra vez no...»

Ruby se puso rígida, pensó en revolverse, pero no lo hizo. Además, él la sujetaba con una fuerza descomunal... Sintió una extraña quemazón allí donde aquellos dedos invasivos tocaban su piel. Casi al instante se le aflojaron las rodillas y su voluntad empezó a zozobrar. Sus ojos hipnóticos penetraron en ella, invadieron su cordura, hasta llegar a su alma...

Seguro de tenerla a su merced, se inclinó y susurró en su oído lo que deseaba que hiciera.

Capítulo 28



En una terraza cercana a la plaza de Lavapiés, Durango montó la cámara sobre un trípode. Le puso un teleobjetivo especial para captar imágenes nocturnas. Llovía en todo Madrid, salvo en aquel rincón hurtado a la ciudad. Cris le había contado que nunca llovía en los lugares donde emergía aquella vegetación. Sentía curiosidad, se preguntó por qué, si las plantas necesitaban agua para crecer. Aquello era otra novedad, tan inesperada como todo lo demás que estaba ocurriendo. Algo inesperado...

Se alegró de haber llegado a tiempo, por los pelos. Un minuto más tarde y ya no hubiera podido atravesar el cordón policial. Sonrió con cierto entusiasmo. Le encantaban los misterios. Sacó un montón de instantáneas de la plaza, del ciervo... Se había propuesto documentar algo que ya era único, histórico...

Orientó la cámara. Sabía qué buscaba. El perímetro enmarcado con cintas amarillas donde habían encontrado el cadáver. Entonces vio a Cris junto a Sandoval. Demasiado pronto... También estaba Dávila y otros técnicos de la científica. Peinaban con celo el área marcada, en busca de pistas... Durango gruñó. ¿Qué hacía Cris allí?

«Joder...»

¿De qué iba? Llevaba días tratando de hablar con ella y no se había

dignado contestarle.

Entonces su móvil vibró. Un mensaje.

«¿Dónde estás?». Era de Cris.

Fue a contestar, pero se abstuvo. En vez de eso, escudriñó de mal humor la escena a través del potente teleobjetivo. Actuaba como un catalejo. Cris parecía estar perfectamente... ¿Dónde se había escondido esos días? Una oleada de despecho le subió desde el estómago y encendió su rostro. Dávila hablaba con Cris como si fuera una más en la unidad, y ella parecía... sí, parecía exultante, más viva que nunca... Se mordió el labio, conteniendo a duras penas sus emociones. No le gustaba el modo en que la miraba el agente, ni cómo ella se inclinaba hacia él con absoluta confianza, ni su sonrisa...

¿Había algo entre esos dos? No lograba apartar el teleobjetivo de su figura, como si a base de escudriñarla fuera a arrancarle alguna respuesta.

Al fin apartó su atención de ella, no sin esfuerzo, y dirigió la cámara y su frustración hacia el cadáver. La víctima yacía con total nitidez entre la hierba. Se había quitado la vida de un modo espantoso. Durango ya sabía que estaba ante otro suicidio, y no sería el último...

Los del CIB entraron en escena. Aquello se ponía interesante por momentos. También había periodistas en torno al cordón de seguridad, retransmitiendo en directo. Podría estar allí, con su cámara, como el resto de periodistas, pero no quería arriesgarse y había optado por esconderse en la

terraza de una casa particular y seguir lo que ocurría desde la clandestinidad. Espiar desde aquel enclave le había costado veinte euros. Una miseria. Había merecido la pena.

Durango se levantó. No vio que en ese momento Sandoval, Dávila y Cris, se marchaban. Entró en la vivienda. En la salita donde estaba la familia del hombre que había aceptado su dinero, había un pequeño televisor. Le hizo un gesto, y él lo encendió. Durango cogió el mando. Empezó a buscar alguna cadena donde estuviesen dando la noticia... No le costó mucho, estaban emitiéndolo en todos los canales. Subió el volumen.

Una reportera de TeleMadrid estaba dando los primeros detalles en ese momento. Hablaba del extraordinario fenómeno ocurrido en la plaza de Lavapiés, enlazándolo con el de la M30. Planteaba la cuestión de si allí tampoco iban a conseguir su objetivo las máquinas del hombre contra la naturaleza. Durango sonrió. Estaba convencido de que no iban a poder devolver la plaza a su estado original. La reportera pasó a relatar el macabro hallazgo del nuevo suicida, identificado como Jacobo Balaguer, único hijo del conocido abogado madrileño Román Balaguer.

La muerte del hijo de Balaguer colocaba a éste en otra casilla del tablero. ¿Qué opinaría Cris de eso?

Arqueó las cejas, cogió el móvil y contestó a su último mensaje.

«Te he visto en la plaza. ¿De qué va todo esto? Necesito hablar contigo, por favor.»

Esperó respuesta, pero no llegó.

Frunció el ceño.

Recogió su equipo de mal humor y salió disparado. Necesitaba hablar con Cris. No podía perderla de vista ahora que había logrado acercarse... Pero, ¿cómo localizarla si se empeñaba en eludirle? Mientras buscaba su coche, pensó en Ruby. También ella le había estado eludiendo, pero ya no. Sin embargo, no había logrado sonsacarle nada, era dura de roer. Cris debía de seguir instalada en su casa. La esperaría allí.

«No me vas a dar esquinazo esta vez...».

Ya no llovía cuando llegó a Malasaña. Aparcó milagrosamente cerca del portal del edificio donde Ruby tenía su piso. Apagó el motor y miró alrededor. La calle estaba sumida en una agradable penumbra, iluminada apenas por una farola; el resto había dejado de funcionar, un total de cuatro repartidas a lo largo de la acera, como espigados postes oscuros. A lo lejos sonaba el pitido de un camión de la basura.

Durango se agachó un poco para ver mejor a través de la luna de su coche. No había luz en las ventanas del piso. Revisó sus mensajes... Nada. Hizo acopio de toda la paciencia que aún le quedaba, decidido a ver a Cris de una vez. Entre tanto, se dedicó a escuchar las noticias, por si daban algún avance sobre la muerte de Jacobo Balaguer. Las voces de los locutores sonaban de fondo, llenando la soledad que siempre llega con la espera. A él no le molestaba permanecer el tiempo que hiciera falta en aquella calle, estaba acostumbrado y podía ser muy paciente.

«La paciencia es una virtud... Y no tengo prisa...»

Amparado en la seguridad del coche, revisaba de vez en cuando el móvil. Cris no contestaba. ¿Qué estaba haciendo? Sus ojos dorados recorrieron la calle arriba y abajo. De vez en cuando echaba un vistazo a los espejos laterales y al retrovisor, por si acaso.

Al cabo de dos horas empezó a perder la paciencia. Nada. Cabía la posibilidad de que tardara toda la noche en aparecer si estaba con Dávila... Seguía sin apreciarse luz en las ventanas del piso de Ruby, lo que significaba que tampoco ella estaba en casa todavía. Se extrañó, ya debería haber vuelto. Por fuerza aparecerían, la una o la otra en cualquier momento... con suerte. Soltó un bufido. Cabía la posibilidad de que tuviera que pasar la noche entera de guardia, y no le hacía ni pizca de gracia.

Pero no fue así. La primera en llegar fue Ruby.

Durango dio un respingo al verla. Se había quedado traspuesto, aunque, por suerte, su figura delgada andando por la calle atrajo la atención de su subconsciente, arrancándole de golpe de un sueño incipiente. Parpadeó. Eran las doce pasadas. Se irguió en el asiento para verla mejor. Ruby caminaba despacio, casi haciendo eses. Estaba muy pálida, descompuesta. Durango la observó con curiosidad.

Antes de que llegara al portal y pudiera escapar, abrió la puerta del coche y salió rápidamente. En dos zancadas cruzó la calle. Ruby no le vio venir. Estaba ida. Cuando la atrapó, apenas levantó los ojos.

—¿Ruby? Oye, ¿Ruby? —Durango tuvo que sujetarla, porque se le caía fláccida en los brazos—. ¡Ruby!

La abofeteó, pero ella apenas entornaba los ojos, sin reconocerle.

—Está bien...

La cogió por la cintura y la ayudó a caminar hacia el portal. Entonces, para su alivio, la chica reaccionó. Se enderezó y echó a andar por su propio pie, hasta alcanzar el portal. Durango sólo tuvo que seguirla. Ella metió la mano en su bolso y sacó las llaves. Abrió el portal y entró. Durango miró a ambos lados de la calle. Luego se coló tras ella y subió en el ascensor hasta su casa. No daba muestras de ser consciente de su presencia.

El piso estaba desierto. Tampoco vio a Max.

«Mejor...»

Ruby dejó el bolso en la entrada y se fue directa a su dormitorio. Se dejó caer sobre la cama y cayó en un profundo estado de sopor. El fotógrafo cerró la puerta de entrada y se aventuró en el piso. Iba a tener que dar muchas explicaciones si Cris regresaba y le encontraba allí, con Ruby en semejante estado.

Sacó el móvil. No había respuesta a su mensaje, así que, por enésima vez, marcó el número de Cris. Esperó y esperó, dando vueltas muy nervioso por el salón de Ruby. De pronto contestó, y Durango se detuvo en seco,

sorprendido. No lo esperaba.

—¿Durango? —su voz sonaba nerviosa.

—Joder Cris... ¿Dónde estás?

—He estado liada... Quería contestar tu mensaje, pero no podía, iba a llamarte ahora...

Cris acababa de llegar a su casa. Dávila la había dejado en el portal no hacía ni diez minutos. Tras su intensa experiencia de aquella tarde en Lavapiés, y después en el viejo almacén del padre Evaristo, se encontraba agotada.

—¿Dónde estás? —preguntó.

—Estoy en el piso de Ruby —mejor si decía la verdad.

—¿Qué? ¿A estas horas? —Cris no entendía qué hacía allí—. ¿Por qué?

—Bueno, no dabas señales de vida y necesito hablar contigo, así que he venido a preguntarle, y me la he encontrado... drogada. Ahora mismo está tirada en su cama, fuera de órbita.

Cris se quedó helada, sin comprender.

—Ruby no consume —era una afirmación.

—Joder, pues yo diría que sí...

Cris fue a decir algo, pero se lo tragó. Enseguida la duda se adueñó de su corazón. Algo le decía que Durango no mentía. En cambio Ruby, por lo visto, ocultaba muchas cosas.

—Oye, no me siento cómodo aquí, con Ruby pasada de rosca y tirada en su cama... Pero si no hablas conmigo me quedaré hasta que despierte y haré que me lo cuente todo, porque sé que me dirá qué está pasando si me lo propongo. Soy muy convincente, ¿sabes? ¿Cuándo vienes?

—...no lo entiendes, ya no estoy durmiendo ahí, me he vuelto a mi apartamento...

—Cris... Llevo más de una semana sin saber de ti, ¿qué crees que he estado pensando?

—Lo siento...

—Dime dónde estás, iré a verte. Por favor...

Cris esperaba oír aquello. Sintió un alivio inmenso, estaba deseando hablar con él... y compartir todo lo que había vivido. Desde que había visto el cuerpo de Jacobo Balaguer en la plaza, había estado pendiente de él, de si estaría o no allí, alrededor, en alguna parte. Tras recibir su respuesta al mensaje que le había mandado, había querido contestarle muchas veces, pero con Sandoval y Dávila pegados a ella todo el tiempo no había encontrado ocasión. Le parecía que había transcurrido un lustro desde la última vez que habían hablado, y no olvidaba que habían acordado cooperar para esclarecer lo que le había ocurrido a ella... ¡a ella! ¿Le había dado la espalda cuando él pretendía ayudarla? Le debía una explicación, aunque... Durango también iba a tener que darle algunas respuestas.

—Está bien, vivo cerca de Ruby —le dio la dirección—... No tardes, voy a hacer café, me da que lo vamos a necesitar.

Durango colgó. El triunfo preponderaba sobre cualquier otra emoción. Había anotado la dirección de Cris en el dorso de su mano con un bolígrafo que siempre llevaba en la chaqueta. Vivía realmente muy cerca. Se asomó a la habitación de Ruby, sólo para comprobar que aún dormía. Respiraba despacio, con regularidad. Sus espesos rizos castaños se desparramaban sobre la colcha de la cama formando un abanico. Entonces se dirigió a la salida...

Soltó un juramento cuando tropezó con su bolso. Tuvo que apoyarse en la pared para no caerse de bruces al suelo. Se incorporó y lo apartó con el pie. Estaba medio abierto, y asomaban algunas cosas, una cartera, unas gafas... Por un momento tuvo el impulso de mirar en él para ver si encontraba algo interesante, pero reprimió el gesto de su mano y lo dejó donde estaba. No necesitaba hurgar en sus cosas.

Abrió la puerta y abandonó el piso.

No se molestó en coger el coche, podía ir andando. Cris tenía su apartamento a un par de manzanas de allí. Apretó el paso con su forma de andar desgarbada. Así llegaría cuanto antes, y también entraría en calor. La noche era muy fría.

Cuando Cris le abrió la puerta, estaba adorable. Se había cambiado nada más llegar a casa, y llevaba una camiseta de manga corta, un pantalón ligero y ancho, el cual, lejos de disimular sus formas, las hacía destacar... iba descalza y el pelo enmarañado caía largo y ensortijado sobre sus hombros. Su semblante somnoliento estaba ligeramente sonrosado, pero al verle enrojeció. Durango sonrió al verla ruborizarse. Eso aún le gustó más.

—Pasa... —musitó ella.

Max apareció corriendo y saltó sobre él con su acostumbrado entusiasmo.

—¡Ey, calma!

Durango lo acarició.

—Cierra la puerta y ven a la cocina, ¿quieres un café?

—¡Sí, gracias!

A Durango le daba curiosidad ver dónde vivía Cris. Era la primera vez que entraba en su casa. Se encontró con que tenía un apartamento coqueto de unos setenta metros cuadrados, con un salón amplio y una hogareña cocina americana. Al otro lado del salón se intuía una gran terraza, aunque en la oscuridad nocturna no se apreciaban bien sus dimensiones.

—Tienes una bonita casa...

—Gracias —contestó Cris. Estaba de espaldas a él, sirviendo el café en dos tazas—. Perdona, no recuerdo cómo lo tomas...

—Sólo, sin azúcar.

Durango se sentó en un alto taburete de color tostado, junto a la barra que separaba la cocina del salón. Dejó que Max le lamiera la mano izquierda.

—Sólo, sin azúcar, vale.

Cris se volvió y le alargó una taza. La otra se la quedó para ella. Se sentó también, al otro lado. Max se tumbó bajo la barra, y ella aprovechó para poner los pies desnudos en su cálido regazo. Era un gesto que se había acostumbrado a hacer desde que lo tenía consigo y que a los dos les gustaba.

—Ahora que por fin estamos así, en un tú a tú —empezó el fotógrafo —... ¿Puedo saber qué ha pasado?

—Primero deberías responderme tú a algunas preguntas, ¿no te parece?

Durango clavó en ella aquellos intensos ojos dorados que tanto la perturbaban. Cris enrojeció, si había sido ella la que le había estado esquivando...

—...te he visto esta tarde con Sandoval en la Plaza de Lavapiés — confesó Durango—... Creía que no querías tratar con la policía.

Cris se puso rígida. Se volvió hacia él con los ojos brillantes.

—¡Pero es que «soy» policía! —le soltó, sin poder contenerse—. Y tú lo sabes, ¡lo has sabido todo el tiempo! La cuestión es... ¿por qué no me lo habías dicho?

Durango soltó una risotada breve y escéptica.

—Cómo que tú eres policía...

Cris se mantuvo firme y seria. Durango arqueó las cejas en un gesto de perplejidad demasiado sincero para ser fingido.

—No lo sabías —concluyó Cris—... ¿Cómo es posible...? Conoces a

Sandoval...

—Eso es, conozco a Sandoval, pero de pasada, por mi trabajo, ya te lo dije.

—Yo formo... formaba parte de su unidad. Soy miembro de la policía nacional, inspectora de homicidios...

—Qué —Durango la miraba incrédulo—... Pues vas a tener que creerme si te digo que no tenía ni idea. Joder, Daniel y tú lo teníais bien calladito...

—¡Pero Ruby sí lo sabe!

—Bueno, pues en ese caso, supongo que ella tenía razón, y después de todo tú y yo no éramos tan amigos como yo pensaba, ¿no?

Cris acusó el golpe. Bufó y se cruzó de brazos. Entonces se dio cuenta de que los llevaba al descubierto. Enrojeció. Sus horribles marcas quedaban a la vista. Las odiaba... Quiso taparlas, y al final optó por levantarse e ir a por una chaqueta. Musitó una disculpa y salió volando. Cuando volvió iba calzada y llevaba una chaquetilla de punto azul. Durango no dijo nada. Ya había visto sus marcas, era otra cosa lo que le preocupaba.

—Cris por favor, dime qué ha pasado... hace más de una semana que te niegas a hablar conmigo. Creía que habíamos llegado a un acuerdo, ¿ya no quieres que te ayude? ¿Es porque has descubierto que eres policía?

—No... Creí que me habías estado mintiendo, supongo que me equivoqué —suspiró, avergonzada de su actitud—... He estado ingresada en el Reina Sofía. Me han estado haciendo pruebas.

Tuvo que recapitular y explicarle cómo sus compañeros la habían interceptado y retenido, antes de pasar al asunto de su ingreso en el hospital. Le contó lo relativo a los incontables análisis y pruebas por los que había pasado. Durango recordó la unidad del CIB en Lavapiés. La escuchó sin pestañear. Desde luego ya no estaba enfadado, ¿cómo iba a estarlo con todo lo que estaba descubriendo?

Cris se encogió de hombros.

—...qué podía hacer... Es decir, me obligaron a mostrarles el cadáver de Diana Whitaker. Ella, y Lucas Huarte, tenían la misma marca que yo en la muñeca —se la mostró, levantándose sólo un poco la manga de su chaqueta azul. No percibió el velo que bañó los ojos de Durango—... Y Diana se desintegró en nuestras narices, ¿lo entiendes?

—No, no comprendo...

—Su cuerpo se deshizo en un montón de compost que luego se desintegró. No queda nada de ella. Y lo más curioso es que lo mismo pasó con Lucas Huarte. Por lo que me han contado, el forense estaba terminando la autopsia cuando ocurrió. ¿Qué me espera a mí?

—No tiene por qué pasarte lo mismo, Cris —Durango estaba perplejo. Alargó una mano y la puso sobre la de ella—. Ellos ya estaban muertos, y a ti te salvó Daniel de una muerte segura.

—Vaya, qué consuelo... ¿Y si lo que corre por mis venas me acaba matando?

—Pero estás bien, ¿no? Estás mejor...

—Bueno, la medicación me está sentando bien, no he vuelto a tener ataques de tos, ni desmayos...

—¿Qué vas a hacer? ¿Vas a volver a la unidad?

—No lo creo, aunque... esta tarde... ha sido increíble, me he sentido tan viva... Quería estar allí, hacer lo que ellos hacían, en fin... Hay un testigo, un párroco, que conoce a Jacobo Balaguer. Por lo visto ha estado escondido en un almacén de su parroquia estos días, antes de suicidarse... Sandoval y Dávila van a ir a hablar con su padre mañana por la mañana. Puede que me dejen participar, cuando inicien la investigación de lo que hizo Jacobo antes de morir, ya sabes, con quién estuvo, a dónde fue... No llevaba su móvil encima, así que no tenemos otra manera de conocer sus movimientos...

—Ya hablas como uno de ellos... va a ser cierto que eres inspectora de homicidios.

Cris alzó los ojos hacia Durango con timidez. Apartó su mano de la de él con delicadeza. Le quemaba el tacto de su piel.

—¿Quieres dejarlo estar? —preguntó Durango—. ¿Que sean ellos los que investiguen?

—No... Es decir... Quiero que lo hagan, pero sigo convencida de que hay algo más que debemos descubrir antes que nadie.

—Pues no tenemos mucho para empezar...

—Te equivocas, en realidad, ahora lo tenemos todo. Si me dejan seguir el caso de cerca, aunque esté de baja...

—...tendremos toda la información.

—Exacto.

—...y mientras tanto, podremos ir avanzando por nuestra cuenta —sonrió Durango, de nuevo entusiasmado—... Pero hay algo que no tenéis —dijo Durango con una mirada cómplice—. Tal vez deberíamos empezar por ahí.

—¿De qué hablas?

—¿Recuerdas la grabación que encontré en la bolsa de Daniel?

—¿La de la amenaza? Sí...

—También encontré, por casualidad, en mi cámara, unas fotos. Las hice sin otra intención que probar mi teleobjetivo, pero resulta... que aparece tu hermano, y está con un chico. Te lo hubiera dicho antes, pero...

—...ya, no contestaba tus llamadas... Bueno, ¿Y quién es?

—Esperaba que tú me lo dijeras. Sabemos que Balaguer esconde algo, porque, si no, no hubieran amenazado a Daniel para que dejara de hurgar... El día que saqué esas imágenes yo estaba con él en mi casa. Daniel recibió una llamada y bajó a la calle.

—¿Y qué hay de su móvil? —Cris se había olvidado por completo de que se lo había entregado para que tratara de recuperar información— ¿Lo analizó tu amigo?

—Sí...

—¿Y?

—Precisamente. Encontré un correo de tu hermano a Balaguer. Quería hablar con él sobre un tal Sebastian. Por lo visto Balaguer no quería recibirle.

—¿Sebastian? ¿Quién es?

Durango se encogió de hombros.

—No lo sé, pero puede que sea la causa de que Daniel esté muerto, ¿no?

Cris suspiró. Se frotó los ojos, cansada de pensar, agotada a causa de su paso por el hospital, y de una noche intensa... Se moría por acostarse.

—Oye... Quédate a dormir si quieres... ¿no? Estoy muerta de sueño y no puedo pensar con claridad, ni con el café... ¿Qué tal si seguimos hablando por la mañana?

—¿Dormir? ¿Aquí? —se extrañó Durango.

—En el sofá —se apresuró a aclarar Cris con una medio sonrisa—. Te traeré una almohada y una manta. ¿Te parece?

Durango también estaba cansado. Se levantó y se quitó la chaqueta a modo de respuesta, dejando a la vista una camiseta negra que marcaba su cuerpo bien moldeado.

—Durango —dijo Cris con mayor timidez. Se volvió para no verle—

... ¿Estaba bien Ruby?

—Durmiendo el colocón, iba muy puesta.

—Joder, cabrona...

—¿Suele hacerlo? Lo de ponerse...

—Yo pensaba que no, pero por lo visto últimamente miente más que habla...

—Se encuentra bien, aunque cuando despierte tendrá un bajón monumental, supongo.

Cris pensaba en «*sus malas amistades*». Ruby era su amiga, su mejor amiga. Quería protegerla.

—Voy por tu manta...

Cuando volvió, Durango estaba esperándola.

—Cris...

—¿Sí?

La miraba con esa expresión atormentada que solía tener con ella desde el día en que se tropezaron en la calle. Sus ojos dorados eran intensos, la traspasaban, de tal modo, que le temblaron las rodillas y un vértigo intenso le trepó por los muslos hasta anidar en su vientre. Cada vez que estaba cerca de él, cuando escuchaba su voz, cuando sus ojos se encontraban, algo dentro de ella se removía. Se sentía tan atraída...

—¿De verdad no te acuerdas de mí?

Durango probó a acercarse un poco más, despacio.

—Sí que me acuerdo...

—No. Me refiero, a que éramos amigos, muy amigos, más que amigos... ¿No lo recuerdas?

Parecía agitado por alguna emoción muy fuerte. Dio un paso hacia ella, alargó una mano y cogió un mechón de su pelo con delicadeza. Se lo colocó detrás de la oreja y acarició su mejilla al hacerlo. Cris no se movió. No podía.

—Lo siento, no recuerdo... no te recuerdo tanto, tan...

Meneó la cabeza. Durango se había inclinado para besarla, pero al percibir su vacilación, se apartó. Se quedó mirándola un instante que a ella se

le hizo eterno, y luego le quitó la manta que estrechaba contra su pecho como si se tratara de un escudo. Sonrió con una expresión extraña, y enseguida le dio la espalda. A Cris le estaba costando demasiado mantener las distancias. Suponía que para él nada había cambiado. ¿Estaba enamorado de ella?

—Yo también estoy roto, ha sido un día intenso... Buenas noches Cris, que descanses...

—Vale... Buenas noches... Ah, Durango, no apagues esa luz, por favor...

Cris señaló la lámpara de pie al fondo del salón. Esperaba que «S» la hubiese visto.

—Tranquila, no me molesta. Ni siquiera me había dado cuenta...

Cris alargó la mano de forma mecánica y apagó la luz principal, pero no se movió de donde estaba. Esperaba que de verdad aquella luz no molestara a Durango, y que no se levantara para apagarla durante la noche. ¿Sería suficiente para que «S» interpretara correctamente su señal? Esperaba que sí...

En el silencio y la penumbra del salón, Durango se desprendió de su camiseta y se tumbó en el sofá. A Cris le encantaba el modo en que su cuerpo destacaba en aquella semi oscuridad. Vio sus antebrazos, tatuados con complicados dibujos... Entonces Durango se cubrió con la manta y ya no pudo seguir mirándolos. Aquel vértigo aún perduraba en su vientre, hormigueando en él con fuerza. Soltó una maldición para sí misma y se fue a

dormir. No vio la expresión con que Durango se volvía para verla marchar.

A solas en su dormitorio, Cris estuvo mucho tiempo analizando sus emociones. Su forma de mirarla, la electricidad que corría entre los dos cuando estaban juntos... Sus sentidos se disparaban teniéndole cerca. Ahora que él dormía en el sofá, se fue calmando y la intensidad de sus emociones se apaciguaron. ¿Era acaso sólo atracción física? Cuando se durmió, no lo hizo pensando en él...

Capítulo 29

Pinar del Rey, Madrid, 2009



Cada mañana, Rhina se asomaba a la ventana de su habitación, y pasaba un tiempo contemplando el horizonte, un borrón gris de edificios sin fin, tan extenso hacia el sur que no podía imaginar dónde terminaba Madrid. Sus ojos esmeraldas reflejaban aquel paisaje urbano, y la boina de contaminación que cubría la ciudad, sobre todo cuando llevaba varios días sin llover.

Invariablemente, su madre la apartaba de la ventana y la llevaba de la mano a la planta baja, donde a diario recibía educación. Sin embargo, aquel día Rhina se había escondido entre las plantas del huerto, entretenida contando las flores que crecían alrededor. Había menta, albahaca, margaritas y otras florecillas silvestres de suaves colores.

No oyó llegar al hijo de Elizabetta. Era un chico callado y observador, y gustaba de moverse sigiloso con el fin de sorprender a las personas cuando creían estar a solas, en la intimidad. Había descubierto que llegaba a saber mucho más de los demás si los estudiaba en esos momentos, cuando, creyéndose a solas, se mostraban tal y como eran.

Llevaba mucho tiempo interesado en Rhina. A aquellas alturas, ya había adivinado, sin mucha ayuda, que era ella la que causaba el inusual

crecimiento y esplendor de las plantas del huerto.

La encina había duplicado su tamaño y extendía sus fuertes ramas, cargadas de hojas, como un paraguas alrededor. Rhina estaba debajo.

Cuando la niña alzó sus increíbles ojos verdes, Sebastian no se inmutó. Tampoco le intrigaba si a ella le gustaba o no su compañía. Se sentó a su lado, con las piernas cruzadas. Rhina no le temía. Aceptó su presencia con naturalidad. Su personalidad generosa despertaba en ella un comportamiento amigable y abierto. Extendió su mano y le mostró una florecilla azul de intensa fragancia. Sebastian la aceptó. La guardó en el bolsillo de su camisa. Luego extendió su mano y atrapó la de Rhina. La retuvo con delicadeza, sin dejar de mirarla a los ojos. Entonces sacó una aguja con la otra mano, y antes de que pudiera apartarse, pinchó a Rhina en un dedo y esperó. Ella no se quejó. Le observó con curiosidad. Continuaba sin estar asustada.

De su dedo brotó una brillante gota de sangre... de un vivaz color verde. Sebastian ya había previsto que ocurriría algo sorprendente... pero no aquello. Se quedó perplejo. La sangre de Rhina era verde...

Alargó un dedo y capturó aquella gota singular. Luego, sin saber muy bien por qué lo hacía, se la llevó a la boca y la probó. Era dulce, fresca, y sabía como a menta y a fresa, y a naranja, y a canela... Una sensación embriagadora asaltó su sensible paladar, a continuación bajó por su garganta, deslizándose a través del esófago, hasta el estómago...

En cuestión de un minuto, a Sebastian se le dilataron las pupilas; el mundo alrededor se tiñó de un intenso colorido, sus sentidos se dispararon, una corriente vital, electrizante, recorrió su cuerpo, sacudió su cerebro...

Cayó como un fardo en la tierra, desmayado.

Rhina no reaccionó. No comprendía qué había ocurrido. Estuvo un rato así, esperando a que el chico se despertara, y luego, cuando vio que no lo hacía y que su madre la llamaba, se quitó su chaqueta de punto y se la echó por encima, arropándole con ella. Decidió dejarle dormir. Nada más natural.

—¡Rhina!

Salió del huerto sonriendo a Zulema. No le dijo nada sobre Sebastian. Enseguida se reunió con ella, deslizó la mano derecha en la suya y ocultó la otra para que no viera que tenía un pinchazo en el dedo.

—Vas a llegar tarde, Rhina, ¿es que no te gusta aprender con la hermana Angélica?

Rhina se volvió a medias para echar un vistazo al huerto. No se veía a Sebastian por ninguna parte, así que creyó que seguía dormido. Le dedicó una sonrisa a su madre y se fue con ella.

La hermana Angélica aguardaba en el aula. Estaba escribiendo algo en la pizarra, concentrada en trazar letras redondas y muy legibles. Al ver que llegaba Rhina, saludó con alegría. Era una mujer sensible y muy amable, entregada a su labor como profesora. Todo lo hacía con ardiente entusiasmo.

Dejó que la niña se sentara en su silla habitual, aún sin extrañarse de que faltara Sebastian. Cuando terminó su tarea en la pizarra, se volvió y

dirigió a Rhina una mirada brillante. Luego miró el reloj...

—Ay que ver... ¿Dónde se habrá metido este chiquillo?

Cuando transcurrieron diez minutos sin que Sebastian se presentara, Angélica salió de la clase a mirar en el pasillo. Aquello empezaba a resultarle extraño.

—Qué raro...

Entonces tomó una determinación, y se fue a buscar al muchacho a su dormitorio, creyendo que se habría dormido. Encontró a su madre. Elizabetta se sorprendió. Sebastian había salido como cada día para acudir a clase... Le buscaron por todo el convento. Al principio creyeron que estaba distraído jugando en alguna parte, luego que las estaba provocando... y al fin tuvieron que acudir ante la hermana Rosario, porque no podían localizarle. Revolvieron cada posible rincón, más y más preocupadas, hasta que al fin, fue la hermana Teresa la que le descubrió tendido en el suelo, en medio del frondoso huerto.

Estaba inconsciente, sumido en un profundo sueño del que no lograron sacarle. Supieron que había estado con Rhina, porque tenía su chaquetilla por encima, pero era imposible saber qué había pasado. La niña no hablaba, y no parecía preocupada. Cuando le preguntaron, no reaccionó, segura de que el chico dormía.

Le llevaron a su habitación y le acostaron. Estaba frío y pálido.

—Voy a llamar a la médico, Elizabetta —dijo la hermana Rosario.

Las hermanas capuchinas contaban con la atención de la doctora Medina, del centro de salud del barrio de Hortaleza. Tardó apenas media hora en acudir y atender al pequeño. Hizo muchas preguntas, le auscultó, le abrió los ojos, observó sus pupilas dilatadas, le tomó la tensión, desconcertada, porque no hallaba motivos que hubieran provocado su estado de inconsciencia.

De pronto, cuando no llevaba ni diez minutos con él, sus mejillas recuperaron algo de color, y la temperatura de su cuerpo empezó a subir. Al fin abrió los ojos, muy brillantes.

—¿Sebastian? Hola Sebastian, soy la doctora Medina, ¿cómo estás?

—Bien...

Pero parecía estar alucinado. Mientras le preguntaba, Medina le tomó el pulso. Cinco minutos antes galopaba frenéticamente por sus venas, y ahora latía de forma pausada y normal. La doctora frunció el ceño.

—¿Recuerdas qué te ha pasado?

Sebastian negó con la cabeza. Notaba un regusto amargo en la boca y se sentía débil y mareado.

—¿Te has mareado?

Negó de nuevo.

—¿Te dolía algo, la tripa, la cabeza...?

Sebastian negó otra vez. Entonces se fijó en que Rhina estaba allí. Le observaba desde el umbral de la puerta, semi escondida detrás de las faldas de su madre. La niña le sonrió, pero él estaba serio. Una extraña expresión cruzó su rostro, aún algo lívido.

—...puede que haya masticado alguna planta del jardín —conjeturó Medina—... Déjenle descansar, que no coma nada y beba mucho líquido. Mañana me lo traen para que le haga un chequeo, en ayunas. Si notan que va a peor me avisan inmediatamente.

Cuando por fin le dejaron a solas en su habitación, Sebastian estuvo mucho rato pensando. Aún palpitaba en su interior aquella carga electrizante que le había invadido al probar la sangre de Rhina, aunque sus efectos ya empezaban a disiparse. Rememoró las embriagantes sensaciones que había tenido, aquella claridad de pensamiento, el modo en que los colores se habían vuelto vívidos, los olores, la eufórica felicidad... ¿Cómo podía provocarle semejante reacción una sola gota de sangre?

Tendido en su cama, mirando al techo, decidió que quería más. Quería probarla de nuevo, quería experimentar...

Apartó las sábanas y salió de la cama. Al principio le costó mantenerse en pie, era como un velero en medio de una tormenta, zarandeado por el vaivén de las olas furiosas. Le costó un par de minutos recuperar la estabilidad. Cuando estuvo seguro de poder caminar, se fue hasta la puerta y se asomó al pasillo. Nadie pasaba por allí en aquel momento, si bien eso no le preocupaba. Conocía bien la rutina del convento y sabía que le resultaría muy fácil salir al exterior sin que ni su madre, ni las monjas, se diesen cuenta.

No era la primera vez que lo hacía.

Tenía un amigo en el barrio. Le había conocido antes de que su madre y él fueran admitidos por las hermanas capuchinas. Vivía muy cerca, en el mismo Pinar del Rey, y de vez en cuando se encontraban. Su amigo no era un chico accesible. Ni siquiera sabía su nombre, y no se atrevía a preguntárselo. Tampoco le había revelado el suyo, como si de un acuerdo mutuo se tratara.

Le temía, y al mismo tiempo le admiraba. Le atraía como la luz atrae a las polillas. Debía de tener su misma edad, y lo poco que sabía de su vida era que había pasado algún tiempo en el convento, como él, que se había escapado, que no iba al colegio, y que todo lo que sabía lo aprendía de los libros. Se colaba en la biblioteca municipal y pasaba en ella muchas horas. A su corta edad, estaba más instruido en cualquier materia que muchos estudiantes del instituto e incluso de la universidad. Su curiosidad natural le impulsaba a querer conocer el mundo que le rodeaba, las cosas buenas, y las malas.

Si alguien podía aconsejarle, ése era él. Iba a hablarle de Rhina.

La chiquilla era un secreto. Las monjas la ocultaban, protegían lo que era, sabedoras de sus extrañas capacidades, pero a él le traía sin cuidado por qué lo hacían. Quería saber, quería experimentar, y su amigo era la persona más capacitada que conocía para ayudarle en eso. Sebastian no evaluó las consecuencias de lo que se proponía hacer. Se guiaba movido por una necesidad sorda que corría por sus venas desde que había probado aquella gota de sangre.

Atravesó el claustro y se deslizó hasta la entrada principal. Fue tan sencillo...

Luego recorrió una estrecha avenida, bajo sus ahora frondosos álamos, y se adentró en una calleja solitaria que serpenteaba entre edificios de dos plantas de humilde construcción. Al cabo de cinco minutos llegó a un solar abandonado, de esos donde se inicia una edificación que jamás se termina. Los cimientos permanecían al desnudo, hundidos en un profundo socavón en la tierra, al igual que los recios pilares de hormigón que sostenían el esqueleto de las tres plantas. Unas escaleras al aire, protegidas apenas con una barandilla hecha con tablones de obra, llevaban de una planta a la siguiente. También descendían a lo que hubieran debido ser los garajes. Abajo solía estar su amigo, allí pasaba las horas muertas, con los libros que sacaba de la biblioteca. Había rescatado una vieja butaca, pequeña y maltrecha, de los contenedores de basura, y la había convertido en su trono.

Sebastian bajó los últimos escalones y se asomó para ver si aquel día también se encontraba en su reino. Le vio sentado, con las piernas cruzadas, y un grueso libro en el regazo, el cabello rizado colgando delante de la cara, embutido en una camiseta gastada... Le pareció un ser solitario y distante, demasiado inteligente para la vida que le había tocado en suerte. Le daba lástima y miedo al mismo tiempo.

—Llevas muchos días sin venir —le saludó, sin levantar la cabeza de lo que estaba leyendo—. ¿Qué se te ha perdido hoy?

—Ha ocurrido algo —anunció Sebastian.

Terminó de bajar la escalera y caminó con cautela a través de aquel piso de hormigón, cubierto de cascotes, basura y escombros. Al oírle decir aquello, su amigo alzó la vista. Había un vago indicio de interés en sus ojos. A Sebastian siempre le impresionaba su mirada. Aquel niño no parpadeaba. Tenía los ojos de un lobo.

—¿Por qué crees que puede interesarme?

—Porque es un secreto.

—Es verdad, me gustan los secretos, aunque la mayoría se vuelven banales en cuanto los desvelas.

—Éste no.

Sebastian se aproximó y se sentó a sus pies, también con las piernas cruzadas. Entonces procuró relatarle todo lo que sabía sobre la extraña niña del convento, hasta llegar a la intensa experiencia vital que acababa de tener. Su amigo le escuchó sin inmutarse. Pero aquel vago velo de interés se fue tornando más y más turbio, y Sebastian comprendió que estaba intrigado de verdad. ¿Cómo no estarlo, si le estaba hablando de una niña capaz de hacer crecer las plantas a voluntad, con la sangre tan verde como la misma hierba?

—He oído rumores —aceptó el niño—. Rumores que hablan de una «*brujademonio*» en La Cañada del Real. Supongo que hablas de ella. ¿Así que no murió en el incendio?

—No. Ella y su madre viven ahora en el convento.

—¿Su sangre es verde?

—Lo juro.

—Cuéntame otra vez qué sentiste al probarla.

Sebastian lo hizo, esmerándose en detallar cada sensación que le había invadido hasta el momento de desmayarse.

—¿Por qué has venido a contármelo?

—Quiero probar más, quiero...

El niño sonrió al escucharle, una sonrisa lobuna que le asustó. Entonces sí, sus ojos relampaguearon, vivamente interesados.

—¿Quieres quitarle su sangre?

Sebastian asintió.

—¿Para poder beberla cuando quieras?

De nuevo asintió.

Entonces su amigo cerró el libro en el que había estado enfrascado y lo apartó.

—¿Y qué harás cuando se te acabe la sangre que ella te pueda dar?

—No lo sé...

—Yo sí. También quiero probarla.

Sebastian estuvo ausente todo el día. Elizabetta estaba fuera de sí, tan angustiada por su hijo que no cesaba de llorar. No era la primera vez que se escapaba, pero sí la primera que tardaba tanto en volver. Zulema procuró consolarla, mientras las monjas se reunían a dilucidar qué hacer. Conocían al chico lo suficiente para saber que era muy probable que se tratara de una de sus chiquilladas. Regresaría en cualquier momento, pero... no querían pecar de exceso de confianza y volverse negligentes. Por eso acordaron que si no

aparecía a la mañana siguiente, no les quedaría más remedio que dar parte a la policía.

Un ambiente tenso nubló el ánimo de las hermanas capuchinas, que continuaron con sus quehaceres cotidianos, siempre pendientes de cualquier noticia de Sebastian. Las hermanas Teresa y Angélica salieron por el barrio a preguntar a los vecinos. Regresaron de vacío, abatidas y preocupadas.

Por la noche, Zulema acostó a Rhina en su camita. La arropó con la sensibilidad a flor de piel. Imaginaba por lo que debía de estar pasando Elizabetta. Al imaginar que algo así pudiera ocurrirle a ella, se le encogía el corazón. ¿Dónde estaba Sebastian?

Besó a Rhina en la frente y acarició su sedoso cabello rojo. Luego se apartó y empezó a desnudarse para acostarse también. La pequeña la observaba en silencio. Le gustaba ver a su madre siguiendo aquel ritual de todos los días, la forma en que se movía, su cuerpo joven, su largo cabello negro y brillante, sus ojos almendrados, algo rasgados, sus labios rojos, y sobre todo sus manos cariñosas, hábiles y rápidas. La vio ponerse una camisola por la cabeza. Luego apagó la luz y se metió en la cama.

Todo quedó en silencio.

Hacía meses que el calor del verano no las atosigaba. Las noches eran frescas y el rocío sembraba el huerto. Zulema y Rhina tenían que taparse con una manta para no pasar frío.

La niña se durmió al poco. Ni ella ni su madre sintieron cómo

Sebastian y su amigo se colaban en la habitación. Eran como dos gatos, sigilosos y muy cautos. Pasaron junto a Zulema y se colocaron junto a la cama de Rhina, uno a cada lado. Sebastian miró expectante a su amigo. Quería ver qué hacía.

Le vio extender una mano y coger un mechón de cabello de la pequeña, rojo como el fuego, sedoso... Luego lo dejó caer y pasó los dedos sobre su piel nacarada, sin llegar a rozarla. Entonces miró a Sebastian, y éste asintió, como si le estuviera dando permiso para hacer algo. El muchacho sacó de su bolsillo un frasco, le quitó el tapón y vertió unas gotas en la nariz de la chiquilla, que no se movió. A continuación se volvió, e hizo lo mismo con la madre. Después se guardó el pequeño bote de cristal, y extrajo del otro bolsillo un pequeño recipiente y una cuchilla de afeitar.

Sebastian abrió mucho los ojos. Por un instante temió que su amigo fuera a matar a la niña. Él no deseaba eso... Pero no. Se inclinó sobre ella y deslizó la hoja por su muñeca, provocándole un fino corte, poco profundo. La sangre manó al instante, tan verde como Sebastian la recordaba. Estudió el semblante de su compañero. Éste no demostraba sorpresa alguna. Se limitaba a recoger la sangre en aquel recipiente. Cuando creyó que tenía suficiente, limpió la herida y le puso una venda. Un olor dulce inundó la habitación, aquel aroma a frutas, a canela, a flores frescas...

—No lo pruebes ahora —le aconsejó Sebastian a su amigo—. Te desmayarás.

Éste, que ya había acercado la mano para untar el dedo en aquella extraordinaria sangre verde, se detuvo, lo pensó... y al fin la retiró. Cerró el recipiente.

—Vámonos.

—¿Y mi madre? —hablaban en susurros.

—¿Quieres quedarte? ¿O prefieres venir conmigo y averiguar algo?

Sebastian dudó. Su madre se volvería loca si no regresaba ya. Pero su amigo tenía la sangre en el recipiente. De pronto se había adueñado de su secreto. Se arrepintió de habérselo contado. No sabía qué pretendía hacer.

Le vio dar media vuelta y salir de la habitación. Sebastian dudó. Luego optó por seguirle. Hizo su apuesta, arriesgándose, porque su necesidad de volver a paladear la esencia de Rhina era demasiado grande... y también porque le pareció que era mejor saber qué se proponía su amigo.

Capítulo 30



Sebastian estuvo ausente una semana completa. Las hermanas capuchinas le buscaron, repartieron su fotografía por las calles del barrio. Lograron que una verdadera horda de voluntarios se implicara para localizarle... Lo único que no hicieron fue avisar a la policía.

¿La razón? Rhina.

Si hubieran denunciado la desaparición de Sebastian, habrían tenido que contestar muchas preguntas. No tenían respuestas para todas las preguntas. El día en que el chico había desaparecido, también habían encontrado a Rhina y a su madre en su habitación, cada una en su cama, sin sentido. Alguien las había drogado. A la niña le habían colocado un vendaje en la muñeca derecha, y bajo él, habían descubierto que tenía un corte, por suerte no muy profundo. Las monjas no habían sabido qué pensar... Estaban desconcertadas, entre ellas murmuraban, rezando para que semejante episodio se quedara en nada. No. No podían avisar a la policía. Habrían interrogado a Zulema sobre ese incidente, habrían querido hablar con la chiquilla... La madre superiora había tomado una decisión. No debían correr un riesgo tan grande.

Convencer a Elizabetta de la necesidad de obrar así, había sido muy difícil. La joven estaba histérica, lloraba día y noche, suplicando, incapaz de entender por qué era más importante la niña que su hijo.

Fue una semana larga y dura.

No obstante, cuando menos lo esperaban, en el punto en que la esperanza empezaba a desvanecerse, en el momento de mayor incertidumbre para las capuchinas, cuando la hermana Rosario estaba a punto de ceder ante los ruegos de Elizabetta, con una mano en el teléfono... Sebastian apareció a la puerta del convento, solo, silencioso y abatido. Sus ropas sucias, su aspecto mugriento y la expresión de su rostro infantil, conmovió a todas.

Estaba descalzo, muy lejos de todo...

Elizabetta le vio en primer lugar. Sus gritos alertaron a las monjas, tan agudos y prolongados que en los minutos siguientes se movilizó todo el convento. Corrió a abrazarle, sin poder creer que hubiese regresado por sí solo. Mientras le estrechaba, le besaba una y mil veces, le acariciaba... no dejaba de preguntarle dónde había estado, por qué se había marchado, si le habían hecho daño...

Sebastian no contestó a ninguna de sus preguntas. Permanecía muy derecho, dejándose querer, mientras sus ojos se fijaban en la figura de Rhina. La chiquilla estaba en la ventana de su habitación, en la segunda planta. Algunas lágrimas le cayeron por las mejillas sucias al verla. Elizabetta se asustó al ver su expresión. Quería consolarle, protegerle, y en consecuencia, no cesó de acunarlo entre sus brazos. Estuvo así mucho rato, de rodillas en el pavimento, deshaciéndose en caricias, pero Sebastian no reaccionaba. Era como un muñeco.

Fue la hermana Rosario la que se dio cuenta de que estaba en estado

de «*shock*». Viendo que su madre no podía arrancarle una sola palabra, se esforzó por convencerla, con buenas y cariñosas palabras, para que le diera un respiro y le llevara dentro, donde podrían empezar a cuidar de él.

—Necesita estar tranquilo, dale un baño. Mientras tanto le prepararemos algo de comer. Ya habrá tiempo para las preguntas, Elizabetta... Vamos, vamos, necesita descansar...

Al fin la joven accedió. Se puso en pie, le cogió de la mano, y le condujo al interior del convento. El niño se dejó llevar.

Aquel primer día no pudieron hablar con él. Estaba demasiado alicaído y no abrió la boca, salvo para devorar todo lo que le ponían delante. Le examinaron con paciencia y cariño, de arriba abajo. No tenía golpes, ni muestras de haber sufrido físicamente. Sólo mostraba, en su muñeca, una especie de eccema rosado al que no dieron importancia. Parecía estar bien, salvo por su apatía, y aquella extraña expresión que no le abandonaba, y que nunca antes le habían visto en los ojos.

Cuando veía a Rhina, aquel velo de horror llenaba su rostro infantil, como si fuera la causa de su angustia, o... como si temiese por ella.

A la niña le habían curado la muñeca. Ya no la llevaba vendada, sino que una sencilla tirita cubría el corte que el amigo de Sebastian le practicara para sacarle la sangre. ¿Se habrían dado cuenta de que su sangre era verde? Su sangre... Al pensar en ello el niño se mareó.

A las ocho de la tarde estaba sentado en el borde de su cama. Fuera

lloviznaba y su madre doblaba la ropa en la cama de al lado. De vez en cuando levantaba la mirada para asegurarse de que aún estaba allí, a salvo. Elizabetta temía que desapareciese de nuevo. La angustia que había soportado aquella semana aún se reflejaba en su semblante.

Sebastian decidió acostarse. Se levantó, abrió la cama, y se metió dentro. Enseguida se hizo un ovillo, cerró los ojos y se durmió. Su madre, al verlo, se acercó para besar su cabello y arroparlo. Sonrió, agradecida por haberle recuperado, y se quedó un rato a su lado, contemplándole, mientras rezaba una oración. Ya no le importaba dónde había estado. Sólo pensaba en protegerle.

Sin embargo, Sebastian había vuelto cambiado. Antes de aquel incidente ya era un muchacho callado, si bien, no tanto como ahora, tan taciturno, introvertido y triste. De nada sirvieron los esfuerzos de Elizabetta y de las monjas para sacarle de semejante estado. No respondía cuando le hablaban, se le dispensó de asistir a las clases de la hermana Angélica... hasta que al fin tuvieron que avisar de nuevo a la doctora Medina.

Ésta llegó por la mañana temprano, sabiendo únicamente que el chico estaba deprimido. Nadie le habló de su extraña desaparición. La hermana Rosario se ocupó de que Elizabetta no estuviera presente mientras la doctora examinaba a su hijo.

—Sebastian, ¿te duele algo? —preguntó Medina. Mientras tanto, le invitó a seguir su dedo índice con la vista, de derecha a izquierda y viceversa. Enseguida se dio cuenta de que no iba a arrancarle una sola palabra—. ¿Cuánto tiempo lleva así?

—Una semana.

La hermana Rosario presenciaba el minucioso examen de la médico desde la puerta de la habitación. Fruncía el ceño preocupada.

—¿Y esto? —acababa de descubrir el eccema.

—No lo sabemos, creemos que es un eccema.

—¿Desde cuándo lo tiene?

—Una semana...

—mmm... No parece que físicamente le ocurra nada, ¿sabe si ha pasado por algún trauma? ¿Una pelea? ¿Una discusión...? ¿Se lleva bien con su madre?

—Elizabetta le adora, siempre se han llevado muy bien, y que sepamos, no ha pasado nada extraordinario...

La hermana Rosario se mordió el labio. No quería mentir, pero estaba convencida de sus motivos.

—Le recetaré una pomada para ese eccema, a ver cómo responde.

A continuación interrogó en profundidad a la monja, sobre las costumbres del chico, y sobre un sinfín de detalles que necesitaba para evaluar lo que le ocurría. Al fin, meneó la cabeza desconcertada. No encontraba motivos para creer que Sebastian estuviese enfermo. A todas luces, se trataba de algo psicológico, si bien la hermana Rosario se empeñaba en asegurar que no le había pasado nada, que ella supiera, que hubiera podido inducir su extraño comportamiento.

Cuando terminó de examinarle, se llevó a la monja a un aparte, fuera de la habitación, y le recomendó pedir ayuda psicológica.

—Es importante tratar de romper las barreras que se ha construido alrededor. Sáquenlo al patio, que le de el sol, incentiven sus juegos, es un niño... Vigilen que coma bien, que haga ejercicio... Aunque tal y como está no creo que responda, pero deben estimularlo... Van a necesitar ayuda psicológica, hermana Rosario, es importante.

Cuando la doctora Medina se fue, la hermana Rosario se reunió con Elizabetta y con su mano derecha, la hermana Teresa, y con la hermana Angélica, ya que era ella quien se encargaba de su educación, y les contó lo que le había aconsejado la médico.

—Por favor, ¿no podemos avisar a algún psicólogo? —rogó Elizabetta—. Sé que no quieren poner en evidencia a Rhina, pero es sólo un niño, ¡es mi hijo!

Las monjas se miraron.

—Gerardo Sistiaga es de confianza —apuntó Angélica—. No dirá nada, y no tiene por qué descubrir nada sobre Rhina, si somos cautas.

—Por favor... —rogó Elizabetta.

—Está bien, llama a Sistiaga, que venga al convento, y pídele extrema confidencialidad.

La hermana Angélica se levantó al punto y se fue a hacer la llamada al psicólogo infantil con el que siempre habían colaborado en La Cañada del Real, un hombre de unos cincuenta años de edad, experto en trastornos infantiles en niños conflictivos o procedentes de entornos familiares desestructurados.

Cuando Rosario se quedó a solas en su despacho, estuvo un rato rumiando su decisión. En su fuero interno temía que lo que le había ocurrido a Sebastian estuviese relacionado con lo que les había pasado a Rhina y a su madre la misma noche, cuando alguien las había drogado para cortar la muñeca de la niña. ¿Quién querría hacer algo así, y para qué? Lo ignoraba, y le daba miedo lo que pudiera averiguar Sistiaga.

Suspiró, y se fue hasta la ventana. Se asomó, buscando la luz del día. Hacía sol y olía a primavera y a madreSelva... Rhina... Cómo no protegerla, cuando era un ángel del cielo, capaz de semejantes maravillas... La vio abajo, en el huerto, con su madre. Siempre buscaba estar entre las flores...

Entonces una idea cruzó por su cabeza. Recordaba bien la sensación que le embargó la primera vez que Rhina la tocó, aquella descarga vital,

potente, celestial...

Entusiasmada con su idea, salió corriendo del despacho y buscó a la hermana Angélica. La encontró junto al teléfono, dando recado a una secretaria para que el doctor Sistiaga la llamara. Rosario alargó una mano y cortó la llamada.

—No va a hacer falta, estoy segura...

Angélica no comprendía. Cuando la madre superiora sonrió y le guiñó un ojo, aún se extrañó más.

—Ven conmigo, ya vas a ver, ¡que tenemos la solución para Sebastian aquí mismo!

Salieron las dos al claustro. Zulema y Rhina paseaban alrededor del huerto, disfrutando del sol suave de la mañana. Al ver a las dos monjas correr hacia ellas, Zulema se detuvo sin saber qué pensar. Vio la urgencia en sus rostros normalmente apacibles, y un brillo de determinación en los ojos de la madre superiora.

—Zulema, acompáñanos, y que venga Rhina también...

—¿A dónde?

—Vamos a hacerle una visita a Sebastian, a ver si Rhina le ayuda.

—¿Cómo va a ayudarle ella?

—Creo que ya lo sabes, aunque no eres consciente, ¡ninguna lo hemos sido! ¡Yo acabo de caer en la cuenta ahora mismo!

No le dio más explicaciones. La hermana Rosario estaba exultante, sonreía jubilosa, esperanzada, mientras Angélica y Zulema la seguían aún sin alcanzar a comprender su propósito. Subieron todas hasta la habitación de Elizabetta y llamaron a la puerta. La encontraron sentada en la cama de su hijo, peinándole el cabello con extremo cuidado, mientras le hablaba en su lengua materna.

Se volvió hacia ellas y arqueó las cejas.

—Elizabetta, he tenido una inspiración...

Rosario entró en la estancia y dio la vuelta a la cama, situándose al otro lado, frente a la joven madre. Sonrió de nuevo, ampliamente, y señaló a Zulema y a Rhina, que aguardaban con timidez en la puerta, detrás de la voluminosa hermana Angélica.

—Rhina, cariño, acércate...

La pequeña miró a su madre, y luego a la hermana Rosario. Sus ojos esmeralda profundizaron en ella, como siempre, inquisitivos y eternos...

Pareció comprender lo que la monja pretendía. Se soltó de la mano de su madre y se acercó a Sebastian, colocándose a la cabecera de su cama. El chico estaba sentado, con las piernas cruzadas, y no era consciente de lo que pasaba a su alrededor... hasta que vio a Rhina. Entonces se puso pálido y las aletas de su nariz se agitaron, como si fuera un ciervo asustado.

—...no es buena idea —gimió Elizabetta.

—Déjela hacer...

La niña sonrió a Sebastian, y entonces, en un gesto sencillo, se subió a la cama, se puso de rodillas frente a él, extendió las manos y cogió su rostro, con delicadeza, sosteniéndolo... Alrededor, Elizabetta, Zulema, Rosario y Angélica contenían el aliento. Zulema se dio cuenta de pronto de lo que pretendía la madre superiora. Ella mejor que nadie sabía lo que provocaba Rhina cada vez que la tocaba...

Sebastian sintió sus dedos ligeros sobre su piel, frescos, suaves... El olor de Rhina inundó sus fosas nasales, desterrando el otro dulzón del que no lograba desprenderse. Al notar que se liberaba, las lágrimas brotaron de sus ojos. Ahora olía a fresas, a canela, a hierba recién cortada... Una descarga eléctrica sacudió su cuerpo, como una oleada de fuerza vital que se extendió por sus brazos y piernas, penetró en sus entrañas y llegó hasta su cerebro, llenándolo de luz. De pronto las sombras que le habían tenido abotargado y consumido, se retiraron, desterradas por aquella maravillosa potencia purificadora que transmitía Rhina...

Sebastian suspiró profundamente, y era como si lo hiciera por primera vez. Todo el miedo, la congoja, el horrendo plan de su amigo, lo que le había visto hacer con la sangre de Rhina, lo que le había hecho a él, se alejaron en

una nube pasajera... Quiso aferrarse un instante a esos recuerdos, porque sabía que era importante que no lo olvidara todo, pero al fin se liberó, y su cuerpo se relajó.

Cuando Rhina le soltó, Sebastian se inclinó hacia un costado y se quedó tendido sobre la cama, sumido en un sueño placentero y apacible. Su semblante se relajó, sus mejillas se llenaron de color, su respiración se tornó calmada y profunda... Elizabetta acarició su pelo. Estaba asombrada. Miró a Rhina, que sonreía aún de rodillas junto al chico.

—Gracias... —murmuró casi con reverencia.

—Bien, bien, bien —repitió Rosario. Entrelazaba las manos, como alzando una plegaria—... ¡Ha funcionado! Ahora... dejémosle dormir. Estoy convencida de que mañana volverá a ser el de siempre... —aseguró con ferviente fe.

—¿Y el doctor Sistiaga? —inquirió Angélica. Restañó las lágrimas que ella también estaba derramando a causa de la emoción del momento—. ¿Qué le digo cuando me llame?

—Dile que no hace falta que venga, que ha sido una falsa alarma.

Capítulo 31

Madrid, 2017



«Le ardía la muñeca, todo aquel calor se concentraba en un solo punto, era como tener una brasa candente perforando su piel. El dolor aumentaba, más y más... Cris aulló, un alarido desgarrador brotó de su garganta. Suplicó desesperada que la tortura acabara de una vez.»

Una mancha roja apareció marcando su piel, una mancha profunda y dolorosa... y ella suplicó de nuevo, una y otra vez, chillando, sin poder apartar la mano. Al levantar la mirada, vio una figura masculina, alguien que se inclinaba sobre ella, devorándola con unos ojos extraños... mientras se apoderaba de su mente. Quiso zafarse, pero él la sujetaba con fuerza. Clavó su dedo índice en su muñeca, hundiéndolo en aquella mancha horrible, un dedo que era como un hierro al rojo vivo... Era su dedo lo que le provocaba tanto sufrimiento, su dedo candente, penetrando la carne...»

Le faltó el aire, se ahogaba.... Se incorporó de golpe, boqueando para respirar. Entonces Cris soltó un alarido desgarrador que atravesó las paredes de su dormitorio y recorrió el apartamento de una punta a la otra. Aún estaba gritando, sacudía las manos en el aire, ciega de terror en la penumbra nocturna, cuando Durango la agarró por los hombros y la sacudió, llamándola

por su nombre. Cris se revolvió como una fiera, defendiéndose de algo, aullando, llorando...

—¡Joder Cris! ¡Soy yo! ¡Despierta!

La abofeteó. Tuvo que hacerlo. Y sirvió. Al fin abrió los ojos y dejó de retorcerse. Se quedó muy quieta, respirando con dificultad. Temblaba, presa de una profunda agitación. Giró la cabeza a derecha e izquierda... Estaban a oscuras, pero poco a poco reconoció el entorno familiar. Durango la sacudió levemente, y ella le miró. Había un fondo extraño en sus ojos verdes. Era pavor. Al principio no le reconoció, clavaba en él una mirada lejana y temerosa... Luego aquel velo se fue disipando y emergió la Cris consciente del lugar al que había descendido soñando...

—Durango —murmuró—... Joder, Durango...

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Se miró la muñeca. Allí estaba la horrenda mancha rosada. Le ardía, quemaba, estaba como encendida... Luego vio la hora que marcaba su despertador, las cuatro de la madrugada.

—...ha sido una pesadilla —la consoló Durango. No la soltaba—... Una pesadilla, Cris... Joder, qué susto me has dado...

—Lo siento...

Cris se desinfló como un globo, se inclinó hacia delante y se refugió en sus brazos. Durango la recibió con satisfacción, la atrajo hacia su pecho y

la abrazó con fiereza. Sus ojos dorados se perdieron en la nada mientras recordaba la intensidad del alarido que le había despertado.

Estuvieron así un buen rato, Cris calmaba sus pulsaciones, buscando en Durango un impás de cordura que arrastrara sus demonios lejos de allí. Sintió sus labios besándola en el pelo más de una vez, mientras la mecía suavemente. Él sabía que estaba llorando, porque notaba cómo se estremecía, y la humedad de sus lágrimas en su pecho desnudo.

Transcurrieron diez minutos antes de que Cris tratara de apartarse un poco.

—...perdona, joder —le salió una voz ronca y gutural a causa del disgusto. Tuvo que carraspear para aclarar su garganta—... Perdona... Debes de haberte llevado un susto de muerte...

Durango se rió. Aún no la soltaba. Mantenía sus grandes manos sobre sus hombros. Su contacto mantenía a Cris atrapada en una especie de burbuja en la que sólo estaban los dos.

—¿Estás mejor?

—Creo que sí...

—¿Qué ha sido eso? Te he escuchado gritar como nunca había oído a nadie... Desde luego tienes buenos pulmones... ¿Qué soñabas?

Cris sujetó su muñeca con la mano y se quedó mirando aquella mancha. Ya no quemaba. Suponía que había sido el sueño.

—...no sé explicarlo... Me quemaba la mancha, ardía, y había alguien conmigo...

—¿Quién? Cris, ¿quién?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. No quiero saberlo...

De nuevo brotaron los sollozos. Cris estaba deshecha. Durango alargó una mano y limpió sus lágrimas. Volvió a abrazarla y la acunó con una mirada dura en los ojos.

Entonces algo cambió entre los dos. Una corriente cálida entrelazó sus cuerpos. Cris llevaba aquella sencilla camiseta de manga corta, y Durango el torso desnudo. El cabello largo de ella se derramaba sobre su pecho, percibía su familiar olor a frutas y a canela... Cris también notaba su particular olor, el calor de su piel...

Algo en su interior se removió... otra vez. Su mente no le recordaba, pero al parecer su corazón sí. Palpitaba, no... galopaba por él. Durango, estaba junto a Durango... No pudo, ni quiso resistirse. Alzó el rostro y buscó

sus labios.

Primero le besó en la barbilla, luego fue subiendo, y también besó la comisura de sus labios, anhelando perderse en su boca... hasta que le encontró, tan receptivo y cálido... Cris gimió suavemente, y se estrechó contra él. Enterró los dedos en su pelo rizado, saboreando aquel beso improvisado, la humedad de su lengua retozando con la suya, el calor que desprendían los dos... Durango la levantó un poco para acercarla más a él, y ella aprovechó y cambió de postura, rodeando su cintura con las piernas. Su sexo ardía, bramaba con fuerza, y ese ardiente deseo le subía hacia el estómago y se repartía por sus muslos, como un reguero hormigueante al que no quería resistirse.

Se apartaron un poco, sin aliento, y se buscaron el uno en los ojos del otro, el profundo verde del bosque... en el ardiente dorado del sol... Incluso en la oscuridad, Cris podía ver ese fulgor dorado que siempre traspasaba su alma... Se desprendió de su camiseta, despacio, y dejó que contemplara sus pechos, la curva de sus caderas, su vientre tenso... Las blancas cicatrices que lo cruzaban resaltaban en la oscuridad. Cris se dio cuenta e hizo amago de taparse, pero antes de que pudiera hacerlo, Durango la obligó con ternura a tumbarse boca arriba. Empezó a besar cada una de aquellas horribles marcas, desde sus pechos hacia abajo, despacio, más y más abajo, hasta la línea de su ligero pantalón de pijama. Cuando Cris pensaba que se lo quitaría, regresó hasta sus labios y de nuevo la besó, profunda y prolongadamente. Ahora los dos tenían el torso desnudo, y podían sentir el roce de su piel. Se acariciaron, se besaron, en los labios, en el cuello, en el pecho, enredadas las manos en el pelo, buscándose...

Para cuando Durango le quitó el pantalón y las braguitas, Cris ya estaba desesperada...

Aquel primer encuentro les cogió por sorpresa a los dos. Entre caricias y besos, primero ella y enseguida él, cayeron a fuego bajo una tormenta de relámpagos zigzagueantes que sacudió sus conciencias, haciéndoles estremecer...

Durango y Cris se dejaron caer sobre la cama, él sobre ella, torturados por aquella deliciosa cadena de placer... Poco a poco regresaron desde el universo paralelo en el que se habían sumergido, y se hallaron de nuevo en la realidad. Cris acarició sus rizos perfectos, feliz, completa... Adoraba sentir su peso sobre ella, sus músculos ahora rendidos, su piel suave... ¿Desde cuándo era así?

Durango se incorporó un poco y se adelantó para besarla. Sus labios buscaron su boca, y su lengua se internó en ella buscando la suya. Cris sintió que su deseo se encendía de nuevo... Durango se tumbó a su lado y ella se recostó sobre su pecho.

—Lo hicimos antes... ¿verdad? —susurró Cris en la oscuridad.

—Sí.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—No podía... Tenías que ser tú la que recordara qué sientes hacia mí.

—No lo recuerdo —confesó—... No sé qué hubo entre nosotros... Sólo sé lo que siento ahora, de nuevo... por lo que se ve...

Durango sonrió y la besó. Era ardiente y Cris se sorprendió de sentir tan intensamente cada una de sus caricias.

—...ha debido de ser duro para ti. Todo este tiempo esperando que yo...

—...ya no importa —contestó él al instante. Puso un dedo sobre sus labios—... Ya no importa, Cris. Lo único que vale es que a pesar de todo, has vuelto a mí, eso significa —puso la mano en su corazón—... que aún conservas un rincón ahí dentro para mí.

A Cris los rasgos de Durango le parecieron de pronto algo duros, y se preguntó por qué. Se perdió en sus intensos ojos dorados, apabullada por la poderosa sensación de haber vislumbrado algo extraño en ellos. No pudo evitar que la amarga amenaza con la que convivía, corroyera su felicidad.

Aún no tenía los resultados de las pruebas del hospital. ¿Y si estaba condenada a morir? Como le había sucedido a Diana Whitaker, como a Lucas Huarte... Se miró las cicatrices de los brazos, y el sueño que había tenido regresó a su plano consciente. Giró la muñeca y se quedó mirando aquella odiosa mancha. Estaba marcada, como las ovejas que van a ir al matadero. Todas las víctimas halladas hasta el momento la habían tenido, incluso Daniel.

«Menuda condena...»

—¿Qué ocurre...? Hace un momento estabas... resplandeciente, y ahora... es como si alguien hubiera apagado la luz... en tu interior. ¿Qué te preocupa?

Cris le mostró la muñeca.

—Aún no sabemos que significa esto. Me asusta, me asusta mucho.

Durango tomó su mano y besó su palma.

—Sabemos que a ti te salvó tu hermano, antes de que...

—...de que me suicidara... Puedes decirlo...

—Eso es. Debe de significar algo, ¿no? Interrumpió el proceso.

—Pero no se va, sigue ahí, y mis sueños son tan...

—Cris, cada vez estás mejor, ya no toses... ¿no?

—No, hace días que no —admitió ella.

—Porque tú no vas a acabar igual. Supongamos que te has librado... Doy gracias a Daniel por encontrarte...

Cris sonrió con tristeza y Durango la abrazó. No expresó en voz alta lo que en realidad sentía. No quería asustarla y echarlo todo a perder.

Se durmieron entre besos y susurros, y Cris no volvió a tener pesadillas. Al menos no en las horas siguientes. Cuando la luz del día se coló a través de las rendijas de la persiana del dormitorio, les descubrió aún estrechamente enlazados bajo las mantas revueltas. Una apacible quietud dominaba el ambiente. Eran las siete y cuarto del viernes.

Cris fue la primera en abrir los ojos. El domingo debía reunirse con «S», y no se lo había contado a Durango, todavía. Se incorporó, tapó su desnudez con la sábana y se recreó en las líneas moldeadas de su torso. Dormía a pierna suelta, y el cabello muy revuelto encuadraba su rostro. Tenía una piel clara, pero comparada con la suya, parecía incluso morena. Le acarició la espalda, siguiendo una línea ascendente desde la cintura. Luego se entretuvo con los complicados tatuajes que cubrían la piel de sus antebrazos. Eran dibujos maravillosos, de enredaderas que se entrelazaban salvajemente formando intrincados diseños.

Miró la hora en el reloj despertador de la mesilla. Era muy temprano, y no quería despertarle. Le apetecía salir a correr, como hacía antes... Sonrió para sí, se levantó, sigilosa como un gato, buscó en su armario ropa de deporte y abandonó el dormitorio, cerrando la puerta con cuidado. En cuanto se asomó al pasillo Max salió a recibirla, como siempre meneando el rabo efusivamente.

—Ey... chico...

Le estrechó con fuerza, masajeando el denso pelaje que cubría su robusto cuello, mientras el animal lamía con fruición sus manos.

—¿Te apetece salir a correr? Yo lo necesito... Pero primero vamos a dejarle una nota a Durango, no quiero que se asuste, ¿eh?

En diez minutos estaban en la calle. Hacía frío y la ciudad había amanecido envuelta en una densa neblina. Si hubiese salido sola... pero estaba con Max. Entonces recordó que además, tenía escolta. Miró a derecha e izquierda, y enseguida distinguió el coche con sus dos guardaespaldas. Iba a hacerles sudar... Sonrió al pensarlo, con bastante mala leche.

¿Hacia dónde ir? El Parque del Oeste quedaba muy cerca, recordó de pronto. De hecho, había sido uno de sus lugares preferidos para entrenar.

Soltó a Max y se lanzó hacia delante, calle abajo. Iba a buen ritmo. Hacía mucho que no trotaba, pero sus músculos pronto recordaron el ejercicio y su respiración se acompasó mientras sus zancadas se hacían más y más seguras. Max iba pegado a ella, como si hubieran hecho aquello juntos toda la vida. Claro que... Daniel también era amante del «*running*», probablemente se habría acostumbrado con él. Cris apretó el paso.

Necesitaba quemar el exceso de adrenalina que aún recorría su cuerpo después de la pesadilla de aquella noche. O tal vez ansiaba desprenderse de aquella nube de incertidumbre con la que estaba conviviendo, como si al correr fuera a dejarla atrás... Ya sabía que no, pero aun así...

Pronto alcanzó la arboleda del parque, altos pinos de troncos leñosos.

A unos cincuenta metros, percibió a sus guardaespaldas tratando de seguirle el ritmo...

«*Bien...*»

No tenían la culpa de su situación, pero le sentaba bien hacerles correr un poco.

Algo hormigueó en su fuero interno al fijarse en la vegetación. Se dejaba ver a través de la bruma, era como deslizarse a través de un cuento. Una escalinata ascendía por un terraplén de hierba. La subió en tres saltos y pisó con sus zapatillas la gravilla del sendero que arrancaba desde allí. Su corazón se elevó, como inundado por una energía renovadora que la incitaba a volar...

Su mente se liberó al instante. Siempre que corría le sucedía lo mismo, sus pulmones se abrían, sus piernas alargaban el paso, corría más y más rápido, sintiendo el suelo deslizarse a gran velocidad... Max galopaba junto a ella como un gran lobo, poderoso y exultante...

Cuando regresó al apartamento, las calles ya habían empezado a despertar y se notaba cierta actividad. Había transcurrido una hora larga. Durango continuaba durmiendo. Le dejó descansar, aunque ansiaba volver a verle, y comprobar si continuaba discurriendo aquella atracción entre los dos.

Al pasar por delante, le sorprendió su reflejo en el espejo de la entrada. Estaba sudando, tenía las mejillas encendidas y los ojos brillantes. ¿Era felicidad? La joven en la pulida superficie era desafiante, muy fuerte...

¿Dónde estaba el miedo y la tristeza? Cris se sonrió. Adivinó que aquel reflejo mostraba su verdadero yo, la mujer policía, inspectora de homicidios. ¿Qué diría Dávila si la viera?

«Ya era hora Stoian...», seguramente.

Se rió por lo bajo al pensar en Dávila... y de pronto, y de forma inesperada, sintió una punzada de culpabilidad. Se extrañó por sentirse así respecto a su compañero. ¿Creía que Dávila sentía algo por ella? ¿Y qué si era así? Aquella tarde, mientras la acompañaba a casa, había estado divertido y cómplice. Le había descubierto varias veces mirándola a escondidas... Y le había gustado.

«Joder... No te compliques tanto...»

Max, a su lado, jadeaba satisfecho. Sus ojos del color del sol la observaban sin pestañear, como siempre, directos y analíticos. Parecía expectante.

—...todo a su tiempo Max, ya lo verás... —le prometió.

¿Le quedaba margen para ducharse antes de que Durango se levantara?

Abrió el grifo en la cocina y se sirvió un gran vaso de agua fresca. Estaba sedienta... Se lo bebió, y lo llenó otra vez. Dio varios tragos largos y ansiosos... A la mitad se cansó. Iba a vaciarlo en el fregadero, cuando se fijó

en la planta que ocupaba un hueco en el alféizar de la ventana. Se había olvidado completamente de ella. Estaba seca, muerta probablemente después de meses de desatención. Era una alegría guineana, regalo de su amiga Ruby. Había sido una planta hermosa meses atrás, siempre pródiga en flores de color rojo carmesí. Ahora sus tallos se erguían sin fuerza, y sus resecaas hojas colgaban lacias.

—...pobrecilla...

Le echó lo que quedaba de agua en el vaso, lo llenó de nuevo, y empapó la tierra, aunque sabía que llegaba tarde.

Oyó un ruido en el dormitorio. Durango se revolvía... Las escenas vividas con él en la cama acudieron en tropel a su imaginación. Uffff... Necesitaba distraerse... Le puso a Max una ración de pienso en su cuenco, agua fresca, y después, aún muy excitada, se metió en la ducha. Se frotó el cuerpo con energía, se jabonó, se lavó el pelo, se lo frotó masajeándolo, obligándose a no pensar en ninguna otra cosa que en el agua caliente sobre sus músculos...

Al salir estaba más calmada, pero, mientras se secaba la larga melena con una toalla, oyó música, y a Max andando arriba y abajo por el pasillo. Se le encendieron las mejillas. Durango estaba despierto. ¿Qué estaba haciendo? Se apresuró. Procuró desenredarse el cabello con rapidez, se puso ropa limpia, y salió. El perro corrió a su lado al instante. La música procedía de la cocina.

—Buenos días madrugadora —la saludó Durango, en cuanto la vio parada en el umbral—... ¿Café, tostadas? ¿Un zumo de naranja?

Se aproximó con una naranja en la mano y un paño en la otra. Se había puesto la camiseta. Era muy alto. La besó en los labios.

—¿Estamos bien? —preguntó con algo de cautela.

—Estamos más que bien —le confirmó ella enseguida—... No quería despertarte, he salido a correr...

—Lo sé, he visto la nota —Durango se apartó un poco y estudió su rostro—... Estás... distinta.

Luego soltó el trapo y la naranja y la obligó a acercarse para besarla, esta vez con más empeño. La cogió de las manos con delicadeza... Al instante, Cris sintió una punzada ardiente en la mancha de su muñeca, y se soltó con un lamento.

—¿Qué pasa?

—Me quema... Joder, me quema...

Se la agarró. Estaba sorprendida de la sensibilidad que notaba en aquella zona desde que había soñado con ella.

—Perdona... Procuraré no tocarla —se excusó Durango.

Fruncía el ceño con una expresión extraña. Cris, que no quería volver a pensar en sus pesadillas, enterró las manos en su cabello y le devolvió el beso.

—Tengo algo que contarte —murmuró en su oído—... Es importante...

Durango la soltó enseguida y sonrió.

—Primero... ¿café? —sonrió por toda respuesta—. ¿Con leche?

—Sí, por favor...

—Siéntate y me vas contando.

Cris no obedeció enseguida. Se fue a su dormitorio y cogió del cajón de su mesilla la nota que «S» le había dejado. Se la enseñó a Durango y mientras le contaba lo ocurrido en el hospital, esperó a ver su reacción. Esperaba que se preocupara, que pusiera cara de sorpresa, de entusiasmo quizás, al saber que tenían una nueva pista... Y efectivamente. Le vio ponerse tenso y abrir los ojos con un velo de entusiasmo.

—Déjame ver —murmuró. Leyó la nota varias veces—... ¿Vas a ir?

—Pienso ir, sí.

—No lo hagas, por favor. Deja que vaya yo.

—No. Si te ve a ti, dudo que aparezca. Y necesito saber quién es y qué tiene que ver con todo esto.

—Cris... Iré yo, es peligroso, no sabemos quién es, ni lo que pretende...

—Pero, si hubiera querido hacerme daño, habría tenido su oportunidad en el hospital, ¿no crees?

Durango apretó los labios y le dio la espalda. Pensaba a toda prisa. Aquella nota era importante, más de lo que Cris imaginaba. Se tragó su respuesta y se limitó a servir el café en la mesa, para los dos. A continuación puso delante de Cris un platillo con dos tostadas gruesas, mantequilla y mermelada. Luego recogió la naranja que había soltado sobre la encimera para abrazarla, la cortó y empezó a exprimirla para hacer zumo.

—¿Durango?

—No puedo convencerte para que no vayas... ¿verdad?

—Voy a ir.

—¿Y si voy contigo?

—Durango, si te ve se marchará, estoy segura de lo que hago, por favor...

Transcurrieron unos segundos. Sólo se oía el ruido de la exprimidora mientras él cortaba una naranja tras otra. Al fin terminó. Llenó dos vasos con zumo de naranja. Lo hacía con parsimonia, para darse tiempo a pensar. Olía de maravilla en la cocina. Max se relamió expectante. Cuando Durango al fin terminó, se encaró a ella. Su expresión era trágica, aunque en el fondo de sus ojos continuaba vibrante un fondo de crispación.

—Te convenceré de aquí al domingo —aseguró—... Es viernes, ¿qué piensas hacer?

Cris suspiró. Agradeció aquella tregua, porque no quería discutir, no después de aquella noche...

—Debería ir a ver a Ruby. No estoy tranquila, y quiero hablar con ella...

Antes de que Durango pudiera contestar, una llamada de Dávila les interrumpió. Al ver quién era, Cris de nuevo sintió aquel ramalazo de culpabilidad. Se preguntó si habría alguna novedad... Se encogió de hombros ante Durango y salió un momento de la cocina para poder hablar.

—Stoian, oye, perdona que te llame tan temprano...

—No importa, ¿qué ocurre?

—Nada... bueno, sí... Ocurre que han llegado tus resultados.

Ya estaban allí. Un escalofrío recorrió su espalda.

—¿Los de la doctora Vergara?

—Los de la doctora Vergara los mandaron directamente al CIB, así que está todo. Vente esta tarde. Sandoval quiere verte para comentarlo...

—¿Tú también estarás...?

Se le doblaban las rodillas de miedo. Al fin iba a saber a qué atenerse... Le daba vértigo sólo de pensarlo. Dávila adivinó lo que pensaba.

—Stoian, tranquila...

—Pero, ¿vas a estar?

—Sí, estaré. Tranquila —hubo una pausa—. Oye...

—¿Sí? —Cris miró de reojo hacia la cocina.

—...Joder, Nada, te veré esta tarde, a las cuatro y media...

—Bien...

—Luego nos vemos.

Dávila colgó.

Cris sonrió sin alegría. Le pesaba demasiado el miedo, miedo a lo que pudieran decir los resultados de las pruebas... Esperó un poco antes de volver a la cocina. Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón. Una sombra reflexiva bailaba en sus labios.

—¿Todo bien?

Cris dio un respingo. Durango estaba a su lado. No le había oído salir...

—Qué susto...

—Perdona...

La abrazó por detrás y la besó en el cuello, siguiendo su delicada curva hasta la oreja. Cris se estremeció.

—...todo bien... Era Dávila... Ya tienen los resultados de las pruebas...

Se volvió hacia él y le besó en los labios, aún con la voz del policía martilleando en su cerebro.

—Son buenas noticias Cris.

La voz de Durango era calmada y segura. En cuanto le tenía cerca, no podía pensar en nada más...

—Ojalá... —musitó, mientras su voluntad zozobraba ante aquellos ojos del color del sol. Tengo que ir esta tarde.

—Vaya... Se nos van reduciendo las posibilidades de estar juntos...

—Sólo será un rato...

Durango bufó, pero sonreía.

Se aproximó para abrazarla.

—Me va a costar esperar para volver a verte...

—Siempre podrías venir a dormir aquí esta noche... ¿Cenamos juntos? ¿No quieres saber qué dicen los resultados?

Durango asintió.

—Te llamaré para que me lo cuentes, pero creo que hoy no me quedaré. Voy a hacer otra cosa.

—¿Qué vas a hacer? —inquirió Cris con desilusionada curiosidad.

—Espiar a Balaguer...

—¿Cómo? ¿Qué estás pensando hacer?

Durango sonrió con aire enigmático.

Capítulo 32



Dávila fingía que trabajaba delante de su ordenador. Desde luego, una amalgama de datos desfilaba ante sus ojos, si bien no les prestaba la menor atención. Movía el dedo índice mecánicamente sobre la rueda del ratón, mientras sus ojos se perdían en algún punto indefinido del espacio exterior. Su mente divagaba. No era consciente de su abstracción. Pensaba en Cris Stoian, y en el modo en que su vieja camaradería se había restablecido entre los dos el día anterior. Había sido como un milagro, casi como si ella aún fuera la misma, y no la versión desorientada de sí misma a la que había perseguido por el Retiro. La echaba de menos, quería llamarla, quedar con ella, charlar... y así, acortar distancias y recuperar al menos una pequeña parte de lo que habían sido en el plano personal.

Por ejemplo, estaría bien contarle que se había separado, que Sandra se había marchado con Poup, su entrañable mestizo de dos años adoptado en la perrera... No lo había visto venir hasta que la realidad le había golpeado con tanta crudeza que aún le costaba respirar.

Estaría bien contarle cómo los asuntos familiares de pronto se vuelven asfixiantes si les falta un componente primordial: el amor...

Estaría bien confesarle que sabía que lo suyo con Sandra no iba a volver a «ser»... jamás.

«Estás casado con tu trabajo», le había dicho Sandra, «...pasas más tiempo con Stoian que conmigo. ¿Por qué no te quedas con ella de una vez?»

Dávila detuvo su dedo sobre el ratón. Esas palabras le habían herido, por lo que llevaban implícito. ¿Era cierto? ¿Deseaba él estar con Cris más que con su propia esposa? ¿Había hecho o dicho algo que hiciera parecer que pensaba en ella de otro modo que como compañera? El entrecejo se le contrajo y sus ojos castaños refulgieron ante la traición que se abría paso en su pecho.

Siendo honesto, hacía tiempo que bebía los vientos por Cris. Siendo honesto, hacía tiempo que entre Sandra y él ya no había conexión, ni amor, ni amistad... Eran como dos colegas que conviven, no... que comparten piso, pero que casi no se ven. ¿Se habían distanciado porque él trabajaba demasiado? ¿O se había refugiado en el trabajo porque no soportaba la soledad que encontraba en casa cuando volvía? ¿Dónde estaba la línea que marcaba el comienzo del fin de su matrimonio?

Lo que sí sabía, era que Cris había ganado terreno en su corazón porque éste estaba libre, abonado y listo para ser cultivado... y cautivado.

Era fácil enamorarse de Cris.

Cogió el teléfono y fue a marcar su número. Sólo para charlar cinco minutos... Colgó.

—¡Joder! —bufó de mal humor.

—Dávila, reunión... ¡ya! —Sandoval se había asomado por la puerta de su despacho—. Ha llegado el informe del CIB, vamos.

Dávila se levantó al instante. Estaba tan ansioso como el resto del equipo por saber a qué se enfrentaban.

Ya estaban todos, al completo. A saber, Diego Sandoval, Ramón Peralta, Lucas Castillo, Manuel Requena, Cristina Múgica... y él, Alejandro Dávila.

Sólo faltaba Stoian.

Era, junto con Múgica, la única mujer dentro de la brigada de homicidios de Madrid. El hueco vacío donde solía sentarse en la sala de reuniones siempre destacaba. Nadie ocupaba su silla, deliberadamente, como una forma de asegurarse a sí mismos que su compañera volvería a formar parte de la unidad.

—...antes de nada... ¿Cómo va la búsqueda de nuestro fugitivo? —empezó Sandoval.

—Seguimos consultando en los estudios de tatuaje de Madrid, la lista es larga —se quejó Peralta.

—Bien... Pues que te ayude Múgica, a ver si sacamos algo en claro.

—...no será fácil con lo bien que dibuja Dávila —se mofó Peralta en voz baja.

—Los de la científica no han encontrado huellas en la barra que usó para golpear al celador, así que por ese lado nada —continuó Sandoval—. ... ¿Qué hay de las grabaciones de la cámara del almacén del párroco?

—Las estamos analizando, pero sólo se ve al chico forzando la persiana con una palanca, y días antes rondando por allí, tal y como dijo el párroco —repuso Requena. Había sido una suerte encontrar una cámara de vigilancia instalada en un local cercano. Aunque ilegal, puesto que apuntaba a la vía pública, les había proporcionado las imágenes de Jacobo Balaguer que corroboraban la versión del cura—. Nadie acompañaba a Balaguer, iba solo, probablemente drogado, por su aspecto... hemos buscado en otras cámaras de la zona, por si podíamos reproducir su trayectoria hasta el almacén, pero no hemos encontrado nada. También hemos tratado de reproducir una posible trayectoria al revés, teniendo en cuenta las calles que no tienen videovigilancia... pero las posibilidades se disparan.

—Castillo, ¿habéis interrogado al padre?

—Román Balaguer se encontraba fuera, de viaje, cuando su hijo murió. No tenía constancia de que se hubiera marchado de casa. Su madre, Lucía Espósito, ya no vive allí desde que se divorció de Balaguer hace tres años, y tampoco sabe nada. Según nos ha contado, Jacobo era un chico normal, nada problemático, extrovertido, sano... Nunca le han visto bebido ni drogado, era deportista, y se movía en círculos conocidos. Hemos interrogado a sus amigos, y todos coinciden. Nadie hubiera esperado en su entorno un final así —Castillo consultaba sus notas mientras hablaba—. Su padre le vio

por última vez quince días antes de su muerte, cenando, y según él estaba normal, como siempre. Al día siguiente estuvo muy ocupado con temas de trabajo, y luego salió de viaje a Lisboa. Ha vuelto de inmediato al enterarse de la muerte de su hijo. Su exmujer nos ha dicho que padre e hijo apenas se trataban. «*Vivían en la misma casa, pero no se soportaban*» —leyó de su cuaderno—. Definió su relación como... «*distante y fría*».

—¿Dirías que su caso sigue la pauta de los anteriores?

—Sí —afirmó Castillo con rotundidad—. Desaparece un día sin más, no deja rastro, ni habla con nadie.

—Bien, pues tengo malas noticias... Hay un nuevo caso —dijo Sandoval. Al punto todos levantaron la vista de sus notas, con gravedad. Se les encogía el alma cada vez que entraba una nueva denuncia—. Se trata de Hugo Esteban, un chico de diecinueve años. Y es interesante, porque es la primera vez que tenemos un posible testigo.

—¿Cuándo? —preguntó Dávila.

—La denuncia acaba de entrar hoy mismo, aunque el chico lleva desaparecido más de dos semanas.

—¿Dos semanas? ¿Y su familia no lo ha denunciado?

—Os pongo en antecedentes. Hugo salió de fiesta con su amigo, Samuel Vidal. Fueron al «*Kapital*», estuvieron bailando, y en un momento

dado, Hugo se fue a la barra. Estuvo charlando con una camarera, y enseguida se fue con ella a una sala privada. Cuando regresó, iba solo, ya no era él mismo. Según relata su amigo, estaba ido, drogado... Quiso llevarle a casa, pero se resistió. Le dejó allí, y a los días le llamó su madre, Miranda Esteban, porque había vuelto a casa enfermo. Al parecer le atendió el médico de la familia, pero no supo decirles qué le ocurría. Iban a ingresarlo, y en ese momento... desapareció.

—¿Sabemos quién era la camarera con la que estuvo? —se entusiasmó Dávila.

—No sé más. Quiero que en cuanto acabe la reunión, vaya alguien a interrogar a la familia y a Samuel Vidal. Necesitamos los detalles, averiguad qué camareros trabajaron esa noche en el «*Kapital*», interrogadlos a todos, a ver qué versión nos da cada uno, y contrastad sus relatos. Han pasado muchos días, esperemos que recuerden algo —sacó copias de una foto de Hugo Sandoval y las repartió—... Hablad con el médico, que nos traslade una copia de los resultados del examen que le hizo a Hugo.

Puso una nueva chincheta verde en el plano que había en la pared, señalando el «*Kapital*» como lugar donde arrancar la investigación.

—Peralta y yo nos ocupamos —dijo Múgica.

—No, vosotros seguid con el tatuaje. Dávila, tú y Castillo os ocupáis de esto.

—Yo ya estoy hasta arriba con lo de Balaguer —se quejó Castillo.

—Bien, pues... Dávila, en cuanto acabe la reunión nos ponemos con ello —dijo Sandoval—... Tenéis cada uno una copia del informe de este nuevo caso en vuestro ordenador. Leedlo y analizadlo todo. Contrastad los datos con lo que tenemos de antes, como siempre.

—¿Qué hay del CIB? —inquirió Dávila, impaciente por saber más.

Hubo un silencio alrededor de la mesa, donde segundos antes se habían disparado los murmullos, a cuenta de la nueva denuncia. Sandoval sacó una carpeta. Todos vieron con claridad las palabras CIB y el sello de «*CONFIDENCIAL*» en la portada. La consultó un instante, y la gravedad de su semblante trasladó a su equipo una vaga preocupación.

—...no es concluyente —comentó al fin el inspector de homicidios— ... Los análisis de las muestras del entorno, obtenidas en la M30 y en Lavapiés, coinciden. Lo curioso es... que en todas las muestras han hallado un componente común desconocido, de origen vegetal. No pueden determinar de qué se trata, pero... y esto es lo más... curioso... es que es la misma sustancia que corre por las venas de nuestra compañera, Cris Stoian. Las pruebas a las que ha sido sometida en el Reina Sofía, remitidas al CIB, son concluyentes.

—¿Y eso qué significa?

—Nada bueno —sentenció Sandoval sin ocultar su amargura—... Quejada ha obtenido muestras del cuerpo de Jacobo Balaguer antes de que se haya desintegrado, como los otros cadáveres. Ha hallado en sus pulmones la misma sustancia que tenía Stoian, presente también en su torrente sanguíneo.

La misma sustancia que está presente en los escenarios donde hemos encontrado los cuerpos.

—¿Significa eso que Stoian correrá la misma suerte que los otros? —
inquirió Dávila muy pálido.

—Quejada es incapaz de asegurarlo. Desde el CIB tampoco pueden predecir lo que ocurrirá a Stoian con el tiempo... aunque, a juzgar por su evolución, creen posible que se recupere. La teoría con la que trabajan es que la sustancia no provoca la muerte, es evidente que las víctimas se han quitado la vida a sí mismas... pero entra dentro de lo posible que sea lo que ha inducido el suicidio. En el caso de Cris Stoian, su hermano impidió que muriera, luego...

—...es posible que la sustancia acabe desapareciendo de su organismo... ¿Es una droga?

Sandoval negó con la cabeza.

—¿Y la ampolla que encontramos en el almacén del párroco?

—Vamos a ver... Paso a paso, hay más cosas en este informe... La ampolla contiene la misma sustancia, aunque mezclada con una toxina de origen vegetal, parecida a la «escopolamina».

—¿«Burundanga»? —se sorprendió Múgica.

—Exacto. Debemos empezar a valorar la posibilidad de que estemos ante un caso de suicidios inducidos.

—¿Alguien que empuja a sus víctimas a quitarse la vida?

Sandoval asintió.

—¿Por qué si no suministrarles la «*scopolamina*»? Esta sustancia se utiliza para anular la voluntad y obligar a la víctima a hacer algo que de otro modo no haría, sin que después le queden recuerdos.

—Por eso Stoian no recuerda nada. Sumisión química —rumió Peralta.

—Alguien inyecta a las víctimas esa sustancia y hace con ellas lo que quiere —murmuró Dávila—... La «*escopolamina*» se absorbe enseguida, pueden ponerla en una bebida...

—No, no sólo en las bebidas —le rectificó Múgica—... También la ponen en folletos de propaganda, incluso en cremas hidratantes... Se absorbe a través de la piel —apuntó con las mejillas encendidas de indignación—. ¿Os acordáis de aquel anciano, aquel al que robaron en Malasaña? Paseaba por la calle, y no recordaba nada. Fue al cajero y sacó todo su dinero. Debieron de agitar algún papel con «*escopolamina*» en la cara y después le indujeron a sacar sus ahorros.

—Sabemos que la «*escopolamina*» no se detecta en la autopsia de las víctimas, porque desaparece enseguida del organismo —añadió Sandoval—, pero esa ampolla ha sido todo un hallazgo. Jacobo Balaguer no se deshizo de ella tras consumir su contenido, y sin pretenderlo nos ha dejado información muy valiosa. La primera posible conclusión, es que hay alguien fabricando una nueva droga cuya base es algo parecido a la «*escopolamina*», sin olvidar que esa otra sustancia, por ahora desconocida, también está presente en la fórmula, y en los escenarios donde hemos encontrado a las víctimas. Las plantas, los insectos... Está en todos ellos... Quien la fabrica, no lo hace con intención de distribuirla, sino en exclusiva para su macabro propósito.

»Quejada aún está trabajando en ello estrechamente con el CIB. Mientras tanto, seguiremos como hasta ahora, aunque le daremos un nuevo enfoque. Por el momento, esto es lo que tenemos, resumiendo: buscamos a un asesino que droga a sus víctimas para dominar su voluntad. Una vez a su merced, no las mata directamente, sino que las induce a hacerse daño, y finalmente a darse muerte. Ya he hablado con Miguel Lodosa para que elabore un perfil basado en los nuevos datos.

—¿No habría que reforzar la protección a Stoian? —Dávila estaba preocupado. Recordaba las cicatrices que tenía su compañera en brazos y piernas. Era la única que había escapado con vida de las garras del asesino—. Y también deberíamos informarla sobre los resultados.

—Llámalas, que venga esta tarde.

La reunión terminó, y Dávila regresó a su despacho. Como a sus compañeros, iba a costarle digerir lo que Sandoval acababa de contarles. Estaba apabullado con el giro que había dado la investigación. La nueva

información aportada por el CIB resultaba muy esclarecedora, y... preocupante en extremo. ¿A qué clase de psicópata se enfrentaban? Un asesino en serie que disfrutaba obligando a sus víctimas a morir... como él deseaba... Tenían un hilo del que tirar, aunque un hilo realmente espeluznante. Iban a tener que esforzarse al máximo con el caso si querían avanzar. El nuevo hilo de investigación que se abría ante ellos iba a ser complejo, eso lo sabía bien, y el resto de sus compañeros también, por mucho que una corriente de excitación hubiera palpitado en la unidad mientras Sandoval les desvelaba los hallazgos del CIB. La colaboración del Centro de Investigaciones Biológicas en el caso estaba siendo determinante.

Al pensar en el CIB sus pensamientos volaron hacia Stoian. Tenía que llamarla. Llevaba días esperando disfrutar de un rato con ella, y sin embargo, siempre que la llamaba era por trabajo. Verla por la tarde, en el entorno de la unidad, no era la idea que él tenía de ponerse al día... Acarició la idea de quedar, sin placas, sin víctimas... sólo ellos dos, como los buenos amigos que eran... o que habían sido... La echaba de menos, mucho, y empezaba a sentirse impotente cada vez que las circunstancias le obligaban a tratarla únicamente como a una compañera. Le había resultado duro tener que perseguirla en el Retiro, más aún detenerla días más tarde para arrastrarla hasta una sala de interrogatorios... Si bien, había sido aún peor haber pasado los últimos meses temiendo encontrarla cualquier día tirada en alguna zanja... Dio un par de vueltas en la silla giratoria, dudando cómo abordar la cuestión... ¿Querría ella quedar con él fuera del trabajo? Ni siquiera le recordaba...

—A la mierda... —rugió.

Al fin agarró el teléfono y la llamó. La conversación fue breve, y más sencilla de lo que había imaginado. Cris parecía algo nerviosa. Dávila la conocía bien. Cuando le contó que habían llegado los resultados, reaccionó como era de esperar, con forzada calma. Él sabía que estaba asustada.

Hubiera querido tranquilizarla, asegurarle que estaba fuera de peligro, pero no le adelantó nada. No podía.

Aún no tenían la certeza de que estuviera realmente fuera de peligro. Antes de colgar, estuvo a punto de reunir el valor para proponerle quedar el sábado por la mañana. Pero no pudo.

Al colgar, se sintió frustrado y nervioso. ¿Por qué demonios no iban a tener una oportunidad de volver a acercarse...? Sacudió la cabeza, furioso consigo mismo.

Era policía nacional, y en su puesto nunca le quedaba demasiado margen para disfrutar de sus asuntos personales. Eran como pequeños oasis que invariablemente se tragaba su trabajo.

Efectivamente, antes de que hubiera tenido tiempo para pensar en su conversación con Cris, alguien llamó con los nudillos a la puerta de su despacho. Era Castillo.

—Peralta ha dado con el que hizo el tatuaje —anunció con aire triunfal—. Ha habido suerte, el tipo tiene su estudio en el centro. Sandoval dice que vayamos a interrogarle, Peralta, tú y yo.

Dávila detuvo el movimiento de la silla al instante. ¡Tan pronto! Eran buenas noticias, desde luego.

—Pero iba a acompañar a Sandoval para interrogar a Samuel Vidal...

—Sandoval prefiere que nos acompañes. Después iréis a hablar con el chico.

Dávila se levantó con un suspiro. Apartó por el momento a Cris de su pensamiento. El oasis quedó encapsulado, hasta que pudiera prestarle atención. Era un experto en dividir su mente en compartimentos estancos. Lo emocional por un lado, el trabajo por otro. Aunque no le había servido de mucho con Sandra. «*El compartimento laboral es mucho más grande y hace tiempo que no haces nada con el compartimento personal*», se recordó.

—Es lo que hay...

De pronto pensó en su perro, Poup. Odiaba que Sandra se lo hubiese llevado.

Acompañó a Castillo y a Peralta. Antes de cinco minutos estaban en el coche patrulla. Conducía Peralta, siempre brusco, muy aficionado a arrancar y frenar a base de pisotones.

—¿Puedes concretar, Peralta? ¿Dónde es... «*en el centro*»? —interrogó Dávila.

—En Chueca, en la calle Fuencarral. El estudio se llama «*Tattoo Studio Davenger*». El tipo se llama Gerardo Martinete, pero le llaman «*Chewbacca*», a saber por qué —se rieron los tres—... Antes curraba en Hortaleza. Un compañero suyo ha reconocido su trabajo nada más ver tu

dibujo. Por lo visto su estilo es bastante particular, es muy conocido en el mundillo...

—...lo raro es que haya deducido algo a partir de mi dibujo —se asombró Dávila.

Tenía buena mano, pero no hubiera imaginado nunca que alguien pudiera identificar al autor de un tatuaje a partir de un esbozo hecho de cabeza, de algo que había visto apenas unos segundos.

La calle Fuencarral bullía de actividad. Con sus edificios de tres y cuatro plantas y sus árboles a cada lado, estaba repleta de locales comerciales, bares de tapas, cafeterías, bancos... El estudio en cuestión hacía esquina con la calle San Joaquín.

Era viernes, pero lo encontraron cerrado. Por lo que habían podido averiguar, «*Chewbacca*» vivía encima, en un pequeño apartamento en la entreplanta. Con suerte le encontrarían en casa. No estaba fichado, pero contaban con la descripción que su compañero de oficio les había brindado. Gerardo Martinete era un hombre de treinta y cinco años, de corta estatura, vigoroso, con la tez muy morena y depilado de la cabeza a los pies. Al parecer buscaba lucir su cuerpo como un muestrario ambulante de su trabajo, ya que se había tatuado cada centímetro con sus mejores diseños.

Peralta se quedó en el portal que daba acceso a la vivienda, mientras sus compañeros entraban. Subieron por la escalera hasta la entreplanta. En cuanto localizaron la puerta del piso de Martinete, la de la mano derecha, la aporrearon, anunciando con voz alta y fuerte que eran miembros de la policía nacional.

Tuvieron que insistir mucho rato antes de que Gerardo Martinete les abriera. Se quedó mirándoles sin comprender, plantado en el umbral de su casa, descalzo y en calzoncillos. Tenía aspecto de haber trasnochado. Era como una ballena que emerge de las profundidades a tomar aire, con una piel cenicienta cubierta por un estrambótico jeroglífico de caprichosos tatuajes, los ojos hinchados, la camiseta arrugada, un fuerte tufo a tabaco y alcohol... y una expresión desconcertada. Desde luego, no hacía mucho que se había acostado. Se rascó la cabeza. En sus ojos, de un azul hielo, bailó una vaga prevención cuando vio la placa que Dávila puso delante de su cara. El agente pensó que llevaba lentillas.

—¿Gerardo Martinete?

—Soy yo... Joder, ¿qué pasa?

—Policía Nacional, necesitamos hacerle unas preguntas.

—Preguntas... De qué va esto...

—¿Reconoces este tatuaje? —Dávila sacó el papel con el dibujo que él mismo había hecho—. ¿Es tuyo?

«*Chewbacca*» parpadeó.

—Joder... No sé... Necesito un café...

—Podemos hablar dentro —sugirió Dávila con amabilidad. Siempre llevaba la voz cantante.

El hombre vaciló, pero al fin les abrió la puerta y les franqueó el paso. El piso era pequeño y estaba muy ordenado, cosa que les sorprendió. Por su aspecto hubieran esperado encontrarlo revuelto, el típico piso de un soltero. Pero no, «Chewbacca» era escrupuloso. Se movía con torpeza, dada su voluminosa masa corporal. Se fue hasta una salita y les invitó a sentarse.

—Voy a por un café, ¿queréis algo?

Dávila y Castillo negaron con la cabeza. Le oyeron trastear en los armarios de la cocina, maldecir por lo bajo, toser... Por lo que veían en la sala, era aficionado al cine. Tenía un gran televisor de plasma colgado en la pared, de cincuenta y dos pulgadas, y un equipo de «*home cinema*», además de una estantería llena a rebosar de películas en «*dvd*». Dos carteles de gran formato con escenas de «*Blade Runner*» y «*Alien: El Octavo Pasajero*», cubrían la pared detrás de ellos.

—Un «*friki*»... —murmuró Castillo—. Pensaba que la gente ya no compraba dvds, ¿no se bajan las películas de internet?

—Éste es un coleccionista.

«Chewbacca» se reunió con ellos al cabo de cinco minutos, con una taza de café negro muy cargado y un vaso de agua. Lo puso todo sobre la

mesa que ocupaba el centro de la sala, sacó un sobre de «*spidifén*» del bolsillo de sus pantalones, vertió su contenido en el agua y lo removió. Se lo bebió en dos tragos, y luego se sentó con un resoplido.

—¿Una mala noche? —sonrió Castillo.

—Larga... Muy larga... —se quejó «*Chewbacca*» frotándose las sienes.

—Pues necesitamos que espabiles, Martinete —le pinchó Dávila. Puso el papel con el dibujo sobre la mesita—. ¿Te suena? ¿Es tuyo?

El hombre se inclinó sobre su considerable barriga para estudiarlo.

—¿Quién lo ha hecho?

—Eso no importa, ¿es uno de tus dibujos?

—Quiere parecerse —reconoció con sorna.

Entonces se levantó y salió. Al poco regresó con una voluminosa carpeta. La abrió delante de ellos. Contenía fotografías de todos sus trabajos, plastificadas y catalogadas por orden cronológico. Señaló con un dedo cubierto de tatuajes una de las imágenes centrales. Era la foto del detalle de un antebrazo.

—Es éste.

Efectivamente, en la imagen que les mostraba, estaba el tatuaje que Dávila recordaba en el brazo del chico y que tan torpemente había tratado de reproducir en el papel.

—¿Lo has tatuado muchas veces?

—¿Este? —«*Chewbacca*» reflexionó—. Tendría que consultarlo en mis archivos, pero juraría que no lo habré hecho más de diez veces, no es de los más populares.

Dávila le miró con gravedad, hasta que logró que comprendiera.

—¡Ah! Perdón... Voy por mi portátil.

De nuevo se levantó y desapareció. Debía de tener un estudio en el propio apartamento. Dávila agradeció que Martinete fuera un tipo organizado y meticulado. Cuando volvió, había imprimido en un folio una lista de nombres con la fecha en que les había hecho el tatuaje y sus datos personales. Se la tendió a Dávila con aire triunfal.

—Nueve personas... ¿Puedo preguntar por qué queréis saberlo?

—Limítate a contestar. ¿Tienes buena memoria? ¿Recuerdas a tus clientes?

—Tengo una memoria cojonuda, pero hombre... hasta cierto punto... ¿Sabes cuántos tatuajes llevo haciendo desde que empecé? Depende...

—Buscamos a un chico joven, de unos diecinueve años, delgado, moreno...

«*Chewbacca*» cogió la lista y se centró en los nombres, tratando de asociar cada uno con la persona que en su día acudió a su estudio.

—No puedo afinar mucho —reconoció al cabo de un momento—... Aunque... cinco de ellos vinieron como veis hace ya muchos años, y me resulta imposible recordar con detalle cómo eran, aunque... Veamos, ninguno encaja en vuestra descripción... Estos dos rondaban la cuarentena —dijo señalando dos de sus clientes al comienzo de la lista—, y bueno, salta a la vista que estas otras podemos descartarlas, porque son mujeres... En cuanto al resto... Bueno, juraría que la cosa estaría entre estos tres —los señaló—. No los recuerdo, pero por descarte...

—¿Seguro?

Martinete se encogió de hombros.

—No puedo afinar más.

Dávila sonrió. Si la memoria de aquel tipo era buena, acababan de acotar la búsqueda considerablemente. Si se había equivocado, tendrían que visitar a todos los varones de la lista. Al menos no era larga.

—Gracias señor Martinete, ha sido de gran ayuda.

—¿Es todo?

—Por ahora.

Los dos agentes se levantaron. Dávila se guardó la lista y el dibujo y comunicó a Peralta, a través de su transmisor, que se disponían a abandonar el apartamento. Daban por finalizado el interrogatorio.

Martinete les acompañó a la puerta con su andar pesado y la cerró en cuanto salieron, sin ocultar su satisfacción por volverse a la cama enseguida.

Dávila y Castillo bajaron a la calle de buen humor. Tenían tres posibles sospechosos, dirección y teléfono: Javier Espinosa Otero, Miguel Ángel Lugo de la Serna, y Sebastian Ciobotar, éste último, a juzgar por su único apellido, de origen probablemente rumano. Los introducirían en su base de datos por si estaban fichados.

En cuanto se reunieron con Peralta en el portal, llamaron a Sandoval y le pusieron al corriente del testimonio de Martinete. Dávila le adelantó una

instantánea de la lista de nombres que acababa de proporcionarles, para que Requena se pusiera a trabajar sobre ella.

Capítulo 33



La habitación estaba en silencio, sumida en una suave penumbra. Ruby parpadeó, al principio confusa. Una terrible jaqueca golpeaba su cabeza... Era como tener un tambor metálico envolviendo su cerebro; alguien lo aporreaba con fuerza desde dentro, formando sucesivas ondas expansivas, cuya contundencia era especialmente virulenta detrás de los ojos y en la nuca...

Gimió como un perro apaleado y se retorció. Estaba tirada sobre su cama, con la ropa puesta. ¿Cómo había llegado hasta ella? Se giró hasta quedar boca arriba, mirando el techo. Le costaba respirar, como si una fuerza invisible presionara sobre su pecho y comprimiese sus pulmones... Se mareó.

Tenía que levantarse. ¿Qué hora era? Su reloj de pulsera marcaba las diez de la mañana. ¿De qué día...? Estaba fatal. Se llevó la mano a las sienes y las masajeó, al tiempo que inspiraba y expiraba despacio... No recordaba nada desde... Otra vez...

Se incorporó sobre los codos y esperó a que aquel vértigo que revolvía su estómago aflojara su intensidad. Luego, con calma, se sentó, aguardó otro ratito más... y al fin se levantó. Miró alrededor. Todo estaba en orden. Se pasó los dedos por la boca. Estaba reseca y... Le olía el aliento... ¿A qué? Siempre que despertaba así era igual. Se miró al espejo de cuerpo entero que tenía delante, junto a la cama. Su melena larga y ensortijada estaba desordenada y formaba una gruesa nube alrededor de su rostro. Estaba tan

pálida que sus ojos azules semejaban dos zafiros fieros.

O se tomaba algo para la jaqueca o acabaría vomitando...

Salió del dormitorio y se fue directa a la cocina. Se tomó un «*ibuprofeno*» junto con un gran vaso de agua. No tenía nada más a mano. Luego se sentó y se quedó así un rato, sin pensar en nada... mientras el tambor pausaba su martilleo dentro de su cráneo, buuum, buummm, buummm...

Cuando sonó el timbre dio un respingo. No esperaba a nadie. ¿Qué hacer? ¿Abría o no abría? Volvió a sonar, un pitido más largo esta vez. Era la forma de llamar de Cris. Cris...

Oh, sí... Cris. Quería ver a Cris, por encima de todo. Cris sería un bálsamo para su horrible malestar...

Cogió el interfono en la entrada y abrió. Apoyó la cabeza en la puerta y cerró los ojos, con la mano en la manilla, lista para abrir en cuanto oyera a su amiga en el rellano. Tardó cinco minutos en subir. Claro, Cris solía subir andando. Se escucharon sus pasos livianos, y algo más, ruido de patas y un jadeo familiar: Max.

Ruby abrió de par en par la puerta y trató de sonreír, pero sólo le salió una mueca. Max iba suelto. Se acercó tan contento, olisqueó su ropa, meneó el rabo, y se coló en su piso. Cris se detuvo delante de ella, con los brazos colgando a ambos costados y una expresión desolada en la cara. Estaba muy guapa aquella mañana. Llevaba el pelo recogido en una especie de moño

informal que por una vez permitía que su rostro ovalado destacara.

—Estás fatal... —murmuró. Se acercó y la abrazó.

—Cómo me alegro de que hayas venido —gimió Ruby en su oído, sin fuerzas para estrecharla como le apetecía hacer—... Pasa, ¿has desayunado?

—No —mintió Cris—... Hoy desayunamos juntas —levantó una mano y le mostró una bolsa de papel—. Cortesía de la panadería, ¡cruasanes!. Yo me ocupo, ¡tú tienes pinta de ir a caerte en cualquier momento!

—Gracias... La verdad, no me siento muy bien...

—¿Una mala noche? —la tanteó Cris.

Al entrar recogió del suelo un bolso y se lo entregó arqueando las cejas.

—¿Qué hacía mi bolso ahí tirado...? —se extrañó Ruby—. Uuuuf... Puede que haya sido la peor noche de mis peores noches, ¿eh?

Ruby se mareó, le fallaron las rodillas, y la oscuridad nubló su mente. Cris la recogió a tiempo, antes de que llegara a tocar el suelo.

—Joder... ¡Ruby!

Cerró la puerta con el pie y trató de arrastrarla hasta el dormitorio. Pesaba bastante o ella había perdido mucha fuerza en los brazos... Al entrar en la habitación, percibió aquel olor dulzón que tanto la desagradaba, el mismo que solía sobrevenirle a ella. Se le llenó la boca con aquel sabor acre y amargo... No... Otra vez no... Creyó que empezaría a toser, cuando ya pensaba que había superado esas crisis, y sin embargo... No ocurrió nada. Se encontraba bien.

Extrañada, puso a Ruby sobre la cama, boca arriba, y tocó su frente. Estaba helada. Abrió sus ojos, aún velados por aquel brillo cristalizado. Respiraba con normalidad, y tenía buen pulso. Sólo se había desmayado. Se sentó a su lado y soltó un bufido de exasperación. ¿Habría estado de nuevo con esas «*malas amistades*» de las que le había hablado?

Max estaba sentado a los pies de la cama. De pronto dio un salto y se subió. Se tumbó a los pies de Ruby y puso su enorme cabeza entre las patas. No pensaba moverse de allí.

—Buen chico, Max, cuida de ella mientras yo echo un vistazo...

Cris se levantó y miró alrededor. Todo parecía en su sitio. ¿Qué buscaba? Recordó el bolso. Lo había encontrado tirado en el suelo del recibidor. Al desmayarse, Ruby lo había vuelto a dejar caer. Salió rápidamente de la habitación y fue a por él. ¿Hacía bien? No le gustaba hurgar en las cosas de nadie, menos en las de Ruby, «*pero es una situación especial...*», se justificó.

Lo recogió y se lo llevó a la sala. Lo abrió y desparramó su contenido

sobre el sofá. Había de todo. La cartera de Ruby, sus gafas de sol, un pintalabios, pañuelos de papel, la libreta de notas que su amiga utilizaba para anotar ideas para el blog, las llaves del piso... Nada más. Rebuscó en los bolsillos interiores, pero estaban vacíos. ¿Y en la cartera? A veces la gente esconde cosas en la cartera...

Dudó, pero la abrió también. Estaban sus tarjetas de crédito, su DNI y el carnet de conducir, algo de dinero, varias fotos, de ella, de su madre y su hermano, que vivían en Huelva... Nada extraño. Nada que le hiciera pensar que había consumido drogas, o que lo hacía habitualmente. Bueno, eso era un alivio. Pero entonces, ¿a qué obedecía que hubiera vuelto a casa en semejante estado?

Lo devolvió todo al bolso, y lo cerró. Sólo entonces se dio cuenta de que estaba sumida en una profunda penumbra. Las persianas de la casa estaban echadas. Se levantó y las fue subiendo, excepto la del dormitorio donde descansaba Ruby. La mañana avanzaba. Hacía un bonito día, soleado y fresco, aunque no tan frío como los que habían estado vapuleando Madrid con tanta crudeza.

¿Qué hacer? No se atrevía a dejar a Ruby sola. Decidió que se quedaría con ella hasta que llegara la hora de ir a la central. Tal vez despertara. Si no lo hacía, si no lo hacía... ¿iba a llamar a urgencias?

Allí sentada, con el bolso de su amiga en el regazo, estuvo rumiando mil pensamientos encontrados. Cualquiera diría que lo sensato sería hacer que la viera un médico, pero a ella esto le parecía un error. Lo sabía porque conocía bien a Ruby. Le disgustaría que la expusiera de ese modo. Si la ingresaban y la examinaban, estaría vulnerando sus secretos, y éstos quedarían expuestos no sólo ante ella, sino ante los demás. Cris intuía que su lamentable estado estaba relacionado con sus «*malas amistades*», más que de

intuición, se trataba de seguridad, convencimiento.

Abandonó el salón y regresó junto a su amiga. Continuaba en la misma postura, tendida sobre la cama. Max dormitaba a su lado, con su pelaje negro y fuego y sus grandes orejas erguidas.

Había una manta de cachemir en el respaldo de una butaca en el rincón, junto a la ventana. La conocía bien, porque había pasado mil tardes con ella sobre sus piernas, viendo alguna película durante una tarde lluviosa. La recogió, aspiró su aroma perfumado, a Ruby le encantaba que sus cosas olieran bien, y la cubrió con ella. Luego se tumbó a su lado y estuvo contemplándola. Sus cogitaciones fluctuaban entre la duda, el miedo y la pena.

Los largos rizos castaños de Ruby descansaban sobre la suave almohada. ¿Qué escondía aquella mente que tanto amaba? Tenía problemas, no sabía de qué clase, pero Ruby estaba metida en algún lío del que no era capaz de salir. No sola. Necesitaba ayuda, y ella estaba dispuesta a brindársela. Si bien... Ruby no la aceptaría. No iba a sincerarse. Algo se lo impedía.

Cris frunció el ceño. Se colocó de costado y apoyó la cabeza en la mano, con aire reflexivo. Si fuera policía, ¿qué haría? Pero era policía, aunque lo hubiese olvidado... Tendría que ser más lista y descubrir de qué se trataba por su cuenta... O...

Recordó que iba a ver a Dávila aquella misma tarde. Él aseguraba que habían sido buenos amigos, ¿hasta qué punto? ¿Como para hacerle un favor? Entonces se sentó y cogió su móvil. Buscó a Dávila entre sus contactos. Iba a escribirle un mensaje... Pero lo pensó mejor. No podía pedirle algo así por

teléfono. Dejaría constancia, y no sabía si la estaban controlando. No, si iba a verle aquella misma tarde, podía comentarle algo en un aparte...

«Joder Ruby... espero que no me odies...»

Un mensaje entró en ese instante. Durango...

«Te echo de menos. ¿Seguro que no quieres que te acompañe esta tarde?»

«Seguro», le contestó.

«Llámame en cuanto sepas algo, por favor»

«¿Dónde estás?»

«Preparando algo»

«¿Qué, si se puede saber?»

«¿Cómo está Ruby?», fue su evasiva.

«KO»

«Está en buenas manos, ;)»

Cris sonrió.

«Oye Cris, no te arrepientes, ¿verdad? De lo de anoche... Porque yo no hago más que pensar en ello, no quiero que te asustes...»

«No estoy asustada... ¿Lo hicimos antes de... ya sabes...»

«Sí. Una vez». Después desapareciste.»

¿Una vez? Por supuesto, de alguna manera lo había sabido todo el tiempo.

«No me voy a ninguna parte esta vez», escribió.

«Me alegro. Te dejo, tengo cosas que hacer antes de esta noche»

Cris se quedó helada. ¿Qué significaba? De pronto se le ocurrió que Durango tal vez estaba a punto de hacer algo realmente peligroso. Dejó los mensajes y le llamó. Durango contestó enseguida.

—¿Esta noche? —le soltó a bocajarro.

Durango guardó silencio un instante.

—...No te preocupes Cris. Iré con cuidado.

—¿A dónde?

—Al piso de Balaguer. Quiero ver si encuentro en su casa alguna pista sobre ese tal Sebastian.

—Joder, pero si te pillan...

—No lo harán. Estoy ahora mismo en su edificio. He subido a su despacho y he tratado de verle, pero me han dicho que está fuera, de viaje. Se ha vuelto a Lisboa, estaba allí cuando su hijo se suicidó, ¿recuerdas? Sé cual es su coche, y no está aquí. Aun así, esperaré por si acaso, para asegurarme de que no me han engañado. Cuando tenga claro que de verdad está en Lisboa...

—No me gusta, por favor... ¿Y si vamos juntos?

—Cris... No. Es mejor que vaya solo.

—Mierda, Durango...

—Oye, a mí tampoco me gusta que vayas sola a ver a ese tipo de la nota. Recuérdame al menos dónde vas a verle...

—Le veré en Vallecas, bajo el puente...

Cris estaba mirando a Ruby, que continuaba sumida en aquel extraño trance. La vio entreabrir un poco los ojos. Creyó que iba a despertar, y se inclinó para acariciarla. Pasó unos dedos ligeros por su mejilla y le apartó un largo mechón de pelo rizado del rostro.

«Mierda... ¿por qué no despiertas de una vez?»

Estaba absorta, pendiente de su amiga, pero ella continuó dormida. Ruby cerró los ojos de nuevo y Cris dejó caer los hombros.

—Déjame que vaya, me mantendré oculto, no tiene por qué saber que vas acompañada... —insistió Durango.

Cris sonrió ante su tenacidad.

—Tiene gracia. Podemos hacer un pacto, tú vienes, si yo voy...

—Ni hablar.

—La cuestión es... que si «S» descubre que voy con alguien más, no aparecerá, y necesito saber qué relación tiene con mi hermano. Estuvo con él, sabe algo, estoy convencida... Tal vez pueda señalar al que está haciendo todo esto, no lo sé... No quiero arriesgarme...

Ruby se agitó un poco, frunció el ceño, y se giró para darle la espalda. Al menos se movía...

—Está bien, pues iremos cada cual por nuestra cuenta...

—Ten cuidado, por favor...

—Y tú... Hasta luego...

Aquello fue todo. Ni más, ni menos.

Durango... Con Ruby fuera de juego, no tenía con quién desfogarse.

Se quedó con ella un par de horas más. Luego pensó en hacer algo más útil que quedarse haciendo guardia en el dormitorio. Se fue a la cocina y preparó comida para las dos. Por suerte, el frigorífico de Ruby siempre estaba bien surtido.

Comió a solas, escribió una nota por si su amiga se despertaba, se la

dejó en la mesilla de noche, y salió a dar una vuelta a Max, antes de que Dávila fuera a buscarla.

Le mandó un mensaje para avisarle de que estaba en casa de Ruby, y no en su apartamento. Pasó a por ella sobre las cuatro y media. Cris se alegraba de verle, y sonrió con sincera complicidad mientras se encaramaba al asiento del copiloto de su coche patrulla.

—¿Nerviosa? —Dávila aparentaba estar tranquilo, pero sus ojos castaños, normalmente risueños, hablaban por su cuenta.

—¿Debo estarlo? —ahora Cris estaba prevenida. Se puso el cinturón de seguridad.

—mmmfff... Sí y no. Las analíticas han arrojado nuevos datos, te sorprenderás.

—¿Y qué dicen de mí? La verdad, es lo que más me importa ahora mismo...

—Claro... No es nada malo, así que estate tranquila. En cuanto llegemos Sandoval te pondrá al corriente de todo.

—¿No puedes adelantarme nada? ¿Qué más da si de todos modos me voy a enterar?

Dávila meneó la cabeza con una medio sonrisa.

—Los resultados no son concluyentes, pero tenemos motivos para pensar que estarás bien.

—Estaré... ¿Qué motivos?

—Cris... En nada lo sabrás, prefiero que te lo cuente Sandoval, ¿vale?

Pero ella no estaba conforme. «*Que estaría bien*», no era tranquilizador. Suponía una conjetura, más que una certeza, una esperanza. Y ella necesitaba certezas, que le dijeran... «*estás fuera de peligro, no vas a morir, ni te desintegrarás como los otros*». Giró un poco la muñeca para mirar de reojo aquella odiosa mancha.

Sandoval la recibió en su despacho. La invitó a sentarse y esperó a que Dávila cerrara la puerta. Cuando estuvieron los tres solos, sentados, le contó lo mismo que ya había expuesto aquella mañana ante su equipo, aunque limitándose a la parte que le concernía a ella.

—Suponemos que como ha ocurrido con las otras víctimas, has estado expuesta a esa sustancia. No sale en las analíticas, pero sabemos gracias a la ampolla que encontramos en el almacén del padre Evaristo, que se trata de una variante de la «*escopolamina*», que anula la voluntad y provoca amnesia...

—...sé lo que es la «*burundanga*»... Eso me aclara muchas cosas, pero lo que me interesa saber es qué pasa con la otra sustancia. Acabas de decirme que está en mi organismo y que aparece en el entorno que rodea a las víctimas, en las plantas y en los insectos... ¿Qué significa eso?

—Aún no lo sabemos —reconoció Sandoval—, aunque tenemos razones para creer que es la muerte la que desencadena el proceso por el cual los cuerpos se desintegran, y a su vez, que no es la sustancia la que provoca la muerte. Tu hermano te libró de semejante final.

—¿Qué razones?

Sandoval guardó silencio.

—¡Qué razones! —se estaba alterando mucho, y Dávila puso una mano en su hombro—. ¿No podéis decírmelo?

—En realidad podrías deducirlo tú sola, sin que yo te lo diga, si no estuvieras tan acojonada, Stoian.

Cris entrecerró los ojos sin comprender. ¿Qué le había dicho? Alguien le había suministrado una mezcla que llevaba la sustancia que corría por sus venas y algo parecido a la «*escopolamina*», algo que anula la voluntad y provoca amnesia... Las otras víctimas se habían suicidado de forma horrible, tras infligirse a sí mismos heridas graves, como ella... Se miró involuntariamente los brazos. Estaba cubierta de cicatrices... ¿Se las había hecho a sí misma? Si Daniel no la hubiera encontrado, se habría suicidado, como Diana Whitaker, como Lucas Huarte...

—¿Puede alguien dominar tu mente como para obligarte a hacerte daño y quitarte la vida? —murmuró.

—Estamos elaborando el perfil. Nos encontramos ante un asesino en serie que mata sin mancharse las manos, doblegando la voluntad de sus víctimas para que se suiciden. Por eso estamos convencidos de que te repondrás. La droga no mata, es un arma para hacer que te mates.

—Quiero ayudar —dijo de pronto—. Quiero participar en la investigación.

—No, lo siento. Aún no estás operativa al cien por cien, no recuerdas muchas cosas y podrías ponerte en peligro y exponer a tus compañeros.

—¡Pero ayer os acompañé y todo fue bien!

—Es cierto, aunque no era una situación de peligro y tu papel era pasivo.

—Pues dejadme colaborar, en un segundo plano, pero quiero estar...

—Yo podría hacer de niñera —Dávila quería apoyarla. Confiaba en ella al cien por cien—, y no tiene por qué estar durante el trabajo de campo más comprometido para su seguridad.

—Te necesito centrado Dávila. Tenemos abiertos demasiados frentes como para que estés pendiente de Stoian.

—Presentaré una solicitud para reincorporarme al puesto —rugió Cris. Estaba decidida a volver a trabajar—. Puede que no recupere nunca la memoria, pero sé que podré hacer mi trabajo con bastante normalidad, y si Dávila me ayuda...

—¿De verdad? —Sandoval se adelantó sobre la mesa y clavó en ella sus ojos azules, dos taladros dispuestos a intimidarla—. Has olvidado nuestros protocolos, Stoian, ni siquiera recuerdas haber estado aquí alguna vez. Podrás estar presente en algunas operaciones sencillas, como la de ayer, pero como agente pasivo, y con el único objeto de ayudarte a recuperar la memoria. Nada más. Estás de baja del servicio, recuérdalo.

Cris fue a decir algo, pero se contuvo. Recordó que Durango y ella ya estaban actuando por su cuenta. Podían seguir haciéndolo. Aunque de pronto tenía prisa por recuperar su vida.

Al salir de la central, Dávila la llevó de vuelta a a casa de su amiga, según sus indicaciones. Iban en silencio, tímidos, Cris reteniendo mil preguntas en la punta de la lengua, Dávila deseoso de ayudarla. Al fin, no quiso alimentar más el tenso ambiente que se estaba estableciendo entre los dos con su silencio.

—Sandoval te está protegiendo, y tiene razón al hacerlo —empezó— ... Pero eso no quiere decir que no puedas conocer los detalles del caso —sonrió entonces, y Cris arqueó las cejas, a la expectativa—. Hemos hecho

algunos avances estos días...

—¿Puedo saber cuáles?

—Estamos a punto de atrapar al chico que entró en tu habitación en el hospital.

Cris notó que se le iba el color de las mejillas. ¿Se refería a «S»?

—¿Sabéis ya quien es?

—Hemos acotado la búsqueda a tres personas. En estos momentos las estamos buscando. Pronto cogemos a ese chaval y le interrogaremos. ¿Qué te pasa? No pareces alegrarte...

Cris se mordió el labio. ¿Debía contarle lo de la nota? Decidió que no, aunque... era más que probable que atraparan a «S» antes de que pudiera hablar con él el domingo. Una retahíla de maldiciones circuló por su mente. No había nada que pudiera hacer para avisar al chico, porque ya había dejado la luz del salón toda la noche encendida, así que...

—¿Qué más habéis descubierto?

—Ha habido una nueva denuncia. Se trata de un chico, Hugo Esteban. Desapareció hace ya quince días, pero lo bueno es que sabemos dónde estuvo el día que le dieron la «escopolamina». Fue en la discoteca

«*Kapital*», y tiene un amigo que le vio hablando con una de las camareras antes de meterse en un reservado. Cuando salió, estaba drogado. Su familia no lo ha denunciado hasta ahora...

—...aún veremos otro de esos fenómenos en Madrid...

—No si le encontramos primero.

—No le encontraréis, Dávila.

—Tu hermano te encontró.

—¡Eso es distinto!

—¿Por qué?

Habían llegado a Malasaña. Dávila aparcó y se volvió hacia ella con una mirada dura.

—¿Hay algo que sepas y que no nos has contado? Cris... Tu hermano sabía algo, ¿no? ¿Por qué, si no... pudo encontrarte?

—¿Y qué más da? ¡Está muerto! ¡Se llevó las respuestas con él!

—¿Seguro? ¿Seguro que no hay nada que quieras contarme? La vida de ese chico está en juego...

—No sé nada que pueda ayudar —se obstinó ella.

—Dime lo que crees que no ayuda. Yo decidiré si es así o no. Deberías compartir lo que tengas con nosotros, y lo sabes... hace un rato le decías a Sandoval que quieres volver a la unidad, ¡pero nos estás ocultando información que podría ser crucial! ¡Decídetes! ¿Qué vas a hacer?

—No recuerdo nada, Dávila, ¡no sé nada!

Cris apartó la mirada, para que no viera que mentía, pero su compañero la miraba fijamente, seguro de que ocultaba muchas cosas. Al fin soltó el aire por la boca, despacio, y meneó la cabeza.

—Siempre fuiste testaruda, Stoian —Cris abrió la puerta para bajarse del coche—. Piénsalo... te llamaremos.

Cris trató de sonreír, pero no pudo. Se sentía fatal por engañar a su compañero.

Esperó a que se alejara. Después, en cuanto le vio doblar la esquina, se metió en el portal de Ruby. Quería comprobar si se había despertado.

Capítulo 34

Pinar del Rey, 2014



Sebastian y su madre ya no vivían en el convento. Se habían trasladado a un piso alquilado en Pinar del Rey gracias a que las monjas habían encontrado un trabajo para Elizabetta, como cuidadora de una anciana. El empleo no era gran cosa, pero le ocupaba toda la mañana y estaba bien remunerado, lo suficiente como para que pudiera pagar el alquiler y llevar una vida digna.

Para aquel entonces Sebastian ya había cumplido los quince años. Se había convertido en un joven espigado y taciturno. No había vuelto a ser el mismo desde aquel suceso con su amigo, y no porque no pudiera olvidarlo, sino porque no había podido librarse de él, ni de sus perversas intenciones. Le odiaba, pero le obedecía... Su mente estaba en sus manos, y eso era todo.

Desde la ventana de su pequeña habitación podía ver el convento, apenas a tres manzanas de su nueva vivienda, tan gris como siempre, aunque ahora las enredaderas cubrían profusamente sus muros, y los árboles, que habían ido brotando y creciendo en el claustro durante los últimos años, se elevaban ya a suficiente altura como para que se distinguieran sus ramas. Rhina era la causa del verdor que ahora engalanaba el viejo edificio, del microclima privilegiado de Pinar del Rey, de la exuberancia de los parques y jardines... Elizabetta tenía algunas plantas en el minúsculo balcón del que disponían en la casa alquilada, y pese a que nunca había tenido mano para cuidarlas, crecían espléndidas, tupidas y hermosas, llenas de flores. Sebastian

solía machacarlas, las quemaba, las pisoteaba con su bota... sólo para ver cómo volvían a crecer fuertes y vitales al día siguiente. Era un milagro...

Y su amigo quería ese milagro. Su amigo estaba a punto de culminar un plan largo tiempo elaborado, algo abominable, cuyos detalles no conocía, pero que implicaban a Rhina y le implicaban a él. Ella era el centro de su proyecto, sin ella, no había proyecto.

—Sebastian, me voy.

Elizabetta iba vestida con uniforme, camisa azul claro y falda oscura de corte recto que llegaba hasta la rodilla, medias y zapatos sencillos. Llevaba el cabello recogido en un moño y encima del uniforme se había puesto un abrigo. Aunque era invierno, en Pinar del Río la temperatura se mantenía estable en unos agradables diecinueve grados, la mujer a la que cuidaba cada mañana vivía en Hortaleza. El poder de Rhina no llegaba hasta allí, de momento, así que en ese barrio tendría que soportar seis grados. Mucha diferencia.

—¿No dices nada? Sebastian...

—Hasta luego, mamá.

Eso fue todo. Eso era todo siempre. Él no hablaba mucho, más bien no hablaba, se limitaba a responder con monosílabos, y sólo si su madre insistía. No estudiaba, no hacía nada, sólo esperar, pendiente de lo que su amigo ordenara. Llevaba una existencia pasiva, sin objetivos ni horizontes. No había nada en su mente salvo la voz de su amigo. Él gobernaba ahora su

cuerpo, sus decisiones, sus anhelos... Toda la rebeldía que albergaba en su interior permanecía sofocada al fondo de su conciencia, incapaz de aflorar. Sabía que era prisionero, porque aquella noche, cuando él y su amigo le sacaron a Rhina su preciada sangre de color verde, había sido su último día de libertad.

Desde que su madre y él salieran del convento, no había vuelto a verla. Solía pasear por los alrededores, pero no se atrevía a mirar hacia las ventanas, donde sabía que podría descubrirla, como siempre con la mirada perdida en el horizonte, con sus portentosos ojos esmeralda anhelando encontrar un paisaje menos agresivo que el de Madrid, un horizonte donde los bosques dominaran la tierra. Rhina soñaba con un mundo natural que por el momento le estaba vedado. En toda su vida no había pisado la naturaleza, no había salido del convento, y su corazón albergaba un deseo irrefrenable por volver a donde pertenecía. Sebastian lo había comprendido al probar su sangre. Rhina pertenecía a la madre naturaleza, Rhina «era» la madre naturaleza, y estaba atrapada en un mundo humano de cemento y asfalto.

Si contenía su capacidad creadora, era por su madre Zulema, que siempre le hablaba de comedir su poder, de ser discreta, del peligro que acechaba fuera de los muros del convento... ¿Podría contenerse para siempre? Sebastian creía que no. Algún día, tal vez cuando fuera adulta, brillaría en todo su esplendor. Entonces reclamaría su espacio en la tierra y nada ni nadie podría frenarla. ¿Cómo iban a poder si ella era la vida?

La puerta del piso se cerró. Su madre se había ido. Al poco la vio salir del portal y caminar con su paso rápido hacia la boca del metro más cercana. Solía mirar a los lados con miedo. Él sabía por qué.

Lo sabía desde hacía poco tiempo, porque ella se lo había contado cuando creía que estaba dormido. Sencillamente se había sentado a su lado,

en la cama, y había acariciado su pelo mientras se desahogaba. Él se había hecho el dormido, y así se había enterado de que a su madre la habían violado.

«...yo era muy joven, apenas tenía quince años, y acababa de llegar a Madrid... Ni siquiera sabía hablar más de cuatro palabras en español... Había abandonado mi vida en Rumanía para venir a casa de una amiga de mi madre que aseguraba que aquí encontraría un futuro... Al principio, en cuanto llegué, se desentendió de mí, pero cuando vio que no encontraba trabajo, y que era una carga para ella, me echó a la calle. Así fue como él me encontró, deambulando sola, llorando... Me paró, me hizo subir a su coche, y me preguntó. Cuando supo que no tenía a nadie, ni a dónde ir, me engañó para que le acompañara, y me violó. Me torturó, me tuvo toda la noche a su merced... Ay, Sebastian, tú eres fruto de aquella noche. Pero te quiero, te quiero... ¿Cómo podría odiarte a ti, que no tienes culpa de nada...?»

¿Qué había sentido al saber aquello? Rabia, odio, hacia el hombre que le había hecho aquello a su madre. Había deseado encontrarle y acabar con su vida... Desde entonces no podía mirar a su madre a los ojos sin sentir vergüenza.

Su amigo había conocido al mismo tiempo que él aquella verdad. ¿Cómo? Él siempre estaba presente en su mente, habitaba en ella, estaban conectados. Una semana antes, se había presentado en su habitación. Sebastian se había despertado en mitad de la noche y se lo había encontrado parado al pie de su cama, observándole en silencio, con su piel lechosa y sus ojos fríos, y el pelo enredado... No habían hablado, pero le había revelado la identidad de su padre, el hombre que había violado a su madre. Después se había marchado por la ventana.

Sebastian había llorado lágrimas amargas. ¿Qué haría con esa información? Quería buscar a ese hombre y hacerle pagar... «*Tú no tienes que hacer nada, Sebastian. Yo lo haré por ti...*», había respondido la voz de su amigo. La oía alta y clara en su cabeza...

Vio cómo su madre se alejaba y desaparecía tras una esquina, y se preguntó si en verdad su amigo haría algo para vengarla. ¿Y por qué iba a hacerlo? Se preguntó con frustración. Tenía algo más importante en qué ocupar su tiempo.

Se apartó de la ventana y se tumbó en la cama, boca arriba. Cerró los ojos y se hundió en la oscuridad. No era nada, mientras él no le ordenara hacer algo, no era nada, no tenía nada... Su conciencia sólo servía para atormentarle con ideas descabelladas que hablaban de rebelión. Su corazón latió con fuerza en su pecho, y las lágrimas se deslizaron hacia sus sienes formando regueros amargos de sal.

Aquel día, cuando Rhina le salvó del infierno del que había regresado después de robarle la sangre, también le libró de él... Ahora volvía a estar en sus manos.

Se durmió.

No oyó a su madre regresar cargada con la compra, ni cómo lo ordenaba todo en los armarios de la cocina, hacía la comida y encendía la televisión. No reaccionó cuando quiso despertarle para que comiera algo. Permaneció así, en aquel estado vegetativo, hasta que se hizo de noche. Sobre las ocho, Elizabetta hizo un nuevo intento para que cenara, y después, desanimada y con lágrimas en los ojos, se retiró. Estuvo un rato viendo la tele, y al fin, sobre las once, se acostó.

El silencio llenó el pequeño piso y sus viejas paredes empapeladas con motivos anticuados. Hacía frío. Cuando Sebastian abrió los ojos, descubrió a su amigo una vez más de pie junto a su cama. Era alto, delgado, aunque intimidaba su presencia, seguramente por su mirada, que se había vuelto profunda y antigua desde...

«Ven conmigo, es la hora», le dijo sin necesidad de hablar.

«Quiero quedarme»

«No puedes, te necesito. Después serás libre»

Aquello llenó a Sebastian de incertidumbre.

«¿Libre de ti?»

«Lo prometo»

«¿Saldrás de mi cabeza, para siempre?»

«Sí.»

«¿Y mi padre?»

«Te prohibo que te acerques a él. Es cosa mía. A cambio tú me vas a ayudar.»

Sebastian se incorporó. De todos modos no podía evitarlo, su cuerpo no le pertenecía, obedecía a la voluntad de aquel chico extraño y peligroso. Salió con él por la ventana. Enseguida adivinó a dónde iban. Quiso resistirse, pero sus piernas caminaban con paso decidido en pos de su «*amigo*». Era una marioneta...

Nunca había sabido su nombre. Pensó que era injusto, porque no sabía nada de él, mientras que él lo sabía todo sobre su vida.

Llegaron al convento en cuestión de diez minutos, amparados en la oscuridad nocturna. La noche sin luna se mostraba despejada y llena de estrellas que no alcanzaban a ver a causa de las luces que alumbraban la ciudad. Los muros del recio edificio no eran fáciles de escalar. Las enredaderas que los cubrían no podían sostener el peso de dos adolescentes. Sebastian siguió a su amigo hasta un portón en la parte sur que sabían que daba directamente al claustro. Sebastian sacó una llave. La había duplicado cuando aún vivían en el convento. La había guardado todos aquellos años, a la espera de... aquella noche. No sabía qué iban a hacer. Su amigo no se había dignado compartirlo con él. Abrió el pesado portón y se colaron dentro del convento, como dos sombras furtivas.

El claustro apareció ante ellos, con los frondosos árboles que ahora crecían por doquier y el fructífero huerto, con sus flores fragantes. Había luciérnagas revoloteando en el aire de la noche, y una gran lechuza ululaba en lo alto de una rama de la vieja encina. Por un instante se quedaron quietos, asombrados ante aquel espectáculo, la naturaleza a duras penas retenida entre

aquellos muros... lo había invadido todo. Una sonrisa siniestra asomó en el rostro pálido de su amigo.

«Llévame a su habitación»

«Por favor...»

Pero ya caminaba decidido hacia el edificio principal, impulsado únicamente por la férrea voluntad de aquel joven. Como si pudiera resistirse... En su mente aullaba, suplicaba... Mientras el puño de hierro de su amigo oprimía su cerebro obligándole a continuar.

Se colaron en el edificio y subieron por las escaleras hasta la segunda planta, donde estaban las habitaciones de las monjas. Una apacible quietud lo llenaba todo. Había hierba por todo el suelo, crecía pegada a las paredes, y brotaban margaritas de colores por doquier. Era tan mullida que amortiguaba sus pasos. Los dos jóvenes aspiraron el embriagador aroma del aire, fresco y perfumado, muy sutil. Las enredaderas que trepaban por los muros, se habían colado ya por las ventanas y crecían por el techo y las paredes de los pasillos...

La habitación de Rhina era la última, al fondo. Hacía mucho que Sebastian no la veía, habría crecido, sería ya una mujercita... Se quería morir. Hizo un último esfuerzo para resistirse, pero su amigo sonreía con fiereza.

«Tú primero», ordenó.

Sebastian se vio adelantándose. Alcanzó la puerta y la abrió con sigilo. Al otro lado dormían madre e hija, cada una en su cama, arropadas con mantas ligeras. La habitación era un vergel de flores, y por la ventana abierta entraba la suave claridad nocturna que envolvía la ciudad. Adivinó cual de las dos camas ocupaba Rhina porque su cabello, rojo como el fuego, destacaba sobre la almohada. Se la señaló a su amigo, y éste se adelantó sin vacilar hasta colocarse junto a ella. Era el depredador voraz junto a la presa inocente. Rhina no se daba cuenta de nada...

Entonces él alargó una mano. Por primera vez Sebastian se dio cuenta de que llevaba en ella un frasco. Recordó cómo la había drogado la primera vez. Vertió unas gotas bajo su nariz, y después se fue hasta la cama de Zulema y repitió el proceso.

«Cógela y sácala de aquí. Espérame abajo»

«¿Qué vas a hacer?»

«¿Quieres tu libertad? Pues éste es el precio»

Le obligó a sacar a Rhina de su cama. Al apartar la manta que cubría su cuerpo, descubrió a una muchacha hermosa, con el rostro aún algo aniñado, pero ya con formas de mujer. Su piel perfecta resplandecía en la penumbra. Hubiera deseado mirarse una vez más en sus radiantes ojos esmeralda, pero estaba más allá de él, bajo los efectos del narcótico. La levantó sin esfuerzo y se la cargó a la espalda como si fuera un fardo. Salió de la habitación, y bajó las escaleras...

Estuvo esperando en el claustro unos cinco minutos. Entonces vio un resplandor tras la ventana del dormitorio de Rhina y su madre. Enseguida las llamas de un incendio asomaron hacia el cielo, mientras una densa humareda blanca salía a bocanadas. Sebastian abrió la boca y la volvió a cerrar. ¿Qué era aquello?

Su amigo se reunió con él, impertérrito. Había prendido fuego a la habitación, con la madre de Rhina dentro. Sin mediar palabra, salieron del recinto. Tras ellos crecía un virulento incendio.

«*¿Era necesario?*», sollozó Sebastian.

«*No*», sonrió su amigo.

Salieron del convento y corrieron calle abajo, con su preciada carga a cuestas. Cuando estuvieron lo suficientemente lejos, él hizo una seña y le obligó a detenerse. Había un coche aparcado a un lado. Abrió el maletero, arrancó a Rhina de brazos de Sebastian, y la arrojó dentro.

«*Serás libre mañana. Vete a casa, Sebastian. No intentes volver a verme*»

«*¿A dónde la llevas?*»

«*No quieras saberlo*»

«¿Para qué la quieres?»

«*Sebastian. Si quieres ver a tu madre cada mañana, vete ahora y no vuelvas a pensar en Rhina*»

Señaló el coche. Luego se metió dentro y enseguida arrancó. Antes de que Sebastian pudiera pensar nada más, desapareció por un callejón.

El joven se quedó helado, paralizado en medio de la calle. Luego se volvió lentamente hacia el convento, para contemplar las danzantes llamas de un incendio que ya era voraz y avanzaba con fiereza. Una densa columna de humo blanco se elevaba hacia el oscuro cielo nocturno. Se oyeron las sirenas de los coches de bomberos, volando hacia Pinar del Rey.

Era hora de desaparecer.

Sebastian regresó a casa con una pesada carga en el corazón. Le había entregado a su amigo a Rhina, una criatura maravillosa, inocente y especial, aun sabiendo que la envergadura de su pecado era descomunal. No podría cargar con semejante culpa el resto de su vida... Si además pensaba en Zulema, muerta sin lugar a dudas en el espantoso incendio, en las capuchinas...

Muy pronto el barrio se llenó de luces de emergencia, y sirenas. Sebastian lo vio todo desde su habitación, con los ojos llenos de lágrimas. Por suerte su madre no se despertó, porque si lo hubiera hecho, habría adivinado su pecado. Todas las madres saben leer en el alma de sus hijos, y Elizabetta conocía muy bien lo que había en el fondo de su corazón. Incluso ahora que

su amigo le había arrastrado hacia las sombras, incluso ahora que aún estaba bajo su influjo, sabría reconocerle... Y adivinaría su culpa.

Se apartó de la ventana y se metió en la cama. Se tapó los oídos para no oír las sirenas, el murmullo horrorizado de las personas que se asomaban a la calle, el fragor del incendio...

Cuando despertó al día siguiente, Elizabetta estaba sentada a su lado, acariciándole el pelo. Su expresión demudada no le sorprendió. Ya se había enterado... Todo el barrio lo sabría, todo Madrid... Sebastian se incorporó y la abrazó, estrechándola contra su pecho como si temiera perderla en aquel mismo instante. Y mientras olía la suave fragancia de su cabello, como a lilas, sintió que su amigo había cumplido su promesa. Ya no estaba.

Su cuerpo le obedecía, sus brazos estrechaban a su madre porque él lo deseaba, su mente trabajaba, al fin libre de aquella voz dominante que tanto le había torturado aquellos años... Así pues... ¿era libre?

Tanto como lo puede ser un prisionero de la verdad. Sobre su conciencia... pesaría siempre la muerte de Zulema, y la de las monjas. Sobre su alma... pesaría el secuestro de Rhina. Hundió el rostro en el cuello de Elizabetta para no tener que mirarla, para esconder sus remordimientos.

Pero ella no pensaba en él, sólo había acudido a su lado para buscar consuelo, porque la noticia del horrendo incendio, al que no había sobrevivido nadie, la había golpeado duramente. Había llegado a apreciar mucho a las capuchinas, y aún se preguntaba cómo había ocurrido una catástrofe tan grave. Una tragedia. ¿Y dónde estaba Rhina? Nadie lo sabía.

Besó a Sebastian en la frente y le dejó. Estaba vestida de uniforme, lista para ir a trabajar. No podía faltar, aunque en su corazón deseara dejarlo todo para velar las horas de duelo por las hermanas capuchinas, que tanto le habían dado. El barrio entero estaba consternado.

Se levantó y le lanzó un beso a su hijo soplando sobre sus dedos, como hacía siempre. Luego cerró la puerta, con suavidad, y se marchó. Sus pasos livianos sonaron un momento en el pasillo, hasta que la puerta de entrada de la vivienda se abrió y se cerró y ya no se escucharon más.

A Sebastian le quedó el vacío.

Ahora que su amigo le había liberado, podía pensar libremente, moverse libremente, y él no sabía lo que hacía. Ya no. ¿Qué le impedía hablar?

Rhina. No podía hablar de ella a la policía, no podía explicarles por qué la quería su amigo, o para qué, sin revelar su naturaleza, algo que las capuchinas se habían esforzado tanto por mantener en secreto. No podía confesar sin inculparse, y tampoco conocía el propósito del secuestro, aunque lo imaginara. Sin embargo... Tenía miedo.

Se asomó a la ventana y miró hacia el convento. Una enorme columna de humo se elevaba aún desde su esquina sur, que se veía, a la luz del día, completamente calcinada. Se ocultaría de su «amigo», hasta el fin de los tiempos, o hasta que algo le obligara a salir.

Capítulo 35



Madrid, 2017

Caminaba y no caminaba atravesando la ciudad, sin rumbo fijo. Lucas Huarte se deslizaba furtivo, como una sombra en la noche que no tiene conciencia de sí misma, sin otro objeto que avanzar y alcanzar un último objetivo: quitarse la vida.

En su cabeza no cabía nada más que aquella odiosa voz ordenándole qué hacer, envenenando sus sentidos, insuflándole el deseo de hacerse daño, hasta límites inenarrables.

Sufría mientras se arrastraba con el cuerpo ensangrentado por una ancha avenida, en algún barrio acomodado de Madrid. Estaba desnudo, sus pies descalzos tropezaban a cada paso. En su mano derecha portaba un cuchillo de enormes dimensiones, con el que se iba abriendo la carne, rasgándola, mientras el dolor le atosigaba y las lágrimas se deslizaban por su rostro demudado. Anudada a la cintura, llevaba una gruesa soga.

Terminó de tatuarse la pierna derecha y comenzó a provocarse cortes profundos en la otra pierna. La sangre brotaba y chorreaba por su piel, dejando un reguero desigual sobre la acera... Le temblaban las manos, pero una y otra vez deslizaba con fuerza el filo del cuchillo sobre su piel. Un corte, otro, más y más profundos...

De pronto alcanzó un portal y se detuvo. Estuvo mirándolo un rato, sin ver. Luego, impulsado por esa voluntad que parasitaba su conciencia, se arrojó contra el cristal y lo reventó con su cuerpo, provocándose multitud de cortes en las manos, los brazos y el rostro. No le importó. Se levantó y se lanzó por las escaleras, subiendo piso por piso, en un ascenso fatigoso y lento...

Para Sheila, últimamente las noches eran largas y pesadas, dominadas por el insomnio. Solía quedarse hasta tarde estudiando. Le obsesionaba sacar el trimestre con las notas más altas. Nunca hubiera escogido la carrera de derecho, no por sí misma, pero al terminar el bachillerato no se había atrevido a decírselo a sus padres, y ahora ya estaba en el tercer curso... No iba a renunciar. Ya no. Si hacía algo, lo hacía lo mejor posible, no se conformaba siendo mediocre. Odiaba dejar las cosas a medias, incluso algo que le resultaba aburrido y ajeno. Después... con el flamante título en mano, podría escoger. Era como posponer su vida unos años.

Suspiró con desgana.

Esa decisión le estaba acarreado una agotadora carga emocional. Cada vez que se enfrentaba a una nueva tanda de exámenes, su corazón se rebelaba. El esfuerzo por asimilar lo que estudiaba era el doble que para cualquier otro estudiante de su edad.

Como consecuencia... era incapaz de dormir.

Por eso aquella noche, a las cuatro de la madrugada, aún estaba despierta.

El despertador sonaría implacable a las seis y cuarto, y allí estaba, sentada sobre la almohada, con la espalda pegada al cabecero de la cama, los brazos envolviendo las rodillas y la cabeza enterrada en ellos, pensando, pensando... en lo absurda que era su vida, desesperada por atraer el sueño.

Fuera llovía con fuerza. Se escuchaba el violento rumor de un viento incesante. Era una noche desapacible, tan oscura y triste como su ánimo.

Entonces hubo algo más.

Sheila levantó la cabeza y se quedó quieta, escuchando. ¿Qué era? Un rumor lejano, sofocado, como gemidos, lamentos, el llanto de una persona, tal vez... arrastrado por aquel viento. Sin embargo, vivía en la última planta de una torre de sesenta pisos. Eran viviendas bien hechas, con gruesas paredes insonorizadas. Jamás escuchaba lo que hacían los vecinos. ¿Entonces?

De nuevo aquel espeluznante lamento... Algo no iba bien.

Un agudo aullido rasgó la calma de su habitación. A continuación, algo se precipitó hacia la calle desde la azotea. Lo vio pasar de reojo por delante de la ventana.

Qué había sido...

Se quedó muy quieta, esperando... Luego, muy despacio, empezó a bajarse de la cama.

Se asomó por la ventana sin abrirla. Al otro lado del cristal regado por la lluvia no se veía nada. Nada... salvo la barrera de edificios que tenía enfrente, desdibujados por una densa cortina de lluvia. Abajo, las luces de las farolas apenas iluminaban la avenida desierta... Madrid dormía.

Se giró y le dio la espalda al mal tiempo. Iba a volverse a la cama, pero... estaba segura de haber oído el llanto, y después ese grito... ¿Qué era lo que había visto caer? ¿Habría alguien en la azotea? Alguien que sufría... ¿Y si...

Entonces una horrible idea se abrió paso en su cabeza. Recordó esos espantosos suicidios de los que hablaban todas las cadenas, uno en la M30, otro en Lavapiés... ¿Y si alguien se había suicidado en su azotea? ¿Y si se había arrojado al vacío...?

Un nuevo alarido sacudió su habitación. Sheila se sobresaltó. Luego todo quedó en silencio.

Tenía que ir a ver. Si no lo hacía, y aparecía otro chico joven muerto... Decidida a comprobarlo, se puso por encima un impermeable, se calzó, y salió del dormitorio.

La casa estaba sumida en una apacible quietud. Sus padres dormían al fondo del pasillo, y su hermana menor, Lucía, lo hacía en la habitación contigua; tenía la puerta entornada y la luz de la lamparita encendida. Con siete años, aún le daba miedo la oscuridad.

Sheila pasó de largo y buscó sus llaves en el platillo que había en el mueble de la entrada. Luego, como un gato sigiloso, se escurrió fuera del piso y cerró la puerta, sin hacer el menor ruido.

El rellano de la escalera estaba oscuro y silencioso, pero claro, eran las cuatro de la madrugada... Desde aquella planta se subía directamente a la azotea.

Sheila encendió la luz y empezó a subir... Enseguida vio la puerta de acceso al exterior. Se detuvo un instante... escuchando.

«Qué raro...»

Ya no se oía el viento ni la lluvia.

Entonces sintió algo. Como si alguna cosa se arrastrara por la fachada, en el exterior, un siseo, un crepitar leñoso... Y... ¿a qué olía? El aire se impregnó de un sutil aroma a hierba recién cortada, a fresas, a jazmín...

Sheila tuvo miedo, un miedo irracional. Sin embargo, se obligó a

continuar adelante. Sacó la llave de la puerta y la metió en la cerradura. Le costó abrirla, parecía atascada. Giró la manilla y tiró... una, dos, tres veces... hasta que al fin cedió. Al abrirla, un espectáculo sobrecogedor apareció ante sus ojos.

La azotea, un amplio espacio cuadrado delimitado por una barandilla de seguridad, con un suelo de cemento gris, era ahora un vergel, tan exuberante, que las plantas habían atascado la puerta. Una hierba alta y frondosa crecía hasta el mismo acceso donde estaba ella, y un bosque de altos robles y fresnos lo llenaba todo. Imposible...

Sheila dudó. ¿Estaba soñando? Sabía que no... Era lo mismo que lo de la M30... Se aventuró a salir. Sus pies se hundieron en la mullida hierba. Ahora comprendía por qué ya no se escuchaba el viento y la lluvia. Allí no llovía... En cambio... más allá de los límites de su edificio, incluso más allá de los edificios colindantes... sí que lo hacía, y con fuerza. ¿Cómo era posible algo así? Miró alrededor. Grandes plantas trepadoras se descolgaban por encima de la barandilla de la azotea y se agarraban a la fachada, firmemente enraizadas. El aroma a hierba y a fresas provenía de aquel lugar, de las flores que crecían entre la hierba.

Algo se agitó a su derecha, y Sheila se giró asustada. Un pájaro enorme se elevó en el aire, agitando sus grandes alas. ¿Un águila? La vio levantar el vuelo e internarse entre las ramas de los árboles circundantes. Si hubiera surgido un lobo no se habría sorprendido más.

Recordó los aullidos. Aún tenía que averiguar si había alguien allí.

Se atrevió a dar algunos pasos a través de aquel inusitado espacio natural surgido de la nada... Otro más... lo que significaba...

—Oh Dios, no lo permitas, por favor, no...

¿Cómo se llamaba? El último suicida... Jacobo Balaguer, un chico muy joven. Había levantado un gran revuelo mediático, por ser el único hijo de un afamado abogado de Madrid.

Caminó despacio, con pasos cortos. Recorrió la azotea en toda su extensión, a través de un bosque de cuento. Estaba en medio de los árboles, con sus frondosas ramas agitándose levemente por encima de su cabeza, y le parecía que había viajado en el tiempo y el espacio hasta algún parque natural del norte. La naturaleza bullía llena de vida. Oyó el gorgoteo alegre de un riachuelo. Se volvió al instante, tratando de orientarse y encontrar su origen. Allí, no muy lejos, una corriente de agua discurría alegremente, saltando entre algunas rocas de blanca pureza. Nacía de un pequeño promontorio, brotando del mismo suelo, algo inexplicable, y después discurría sinuosa entre los árboles. Al alcanzar el límite de la azotea, se precipitaba hacia el vacío, formando una cascada...

Sheila abrió la boca. ¿Era eso posible?

Corrió para asomarse y contemplar cómo el arroyo vertía su caudal hacia la calle... Descubrió entonces que allá abajo, la avenida estaba también tomada por la naturaleza, de hecho, había sido enteramente cubierta por la vegetación. Los edificios de enfrente eran también torres de verdor... Una manada de ciervos, que al parecer había estado oculta bajo los árboles, corrió por la que había sido la ancha calle que llevaba hasta su casa.

Sheila retrocedió, incapaz de creer lo que le mostraban sus ojos.

Aquello no tenía explicación, ni sentido alguno... Se volvió y cruzó el riachuelo. Sus pies chapotearon en la cristalina corriente de agua.

Y entonces lo vio.

Colgaba desnudo, de forma precaria, de una gran rama que se asomaba al vacío desde el mismo borde la azotea. Su cuerpo se balanceaba a más de ciento noventa metros de altitud. Era un chico joven... Se había ahorcado.

Sheila chilló. Corrió para tratar de bajarlo, pero no podía alcanzarlo sin arriesgarse a caer por encima de la barandilla. Además, al acercarse, descubrió que tenía el abdomen abierto en canal, y que sus vísceras colgaban de él como una larga masa sangrienta, a punto de desprenderse de su cuerpo. Se detuvo en seco. Un alarido se formó en su garganta, se endureció y se enquistó, ahogando su voz antes de que brotara.

Tenía que hacer algo...

«Sheila, haz algo, haz algo... Sheila...»

Tardó un rato en recuperar el control sobre sus emociones. Todo era demasiado irreal, demasiado sobrecogedor... Cogió el teléfono móvil y marcó el número de emergencias. Le temblaba la mano con violencia. Se giró para no ver el cadáver bajo el árbol.

Sandoval se encontraba con Dávila en el apartamento de la camarera de la discoteca «*Kapital*», donde había estado Lucas Huarte con su amigo el día que empezó a mostrar síntomas de estar bajo los efectos de algún estupefaciente. Al fin la habían localizado. Se llamaba Ivanna, tenía diecinueve años, y estaba asustada y descompuesta.

Sandoval llevaba el peso del interrogatorio, mientras Dávila observaba las reacciones de la sospechosa y tomaba notas. Llevaban allí media hora, y no avanzaban. Ivanna les atendía con los ojos vidriosos. La habían hecho levantarse. Por lo que les había contado, acababa de acostarse después de su último turno, y apenas había dormido una hora. Trataba de comprender lo que Sandoval le decía. El largo cabello rubio caía revuelto alrededor de un rostro aniñado. Era muy atractiva, de tez morena y grandes ojos azules. Sus manos, muy cuidadas, revoloteaban nerviosas sobre las rodillas desnudas.

—...pero no recuerdo a ese chico —aseguraba una y otra vez—...
¿Cómo voy a recordar a todos los chicos que tontean conmigo? ¿Sabes a cuántos atiendo en una noche?

—Pero sabes de quién te hablo —insistió Sandoval con calma.

—No, no le conozco... Aunque lo he visto en las noticias.

Sandoval le alargó de nuevo la fotografía de Lucas Huarte.

—Ya la he mirado, y sigo sin recordarle...

—Ivanna, es importante que nos ayudes, haz un esfuerzo... No fue hace tanto tiempo, y su amigo asegura que te fuiste con él al reservado. ¿Es algo que sueles hacer?

—No... ¡No! Claro que no. Nunca hago eso. Su amigo tiene que haberse confundido.

—Está muy seguro de lo que vio. Te ha identificado.

—Pero seguramente habría bebido algo...

—Te recuerda muy bien, Ivanna. Dice que estuviste tonteando con Lucas y que te acompañó al reservado. Después Lucas regresó, aparentemente drogado, y tú desapareciste.

Ivanna abrió mucho los ojos. Estaba desconcertada, y Sandoval, experto en desentrañar las luces y las sombras de las personas, se convenció de que estaba siendo sincera. Ivanna Ríos era una chica común y corriente que se mataba a trabajar porque odiaba estudiar y quería ser independiente.

—¿Por qué has estado tantos días ausente? Nos ha costado encontrarte, ¿dónde te has metido?

—No... No lo sé...

Dávila lanzó a Sandoval una mirada significativa. No podía tratarse de una coincidencia.

—¿Cuánto tiempo llevas así?

—¿Así cómo...?

—Olvidando lo que haces. Dices que no recuerdas aquella noche, pero tampoco recuerdas dónde has estado, ¿cuándo has empezado a olvidar?

Ivanna arqueó las cejas, como si acabara de caer en la cuenta de que sí, llevaba un tiempo olvidando muchas cosas.

—...llevo una vida tan desordenada... Trabajar de noche tiene sus consecuencias, ¿sabes? Muchas horas de curro, pocas horas de sueño. Nunca sé en qué día vivo, qué hora es, verano, invierno... Me cuesta poner orden en mi cabeza, y apenas tengo vida social... Esto es una mierda, la verdad — murmuró, más para sí que para los dos agentes.

—Pero últimamente es peor, ¿verdad? ¿Desde cuándo?

Ivanna hizo un esfuerzo. Fruncía el ceño y se mordisqueaba el labio inferior mientras retrocedía en el tiempo buceando en su memoria. Era bastante tiempo. Al final meneó la cabeza, incapaz de darles una respuesta.

—Ivanna, ¿consumes drogas? ¿Bebes?

—No... Bueno, de vez en cuando me he fumado algún porro, pero es algo esporádico... No me gusta ese rollo, paso...

—¿Estarías dispuesta a hacerte una analítica?

—¿Qué? ¿Por qué...?

—Porque creemos que alguien ha estado jugando contigo —aseguró Sandoval.

—¿Quién iba a...?

—¿Has oído hablar del «*burundanga*»?

Ivanna se puso pálida. Claro que había oído hablar. Las chicas estaban muy inquietas con ese tema. Se guardaban las espaldas las unas a las otras cuando salían por la noche, temerosas de que alguien se lo pusiera en la bebida.

—...estoy segura de que a mí no me lo han hecho...

—Ninguna víctima de «*burundanga*» se siente capaz de asegurar algo así. De todos modos estamos hablando de algo un tanto distinto, Ivanna. Vístete. Te vienes con nosotros, será rápido y así sabremos a qué atenernos.

—Pero, ¿qué pasa? ¿De qué va esto?

—Va de que creemos que has estado expuesta a una sustancia muy peligrosa, la misma con la que seguramente ha estado en contacto Lucas Huarte y las otras víctimas desaparecidas en Madrid antes de suicidarse. Vístete, nos acompañas.

Ivanna se levantó, ahora muy nerviosa, y desapareció tras la puerta que conducía a su dormitorio. Sandoval se quedó mirando el lugar que había estado ocupando en el sofá, preguntándose si Ivanna se hubiera convertido en una desaparecida más si no la hubieran estado buscando. Fue entonces cuando su teléfono vibró. Una llamada entraba procedente de la central.

—Aquí Sandoval...

Una impersonal voz femenina le notificó que una persona había llamado a emergencias. Había encontrado a un chico ahorcado en la azotea de un edificio. Unas cuantas preguntas le bastaron para colegir que, con toda probabilidad, se trataba de Lucas Huarte.

Sandoval puso a Dávila al corriente.

En una hora habían avisado al equipo y habían puesto en marcha el

dispositivo para afrontar el nuevo suicidio. Quejada estaba de camino, así que aprovecharían para que fuese él mismo quien se hiciera cargo de obtener una muestra de sangre a Ivanna Ríos. La metieron en la parte de atrás del coche patrulla, y enfilaron hacia San Sebastián de los Reyes mientras Dávila marcaba el número del forense. Tardaron bastante en llegar al lugar de los hechos, en primer lugar, porque la torre donde vivía la persona que había llamado a emergencias, Sheila Duval, estaba en la otra punta de la ciudad, y en segundo lugar, porque el acceso a la que había sido una ancha avenida, era ahora impracticable.

Los coches patrulla se vieron obligados a sortear árboles de gran envergadura. La altura de la vegetación, que crecía salvaje sobre las aceras, frenaba su avance. Finalmente tuvieron que abandonar los vehículos y avanzar a pie, apartando con las manos las ramas más bajas de los robles. Se abrieron paso a través de un muro de matas y arbustos que alcanzaban un metro de altura. Todo estaba en silencio, salvo por el canto de los pájaros y los grillos. Los coches aparcados estaban sepultados, las farolas habían sido colonizadas por tupidas enredaderas e incluso el portal que daba acceso al edificio donde había sido hallada la nueva víctima, había sido invadido por aquella fuerza natural.

Los agentes vieron conejos salir huyendo entre la hierba, y tuvieron que apartarse cuando un grupo de ciervos salió en estampida, asustado por las luces de sus linternas.

El panorama no mejoró al alcanzar la azotea.

—...es él, Hugo Esteban —confirmó Sandoval en cuanto llegaron junto al cadáver.

Era fácil reconocerle.

Sheila Duval había tenido que ser atendida por un psicólogo. Aun así, Peralta y Castillo se dispusieron a interrogarla. Sabían que no aportaría nada de relevancia al caso, pero el protocolo exigía cerrar todas las vías, y Sheila era una de ellas.

El inspector se situó junto a Dávila, al pie del árbol del que colgaba el joven Huarte. Una suave brisa balanceaba su cuerpo desnudo. El árbol del que se había colgado era un vetusto roble con un portentoso tronco de más de un metro de diámetro y cuatro grandes ramas robustas y frondosas. Aún no lo habían descolgado porque iban a necesitar ayuda para hacerlo y porque no querían desvirtuar la escena hasta que llegara el forense y la científica hubiera terminado su minuciosa labor.

Sandoval se aproximó un poco a la barandilla de la azotea y se asomó por encima, apoyándose con las manos en las matas que la cubrían. Sufría algo de vértigo. Al mirar hacia abajo, le pareció que la distancia hasta el bosque que llenaba la avenida aumentaba. Estaban a unos ciento noventa metros de altitud. Desde allí era visible la cascada que caía vertiginosamente por la fachada. Los edificios colindantes eran también torres de exuberante verdor. Una bandada de palomas blancas echó a volar desde una de las ventanas de los pisos inferiores y se perdió entre los árboles de la calle. Era como contemplar un antiguo bosque europeo, como los que aún cubren el viejo continente, antes de que el hombre pisara la tierra...

Madrid se estaba convirtiendo en un caos. Aquellas manifestaciones de la naturaleza aparecían de la nada y no había manera de atajarlas, es más, crecían, se estaban extendiendo... La colina en la M30 se erguía ahora sobre una extensión verde que amenazaba con tragarse la autovía, pese a los esfuerzos denodados de los operarios; la plaza de Lavapiés era ahora el centro

de un extenso bosque que cubría ya buena parte del conocido barrio madrileño, la vegetación que había inundado el piso de Daniel Stoian crecía imparable por todo el edificio, y ahora aquella nueva explosión...

Y un quinto cadáver. La pauta se repetía.

Dávila estaba obteniendo fotografías del cuerpo. La científica también lo estaba haciendo, pero él siempre sacaba unas cuantas más. Pensaba en Stoian mientras lo hacía. Al fotografiar el lado derecho de la víctima, descubrió algo que le hizo bajar la cámara, muy pálido. El inspector Sandoval observó aquel cambio en su fisonomía, y se acercó para ver qué se lo había provocado...

Allí, en el lateral del muslo derecho, Lucas Huarte se había tatuado, de manera grotesca y burda, una sola palabra: «*STOIAN*».

—Quiero que la llames —le ordenó Sandoval al instante, tan demudado como él—. ¡Ya!

Dávila tardó en reaccionar. Dejó lo que estaba haciendo, y se quedó mirándole.

—¿Significa esto... que ella es la siguiente? —murmuró.

—¿Tú no lo crees así? Joder, llámala, ¡ya! Y comprueba que esté bien, vamos date prisa, Dávila...

Quejada llegó en aquel preciso momento. Se cruzó con Dávila, pero éste apenas hizo una mueca a modo de saludo. Su expresión lo decía todo.

El forense no dejó de percibir la tensión que dominaba su semblante, aunque supuso que era una lógica impotencia lo que le atosigaba, debida al hecho de que hubiese aparecido una nueva víctima. A él también le costaba creer lo que estaba sucediendo, era imposible acostumbrarse a algo así. En cuanto estuvo junto al cuerpo y vio su vientre abierto en canal y las vísceras colgando, cambió su cara de asombro por otra de hastío y desolación.

—No sé qué esperaba —murmuró.

—Lo que todos —murmuró Sandoval—, encontrarle antes de que pasara esto.

Le señaló las macabras letras mordiendo la carne del chico, y Quejada compuso una «o» de asombro con los labios. Ahora comprendía el gesto de Dávila al pasar delante de él. No era de impotencia, sino de estupor.

—¿Stoian?

—Es la siguiente —rugió Sandoval—... Si se lo permitimos, cosa que no va a pasar.

El forense meneó la cabeza.

—He visto a Peralta con una chica, ¿es la que ha llamado a emergencias?

—Sí, Sheila Duval, ella le ha encontrado. Está bastante conmocionada, pero su relato es muy lúcido, no creo que cambie mucho aunque la interroguemos más adelante.

—¿Qué ha dicho?

—Estaba desvelada, ha oído algo, lamentos, dos gritos... y ha subido a ver. Se ha encontrado todo esto, y luego al chico, tal cual está. Poco más.

Quejada estudió el cuerpo. Como los anteriores cadáveres, mostraba una piel lívida, muy blanca, como de porcelana, sin manchas ni moraduras. La boca estaba abierta y la lengua se veía negra, los ojos vidriosos miraban hacia la nada... En la muñeca, una vez más, aparecía aquella mancha rosácea.

—Le gustará saber que tengo una teoría respecto a la mancha. Creo saber qué es —anunció girando alrededor de la muñeca para observarla mejor.

—¿Y qué es?

—Ha de ser una reacción de la piel al contacto con la sustancia que estamos estudiando.

Sandoval arqueó las cejas.

—Está diciendo que les suministra esa droga por contacto.

—Excepto en el caso de Jacobo Balaguer. Él la tomó directamente de la ampolla. Puede ser que el sujeto estreche la mano a sus víctimas, y en ese momento ponga su dedo en la cara interna de la muñeca, así —le cogió la mano al inspector tal y como explicaba, y puso el dedo índice en su muñeca —... Supongo que untará su dedo con esa sustancia y al darles la mano...

—...llevará un guante para no entrar en contacto también con la sustancia. ¿Ha estado con la testigo?

—Ivanna, sí. Uno de los técnicos le está sacando muestras de sangre. ¿Cree que también ha estado en contacto con esa sustancia?

—Estoy seguro. Pídale a su operario que busque una mancha como la de Huarte en su muñeca.

—Es lo primero que ha hecho, no tiene nada.

Sandoval estuvo recapacitando un instante.

—¿Por qué no explorar su cuerpo? Puede que la tenga en algún lugar

menos visible...

—¿Y por qué iba a cambiar esa pauta? —se extrañó Quejada.

Sandoval se encogió de hombros.

—No lo sé, pero quiero cerciorarme. Dígale que la examine a fondo.

Dávila regresaba en aquel momento, con cara de pocos amigos.

—Stoian no me coge el teléfono.

—¿Has hablado con Uribe y Revilla? —se refería a los dos agentes encargados de protegerla.

—Aseguran que Stoian no se ha movido de su casa. Está con su amiga, Ruby Quintana, pero no contesta. Debería acercarme hasta Malasaña, podría ir con Castillo.

Sandoval lo pensó.

—Tal y como están las cosas tardaríais demasiado. No, maldita sea, avisa a Uribe y Revilla, que lo comprueben ellos. Diles que suban a hablar con ella y que la pongan al tanto de todo. Que no salga de su casa bajo ningún concepto, si no la acompañan ellos. Los quiero pegados a su culo,

máxima seguridad.

Capítulo 36



Después de su discusión con Dávila, Cris rumiaba sus secretos, cada vez más ofuscada, más y más insegura respecto a lo que iba hacer o no. Era consciente de que le debía su lealtad a la unidad, de la que formaba parte, lo recordara o no. Sin embargo, también albergaba esa certeza, de origen desconocido, que le decía que era más importante aún preservar lo que sabía y que actuara por su cuenta.

No podía justificarse a sí misma.

Había subido a casa de Ruby un momento, con la intención de comprobar si seguía dormida. La había encontrado en su cama, tan inconsciente como antes. Estuvo en el umbral de su dormitorio un par de minutos, evaluando si obligarla a despertar o dejarla dormir... No le gustaba verla así, odiaba que estuviera fuera de órbita, tan frágil y vulnerable... Al fin optó por dejarla descansar. Si al día siguiente no experimentaba ningún cambio, llamaría a emergencias.

Max saltó de la cama y se reunió con ella gimoteando.

—Hola chico... Necesito una ducha y cambiarme de ropa, ¿te vienes?

Acababa de decidir hacer una visita rápida a su apartamento. La

ayudaría a despejarse y de ese modo, a su regreso, tal vez Ruby al fin hubiese vuelto en sí.

Se marchó enseguida, no sin antes escribir una nota para ella. La puso en la mesilla, por si se recuperaba antes de que hubiera regresado. Había escrito unas breves líneas, en las que le pedía que no saliera, y que la esperara... Un mensaje muy parecido al que Daniel le había dejado a ella en el bungalow.

Se llevó a Max consigo. Si se daba prisa, estaría de vuelta en algo más de media hora. Era una ventaja vivir tan cerca la una de la otra, por eso cuando salió la oportunidad de alquilar un piso en Malasaña, Ruby no había dudado en quedárselo. Y no se habían arrepentido.

Una vez en su propia casa, se fue directa a la cocina, sin asomarse a su dormitorio. No había hecho la cama, y sin duda las sábanas revueltas le recordarían demasiado a Durango. Ocultó una media sonrisa, y se ocupó en preparar una tila. La necesitaba. Estaba nerviosa, muy nerviosa.

Se sentó en uno de los taburetes junto a la barra, y Max se tumbó. Como de costumbre, Cris se descalzó y puso los pies desnudos sobre su cálido lomo. Ya era como un juego entre los dos. A ambos les gustaba. La suavidad del pelaje y la respiración acompasada de Max contribuyeron a rebajar su tensión mucho antes que la tila.

—¿Tú qué harías? —le preguntó. Max alzó su pesada cabeza y la observó con aquellos ojos dorados que tanto le recordaban al fotógrafo. Cris se bajó del taburete, se agachó, agarró el suave pelaje que cubría su cuello... Lo masajeó, mientras apoyaba la frente contras su enorme cabeza, con los ojos cerrados—. ¿Qué crees que haría Daniel?

El perro gimió al oír el nombre de su dueño, y le lamió las mejillas con fruición.

—Ey, está bien... Yo también le echo de menos, ¿sabes?

Cris notó que las lágrimas brotaban, como cada vez que sentía que le faltaba su hermano. Se las secó con rabia y suspiró.

Era hora de ducharse, se estaba entreteniendo demasiado...

Fue entonces cuando se fijó en la alegría guineana. Recordaba bien que aquella misma mañana la había encontrado mustia, lacia, apenas con un suspiro de vida. Le había echado medio vaso de agua, sólo como una broma, porque en realidad sabía que no tenía remedio, y sin embargo ahora...

«¿Qué coño...»

Se acercó, incrédula. La planta se erguía, fuerte, hermosa, llena de vida, ¡incluso había florecido! Se aproximó más y alargó los dedos para acariciar sus delicadas hojas, verdes, turgentes... Oisqueó las espléndidas flores de color carmesí... ¿Habían desprendido alguna vez un aroma así? ¿Olían así las alegrías?

«Imposible...»

Pero allí estaba. ¿Qué la había hecho resucitar? ¿El agua? No, el agua, por sí sola, en una planta moribunda, no hubiera obrado semejante milagro... Una idea se abrió paso en su mente de forma poderosa. ¿Qué otra cosa había empapado la tierra del tiesto, aparte del agua?

«*Mi saliva...*»

Cris se quedó estupefacta, pensando, dándole vueltas a algo que «*a priori*» parecía descabellado, pero que fue cobrando fuerza en su mente. Algo que, de ser cierto... Tenía que comprobarlo, pero, ¿cómo?

«*Joder, debo de estar loca...*»

Decidida a descubrir la verdad de su nueva teoría, abrió el armario que tenía a su espalda, donde guardaba las conservas. Alcanzó un tarro donde solía guardar lentejas crudas. Lo abrió, cogió unas pocas, y las puso en el tiesto de la alegría. Sólo para reforzar su teoría, escupió un poco de saliva, humedeciendo la tierra en el punto donde acababa de plantar las lentejas.

Aguardó, expectante, mientras se imaginaba a sí misma como una lunática que espera algo inconcebible. Definitivamente, se estaba volviendo loca...

¿O no?

Porque... ¿cómo explicar que poco a poco... emergieran cuatro brotes tiernos, desperezándose a cámara lenta ante sus perplejos ojos? No podía creerlo, pero así era. Las cuatro lentejas habían germinado casi de inmediato, y crecían con rapidez, desplegando sus nuevas hojas a medida que reptaban colgando por encima del tiesto.

A Cris se le aceleró el pulso. Su saliva, su saliva hacía eso... No, su saliva no... La sustancia que aún estaba presente en su organismo. Tenía que ser eso. Acababa de descubrir por qué aparecían esos extraordinarios fenómenos naturales allí donde encontraban el cuerpo de una nueva víctima... La colina de la M30, el bosque de Lavapiés, el claro en la sierra... habían brotado cuando la sangre y los fluidos contaminados de las víctimas entraban en contacto con la tierra.

De pronto se arrepintió de haber reanimado la alegría, peor aún, de haber escupido directamente sobre las lentejas. ¿Y si su casa acababa invadida por la vegetación? Como el piso de Daniel... Se echó atrás, pero la alegría no había aumentado mucho de tamaño, y las lentejas, que habían alcanzado ya los cuarenta centímetros de largo, rizadas y llenas de brotes, parecían haberse estabilizado.

Cris esperó. Tal vez en ella el efecto había menguado a causa del tratamiento; casi había expulsado por completo la sustancia, mientras que su hermano, o cualquiera de las otras víctimas, la tenían en su estado original, con toda su potencia...

Intentó encontrarle sentido a aquello, pero se le escapaba. Le resultaba imposible encontrar respuestas. Sandoval le había explicado que quien inducía los suicidios utilizaba algo parecido a la «escopolamina», además de ese otro componente... lo que fuera. ¿De dónde lo había sacado? ¿Era consciente de lo que provocaba en la naturaleza? Estuvo barajando

distintas posibilidades, pero no se le ocurría ninguna con sentido. Se le escapaba lo que implicaba semejante descubrimiento. Probablemente los técnicos del CIB acabaran por llegar a la misma conclusión a la que había llegado ella por accidente.

¿Sabrían ellos qué hacer con semejante información?

Una angustia inenarrable agarrotó su garganta. Se le acumulaban las emociones, era demasiado, todo aquello era demasiado...

En un impulso irrefrenable se fue hasta el dormitorio, directa al armario ropero, y lo abrió de par en par. Allí estaba. Entre su ropa había una vieja cazadora de piel marrón. Había pertenecido a Daniel, por eso la conservaba. Rescató de uno de los bolsillos una fotografía. Dos chiquillos sonrientes posaban abrazados en un día de verano. Daniel y ella, con siete y cinco años de edad, frente a la vieja casa familiar, allá en Rumanía... Se la había sacado su padre tanto tiempo atrás... Cris sollozó, cogió la manga de la chaqueta y enterró la nariz en ella, aspirando aquel olor que tanto añoraba. Aún conservaba la esencia de su hermano, aunque como una fragancia sutil casi imperceptible... Pronto no quedaría en esa prenda de ropa nada de él.

De pronto algo cayó al suelo con un sonido seco y breve. Quiso ver qué era, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas... Tuvo que limpiarse con la manga de su camiseta para poder distinguir con mayor claridad lo que tenía a sus pies.

Su placa. Era la placa de inspectora de la policía nacional, con su número de identificación... No tenía ni idea de que la tenía en casa. Se agachó para recogerla y pasó el pulgar sobre la superficie. Era probable que jamás volviera a recuperar la memoria, pero al ver aquella identificación se

sintió unida a ella. Era una certeza la que latía en sus venas al sostenerla. Acabó sentada en el suelo, con la placa en la mano. Curiosamente, mientras la acariciaba tratando de recuperar algún vestigio enterrado en su subconsciente, pensó en Dávila, y en su mente cobró un peso que hasta entonces no le había otorgado. Alejandro Dávila, su compañero, su amigo... Comprendió mejor la complicidad que existía entre los dos, la añoranza que percibía en sus ojos cada vez que sus miradas se encontraban, o por qué la protegía siempre que podía... Habían sido uña y carne desde el día en que ingresó en la unidad. ¿Cómo lo sabía? No lo recordaba, pero era así, había sido así, estaba convencida.

Max apareció a su lado y le olisqueó el pelo con la nariz, húmeda y fría.

—Dame un respiro... —sonrió Cris.

Aún estaba sentada en el suelo, con las puertas del armario abiertas de par en par. Trataba de poner orden, hacer espacio en su mente para que el pasado ocupara el lugar que le correspondía... sin éxito. Miró el reloj. Era muy tarde, más de las ocho. ¿Y Ruby? Ni siquiera se había duchado y el tiempo pasaba veloz.

Se levantó de un salto y se aseó con rapidez. Se cambió de ropa. Cuando se miró al espejo que colgaba de la pared del cuarto, aprobó su aspecto, más relajado y descansado. Se recogió el pelo en una coleta y se obligó a sonreír.

—...venga Cris, por Daniel.

Cogió la cazadora de su hermano del armario y se la puso, arrebujiándose en ella. Sería como llevarle consigo. En realidad, le había robado aquella chaqueta tantas veces... Enseguida abandonó el apartamento, con Max pisándole los talones.

La calle estaba tranquila. Un poco más abajo, dos agentes continuaban custodiándola desde su coche patrulla. Eran nuevos, debían de estar turnándose. Les saludó con la mano y sonrió con familiaridad al pasar a su lado. Se estaba acostumbrando a tenerles cerca, aunque no les conociera. Tal vez en la próxima oportunidad les acercara un café.

Cuando llegó al piso de Ruby se llevó una sorpresa. La encontró levantada, plantada en el recibidor, delante del aparador, con el auricular del teléfono fijo en la mano. Estaba pálida. En cuanto la vio entrar colgó, como si la hubiera pillado cometiendo una fechoría. Dudó, y dio unos pasos vacilantes hacia atrás. Le temblaban las manos.

—¿A quién llamabas? —preguntó Cris con suavidad. Cerró la puerta a su espalda, y Max corrió a saludar a Ruby, contento de que estuviera levantada.

—A nadie... Bueno, ya no, te iba a llamar a ti, pero justo has entrado por la puerta... Ay Cris, ¡gracias por venir! Cuando me he despertado y he visto tu nota...

Al fin reaccionó, se arrancó de donde estaba y se acercó hasta ella. Estaba descalza. La abrazó con verdadera necesidad, como si hubiera temido perderla. A Cris le extrañó su comportamiento, pero después de como la había encontrado Durango... La recibió con cariñosa ternura, muy contenta de volver a verla en pie. Al estrecharla, notó que temblaba. Aquella no era la

Ruby que ella conocía, fuerte y vital.

—¿Es la chaqueta de Daniel? —la había reconocido.

—Sí...

Cris se encogió de hombros, y Ruby le dedicó una sonrisa.

—¿Dónde has estado? —murmuró después—. Cabrona, has tardado...

Ésa ya era más su amiga de siempre.

—¿Llevas mucho despierta?

—No sé, no... Supongo que se me ha hecho largo... Me duele tanto la cabeza...

Cris acarició su melena enredada y apartó algunos rizos de su rostro. Se miró en sus ojos azules, normalmente vívidos y directos, ahora vidriosos y cargados, hinchados, como si hubiese estado llorando.

—...me he entretenido, lo siento. He venido en cuanto he podido.

—Qué habrás estado haciendo... —sonrió Ruby, a medias.

—He venido antes, pero me he vuelto a marchar, quería cambiarme... Además, esta tarde me ha llamado Sandoval. He estado en la central.

—¿Y eso?

—Me han dado los resultados de mis pruebas.

Ruby se estremeció. Frunció el ceño y esquivó su mirada.

—¿Qué te han dicho...? —había cautela en su voz.

—Estoy bien, eso creen. Al parecer mi hermano me libró de un final de mierda cuando me encontró. Parece que lo que llevo en la sangre, sea lo que sea —Cris omitió lo que había descubierto en su casa, su experimento con las lentejas—... sólo provoca la desintegración del cuerpo cuando mueres, pero no te mata. Con el tiempo mi organismo eliminará esa sustancia...

—¿Así que estarás bien?

—Ajá...

Se mordió el labio y se calló. A tiempo, porque contarle a Ruby todo

lo que ahora sabía de pronto no le parecía conveniente. Decidió proteger a su amiga por el momento, evitándole información dolorosa y más que inquietante. No quería sobrecargarla, al menos no ahora que estaba tan descompuesta. Ya habría tiempo para explicaciones.

—¿Estás mejor? —quiso saber.

La guió con cariño hacia el salón y la obligó a sentarse. Enseguida se colocó junto a ella y compuso su mejor sonrisa, una despreocupada, que indujera a charlar, que dejara entrever que seguía siendo una amiga, alguien en quien confiar.

—No lo sé —se quejó Ruby. Y por un momento volvió a ser ella—. ¿Tienes un martillo?

—¿Para qué?

—Joder... Para quitarme esta puta jaqueca de un porrazo...

Se rieron las dos, aunque enseguida Ruby se recostó y se llevó las manos a la cabeza, oprimiéndola con cuidado.

—Duele...

—¿Se puede saber qué has estado haciendo? Llevas desde ayer fuera de juego, me tenías asustada.

Ruby cerró los ojos, ahora más seria. Se notaba que estaba haciendo un ejercicio de reflexión. Buceaba en su mente abotargada.

—No lo sé —concluyó después de un rato. Max se subió al sofá de un salto y se tumbó junto a ella, con la cabeza apoyada en sus largas piernas—. . . No, no tengo ni idea. . .

Una densa nebulosa llenaba su mente de sombras y confusión. Estaba siendo sincera. ¿Qué había estado haciendo? Recordaba haber contestado una llamada. . . o lo había soñado? Sacudió la cabeza con una amarga sensación en la boca del estómago. No le gustaban las emociones que albergaba en su interior, como un mal poso que envenenaba su humor normalmente jovial.

Cris esperaba que dijera algo más.

—Te encontró Durango —le explicó—. . . Vino a buscarme a mí, y se topó contigo en la calle, deambulando como una drogata. Ni siquiera le reconociste, Ruby.

Había severidad en su última frase. No lo había pretendido, pero estaba tan preocupada que no había sido capaz de evitar que un natural enfado impregnara su tono.

—No me meto nada, si es a eso a lo que te refieres.

—Ruby, aunque no recuerde muchas cosas... sé distinguir cuándo alguien va puesto hasta las cejas. Llevas desde ayer fuera de órbita, tirada en tu cama como una zombi... Tus pupilas están dilatadas, ¿de verdad no recuerdas nada?

—Mierda, Cris... Dame un respiro, ¿vale?

—¿Y si llega a ser algún desgraciado el que te encontró? —continuó Cris—. ¿Sabes lo que podía haberte pasado?

—Ya lo sé —se lamentó la joven—... Ya lo sé... No me sermonees, ¿vale?

—Tú no eres así, no lo eras...

—No lo soy —se defendió Ruby—... Es sólo que no recuerdo nada... ¿Puedo confesarte algo? —preguntó con voz cansada—. No es la primera vez... No es que lo sepa a ciencia cierta, pero estoy convencida de que esto me ha pasado más veces, y no sé qué es... La verdad, me asusta, me asusta mucho...

—Mierda... ¿Cuántas veces?

—No sé decir, unas cuantas... ¿Recuerdas las «*malas compañías*»? Juraría que tiene que ver con eso, recuerdo que me llaman por teléfono, y después... Después no sé más, siempre me despierto en mi habitación, desorientada, con este horrible dolor de cabeza, y no recuerdo nada...

A Cris se le fue el color de la cara. Aquello se parecía decía demasiado al efecto ocasionado por la «*burundanga*». Se quedó helada mirando a su amiga.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

Cris alargó la mano sin decir nada, y acarició su rostro...

—¿Cris?

—Perdona... Perdona, es que...

—Suenan chungo, ¿verdad?

—No me gusta nada... Creo que deberías hacerle una visita al médico, y venirte conmigo a casa, no quiero que te tengan localizada. ¿Siempre te llaman al hijo?

—Creo que sí, pero no sabría decirlo...

—...y vas a poner una denuncia —Cris se resistía a creer que aquello tuviera que ver con el caso que investigaban en su unidad. No encajaba. Si Ruby era una víctima más, como ella misma, ya debería haber desaparecido, y sin embargo estaba sana y salva, aunque no recordara nada. En cualquier

caso, algún degenerado se estaba aprovechando de ella—... Ven aquí...

La abrazó de nuevo, con ademán protector, mientras una oleada de rabia inundaba su corazón.

—¿Te sientes con fuerzas para vestirme?

—¿Ahora?

—Sí... Prefiero que te vengas a mi apartamento. Allí estaremos las dos protegidas, aún tengo a mis perros guardianes día y noche siguiéndome a todas partes —se mofó—. ¿Qué dices?

—...estoy hambrienta... ¿Qué tal si encargamos una pizza? Quiero quitarme de encima este puto mal rollo...

Cris cogió sus manos y las giró, primero la derecha y luego la izquierda, buscando alguna mancha como la que tenía en su muñeca. Pero la piel de Ruby estaba libre de heridas o marcas. Era un alivio comprobarlo.

—...qué haces, no pensarás que esto tiene que ver con lo que está pasando en Madrid...

—...yo que sé, Ruby... —A Cris se le había pasado por la cabeza. Algo le decía que Ruby estaba en peligro. En cualquier caso, no iba a dejar su suerte al azar—. Venga, pizza entonces. Pero te quiero lista a la de ya. ¿Te

ayudo?

—No, no... Me doy una ducha, ¿vale? Un «*ibuprofeno*» y estaré como nueva...

Al cabo de dos horas estaban en el salón del apartamento de Cris, sentadas en el suelo sobre unos cuantos cojines, compartiendo una pizza familiar «*Cuatro Estaciones*», la favorita de Ruby. Max se había colocado entre las dos, y de vez en cuando suplicaba un trozo. Gimoteaba con las orejas gachas y su mejor gesto lastimero. Siempre lograba llevarse algo. Estuvieron charlando y riendo, aparcando intencionadamente la amenaza que se cernía sobre ellas.

En un par de ocasiones Cris llamó a Durango. Se había olvidado de él por un tiempo, pero ahora había regresado a su pensamiento. Esperaba tono tras tono que contestara. Se sentía culpable por no haberle dedicado ni un triste minuto en todo el día.

No tenía mensajes de su parte. Debía de estar haciendo algo importante, porque tampoco contestaba sus llamadas... ¿Estaría espiando a Balaguer? Le había contado que pensaba hacerlo... Eso hizo que perdiera en parte la alegría que había estado compartiendo con Ruby mientras cenaban, porque hurgar en los asuntos de Román Balaguer era arriesgado. Tal vez más de lo que Durango preveía.

—¿No contesta?

—No...

—Ya llamará. Déjale un mensaje —le aconsejó Ruby con una sonrisa pícaro—. O mejor no lo hagas, que sepa quién manda.

Cris sonrió sin convicción y se llevó un buen trozo de pizza a la boca para disimular su preocupación.

—¿Por qué no apagamos los móviles y nos dedicamos por una vez a nosotras mismas? Venga Cris, hace mucho que no estamos tranquilas, y necesito desconectar... Venga, apaga el móvil, ya llamarás a Durango mañana...

Cris vaciló, tentada de hacer caso a su amiga. Hizo bailar su dedo sobre el botón de apagado, jugueteando con la idea de pasar de todo por una noche. Miró a Ruby, vio su sonrisa auténtica. Volvía a ser ella, la persona a la que más había querido siempre después de Daniel, su familia urbana, su hermana, no de sangre, pero sí de corazón.

Y entonces pulsó el botón y apagó el teléfono. Ruby soltó una carcajada alegre al ver cómo lo arrojaba por encima de su hombro, al sofá, donde cayó con un rebote, mudo y oscuro. Ruby hizo lo mismo. Se rieron a carcajadas, y Cris se fue a por una botella de vino. Estaba más que dispuesta a pasarlo bien con su amiga, así reventara el planeta. Lo necesitaban, se lo merecían. Estaba harta de sentir incertidumbre y miedo, estaba cansada de tantas muertes, del misterio que rodeaba su vida desde que despertara en el bungalow en la sierra.

Pensó en Daniel. Ojalá estuviera con ellas, todo sería más divertido, más auténtico... Cogió una botella de vino mientras recordaba su inmensa

sonrisa, sus ojos siempre alegres, su manera de quererla, de estar a su lado, de protegerla... Daniel, su hermano... El dolor de su ausencia se hizo profundo y se enterró en su corazón, allí donde palpitaba su alma.

Capítulo 37



Eran las cinco y media de la madrugada cuando aporrearon la puerta del apartamento. Cris estaba tendida boca arriba en el sofá, durmiendo a pierna suelta, relajada como hacía tiempo no lo estaba. Ruby descansaba en una butaca a su lado, tan profundamente dormida como ella. Había restos de pizza sobre la mesita, copas de vino, y varias cervezas. Habían llevado al extremo su propósito de divertirse y habían estado bailando, bebiendo y riendo hasta caer rendidas, hacía poco menos de media hora.

El único que montaba guardia era Max.

El perro saltó del sofá al instante, y corrió hasta la entrada, gruñendo, ladrando, con el pelaje del lomo erizado, mostrando sus grandes colmillos en señal de advertencia. Se plantó ante la puerta, dispuesto a defenderla frente las personas que escuchaba al otro lado. Olisqueó bajo la puerta, con la nariz pegada al suelo, y cuando los hombres que estaban allí insistieron, tocando el timbre y aporreando la entrada con las manos, se echó atrás de un salto, ladrando de nuevo, en un tono gutural de amenaza más y más estridente, hasta que, al fin, Cris lo oyó.

Le costó centrarse, pero el alboroto que estaba armando Max la obligó a espabilar. Alguien llamaba con frenética insistencia. Los golpes y los timbrazos eran muy molestos. El pobre perro se estaba volviendo loco. Entonces oyó que la llamaban.

—¡Stoian! ¡Abre! ¡Policía!

Aquello la dejó desconcertada. ¿Qué pasaba? Saltó con torpeza del sofá y se fue trastabillando pasillo adelante. Cogió a Max por el collar y le obligó a echarse atrás. Con un gesto de su mano, el perro se calló y se sentó, las orejas erguidas y los ojos fijos en ella. Aún enseñaba los dientes y mantenía el pelaje erizado. Si había alguna amenaza detrás de la puerta, saltaría sin dudar.

Otro timbrazo.

—Joder... ¡Vale!

Abrió la puerta de un tirón. Allí estaban los dos agentes que Sandoval había apostado en su calle para protegerla, Uribe y Revilla. Debía de haberles tocado el turno otra vez.

—Joder Stoian, ¿no sabes contestar el puto teléfono? —saltó Revilla, el más bajo de los dos, el cual, teniendo en cuenta que eran como dos armarios, debía medir más de metro ochenta. Estaba congestionado y sus ojos brillaban indignados. ¿Cuánto tiempo llevaban aporreando la puerta? Cris palideció—. ¿Sabes cuántas veces te hemos llamado?

—Estábamos a punto de echar la puerta abajo —añadió Uribe. Cris vio que incluso habían desenfundado sus pistolas—... ¿No tienes el teléfono conectado o qué? Dávila te ha estado llamando. Nos han enviado para

comprobar que estás bien.

—Pero, ¿qué ha pasado? Joder, son —miró su reloj de pulsera—... ¿las seis de la mañana?

—Explícaselo tú, Uribe, yo voy a dar parte de que todo está en orden —masculló Revilla. Se apartó para hablar por el transmisor.

—Ha ocurrido algo, otra víctima, en la azotea de un edificio.

—Mierda...

Ruby apareció por detrás, despeinada y somnolienta. Al ver a los dos agentes en la puerta abrió sus ojos azules con una muda pregunta en ellos, pero se abstuvo de hacer comentarios.

—Llama a Dávila, enseguida, él te dará los detalles, está esperando. ¡Ah! —añadió mientras se retiraba con su compañero—. Ni se te ocurra salir de casa hasta nueva orden. Si necesitas algo nos llamas. Son órdenes. ¡Y conecta el puto móvil!

Cris abrió la boca para protestar, pero se guardó sus reproches. Comprendió que debía de haber ocurrido algo grave, o no hubieran subido hasta su casa para comprobar que estaba sana y salva. Cerró la puerta y se volvió hacia Ruby.

—¿Qué pasa...?

—No lo sé. Voy a conectar el teléfono y a llamar a Dávila...

—Pero si aún no ha amanecido...

Era cierto. El apartamento estaba sumido aún en la oscuridad nocturna. Cris se fue al salón y encendió la luz de una lámpara. Rescató su móvil, que estaba enterrado entre los cojines del sofá, y lo encendió. Tenía muchas llamadas perdidas, de Dávila, de Revilla... Se estaba asustando. Se sentó, se mesó el cabello, largo y desgreñado, y se quedó un segundo mirando embobada la lista de llamadas perdidas. Ruby se reunió con ella y se sentó a su lado. Pasó una mano por su hombro y la atrajo hacia sí.

—Menudo susto... ¿Quieres un café? A mí me vendría bien...

—¿Lo preparas mientras hablo con mi compañero?

—Claro.

Ruby la besó en la mejilla y se fue a la cocina. Max no se movió, fiel a su dueña. Apoyó su enorme cabeza en su muslo izquierdo y clavó sus inteligentes ojos dorados en los suyos. Siempre que los miraba, Cris se acordaba de Durango, porque él tenía un color dorado muy parecido. Ni una llamada suya, ningún mensaje... ¿Dónde se había metido?

—Dávila... veamos qué quieres...

Cris pulsó su contacto y se llevó el teléfono a la oreja. Aún le palpitaba el corazón después del rapapolvo que los agentes le habían echado, con razón, si se trataba de algo grave. Sandoval le había advertido que debía tener siempre el móvil encendido, ¿y qué era lo primero que hacía? Apagarlo para pegarse una noche de juerga con Ruby. ¿Y quién se iba a imaginar que justo...?

Dávila contestó enseguida. Estaba tan alterado como Uribe y Revilla.

—¡Joder Stoian! ¿Dónde estabas? ¡Llevo llamándote una hora! ¿Estás bien? ¡¿Por qué cojones no coges el puto teléfono?!

—¡Ey, ey! Vale ya... He tenido que oír también a Uribe y Revilla, ¿vale? Lo siento, anoche apagué el móvil, no lo pensé...

—Cris, ¿no sabes que estás bajo protección? —Dávila bajó el tono. Ahora sólo mostraba preocupación. Toda la crispación y la furia habían desaparecido de su voz—. Cuando te decimos que tengas el móvil a mano no es por capricho, joder... ¿Sabes el susto que nos has dado?

—Perdona... Joder, lo siento...

Hubo un bufido al otro lado, entre aliviado y exasperado.

—¿Qué ha pasado? ¿A qué viene todo este follón? Uribe me ha dicho que ha aparecido otra víctima...

—Lucas Huarte. Se ha ahorcado. Una chica le ha encontrado desnudo colgando de un árbol en la azotea de su edificio... Puedes imaginarte el escenario, más de lo mismo, todo el edificio es una selva, la avenida, los edificios colindantes... Es una puta locura...

Cris se mordió el labio, como hacía siempre que se guardaba un secreto. Porque ahora ella sabía el por qué de esas manifestaciones naturales. Estaba dudando si contárselo a Dávila o no, cuando éste le dijo algo que hizo que se le encogiera el alma.

—Stoian, hemos encontrado algo diferente esta vez. El chico presenta mutilaciones, cortes tremendos, como las anteriores víctimas, ya sabes... te ahorraré los detalles... Pero además se ha tatuado tu nombre en el muslo. Pone «Stoian», con letras mayúsculas.

—¿Qué... ¿Seguro?

—Sin asomo de duda. Por eso han saltado todas las alarmas. Queríamos comprobar que estabas bien, y vas tú y apagas el móvil... ¿Sabes lo que hemos llegado a pensar?

—¡Lo siento, lo siento! —le temblaba la voz, y las rodillas. En ese momento apareció Ruby con el café. Al verla tan descompuesta acudió enseguida a su lado y se arrodilló junto a ella, atenta a su conversación con Dávila—... ¿Y qué... qué significa?

—Significa que va a por ti —sentenció Dávila con pesar. Cris puso el
manos libres para que Ruby oyera la conversación—. Parece que no admite
que hayas escapado con vida, la cuestión es que te ha señalado. Eso sólo
puede significar que eres la siguiente. Hemos ordenado a Uribe y Revilla que
no te quiten ojo, y hemos reforzado la vigilancia, la manzana está cubierta...
lo que significa que no puedes ir a ninguna parte, no sin que te acompañen
nuestros agentes, y sólo si es para hacer algo imprescindible, al menos hasta
que cojamos a ese malnacido...

Cris pensó de inmediato en su cita con «S». ¿No iba a poder acudir?
No... Necesitaba saber quién era, escuchar de sus labios la verdad sobre lo
que le ocurrió a Daniel, tal vez algo más importante... No podía contárselo a
Dávila, porque lo echarían todo a perder montando un dispositivo alrededor
del puente de Vallecas. ¿Qué iba a hacer? ¿Cómo iba a eludir la vigilancia?

—...no pienso ser una prisionera en mi propia casa, Dávila —dijo
con mayor seguridad de la que sentía—... ¿Hasta cuándo? Podéis tardar una
eternidad en coger a ese psicópata, ¡incluso puede que no lo hagáis nunca!

—Gracias por el voto de confianza, Stoian...

—No, Dávila, no podéis obligarme a permanecer encerrada. Ya he
aceptado a Uribe y Revilla todo el día bajo mi ventana, ¡no pienso dejar que
además despleguéis un puto ejército alrededor de mi apartamento!

—¡Es por tu seguridad!

—¡No la necesito! ¡Dejad a Uribe y Revilla y ordenad al resto que se retire!

—No es cosa mía, tendrás que lidiar con Sandoval, y ya sabes cómo las gasta... —se mofó Dávila.

—Vete a la mierda Dávila.

—Yo también te quiero, Stoian. Llama a Sandoval y arréglate con él. Pero si te retiran la vigilancia y cometes alguna estupidez, te juro que te patearé el culo hasta el puto infierno...

—Ya...

Dávila colgó.

—¿Qué ha pasado? —musitó Ruby al instante. Cogió su rostro con las dos manos y la obligó a levantar la mirada. Con lo que había oído no se hacía una idea—. Cris, ¿qué ha pasado?

—Han encontrado a Lucas Huarte ahorcado en lo alto de un edificio... y tiene mi nombre tatuado en una pierna...

Ruby se cubrió la boca con la mano.

—¡Tienen toda la manzana cubierta con agentes! ¡Pretenden que me quede encerrada en casa hasta que cojan a ese asesino psicópata!

—No me parece tan mala idea...

—¿Qué?

—Joder Cris...

—Ya, pues me niego. Por ahí no paso, voy a llamar a Sandoval ahora mismo...

Y lo hizo. La discusión que sostuvo con él fue ardua y cruda. Duró más de media hora, durante la cual Ruby vio a Cris dando vueltas por el salón, furibunda, encrespada, nerviosa, asustada... Comprendía por qué se negaba a soportar ser una prisionera, la presa en la ratonera, constantemente asediada por el miedo. Cris jamás cedería en eso.

Cuando colgó, estaba encendida, roja, le brillaban los ojos verdes, pero una sonrisa de triunfo asomó a su rostro. Enseguida se fue hasta la ventana y se asomó. Abajo estaba el coche patrulla de Uribe y Revilla, y más allá se veían otros vehículos de la policía nacional. El inspector, que había aceptado a regañadientes reducir la protección hasta dejarla como había estado hasta el momento, llamó de inmediato a sus hombres y enseguida vio cómo se retiraban. El alivio inundó su ánimo.

—¿Le has convencido? —murmuró Ruby a su lado—. Pues no me

gusta nada, Cris. No deberías haberlo hecho. ¿Acaso te crees más lista que ellos?

—No, pero no quiero tener un ejército alrededor de mi casa. Haré vida normal, y si quieren, que me sigan esos dos —señaló a Uribe y Revilla. No se les veía, porque estaban dentro del coche patrulla—... Tendré cuidado Ruby, te lo prometo.

Y al día siguiente tendría que apañárselas para ir a su cita con «S».

—...voy a poner las noticias, quiero ver qué ha pasado...

Ruby encendió el televisor y buscó en las distintas cadenas. Como siempre, la noticia del nuevo hallazgo de un suicida en Madrid copaba todos los canales. Las imágenes eran impactantes. Junto con Lavapiés y la M30, aquel nuevo escenario resultaba increíble. Una reportera hablaba gesticulando, y señalaba una manada de ciervos que pastaban a sus anchas en medio de una avenida ahora invadida por el bosque... El cámara apuntó al edificio donde había aparecido el cadáver de Lucas Huarte, una torre de más de sesenta plantas. Una formidable cascada caía desde la azotea, estrellándose contra la acera ahora cubierta de hierba. Se había formado un arroyo que corría avenida abajo...

—...es imposible —murmuraba Ruby una y otra vez—... ¿Cómo va a ser cierto?

Cris marcó el número de Durango. Tenía que hablar con él de una vez.

Seguía sin contestar. ¿También él había apagado el móvil? Le mandó un «*whatsapp*» muy explícito, poniéndole al corriente de la situación, y pidiéndole que la llamara cuanto antes.

Ruby le puso el café en la mano, con leche y azúcar, como le gustaba tomarlo, y ella bebió agradecida.

—¿De verdad crees que va a por ti?

Cris estaba convencida. Asintió sin ganas.

—¿Porque sobreviviste?

—Puede ser.

—¿Puede ser?

—No lo sé, Ruby...

Su amiga apagó la tele. Estaba harta de ver cómo la gente se echaba las manos a la cabeza conjeturando sobre lo que significaba o no aquel extraño fenómeno, cuyas dimensiones empezaban a superar cualquier previsión. Las autoridades estaban demostrando ser incapaces de frenar la fuerza de semejante explosión natural, y Madrid empezaba a semejarse a

aquellas ciudades postapocalípticas de los cómics, invadidas por la poderosa fuerza de las plantas. Con cada nuevo cadáver, el fenómeno aumentaba, y cada vez se expandía con mayor vigor, como si estuviera reclamando lo que una vez fue suyo, usurpado por la mano del hombre. Había algo poético en todo aquello.

—...voy a necesitar tu ayuda, Ruby... —Cris compuso el gesto más grave que pudo. Miraba a su amiga con fijeza.

—¿Para qué?

Entonces Cris se levantó, se fue a la cocina, y regresó con la alegría guineana.

—¡Joder! ¡Qué bonita la tienes! No creí que fueras a ser capaz de sacarla adelante —Ruby se sonrió, con una simpática mueca.

—...ni yo. De hecho, ayer estaba muerta, o casi muerta.

—Qué dices, si está preciosa, fíjate qué flores...

—¿Ves esto? —Cris señaló las rizadas plantitas colgantes que habían brotado en el tiesto—. Son lentejas. Las planté ayer.

—¿Y?

—¡Ruby! ¡Las planté ayer! ¡Y ayer mismo ya estaban así! ¿Dónde has visto tú que algo crezca tan rápido?

—Oye, que yo de eso...

—Cualquier semilla tarda al menos una semana en brotar, no lo hace en el mismo momento... Te lo voy a demostrar.

Entonces dejó la planta sobre la mesita y regresó a la cocina. Hizo lo mismo que había probado el día anterior. Puso una lenteja envuelta en algodón en un vaso de yogur que previamente había vaciado. Luego, ante los curiosos ojos de Ruby, escupió en el algodón.

—Pero qué haces...

Cris no tuvo que responder. Enseguida, cuando no habían transcurrido ni dos minutos, la lenteja germinó y empezó a crecer, tan rápido, que Ruby comprendió sin dificultad a qué se refería. Se quedó sin habla.

—...está en mi saliva. La sustancia que encontraron en mi organismo, es la que hace eso.

—Pero —recapitó Ruby, cuya imaginación desbordante trabajaba a pleno rendimiento—... ¿Estás diciendo que esas muertes son un mensaje? ¿Es una especie de reivindicación a favor de la naturaleza o algo así?

—No lo sé, pero hay alguien que puede que sí lo sepa, por eso necesito tu ayuda, Ruby. Con esos gorilas pegados a mi culo no voy a poder hacer nada...

Le contó entonces todo lo que había estado haciendo mientras ella estaba inconsciente, y acabó por hablarle de «S», y de lo mucho que necesitaba acudir a su cita con él bajo el puente de Vallecas.

—¿Te has acostado con el fotógrafo? —fue todo lo que dijo Ruby, como si no hubiera oído todo lo demás—. ¿En serio?

—¿Tan mal te cae?

—Mal no... No lo sé —Ruby se sonrojó—... Perdona, perdona...

—¿Podemos centrarnos en lo que importa?

—Pues eso sí que no me parece bien, Cris. ¿No deberías confiar en tus compañeros? ¡Que lo resuelvan ellos!

—¡No! Tengo que ir, Ruby, ¡tengo que ser yo!

—¿Por qué, joder?

—¡Por Daniel!

—Daniel está muerto, y si no tienes cuidado, tú acabarás igual, Cris... ¿Cómo se te ocurre pensar en ir sola a ver a ese tipo después de lo que te ha contado Dávila? ¿Estás loca? No sabes quién es, se coló en el hospital, le están buscando... ¿Y si es él el psicópata? ¿Y si quiere atraerte para volver a jugar contigo a las marionetas?

Cris se rió sin poder evitarlo. Siempre le hacía gracia la forma que tenía Ruby de referirse a las cosas más serias.

—...no tiene gracia...

—Lo sé, perdona... Oye, sólo necesito que me cubras para poder reunirme con él, tendré cuidado, lo prometo...

—¿Y me quieres explicar cómo vas a librarte de los polis?

Cris sonrió ampliamente.

—Vas a sacar a Max.

—¿Y tú no vas a venir conmigo?

—Sí, pero vas a ponerte mi ropa. Tú y yo tenemos la misma complexión, altura, en fin...

—Verán mis increíbles ojazos azules y no tendrán dudas...

—No los verán, porque va a lucir el sol. Te pondrás gafas.

—Pero para qué...

—Quiero que te dejes ver hoy con mi ropa, varias veces. Yo iré contigo, vestida con tu ropa, que nos acompañen, y así comprobamos si se tragan que tú eres yo, y que yo soy tú...

—¿Y mañana?

—Esta tarde saldré yo vestida con tu ropa, y fingiré ir a comprar cualquier cosa a la tienda de la esquina. Si no me siguen...

—Y mañana te irás vestida con mi ropa y ellos se quedarán pensando que tú estás en casa como una buena chica...

—¡Exacto! —exclamó Cris con aire triunfal.

—¿Pero tú te crees que son bobos? ¡Que son polis, joder!

—Créeme, no sospecharán. Suelo ser muy obediente y formal, no imaginarán que voy a saltarme las órdenes de Sandoval.

—Ni yo tampoco, Cris. Mi respuesta es no. No pienso ayudarte. Porque si te pasara algo por haberlo hecho, ¡no podría perdonármelo jamás!

—Si no me ayudas, me las apañaré sola, pero pienso ir. Y soy muy terca, tú lo sabes.

—Me están dando ganas de llamar yo misma a tu compañero, a ver qué opina él —amenazó Ruby.

—¡Iré con Max! ¡Es el perro de Daniel, no dejará que me ocurra nada!

—No deja de ser un perro, Cris. No es un puto superhéroe...

—Para mí sí lo es. Me protegerá. Y llevaré algo para defenderme, ¿vale?

—Si ese malnacido te droga, ¿cómo vas a defenderte? ¿No dices que esa droga anula tu voluntad?

—No permitiré que me toque —murmuró Cris frotándose con cuidado la mancha de su muñeca. Aún le ardía la piel en esa zona—... Por favor Ruby...

—Me importa demasiado lo que te pueda pasar, Cris...

—Por favor...

—¿Por qué no va Durango?

—¿No ves que no me contesta? ¡No sé dónde se ha metido! Y «S» no aparecerá si va él. Ruby, si quisiera hacerme daño de verdad, podría haberlo hecho en el hospital, ¿no crees?

Ruby bufó, pero al fin asintió, y la batalla terminó en aquel momento, para alivio y alegría de Cris. Claro que Ruby siempre acababa cediendo cuando se trataba de ella. Tenían todo el día por delante para ensayar su plan. Si no funcionaba, se habría quedado sin recursos. Uribe y Revilla no la dejarían ir sola a ninguna parte.

Capítulo 38



Madrid amaneció el domingo por la mañana sumida bajo un pesado manto de densas nubes negras, cargadas de agua. Lloviznaba, y un desapacible viento soplaba desde primera hora. Las aceras estaban mojadas, y los árboles alzaban sus ramas aún desnudas hacia aquel cielo mortecino tan triste. Cris observaba el panorama desde la ventana de su salón. Había quedado a las diez de la mañana.

Había madrugado, sólo eran las nueve, y ya estaba preparada. Había desayunado con Ruby, habían repasado por enésima vez el plan, y ahora, a las nueve y cuarto, se preparaba mentalmente para salir. No podía coger el coche, por temor a que Revilla y Uribe se dieran cuenta del engaño, así que iría en metro, por eso tenía que salir con tiempo. El trayecto hasta Vallecas le llevaría al menos veinte minutos. Tenía un bozal de cuero en la mano. Lamentaba tener que ponérselo a Max, pero hacía poco que la normativa permitía viajar con perros en el metro, y la nueva ordenanza exigía que los animales viajaran con bozal. Si quería llevarlo consigo no le quedaba más remedio que hacerlo así. Él no apartaba los ojos de la mordaza, adivinaba lo que le tocaba en aquel juego. Se relamió y profirió un leve gemido de desacuerdo.

—...¿estás lista? —Ruby la abrazó por detrás y le estampó un sonoro beso en la mejilla—. Das el pego, pero aún no entiendo cómo esos memos se han tragado semejante pantomima...

—Dan por hecho que no soy tan estúpida, supongo...

—Yo aún estoy dudando de tu capacidad mental. ¿De verdad quieres hacerlo?

—Sí, y más vale que me ponga en marcha, o no llegaré a tiempo...

Se apartó de la ventana. Se había teñido el pelo de un color castaño muy oscuro, casi idéntico al tono natural que tenía Ruby, y se lo había rizado. Ella había hecho lo mismo, aclarando su cabellera, y se lo había alisado, no sin esfuerzo, pues tenía un cabello rebelde difícil de dominar. Habían pasado el día anterior preparándose la una a la otra. Había sido sencillo. Ruby sólo había tenido que bajar al bazar de los chinos que había en el barrio, comprar tinte para ambas, con la coloración que necesitaban, y después se habían teñido la una a la otra.

Cris había probado a salir a la calle varias veces con la ropa de Ruby, luciendo su nuevo «*look*», una larga melena rizada de color casi negro. Revilla y Uribe ni siquiera habían levantado la mirada al verla pasar a su lado. Era una suerte que fueran tan parecidas.

—Cris, espera...

Ruby la retuvo por el brazo. Sus ojos azules se clavaron en ella con un velo de súplica.

—Por favor, no vayas...

—¿Y desperdiciar nuestra sesión de peluquería? —sonrió Cris—. No, ni hablar. Te llamaré en cuanto haya acabado, lo prometo.

—Joder...

Entonces Ruby la atrajo hacia sí, en un gesto delicado que cogió a Cris por sorpresa, y la abrazó con fuerza. Luego se apartó un poco, y sin dejar de mirarla a los ojos, la besó en los labios.

Cris no se movió. Algo se quebró en su corazón al comprender...

—Siempre he querido contártelo, Cris... Perdóname, perdona...

Ruby la besó de nuevo, con ternura inusitada, como si se estuviera despidiendo para siempre... Cris recibió aquella renovada muestra de cariño con perplejidad creciente. Cuando Ruby la soltó, se quedó mirándola de hito en hito. Mil preguntas cruzaban su rostro. Las mejillas de su amiga estaban encendidas, las de ella también... Estaba tan desconcertada... ¿Qué había sido aquello...?

—Vete ya, o llegarás tarde —murmuró Ruby con los ojos chispeantes —... Joder Cris, no me mires así, perdóname anda... O no... No, no pienso disculparme por quererte.

Se enderezó y se cruzó de brazos. Ahora había una expresión

atormentada en su semblante. Cris, que no acertaba a decir ni hacer nada, optó por marcharse y dejar «*aquello*», fuera lo que fuera, para después.

Por una vez llevaba a Max atado con la correa. Abandonó su apartamento dominada por un tumultuoso maremágnum de emociones. ¿Acaso Ruby estaba enamorada de ella? ¿Lo había estado siempre?

«*Joder...*»

Seguramente por eso le caía tan mal Durango... ¿Cómo no se había dado cuenta nunca?

Ahora, enfundada en el bonito chubasquero azul de Ruby, se sentía especialmente incómoda. Los vaqueros le quedaban algo flojos, porque había adelgazado mucho y aún no había recuperado su peso habitual, calzaba sus deportivas, pequeñas para ella, que tenía un número más de pie... Era como ser una intrusa en la intimidad de su amiga, a la que por lo visto no conocía tan bien como pensaba...

Apretó el mango del paraguas rojo que había rescatado del paragüero. De todo lo que llevaba, era lo único que le pertenecía, aparte de la ropa interior. No podía llevar gafas de sol como había estado haciendo el día anterior, eso llamaría la atención en un día tan desapacible, así que, como necesitaba ocultar sus ojos al pasar junto al vehículo de los policías, tendría que bajar el paraguas un poco en el momento justo, a fin de que no vieran bien su rostro, ni que sus ojos eran verdes, y no azules. Estaba bastante segura de que podría pasar sin ser descubierta. Aun así, los nervios dominaban su temple.

Al salir al portal levantó la cara hacia aquel cielo negro. Llovía bastante. Luego deslizó la mirada por la calle hasta toparse con el coche patrulla. Hizo como si no fuera consciente de que estaban allí, abrió el paraguas, y echó a andar, con Max trotando a su lado, debidamente atado con la correa.

Había unos cincuenta metros hasta el vehículo de Uribe y Revilla, cincuenta metros que a ella se le hicieron eternos... Cuanto más se acercaba, más nerviosa estaba... Cuando llegó a su altura, bajó un poco el paraguas, lo justo para esconder el rostro, sobre todo los ojos... Iba a buen paso, algo que no llamaría la atención, teniendo en cuenta que estaba lloviendo con intensidad. Pasó tan cerca del coche patrulla que pudo ver con claridad que los dos agentes estaban desayunando en el coche. Sintió lástima. La miraron al pasar, sólo un instante. Uribe hizo amago de saludarla, pero nada más. No la reconocieron. Esperaba que su cita en el puente de Vallecas fuera bien, para que no recayera sobre ellos la responsabilidad de haberse dejado engañar.

Al dejarlos atrás se sintió liberada... Volvía a respirar con tranquilidad. Había funcionado.

El juego de intercambios del día anterior había surtido efecto.

Al alcanzar la boca del metro y descender las escaleras, perdiéndose en el pasadizo subterráneo que llevaba a la línea que tenía que coger, empezó a pensar en Ruby, en su beso, y en Durango... Estaba preocupada, en buena parte a causa de su amiga, en parte porque seguía sin tener noticias del fotógrafo. Llevaba ausente desde el viernes. Demasiado tiempo, demasiado silencio...

«Céntrate, Cris... que te la juegas...»

Su reloj marcaba las nueve y media. Había mucha gente en el andén, unos de pie, otros sentados en los bancos metálicos. Nadie hablaba, la mayoría consultaba el móvil, algunos leían el periódico y otros se distraían con una novela. Cris era la única que se agitaba inquieta.

Al cabo de dos minutos, el metro que había de llevarla a Vallecas emergió del oscuro túnel con un prolongado chirrido. Se detuvo en el andén lentamente y las puertas se abrieron con el característico pitido de aviso. Cris dudó antes de subir... La gente que abarrotaba la estación empezó a pasar a su lado con prisa, empujándola... Acabó entrando casi por la fuerza, zarandeada por la marea de viajeros que llenaba aquel día el transporte público. Se instaló junto a las puertas, el único lugar donde podía estar con Max para que no molestara. Le puso el bozal, algo que él aceptó con resignada obediencia. Se tumbó a sus pies y puso la cabeza entre las patas delanteras con un suspiro. Ya estaba acostumbrado, Daniel le había enseñado bien.

Con los nervios, a Cris el trayecto se le hizo eterno. Tuvo que hacer un cambio de línea en la estación de Sol, pero ni se dio cuenta, tan abstraída estaba. Miraba el móvil sin parar, temerosa de que Ruby la avisara de que habían sido descubiertas. Si a Dávila o a Sandoval se les ocurriera llamarla en aquel momento... No podría hacer nada, iba a tener que contestar. Si no lo hacía, avisarían a Revilla y Uribe y éstos subirían al apartamento y destaparían su juego... Si contestaba... entonces oirían de fondo el inconfundible sonido del tren, y querrían comprobar que sus dos perros guardianes estaban con ella. Sabrían que se había escabullido. Mal asunto en cualquier caso.

Pero no llamaron.

Al fin llegó a su parada, «*Puente de Vallecas*», que la dejaba justamente en el lugar donde había quedado con «S», el puente que le daba nombre a la estación. Llegaba a tiempo, incluso le sobraban cinco minutos, así que cuando salió por la boca del metro, dio unos pasos, con calma, barajando los posibles escenarios con los que podría encontrarse durante el encuentro.

Miró alrededor con disimulada ansiedad. El corazón batía en su pecho a un ritmo vertiginoso... Le quitó el bozal a Max y se lo guardó en el bolsillo. En el mensaje que le dejó colgado en la puerta, «S» decía que iría en bicicleta. ¿Mantendría ese detalle con el tiempo tan revuelto que hacía? Supuso que sí... si es que aparecía... ¿Y si no lo hacía? ¿Y si se había arriesgado para nada? ¿Y si Ruby tenía razón y era una trampa? ¿Y si no la reconocía con su nuevo «*look*»?

Tenía que dejar de pensar así o acabaría dando media vuelta. Se agachó para acariciar a Max, y entonces le vio. Llegaba en ese mismo instante, pedaleando en una bici de ciudad. Era un joven alto y delgado, enfundado en una gruesa sudadera negra con cuya capucha se cubría la cabeza. No podía verle la cara. Cris se irguió y esperó que fuera él quien se acercara... En realidad estaba tan alterada que no lograba moverse. Cuando el chico la vio, dudó, seguramente despistado por su aspecto. Luego vio a Max, y pareció decidirse. Se dirigió hacia ella sin dudar.

Bajo el puente había un tráfico intenso. No sólo desembocaba allí el metro, sino que había varias líneas de autobús, y una parada de taxis. La confluencia de transportes lo llenaba de actividad. Los viandantes pasaban alrededor con prisa, en todas direcciones.

Cris miró a «S» con miedo. Max se tensó a su lado al percibir su

estado de ánimo, y se le erizó el pelo del lomo. Sus orejas erguidas, enfocadas hacia el muchacho y su bicicleta, denotaban la atención con que seguía cada uno de sus movimientos. Le dejó aproximarse sin hacer nada, porque Cris sujetaba la correa con mano firme.

«S» era realmente alto, al menos le sacaba una cabeza a Cris. Tuvo que alzar los ojos para poder mirarle cuando se detuvo a su lado y echó el pie al suelo. Bajo la capucha, descubrió un rostro atractivo, unos ojos castaños que brillaban con precaución, unas cejas prominentes y una nariz algo torcida.

—¿Has venido sola? —murmuró.

—Claro...

—Has cambiado tu pelo...

—He tenido que apañármelas para poder venir...

—Bueno, estate tranquila, no te he traído hasta aquí para jugártela. Tengo algo importante que contarte... ¿Qué tal si caminamos un poco?

Se bajó de la bici y echó a andar a su lado. Al salir de la protección del puente, la lluvia les sorprendió. Cris abrió el paraguas para protegerse. Tuvo que levantar el brazo para cubrir también a su misterioso acompañante. Bajo él, se sintieron más aislados del mundo, como si hubieran construido un reducto de intimidad donde poder conversar con tranquilidad. Caminaban

muy despacio.

—¿Quién eres? —se atrevió a preguntar Cris—. En tu nota decías que conocías a mi hermano, ¿de qué le conocías? ¿Y cómo cojones entraste en mi apartamento?

Él sonrió de medio lado, mostrando una dentadura perfecta. Parecía divertirse que Cris le acribillara a preguntas nada más encontrarse.

—Daniel tenía razón, eres curiosa, y sospecho que persistente...

—Bueno, eres tú el misterioso, y están pasando cosas muy graves como para tomármelo a broma, ¿no te parece?

La expresión de «S» cambió. Su sonrisa se esfumó y su semblante se tornó tenso y grave.

—Siento la muerte de tu hermano. Te he estado buscando desde que me enteré...

—¿Te importaría decirme tu nombre? ¿O no puedes?

—Sebastian, me llamo Sebastian.

Cris recibió aquella información con sorpresa. ¿Era el mismo

Sebastian del que hablaba Daniel a Balaguer en su correo electrónico? Durango estaba tratando de averiguar algo sobre él, de hecho, se estaba arriesgando, espionando al abogado... ¿y ahora estaba allí, con ella? «S», de Sebastian...

—¿Tienes algo que ver con Román Balaguer?

Sebastian le dirigió una rápida mirada de sorpresa.

—Soy su hijo —soltó—. Para él, un hijo ilegítimo...

—¿Qué? Pero que se sepa, sólo tiene un hijo, Jacobo Balaguer...

—...que ahora está muerto. Pero también estoy yo, aunque jamás me reconocerá, porque nací fruto de una violación.

Cris arqueó las cejas, cada vez más sorprendida.

—...estás diciendo...

—Digo que Román Balaguer violó a mi madre, y que yo nací fruto de esa violación. Por eso jamás me reconocerá.

—¿Por eso quería Daniel hablar con él?

—No exactamente...

Se detuvo para encararse a ella. Parecía atormentado. Tenía el pelo oscuro y ondulado y la tez morena.

—Conocí a Daniel cuando estaba investigando la desaparición de Diana Whitaker. Él conocía a sus padres y quiso ayudarles. Andaba haciendo preguntas en el lugar donde se la vio por última vez, y yo estaba allí... No pude evitar escucharle, y bueno... me acerqué a él —se quedó un momento callado, recordando. Al mismo tiempo parecía contener alguna emoción dura de sobrellevar. Cris le escuchaba con atención—... Yo estaba allí también por ella, porque sé lo que le pasó.

—¿Qué? ¿Sabes quién está detrás de todo esto?

—Todo a su tiempo... ¿No quieres oír toda la historia?

Claro que quería. Sebastian reanudó la marcha, y Cris le siguió, embargada por una intensa emoción.

—Le conté quién soy, mi historia, y él quiso corroborarla, de principio a fin. Era un buen periodista... Por eso quiso entrevistarse con Balaguer.

—¿Por eso le mataron?

Sebastian negó con la cabeza.

—No fue Balaguer.

—¿Entonces quién? ¿Quién?

Cris se detuvo, con los ojos encendidos de cólera.

—Antes de que te lo diga... ¿sabes por qué te he hecho traer a Max?

La miró con atención, con sus grandes ojos fijos en ella. No parpadeaba, tenso, expectante...

—¿Max? No, ¿para reconocerme? Como tú con la bici...

Sebastian volvió a negar con la cabeza.

—No... Tu hermano grabó todo lo que averiguó en un «pendrive», por seguridad... Él me había dicho que te había ocultado en la sierra. Fui a verle para saber si había averiguado algo, pero sólo estabas tú...

—...espera, ¿eras tú el que estaba fisgando por la ventana?

Sebastian asintió.

—Luego supe que estaba muerto...

De pronto desvió la mirada y la fijó en un punto a la espalda de Cris. Se puso ceniciento.

—¿Qué pasa...?

Cris se giró para ver qué le había hecho reaccionar así, y al hacerlo, escuchó una fuerte detonación. Al principio no comprendió qué estaba pasando. Hubo un gran revuelo alrededor, gritos de pánico, carreras... Oyó que Sebastian gemía. Se derrumbó en la acera, a su lado, mortalmente herido de bala. Tenía una herida en el pecho, y la sangre manaba a borbotones... Max empezó a ladrar. Cris se agachó a su lado sin saber qué hacer.

—Dios...

Miró alrededor, buscando ayuda, y allí, parada en medio de la calle, descubrió a Ruby. ¿Qué hacía allí? ¿La había seguido? ¿Por qué? Sin duda había tenido miedo de dejarla sola... Quiso llamarla, pero entonces vio que sostenía una pistola en la mano. Estaba de pie, clavada en el sitio, como una estatua. Tenía una expresión ausente en el rostro.

Comprendió que había sido ella. Ruby había disparado a Sebastian.

Algo inconcebible. ¿Cómo? ¿Por qué?

—Ruby...

Pero su amiga estaba más allá de todo, ausente... ¿drogada? Vio cómo levantaba la pistola y se apuntaba con ella en la sien. Adivinó lo que iba a hacer, y algo en su interior se quebró. No tuvo tiempo de reaccionar.

Ruby... Ruby...

Ruby apretó el gatillo y un disparo reventó su cabeza. Se desplomó sin vida en la acera, bajo aquella lluvia torrencial, con el rebelde cabello teñido, de nuevo rizado a causa de la humedad, desparramado en medio de un charco de sangre que empezó a crecer, mezclado con el agua de lluvia. Max ladraba desafortunadamente, histérico, tirando de la correa...

Cris se quedó donde estaba, helada, fría como una piedra... No podía dejar de mirar a su amiga, allí tendida en el suelo, sin vida... Sus preciosos ojos azules estaban muy abiertos, fijos en ella, vacíos.

—Cris...

Sebastian alargó una mano temblorosa y aferró la manga de su chubasquero, el chubasquero de Ruby... La obligó a volverse a duras penas.

—Cris... Coge... coge el collar de Max —musitó con la mirada

perdida—... El perro... Tu hermano puso el «*pendrive*» en el collar...

No pudo decir nada más. Cerró los ojos. ¿Había muerto? Cris notó cómo el vacío se llevaba su conciencia. Se mareó y el mundo se volvió negro alrededor...

Cuando los servicios de emergencias llegaron, la encontraron en estado de shock, anonadada, incapaz de responder a sus preguntas. Alguien había avisado a emergencias. Dos sanitarios corrieron a atender a Ruby, aunque sólo pudieron certificar su muerte. Otros dos trataron de salvar la vida de Sebastian... pero murió en pocos minutos sin que pudieran hacer nada por su vida.

A Cris la apartaron de allí y la sentaron en la parte de atrás de una ambulancia para atenderla, hasta que llegó la policía. Las sirenas y las luces de las ambulancias y los coches patrulla desconcertaban a Cris, que estaba aturrida, perdida... Vio como a través de una bruma cómo metían el cuerpo de Ruby en una bolsa sobre una camilla, cómo hacían lo mismo con Sebastian...

Cris sólo podía pensar en Ruby, Ruby, Ruby... Ruby ya no estaba, se había ido...

Para cuando la unidad de la policía nacional llegó al lugar de los hechos, en el charco de sangre que cubría la acera donde había estado el cuerpo de Ruby, empezó a desarrollarse un fenómeno extraordinario. Allí, a la vista de todo el mundo, brotó la hierba. Lo hizo rápidamente, propagándose en todas direcciones, alta y frondosa. La lluvia se fue retirando, desterrada más allá del límite del terreno conquistado por la naturaleza. Enseguida emergieron del suelo plantas trepadoras que se adueñaron de las

farolas y los bancos, los coches, las marquesinas... Varios árboles brotaron como por arte de magia, el entorno se pobló de flores maravillosas, todo tan rápido que era imposible atender a todo lo que pasaba... Era la primera vez que la gente era testigo del milagroso modo en que aquel fenómeno surgía...

Dávila bajó del coche patrulla, fue a poner los pies sobre el asfalto, pero pisó hierba. Antes de que pudiera hacer nada, el vehículo se cubrió de plantas, penetraron en el interior y se tragaron el volante y los asientos, inundándolo por completo.

—...joder...

Comunicó con la central por el transmisor para ponerles en antecedentes. Castillo, que había tenido que bajarse del coche antes de que la vegetación se lo tragara a él también, se mesaba el cabello con incredulidad.

—...esto me sobrepasa, tío... me sobrepasa...

Las ambulancias fueron engullidas por las plantas, del mismo modo que el resto de vehículos en un área que alcanzaba ya el propio puente de Vallecas, cien metros más allá. Cuando alcanzó la carretera, empezaron las colisiones. Un enorme roble apareció en medio de la calzada, provocando un violento accidente múltiple. Más y más árboles emergieron por todas partes, y el caos se fue generalizando, a medida que la faz de aquella parte de Vallecas, poco antes cubierta de cemento y asfalto, se transformaba en un auténtico vergel, boscoso, frondoso, profundo e imparable. Muchos conductores se vieron envueltos en aquel crítico cambio, unos se estrellaron, otros tuvieron tiempo de hacerse a un lado y abandonar su coche, un autobús volcó antes de quedar sepultado bajo el peso de las trepadoras, y el puente se convirtió en un arco de verdes enredaderas...

Cuando un lobo se paseó entre la gente, surgido de la nada, hubo gritos y carreras...

En diez minutos el fenómeno concluyó, por el momento, y un área de seis kilómetros cuadrados había sido invadida por la naturaleza.

Dávila y Castillo se acercaron a los sanitarios. Éstos hablaban entre sí, completamente desorientados. Se habían quedado sin ambulancias. Los cuerpos de las dos víctimas, habían desaparecido, cubiertos por las plantas, y ahora se acumulaban los heridos entre los vehículos accidentados...

Dávila vio a Cris.

Estaba sola, sentada junto a lo que había sido una ambulancia, entre la hierba, con el rostro enterrado en las manos.

—¿Cris? Joder...

Dávila corrió junto a ella.

—¡Castillo! ¡Avisa a Sandoval! Ya sabes qué hacer, monta un dispositivo, que te ayuden los municipales a apartar a toda esa gente, que vengan los de emergencias, los bomberos, establece un perímetro de seguridad, ¡venga! Cris, Cris, oye...

Le apartó las manos de la cara. Estaba descompuesta, lívida...

—Joder, Cris, ¿qué haces aquí?

—Ruby... Ruby está muerta...

Capítulo 39



La luz de la lámpara del dormitorio desconcertaba a Cris. Sabía bien dónde estaba, en su apartamento... También comprendía que no estaba del todo despierta, sino sumida en una pesadilla, pero aún le desbordaba la pena como para emerger a la vida. Aún no podía hacer frente a lo que había ocurrido el día anterior. Era lunes por la mañana, y las horas desde el domingo transcurrían lentas, imperecederas, como perennes látigos que castigaban su alma. De haber podido, hubiera extendido la mano para borrar las estrellas del cielo y ahogar la luna y el universo entero...

Dávila también estaba allí, en alguna parte, tal vez en la cocina, preparando algo para calmar su ansiedad, o hablando por teléfono con Sandoval... Un psicólogo había estado atendiéndola antes de que su compañero la trasladara a casa desde Vallecas, pero sus palabras habían pasado de largo a través de su dolorida conciencia, ni siquiera las recordaba. Le habían dado un sedante y había dormido el resto del día, pero ahora, aunque estaba más tranquila, le parecía que el suelo se hundía bajo su cama. En sus profundos ojos verdes brillaba aquel dolor imperecedero, tan desgarrador.

¿Había perdido a Ruby... o había sido un sueño? ¿Ruby había asesinado a sangre fría a «S», o lo había imaginado? Seguía pensando en Sebastian como «S», porque le resultaba más fácil encerrar al joven en una sola letra que pensar en él como alguien completo, con nombre y apellidos, con una vida, con sentimientos...

—Cris, ten, te he traído una tila...

Cris asintió para que supiera que le había oído, y Dávila se sentó a su lado. Le agradecía que se hubiera pasado a verla antes de ir a trabajar, máxime cuando sabía que estaban desbordados con el caso. Que la tratara con tacto y cuidado, cuando se había saltado la vigilancia de Uribe y Revilla, provocando todo aquel caos... Permaneció en silencio, cruzada de brazos, arrebujaada aún en el chubasquero de su amiga. Percibía su olor. Se había resistido a quitárselo y había dormido con él, pese a que estaba manchado de sangre, la sangre de «S».

Cerró los ojos.

Dávila acarició su espalda con suavidad. No estaba enfadado con ella por haberse escabullido así, sino consigo mismo por no haber previsto que haría algo parecido. La conocía lo bastante como para haber anticipado sus movimientos. Debería haber imaginado que estaba actuando por su cuenta, igual que lo había hecho antes de desaparecer, algo que no estaba probado, pero que todos en la unidad creían cierto... Atrapó un mechón de su cabello rizado entre los dedos y lo frotó. Cris se había teñido el pelo, como Ruby, y se lo había rizado para pasar por ella. Le resultaba extraño verla así, con el largo pelo rizado y oscuro.

Sandoval no había querido forzarla demasiado a hablar, y apenas la habían obligado a responder algunas preguntas mientras la atendían en Vallecas. El psicólogo había recomendado esperar. La habían llevado a casa. Además, todo había sido demasiado caótico, muchos accidentes, mucha histeria, los bomberos, las ambulancias, la guardia civil...

Cris apenas había logrado articular palabra, pero había colaborado, y sus respuestas les habían permitido ponerse en situación. Ciobotar le había dejado a Cris una nota en el hospital para verse con ella, por eso se habían reunido en Vallecas. Al parecer iba a darle información relevante del caso que estaban investigando, aunque no había tenido tiempo de revelarle nada, porque Ruby se había encargado de asesinarle. Su testimonio coincidía con el de los testigos que habían presenciado el asesinato de Sebastian Ciobotar, pero aportaba algo más...

Cris les había indicado que Ruby debía de estar bajo el influjo de la misma droga a la que habían estado expuestos ella, y el resto de las víctimas del caso, porque, según les contó, la sustancia desconocida que tenían en el organismo, no sólo provocaba la descomposición del cuerpo cuando la víctima fallecía, sino que era la causa directa de aquellas explosiones naturales. De hecho, había sido la sangre de Ruby el epicentro de la nueva invasión natural en Vallecas.

Al llegar a casa, Cris le había mostrado a Dávila una planta que, según ella, estaba muerta antes de que vertiera agua con su saliva en la maceta.

Dávila la miró de reojo, silenciosa y pálida, con la tila entre las manos, de la que iba bebiendo a sorbos, la mirada perdida, vidriosa... Nunca la había visto así. Asustaba.

—¿Puedo hacer algo más por ti? Cris...

—...qué puedes hacer... Lo he perdido todo... Daniel, Ruby... Ellos

eran mi familia...

Pensó en Durango, pero no sabía nada de su paradero, y empezaba a pensar que no iba a poder contar con él en el futuro, o peor, que le había ocurrido algo... No quería ni imaginar que se hubiera convertido en una víctima más...

—...bueno, me tienes a mí —aseguró Dávila—, no soy mala opción cuando se me conoce... —sonrió.

Pasó un brazo sobre los hombros de Cris y la atrajo hacia sí, apoyando la mejilla sobre su cabello.

—Lo siento, Dávila, lo siento mucho... Por favor, dime que no la tomaréis con Uribe y Revilla...

—Ellos deben responder por haberse dejado engañar así, Cris.

Asintió. Suponía que sí, así debía ser. Pero eso sólo hacía que se sintiera aún peor.

—Creo que dormiré un rato.

—...tengo que ir al depósito —se arrepintió de haber dicho aquello, y quiso rectificar, pero ya era tarde. La expresión desolada de Cris era horrible —... Volveré por la noche. Tienes dos agentes en la puerta, así que haz el

favor...

Cris no reaccionó durante un minuto. Miraba a la nada, perdida en su dolor.

—...no iré a ninguna parte —murmuró al cabo de un rato—... ¿Crees que me quedan ganas?

Dávila la besó en el pelo y se levantó. Max alzó la cabeza. Estaba tendido a los pies de la cama, atento a cada reacción de su dueña.

—Cuida de ella —le dijo Dávila.

El perro dejó caer la cabeza sobre sus patas delanteras con un gemido, y cerró los ojos.

El agente, después de echarle un último vistazo a su compañera, salió del dormitorio y cerró la puerta con suavidad. Cris se metió en la cama, apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos, dispuesta a hundirse en un sueño profundo, del que no quería salir...

Dávila se apresuró en cuanto salió del apartamento. Castillo le esperaba para ir al depósito y cotejar lo que tenían hasta el momento, que era mucho, con Quejada.

Lo ocurrido en Vallecas, aunque dramático, podía arrojar una nueva

luz a la investigación. Algo que les hiciera avanzar en la buena dirección.

En realidad ya sabían quién era Sebastian, lo habían averiguado todo sobre él pocos días atrás, gracias a la lista que les había facilitado Gerardo Martinete, el tatuador apodado «*Chewbacca*». Habían trabajado duro para localizar a las personas que formaban parte de esa lista, y habían ido descartándolas, una por una, hasta centrarse sólo en Ciobotar. Era el único que portaba el curioso tatuaje precisamente en el antebrazo, el resto lo tenía, pero en otras partes del cuerpo. Además, sus rasgos físicos coincidían con los del chico que se les había escabullido en el hospital. Incluso llevaba la misma ropa. Por supuesto, habían iniciado una ardua investigación sobre él, sus antecedentes, su familia... Y habían dado con algo revelador. Al parecer su madre, Elizabetta Ciobotar, había interpuesto una denuncia años atrás contra Román Balaguer. Le había acusado de violación, y aseguraba que Sebastian era el fruto de esa agresión.

Nada más salir a la luz lo de la denuncia, Peralta y Múgica se habían personado en su casa. Sebastian aún no había muerto, pero llevaba tiempo sin aparecer por el domicilio familiar. Su madre, Elizabetta, era una mujer de origen rumano, ya entrada en años. Pese a su buena voluntad, no había sabido decirles dónde encontrarle. No quiso decir nada sobre la denuncia, ni por qué la había retirado al poco tiempo... Tal vez había tenido miedo.

Dávila se reunió en el coche patrulla con su compañero, Castillo.

—Ya era hora... Venga, quiero ver qué nos cuenta Quejada — Castillo se mostraba visiblemente impaciente por arrancar hacia el depósito —. Esto empieza a parecerse a un manicomio... ¿Cómo está Stoian?

Dávila meneó la cabeza, con cara de circunstancias, mientras

montaba en el asiento del copiloto. Su compañero frunció el ceño. Él también estaba preocupado por ella. Había sido una buena agente y compañera.

Encontraron a Quejada inclinado sobre el cuerpo de Ruby Quintana, cuyo torso seccionado y abierto mostraba sus órganos internos. Dávila y Castillo estaban acostumbrados a ver escenas tan macabras, pero se trataba de Ruby, la mejor amiga de Cris... Quejada iba registrando meticulosamente sus impresiones en una grabadora. Tras sus gruesas lentes se apreciaba una mirada tenaz, aguda y analítica. Al oírles entrar se giró y levantó la mano para que guardaran silencio. Terminó su locución. Sólo entonces les permitió entrar.

—¿Algo nuevo? —preguntó Dávila.

—Desde luego —Quejada apartó el pelo de la víctima y dejó al descubierto su nuca. Ver a Ruby allí tendida, pálida, blanca como una muñeca de porcelana, era grotesco—. Aquí...

Señaló con un dedo enguantado una mancha rosácea, muy intensa, en el nacimiento del pelo. Apenas era visible, semi oculta por el cabello.

—...esto confirma que estaba bajo los efectos de esa droga —afirmó el forense con gravedad—. A falta de los resultados de la analítica, creo que no hay lugar a dudas.

—Es decir, que la han empujado a matar a Sebastian Ciobotar.

—Exacto. Y a quitarse la vida después. Hay algo curioso. Recordarán a la camarera de la discoteca, Ivanna... Los resultados de sus análisis son concluyentes... Ella también ha estado drogada. Siendo así, al descubrir esa mancha en la nuca de esta víctima, me he permitido llamarla y la hemos sometido a un riguroso examen físico. Tiene una marca idéntica, en el mismo sitio, la nuca...

—¿Por qué a ellas en la nuca y al resto en la muñeca? —inquirió Castillo.

—...sólo marca en la muñeca a las que va a inducir al suicidio —concluyó Dávila—... Ivanna está viva, y Ruby...

—Ruby se ha suicidado —negó Castillo.

—Pero no como las otras víctimas —señaló Quejada acertadamente—. Se ha disparado en la cabeza, y no ha estado desaparecida. Su objetivo era Sebastian Ciobotar...

—Precisamente, tengo ganas de echarle el guante a Balaguer. Tiene que responder a muchas preguntas —gruñó Castillo.

Quejada arqueó las cejas. No estaba al tanto del asunto de la denuncia por violación. Castillo le puso al corriente.

—Eso no explica la muerte de ella —Dávila señaló a Ruby—. Puede que Balaguer tenga motivos para haber matado a su hijo ilegítimo, pero ¿y a

ella?

—Su compañera, Stoian, aún debe de tener algunas respuestas —intervino Quejada—. Cuando salga de su conmoción tal vez nos aclare algunas cosas...

—Es verdad, Stoian se citó con Ciobotar porque tenía información sobre lo que le pasó a su hermano. Dávila... ya sé que es delicado, tratándose de ella, pero vamos a tener que interrogarla a fondo, ya mismo, y lo sabes.

—Es pronto...

—Se nos acaba el tiempo...

—¡Tú no la has visto! ¡Está hecha mierda, Castillo! ¡Démosle un respiro!

—...oye, alguien ha utilizado a su mejor amiga... ¡Ella antes que nadie querrá saber quién lo ha hecho!

Dávila apretaba los labios.

—De todos modos, pediré una prueba de ADN —intervino Quejada, visiblemente incómodo—. Si Ciobotar es hijo de Balaguer, el ADN lo confirmará.

Los tres hombres guardaron silencio. Las incógnitas se acumulaban demasiado rápido. Faltaban piezas clave en el enmarañado puzle que intentaban reconstruir. El móvil de Dávila empezó a sonar, llenando la sala de autopsias con su insistente tono de llamada. Era Múgica.

—Castillo, ¿estáis con la madre de Ciobotar? —preguntó la agente a bocajarro.

—Aún no. Estamos en el depósito, con Quejada. ¿Qué pasa?

—Pues esperad. Antes de ir a verla tenéis que oír esto, no os lo vais a creer —Múgica parecía regodearse. Dávila puso el manos libres para que Castillo y Quejada también oyeran lo que tenía que contarles—. Acabamos de hablar con la exmujer de Román Balaguer, Lucía Espósito, y nos ha dicho que nuestro abogado favorito ha estado sacando fuertes sumas de dinero de una cuenta de la que ella aún recibe información por correo, por error. La señora dice que ha estado curioseando los sobres del banco por despecho, y que gracias a eso es como se ha dado cuenta de que siempre saca la misma suma, en efectivo, más o menos cada dos o tres meses. Dice que también ha estado pagando a un detective privado con el que ya había trabajado antes, un tal Martín Espronceda. Ella le conoce, y como tiene confianza con él, se lo ha preguntado directamente. Espronceda no ha tenido inconveniente en confesarle que Balaguer le ha contratado recientemente para que investigue un asunto de chantaje...

—¿Chantaje?

—Como lo oyes. Le han estado chantajeando...

—¿Ese detective sabe quién le ha estado chantajeando?

—Seguro. Hemos pedido una orden para poder husmear las cuentas de Balaguer, Requena ya está en ello, y ahora mismo nos vamos Peralta y yo a ver a ese tal Espronceda.

—Gracias Múgica...

Aquello sí era interesante...

—Puede que sea Ciobotar quien le estaba chantajeando —conjeturó Dávila. Aferraba el móvil con la mano crispada por la tensión—. Tendría sentido si Balaguer violó a su madre...

—Ya, pues Balaguer se ha largado...

—¿Qué? ¿A dónde?

—No lo sabemos...

Dávila y Castillo cruzaron una mirada de desesperación. Tal vez hubiera cruzado ya el charco y estuviera muy lejos de su alcance. ¿En qué lugar dejaba el sórdido asunto del chantaje y la denuncia por violación a Román Balaguer? ¿Cuál era su papel en la muerte de Ciobotar? Dávila estaba

de acuerdo con Quejada. El suicidio de Ruby Quintana desbarataba la posibilidad de que hubiese sido él el responsable del asesinato de Sebastian... Y si lo era, significaba que tras el suicidio de Ruby estaba su mano...

—No creo que Balaguer esté detrás de la muerte de Sebastian — reflexionó en voz alta—. Eso implicaría que drogó a Ruby Quintana y la indujo a asesinar a Sebastian y a suicidarse después. No me cuadra. ¿Es él el responsable de todas las muertes? ¿De las desapariciones?

—No importa, está pringado... ¿Qué tal si le hacemos esa visita a Elizabetta?

Su casa se hallaba en Pinar del Rey, una urbanización de clase obrera y escasos recursos. Había trabajado muchos años cuidando a un anciano, y, por lo que sabían, había estado al amparo de las hermanas capuchinas de un convento ubicado allí mismo. Ellas la habían acogido al poco de su llegada a Madrid, y la habían ayudado a criar a su hijo y a ganarse la vida honradamente. Tenía sus papeles en regla, y se había deslomado para salir adelante. La pérdida de Sebastian habría supuesto sin duda un duro golpe para ella. Por lo que sabían, no tenía más familia en España.

Al cabo de una hora Dávila y Castillo aparcaron junto a la vivienda en cuestión. Esperaban que en esa segunda visita la mujer se sincerase.

Vivía en un edificio pequeño, muy humilde, de una sola planta, y había que subir una pequeña escalinata para acceder a él. La fachada presentaba un aspecto descuidado, a falta de un buen saneamiento y una capa de pintura, pero en las ventanas había tiestos de distintos tamaños, con flores bien cuidadas que daban alegría a las ventanas.

La primera vez que se acercaron a Pinar del Rey para buscar a Sebastian, Dávila y Castillo no percibieron que en aquel barrio el ambiente era diferente. Ahora sí.

Mientras se bajaban del vehículo, frente a la casa de Elizabetta, les asaltó una honda impresión de «*dejá vu*». Era como respirar el aire de la sierra en pleno Madrid... Olía a hierba recién cortada, a flores y a frutas, la temperatura era agradable y los árboles crecían altos e inusualmente frondosos. Le vegetación que se veía en los parques y jardines, e incluso en las terrazas, les recordaba a la que crecía en los escenarios de sus víctimas, aunque allí no lo invadía todo...

Castillo llamó a la puerta y se anunció con voz fuerte para que Elizabetta supiera que eran los inspectores Dávila y Castillo, de la policía nacional, quienes iban a verla. No dejaba de mirar alrededor, escamado con aquel ambiente que lo impregnaba todo.

Cuando Elizabetta abrió la puerta y les invitó a entrar, lo hizo sin mediar palabra, como si les hubiera estado esperando. No era plato de buen gusto interrogarla sólo un día después de la muerte de su hijo, pero el tiempo corría en su contra. Necesitaban avanzar en la resolución del caso. Se había operado un profundo cambio en su apariencia desde la primera vez que se habían entrevistado con ella. Aparentaba haber encogido ostensiblemente, o caminaba encorvada, se la veía consumida, y su rostro, que debía de haber sido muy hermoso en su juventud, aparecía consumido y gris. Los ojos se hundían en sus cuencas sin brillo, enrojecidos e hinchados por el llanto de muchas horas.

—Señora Ciobotar, disculpe que vengamos a importunarla en estos

momentos —dijo Castillo—... Lamentamos su pérdida, pero verás, necesitamos resolver algunas dudas sobre su hijo. Su ayuda nos es muy necesaria, ya estará al tanto de las muertes que están sacudiendo con dureza esta ciudad... incluida la de Sebastian...

Elizabetta se santiguó en silencio, y les guió hasta su pequeña salita de estar, donde les hizo tomar asiento. No les ofreció nada, probablemente porque no tenía nada que darles. Ocupó su lugar en una desvencijada mecedora de bambú y esperó sus preguntas con paciencia.

—Oiga, usted nos dijo la última vez que Sebastian se había marchado, y que no sabía por qué, ni a dónde...

Elizabetta asintió.

—¿Sigue afirmando lo mismo?

Volvió a asentir, en silencio. Tal vez su labio inferior tembló, tal vez sus manos se crisparon un poco...

—¿Seguro?

—¿Por qué insiste? —preguntó al fin.

—Señora, sabemos que Sebastian es, era... el hijo ilegítimo de Román Balaguer —ahora sí, Elizabetta palideció. El pasado emergió en su

interior como un fantasma largo tiempo contenido—. No tiene sentido negarlo, así que, por favor... ¿Puede contarnos algo más?

Elizabetta evaluó el rostro del investigador, y luego el de su compañero. Sebastian estaba muerto, ¿para qué seguir callando?

—Es cierto, denuncié a Román Balaguer hace muchos años ya... porque él me violó —Castillo y Dávila cruzaron las miradas, muy serios—... Sebastian nació fruto de esa violación... Ustedes no conocen a Balaguer... Es un hombre sin escrúpulos, un degenerado... También tiene mucha influencia y la denuncia no prosperó. Se lo conté a mi hijo y fue poco después cuando se marchó...

—¿Cree que tal vez quiso hablar con su padre y que éste pudo amenazarle? Balaguer es un hombre de mucho prestigio y remover un asunto así podría acarrearle consecuencias...

—Es peligroso, sí. Cuando puse la denuncia envié a uno de sus matones a recordarme que era mejor estar callada —les mostró una larga cicatriz en su antebrazo izquierdo—. Estuve ingresada dos semanas...

—...de manera que... cree que si Sebastian quiso acercarse a él, pudo amenazarle también...

—Pero señora Ciobotar, ¿cree que Sebastian se marcharía de casa y la dejaría a usted sola?

Ella se encogió de hombros y apretó los labios. A Dávila le parecía que sabía algo más.

—¿Fue entonces cuando la acogieron las capuchinas? —inquirió—. ¿Después de poner la denuncia y de que la amenazaran?

—Poco después. Me encontraron tirada en una cuneta en la Cañada del Real, y me llevaron al convento. Allí nació Sebastian. Se lo debo todo a ellas...

Su semblante se contrajo, tal vez sacudido por viejos recuerdos que aún le dolían, pero Dávila intuyó, una vez más, que había algo importante que no les estaba contando.

—Tenemos razones para creer que su hijo estaba chantajeando a Balaguer —Elizabetta alzó la cabeza sorprendida. No sabía nada de eso, su expresión lo decía muy claro—... De hecho sabemos que Balaguer ha contratado a un detective privado que lo está investigando. ¿Conoce a Martín Espronceda? —Elizabetta negaba con la cabeza todo el tiempo—. ¿Tiene inconveniente en que echemos un vistazo en la habitación de su hijo?

—No, no... Por favor, de todos modos no encontrarán nada. Mi hijo no es un chantajista, Sebastian no haría algo así...

Acompañó a Dávila y a Castillo hasta el cuarto de su hijo, una estancia pequeña y sencilla, con una cama estrecha, un armario ropero y una mesa llena de libros, novelas de cienciaficción en su mayoría. Castillo tomó una y comprobó que pertenecía a la biblioteca municipal.

—¿Era muy lector?

—Mucho, y tenía una gran imaginación...

—Ya...

—¿Permite?

—Adelante... Si no les importa, esperaré en la salita, estoy cansada...

En cuanto se retiró, Dávila y su compañero empezaron a registrar las cosas de Sebastian, con metódico empeño. Se pusieron guantes, y revisaron el armario en primer lugar. Buscaron en los bolsillos de chaquetas, camisas y pantalones, en los cajones, bajo ellos... Luego pasaron a la cama, miraron entre sus libros... No encontraron nada. Estuvieron una hora con el minucioso registro. Regresaron junto a Elizabetta con la decepción pintada en sus caras.

—Ya les he dicho que mi hijo no era de éstos, era un buen chico...

—Elizabetta, ¿Sebastian no tenía móvil? No lo llevaba encima ni lo hemos encontrado entre sus cosas. Es extraño en un chico de su edad...

—Nunca lo quiso, no le gustaba la tecnología, ni siquiera tiene

ordenador...

—¿Puede decirnos algo que nos ayude a aclarar lo que ha ocurrido?

Elizabetta negó con obstinación.

—Tal vez deberíamos visitar el convento donde vivieron usted y su hijo, ¿cree que las capuchinas sabrán decirnos algo más sobre él?

Elizabetta palideció.

—No podrán...

—¿Por qué?

—No hallarán en ese convento a ninguna de las hermanas que le conocieron. Murieron todas en un incendio, hace ya muchos años... Fue una amarga tragedia...

—¿Qué ocurrió?

—Nunca se supo. Por aquel entonces yo ya había empezado a trabajar y mi hijo y yo nos habíamos venido a vivir aquí. Nos salvamos gracias a que las capuchinas me dieron la oportunidad de ganarme la vida y nos encontraron esta casa... Si no, hubiéramos muerto también aquella noche...

Al salir de la vivienda de Elizabetta, la frustración llenaba tanto a Dávila como a Castillo. Las novedades de Múgica habían despertado en ellos expectativas muy positivas, si bien seguían a ciegas. No obstante, aún tenían muchos hilos de los que tirar. Balaguer aparecía como pieza fundamental en muchos aspectos del caso, pero se había escabullido y estaba fuera de su alcance...

Eran muchas las incógnitas que enturbiaban el caso más complejo en el que habían trabajado. El CIB se esforzaba por arrojar alguna luz sobre el uso de aquella extraña sustancia en combinación con el derivado de la «escopolamina», y entre todos trataban de adelantar algún paso a través de los interrogatorios.

—Llama a Requena, que investigue lo de ese incendio, tuvo que salir en los periódicos —le indicó Dávila a su compañero—, que busque, a ver qué encuentra...

Por último, debían tener en cuenta el papel, crucial, de Cris Stoian. Sandoval lo sabía, y Dávila estaba convencido de que de ella dependerían muchas cosas. Cuando se recuperara de su última tragedia, un duro golpe, sin duda... iba a tener que tomar una decisión. No podía seguir bailando en el límite de su conciencia.

La pregunta que Dávila se hacía, era qué la había movido a actuar por su cuenta. Se había estado arriesgando mucho, y ahora su mejor amiga estaba muerta, y el posible testigo de lo ocurrido a su hermano también.

Capítulo 40



Los sueños la habían abandonado. Náufraga en un nuevo estado mental que se tragaba la luz del mundo, se dejaba llevar a la deriva, consciente de la arena del tiempo, una marea que iba corroyendo su alma, descomponiéndola en mil fragmentos volátiles...

Cris llevaba horas tumbada boca arriba en su cama, contemplando el techo de su dormitorio. No se había movido desde que Dávila la dejara, ni siquiera para sacar a Max, cuya paciencia infinita debería conmover su conciencia... El lunes se había deslizado llenando de luces distintas aquel techo en el que dejaba vagar su dolor. Le parecía increíble que la luz del día fuera tan cambiante, por la mañana, al mediodía, por la tarde...

Había anochecido. Max continuaba a su lado, inmóvil, pegado a su costado. Notaba el calor de su cuerpo, su respiración. Su lealtad debería conmover su corazón... debería arrancarla de su miserable estado para volver a atraerla a la vida, a la realidad, por odiosa que fuese.

¿No debería hacer un esfuerzo?

Debería...

Entonces Ruby volvía a besarla en su imaginación, confesando con

aquel gesto tierno que estaba enamorada de ella, y comprendía por enésima vez que había sido una despedida, y que no había podido darle una respuesta. No iba a volver a verla, no volverían a reír juntas, ni a enfadarse, la nada se la había llevado. A su mente ya castigada regresaba una y otra vez el momento en que levantaba la mano y se disparaba en la sien, su cuerpo desmadejado cayendo al suelo, la sangre explotando desde sus adorables rizos, la cabeza chocando contra la acera, sus ojos azules abiertos, cómo se dilataban sus pupilas y se vaciaban de toda vida... Entonces regresaba la marea de dolor y se olvidaba de Max y del mundo, y de sí misma, y vagaba entre las horas, oscuras, a través del vasto dominio de la muerte...

Aún no se explicaba cómo Ruby había podido eludir a Revilla y Uribe para seguirla hasta Vallecas. Algo así no debería haber pasado... ¿Por qué... por qué querría Ruby asesinar a Sebastian? Ésa no era ella. La recordó de pie en medio de la gente que chillaba, pálida, como una estatua inexpresiva y fría... La mujer que había empuñado la pistola y se había quitado la vida, no era Ruby. Ruby ya estaba muerta antes de disparar.

Por la tarde, sobre las nueve, regresó Dávila. Había tenido la precaución de llevarse las llaves del apartamento, por si ella continuaba acostada, sin fuerzas para abrirle cuando llamara al timbre. Los dos agentes apostados en la puerta quisieron tranquilizarle: no había tratado de salir. Dávila meneó la cabeza. Eso significaba que llevaba todo el día hundida, sin moverse de la cama. Y Castillo tenía razón, necesitaban interrogarla.

El primero que salió a recibirle fue Max. Se mostró ansioso, gimoteó y lamió sus manos... Luego desapareció por el pasillo y regresó con una correa entre los dientes. Aquello a Dávila le resultó gracioso y le conmovió. Le recordó a Poup, su perro. El pobre animal debía llevar desde el día anterior sin salir a hacer sus necesidades.

—...está bien, parece que me va a tocar sacarte...

Cogió la correa y se la puso.

—Vuelvo enseguida —les dijo a los agentes.

—¿Te toca hacer de niñera? —se mofó uno de ellos.

—¡Vete a la mierda Hortigal!

Llevó a pasear a Max hasta un parque cercano y allí le soltó. Le permitió desfogarse durante una media hora, contento de que hubiese dejado de llover. Después regresó, con la cabeza a reventar de preocupaciones. Aquel lunes había sido un día de locos. Habían avanzado algo en el caso, pero aun así, estaban desesperados, y la presión que soportaban era enorme. Todo el mundo esperaba respuestas por parte de la unidad de investigación de la Policía Nacional. Se hablaba ya de la participación de la Guardia Civil en el caso, como refuerzo a su trabajo. Seguramente la UCO entraría en escena muy pronto.

El apartamento estaba oscuro y silencioso cuando regresó. Dávila dejó la correa en el aparador de la entrada y siguió a Max por el pasillo hasta el dormitorio de Cris. Apenas se la distinguía, tan enterrada estaba entre las mantas, un bulto informe e inmóvil. El perro brincó y se encaramó sobre la cama, a los pies de su dueña. Gimió y apoyó la cabeza en sus piernas. Sólo entonces hubo alguna reacción en su dueña. Alzó vagamente la cabeza y echó un vistazo al animal. Luego debió de percibir la presencia de alguien más en la estancia y se giró. Al ver a Dávila dejó caer la cabeza en la almohada y

cerró los ojos. Estaba claro que no deseaba compañía, pero eso a él le dio lo mismo.

Se acercó y se sentó a su lado.

—Cris, sé que estás fatal, pero estaría bien que hicieras un esfuerzo, ¿has comido algo en todo el día?

Ella negó con la cabeza. Las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Abrió los ojos y los fijó con dureza en algún punto en el espacio delante de ella. La tensión de su mandíbula denotaba la lucha que sostenía en su interior.

—...oye, te ayudaré... Te traeré algo, ¿vale?

No obtuvo respuesta. Dávila la dejó sola y se fue a la cocina, decidido a lograr que comiera algo. Estuvo un rato rebuscando en los armarios y en el frigorífico, mientras pensaba qué preparar. No era un experto en cocina, de hecho, desde que Sandra le había dejado, lo encargaba todo o comía fuera. Al fin encontró una bandeja de champiñones. También había huevos. Optó por hacer un revuelto, algo sencillo. Podía garantizar que eso sería comestible. Llenó un vaso con lo que quedaba de un «*tetrabrik*» de zumo de naranja, y se preparó para enfrentar la terquedad de su amiga. Enseguida el aroma de los champiñones en la sartén se esparció por la casa.

Al cabo de un rato tenía el revuelto listo en un plato. Había encontrado una vieja bandeja de madera al fondo de un cajón. Colocó la comida sobre ella, junto con el vaso de zumo, unos cubiertos y una servilleta.

Encontró a Cris sentada, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama. Debía de haber percibido el olor que salía de la cocina. Sin duda estaba hambrienta. Por la forma en que miró lo que había preparado, Dávila supo que no iba a tener que esforzarse para que comiera.

—...menos mal... Creí que iba a tener que darte de comer a la fuerza y no me hacía ninguna gracia...

Provocó en su amiga una medio sonrisa. Cris aceptó la bandeja y la colocó sobre su regazo. Aspiró su olor, encantada.

—¿De dónde la has sacado? —se refería a la bandeja—. No sabía que la tenía...

—Bueno, soy inspector de policía, se me dan bien los registros...

—...qué dices, siempre fuiste un cafre...

—Como si te acordaras.

—Tienes cara de cafre.

Dávila sonrió ampliamente. ¿Estaba recuperando el buen humor? Se alegraba de que aún tuviera ganas de bromear, aunque sus ojos llorosos aún

conservaran todo el dolor y la rabia.

—¿Cómo pudo Ruby salir de aquí sin que os enterarais...?

—Parece que un par de chicos vinieron cargando muebles. Aprovechó que subían un colchón para desaparecer...

Cris hizo un gesto de asentimiento.

—...los nuevos del tercero... había olvidado que se mudaban... Joder...

—No tienes la culpa, Cris...

—Ya... Ruby estaba drogada, ¿verdad?

—¿No prefieres hablar de eso más adelante?

—Sí —admitió Cris con tristeza—... Mejor dejarlo para otro momento...

Manténía el tenedor suspendido en el aire. Había temido la respuesta de Dávila, la verdad sobre lo que le había pasado a Ruby... Él tenía razón, no quería saberla, aún no. Se llevó la comida a la boca y la probó. La tortilla estaba buena, mejor de lo que había esperado.

Mientras masticaba, recapacitó sobre algo que le había ocurrido. Algo muy extraño. Durante aquel día espantoso había dormido y despertado y vuelto a dormir, sumida en un duermevela de pesadilla... Y en ese estado febril, casi de delirio, había empezado a recordar... muchos detalles, sobre todo de su vida en la unidad, con Dávila... Por qué su memoria despertaba justo entonces, no lo sabía, pero había hecho que recuperase la esperanza. No sabía si decírselo a Dávila.

—¿Cómo te va la vida? —inquirió con calma.

—¿Qué versión prefieres? ¿La buena o la impactante?

—La impactante, claro, necesito distraerme.

—Sandra me ha dejado —Dávila soltó aquello a bocajarro—. Y de paso se ha llevado a Poup.

—¿Por qué? Si nunca le gustó... Diría que tampoco le gustabas tú, en realidad.

Dávila se quedó mirándola con gravedad. Le quitó el tenedor de la boca y le clavó los ojos castaños de forma inquisitiva.

—...¿desde cuando recuerdas tantas cosas?

—...desde hoy —confesó al fin—... No te emociones, sólo recuerdo algunas cosas, no todo...

—Pero recuerdas a Poup y a Sandra...

—Sí —se encogió de hombros—... Ya ves, caprichosa que es la mente, te he recordado sobre todo a ti —le sonrió. Estaba siendo sincera. Le gustaba pensar que Dávila había sido para ella un amigo, un buen amigo—. No quería decírtelo, pero no pegáis mucho. Estabais todo el día discutiendo.

—...no sé si quiero que recuerdes tanto —murmuró Dávila.

—Lo siento... Perdona que haga bromas con eso, no debes de estar pasándolo bien.

—Supongo que tenía que haberlo imaginado... No la culpo a ella, después de todo, hizo lo que pudo para retenerme a su lado, mientras que yo sólo sé pensar en el trabajo. Era cuestión de tiempo.

—Aun así, no ha debido llevarse a Poup —sentenció Cris. Guardaron silencio los dos—... ¿Crees que tiene remedio? Que... ¿volveréis...?

Dávila negó con aire sombrío.

—...pues deberías rescatar a Poup. Sandra no sabrá qué hacer con él, debería estar contigo. ¿Sueles hablar con ella?

—No quiere ni verme.

—Entonces estamos hablando de secuestro. Tendremos que organizar un rescate...

—Sí —se rió él—... Eso es verdad —Cris continuó comiendo, casi devorando la tortilla. Bebió un sorbo del zumo de naranja—... ¿Qué más recuerdas?

—Sobre todo cosas del trabajo, episodios sueltos contigo, con otros compañeros...

—¿Nada que pueda... ayudarnos?

El rostro de Cris se crispó un poco.

—Aún no... —admitió.

—¿Has cambiado de idea?

—¿A qué te refieres?

—¿Vas a ayudarnos?

Cris lo pensó. Había perdido a su mejor amiga por tratar de hacer las cosas por su cuenta, Daniel estaba muerto también, y Durango estaba desaparecido, quizás en peligro... por ayudarla a investigar.

—No podría arriesgar más vidas por esto. No lo haré. He perdido a Ruby, joder, la he perdido...

Apartó la bandeja. De pronto no podía respirar. Se había puesto pálida y las lágrimas se derramaban de sus ojos. Dávila hubiera querido abrazarla, pero se contuvo. Era mejor que se quedara donde estaba, o si no...

Cris se limpió las lágrimas. La pena bullía en su interior, provocándole un vértigo triste y amargo. Alzó los ojos, y se encontró con los de Dávila, fijos en ella. Su compañero se acercó, como si fuera a besarla... Cris contuvo el aliento... y él se arrepintió.

—...joder, perdona, Cris...

Ella no supo qué decir. Estaba anonadada por la descarga que acababa de provocarle aquel conato de beso. No dijo nada, porque no podía. Dávila tampoco. Hurgaba en su interior con desesperación, buscando alguna excusa que le redimiera ante su amiga por su estupidez. Había estado a punto de cruzar la línea, algo que llevaba tiempo evitando.

Max percibió la tensión entre los dos, y se levantó para lamer el rostro de Cris. No era momento para carantoñas. Cris no deseaba que interrumpiera aquello que había surgido entre Dávila y ella. No, quería hablarlo, quería saber...

Alargó las manos para apartar a Max, enredó los dedos en el pelaje de su cuello, algo hirsuto, denso... y se topó con su collar.

«Cris... Coge... coge el collar de Max... El perro... Tu hermano puso el «pendrive» en el collar...»

La voz de Sebastian navegó a través de su mente, desterró el momento vivido con Dávila, y dejó un poso en su entendimiento. Esas palabras se desperdigaron por su conciencia, al principio vagas, poco a poco significativas... A medida que el tacto de aquel collar se hacía más real en sus dedos, el cuero suave, la hebilla... la verdad despertó en su interior. Recordó que ese collar era nuevo, le había llamado la atención el día que la señora Hurtado le entregó a Max en el piso de Daniel.

Una oleada imparable emergió de alguna parte de su alma, arrastrando la arena en la que se había estado hundiendo, cuando se dio cuenta de que aún no había acabado el juego. Sebastian no había muerto sin revelar nada de valor, no... al contrario, había muerto dejándole algo que podía ser definitivo. Si no... ¿Por qué iba Daniel a salvaguardarlo en el lugar más seguro del mundo: el collar de Max?

Cerró su mano en torno a aquella ancha tira de cuero rojo, sintiendo esa verdad. ¿Era posible? ¿Había de verdad un «pendrive» en él? El anhelo

por saber lo que Daniel había preservado con tanto celo se abrió paso en su corazón. Lo había tenido en sus narices todo el tiempo, ¡desde el principio!

Dávila observó el cambio que se estaba operando en ella. El perro también. De pronto se relajó y dejó de gimotear. Irguió las orejas, como dos antenas parabólicas que detectan los sutiles cambios del entorno, y se sentó. Escudriñaba con curiosidad el rostro de su dueña.

Cris miró hacia la ventana del dormitorio. Al otro lado del cristal se apreciaba que de nuevo llovía con fuerza. La persiana estaba subida y las cortinas descorridas, de manera que la tenue luz de la calle se colaba en la estancia con una leve claridad, suficiente para resaltar los contornos de las cosas.

—Dios, que sea cierto... —murmuró Cris.

—¿Qué pasa? —preguntó Dávila desconcertado—. ¿Qué pasa?
¿Cris?

Pero ella no le hizo caso. Alargó las manos y desabrochó el collar de Max. El perro se sacudió, contento de verse libre de él, siquiera por un rato. Cris lo examinó con cuidado. Si había un «*pendrive*» allí, desde luego estaba muy bien camuflado... Notó que en la parte donde encajaba la hebilla, era un poco más grueso. Tiró de un extremo y el otro, en direcciones opuestas, y entonces se oyó un chasquido y se quedó con un fragmento en cada mano. En el que sostenía la hebilla, asomaba la cabeza del «*pendrive*». Así que formaba parte del collar...

La intensa emoción que sentía provocó una fuerte descarga de adrenalina en su torrente sanguíneo. ¡Era cierto! Sebastian tenía razón, no había mentado...

«¿Y por qué iba a hacerlo?»

—Qué...

Dávila estaba atónito. Vio el «*pendrive*» claramente, aunque a él le costaba más situarse, porque ignoraba lo que Sebastian le había susurrado a Cris antes de morir.

—¿Dónde tengo mi portátil?

Cris se levantó de un salto y corrió hasta el salón. Estaba tan nerviosa, que tropezó con la mesita y se golpeó la espinilla.

—¡Cris! ¿Qué pasa?

Dávila la siguió muy excitado. Intuía que su compañera acababa de dar con algo. Cris soltó un gutural gemido y un exabrupto mientras se frotaba la pierna. Había dejado el portátil olvidado en el mueble donde descansaba el televisor. Lo recogió, se sentó en el sofá, lo abrió, esperó a que se reiniciara... e insertó el «*pendrive*» en la conexión «*USB*».

—Siéntate, Dávila, creo que he encontrado algo importante...

Él obedeció, atento a todo lo que hacía. Esperaron juntos a que el sistema detectara la memoria USB... Tenían el alma en vilo.

Enseguida se abrió una ventana en el escritorio, con un sólo archivo. Cris lo clicó... Era un audio. Se produjo un ruido, como un leve siseo, y a continuación se oyó una voz... Era Daniel.

Daniel, Daniel... Al oírla, a Cris se le encogió el corazón.

«—...voy a grabarlo, por seguridad, ¿está de acuerdo?» —oyeron que decía.

—¿Quién es? —preguntó Dávila.

—Es mi hermano, Daniel...

«—Sí, estoy de acuerdo» —respondió una voz de mujer, apagada y algo tosca.

«—Diga su nombre...»

«—Rosario Perales de la Hera, madre superiora del convento de las capuchinas de Pinar del Rey...»

Dávila se sobresaltó al oír aquello. Esa mujer hablaba del convento al que se había referido Elizabetta Ciobotar aquella mañana.

«—Dígame, ¿quién es Rhina?...»

»—*Antes de nada, prométame que esta información no saldrá a la luz pública, que preservará lo que le cuente por encima de cualquier otra cuestión...»*

«—Lo prometo.»

«—Bien... Quiero decir, que no fue nunca mi intención ocultar la verdad, pero las circunstancias, tan dramáticas y especiales que vivimos en aquellos años, me obligaron a hacer el voto de silencio que ahora voy a romper, sólo porque espero que usted ayude a Rhina, si es que aún sigue con vida.»

«—¿Quién es Rhina?»

«—Quién es... o qué es... no lo sé. Llegó a nuestro convento hace unos nueve años, cuando su casa fue arrasada por un incendio en la Cañada del Real. La acogimos, a ella y a su madre, Zulema, ignorantes de que estábamos protegiendo algo más valioso que cualquier cosa que hayamos conocido... ¿Cree usted en la vida y en la muerte, en el milagro del universo, en que hay cosas que no podemos explicar, que son más grandes que nuestras limitadas conciencias...? Rhina era una niña diferente, pronto nos

dimos cuenta. A sus siete años albergaba en su alma más belleza que todos los amaneceres de este mundo y el siguiente. Estaba llena de vida, ella... era la vida... Sí, ella es la vida...

»Con su llegada las cosas cambiaron. La naturaleza misma estaba en ella, o era ella. Todo lo que tocaba revivía... Nuestro huerto, que hasta entonces era un triste pedazo de tierra donde no lográbamos que creciera nada en condiciones, se transformó en un vergel... Tenía el don de la vida, de sus manos nacía la vida, si tocaba una planta moribunda, revivía al instante, si se sentaba en un rincón de tierra desnuda, crecía a su alrededor un jardín... El barrio entero se contagió de su poder, los árboles reverdecieron, el clima era suave y olía a montaña y a mar y a flores... No tengo palabras para describir lo que Rhina hacía, aunque desde luego ella lo hacía de forma inconsciente... Luego fue creciendo y su poder aumentó. Nunca supimos hasta dónde podría llegar... Eso nos tenía asustadas. Su madre, Zulema, temía por ella...

»Debió de llamar la atención, pese a nuestro celo por mantenerla lejos de la atención pública, porque hubo un incendio, terrible, que arrasó nuestro convento, y acabó con la vida de casi todas nosotras...

«—Los periódicos de entonces aseguraron que no había habido supervivientes... ¿Cómo es que usted sobrevivió? ¿Fue la única?»

«—Sólo me salvé yo... Quise ayudar a mis compañeras... La madre de Rhina, Zulema, murió sin remedio, y en cuanto a Rhina... Se la llevaron, y el fuego avanzó sin remedio. Me alcanzó, y sufrí quemaduras graves en todo el cuerpo, como puede usted ver... No sé cómo logré salir de aquel infierno, pero lo hice... Me atendieron en el hospital. Estuve ingresada mucho tiempo. No trascendió a los medios porque solicité que se mantuviera en secreto que yo seguía con vida. Lo hice por Rhina, para no tener que contestar preguntas

demasiado complicadas...»

«—¿Dónde está Rhina ahora?»

«—No lo sé. Rezo todas las noches por su alma...»

«—¿Qué puede decirme de Sebastian?»

«—Sebastian... Él también vivía con nosotras en el convento, un chico tímido y reservado... Admiraba a Rhina, estaba fascinado por ella, aunque como todas nosotras supongo... Luego ocurrió algo, nunca supimos qué. Desapareció durante unos días. Al día siguiente encontramos a Rhina y a su madre dormidas bajo los efectos de alguna droga. Buscamos a Sebastian durante días... Sin éxito. Después, cuando ya desesperábamos, regresó... Pero ya no era él mismo. Estaba cambiado... Aún lo recuerdo con claridad, a la puerta del convento, desharrapado y febril, descalzo, mugriento... Llegó en un estado lamentable... Diría que estuvo deambulando por las calles...

«Íbamos a avisar a un psicólogo, porque no salía de su estado de shock, y... Bueno, de nuevo fue Rhina la que le salvó.»

«—¿Diría que Sebastian tuvo algo que ver con el incendio?»

«—Creo que sí, aunque ignoro cuál fue su parte. El día del incendio les vi... a él y a otro chico, saliendo del convento a hurtadillas. Se llevaron a Rhina...»

«Después... estuve muy grave, durante mucho tiempo, y me trasladaron a otra congregación»

«—¿No ha vuelto a saber de Sebastian?»

«—No...»

«—Rhina está viva. Sebastian me lo ha contado»

«—No es posible...»

«—Pero no sabemos dónde está»

«—Si eso es cierto... Debe usted protegerla...»

«—¿Cómo?»

«—Encuéntrela, y devuélvala al lugar al que pertenece, al bosque... Llévela allí donde nadie pueda alcanzarla... Una criatura como ella... ha de estar en este mundo por algo, ¿no le parece?»

La grabación terminó.

Cris se quedó callada, asimilando lo que había escuchado. Volvió a reproducirlo, dos o tres veces, mientras su asombro crecía... No había esperado semejante testimonio... y al mismo tiempo lo comprendía. Allí estaba, la razón por la que había querido investigar por su cuenta, la razón por la que no había querido acudir a la policía, ni colaborar con su unidad... Sin duda debía de haberlo sabido todo el tiempo, aunque de forma inconsciente.

Dávila le pidió que pusiera de nuevo el audio, vivamente interesado en aquella grabación. Era reveladora. Elizabetta había asegurado que no había supervivientes de ese incendio. No había mencionado nada sobre esa criatura de la que hablaba la monja, o sobre lo que le había ocurrido a Sebastian durante su estancia en el convento. Al parecer la hermana Rosario no era la única empeñada en proteger a Rhina. Los ojos de Dávila brillaron de excitación y entusiasmo.

Escucharon el audio un par de veces más, pero Cris estaba nerviosa.. ¿Qué tal si anotaban lo más importante de esa grabación en alguna parte?

—...ahora vuelvo...

Voló a buscar una libreta y un bolígrafo en el dormitorio. Abrió el cajón de su mesilla y rebuscó en su interior. Encontró enseguida lo que necesitaba.

Iba a salir, cuando se vio reflejada en el espejo de cuerpo entero que tenía en la pared... Aún llevaba puesto el chubasquero de Ruby. Estaba lleno de sangre reseca... Su corazón palpitó con violencia. Necesitaba quitárselo.

De pronto, la urgencia por desprenderse de aquella ropa ensangrentada se hizo insoportable. Se quitó las prendas de su amiga, dejándolas con cuidado sobre una silla. Se miró de nuevo en el espejo. Llevar el pelo rizado y tan oscuro le dejaba una impresión extraña, era ella y no lo era... con el cuerpo lleno de cicatrices... ¿Por qué Dávila iba a querer besarla? O Ruby... Desde allí se oía la grabación. Dávila la estaba escuchando de nuevo. La voz de aquella mujer hablando de Sebastian, del incendio en el convento y de esa niña mágica... ¿Cómo era posible? Algo en su relato la conmovía profundamente.

Se puso ropa limpia y regresó junto a Dávila, que miraba hacia ninguna parte, con los ojos encendidos.

—Ponlo otra vez —pidió Cris—. Voy a tomar algunas notas...

Dávila se dio cuenta de que al fin se había quitado la ropa de Ruby. No dijo nada.

Escucharon una vez más el audio de su hermano. Cris fue apuntando ideas... Escribir sobre un papel siempre le ayudaba a pensar, a centrarse en lo que hacía. Tenía tantas preguntas... Dávila también aportó sus propias impresiones. Llenaron una página entera con observaciones. La más importante era, ¿qué tenía que ver todo aquello con las muertes en Madrid? Si había una relación, ésa sin duda era la propia naturaleza. Esa monja había dicho que Rhina era una criatura extraordinaria, «*la vida*». Cris evocó los prodigiosos escenarios naturales que aparecían con cada nueva víctima, los grandiosos bosques invadiendo Madrid... ¿Acaso no eran explosiones de vida?

Y entonces rescató, del fondo de su memoria, aquella primera visita

al claro del bosque, en la sierra, cuando aún se escondía en el bungalow... Fue allí donde vio a la chica entre los árboles, una muchacha joven, de largos cabellos rojos como el fuego y ojos esmeralda. Había sido un encuentro breve, pero siempre había creído que había sido algo irreal... Pensó con cierta nostalgia, que si tuviera que describir a Rhina a partir de las palabras de la monja capuchina, lo haría a imagen y semejanza de esa desconocida que deambulaba por el bosque.

Dejó la libreta a un lado y se echó atrás en el sofá. Quizá esa visión no había sido producto de su imaginación, después de todo... Tal vez había conectado con ella de algún modo...

—¿Qué ocurre? Cris, ¿te pasa algo?

Por un momento se había olvidado de Dávila. ¿Cómo explicarle aquello? Cómo contarle tantas cosas, todo lo que había estado callando.

—...has escuchado a esa mujer, a Rosario...

—La hemos oído los dos...

—...¿y qué te parece?

—No te entiendo...

—Quiero saber si la crees, si crees que hay una criatura como la que

describe.

Dávila lo meditó unos momentos, y ella se lo agradeció. Era reconfortante que se tomara en serio el asunto.

—No sé qué decirte, pero ya hay demasiadas cosas que no comprendemos. Están pasando aquí, en Madrid —se encogió de hombros— ... Hubiera preferido escucharla en persona y ver sus ojos mientras hablaba, pero tu hermano era un buen periodista y se tomaba en serio lo que hacía. El hecho de que haya guardado esa conversación en un «pendrive» en el collar de su perro dice mucho por sí solo.

—Entonces la crees.

—Digamos que sí, ¿a dónde quieres ir a parar?

—...la última vez que hablamos me echaste en cara que actuara por mi cuenta, que os ocultara información —Cris se adelantó de nuevo y enterró la cara en las manos, buscando la mejor forma de explicar lo que bailaba en su mente— ... Joder, sé que no tiene mucho sentido, pero si había un motivo para hacerlo, era precisamente éste.

—¿Cuál?

—Rhina.

—¿La niña?

—Ahora ya será una adolescente...

—Si es que es cierto que existe, y si es verdad que sigue viva.

—Sigue viva. Yo la he visto. Una sola vez, pero la he visto. Cuando estaba escondida en el bungalow. O tal vez no era ella de verdad, sino que de algún modo logró hacer que yo la viera, se... materializó ante mí, para que supiera que existe... Sé que suena irracional, pero sé que era ella, igual que sé que lo que dice la hermana Rosario es cierto. Debemos protegerla.

—Cris, es hora de que nos cuentes algunas cosas, ¿no crees? Para que podamos hablar en igualdad de condiciones...

—...lo que os he ocultado no es tanto en realidad... es más, estoy segura de que ya estáis al tanto de la mayor parte. Era cuestión de tiempo que descubrierais algunas cosas.

—¿Cómo cuales?

Cris sonrió con cierta amargura.

—Para eso tendríamos que localizar a Durango.

—¿Quién es Durango?

—Es un fotógrafo, un... amigo —se ruborizó sin poder evitarlo—... Bueno, amigo mío y de mi hermano, solía colaborar con él... Me ha estado ayudando todo este tiempo, pero ahora mismo no sé dónde está, y tengo miedo de que sea el próximo en suicidarse.

Dávila la miró con gravedad.

—Tienes que contarle todo eso a Sandoval. Cris. No le va a gustar, pero es hora de que te confieses.

Capítulo 41



Reconocer que había estado actuando por su cuenta delante del que había sido su jefe en la unidad durante un tiempo que no recordaba, iba a ser una de las cosas más difíciles que había tenido que afrontar en su vida.

Cris, sentada en una de las sillas instaladas fuera de la sala de reuniones, en el pasillo, inclinaba la cabeza sobre las rodillas. Rumiaba el mal rato que iba a pasar con Sandoval. No se avergonzaba, eso no, pero temía su reacción. Una de las cosas que recordaba era su genio. Esperaba que no lo empleara con ella... Ya tenía bastante con todo lo que había pasado. Hasta el momento había sido benévolo con ella, la había apoyado y defendido... ¿Qué habría pensado al saber que había roto su palabra? Dávila ya le había puesto al corriente de todo...

Cuando le vio aparecer al fondo del pasillo, acompañado de Dávila, leyó en su expresión que estaba decepcionado. Caminaba en silencio, con la vista al frente y un rictus severo en su fisonomía. Al llegar a su altura se detuvo. A su espalda, Dávila le hizo un gesto a Cris para que se tomara con calma la situación.

—Buenos días —saludó Cris.

—Joder, Stoian... —fue todo lo que dijo el inspector.

«...mal empezamos...»

Se echó a un lado y le abrió la puerta de la sala de reuniones. Cris abandonó la silla donde había estado esperando con cautela, y entró. Al pasar junto a Dávila, éste rozó su brazo con una mano animosa. Luego cerró la puerta, y la dejó a solas con Sandoval. Cris tenía ganas de largarse, cuanto más lejos mejor.

El plano de Madrid, con las chinchetas marcando los lugares donde habían ido apareciendo las víctimas del caso, incluida la que señalaba la muerte de Ruby, colgaba de la pared. Cris no pudo eludir esa chincheta, tan llamativa... Se sintió desfallecer. Aún se mareaba cuando recordaba a Ruby, tendida en el suelo... Aún pensaba en ella, en su sonrisa, en sus chispeantes comentarios, en su complicidad, su ternura, su lealtad... Se preguntaba constantemente cómo no se había dado cuenta de lo que pasaba... Podía haber evitado que muriera... Si no se hubiese empeñado en reunirse con «S» a espaldas de Sandoval...

Mientras el inspector tomaba asiento, ella se quedó un instante más ante el macabro plano. Una chincheta estaba sobre la sierra, en el punto donde había encontrado a Diana Whitaker, otra sobre el lugar donde habían aparecido Hugo Esteban, su hermano Daniel, Jacobo Balaguer, y Lucas Huarte. También había una para Sebastian Ciobotar y Ruby, en Vallecas... Era espeluznante comprobar cómo había ido creciendo el número de víctimas. ¿Había contribuido a ello con su obstinado silencio?

Vio de reojo que Dávila aún estaba fuera. Sin embargo, cuando se giró para saludarle, ya se había ido. Había llegado el momento. Se encaró con Sandoval. Tenía la cara contraída por la culpa.

El inspector sostuvo su mirada. Estaba serio y ojeroso. Sus ojos azules reflejaban toda la tensión a la que estaba sometido. La compasión, la culpa, la inseguridad... ahondaron la herida en el corazón de Cris al comprobar lo demacrado que estaba. ¿Cómo empezar a explicarse?

Buscó en él algún rastro de su habitual confianza, pero no encontró sino aquella dura tensión que crispaba su semblante.

—Pareces agotado...

Al instante se arrepintió de haber dicho aquello. Su jefe arqueó las cejas y soltó una risotada que más bien era un bufido.

—Déjate de formalidades, tienes mucho que explicar, Stoian... Y espero que lo que sea que vayas a contarme, sea la puta verdad de una vez, porque no me queda paciencia.

—¿Qué te ha contado Dávila?

—Lo que me haya contado o no, es irrelevante, ¿estamos? Lo que quiero es que hables de una puta vez, y que dejes de jugar a los detectives por tu cuenta. ¿Te das cuenta de que han muerto dos personas? ¡Una era tu amiga, y la otra un testigo clave del caso!

Aquel fue un golpe bajo, y Cris lo acusó con dureza. Palideció.

Estaba de pie, con las manos en el respaldo de una de las sillas que rodeaban la mesa donde habitualmente se sentaba el equipo. Le temblaban las rodillas. Tuvo que sentarse.

—...Sé muy bien lo que ha pasado... No hace falta que me lo recuerdes...

—¿No? Pues dime de qué va esto... ¡Las mentiras tienen un precio!

—No he mentado...

—¡Nos has ocultado información, que es lo mismo!

—Lo siento...

—Ya —Sandoval plantó las dos manos sobre la mesa, boca abajo, con un golpe seco y enérgico—... ¿Dónde quedó tu compromiso de colaboración? Te he dado tregua, manga ancha, he permitido que participaras en la investigación, aunque haya sido de forma pasiva, pero has estado con nosotros en primera línea, porque aún confiaba en ti... ¿Y te dedicas a utilizar todo lo que sabemos para jugar tu propio juego?

Cris se tragó la amarga bilis que le subía por el esófago. No recordaba que Sandoval le hubiese hablado así nunca. Debía de estar muy presionado, y ella no se lo estaba poniendo fácil. Se revolvió ligeramente, incapaz de doblegar las emociones que la atormentaban. Se lo merecía... Apretó los labios e inspiró muy despacio, para tranquilizarse. Sandoval la apremió con

un gesto.

—No es un juego... No pretendo jugar...

—¡Pues lo parece! ¡Dávila acaba de decirme que has estado filtrando información relevante del caso a un fotógrafo, y que ni siquiera sabes dónde está! ¡Eres inspectora de homicidios, Stoian! ¿Acaso no sabes cuál es tu papel?

—¡No! ¿Soy inspectora, policía? ¡Y una mierda! ¡No recuerdo nada!

—¡No importa si recuerdas o no, es una cuestión de sensatez, de lógica pura!

Era cierto.

—Así que explícame por qué has estado actuando a nuestras espaldas, antes de que tome una decisión definitiva...

—¿A qué te refieres?

Sandoval endureció el gesto, pero no contestó.

Esperaba de ella una confesión, que lo compartiera todo de una vez, sin subterfugios... Tenía motivos para estar molesto, y aun así... Cris tomó

aire, ¿por dónde empezar?

—Empieza, Stoian... ¡Empieza!

—No, ¿qué has querido decir? ¿Vas a expulsarme?

—¿Y qué si lo hago? ¡Hace mucho que estás fuera! ¿Por qué no debería hacerlo?

Sandoval estaba rojo como la grana, furioso con ella, lleno de impotencia ante un caso que le estaba consumiendo. Cris guardó silencio un momento...

—Está bien... Te lo mostraré... te mostraré algo...

Llevaba el collar de Max en la chaqueta. Lo sacó, tiró de sus extremos para separar las dos partes, y le mostró el «pendrive». Con su permiso, lo insertó en un portátil que Dávila había dispuesto en la mesa antes de que empezara la reunión. Había llegado el momento.

—...es una grabación que mi hermano ha ocultado en el collar de mi perro... Aunque no me creas, no la he ocultado... En realidad, ha estado en mis narices todo este tiempo. Sebastian Ciobotar me habló de ella el domingo, pero yo no lo he recordado hasta ayer... Sandoval, lo siento, sé que me he guardado muchas cosas, que no debería haber compartido nada con Durango... Pero esto no lo he recordado... Sólo podía pensar en Ruby, en que por mi culpa está muerta... ¿Recuerdas lo que te dije el día que fuimos a

ver el cadáver de Diana Whitaker, en la sierra? Te dije que si había una razón para haber actuado como lo he hecho, era aquel lugar... Cuando escuches esta grabación lo entenderás mejor.

Sandoval se había recostado contra el respaldo de la silla y la observaba aún con un furibundo fulgor en los ojos. Hizo un leve gesto para indicar que estaba dispuesto a escuchar. Cris tragó saliva, y puso en marcha el audio.

Al instante la voz de Daniel se elevó en la sala, instalándose entre los dos. La entrevista a la única superviviente del incendio del convento de las capuchinas, en Pinar del Rey, dio comienzo. La cara de Sandoval fue pasando de la sorpresa, a la expectación y la duda. El inspector había esperado de Cris que compartiera algo relevante para el caso, no un testimonio como el que estaba escuchando. A medida que la hermana Rosario hablaba de Rhina y de su extraordinario poder, relacionado con la naturaleza, empezó a comprender lo que Cris había querido decir. Aquello, sin duda, arrojaba una nueva luz al caso.

Cuando el audio se cortó, Cris retomó su exposición.

—...el interés de mi hermano por Sebastian Ciobotar era por su relación con Rhina. Todo lo que está pasando tiene que ver con Rhina — aseguró—. También mi comportamiento...

En su fuero interno, Cris había albergado muchas dudas antes de la reunión. Si hablaba con Sandoval y le mostraba aquella grabación... ¿qué pasaría? Aún creía que Rhina debía ser protegida, si es que lograban comprobar que existía de verdad. ¿De qué modo estaba relacionada con la investigación? ¿Por qué estaba en contacto con ella?

Sandoval se levantó y dio unas vueltas en círculo por la sala. Sin duda ese audio era revelador, lo cambiaba todo...

Pero Cris no había terminado, aún debía hablarle del efecto que provocaba la sustancia que llevaba en su organismo. Si el CIB aún no lo había descubierto...

—...¿Habéis tenido novedades del CIB? —Inquirió—. Me refiero a los entornos naturales que aparecen con las víctimas...

Sandoval negó con la cabeza.

—...es mi saliva —aclaró ella—. La sustancia que tengo en mi organismo, la misma que presentan todas las víctimas que habéis ido encontrando... Es esa sustancia la que provoca los fenómenos naturales.

Sandoval se quedó mirándola de hito en hito.

—Explícate...

Y Cris lo hizo. Le relató el modo en que lo había descubierto, y el episodio con la alegría guineana y las lentejas.

—Joder, Stoian... ¿Cuándo pensabas contarnos todo esto?

—...Iba a hacerlo, pero quería saber quién era Sebastian, y qué tenía que contarme... Además... si lo he hecho, también ha sido por proteger a Rhina, como esa religiosa, ya la has escuchado, ella hablaba de salvaguardarla, y mi hermano pensaba igual...

—¿Protegerla? ¿De qué?

—De nosotros...

Sandoval frunció el ceño. Se sentó de nuevo y estuvo un rato recapacitando.

—Stoian... Sé lo que has sufrido, y... joder, sí, tal vez haya sido culpa mía. Desde que reapareciste, te he dado cancha, y debería haberte apartado del caso, haberte vigilado más y mejor...

—...no creo que...

—¡No! No... Tu implicación en esta investigación era demasiado personal, tu hermano ha muerto, sin contar con la experiencia por la que has pasado... Era mi responsabilidad...

—Espero que ese audio sirva de algo...

—Diría que sí. Definitivamente. Aún tengo que ordenar mis ideas, y vamos a tener que replantear muchas cosas —el inspector soltó un profundo suspiro. Aunque bajo ningún concepto pensaba dejar de investigar la implicación de Balaguer en el caso, urgía poner a Quejada en conocimiento de las novedades aportadas por Cris, para que él hablara con el CIB y corroboraran lo de la sustancia. Necesitaban concretar su origen, y si el asesino buscaba aquel efecto con cada muerte. En cuanto al tal Durango, Dávila ya estaba buscándole. Necesitaban averiguarlo todo sobre él, y evitar que apareciera muerto. En cuanto a Rhina...—... Hay que encontrar a esa niña...

—...si es que existe...

—Si es que existe —admitió él—. Bien, reúnete con Dávila, y buscad a tu amigo, Durango. Estaría bien recuperar la grabadora de tu hermano, y analizar el mail que escribió a Balaguer —estaba al tanto de todo. Dávila le había contado esa parte—... Si Durango es la próxima víctima, será mejor que nos demos prisa, antes de que tengamos que descolgarle de un árbol...

Cris palideció. Era lo que más temía, que Durango anduviese por ahí, a punto de quitarse la vida...

Al salir de la sala de reuniones, Dávila se reunió con ella. La estaba esperando. En su expresión se formuló una pregunta sin palabras.

«¿Qué tal ha ido?»

Cris se encogió de hombros. No había sido fácil, pero ya estaba todo

aclarado. Si Sandoval quería que ayudara a Dávila a encontrar a Durango, significaba que aún contaba con ella, ¿no?

El inspector se marchó enseguida para hablar con Quejada y con el resto del equipo. Necesitaba ponerles en antecedentes y reorganizar los próximos pasos a dar.

Cris meneó la cabeza algo alicaída.

—...supongo que mi hermano me contó algo más que no recuerdo sobre Rhina —le confesó a Dávila, sin apartar los ojos de la espalda de Sandoval—... Creí verla en la sierra, una vez, pero sólo fue una alucinación, supongo... He soñado muchas veces con ella, es como si pudiera sentirla... Pero eso no justifica el temor que siento... ¿Qué pasará si la encontramos, si de verdad existe?

Dávila se encogió de hombros.

—Ya llegaremos a eso —Cris trató de sonreír, sin éxito—. Quédate con esto: Sandoval aún confía en ti. Un día volverás a formar parte de esta unidad.

Entonces puso una mano en su hombro y le dio un leve apretón.

—¿Vamos?

—¿A dónde?

—No pienso dejar que te fustigues todo el tiempo y el jefe quiere que me ayudes, así que... Lo he estado pensando, ¿qué tal si nos dejamos caer por el periódico donde trabaja tu amigo? A ver qué nos cuentan. Tal vez alguien nos diga algo de su paradero, o puede que esté por allí, quién sabe...

—¡No! No... me habría llamado ya...

—...aunque tendrás que portarte bien. ¿Te vienes? ¿O prefieres al arresto domiciliario?

Dávila no esperó respuesta. Antes de que pudiera contestar, ya avanzaba por el pasillo, hacia la salida. Cris no pudo sino seguirle. Caminaba a pocos pasos detrás de él, fijándose en su forma de moverse, ágil y decidida, en su espalda ancha, en su nuca morena, su pelo muy corto... Él se volvió un instante, sólo para comprobar que no se quedaba atrás, y tuvo que desviar la mirada, algo cohibida al recordar que había estado a punto de besarla el día anterior. No habían hablado de ello, pero lo harían, antes o después. ¿Lamentaba que no lo hubiera hecho? No, era mejor así. Dávila acababa de separarse hacía poco, seguramente había actuado movido por un natural despecho hacia su esposa, por la añoranza y el deseo de sentirse querido.

Eso la llevó a pensar en Durango... Una oleada de emociones contrapuestas se adueñó de ella.

El periódico donde trabajaba el fotógrafo se encontraba en San Sebastián de los Reyes, en un soberbio edificio acristalado de siete plantas,

dentro de un polígono empresarial de grandes dimensiones. A Cris se le despertó un gusanillo de inquietud al verse en el vestíbulo. ¿Qué haría si se lo encontraban? ¿Y si la había estado ignorando todo aquel tiempo de forma premeditada? Se resistía a creer que fuera capaz de comportarse así con ella. No tenía sentido... Por otra parte, deseaba con todas sus fuerzas que apareciera. Sólo así alejaría los fantasmas de un probable suicidio. No le perdonaría, pero al menos estaría sano y salvo.

Lamentablemente, estaba segura de que no le vería allí.

Dávila se condujo con seguridad. Se presentó en recepción y mostró su placa. Luego le indicó a la señorita que atendía a los visitantes, una joven de aspecto aniñado y rebosante de simpatía, que necesitaban hablar con Mikel Oyarzabal.

—¿Mikel? ¡Oh! Se refiere a Durango, es que aquí nadie le llama por su nombre, ¿sabe?

—Durango entonces, ¿está en el periódico?

—Creo que sí, le he visto pasar a primera hora, espere un momento...

Cris abrió la boca, llena de asombro y congoja, y la volvió a cerrar. ¿Qué significaba aquello? ¿Así que Durango estaba allí? No podía ser... Tenía que tratarse de una confusión... Una oleada de cólera trepó desde su estómago hasta la garganta, donde se concentró como una bola de plomo, impidiéndole hablar. Su rostro se congestionó. La decepción, la impotencia, la rabia, crecían en su interior de forma ingobernable. Dávila vio cómo se

alteraba, y el rictus amargo que se formaba en sus labios. Simuló no darse cuenta mientras esperaban a que la amable recepcionista, Laura Rubio, según rezaba la chapa identificativa que portaba en la solapa de su chaqueta, comunicara con el despacho del fotógrafo.

Transcurrieron varios minutos de tensa espera. Laura trató de contactar con él varias veces. Cris se regocijó. Ahí estaba, no conseguía contactar con él, ¿y cómo iba a poder hacerlo? Sin lugar a dudas había creído verle, pero se había equivocado.

—...parece que está reunido —les informó al fin con una sonrisa.

La esperanza de Cris se evaporó al instante.

—¿Tardará mucho? —inquirió Dávila.

Laura consultó el reloj.

—Llevan ya más de una hora, yo creo que estará a punto de salir. Le dejaré recado, bajará enseguida. Pueden esperar en esa salita de ahí —señaló tras ellos, con irritante amabilidad—. Adelante, no tardará...

—Venga Stoian, muévete... Pareces una estatua de sal...

Como no reaccionaba, Dávila la cogió del brazo y la arrastró consigo hasta la sala de espera.

—¿Quieres comportarte...? —gruñó en su oído.

La sala era agradable, pequeña, con varios asientos de cuero blanco y una mesita supletoria llena de revistas. También había una mesa redonda, con cuatro sillas alrededor, una máquina de café y otra de agua. Las paredes eran de cristal, lo que les permitía observar el constante trasiego de gente que entraba y salía del edificio, y escuchar el timbre de los teléfonos, repartidos en los distintos despachos que ocupaban aquella planta. Resonaba de fondo, como una banda sonora.

—¿Quieres uno? —preguntó Dávila. Ya estaba sacando algunas monedas de su bolsillo mientras escogía en la máquina de café—. Cris, ¿un café?

Como ella no le contestaba, sacó uno para él, Un capuchino. Apartó una de las sillas dispuestas en torno a la mesa, y se sentó a esperar. Cris daba vueltas muy nerviosa, frenética por ver a Durango y aclarar las cosas. Cuanto antes supiera de qué iba todo aquello mejor.

—¿Se puede saber qué te pasa? —le soltó Dávila a bocajarro—. ¿Por qué estás así? ¿No querías encontrarle? Deberías alegrarte, si está aquí no le encontraremos colgando de un árbol, ¿no era eso lo que te preocupaba?

Cris detuvo su paseo arriba y abajo y le clavó una mirada hostil que sin embargo no causó el menor efecto en su compañero. Su hierática mirada aguardaba a que se explicara.

—...llevo llamándole desde el viernes, le he dejado mensajes contándole lo de Ruby... ¿Y resulta que está aquí? Los amigos no se comportan así... Podía haberme mandado un mensaje, ¡algo! Y yo, estúpida de mí, preocupándome tanto...

—Oye, ¿qué hay entre tú y ese fotógrafo? —se interesó Dávila. Sus ojos castaños la escudriñaron con un leve atisbo de ansiedad—. Porque parece que hubiera algo entre vosotros...

Cris no supo qué contestar. Enrojeció, y al fin enmudeció. Fue entonces cuando un chico fornido y moreno, de aire desenfadado, se asomó a la salita.

—¿Hola? Soy Durango, ¿me estabais buscando?

Cris se quedó helada, pálida e insegura. Dávila se levantó, evaluando el aspecto del fotógrafo con interés.

—Soy el inspector Dávila, y ésta es mi compañera, Cris Stoian...

—¡Cris! Caramba... No te conocía, no en persona al menos, pero tu hermano era un buen tío, colaborábamos muchas veces... Siento lo que le ha pasado...

Se adelantó para darle la mano, pero ella retrocedió espantada.

—Tú no eres Durango —murmuró.

—¿Qué? —el chico estaba desconcertado, y Dávila también. No tendría más allá de veintiocho años y tenía unos alegres ojos grises que ahora les miraban confusos—... Claro que soy Durango...

—¿Mikel Oyarzabal? —se aseguró Dávila, extrañado ante la actitud de Cris.

—Eso es... ¿Qué ocurre?

—No es él —insistió Cris—. No es él, al menos, no es el Durango que yo conozco...

Dávila se acercó a ella y le habló al oído.

—¿Qué pasa Cris? ¿No es él?

—No... Joder, ¡no!

—¿Y entonces con quién has estado todo este tiempo?

Al ver que no tenía respuestas, Dávila se volvió hacia el fotógrafo.

—...¿Me permite su DNI, por favor? —el chico lo sacó enseguida de su cartera y se lo entregó, visiblemente desconcertado. Dávila lo escudriñó—. Discúlpennos, señor Oyarzabal —dijo en pocos segundos—. Parece que ha habido una confusión y no es usted la persona a la que buscábamos. No obstante, me gustaría hacerle unas preguntas. ¿Es posible?

Le enseñó el DNI a Cris para que comprobara, como él, que aquel joven decía la verdad. Él era Mikel Oyarzabal. Ella lo miró sin dar crédito. Se lo devolvió con mano trémula.

—Claro, pueden venir a mi despacho.

—Iré yo. Cris, espera aquí, vuelvo enseguida —Dávila la atajó, en cuanto vio que hacía ademán de seguirles. Bajó el tono y se explicó mejor— ... Estás muy alterada, yo le haré algunas preguntas y aclararé esto. Procura tranquilizarte entre tanto.

Desapareció detrás de aquel joven, el verdadero Durango al parecer... y Cris se desplomó en una de las sillas de cuero, sin poder creer lo que estaba pasando. ¿Y qué estaba pasando? ¿Con quién se había acostado? ¿Quién era ese hombre con quien había compartido tantas cosas? Recordó el día que se lo encontró delante del despacho de Balaguer, en plena calle... Dávila tenía razón, estaba demasiado alterada como para acompañarle.

Se acercó a la máquina de agua y llenó un vaso. Estaba algo mareada y le temblaban las manos. Las preguntas se amontonaban en su mente... Se recriminaba a sí misma por ser tan vulnerable, por no recordar las cosas, por dejarse engañar así.

«...qué estúpida...»

Cuando Dávila regresó, al cabo de veinte minutos, la encontró en el mismo estado de estupor.

—Cris, ¿estás bien?

—No... ¿Cómo voy a estarlo? —se quejó ella.

—Ven, vámonos de aquí.

—¿Qué te ha dicho?

—La última vez que vio a tu hermano fue hace meses. Parece que, como tú dices, colaboraban regularmente. Hacía fotos para sus artículos, pero Daniel dejó de llamarle hace mucho, sin que haya llegado a saber nunca por qué. Luego vio en las noticias que había muerto. Es todo, no sabe más.

—Joder, joder...

—Vamos a necesitar una descripción de tu amigo para poder identificarle.

—Pero no tengo fotos de él...

Habían llegado al coche patrulla. Cris se dejó caer en el asiento del copiloto con aire derrotado. Dávila se sentó en el del conductor.

—...¿recuerdas todos los sitios donde has estado con él?

Cris asintió.

—Claro...

—Bien, pues llamamos ahora mismo a Requena y se los vas señalando todos, dónde y cuándo, a ver si con suerte hay cámaras que hayan podido grabarle.

—...no lo entiendo... ¿para qué habrá hecho algo así?

—Bueno... para acercarse a ti, supongo. Debía de querer algo que tenías, o que sabías.

Algo que tenía o que sabía... ¿Qué podía ser? ¿Y si era algo que sabía Daniel? Tal vez... Recordó que le había sacado fotos, las fotos con aquel chico, seguramente Sebastian. Había dicho que se las había hecho de forma fortuita. También tenía el portátil de su hermano en su casa, y le había pedido su móvil para escudriñar en él... Sí, sin duda estaba interesado en Daniel, no en ella. Así que la había utilizado. ¿Qué buscaba? ¿Había sido todo mentira? Se sintió avergonzada, por haberse dejado engañar, y por

haberse entregado a él.

Dávila llamó a Requena, y ella tuvo que sobreponerse y darle la dirección del cafélibrería «*La Buena Vida*», en la calle Vergara. Había sido allí donde se había reunido con Durango por primera vez. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar qué día había quedado con él, le parecía que había pasado un siglo. También le dijo a Requena que se lo había encontrado en la calle donde Balaguer tenía su despacho.

—...conozco esa calle, estoy seguro de que hay cámaras —la interrumpió Requena con satisfacción—... Es suficiente, me pongo a ello.

Capítulo 42



Permanecer en la nada y vivir contra todo pronóstico. Escuchar su corazón en el silencio de una mazmorra, enterrada a tanta profundidad que el mundo se olvidaría de ella e incluso el universo mismo devoraría su tiempo en la Tierra. Permanecer contra todo pronóstico, sobrevivir, sabiendo que el único propósito de mantenerla con vida era apropiarse de su don y revertirlo, para sembrar la muerte, en vez de crear vida. Rhina era la luz, el origen de todas las cosas... De ella manaba la vida a borbotones, a su lado todo crecía y prosperaba... No podía morir, aunque esto él... aún no lo había comprendido.

A oscuras en su solitario encierro, vigilada día y noche por su carcelero, se hundía en una pesadilla infinita cuyo final era sólo un espejismo. Allí abajo estaba el infierno. Resistía, pese a las cadenas, pese al horror del drenaje que le succionaba la vida gota a gota, esperando... un milagro.

Rhina no hablaba, no lloraba, no suplicaba. Se hundía en aquel lugar, sabiendo que él jamás la dejaría libre. No podía liberarse, pese a su enorme poder, porque había hallado el modo de mantenerla sedada. Adormecido su don, era inofensiva... Estaba en un laberinto, atrapada en una ratonera, sin voz, sin fuerzas, en una profunda oscuridad que mermaba su capacidad... a merced de un carcelero implacable.

Algo debía de haber ocurrido, porque llevaba muchos días sin verle.

Lo normal hubiera sido que, como cada día, bajara hasta ella y comprobara que su drenaje funcionaba bien, que aquella máquina llena de luces y agujas continuaba filtrando su sangre, que las ampollas que iba colocando se llenaban con el elixir que extraía de sus venas. Lo normal hubiera sido que descendiera hasta ella para comprobar que estaba bien alimentada, un suero que él mismo había diseñado introducía en su organismo los nutrientes esenciales que la mantenían con vida... Que inoculara en la bolsa del suero los químicos que le aseguraban que no utilizaría su don... Así era, él aún desconocía que no podía morir.

¿Qué le mantenía lejos de su cubil?

A Rhina le preocupaba que no regresara jamás, no porque deseara que viviera, sino porque temía que le ocurriera algo y nadie la encontrara. Si eso sucedía, pasaría la eternidad atada a aquella camilla, drenada gota a gota en las tinieblas. Y aunque la máquina dejara de funcionar y ella se recuperara y pudiese liberarse de su ataduras, ¿cómo escapar de allí? Se perdería en la oscuridad...

Cerró los ojos y se concentró. A él no le gustaba que hiciera brotar la vida allí abajo, pero ella siempre lo intentaba, luchaba contra la química que dominaba su organismo. Aun con ella, a veces lograba hacerlo, aunque de forma muy pobre, sólo alrededor. Le resultaba paradójico. Llevaba toda una vida manteniendo a raya su don, se acordaba mucho de su madre adoptiva, Zulema. Ella siempre vivió recordándole lo peligroso que era que otros supieran lo que era... Ahora que lo necesitaba, en cambio, le impedían utilizarlo para salvarse a sí misma.

Pero ahora... Él no estaba...

Decidió que... si estaba condenada a permanecer prisionera sin medida, se permitiría desatar la poca fuerza que le permitía desarrollar el sedante. Estaba dispuesta a arriesgarse.

A su alrededor comenzaron a crecer algunas briznas de hierba. Brotó en el suelo, bajo su camilla y algunas flores se abrieron. Su aroma era intenso, pero no desterró el de la humedad y el encierro. Algunas delicadas trepadoras subieron lentamente por las patas de la camilla e incluso rozaron su piel. No logró que alcanzaran el techo, hormigón oscuro, como hubiera querido. En cambio se desplegaron preciosas en torno a ella, con sus zarcillos rizados y sus coloridas campanillas abiertas. No pudo hacer más.

El rostro de Rhina continuaba siendo hermoso. Su piel nívea y perfecta destacaba en la penumbra. Sus ojos esmeralda se posaron en las flores y sonrieron. Sopló hacia ellas, deseando volar, ser libre, regresar al mundo...

Disfrutó de algunos días más rodeada de su pequeña rebelión. Ojalá pudiera escapar de su prisión. Ojalá vinieran a ayudarla...

Cuando él regresó, encontró aquel conato de libertad. Se quedó en el umbral, frío, contemplando la hierba que su prisionera había hecho brotar sin su permiso.

«¿Crees que puedes obrar a tu gusto cuando yo no estoy? ¿Creías que te habías librado de mí?»

No necesitaba hablar. Rhina no lo hacía. Se comunicaba con ella a

través del pensamiento.

«Esto no cambiará nada, bruja...»

«Deja que me vaya, por favor»

«¿Y perder tu don? Jamás.»

«¿Dónde está Sebastian?»

Él sonrió, una sonrisa cruel.

«Está muerto. No volverá»

Rhina lamentó oír aquello. Siempre había mantenido la esperanza de que un día Sebastian volvería por ella... Ya no le quedaban aliados en el mundo, Sebastian era el último. Estaba sola. O tal vez... Tal vez ella... la chica de ojos verdes... Podía sentirla, la había visto, una sola vez...

Cerró los ojos. Ya sabía lo que sucedería a continuación. Le oyó acercarse, percibió cómo encendía un cigarrillo, olió el humo, acre y amargo, inundando la mazmorra... Cuando él quemó su piel, una y otra vez, en el vientre, en sus muslos, en sus manos... abrió la boca para gritar, pero su garganta no estaba preparada para emitir sonido alguno y su alarido se quedó suspendido en su mente.

Luego oyó cómo se movía por la jaula de hormigón y arrancaba la vegetación, haciéndola desaparecer por completo. Normalmente hubiera vuelto a brotar... si ella lo hubiera estado libre. Pero Rhina no podía hacer nada. Se limitó a esperar, mientras sus quemaduras cicatrizaban y se extinguían sin dejar rastro sobre su piel.

«...tengo algo que hacer. No vuelvas a jugar a ser la reina de la selva o tu castigo será peor...»

Cuando él se fue, Rhina quedó de nuevo envuelta en aquella oscuridad. El olor dulzón de las plantas con las que él trabajaba poblaba el aire, viciándolo, el olor de la muerte. Lloró lágrimas de cristal, suplicando por volver a ver la luz del sol, los bosques, los ríos...

Su voz canturreó en la nada una letra desesperada...

«...Arráncame esta locura,

arráncala y arrastra la pérdida y el dolor...

Quítamela, quítamela.... no la soporto.

*Arráncame las dudas y el miedo,
arrebátame para que no pueda caer,
sostenme hoy, ya que no ayer,
ya que no mañana...*

*Sostenme aún lo que dure este tiempo,
mi tiempo perdida,
para que pueda trepar, subir...
y mirar desde arriba,
por encima de esta bruma de muerte en vida
que se derrama alrededor...*

Por encima, hacia lo alto,

donde no llegan las sombras...

Sostenme un poco más,

ízame más alto,

sobre las nubes,

sólo hoy, sólo un instante,

ya que ayer no hubo tiempo,

o no tuviste ocasión...

o no quisiste hacerlo,

o no llegaste,

o tuviste miedo...

Arrebátame de su canción,

no me gusta la letra,

es triste, es del ayer,

habla de muerte,

y se me clava en el alma.

Ven y borra las huellas,

antes de que me hunda en ellas,

mientras las lágrimas abrasen

y aún las sienta ardiendo sobre la piel,

para que el aire llegue hasta mí y pueda ver la luz...

Ven y arráncame de este infierno en vida.

No quiero estar aquí,

quiero sentir, quiero volver a la vida.

Yo soy la vida...

¿Lo recuerdas?»

Allí abajo el silencio era su respuesta. Cuando terminó su canción, se supo sola.

«*Cris...*, ¿*dónde estás?*», pensó.

Capítulo 43



Cris se derrumbó en el sofá, con Max tendido a su lado. Cerró los ojos. Estaba agotada, física y emocionalmente. Había sido un día largo y duro. Aún le costaba racionalizar que Durango fuese un impostor. Había tenido que pasar el día ayudando a Dávila y al resto del equipo, aportando todo cuanto recordaba para que pudieran localizarle cuanto antes. No sabía cómo sentirse al respecto.

Dudaba. Dudaba una y otra vez de quien había sido un amigo, su amante, siquiera por una noche. ¿Temer por él, o temerle a él?

Después de visitar el periódico y descubrir quién era el verdadero Mikel Oyarzabal, alias «*Durango*», Dávila había avisado de inmediato a Sandoval, y éste les había ordenado regresar cuanto antes a comisaría. Les había asegurado que Requena ya estaba al tanto y se habría puesto manos a la obra para cuando llegaran, pero necesitaba a Cris para identificar al hombre que la había estado engañando. El especialista al fin había obtenido las grabaciones correspondientes al día y la hora en que Cris tropezó con Durango por primera vez, imágenes recogidas por las cámaras apostadas en la calle donde Balaguer tenía su gabinete de abogados. Servirían para identificarle. A falta de otro nombre, continuaba llamándole Durango.

Se había esforzado mucho, en su afán por colaborar y aclarar las cosas. Quería que le encontraran. Quería saber quién era en realidad y por qué se había acercado a ella envuelto en mentiras. Cuando Dávila se lo había

preguntado, no había sido capaz de decirle dónde vivía. Ahora se daba cuenta, él jamás le había dado su dirección. De hecho, jamás le había contado detalles de su vida. ¿Qué sabía? Ni siquiera estaba segura de que los recuerdos del verdadero Durango le pertenecieran, tal vez todo cuanto creía saber procedía de algo que él mismo había dicho intencionadamente, para que ella sacara las conclusiones que le convenían...

«*Qué retorcido...*», pensaba una y otra vez.

—Stoian, acércate —Requena estaba inclinado en su puesto, delante de una gran pantalla de ordenador. Se había vuelto hacia ella y la había señalado—. Éste es el fragmento donde aparecéis. Ésta eres tú...

A Cris se le había encogido el estómago. Allí estaba ella, junto a Durango, que se agachaba para recoger su bolsa con la cámara. Se vio a sí misma tan frágil...

—...Soy yo... Tropecé con él y le tiré la bolsa al suelo...

Dávila y ella se habían colocado uno a cada lado de Requena y se inclinaban para ver mejor la pantalla, por encima de sus hombros.

—...Voy a ver si en algún momento se vuelve hacia la cámara, para que podamos captar su rostro...

Requena había avanzado la grabación hacia delante y de nuevo hacia atrás. Vieron que ella y Durango conversaban. Estaban muy cerca el uno del

otro. Requena avanzó un poco más, y luego retrocedió, hasta que apareció el momento antes de que tropezaran.

—...fíjate... Menudo cabrón... No tropezaste con él, Stoian —Dávila la llamaba por su apellido sólo cuando estaban en la unidad o delante de sus compañeros—, él te atropelló. Mira, ahí se ve que viene desde la otra dirección. Tú estás distraída.

Era así. Había salido del gabinete de Balaguer tan agobiada que ni siquiera le había visto. Se apreciaba con claridad que Durango sí que la había descubierto, la reconocía, y cambiaba de dirección. Se iba directo hacia ella para provocar el encuentro. Luego se había hecho el sorprendido.

A Cris se le había subido la sangre a la cabeza al recriminarse por ser tan torpe.

—...las cámaras no mienten —había murmurado Dávila. Cris recordaba su mano oprimiendo su hombro—. Menudo elemento.

—Aquí está, se ve bien, ¿no?

Requena había congelado un plano en el que se distinguía bastante bien el rostro de Durango, en el momento en que se giraba para marcharse.

—Sí —había un cierto aire de triunfo en los ojos de Dávila—. Le tenemos. A ver si está en la base de datos.

—¿La base de datos? —Cris no sabía cómo trabajaban para identificar a alguien a partir de una imagen. O sí, pero como le pasaba con todo, no lo recordaba.

—Perdona, se me olvida que estás amnésica —Dávila había sonreído —... Tenemos un «*software*» capaz de comparar el rostro de una persona entre millares de fotos de archivo.

—¿Qué probabilidades hay de que le identifiquéis a partir de una imagen?

—Antes no tantas, hoy los programas han mejorado mucho y por suerte contamos con lo más avanzado en este campo. Si está fichado, aparecerá. Y si no, hay otros métodos de identificación facial a través de internet. La mayoría de las personas usan alguna red social.

—¿Y si no es así?

—Si nuestro amigo es tan escurridizo, al menos ya sabemos cómo es gracias a las cámaras. Distribuiremos su imagen entre los distintos cuerpos de policía. No te preocupes, le localizaremos...

—Me dijo que te conocía, a ti y a Sandoval...

—Mentía. No conozco a ese tipo. Tampoco conozco al verdadero

Durango. Apuesto a que Sandoval tampoco.

Cris se había encontrado mal, revuelta y mareada. Al verla, Dávila había guardado silencio. Se había cruzado de brazos y había mirado a Cris con preocupación.

—¿Qué pasa...

—Tienes mala cara.

Cris sonrió al pensar en ese momento. Había estado deseando marcharse desde que saliera del periódico, pero no se había atrevido a decirlo.

Ahora, despatarrada en el sofá, rumiaba sus heridas en la quietud de su apartamento. En la puerta estaban sus protectores, dos policías uniformados que imponían con su sola presencia, algo que ahora ya no le resultaba tan molesto, sino al contrario: era tranquilizador tenerles cerca.

Se sentía vulnerable.

Dávila se había ocupado de sacar a Max a la calle antes de marcharse. Se estaba portando muy bien con ella. Además, seguía sin hacer referencia al episodio del nobeso, algo que le agradecía. No había vuelto a intentarlo, y actuaba de forma distendida, como si quisiera asegurarse de que comprendía que no pretendía avasallarla.

«Bien por ti, Dávila...»

A Ruby Dávila siempre le había caído muy bien, al contrario que Durango. ¿Había intuido que era un farsante? Siempre había sido muy buena calando a la gente...

Ruby...

Miró el reloj. Las agujas se empeñaban en robarle el tiempo. Era muy tarde, más de las once... Llevaba tirada en el sofá un buen rato, absorta en sus pensamientos. Ni siquiera se había molestado en encender la luz, sino que permanecía a oscuras. En la penumbra lograba esconder la fragilidad, las dudas, y todo el dolor. En la penumbra se mitigaba la realidad.

Fuera llovía otra vez, aunque a ella no le molestaba, era relajante escuchar el rítmico golpeteo del agua en los cristales. Tampoco había querido encender la televisión. En las noticias que ocupaban los canales no se hablaba de otra cosa que de la invasión natural que se estaba expandiendo por Madrid de forma imparable, y de la muerte de las víctimas que se habían ido suicidando sin que la policía fuera capaz de ponerles freno. Era algo surrealista, cada día había más calles invadidas por bosques que crecían sin parar, los edificios sucumbían bajo la fuerza de las plantas que trepaban por sus fachadas, ciervos, conejos, algún jabalí e incluso lobos, estaban apareciendo como por arte de magia...

¿Hasta cuándo? Cada nuevo escenario de un suicidio se convertía en un punto clave donde germinaba la semilla de la creación. A ella casi le producía satisfacción ver cómo la naturaleza recuperaba su espacio, cómo devoraba el asfalto y de paso ponía en jaque el afán del hombre por imponer su compulsiva forma de vivir al resto de los seres vivos. Lo que estremecía

sus sentidos era la naturaleza de los suicidios, las víctimas inocentes.

Cris se levantó y se fue arrastrando los pies hasta su dormitorio. No quería pensar más en todo eso.

Se lanzó en plancha sobre la cama y dejó que sus músculos se amoldaran al confortable colchón. La calidez del relleno nórdico era muy agradable. Podría quedarse dormida así mismo, vestida sobre la cama... Pero hizo un esfuerzo, se levantó y se cambió. Su figura delgada era apenas una sombra en la habitación. Últimamente dejaba siempre la persiana subida y las cortinas corridas. Le daba miedo la completa oscuridad.

Se acostó y cerró los ojos. Max se tumbó a sus pies, como siempre. Su peso era agradable. Enseguida notó el calor que emanaba su cuerpo. Tanteó buscando su cabeza. Quería sentirle. Cuando la encontró, acarició sus orejas y enterró los dedos en el pelo de su cuello. Él lamió su mano. Su respiración pausada... la suya propia...

Se dejó llevar. Ni siquiera se dio cuenta. Se durmió casi enseguida. Su mente se distendió, mecida en la apacible quietud del dormitorio. En aquella parte de Malasaña apenas pasaban coches a aquellas horas, por eso había escogido aquel apartamento. Ruby siempre había estado tan cerca... Ya no...

«...Ruby estaba sentada a su lado en la playa. Compartían una tarde espectacular en alguna pequeña población costera bañada por el sol. Sonreían las dos, mientras dejaban que sus pies se hundieran en la arena. Las olas bañaban sus piernas. Era agradable sentir la brisa marina en sus cuerpos bronceados por el sol. Ruby le agarró la mano con cariño y fijó sus preciosos ojos azules en los suyos.

»—*Siempre te he querido... Incluso sabiendo que tú a mí no, no al menos de la misma forma.*

»*Cris se sonrojó y agachó la cabeza para ocultar su incomodidad. Al hacerlo, descubrió que sus cicatrices habían desaparecido. Su vientre, sus muslos, sus brazos... estaban libres de marcas. Sonrió aliviada...*

»—*No tienes que avergonzarte, no pasa nada —continuó Ruby.*

»—*¿Por qué no me lo habías dicho antes?*

»—*...sé que no me correspondes. Tenía miedo de perder tu amistad, supongo... Pero ahora sé que ha sido una tontería. Te conozco, debería haber sabido que podía confiar en ti.*

»—*Sí, siempre...*

»*Cris sonrió, y Ruby le devolvió la sonrisa. Su largo cabello oscuro se agitaba con la brisa, rizos de color azabache, que brillaban bajo la luz del sol.*

»—*Quiero que vuelvas —musitó Cris abrazándola—... Por favor, vuelve... ¿Qué voy a hacer sin ti? ¿En quién confiaré? No me queda nadie más...*

»—...no puedo volver... Perdóname Cris, perdona... No lo vi venir...

»Ruby se separó de ella. Sus ojos, azules como el inmenso mar que tenían ante ellas, se velaron con una turbia sombra de amargura. Había algo en el fondo de su mirada, un reflejo tal vez...

»Aparecieron algunas nubes en el horizonte, y el cielo se fue encapotando. Ruby se volvió para observar el fenómeno.

»—...ya viene, Cris, ten cuidado, ya viene...

»Cris miró también hacia el cielo, impresionada por la velocidad a la que se estaba cubriendo. Las nubes, al principio altas y algodonosas, se volvieron negras. La voz de Ruby penetró en su conciencia. Al girarse para contestarle que no tenía de qué preocuparse, se dio cuenta de que estaba sola en la orilla de una playa tenebrosa.

»La llamó, pero la brisa se llevó su voz, una brisa que fue creciendo en fuerza hasta transformarse en viento que lanzaba la arena contra su piel, arena que volaba alrededor como dardos punzantes. Cris se encogió para protegerse, pero estaba desnuda. Sus muslos de nuevo mostraban aquellas horribles cicatrices, y su vientre, y sus brazos... La mancha en su muñeca quemaba, ardía como si el fuego habitara en ella.

»Cris gimió. El cielo, cada vez más tormentoso y oscuro, se ennegreció del todo y ya no pudo distinguir la orilla ni el mar. Estaba sola

en la oscuridad. Se agachó, protegiéndose el rostro con los brazos, se tumbó hecha un ovillo, luchando por creer que estaba dormida...

De pronto abrió los ojos y se encontró en su habitación...

Estaba despierta... y no lo estaba. Apenas veía nada. Allí no llovía, no soplaban el viento, estaba a salvo... O no.

No estaba sola. Lo percibió en el ambiente, alrededor...

No lograba enfocar la vista, todo era borroso, un entorno cambiante que se distorsionaba como si le pasara algo a sus ojos, o su mente retorciera la realidad...

Llamó a Max. No estaba a su lado. Tanteó alrededor, buscando los límites de los objetos que la rodeaban sin encontrarlos. El espacio en torno a ella oscilaba y ondulaba confundiéndola. Imposible distinguir las formas de las cosas. Sabía que estaba en su cama porque sentía el colchón y las sábanas, el relleno, la almohada... un mar de arenas movedizas en el que su cuerpo se hundía.

Una sombra, una figura, se alzó de pronto muy cerca, junto a la puerta tal vez. Alguien había entrado en el piso. ¿Cómo? ¿Y los policías de la entrada?

—¡¡Max!!

Su voz se prolongó como un eco gutural. Se la tragó el tiempo y el espacio.

Un gemido llegó hasta ella. Cris estaba de rodillas, se hundía en el colchón. Volvió a llamar a Max, tanteó en aquella oscuridad retorcida, rezando porque fuera una pesadilla... Ante ella, creyó distinguir a un hombre de pie. Sostenía algo en alto, algo grande que se retorció llorando. Sintió que era Max, que gemía suplicando, creyó ver sus ojos dorados mirándola a través de las sombras, mientras el hombre lo sujetaba en alto y le hacía algo... Eran dos formas confusas que se mezclaban con el entorno, como si pintor loco trazara pinceladas al azar, desdibujando la escena en un cuadro de locura donde apenas se distingue nada.

Cris aulló, extendió los brazos tratando de ayudar a Max, pero su cama era un navío que zozobraba en la oscuridad y no podía alcanzarle, ni moverse, ni hacer nada más que ser testigo del horror que se había colado en su apartamento...

Despertó sudando, destapada por completo y desnuda sobre su cama.

Se quedó muy quieta, esperando... Por fortuna todo estaba tranquilo. De vuelta a la realidad...

Había amanecido un día luminoso y soleado. Aún temblaba y el

corazón tamborileaba frenético en su pecho. Había sufrido una de las peores pesadillas que recordaba haber tenido nunca. Parpadeó, y dejó que el tiempo planeara sobre su mente aún horrorizada, por unos instantes... Luego alzó la cabeza, despacio, y buscó a Max. No estaba en la cama. Se incorporó un poco sobre el codo. Miró con valentía alrededor.

Todo estaba tal y como lo había dejado el día anterior. Salvo ella, que estaba desnuda, el orden reinaba en la habitación. Seguramente Max se habría trasladado a su lugar favorito en el sofá del salón, solía hacerlo muy a menudo. Le habría echado a empujones mientras soñaba.

Su pijama estaba en el suelo, hecho una bola. Alargó el brazo y lo recuperó. Hacía fresco para estar desnuda... Se cubrió el cuerpo. No le gustaba desde que lucía aquellas marcas zigzagueantes. Luego se levantó. Le dolía todo.

—¿Max?

No se oía nada.

Cris dio unos pasos sobre la mullida alfombra que cubría el suelo de la habitación. El reloj sobre la mesilla marcaba las diez de la mañana. Había dormido trece horas. No era de extrañar que tuviera la mente tan embotada.

La muñeca... le ardía la muñeca... Revisó la mancha, más roja que nunca. Sentía cómo le hervía la piel en el lugar donde la tenía, quemaba por dentro e irradiaba hacia fuera latigazos hirientes difíciles de soportar... Un gemido brotó entre sus labios.

—Mierda... ¡Max!

Ya debería haber acudido a su lado.

Abrió la puerta del dormitorio y salió al pasillo. La luz del día lo bañaba todo. El sol entraba a raudales por la ventana de la cocina, a su derecha. Cris avanzó, ahora más insegura... hacia el salón.

La puerta estaba cerrada. Ella nunca la cerraba... Un escalofrío le subió por la espalda y estalló en su mente con una sacudida. ¿Por qué estaba cerrada? Por eso Max no acudía a su llamada.

Alargó la mano y giró el picaporte, despacio... Cerró los ojos. ¿Por qué no se atrevía a mirar? Abrió la puerta y se quedó en el umbral, atenta, voluntariamente ciega, esperando... Un silencio sepulcral lo llenaba todo. Max ya debería estar a su lado... Un hedor dulzón muy familiar inundó sus fosas nasales...

—¿Max...? —murmuró con la voz ahogándose en su garganta—. Max, joder...

Nada se movió.

Abrió los ojos...

Max colgaba del techo, ahorcado. Max estaba muerto. Se balanceaba suavemente, pendiendo del extremo de una soga sujeta al techo con una especie de argolla, como Daniel... El suelo estaba lleno de sangre, su pelaje estaba lleno de sangre... Un profundo corte en su cuello era la causa.

Un aullido brotó desde el fondo de su alma y estalló, rompiendo la calma de aquella mañana de sol. Cris cayó de rodillas, con los ojos desorbitados, gritando sin poder contenerse, mientras se llevaba las manos al pecho como si... alguien, o algo... le estuviera arrancado el corazón.

Cuando una sombra se alzó tras ella, Cris ni siquiera se movió. Percibió aquel hediondo olor dulzón, se le llenó la boca de ese sabor amargo y acre, y, como en sus sueños, supo que él estaba allí. Sintió con nitidez su presencia, el que hurgaba en su cerebro, el que domeñaba su mente y hurtaba sus recuerdos, el asesino de Max, con las manos aún ensangrentadas...

Transcurrieron dos horas antes de que la puerta de la entrada del apartamento se abriera al fin. Los dos agentes destinados allí para la protección de Cris Stoian entraron en tropel, con sus chalecos del cuerpo nacional de policía, cuyas letras CNP destacaban en el pecho y la espalda, bien visibles, y las pistolas reglamentarias en mano. Estaban confusos, algo aturridos. Su instinto les decía que algo iba mal, muy mal. Ninguno de los dos recordaba lo ocurrido en las últimas horas.

Al ver al pastor alemán colgando del techo en el salón, se frenaron en seco, demudados por la impresión, con la duda en el rostro, el asombro y la

culpa. ¿Cómo era posible que algo así hubiera pasado en sus narices? No se habían movido en toda la noche de su lugar...

—Mierda...

Uno de ellos, Valbuena, se acercó al cadáver. Aún le dolía la cabeza y el vértigo hacía que caminase inseguro, pero lo que peor llevaba era no ser consciente de lo que había pasado. Él y su compañero acababan de regresar a la realidad, desorientados y espesos. No habían necesitado hablar para saber que habían estado fuera de juego durante un lapso de tiempo indeterminado. No tenían modo de saber cuánto habían estado así... ¿Una hora, dos... más? Habían estado despiertos y dormidos, en su puesto, pero inanimados, ausentes, obnubilados...

Rodeó con cuidado el cuerpo inerte del enorme perro de Stoian. Alrededor no había nada fuera de su sitio. La atroz escena le repelía aún más en medio del limpio salón. Después se reunió con su compañero, Orozco, y empezaron a recorrer el apartamento. Ninguno había vuelto a enfundar el arma. Fueron a la cocina, al baño, al estudio... y por último al dormitorio de Stoian. La puerta estaba entornada. A una señal de Orozco, entraron. El dormitorio estaba vacío y silencioso, la cama deshecha, la persiana subida. Ni rastro de Stoian. Orozco bajó el arma, pálido, y Valbuena le imitó.

—...joder... no está —murmuró con aire contrito—... Hay que dar parte...

—Y qué vamos a decir...

—La verdad... Que nos han drogado.

Valbuena no supo responder. Estaba seguro de haber cumplido con su labor. Ni él ni su compañero se habían apartado un solo instante de la puerta del apartamento. ¿Cómo era posible que alguien se hubiese colado en él y hubiese degollado al perro?

Orozco le hizo un gesto a Valbuena. Enfundó su arma y llamó a Sandoval. Enseguida le hizo un resumen de lo ocurrido, mientras su compañero daba media vuelta y repasaba el piso.

—...ya vienen —anunció Orozco al poco.

Se había asomado al salón, donde estaba Valbuena, pálido y muy nervioso. Éste se volvió y puso los brazos en jarra. Iban a tener que dar muchas explicaciones, explicaciones que no tenían.

—Joder, pobre animal, me pone los pelos de punta dejarlo ahí colgado...

—Si lo tocas Sandoval te pone de patitas en la calle.

—Ya lo sé joder —se molestó Orozco—... Cómo puede ser...

El pastor alemán pendía de la soga, inmóvil. La cabeza colgaba laxa, inclinada sobre su poderoso pecho, las patas delanteras levemente

levantadas... La larga cola casi rozaba el suelo ensangrentado.

Los dos policías se quedaron mirándolo. El día anterior habían estado jugueteando con él antes de que Dávila se lo devolviera a su dueña.

—...no puede ser —insistió Orozco.

Capítulo 44



Cuando Dávila llegó al apartamento, Quejada aún estaba junto al cadáver de Max. Los técnicos trabajaban en la escena recopilando huellas e indicios. El forense apenas le saludó con un gesto de circunstancias.

Sandoval también estaba allí. Le saludó de mal humor. Sus ojeras evidenciaban la falta de sueño y el estrés al que estaba sometido. De inmediato le puso al corriente de todo. Dávila escuchó atento, conteniendo sus sensaciones. No lograba apartar la mirada del cadáver de Max. Había estado jugando con él el día anterior, lo había sacado a la calle, como un favor hacia Cris... Y ahora estaba allí, degollado, y ella había desaparecido. Lo que más temían había ocurrido en sus narices. Los dos agentes, bajo cuya vigilancia había ocurrido el secuestro y el cruel asesinato del perro, hablaban con Castillo en la cocina.

A todos les embargaba una amarga impotencia. La tensión era palpable. Por supuesto, nadie dudaba de la palabra de Valbuena y Orozco, que habían estado montando guardia durante la noche, pero aun así, estaban teniendo que responder muchas preguntas. Sandoval estaba muy preocupado por la suerte de Cris Stoian.

—¿Es seguro que ha sido secuestrada? —Dávila preguntó sabiendo de antemano la respuesta—... Puede que haya salido huyendo... ¿Habéis adelantado algo? ¿Qué dicen ellos?

Señaló hacia Orozco y Valbuena.

—Están desconcertados. No saben qué ha pasado. No se han movido de su puesto, y no hay forma de que alguien se haya colado en el apartamento por las ventanas, así que... Quejada cree que están bajo la influencia de ese derivado de la «escopolamina». Alguien los ha dejado fuera de juego.

—¿Como con Ruby Quintana? —Sandoval tuvo que asentir, con una malsana frustración devorando sus entrañas—. ¡Joder! ¡Joder!

Se giró y soltó un puñetazo contra la pared, frustrado, furibundo, incapaz de canalizar la ira... Dávila presenció su reacción en silencio, desde el miedo que la ausencia de Cris le provocaba. Si era cierto y había caído en manos del psicópata de los suicidios...

Sandoval se encaró a él, fruncido el ceño, ahora severo y frío. Se había recompuesto en una fracción de segundo. Tenía que hacerlo. Dávila inspiró con fuerza, los ojos castaños velados aún por aquel miedo irracional, un rictus amargo en la boca, los puños crispados... Sacudió la cabeza, la agachó, se puso con los brazos en jarras y respiró profundamente.

—...Tenemos que mantener la cabeza fría, Dávila. Dejemos los sentimientos a un lado, porque si queremos recuperar a Stoian con vida vamos a tener que trabajar contrarreloj, ¡todos juntos!

Dávila asintió, y en su corazón se formó un nudo emocional que ya

no le abandonaría en los siguientes días.

—Bien, escucha con atención: Quejada acaba de confirmar que Ruby Quintana ha dado positivo, tenía esa sustancia en sangre, lo que significa que estaba bajo su efecto, y ya sabemos que en la composición de la droga que usa el asesino siempre está ese derivado de la «*escopolamina*», lo que la habría inducido a matar a Sebastian Ciobotar y a quitarse la vida después.

El forense se lo había confirmado nada más llegar al apartamento. Dávila no tuvo que pensar mucho para atar cabos. Sandoval le estaba contando aquello porque Orozco y Valbuena también habían estado bajo los efectos de esa droga.

—...Le resulta demasiado fácil acercarse, y si puede inocular a cualquiera esa mierda...

—Joder, puede hacerlo de muchas formas, no ha tenido ni que tocar a Orozco y Valbuena, basta que haya fingido ser un vecino y al pasar a su lado —hizo un gesto para simular que soplaba hacia Dávila—... Ni siquiera habrán tenido tiempo de reconocerle. Está jugando con nosotros, ese cerdo se cree superior y quiere demostrarnos que puede hacer lo que le de la gana... Y lo está consiguiendo...

Dávila estaba de acuerdo. En ese momento los técnicos descolgaban a Max del techo. Deseó que lo metieran en una bolsa de una vez, para no tener que verlo.

—Está bien —murmuró—... ¿Hay algo más que deba saber?

—El CIB ha corroborado ya lo que nos contó Stoian. La sustancia, a la que han denominado «*origen*», es la que provoca los fenómenos naturales, y se parece mucho a la savia de las plantas. Han estado haciendo pruebas, con «*escopolamina*», y han descubierto que la combinación es letal, no sólo es que anula la voluntad, sino que establece un vínculo entre quienes la consumen, a un nivel cerebral y emocional. Esto les ha llevado a pensar que con toda probabilidad el asesino es también consumidor de la droga, aunque él actúa como sujeto dominante en el enlace que crea con sus víctimas. Quejada cree que nuestro hombre tiene amplios conocimientos de química, si ha logrado sintetizar una droga así. Seguramente ha sido capaz de desarrollar una fuerte variante que le permite permanecer lúcido y controlar la situación y sus recuerdos. Ya he hablado con nuestro experto para que añada eso a su perfil.

—Un lumbreras... ¿Así que nos las vemos con un «*cocinero*»? —inquirió Dávila—. Deberíamos apretarles las tuercas a los de estupefacientes, a ver si averiguan de una vez de dónde viene ese derivado de la «*escopolamina*».

—Ya he hablado con ellos, es posible que nos puedan decir algo en las próximas horas, están siguiendo una pista fiable. ¿Qué hay de las grabaciones del reloj?

Sandoval se refería a un reloj que Jacobo Balaguer portaba en su muñeca cuando murió, y en el que nadie se había fijado hasta entonces. Al devolver sus efectos personales a su madre, Lucía Espósito, ésta lo había cogido, con lágrimas en los ojos, y le había contado al agente que se los entregaba, sin darle importancia, que se lo había regalado como una curiosidad, un «*reloj cámara*» que había comprado en «*La Tienda del Espía*». Por suerte, el agente había reaccionado y enseguida lo había requisado. De

inmediato lo habían enviado a los técnicos para que extrajeran sus posibles grabaciones y comprobaran si contenía algo de interés. Sin embargo, para ser un producto del bazar de una tienda de espías, el artilugio era bastante sofisticado y estaba bien protegido. Les estaba costando recuperar sus archivos. Habían tenido que buscar al fabricante. Dávila había estado trabajando en ello, por eso había tardado más en llegar al apartamento.

—...Ha costado, pero creo que al fin tenemos algo —aseguró. Al menos podía darle a Sandoval alguna buena noticia—. Los técnicos aún están descomprimiendo los archivos, pero me ha dado tiempo a ver algo antes de venir hacia aquí. Se trata de una secuencia de un minuto de duración. Parece que estuvo en algún subterráneo.

—¿Dónde?

—Es complicado saberlo, Madrid oculta bajo el suelo kilómetros de pasadizos, y aún hay una buena parte de ellos que no se conocen. He contactado con la unidad de apoyo del subsuelo de la policía. Si alguien puede ayudarnos son ellos... De todos modos no estamos seguros de que tenga algo que ver con el caso. El fabricante del reloj asegura que el dispositivo no sólo registra imagen, sino las coordenadas del lugar donde se graba, así que es cuestión de poco tiempo que averigüemos dónde estaba Jacobo cuando activó esa grabación...

La mayoría de los madrileños habían oído hablar del misterioso universo oculto bajo su ciudad, un dédalo laberíntico de alcantarillas, pasadizos y túneles, tan amplio como desconocido, que abarcaba miles de kilómetros. La unidad de apoyo de subsuelo se encargaba de inspeccionar esa red de alcantarillado y galerías de servicio, para prevenir atentados y robos por el procedimiento del «*butrón*». Dávila estaba nervioso.

Sandoval hizo un gesto de impaciencia.

—...y lo hemos tenido todo este tiempo en una caja...

Se volvió hacia Castillo. Aún estaba hablando con Valbuena y Orozco. Sus caras eran un poema. Estaban tan frustrados como los demás.

—Me pregunto si aún les dura el efecto de esa droga... —murmuró Sandoval.

—Imposible saberlo —Quejada se había acercado. Había acabado su trabajo allí—. Yo me retiro, tengo mucho que hacer, si le parece bien, claro, ¿inspector?

—Llámeme si usted o el CIB hacen nuevos avances.

El forense se despidió y abandonó el apartamento. Mientras tanto, se llevaron el cuerpo de Max, metido en una gran bolsa negra. Había un olor nauseabundo en todo el piso.

—Joder, ¡que alguien abra las ventanas! —se quejó Dávila.

Era el mismo hedor del almacén del cura, donde había estado Jacobo Balaguer. Un técnico le oyó y se apresuró a abrir la ventana del salón. El aire

de la mañana entró, fresco y agradable. Todos lo agradecieron.

—Vamos a ver, Dávila, quiero que sigas centrado en tu trabajo. Si hay algo en ese reloj lo quiero ya. El tiempo corre contra Stoian.

Dávila asintió. Los últimos acontecimientos dibujaban un perfil del asesino más complejo. Ahora que sabían que había inducido a Ruby Quintana a asesinar a Sebastian Ciobotar y a suicidarse después, podían colegir que no sólo buscaba matar a sus víctimas mediante la sugestión, obligándolas a auto mutilarse y a quitarse la vida, sino que también utilizaba la droga para convertir a sus presas en serviles marionetas de las que se valía para perpetrar otros asesinatos. Se mantenía a distancia de la muerte, pero estaba conectado con las víctimas y podía sentir lo mismo que ellas sentían. Así disfrutaba de la muerte y del dolor, experimentándolo en primera persona. Era espeluznante.

Sin embargo, lo del perro de Stoian establecía una discrepancia. Todo indicaba que se había ocupado personalmente de Max. Quería demostrarles únicamente que era capaz de acercarse sin que pudieran impedirselo... ¿o era que con Stoian se trataba de algo más... personal? Sandoval estaba convencido de esto último. Nunca se había sentido tan impotente.

—¿Puedo echar un vistazo al piso? —Dávila señaló hacia el dormitorio.

Sandoval se encogió de hombros.

—...Los técnicos ya han terminado, adelante. No tardes —le advirtió.

Dávila se volvió hacia el inspector para hacerle un gesto, pero éste ya no le miraba. Se había reunido con Castillo.

Era mucha la presión que estaba soportando. El caso ya no era sólo cosa de la unidad de homicidios de la policía nacional, sino que se estaban involucrando todos los cuerpos de seguridad del Estado, sobre todo la guardia civil. La UCO estaba ayudando a la unidad de estupefacientes de la policía nacional. Había mucho que abarcar, además del rastreo de la droga que utilizaba el asesino o las misteriosas muertes. La ciudad entera había sucumbido al caos, con aquella vegetación invadiéndolo todo. El esfuerzo para contener la aparición de animales salvajes en las calles o el avance de la naturaleza se estaba volviendo sobrehumano, y todas las medidas adoptadas hasta el momento estaban resultado inútiles. Era de esperar que si los distintos cuerpos policiales aunaban esfuerzos, serían más eficaces a la hora de atajar el fenómeno que estaba sumiendo a Madrid en la tragedia.

Había miedo entre los ciudadanos, por las redes circulaban toda clase de rumores acerca del psicópata que estaba sembrando el terror, al que ya atribuían la capacidad de dominar las plantas. Había muchas teorías al respecto, e incluso había quienes defendían que estaban asistiendo a un golpe de terror de un defensor de la naturaleza, alguien que quería llamar la atención y lanzar un mensaje contundente. Dávila no estaba de acuerdo con eso. Ningún ser humano tenía la capacidad de desencadenar algo tan descomunal. Creía que más bien estaban asistiendo a dos fenómenos separados, uno, el de los asesinatos, perpetrados por una mente enferma, y otro accidental, que se originaba cuando las víctimas se desangraban y liberaban esa extraña sustancia sobre la tierra. Esto último tenía que ver con la droga que se les suministraba, compuesta por el derivado de la «escopolamina» y esa otra sustancia que les traía de cabeza, «origen», según la había bautizado el CIB, el único componente que, tal y como les había demostrado Cris, tenía el poder de generar vida. La cuestión era, ¿de dónde

venía esa sustancia? ¿Qué era?

Dávila se asomó al cuarto de Cris con cierta cautela. Entró y cerró la puerta tras él. Esperaba tener algo de intimidad. Se acercó, pisando con cuidado sobre la alfombra, hasta la cama. Puso una mano sobre las sábanas. Estaban frías.

Sabía que los de la científica habrían sido meticulosos en extremo, pero no pudo evitar ser cuidadoso. Rodeó la cama y se agachó. No había nada bajo ella. ¿Y qué había sido del móvil de Cris? No lo habían encontrado en la casa, lo que significaba que lo tenía consigo, o que su secuestrador había tomado la precaución de llevárselo.

La luz entraba a raudales a través de la ventana. Sobre la almohada estaba el trozo del collar de Max que quedaba una vez que Cris había separado la otra parte, la que tenía el «*pendrive*». Los técnicos no lo habrían considerado importante y lo habían dejado allí. Dávila lo rescató y se lo guardó en el bolsillo, apretándolo con la mano. Cerró los ojos e inspiró con fuerza. Allí el olor dulzón no era tan evidente, sino que prevalecía el perfume de Cris. Se sentó en la cama y enterró la cabeza entre las manos. Necesitaba unos momentos para estar a solas, para pensar y procesar todo lo que inundaba su corazón. Era muy consciente de que podía perder a su compañera para siempre... ¿Y si la encontraban descuartizada en cualquier calle? ¿Qué haría entonces?

Desde que había regresado, Cris parecía más vulnerable... y lo era. Dávila frunció el ceño. Contenía a duras penas la rabia y la frustración que, como a Sandoval, le llenaban el alma. Hubiera dado lo que fuera por protegerla del dolor que estaba sufriendo. Sus ojos castaños ardieron. La última vez había estado a punto de besarla en los labios. Se había contenido a tiempo, y ahora se arrepentía. ¿Por qué negar lo que llevaba tanto tiempo

bramando en su corazón? Ella también sentía algo, estaba seguro, pero la sombra de Sandra se alzaba entre los dos. Una sombra que no significaba nada hacía tanto tiempo... Además, Cris no lo recordaba todo.

También estaba Durango. Cris no le había aclarado qué había entre los dos, pero Dávila no era tonto e imaginaba la respuesta. Aún no alcanzaba a ver hasta qué punto debía tomarlo en serio.

Miró su reloj, guardándose bajo siete llaves el deseo de besarla y abrazarla. Llevaba allí ya demasiado tiempo. Iba a llamar la atención.

Se levantó con esfuerzo y abandonó la estancia. Sandoval hablaba ahora por teléfono con un responsable de la UCO, coordinando ya el trabajo para los próximos días. Los agentes Valbuena y Orozco ya no estaban.

—Volvemos a comisaría —le anunció Castillo—. Peralta y mística tienen nueva información sobre Espronceda. Han estado con él y dicen que van a darle caña...

El piso, ahora que no estaba la científica, estaba en silencio. Sandoval había terminado de hablar en ese preciso instante. Permaneció un momento con el teléfono en la mano, mirando hacia el salón, donde un gran charco de sangre daba testimonio del horrible crimen perpetrado allí. Parecía agotado. Luego reaccionó, se sacudió aquella sombra de pesimismo de encima, y se dirigió a sus hombres. Volvía a ser dueño de sí mismo y de la situación.

—Quiero que os apuréis con las grabaciones de ese reloj... Mañana me reúno con los de la UCO. Todos somos conscientes de lo que está en

juego. No quiero ningún error.

Dávila y Castillo comprendían muy bien a qué se refería. El tiempo se les acababa.

—Poneos manos a la obra.

Sandoval abandonó el apartamento. Tras él se estableció una extraña calma.

Entre Castillo y Dávila siempre había existido una camaradería basada en la confianza y el respeto, por eso, cuando Castillo escudriñó su semblante, no le fue difícil adivinar por lo que estaba pasando. Era el único en la unidad que sabía cuáles eran sus sentimientos hacia Stoian. También había sido él quien le había apoyado durante su separación, erigiéndose en confidente y psicólogo. Su compañero se había vuelto hacia el salón, hacia la enorme mancha de sangre que destacaba en el parqué de madera.

—Vámonos Dávila, Sandoval tiene razón, cuanto antes nos pongamos a ello, antes volverá Stoian.

Dávila no dudó. Reaccionó al instante. Salieron del piso juntos. Regresarían a comisaría, a trabajar codo con codo. Su objetivo, atrapar al responsable de tantas muertes y rescatar a Stoian de una muerte espantosa. Estaban cerca, ambos lo percibían, muy cerca de atajar el horror que assolaba su ciudad.

El agente Castillo condujo el coche patrulla. Iba concentrado, dándole vueltas a toda la información que habían recopilado hasta el momento.

—...sé que estás deseando contarme algo, Castillo —dijo después de un rato Dávila—, ¿qué tal si sueltas lastre y vamos adelantando trabajo?

—...joder, qué cabrón —sonrió su compañero—... Pues es que ya sabes que no trago a Peralta, es un niño y tiene el ego muy subido, pero el muy... Tengo que reconocer que trabaja bien... Múgica y él ya han interrogado una vez a Espronceda, y están convencidos de que presionándole pueden obtener resultados... Resulta que el tipo es un tío duro, ya sabes, de los de antes, un puto mafioso... Lleva años trabajando para Balaguer, cosas sucias, solucionando marrones cuando él no puede resolverlos por la vía legal, a través de su gabinete. Está confirmada la información de Lucía Espósito. Lleva un tiempo tratando de averiguar quién es el tipo que está chantajeando a Balaguer.

—¿Para quitárselo de en medio?

—No me extrañaría... Al parecer está muy cerca de identificarle, o ya lo ha hecho, pero no se lo quiere decir. Se ha negado a permitirles registrar su despacho. Han pedido una orden para requisarle toda la documentación. Seguro que rascan algo de interés... Y si no fuera porque estoy deseando como todos los demás que esto acabe, no sabes como me jode —Dávila sonrió— que se él el que encuentre algo. Puto Peralta... Estoy deseando husmear en ese despacho, te apuesto lo que quieras a que sale un montón de mierda a la luz como para enterrar a Balaguer de por vida...

—Diría que Elizabetta Ciobotar le reconocería si le enseñáramos una foto suya —Castillo puso una mueca bastante elocuente.

—Estoy de acuerdo, Balaguer le mandó a asustarla para que quitara la denuncia.

—Eso digo.

Castillo se rió.

—...no le digas a Peralta lo que te he contado, ¿eh?

—Peralta tiene suerte de trabajar con Múgica. Créeme, es ella la que resuelve el trabajo y él el que se pone las medallas.

Cuando llegaron a la central, se separaron con un amistoso saludo. Cada uno tenía trabajo que hacer, y aun cuando no iba a resultarles fácil centrarse después de lo que había pasado, su celo y su preparación les daba el soporte que necesitaban para superarse a sí mismos. Dávila se fue directo a ver a Requena, incluso con prisa. Quería saber si habían hecho avances respecto a la grabación guardada en el reloj de Jacobo Balaguer.

Ignacio Requena era el más joven del equipo, especialista en tecnología y soportes informáticos.

Dávila le encontró inclinado sobre un gran monitor, con su anguloso rostro contraído en un gesto concentrado bastante cómico. Dávila Esgrimió un esbozo de sonrisa y se apoyó en el quicio de la puerta. Aún sostenía en la

mano la mitad del collar de Max, lo había sacado del bolsillo y lo apretaba para recordarse lo que se jugaban en aquella investigación. Requena le descubrió y se echó atrás en la silla giratoria, alzando los brazos por encima de la cabeza. Era muy alto y sus largas piernas se estiraban en el estrecho espacio bajo la mesa. Llevaba horas allí sentado, y parecía cansado. Vio lo que Dávila llevaba en la mano, pero se abstuvo de hacer algún comentario al respecto.

—Buenas —saludó—... Ya me he enterado, lo siento...

Se quitó las gafas y se frotó los ojos.

—...no sabía que usabas gafas...

Dávila entró y se sentó junto a él.

—...He empezado a usarlas hace poco. Las necesito cuando uso el ordenador. Aún no me he acostumbrado —aseguró, aún frotándose los ojos con los dedos—. ¿Cómo ha ido?

Dávila le contó los detalles de lo ocurrido con su compañera, mientras Requena meneaba la cabeza, visiblemente apesadumbrado.

—Tío, ya sabes que a mí Stoian me cae mejor que bien... Y sé que te importa, espero que la encontremos rápido...

—Y yo espero que hayas aprovechado el tiempo. Necesitamos averiguar a dónde se la ha llevado.

—Oye, llevo horas con esto... Tengo el culo cuadrado y estoy muerto de hambre... Pero al menos tengo buenas noticias. ¿Recuerdas lo que has visto antes de irte a Malasaña? Pues he conseguido ver un trozo más grande de la grabación —Requena hablaba con renovado entusiasmo, el que ponía en todo lo que hacía. Era un policía optimista, innovador y enérgico—. El reloj de ese chico no era un reloj cualquiera —empezó—. Lo activó días antes de su muerte. Es lo que estaba viendo en el ordenador. Acércate, quiero que lo veas.

Dávila se aproximó para ver mejor el monitor. Esperó a que Requena reprodujera el archivo de vídeo que había estado repasando una y otra vez. Era una suerte que los técnicos al fin hubieran logrado descifrarlo.

Dávila se decepcionó. Las imágenes estaban grabadas desde la muñeca de Jacobo, de manera que lo que veían era desde su punto de vista, en un ángulo un tanto incómodo y con mucho movimiento. En el vídeo se veía que se subía a una furgoneta negra cargada de cajas de corcho o algún material parecido. Al cabo de un rato, según Requena el vehículo debía de estar en movimiento, se veía que salía y que se encontraba en otro lugar: un subterráneo. Se adentraba en él, hasta llegar a una extraña sala.

—Ahí —señaló Requena—... Hay muy poca luz, pero se distingue... Fíjate, parece una camilla, y ahí, bajo la sábana... es una persona, diría que hay una persona...

—¿Está muerta?

—No se ve bien —reconoció el joven con frustración. La grabación era de baja calidad debido a las malas condiciones de iluminación del subterráneo, tal y como ya había apuntado antes. Si a ello le añadían que Jacobo había olvidado que su reloj estaba grabando y que estaba moviendo su brazo todo el tiempo...—. Llevo dos horas analizándolo, y he llegado a una conclusión, por la fecha de la grabación, y por lo que aparece después, fíjate...

Dejó que el vídeo avanzara, hasta el punto en que Jacobo se revolvía. Había una secuencia confusa, y después un golpe violento. Se intuía que alguien sujetaba a Jacobo, porque había un forcejeo, y el reloj había alcanzado a grabar unas piernas. Luego se veía a alguien que se alejaba. Jacobo se metía en la furgoneta, y abría una de las cajas que había apiladas en su interior. En ellas había plantas de pequeño tamaño. La mano de Jacobo cortaba una hoja de una de ellas y al poco... parecía que se desplomaba. La imagen quedó estática.

—¿No se ve nada más...? —se quejó Dávila con frustración.

—...cómo que si no se ve nada más... ¿No te has dado cuenta?

—No te sigo...

—Joder, Dávila, ¿estás dormido? ¡Las plantas! ¿Y si son las que utiliza ese cocinillas para su droga de diseño?

—Joder...

—Exacto. Ya he capturado esa secuencia y voy a enviarla a los de estupefacientes y al CIB, a ver si ellos pueden identificar qué clase de planta es. Pero, hay algo más —continuó Requena, y echó atrás el vídeo—... Mira, no se le ve la cara al tipo con el que discute, pero es un hombre, fíjate en sus piernas, y aquí, y aquí... Se le ven las manos. Es un hombre...

—...Requena, ya sabemos que es un hombre.

—Lo suponemos, no lo sabemos.

—¿Podemos saber dónde se encuentra ese lugar?

—A eso iba. Los de la policía del subsuelo están en ello, pero es casi seguro que lo descubramos pronto, porque el reloj sí que registra las coordenadas de lo que graba, aunque no es tan fácil conseguirlas. Además, estoy tratando de obtener una imagen más nítida de la furgoneta, a ver si podemos distinguir la matrícula. Nos estamos acercando. Si podemos saber quién es el dueño de la furgoneta...

Dávila sonrió, visiblemente satisfecho.

—...ese tipo podría ser el que estamos buscando —murmuró sin apartar la mirada del monitor—. La fecha coincide con la del día en que Jacobo Balaguer desapareció, lo que significa que probablemente fue el último en verle con vida... Y si no lo es, de todas formas podría tener

información importante. Y si lo que se aprecia en la camilla es una persona, podría tratarse de una víctima...

—...y podría ser que haya llevado a Stoian allí, ¿no? —preguntó Requena esperanzado.

—Es posible, sí.

A Dávila se le aceleró el corazón. Era la primera vez que tenían algo sólido con qué trabajar. Aquella grabación encerraba algunas respuestas y una oportunidad. Se juró que haría lo que hiciera falta. Cualquier cosa con tal de volver a ver a Cris con vida. Aún había tiempo, se dijo.

«...aguanta Cris, ya vamos...»

Capítulo 45



Cuando Cris abrió los ojos, lo hizo más relajada de lo que hubiera esperado, aunque con una fría ausencia en el pecho muy desagradable. El sedante que le había administrado su captor era más que un simple tranquilizante. Había inhibido sus emociones, privándole de ellas, de ahí aquel agujero en su interior. No podía llorar, no sentía tristeza, ni miedo, como debería... sólo cierta apatía y cansancio... El pánico se mantenía a raya, contenido artificialmente por la química.

Quiso incorporarse, pero no pudo. Estaba maniatada en el maletero de un vehículo en marcha, o en la parte de atrás. No tenía modo de saberlo, porque llevaba los ojos vendados. Se dejó caer y escuchó. No se oía nada, salvo el motor del coche en que viajaba y el sonido de una radio. Las voces del programa de radio cuyo sonido llegaba hasta ella hicieron que se le pusieran los pelos de punta.

La medicación hacía que no pudiera siquiera echar de menos a Max... pero no le impedía acordarse de él o prever su negro futuro. ¿Quién la había secuestrado? ¿Quién era?

Tenía las manos atadas a la espalda. Le dolía la cabeza... Tenía un fuerte golpe en la coronilla. Se dio cuenta de que había pasado algo más... Durante el tiempo en que había estado inconsciente, había sufrido alguna clase de... alteración en el cerebro, o más bien en la memoria. Sus recuerdos habían aflorado desde lo más profundo del subconsciente, donde estaban

retenidos. Al parecer, la química del sedante había neutralizado sus emociones, y, al hacerlo, había liberado sus recuerdos, reprimidos tanto tiempo, como un mecanismo de defensa.

Ahora su memoria estaba intacta... sin lagunas.

«...a buenas horas...»

A ciegas en la estrechez de aquel vehículo, con destino a la peor pesadilla imaginable, se asombró de volver a ser ella por completo. Se meció adelante y atrás, tratando de consolarse y de poner orden en el caos que llenaba su mente. Se alegró de no ser capaz de sentir, porque de haberlo hecho, la invasión de aquel conocimiento tanto tiempo oculto por su subconsciente, la hubiera destrozado. Las cicatrices de los brazos, las que tenía en el vientre, en los muslos... Recordaba cómo se había agredido a sí misma, cómo había deambulado por las calles, igual que un fantasma, descalza, anhelando la muerte, anhelando el dolor...

¿Qué iba a hacer con eso, esa horrible visión de sí misma haciéndose daño? Le resultaba especialmente difícil de asimilar cuando volvía a estar en manos de la persona que la había inducido a auto mutilarse... Un gemido se escapó de su garganta. El olor dulzón que tanto despreciaba llenaba sus fosas nasales, tenía la boca pastosa y el sabor amargo y acre había regresado. Entonces empezó a tiritar.

También había recuperado sus recuerdos sobre Daniel, y sobre otras cosas importantes... Su situación era endemoniada. No le iba a resultar fácil hacer algo por sí misma... Si la drogaba, volvería la pesadilla, y acabaría muerta. Pensó en Diana Whitaker, en Lucas Huarte, y en las otras víctimas. No quería acabar así. Quería vivir.

«...joder no... Mierda...»

Necesitaba mantenerse serena.

El vehículo dio una sacudida, como si hubiera saltado un bache, y redujo la velocidad. ¿Habían llegado a su destino? Enseguida la radio dejó de sonar, y al poco el coche se detuvo y el motor se apagó. Por un instante todo quedó en silencio... Cris escuchaba, con todos los sentidos alerta. Aún era dueña de sí misma y tenía una oportunidad para defenderse...

Sintió movimiento y oyó un portazo, la puerta del conductor, sin duda. Se le disparó la respiración. Hacía más frío, y aquel endemoniado hedor... Entonces hubo un empujón y percibió que abrían el maletero. Una luz fuerte le dio en los ojos a través de la venda con que los tenía cubiertos.

Se preparó para actuar, los músculos en tensión, toda su atención centrada en saltar en cuanto tuviera ocasión...

—...hemos llegado, Cris...

Esa voz... Un relámpago amargo la atravesó. Había reconocido esa VOZ.

—...no te revuelvas, quiero ser amable, ¿de acuerdo?

Cris asintió despacio, esperando su ocasión.

Una mano rozó su pelo y deshizo el nudo que sujetaba la venda sobre sus ojos. Cuando cayó, el resplandor de una linterna la deslumbró por un momento.

—...perdona...

Allí estaba. Durango.

Apartó la luz y se quedó mirándola, con aquellos ojos dorados que tanto la habían impresionado desde el primer día. Estaba serio, o enfadado... Conservaba su aire trágico de personaje de cómic... Sólo que no era un personaje de cómic, sino de una novela de terror. Era un psicópata.

—¿No dices nada?

Cris no contestó. Bajó un poco la cabeza y miró con disimulo alrededor. ¿Dónde estaba? Era un subterráneo, oscuro y lóbrego. No alcanzaba a ver más allá, tal era la oscuridad reinante. Olía a humedad... pero sobre todo era el hedor lo que predominaba.

—¿Dónde estamos?

—En casa... Joder Cris, no pongas esa cara, vas a fastidiarme la fiesta...

Era sobrecogedora la naturalidad con que le hablaba, como si acabaran de encontrarse después de haberse acostado juntos. La repulsión se apoderó de ella. Se negaba a mirarle a los ojos. Sentada sobre sus piernas dobladas, con las manos atadas, apenas podía revolverse.

—¿No vas a soltarme...?

—Buen intento —sonrió Durango—. No, no me fío de ti.

—Has matado a Max, y a Ruby... Eres un cerdo.

—No los necesitas, Cris. Te lo aseguro.

Entonces ella dio un brinco y saltó hacia delante, empujándole con su cuerpo para hacerle caer. Durango trastabilló en la oscuridad, pero era muy alto y logró mantener el equilibrio. Aferró a Cris por los brazos y forcejeó con ella. Por un momento pareció que iba a poder zafarse de sus fuertes manos, pero cuando ya se soltaba y trataba de alejarse de él, la agarró del pelo y de un tirón la hizo caer de espaldas sobre el suelo de cemento. El golpe fue brutal y Cris soltó un gemido corto y seco. Le faltó la respiración.

—¡Joder! —rugió Durango.

Se puso a horcajadas sobre ella, de pie, con los ojos brillantes a causa de la pelea, y la apuntó con su linterna.

—No me obligues a sedarte, Cris... Aún no quiero hacerlo.

«¿Aún...?»

La obligó a levantarse. El golpetazo sufrido hizo que perdiera un poco el equilibrio y se tambaleó. Durango la sujetó. Sus dedos en el brazo le resultaron odiosos. No soportaba que la tocara.

—Quédate quieta si no quieres empezar tu viaje antes de tiempo.

Durango murmuró aquella frase en su oído. Luego se apartó, cerró la puerta de la furgoneta negra en que la había trasladado hasta allí, y desapareció por un momento.

Entonces hubo un chasquido y se encendieron las luces del subterráneo, una iluminación deficiente, que mostró a los ojos de Cris un espacio húmedo de hormigón, techo bajo y paredes repletas de grafitis. Desde allí arrancaban varios túneles. La muerte serpenteaba a través de ese dédalo de curvas que horadaban la tierra, y Cris desfalleció. De nuevo allí, el lugar donde empezó su pesadilla. Lo reconocía bien... Alcanzaba a vislumbrar cuál era la intención de Durango, y no quería tener que descubrirlo.

Él regresó a su lado, la cogió del brazo y la obligó a caminar. Cris sabía que estaba en un verdadero laberinto. Empezó a contar sus pasos, uno

detrás de otro, a memorizar el recorrido... mientras el hombre que había asesinado a Max, a Ruby, a Daniel... la guiaba con contundencia hacia uno de los pasadizos que quedaba a su derecha. Con cada paso se alejaba de su libertad y se adentraba en el infierno. Deseó no recordar, deseó no haber despertado su memoria, porque mientras Durango la empujaba a través del pasadizo, ella era capaz de anticipar lo que vendría después...

De pronto supo que no iba a poder soportarlo. Prefería morir enseguida, a pasar otra vez por aquel infierno. La mancha en su muñeca ardía como en sus sueños, candente, hirviente... Incluso sus cicatrices se revelaban, como largos hilos de plata afilada que cercenaran su carne, recordándole lo que podía pasar. ¿Realmente acabaría así? ¿Caminando a ciegas, reptando entre las inmundicias, clavándose algo en el cuerpo hasta morir? Esta vez nadie vendría a buscarla. Daniel ya no estaba...

Avanzaron en silencio durante un largo trecho, hasta alcanzar una zona que se abría en una gran sala diáfana. Había una mesa de laboratorio, cargada de probetas, balanzas y otros artilugios... Allí debía de ser donde preparaba su mezcla mortal. A un lado había numerosas cajas de «*poliespán*». Una de ellas estaba abierta, y por el borde sobresalían las hojas de las plantas que contenía. Cris contó diez pequeñas plantas de hojas oscuras y brillantes.

Durango pasó de largo por delante de su mesa de trabajo y la llevó hasta una habitación pequeña, como una celda. La puerta era de hierro. La abrió y la metió dentro.

—Bienvenida a casa... Tumbate en la camilla.

Ya había estado allí. Cris vaciló. Su instinto le gritaba que no

obedeciera, que huyera, antes de que fuera tarde... Pero Durango taponaba la salida con su corpulenta figura.

—...no hagas que tenga que repetir las cosas, Cris. No soy muy paciente. Túmbate. Por favor.

Cris retrocedió hasta que la camilla frenó su movimiento. Entonces se sentó en ella y levantó las piernas. Se dejó caer boca arriba. Durango se acercó, y cogió unas correas de cuero que había sujetas a la camilla. Cris gimió. Tuvo que ver cómo él las ataba sobre su cuerpo, inmovilizándola, cuatro correas en total, sobre el pecho, sobre la cadera, sobre las rodillas y los tobillos.

—Así está bien.

—Por favor, déjame ir...

—No, no lo entiendes... No voy a dejarte ir a ninguna parte. Te he echado de menos, ¿sabes? Quería llamarte, pero he estado ocupado. ¿Me has añorado?

—Tú no eres Durango... He conocido al verdadero Durango... ¿Quién eres?

—¿Ya te has enterado? Bueno, era previsible... Pero no necesitas saberlo. Ninguno de mis amigos ha conocido mi nombre jamás, y es mejor así. Puedes seguir llamándome Durango, si quieres.

Cris le escupió con ganas, brillantes los ojos verdes. Aún podía dar mucha guerra. No pensaba dejarse amilanar, no mientras fuera dueña de su voluntad.

Durango frunció el ceño. Se limpió con la manga de la chaqueta. Luego su semblante se dulcificó, y de pronto se inclinó sobre ella y la besó en los labios. Al principio fue un beso tierno, pero enseguida su lengua se abrió paso buscando la de Cris, y penetró en su boca, invadiéndola con insistencia. Al ver que ella no respondía, se enfureció, y cuando se separó, estaba rojo como la grana. Alzó la mano para abofetearla, pero una sonrisa fría se llevó aquel amago y se detuvo.

—Tengo planes para ti, Cris. Te gustarán... O no.

Entonces dio media vuelta y salió de la celda. La puerta se cerró y Cris oyó cómo echaba la llave. Se revolvió sobre la camilla, furibunda, tratando de liberarse... sin éxito. Las correas estaban bien apretadas. Se quedó quieta, esperando, reflexionando... ¿Por qué encerrarla de nuevo allí? No haría lo mismo que la vez anterior. No, parecía haber desarrollado alguna clase de apego hacia ella... tal vez porque había sobrevivido. La primera vez la interceptó en un local de copas, y se acercó a ella, como para presentarse... No le vio el rostro. Le cogió la mano y la estrechó. Su dedo índice rozó su muñeca, y entonces todo se volvió oscuro e incierto, y su mente ya no fue suya. Su conciencia se perdió, y sólo le oía a él. Obedecía su voluntad... La arrastró hasta aquel lugar, y la mantuvo allí durante días, haciéndola sufrir por hurgar donde no debía, interrogándola. Sabía que era inspectora de la policía y estaba furioso porque ella y Daniel hubieran logrado acercarse tanto a él. Sus preguntas trataban de arrancarle un nombre. Quería averiguar quién les había ayudado, quién más sabía de su existencia, de la existencia de Rhina... Cris no le habló de Sebastian. Cuando Durango entendió que no

sacaría nada más de ella, la soltó para que muriera, como las demás víctimas. Por suerte, Daniel la encontró a tiempo, y detuvo su mano cuando estaba a punto de suicidarse...

Cris buscó con desesperación algo en aquella estrecha celda, algún resquicio que le hiciera concebir un plan de fuga... Las paredes eran muros de hormigón sin fisuras. No había ventanas, nada, salvo aquella puerta, maciza, imposible de forzar...

¿Estaría Sandoval buscándola? Dávila... Sin duda estarían removiendo cielo y tierra para encontrarla, tenían que hacerlo, tenían que llegar hasta ella, antes de que...

¿Y Rhina? ¿Estaba Rhina allí abajo? Tenía que estarlo.

Capítulo 46



Martín Espronceda no estaba preocupado por la presión que los inspectores de homicidios estaban ejerciendo sobre él. Sentado en su abigarrado despacho, en una céntrica calle de Madrid, terminó de sellar el sobre con la documentación del caso por el que Balaguer le pagaba. Llamó a su secretaria, Estela, y se lo entregó. A ella le intimidaba su jefe, alto, muy bronceado, musculoso y dotado de una densa melena negra, peinada hacia atrás con esmero, como esos ejecutivos trajeados acostumbrados a moverse en círculos sociales exclusivos. Miró con reparo sus dedos gruesos, el ancho anillo que portaba en el dedo anular, de oro, y sus uñas bien cuidadas, y tomó el sobre como si quemara.

—Llévalo a mi casa ahora mismo.

Eso fue todo lo que le dijo Espronceda, y Estela no tuvo que contestar, bastaba con que obedeciera. Al salir del despacho soltó el aire que había estado conteniendo en su presencia. Tenía su puesto de trabajo junto a la puerta de entrada, una mesa pequeña en la que apenas tenía espacio para el ordenador y una lámpara. Los papeles se le acumulaban, apilados en dos montones informes. Al principio Estela se desvivía por mantener su mesa limpia y ordenada, pero ahora que había ganado en experiencia, ya no se molestaba tanto. Con Espronceda era inútil el esfuerzo. Si lograba archivarlo todo, enseguida llegaba él y le dejaba otras dos pilas de documentos, todos desordenados, no porque quisiera que los clasificara enseguida, sino para hacer sitio en su despacho. Así que ella se había acostumbrado a dejar siempre algunos sin archivar. De ese modo el detective tardaba más en salir

de su cubil.

Estela rodeó la mesa, cogió su bolso y el abrigo, y salió a hacer aquel nuevo recado. Había una oficina de correos muy cerca, ¿por qué la obligaba a llevar el sobre en mano hasta su casa? Mientras bajaba por las escaleras, comprobó la dirección escrita a mano con aquella letra angulosa y firme característica de Espronceda, y se extrañó. Si se lo estaba mandando a sí mismo, ¿para qué poner su propia dirección? tal vez iba a enviarlo por correo y había cambiado de opinión en el último momento...

Entre tanto, Espronceda guardaba los archivos relativos al caso de chantaje de Balaguer en un «pendrive» y los borraba de su ordenador. Se guardó la memoria USB en el bolsillo delantero del pantalón y sonrió satisfecho. Era un buen momento para tomarse un café. Como Estela había salido, se levantó y se lo preparó él mismo. Había instalado una cafetera recientemente para no tener que bajar al bar tan a menudo. Era muy cafetero, o más bien... adicto a la cafeína. Le gustaba solo y cargado.

Por la ventana del despacho vio a Peralta y Múgica, los dos agentes de homicidios que estaban interrogándole. Bajaban del coche patrulla en aquel momento. Estela salía del portal. Se cruzó con ellos, sobre en mano. No se dieron cuenta, y eso a él le hizo mucha gracia. Acababan de dejar pasar en sus narices lo que andaban buscando. Espronceda se regocijó y dio unos sorbos a su café negro. Luego se sentó en su enorme silla giratoria y disfrutó anticipando lo que estaba a punto de suceder. Habían vuelto muy pronto, antes de lo que hubiera esperado. Se alegraba de haber sido tan precavido.

La orden que los policías necesitaban para registrar el despacho de Espronceda había llegado aquella misma mañana. Peralta y Múgica no habían perdido el tiempo, y ahora subían las escaleras del edificio de dos en dos, hasta la entreplanta, donde el detective tenía el despacho. Múgica a duras

penas contenía la satisfacción que le producía exhibir aquella orden ante su petulante rostro. Cuando se topaba con tipos como él, tan hinchados de testosterona que parecían salidos de alguna serie sobre la mafia italiana, se ofuscaba mucho, se enervaba, y ya sólo pensaba en el mejor modo de sofocar tanta chulería. Porque... Martín Espronceda era un matón a sueldo, bueno investigando, trajeado, con gustos caros, pero un matón al fin y al cabo.

Para Múgica, alguien como él, que aceptaba cobrar por darle una paliza a una mujer para que retire una denuncia por violación, merecía un castigo mucho peor que la cárcel. Si por ella fuera... Lamentablemente, los tipos como él casi nunca pagaban por sus actos.

—...calma, Múgica, que te veo venir... —le advirtió Peralta cuando llegaron junto su puerta.

—Estoy calmada —rugió ella.

La placa dorada con el nombre del detective brillaba impoluta en la pared del descansillo. Peralta aporreó la puerta y anunció su presencia con voz fuerte y autoritaria. Les abrió el propio Espronceda. No parecía sorprendido. Sonrió con condescendencia.

—Buenos días señor Espronceda... Disculpe que le molestemos de nuevo, necesitamos hablar con usted.

—Sí que se han dado prisa... Adelante, por favor, pasen a mi despacho.

Demasiado amable. Múgica se tragó su creciente recelo.

Les franqueó el paso, y los dos agentes se dirigieron hasta su cueva sin vacilar. Nada había cambiado desde que habían estado allí la primera vez. El desorden imperaba por doquier. La secretaria no estaba. Su mesa, como siempre, estaba abarrotada de papeles.

—Siéntense, por favor... Ustedes dirán.

Espronceda cerró la puerta y ocupó su lugar ante el escritorio. Sentado en aquella silla de cuero negro, con un respaldo grande y elegante, aparentaba ser un magnate del petróleo.

—Recordará que estamos investigando el chantaje que está sufriendo su cliente, el señor Román Balaguer...

—...ya les dije todo lo que sé.

—Ya, pues... necesitamos ver la documentación de su investigación...

—Ya se lo he dicho, no puedo mostrársela. Es confidencial.

—Ya, pues necesitamos contrastarla con los datos que tenemos,

relacionados con Sebastian Ciobotar.

—¿Quién es Sebastian Ciobotar?

—¿No lo sabe? —preguntó Múgica con dureza—. Me extraña, teniendo en cuenta que su madre puso una denuncia contra su cliente, por violación. Sebastian es hijo de Román Balaguer...

—Lo lamento, no tengo constancia de tal cosa.

—Haga memoria, Espronceda —Múgica se esforzó por subrayar su nombre con manifiesta animadversión—. ... Porque ella le recordaría a usted seguramente si le mostráramos una foto suya, como el hombre que la amenazó para que retirara la denuncia...

Hubo un silencio tenso, pero Espronceda se contenía bien. Sonrió a medias, tabaleó con sus gruesos dedos sobre la mesa, y clavó unos ojos azules como el hielo en la agente de homicidios.

—¿Han venido a acusarme de eso?

—No —Peralta le lanzó a Múgica una mirada de advertencia—. Hemos venido a pedirle su colaboración. ¿Va a facilitarnos el acceso a la documentación del caso en el que nos consta que ha estado trabajando tanto tiempo?

—El chantaje...

—El chantaje.

—Pues... lo haría, pero insisto, es confidencial. Y lamento decirles que Balaguer me ha pedido que se lo envíe todo... y ya lo he hecho.

Peralta se envaró.

—Pero guardará archivos en su ordenador...

—No, me ha pedido que lo borre todo. Es un asunto personal, y no quiere que quede constancia del caso.

—Está mintiendo —rugió Múgica—... Es mejor que colabore, Espronceda, no nos lo ponga difícil.

El detective se encogió de hombros. Se oyó que la puerta de entrada se abría y se cerraba. Estela había regresado. Aquello le hizo gracia.

—¿Es usted consciente de que esa documentación es relevante para el caso que investigamos?

—Vamos a registrar el despacho —intervino Múgica.

—No si no tienen una orden...

La agente sonrió. Había estado esperando ese momento. A Espronceda le encantó su sonrisa, resplandeciente, amplia, en aquel rostro moreno, ensalzado con unos ojos grandes y castaños. La imaginó con el pelo suelto sobre los hombros... Ganaba mucho en su imaginación.

—Tenemos una orden —aseguró ella con aire triunfal, exhibiéndola en alto.

Espronceda frunció el ceño, no porque estuviera preocupado, o por que no lo hubiese previsto, sino por las molestias que aquellos dos policías estaban a punto de ocasionarle.

—...le ha faltado tiempo para sacarla, ¿eh? —musitó Peralta al oído de su compañera.

Espronceda alargó la mano y arrancó la orden de las manos de Múgica. A medida que la leía se le enrojecieron las mejillas, y la tensión en su mandíbula cuadrada aumentó.

—Supongo que no puedo oponerme...

—Correcto. Manténgase al margen mientras trabajamos, por favor. Salga del despacho, le avisaremos en cuanto hallamos acabado.

Ni Peralta, ni Múgica, se ocuparon más de él. En cuanto salió, se afanaron en hacer lo que habían ido a hacer. Lo registraron todo. Rebuscaron en las estanterías, entre los expedientes archivados en un mueble junto a su escritorio, en los cajones... en los papeles que inundaban su mesa... No encontraron nada.

—Miremos en su ordenador —resolvió Múgica.

Cuando le indicaron a Espronceda que podía entrar, sonreía con aire soberbio. Múgica comprendió que, efectivamente, tal y como les había dicho, se había deshecho de la documentación.

—Lo lamento, ya se lo he dicho, ya no tengo esos papeles. Tendrán que hablar con el propio Balaguer...

—Balaguer se ha largado, y usted lo sabe... —rugió Múgica.

—Calma Múgica —Peralta la sujetó del brazo—... ¿Se lo ha enviado a Balaguer? ¿Cuándo?

—Hace una semana —mintió.

—¿Y por qué no nos lo dijo cuando le interrogamos la primera vez?

Espronceda sonrió.

—Apártese, por favor.

Peralta se fue con decisión hasta el escritorio y se sentó en la enorme silla giratoria. El ordenador estaba encendido.

—No encontrarán nada.

—¿Acaso no guarda copia de su trabajo, señor Espronceda? Me extraña, siendo usted un tipo meticuloso como aparenta ser. Nadie borraría toda la información sobre una investigación en la que ha invertido tanto tiempo y esfuerzo... salvo que tenga interés en ocultar algo, claro.

—No siempre la guardo. Depende de mi cliente, si él me pide que destruya la documentación, me limito a hacerlo. No es ningún delito.

Mentía, Peralta y Múgica lo sabían. En el ordenador no había nada. Había previsto que volverían y había borrado los archivos del caso, eso era todo. Estaba claro que Espronceda había investigado a Sebastian Ciobotar. Tal vez había corroborado que era el hijo ilegítimo del abogado, y Balaguer se estaba esforzando por eliminar cualquier prueba que le relacionase con el asunto de la violación a Elizabetta Ciobotar.

—Es una lástima que el señor Balaguer se encuentre de viaje —les sonrió Espronceda con socarronería.

—No por mucho tiempo —gruñó Múgica—. Es cuestión de días que le tengamos a nuestra disposición... En cualquier caso, puede usted decirle que no es necesario que se moleste en ocultarnos esa documentación, porque ya hemos constatado que Sebastian Ciobotar es su hijo.

Ahora Espronceda sí se alteró. Sus mejillas perdieron algo de color.

—La autopsia de su otro hijo, Jacobo Balaguer, dice que él es el padre biológico del chico... Su ADN coincide con el de Sebastian Ciobotar, y el ADN no miente...

Espronceda no contestó.

—En fin, supongo que tendremos que desentpolvar el asunto de la violación —intervino Peralta.

—Me he limitado a cumplir con el deseo de mi cliente...

—Está obstruyendo una investigación en curso, señor. Yo que usted avisaría a Balaguer, para que esté preparado para lo que se le viene encima.

Peralta y Múgica se retiraron de mal humor. Estaban más que acostumbrados a toparse con dificultades como aquella, pero con Espronceda se sentían especialmente furiosos. Estaban cansados, llevaban muchas jornadas trabajando sin descanso y su aguante empezaba a mermar. La actitud

de Espronceda les decía que tenía información sobre Sebastian Ciobotar, pero regresar a la central con las manos vacías era lo último que hubieran esperado al recibir la orden de registro.

—Hemos tardado demasiado en tener la orden, como siempre —se quejó Múgica—... ¡Joder!

—Cálmate Múgica...

La inspectora frunció el ceño. Era cierto, estaba exaltada, más que eso, estaba furiosa, llena de impotencia. Necesitaba dejar de dar pasos en falso, necesitaba empezar a obtener resultados. Se sentía frustrada. Fijó sus cálidos ojos castaños en Peralta y esbozó una medio sonrisa de disculpa. Se ajustó el pelo, que siempre llevaba anudado en una coleta, y dejó caer las manos sobre los muslos.

—...perdona, es verdad... Es que ese tipejo me saca de quicio...

—Balaguer será nuestro antes o después. Sus teléfonos están pinchados. Espronceda le va a llamar para ponerle sobre aviso, y en ese momento le tendremos... Qué ganas tengo de echarle un ojo a esa documentación...

Múgica suspiró.

—Con suerte podremos averiguar cómo lo ha enviado e interceptar el envío... —reflexionó Peralta.

—¿Y si no ha enviado nada a Balaguer? —sugirió Múgica—. Puede que Espronceda nos haya mentado, estaba muy tranquilo... ¿Tú crees que no sabía que íbamos a requerirle esa documentación, o que haremos lo que haga falta para recuperarla aunque Balaguer esté en Portugal o en Rusia? Piensa, Peralta... Estamos tan ofuscados que no razonamos... Si no quiere que tengamos acceso a esos papeles, no tiene sentido que se haya arriesgado a enviarlos por correo... No es estúpido, sabe que es cuestión de tiempo que nos hagamos con ellos.

—¿Crees que los tiene en su propia casa?

—Vale la pena comprobarlo...

—Mierda...

—Deberíamos hacerle una visita sorpresa esta misma noche —sugirió Múgica. Cuando su compañero sonrió, supo que estaba de acuerdo—... No sé a ti, pero a mí me han quedado algunas dudas que necesito aclarar con él...

—No me importará echar más horas si es por devolvérsela a ese cabronazo...

Se apostaron en la calle donde Espronceda tenía su residencia, en un turismo azul sin distintivos de la policía nacional. No pretendían llamar la atención. Sandoval estaba al tanto de lo que iban a hacer, y se había mostrado de acuerdo. Todos en la unidad estaban convencidos de que existía una

relación entre Balaguer y el caso de los suicidios, y sospechaban que en esos documentos que el detective se esforzaba tanto por mantener fuera de su alcance, había información relevante.

Los esfuerzos de Requena y Dávila por descubrir la identidad del hombre que aparecía en la grabación de Jacobo Balaguer se estaban viendo frustrados, porque la baja calidad de la imagen les impedía obtener la matrícula de la misteriosa furgoneta negra. Entre tanto, en colaboración con la unidad de estupefacientes, estaban rastreando el origen de las plantas que se veían apiladas en las cajas de poliespán. Los expertos del CIB habían corroborado ya que eran retoños de alguna variedad de la planta de la que se obtiene la «escopolamina», una variedad muy potente, a juzgar por el inmediato efecto que había causado a Jacobo al oler una de sus hojas, lo que les hacía entender que la persona con la que se le veía discutir en el vídeo, era la que estaba fabricando la droga con la que sugestionaban a las víctimas desaparecidas en Madrid, y, presumiblemente, la que estaba induciendo los macabros suicidios... Semejante avance les tenía a todos revolucionados. Intuían el final del caso. Más conscientes que nunca de que la vida de Stoian estaba en peligro, se estaban esforzando al máximo.

Sandoval estaba decidido a acabar con aquella lacra fuera como fuera. Por eso les había dado permiso para ir a ver a Espronceda. Había tenido una conversación con el juez que trabajaba con ellos en el caso, y había obtenido una orden de registro de su vivienda en un tiempo récord.

Le vieron llegar sobre las diez de la noche, haciendo bailar unas llaves en la mano. Su figura corpulenta destacaba en aquella calle apacible, con un traje cortado a medida y un andar contundente y pesado. Pasó junto al coche donde le esperaban sin reparar en su presencia, y se metió en el portal. Múgica y Peralta no tenían prisa. Esperaron diez minutos, lo necesario para darle tiempo a abrir el buzón, recoger la correspondencia y llegar a su casa. Luego bajaron del vehículo y caminaron a paso rápido hasta el portal. Una

anciana salía en aquel momento con la basura en la mano. Cuando Peralta le enseñó su placa, les franqueó el paso al interior del edificio.

El detective vivía en la tercera planta. Se situaron uno a cada lado de la puerta, y tocaron el timbre. Espronceda les abrió al cabo de unos minutos. Se había desprendido de su chaqueta e iba en mangas de camisa. A través del cuello abierto se veía que se bronceaba a menudo. Puso cara de sorpresa, y vaciló... Luego se cuadró y se quedó en el umbral, con evidente intención de impedirles el paso.

—¿Qué hacen aquí?

—Buenas noches, necesitamos hablar con usted.

—¿Otra vez? Ya les he dicho todo lo que tenía que decir, ¿a qué viene esto?

—¿Nos permite pasar un momento por favor?

Peralta estaba siendo demasiado amable a juicio de Múgica, pero le dejó hacer, porque si hablaba ella, las cosas iban a empeorar.

—Por supuesto que no. Son más de las diez de la noche, vayan a mi despacho por la mañana si es que aún tienen algo importante que preguntarme.

—Necesitamos echar un vistazo a la casa —dijo Peralta.

—No van a entrar... —rugió Espronceda.

Sobre un aparador en el recibidor, detrás de él, Múgica vio un sobre marrón. Miró rápidamente a Peralta y éste captó el mensaje al vuelo.

—Tenemos una orden de registro, apártese...

Antes de que pudiera decir nada, Múgica le empujó y se coló en la vivienda. Lo primero que hizo fue apoderarse del sobre.

—¡Eso es privado! —rugió Espronceda.

Hizo amago de arrebatárselo, pero Peralta, que estaba esperando una reacción así por su parte, se abalanzó sobre él y le puso contra la pared, obligándole a ponerse de espaldas.

—Quietecito... si no quieres que te llevemos esposado, Espronceda... Basta de juegos...

—Hijos de...

Múgica abrió el sobre y extrajo los documentos a medias, lo suficiente para comprobar qué eran. Su compañero esperaba su reacción con

ansiedad.

—Son estos. Lo tenemos —sonrió al agente con satisfacción.

—Echemos un vistazo al resto del piso, ¿no te parece?

Peralta le puso las esposas a Espronceda para que no se interpusiera en su labor, y le condujo hasta el salón, donde le hizo sentarse mientras ellos registraban la casa.

Estuvieron más de dos horas revolviéndolo todo. No encontraron nada. Pusieron a Espronceda en pie y le revisaron los bolsillos. Rescataron el «*pendrive*» que había grabado aquella mañana, con los archivos relativos a su investigación. Lo adjuntaron al sobre color sepia.

—...ya puedes soltarle, Peralta —sonrió Múgica—... No se vaya lejos, Espronceda. Va a tener que responder muchas preguntas.

Le oyeron proferir insultos mientras bajaban a la calle. Los dos agentes sonrieron al mismo tiempo. Estaban deseando llegar a la central para analizar el contenido de aquel sobre y del «*pendrive*». esperaban haber encontrado información valiosa.

—¿Has visto algo sobre Sebastian Ciobotar? —quiso saber Peralta.

Múgica asintió.

—Hay fotos tuyas, y también me ha parecido ver una partida de nacimiento.

—¿Tuya?

—No lo sé... Creo que no.

Capítulo 47



Cris estaba perdiendo la noción del tiempo allí abajo. Durango la había dejado a su suerte, atada y sujeta con dureza gracias a las correas de cuero con que la había amarrado a la camilla. La luz del techo hacía mucho que se había apagado, y la oscuridad reinaba en aquel agujero hediondo. Escuchaba el rítmico e incesante goteo del agua que se filtraba a través del techo en alguna parte, una sinfonía estridente que empezaba a desquiciar sus ya de por sí alterados nervios.

Empezaba a asumir que no iba a poder eludir la muerte. Ya no estaba Daniel para ayudarla, y dudaba que sus compañeros de la unidad llegaran a tiempo aunque logaran localizar aquel lugar. Sin comida, ni agua... el tiempo se transformaba en un borrón confuso que arañaba su conciencia. Podía percibirlo, pero no cuantificarlo. ¿Habían pasado horas... un día, dos...?

No había derramado una sola lágrima, como si el horror hubiera congelado sus emociones. Le dolía la espalda y las articulaciones, entumecidas por permanecer tanto tiempo en la misma postura, y la correa que ataba sus muñecas laceraba su piel cruelmente. Durango la había atado a conciencia, aunque también era cierto que sus esfuerzos por soltarse agravaban las rozaduras. Estaba segura de que tenía las muñecas en carne viva. Había dedicado cada minuto a intentar liberar sus manos, retorciéndolas pese al dolor. Probó de nuevo, pero las correas apenas le daban margen para mover los antebrazos y el esfuerzo era una tortura...

¿Qué podía hacer? Odiaba la idea de limitarse a esperar. No hacer nada no entraba en sus planes.

«...no pierdas los nervios joder...»

Pero no era fácil controlar el miedo. Si no recordara tantos detalles... Todo había aflorado a su memoria como una marea negra, y ahora inundaba su imaginación, atormentándola. Le escocían las cicatrices, las percibía duras y frías atravesando sus muslos bajo la piel, el vientre, los brazos... como si hubieran cobrado vida propia y se retorcieran para recordarle lo que sería capaz de hacerse a sí misma antes de darse muerte.

Hubo un golpe metálico y al poco se escucharon pasos. Durango regresaba. Cris empezó a hiperventilar. ¿Se acercaba su hora?

«Joder... Joder...»

Retorció sus muñecas, tirando de ellas sin miramientos... y el dolor le arrancó lágrimas de sal que barrieron sus mejillas... hasta que al cabo de mucho rato la puerta de la celda se abrió. La luz volvió a encenderse. Parpadeó con la vista nublada.

Durango la observó desde la entrada, del todo inexpresivo. Estaba distinto, pálido... Su piel casi brillaba en la oscuridad, tenía un brillo feroz en los ojos...

—¡Suéltame! —chilló Cris—. ¡Suéltame de una vez!

Durango sonrió. Le divertía su desesperación. Entonces se arrancó de donde estaba y se acercó hasta la camilla.

—...tus deseos son órdenes...

—¿Qué...

Sus manos, las mismas manos que la habían acariciado y hecho estremecer, fueron liberando las correas. Estaban frías, y húmedas... El tacto de su piel era repulsivo. Cuando la última correa cayó, Cris sintió que la presión sobre su cuerpo desaparecía. Dobló las piernas, movió con libertad los brazos... Durango la ayudó a incorporarse.

—...siento haber tardado tanto, no era mi intención tenerte tanto tiempo así... ¿Tienes sed? ¿Hambre?

Cris asintió. Sentada sobre la camilla, pudo comprobar en qué estado tenía las muñecas. No era tan grave como había imaginado, estaban enrojecidas e irritadas, pero no sangraban.

—...has estado revolviéndote —murmuró Durango al verlas. Las cogió con delicadeza y las giró para verlas bien—... Deja de intentarlo, no voy a dejar que te vayas...

—¿Qué vas a hacer conmigo?

—Aún no lo sé —repuso con sinceridad. Entonces se inclinó y la besó. Cris no hizo nada. Estaba aturdida—... No me obligues a castigarte —susurró acariciando su mejilla—... Por ahora tengo un regalo para ti. Me ha costado escogerlo, espero que te guste... Perdona, tengo que atarte.

De nuevo sujetó sus muñecas con una cuerda. La hizo bajar de la camilla y la sacó de la mazmorra. Andar después de tantos días inmovilizada, hizo que la sangre hormigueara por sus venas. Cris se obligó a enderezarse. Salieron a un corredor estrecho y abovedado de hormigón. Una de las luces del techo parpadeaba de forma intermitente.

—A dónde me llevas...

Durango no contestó. Anduvieron un centenar de metros sobre el suelo encharcado antes de alcanzar una puerta. Tras ella había una sala con una mesa y una silla. Olía bien...

—Quiero que cojas fuerzas antes de mostrarte mi regalo. Puedes comer.

Entonces Durango se adelantó y destapó una fuente que había colocado sobre la mesa. Había una generosa ración de pollo asado con patatas fritas. También había una gran jarra con zumo de naranja y un vaso. Cris vaciló, pero no había lugar a dudas. El banquete era para ella. Se sentó.

Levantó las muñecas de forma elocuente hacia su carcelero.

—Tendrás que apañártelas así, no voy a soltarte.

No era imposible comer con las manos atadas, pero sí muy complicado e incómodo. Aun así, Cris se lanzó sobre la fuente con ganas. No pensaba dejarse morir de inanición, sino más bien conservar sus fuerzas tanto como pudiera por si se presentaba la ocasión de escapar. Comió y bebió todo lo que pudo, tomándose su tiempo para masticar y tragar... Así también retrasaba el momento de ver el «regalo» que Durango le tenía preparado. No había querido demostrarlo, pero le aterraba lo que pudiera ser. Su extraña actitud, tierna y amable, socavaba su entereza mucho más que si se condujera con rudeza.

Cuando acabó, Durango no esperó. La sacó de aquella sala y la llevó por un pasadizo más. Aquel subterráneo era un laberinto de túneles, todos iguales, húmedos y tenebrosos. Al cabo desembocaron en un amplio espacio. Allí estaba la furgoneta negra en la que había llegado. Cris se fijó en ella con expectación, deseando saltar y largarse en ella...

Nunca había visto a Durango conducirla... Por un momento creyó que iba a trasladarla a otra parte, pero no. Durango percibió cómo se tensaba. Miró la furgoneta y comprendió.

—No vas a ir a ninguna parte, Cris. Vamos, no te inquietes... Te gustará mi regalo...

—Qué es, qué vas a hacer...

Él sonrió, visiblemente satisfecho. Se llevó un dedo a los labios y la detuvo.

—Espera un momento. No te muevas...

Retiró con delicadeza el pelo de su cuello y dejó al descubierto la nuca. La besó, un gesto fugaz, y enseguida desapareció. Cris vaciló. ¿Cuánta distancia la separaba de él? ¿Y si corría y trataba de escapar? Iba a hacerlo, cuando él regresó. Antes de que tuviera tiempo de reaccionar, se colocó a su espalda, tan pegado a ella que percibió el calor que emanaba de su cuerpo. Durango enterró el rostro en su cabello y aspiró su olor natural, casi acariciándola. Parecía disfrutar con aquellas demostraciones de afecto. Cris cerró los ojos. Apenas le toleraba...

Durango deslizó las manos por su cintura, muy calientes, las bajó por la cadera, la apretó contra él... y de pronto, aferró su muñeca y Cris sintió su dedo índice en el lugar donde tenía la mancha.

De inmediato el fuego abrasó su piel y un latigazo doloroso la atravesó. El familiar hedor dulzón llegó hasta su nariz y la boca se le llenó de aquel horrible gusto amargo... Supo que la sustancia con la que mataba volvía a correr por su torrente sanguíneo... El fuego se extendió por sus venas y recorrió su cuerpo de los pies a la cabeza. Cuando alcanzó su cerebro, se sintió desfallecer.

—...no te resistas... No sirve de nada, Cris, déjate llevar...

Ella ya no podía razonar. Se le aflojaron las rodillas y estuvo a punto de desvanecerse, pero él la tenía bien sujeta. Murmuraba en su oído mientras se perdía en la nada. Su mente, su voluntad, se fueron ablandando, como un helado al sol. La voz de Durango empezó a penetrar en su conciencia, hasta atravesarla y adueñarse de ella...

«...eres mía, Cris...Voy a mostrarte algo muy valioso, quiero compartirlo contigo...»

Ahora Durango estaba en su cabeza, en su interior, y dominaba sus sentidos, sus pensamientos. Cris se debatía en un nuevo mundo de pesadilla. Todo alrededor era deforme y se distorsionaba. Percibió su conciencia abriéndose paso en su cerebro, moviendo sus músculos, obligándola a cumplir sus deseos... Era una invasión a su alma, y ella asistía al asedio como una mera testigo que no puede hacer nada para defenderse. Es más... empezó a experimentar un fuego intenso en su cuerpo, en su sexo. Quiso volverse y besar a Durango, estrecharse a él... La droga había inundado ya su organismo, chispeaba en su piel...

Durango sonrió y permitió que se volviera. La agarró del pelo y la besó. La pasión arrolló los sentidos de Cris. No podía parar, no deseaba hacerlo. Quería a Durango, quería sentirle en cada poro... La llevó de la mano hasta una habitación secreta. Al acercarse, a través de un largo pasillo, Cris reconoció el lugar, la forma en que se estiraba hacia delante y hacia atrás, las paredes, el suelo húmedo... y la puerta. La puerta de sus pesadillas, la luz que se filtraba por debajo... Alzó la mirada y se encontró con los enigmáticos ojos de Durango, brillantes en la penumbra, dorados como el sol... Se dejó llevar, y Durango abrió la puerta. Su cuerpo delante de ella era una forma confusa, pero percibía su calor. Sus facciones se retorcían como si alguien las estuviera revolviendo con un palo, como cuando Max había muerto... Max... ¿Dónde estaba Max? Max estaba muerto... Él lo había matado...

La puerta se abrió, y al otro lado apareció una mazmorra oscura. Sobre una camilla había una figura cubierta con una sábana. Él la apartó, y Cris tuvo que cubrirse los ojos. Un fuerte resplandor la cegó. Provenía de la piel nívea de una mujer. Estaba atada, y un enjambre de tubos la conectaban a una máquina. Se escuchaba un zumbido de fondo. Era ella, la muchacha de largo cabello, rojo como el fuego, la chica de la sierra, con sus ojos esmeralda, brillantes, fijos en ella...

Rhina...

Rhina existía. Estaba allí...

Cris quiso decir algo, pero su boca no era suya, su voluntad se doblegaba, plegada a la de Durango. Hubiera deseado alargar la mano y tocarla, saber si era real, o sólo un sueño...

«...de ella proviene el poder, mi poder... A veces trata de hacer de las tuyas, pero no importa... No puede hacer mucho... Mírala Cris, ¿no es hermosa? Quería que la vieras, quería compartirla contigo... Ella es la fuente, la vida, y nosotros vamos a beber de ella...»

Durango alargó los dedos y acarició la piel desnuda de la joven prisionera. Era muy bella. Rodeada de aquel ambiente opresivo y oscuro, relumbraba como una diosa. Sus ojos llameaban...

Cris también quiso tocarla, extendió los dedos y rozó su piel, suave

alabastro, pura e inmaculada... Rhina la miró. Sólo fue un instante, pero Cris sintió que alcanzaba su alma y su pensamiento. Fue como un soplo fresco... Entonces se topó con los dedos de Durango, y éste los enredó con los suyos. La fresca sensación que Rhina había despertado en ella desapareció.

La mano húmeda de Durango estaba helada. Sonrió, y Cris le devolvió la sonrisa. Se besaron allí, delante de la mujer. Luego Durango la arrastró consigo y la cogió en brazos.

«...eres mía, Cris... No creas que vas a ir a ninguna parte...»

Sin embargo, en ese mismo momento, algo empezó a cambiar... Primero hormigueó en la punta de sus dedos, con los que había acariciado la piel de Rhina. Su nombre se abrió paso en su conciencia adormecida, y una fresca y vital corriente purificadora serpenteó por su organismo, barriendo poco a poco el efecto de la «escopolamina». Su corazón bombeó con fuerza, liberándose poco a poco...

«...ayúdame, Cris...»

Una voz cristalina tintineó en su interior, clara como el agua de un arroyo.

Se abrazaba a Durango mientras él la llevaba en brazos. Tenía la cabeza reclinada sobre su pecho y él besaba su pelo con ternura. Aún le deseaba, aún se estremecía con cada caricia... El pasillo se acabó, y se adentraron por una escalera estrecha que ascendía hacia la superficie.

Durango se detuvo, la bajó al suelo y la enterró contra la pared, levantando sus brazos por encima de su cabeza para besarla, aplastándose contra su cuerpo. Cris respondió con pasión, anhelando sus labios, enredando su lengua con la de él... Arqueó las caderas y buscó las suyas, mientras aquel vertiginoso fuego que la consumía bramaba en su sexo casi dolorosamente. El deseo la consumía...

«...ayúdame... *Libérate...*»

De pronto dejó de oír lo que Durango pensaba, no sabía si le estaba diciendo algo, aunque... su poder sobre ella persistía. Le sonrió cuando la soltó, jadeando, para continuar por las escaleras... Ahora Cris era consciente de lo que hacían. Registró el trayecto en su cabeza. Pronto descubrió que aquellas escaleras conducían a una vivienda antigua, normal y corriente. Una especie de almacén muy estrecho, en el que apenas cabían los dos, marcaba el final del camino. Había una puerta angosta de madera. Al abrirla, salieron al pasillo de la casa de Durango. Olía a cerrado, y todas las ventanas estaban cubiertas con mantas, de manera que la oscuridad del subterráneo se perpetuaba allí. El hedor dulzón estaba en todas partes, más fuerte que nunca, muy presente en el aire. Cris se mareó...

Durango no percibió el sutil cambio que empezaba a operarse en ella. La tomó de la mano y la llevó hasta su dormitorio.

«...*por favor, ayúdame...*», de nuevo aquella voz cantarina, suplicando desde las profundidades, «*libérate...*»

Pero por el momento sólo era una víctima más, no podía resistirse...

Cuando Durango la tendió sobre su cama y empezó a desnudarse, Cris cerró los ojos y se retorció, quitándose también la ropa. La camiseta, el pantalón de pijama con el que la había sacado de su apartamento... Su cuerpo desnudo quedó a la vista. Extendió los brazos con languidez y aferró el cinturón de Durango para soltarlo...

De pronto él perdió la sonrisa. Miraba sus cicatrices, largas, blancas y retorcidas, marcando su piel. Algo cambió, como si acabara de ser consciente de lo que le había hecho a la mujer que creía amar. Fue a tocar esas marcas de la muerte, pero apartó la mano como si quemasen, y su semblante se crispó.

—...no es culpa mía —murmuró—... No te conocía...

También Cris cambió. Se paralizó, cuando al fin dejó de estar bajo los efectos de la «escopolamina». Fue como despertar de un sueño, el deseo, la pasión, se extinguieron como el fuego que sofoca el agua... consciente de dónde estaba y de lo que había estado a punto de ocurrir...

«*Libérate...*», repetía una y otra vez la voz de Rhina, más y más fuerte en su conciencia.

¿Qué debía hacer? Se incorporó sobre los codos y prolongó la farsa, no muy segura de lo que Durango esperaba de ella. Allí, sobre la mesilla, vio una bandeja con comida. Había un cuchillo pequeño. Se tumbó de nuevo y levantó los brazos sobre su cabeza, retorciéndose... Su mano izquierda agarró la almohada, la soltó, serpenteó sobre ella... y en un movimiento rápido se apoderó del cuchillo.

—Perdóname...

Durango tiró de ella para que se levantara, y la besó con rudeza, en los labios, en el cuello... Fue bajando por la garganta, aferró sus pechos con aquellas manos repulsivas... Cris ahogó un gemido de horror. Ése era el hombre que había asesinado a sus seres queridos... Por Ruby, por Max, por Daniel...

Alzó la mano que empuñaba el cuchillo y, sin vacilar, le asestó una puñalada en la espalda.

Durango se arqueó y aulló de dolor. La soltó. Se echó atrás, con los ojos desorbitados, desconcertados. Cris le apuñaló una segunda vez, en el vientre. Durango boqueó...

—...jódete cabrón...

Cris saltó de la cama y corrió, semidesnuda y descalza, hacia la puerta de entrada. Pero estaba cerrada con llave, las ventanas tapiadas... Un rugido gutural hizo que reaccionara a tiempo. El almacén... Atravesó el pasillo como una bala y se metió en él. De nuevo al subterráneo, a la oscuridad...

«...libérate, libérame...»

La escalera bajaba y bajaba por el angosto pasadizo. Cris apoyaba ambas manos en las paredes de ladrillo, con la cabeza casi rozando el techo

abovedado. Había una luz cada tramo de cincuenta metros, insuficiente y trémula, de manera que se veía obligada a imaginar por dónde iba. Aún así corrió escaleras abajo, adentrándose en la tierra. A su espalda oyó un aullido de rabia. Durango estaba vivo, no tardaría en ir tras ella...

Al fin alcanzó el túnel por el que la había llevado. Recordaba vagamente cómo llegar hasta la mazmorra donde tenía prisionera a Rhina. Tenía que llegar hasta ella, antes de que fuese demasiado tarde.

—¡¡Cris!! ¡¡Putá!!

Ya venía.

Se escucharon sus pasos. Bajaba a toda prisa por la escalera... Cris sofocó un gemido de angustia y se apresuró por el pasadizo, pisando con los pies descalzos el hormigón encharcado. Pegada a la pared discurría una corriente de aguas sucias, oscura y hedionda. Algunas ratas se cruzaron con ella, indiferentes a su presencia. Corrió y corrió, obligándose a recordar cuando corría por los bosques, entre los árboles, respirando el aire puro de la montaña...

Balanceó los brazos y alargó la zancada. No podía sucumbir al miedo, corría entre los árboles, con Max a su lado, era rápida, veloz, su cuerpo respondía bien, sus pulmones eran grandes...

De pronto el túnel se vio invadido por las plantas. Trepaban por las paredes, cubriendo el techo, el suelo... Grandes flores se abrieron ante sus ojos... O no, era en su imaginación... Una suave luz iluminó su recorrido. El

agua pútrida de la corriente se transformó en un suave arroyo de aguas cristalinas...

«Libérate, libérame..»

Rhina. Era ella la que inducía aquella visión en su mente, para ayudarla. Cris sintió que el aire se volvía fresco, vivificante, olía a rosas, a dulce hierba, a musgo...

—¡¡Puta!! ¡¡Joder!! ¡¡hija de puta!!

Durango corría tras ella, se acercaba. Cris reanudó su carrera contrarreloj... Más allá, vislumbró la entrada a la mazmorra de Rhina. ¡Iba a lograrlo!

Salvo que no encontrara la salida... ¿Cómo iba a hacerlo? Se perderían en aquel laberinto de hormigón... Las dos.

Rhina estaba sobre la camilla, en la oscuridad, atada con correas, aún enchufada a aquella máquina odiosa que succionaba su sangre.

—...mierda...

Ya no veía plantas, sino la realidad.

Muy nerviosa, acuciada por los gritos de Durango, cuyo eco amortiguaban los muros de hormigón, Cris se apresuró a soltar las correas, una por una... Cuando empezaba a quitarle las vías que conectaban su torrente sanguíneo a la máquina, oyó una carcajada sorda y grave a su espalda. Durango estaba allí, riéndose de ella, y de su patético intento por escapar...

Capítulo 48



Una cerveza era lo que necesitaba. Dávila bebía sentado en el pasillo, a oscuras, mientras fuera llovía con fuerza. Acababa de volver a casa y aún tenía el pelo y la chaqueta mojados. No se había molestado en secarse. Tampoco le importaba, lo que quería era abstraerse con su botellín de cerveza, bebiéndola a pocos mientras dejaba pasar sus pensamientos.

Desde el ventanal de su salón llegaba el ruido de la tormenta. Eran las nueve de la noche y el cielo era negro y turbulento sobre Arroyomolinos. Le gustaba vivir allí, lejos del bullicio de Madrid, lejos de la central, del trabajo y de los problemas. Por eso había escogido aquel chalet, porque era un lugar tranquilo, un refugio donde aislarse del mundo...

Desde luego lo había logrado. Estaba solo.

Se llevó la cerveza a la boca y bebió un trago largo, con los ojos fijos en el jardín al otro lado del ventanal. Sandra lo había arreglado, llenándolo de flores. Había plantado un nogal que ahora se erguía fuerte y frondoso. Sus ramas se agitaban con el viento.

La casa era grande y espaciosa. Los sonidos discurrían libremente a través de las distintas estancias, y por la escalera, desde el garaje hasta la buhardilla. La sentía vacía sin Sandra y Poup.

Sin embargo ahora no pensaba en ellos. Pensaba en Cris Stoian, en si aún seguiría con vida, en si tendría la oportunidad de decirle lo que sentía.

Aún no habían localizado el subterráneo de la grabación del reloj de Jacobo Balaguer, y sin la matrícula de la furgoneta tampoco podían identificar a su dueño. Peralta y Múgica se habían hecho con los documentos de Martín Espronceda, y habían encontrado una partida de nacimiento y mucha información sobre un tal Andrea Olimar. Habían llegado a la conclusión de que era Olimar quien había estado extorsionando a Balaguer, y no Sebastian Ciobotar. Además, y esto era lo que había despertado las alarmas en la unidad, había estado relacionado con las monjas del convento que se incendió. Las capuchinas, dentro de sus labores de asistencia social a los más necesitados, habían atendido a Olimar siendo un niño, e incluso lo habían tenido durante un tiempo en el convento, pero se había escapado en múltiples ocasiones y al fin había desaparecido. Espronceda había conseguido una fotografía del chiquillo cuando tenía siete años... Se parecía de forma alarmante a Durango, al falso Durango. De hecho, era su vivo retrato... De modo que, sin pretenderlo, habían descubierto la verdadera identidad del misterioso amigo de Cris.

¿Por qué se había interesado en ella? ¿La había conocido antes y Cris no lo recordaba?

Por lo visto todos los caminos conducían al convento de las capuchinas. Requena estaba siguiéndole el rastro a Olimar. Aunque no estaba fichado, era posible que llegaran a averiguar si en tráfico constaba alguna furgoneta negra a su nombre. ¿Dónde había adquirido tantos conocimientos? ¿Qué había estado haciendo después de salir del convento? ¿Quién era Andrea Olimar? Era un misterio, pero todos pensaban ya que era el autor de los suicidios, el «cocinero» que había elaborado aquella droga letal, y el

causante de la desproporcionada invasión de la naturaleza en la ciudad.

Un timbrazo despertó ecos en toda la casa. Dávila, que había cerrado los ojos y apoyaba la cabeza en la pared, dejó el botellín de cerveza en el suelo y escuchó. Enseguida hubo otro timbrazo, esta vez más insistente. Soltó un improperio y se levantó de mala gana. No quería visitas, no quería ver a nadie.

Cruzó el pasillo y llegó al recibidor. A través de la mirilla de la puerta distinguió una figura envuelta en un chubasquero. Un gran paraguas rojo le impedía ver de quién se trataba. Abrió la puerta.

Era Sandra. Y llevaba a Poup atado con la correa. Dávila no comprendía.

—¿Vas a quedarte ahí parado? Lluve mucho, ¿nos dejas pasar?

Se apartó, y su exmujer y el perro entraron dejando el suelo del recibidor lleno de agua. Sandra soltó a Poup, un alegre mestizo color chocolate, y éste se abalanzó sobre Dávila, tan entusiasmado, que se meó. Gimoteaba meneando el rabo, frotándose contra sus piernas, buscando sus caricias...

—...vaya, lo siento... Siempre hace lo mismo, en cuanto te ve... ¿Dónde tienes la fregona? Es igual, supongo que estará donde siempre...

Sandra desapareció en la cocina, mientras Davila apartaba a Poup del

charco de orina y se lo llevaba al salón, tratando de tranquilizarle. Oyó que Sandra limpiaba el recibidor.

—¿Por qué no enciendes la luz? —preguntó cuando acabó.

Dávila estaba junto al ventanal, mirando la lluvia y el nogal. Sandra era alta y rubia, de cabello liso y ojos azules. Le miró con cierta turbación.

—Mírate... Sigues igual... ¿Estabas celebrando algo?

Señaló la solitaria cerveza en el pasillo.

—...no tengo mucho que celebrar...

Sandra avanzó unos pasos. Estaba muy guapa, con el cabello revuelto y húmedo y las mejillas encendidas a causa del frío y la lluvia. A Dávila le gustaba la forma en que se le abría el chubasquero y dejaba a la vista sus formas femeninas. Se perdió por un momento en sus ojos, familiares, queridos, conocidos... Ella detectó sus emociones y se animó a continuar aproximándose un poco más... Se puso de puntillas y le besó en los labios. Como no obtuvo respuesta, insistió, y al fin él reaccionó y la estrechó entre sus brazos, devolviéndole el beso. Sí, echaba de menos aquello... Sandra se pegó a él y tanteó su boca con la lengua, tensa y ardiente. Empezó a jadear, más y más excitada.

De pronto Dávila la apartó. Aquello era un grave error. Sólo sentía nostalgia, igual que ella.

—¿A qué has venido, Sandra?

Ella se quedó un instante sin palabras, sofocada y con la respiración aún agitada. Había decepción en sus ojos.

—¿A mi marido? —le soltó con cierto resquemor—... Perdona... Perdona... Aún me comporto como si —hizo un gesto con la mano. Ahora estaba avergonzada—... Me he dejado llevar, supongo... Creía que tú, bueno...

No sabía qué más decir.

—Tienes pinta de estar cansado...

—Lo estoy...

—Mucho trabajo, ¿eh?

—Ya lo sabes...

Dávila no quería ser frío con ella, pero tampoco quería dar pie a confusiones.

—Bueno... Oye, no he venido a otra cosa que a devolverte a Poup, en serio. Alex, nunca debí llevármelo, el perro es tuyo, siempre fue tuyo, perdóname, por todo —Dávila la miró de hito en hito—... No quiero ser la bruja mala, así que...

Le tendió la correa y dejó caer la mano. Poup se sentó junto a Dávila, pegado a su pierna, y levantó las orejas, como si comprendiera lo que estaba pasando.

—¿Te... parece bien?

—Gracias Sandra...

—No, no... Tenía que haber hecho esto hace mucho tiempo. En fin, eso era todo, tengo que irme. Me esperan fuera... Cuídate Alex. ¡Adiós Poup!

El perro ladró, pero no se movió de su sitio.

—Te acompaño...

Dávila se fue con ella hasta la entrada y le abrió la puerta. El suelo estaba recién fregado y olía a detergente.

—Hasta pronto, y duerme un poco...

Sandra le besó fugazmente en la mejilla.

—Cuídate cariño... —le susurró al oído.

Cogió su paraguas y salió a la lluvia nocturna. Una ráfaga de viento hizo que se le doblara y tuvo que cerrarlo. Bajó las escaleras y corrió hasta un coche dolor burdeos que aguardaba aparcado junto a la acera. Dávila levantó la mano para saludar. Vio que había un hombre al volante. ¿Quién era? ¿Estaba Sandra rehaciendo su vida? ¿Y qué si lo estaba haciendo? Tenía derecho a ser feliz...

Permaneció en la puerta, aún algo desconcertado. A su lado Poup gimió, meneó el rabo y le miró con esos cálidos ojos castaños que tanto había echado de menos.

—Bienvenido a casa, amigo —le sonrió.

En ese momento se acercó por la carretera un coche patrulla. Era Sandoval.

—...hoy es el día de las visitas... —rezongó malhumorado.

Esperó a que el inspector bajara del vehículo, preguntándose el porqué de su aparición. Le constaba que odiaba tener que ir hasta Arroyomolinos. Siempre le recriminaba que hubiese decidido instalarse tan lejos del centro.

—Joder, menudo tiempecito —se quejó Sandoval. Se limpió los zapatos en el felpudo—... ¿Ésa era Sandra?

Dávila asintió.

—Ha venido a devolverme a Poup —se encogió de hombros.

—¡Vaya! —el inspector se quedó mirando cómo se alejaba el vehículo en el que la había visto subir—. Bueno, era cuestión de tiempo que lo hiciera, ¿no?

—Supongo que sí. Entra. ¿Ha pasado algo?

—En realidad, sí. Castillo ha localizado a la monja, la de la grabación de Daniel Stoian —al instante un reguero de adrenalina sacudió el cuerpo de Dávila. Había esperado oír buenas noticias los últimos días, y ahora...—. Múgica va a ir a verla mañana. Al parecer está ingresada en una residencia de Fuenlabrada. Va a preguntarle por Andrea Olimar, a ver qué nos cuenta...

Dávila le llevó al salón. Recogió por el camino su cerveza.

—¿Quieres una?

—Por favor...

El inspector se desplomó en una butaca y soltó un profundo suspiro. Estaba tan agotado como Dávila. Trabajaban a un ritmo frenético. Los miembros de la unidad acumulaban muchas horas sin dormir, y la presión empezaba a hacer mella en el ánimo de todos. Cuando Dávila le entregó una cerveza fría, se lo agradeció con una sonrisa.

—Vives en el culo del mundo —se quejó—... ¿Por qué Arroyomolinos?

Dávila sonrió.

—Siempre me preguntas lo mismo, y siempre te contesto lo mismo... Me gusta estar tranquilo.

—Poup parece contento de haber vuelto.

Dávila sonrió y acarició su pelaje, aún mojado por la lluvia.

—¿Has visto a tus hijas?

Sandoval llevaba cuatro años divorciado, y su exmujer le estaba poniendo las cosas difíciles. Apenas veía a sus hijas de siete y nueve años de edad.

—Llevo dos meses sin verlas.

—Acabará por quitarte la custodia si no andas con ojo —le advirtió Dávila.

—Lo sé... Este caso del demonio va a acabar conmigo... Mi mujer ya me odia bastante, y yo no hago más que darle la razón. En fin, supongo que sabíamos lo que hacíamos cuando escogimos esta profesión, ¿no?

Dávila bebió por toda respuesta.

—Pero creo que pronto podremos descansar... He venido a decirte que por fin tenemos localizado el subterráneo —anunció de pronto. Dávila dejó la botella y se envaró, tenso y alerta—... ¡Ey, ey! Tranquilo...

—¡Joder! ¿Dónde está?

—Requena me ha llamado a mí primero, en cuanto lo ha sabido. La unidad de apoyo de subsuelo de la policía se ha puesto en contacto con él. Creen que pueden guiarnos hasta allí con bastante precisión. Por lo visto han logrado deducirlo gracias a los grafitis que se aprecian en las imágenes. Un operario del alcantarillado les ha dado la pista. El tramo que aparece en la grabación corresponde a una sección ubicada bajo la calle Carlos III, una galería retorcida y peligrosa que no aparece en los planos oficiales. No la conocen bien, por eso no estamos ya allí. Dicen que se puede acceder al subsuelo desde algunas viviendas particulares, lo que significa que nuestro hombre podría vivir en esa misma calle —se refería a Andrea Olimar, aunque aún no tuvieran pruebas que le acusaran a él directamente—... Mañana

planificaremos la operación. Si nos precipitamos lo echaremos todo a perder...

—Pero Stoian estará ahí abajo...

Ahora que sabía dónde encontrar a su compañera, Dávila se había reactivado y ardía en deseos de ir a buscarla, si bien reconocía que montar una operación de noche y sin conocer esos túneles era extremadamente peligroso, temerario. Se tragó su ansiedad.

—Necesito que descanses. Mañana va a ser un día difícil.

Dávila soltó un bufido. Dormir, ¿cómo iba a poder dormir? En su mente brillaba con letras de neón el nombre de Andrea Olimar. Cris estaba en sus manos. Sólo esperaba llegar a tiempo.

—¿A qué hora?

—...he convocado al equipo a las siete y media de la mañana en la central —Sandoval puso una mano en su hombro—... Stoian es fuerte, la encontraremos...

Se levantó entonces y dejó su cerveza a medio terminar sobre una mesita. Poup se acercó a olerle los pies, ajeno al mundo en el que se movía su dueño como inspector de homicidios.

—Gracias por venir, Sandoval.

—Una llamada hubiera bastado, pero quería ver cómo andabas. Sé que lo de Stoian no te está resultando fácil.

Cuando Sandoval se hubo marchado, Dávila decidió darse una ducha. Necesitaba relajarse si quería levantarse fresco al día siguiente. Se quitó la chaqueta y la arrojó sobre el sofá. Luego subió las escaleras y se deslizó en su dormitorio, con Poup siempre pegado a él. Le gustaba la sensación de tenerle de nuevo en casa.

«...*gracias Sandra...*», pensó mientras se desnudaba y se metía en la ducha. El agua caliente se deslizó por su piel como un bálsamo redentor. Cerró los ojos y dejó que el chorro cayera a presión sobre su cabeza. Recordó todo aquel tiempo buscando a Cris, el día que trató de alcanzarla en el parque del Retiro, siempre había sido rápida, y se le había escapado... Cuando la detuvo, y se dio cuenta de que no sabía quién era... Se juró que si la rescataban con vida, hablaría con ella. Era hora de pasar página, quería hacerlo. ¿Por qué no iba a funcionar?

Media hora después se secaba con una toalla. Poup aguardaba pacientemente en la puerta del baño. Su silueta negra destacaba, con sus orejas dobladas y sus ojos marrones... Le recordó a Max, y la amargura anidó en su corazón. Sandoval le pedía que se relajara, que descansara, pero cómo hacerlo cuando sabes que tu compañera y amiga, la mujer que amas, está en manos de alguien capaz de hacer algo así. La larga lista de chicos y chicas jóvenes, asesinadas... se extendía en su memoria como un sudario espantoso que estaba marcándoles a todos.

Madrid contenía el aliento, expectante. La ciudad entera, siempre

llena de vida, sus gentes, confiaban en que pudieran acabar con la pesadilla, con el temor a que alguien más desapareciera sin dejar rastro...

Apagó la luz, se puso una camiseta limpia y unos calzoncillos. Se deslizó en la cama. La lluvia golpeaba los cristales, formaba regueros desiguales cuyo reflejo bailaba en el techo. ¿Qué estaría haciendo Cris en ese momento?

Poup se subió de un brinco y se acurrucó en su regazo, lamiendo sus manos con profusión. Sentir su calor, su pelaje suave, acariciarlo y dejar que le diera cariño... Dávila agradeció de nuevo a Sandra que hubiese tenido el detalle de devolverle a su mejor amigo. Que hubiera aparecido precisamente aquella noche, había sido poco menos que un capricho divino. Dávila no era religioso, pero esa noche rogó por Cris. Se llevó la mano al pecho. Debajo de la camiseta, tatuada en la piel formando una curva en torno al corazón, llevaba una frase «*La libertad está dentro de ti*».

Capítulo 49



Cuando el reloj despertador sonó, a las seis de la mañana, a Dávila le costó reaccionar. Su mente se resistía a emerger del reparador sueño en el que se había sumergido. Aún necesitaba descansar... Pero el insistente pitido le obligó a abrir los ojos y despertar al nuevo día... Era de noche. La casa estaba silenciosa y tranquila. Poup alzó la cabeza y le observó con curiosidad...

Cris... La operación...

Dávila espabiló de golpe. Apartó las mantas y salió del cálido lecho. No tenía mucho tiempo. Se vistió a toda prisa, se tomó un café, y sacó al perro.

—...lo siento Poup, hoy va a ser un día muy largo para ti...

A las siete y media de la mañana la central de la policía nacional hervía de actividad. Había llegado por los pelos, por una vez, vivir en Arroyomolinos le había sacado de quicio, cuando el denso tráfico le había hecho perder un tiempo precioso. El equipo de Sandoval ya estaba en la sala de reuniones. Todos salvo Múgica, que estaba camino de Fuenlabrada. También habían ido llegando algunos miembros de la unidad de subsuelo de la policía, designados para ayudar en la operación. Junto a ellos aguardaba pacientemente un anciano, encorvado y menudo, que al menos rondaría los

noventa años de edad. ¿Quién era? Sus ojos brillaban con algo parecido al orgullo y la ilusión. Dos operarios del alcantarillado estaban a su lado, tal vez aquellos tres hombres eran los que habían ayudado a identificar los grafitis de los túneles que se veían en la grabación en la que Requena y Dávila habían estado trabajando con tanto ahínco.

Había esperanza en los rostros cansados de la unidad de Sandoval. Por fin iban a hacer algo, un paso adelante. El nerviosismo se había extendido por la sala, y un murmullo expectante circulaba entre los presentes.

Dávila observó en silencio. Se había situado en su lugar de costumbre, junto a Requena a su derecha, y Castillo a su izquierda. El reloj daba las siete y treinta y ocho cuando Sandoval al fin entró en la sala. Un miembro de la guardia civil le acompañaba, además de un civil cuya ficha identificativa, que colgaba de su cuello, le señalaba como miembro del CIB. ¿Qué pintaba allí el CIB?

Sandoval saludó con gravedad, y enseguida desplegó un plano sobre la mesa. Correspondía a la calle Carlos III y alrededores, pero no era un plano convencional. Era un trazado de los pasadizos y galerías conocidos de la zona, bajo el suelo, el universo de oscuridad oculto bajo Madrid. Con líneas discontinuas aparecía un entramado de túneles cuya existencia y recorrido no eran oficiales. El inspector señaló con un rotulador el tramo que les interesaba.

—...Os presento al capitán Daniel Alcántara, de la unidad central operativa de la guardia civil. Van a colaborar en la operación, que, como sabéis, tiene por objeto acabar con los crímenes que vienen asolando nuestra ciudad. También estamos trabajando con la unidad de subsuelo de la policía, dado su conocimiento de los subterráneos que tenemos bajo nuestros pies. Ha sido gracias a ellos, y a los operarios del alcantarillado, que hemos podido

localizar el lugar exacto donde buscar. Hemos preparado una línea de actuación para la que va a ser la acción más delicada a la que nos hayamos enfrentado.

»El área que nos interesa controlar es la que hemos marcado en el plano, porque es ahí donde, según el parecer de los operarios del subsuelo, aquí presentes, se encuentran los grafitis que aparecen en la grabación extraída del reloj de Jacobo Balaguer.

»El objetivo de esta actuación es encontrar y detener a Andrea Olimar, sospechoso de haber inducido los suicidios, y, por supuesto... rescatar a nuestra compañera.

—¿Quién es él? —inquirió Peralta, señalando al anciano.

Todos pensaban lo mismo, pero nadie se había atrevido a preguntar. Habían esperado que Sandoval lo aclarara antes o después.

—Os presento a Pepe —el buen hombre saludó con la cabeza—... Pepe es un gran conocedor del alcantarillado, ha pasado media vida arrastrándose por él como forma de ganarse la vida. Realmente es él quien nos ha traído hasta aquí... Va a acompañarnos.

—...desde los trece años —añadió Pepe con orgullo—.... Los buscadores de oro, nos llamaban...

Hubo un silencio generalizado.

—...No veo cómo nos va a ayudar —se quejó Peralta—... Es decir, todos valoramos que nos haya traído hasta aquí, por supuesto, pero... con todos mis respetos hacia usted, Pepe, está usted muy mayor, será más un estorbo que una ayuda...

—Ya, Peralta, pues Pepe va a bajar con nosotros —aseguró Sandoval con severidad—. Le he traído para que nos guíe a través de ese subterráneo... Además, contamos con la ayuda de otros dos operarios. Ellos conocen casi tan bien como él el subsuelo.

—...una vez me llamaron para sacar a un niño de las alcantarillas de Moratalaz —aseguró Pepe—... porque yo era capaz de meterme en cualquier sitio, incluso donde nadie se atrevía. Me ganaba la vida con ello... Dientes de oro, pulseras, anillos, no os hacéis una idea de lo que puede acabar bajo el suelo...

—Pepe va a ser nuestros ojos ahí abajo.

—No deja de tener noventa años... —se quejó Peralta.

—Por mí no te preocupes hijo, no voy a ser un estorbo. Aquí donde me ves, aún tengo energía para dar y tomar...

—Ahí abajo no hay cobertura, no existe la posibilidad de que nos comuniquemos con él a través de una unidad móvil, así que es imprescindible.

A Peralta no le hacía gracia la idea. A su juicio, si los dos operarios que le habían acompañado conocían las redes subterráneas, podían prescindir de Pepe. Pero se guardó su opinión.

La reunión se convirtió a partir de ese momento en un interesante recorrido por las galerías que se escondían bajo la calle Carlos III. Entre los operarios, Pepe y los policías de la unidad de subsuelo, hicieron un croquis de lo que podían encontrar, redibujando el plano que Sandoval había desplegado sobre la mesa. Bajo sus indicaciones, aparecieron un sinfín de entramados, pasadizos, colectores y tuberías que antes no estaban...

Peralta no volvió a protestar. Escuchaba, asombrado como los demás, las perfectas indicaciones de Pepe. La memoria de aquel hombre era prodigiosa, y destilaba seguridad y orgullo, orgullo por conservar un conocimiento que pocos más poseían, orgullo por volver a ser útil después de tantos años.

Cada agente presente en la sala demostró su implicación. Todos estaban deseando acabar con aquel horrendo juego de la muerte, y desentrañar el aura de misterio que rodeaba los suicidios.

—...¿Qué hay de Rhina? —preguntó Dávila.

A aquellas alturas todos sabían quién era Rhina. Corrían muchos rumores sobre ella.

—Múgica está de camino a Fuenlabrada. Esperamos saber algo más de la hermana Rosario de un momento a otro. En principio suponemos que sí existe, que sigue con vida, y que presumiblemente puede estar ahí abajo. No obstante, dada su especial naturaleza, decidiremos cómo actuar a partir del testimonio de la hermana Rosario.

Dávila recordó que Cris se había mostrado preocupada por ella, por su seguridad. Había defendido hasta la saciedad que había que protegerla, ayudarla a ser libre, lejos de las personas. Sin embargo, en las palabras de Sandoval... se apreciaba más prevención que el deseo de ayudarla. O tal vez había recibido órdenes... Escudriñó al hombre del CIB presente en la reunión. Su participación cobraba ahora más sentido. No le gustó lo que le sugería su papel en el caso.

A las ocho se desplegó el operativo, en dirección a Carlos III. Pepe y los otros dos operarios fueron instalados en un furgón de la guardia civil. Según les había indicado el anciano, ese tramo de túneles no debería revestir peligro físico, puesto que se trataba de una red de pasadizos de más de un metro de altura, por donde incluso podrían caminar erguidos. No obstante, llevaban linternas y brújulas, por si acaso.

—...nadie tendrá que arrastrarse, ni hay tramos demasiado estrechos o con caídas peligrosas...

Pese a sus palabras y a la confianza que destilaba, entre los componentes del dispositivo había cierta inquietud. Desconocían a qué iban a enfrentarse, y la leyenda de Rhina, sumada a los escenarios naturales imposibles que estaban conquistando Madrid, hacía que tuvieran al menos un respetuoso miedo. Por eso Sandoval se empeñaba tanto en lograr que centraran su atención en Andrea Olimar y en Stoian.

Poco antes de acceder al alcantarillado, Múgica contactó con Sandoval, tal y como había prometido. Había tenido ocasión de hablar con Rosario, y ésta le había confirmado lo que ya sospechaban. Había reconocido al chico de la fotografía. Le recordaba bien, Andrea Olimar, porque había sido un niño problemático. Procedía de una familia adinerada afincada en Madrid, y siempre había sufrido un grave trastorno de la personalidad que le hacía muy peligroso, persuasivo, dominante e inteligente. No había vuelto a pensar en él durante muchos años, pero al ver su foto se había preocupado muchísimo. Había preguntado una y otra vez por qué le buscaban. Cuando el inspector preguntó a Múgica por Rhina, la agente le aseguró que Rosario había sido muy crítica, que se había alterado en extremo al saber que la policía estaba al tanto de su existencia, y que insistía una y otra vez en que debían dejar que se fuera. Dávila miró de soslayo al hombre del CIB, cuestionándose una vez más su papel en la delicada operación. Le vio apartarse y hacer una llamada. Luego murmuró algo al oído de Sandoval, y se marchó.

Iban a acceder al alcantarillado desde un viejo edificio abandonado de una calle cercana a Carlos III.

—...a partir de aquí, para llegar a la zona que se ve en el vídeo, hay dos posibilidades. Pepe nos ha asegurado que podemos dividirnos en dos grupos —les recordó Sandoval, extendiendo sobre el capó de uno de los vehículos el plano, para que todos lo vieran—. Aquí y aquí, por estos túneles lo tendremos todo controlado. Alcántara mantendrá las posibles salidas vigiladas desde el exterior. Dávila y Castillo, iréis con Pepe, dijo señalando al anciano, Peralta y Requena, conmigo y con Fermín y Santiago, señaló a los otros operarios. Quiero que estemos comunicados en todo momento por los transmisores. Al menor indicio de peligro, avisad. Y recordad, queremos capturar a Andrea Olimar vivo. No dejéis que se escabulla, aquí abajo sería muy fácil perderle... Demos gracias a los miembros de la unidad de apoyo

del subsuelo por sus aportaciones.

Cuando llegaron al punto desde donde iban a adentrarse en el subterráneo, descendieron por una escalera de mano que se adentraba unos treinta metros bajo tierra. Se encontraron en un túnel ancho, de techo bajo y abovedado, construido con ladrillo. Pepe les había asegurado que allí aún llegaría el alumbrado artificial, y tenía razón. También les dijo que encontrarían muchos tramos oscuros donde tendrían que utilizar las linternas, y que no debían separarse unos de otros. Tal y como había marcado en el plano, el túnel se dividía en varios pasajes más estrechos por cuyo suelo discurría una corriente de agua fangosa, cuyo hedor resultaba nauseabundo.

Se dividieron en dos grupos, internándose cada uno por donde Pepe les indicó. A partir de entonces, deberían seguir estrictamente los consejos de los operarios y del anciano, si querían sobrevivir. Perderse allá abajo era extremadamente fácil...

Dávila caminaba con Castillo a su derecha, pistola en mano. Pepe iba por delante con una linterna que alumbraba con buena potencia el estrecho pasadizo. Para la edad que tenía se movía con asombrosa agilidad, como si recordar sus viejos tiempos le insuflara una vitalidad extraordinaria. Se notaba que estaba disfrutando con aquel episodio inesperado al final de su vida.

Fueron ellos los primeros en llegar al lugar que buscaban. Dávila reconoció los grafitis en los muros. La furgoneta negra estaba allí.

—...estamos en el punto clave —informó Castillo a través del transmisor—... La furgoneta está aquí.

—Hasta ahora todo es tal y como nos lo han contado —aseguró Sandoval—. Id con cuidado, si todo va según lo previsto, deberíamos encontrarnos en una hora.

Dávila ya había tomado fotografías de la furgoneta y de su matrícula. La puerta trasera estaba abierta. Miró si llevaba carga. Estaba vacía. Las llaves estaban en el contacto. Las cogió y se las guardó.

—¿Por dónde habrá llegado hasta aquí con el coche? —preguntó Dávila.

Pepe se rascaba la cabeza.

—...no recuerdo que haya ningún pasaje con espacio suficiente como para que circule un vehículo, pero no conozco todas las galerías... Puede que hayan excavado algún tramo nuevo...

—Huele fatal... y no lo digo por el agua podrida, que también...

—Es ese olor, el que siempre acompaña a las víctimas...

—¿Por dónde, Pepe?

—Por aquí, con cuidado...

Les guió por uno de los túneles a su derecha.

—¿Qué hay en los otros?

—Colectores antiguos, ya no se usan. Para atravesarlos hay que arrastrarse... Creedme, no querréis meteros por ahí... ni yo tampoco.

Desde luego que no.

Apenas habían avanzado cincuenta metros, cuando escucharon un rumor extraño, como de algo que se arrastrara por el suelo.

—¿Sabe usted que haya animales aquí abajo?

—... a veces se cae un perro o un gato por alguna alcantarilla y se quedan atrapados, medio ciegos y algunos rabiosos...

—No creo que sea eso...

Se habían detenido y esperaban expectantes. Algo se aproximaba, reptando.

—Aquí Dávila... ¿Oís algo?

—Nada —contestó Sandoval—. Seguimos avanzando.

—Algo viene...

Entonces vieron que una enredadera crecía desde el fondo del pasadizo, cubriendo paredes, suelo y techo. Una corriente de aire limpio les golpeó en la cara.

—Tiene que estar cerca —murmuró Dávila excitado.

—¿Qué?

—Qué, o quién... Rhina. Esto ha de ser obra suya, fíjate en esas flores...

Castillo no dijo nada, pero pensó que había otra posibilidad. Que Stoian hubiera muerto, y que su sangre estuviera provocando aquella nueva explosión natural...

La enredadera pasó de largo y siguió su camino, invadiéndolo todo. Grandes flores se abrían a su paso, perfumadas y bellas. De pronto ya no necesitaron las linternas, una suave claridad lo llenaba todo. Pepe alargó una mano y acarició los pétalos de una de aquellas maravillosas flores, sin dar crédito a lo que veían sus ojos. La corriente de aguas negras que discurría a sus pies se fue aclarando, convirtiéndose en un arroyo cristalino...


—...magia... —murmuró.

Entonces oyeron un grito, y más tarde un alarido, que recorrió los túneles en todas direcciones.

—Por aquí —dijo Pepe.

Antes de que pudieran reaccionar, se lanzó pasillo adelante, con sus piernas arqueadas llevándole con inusitada energía.

Capítulo 50

 Estaban acorraladas, atrapadas en aquel subterráneo hediondo y olvidado. Cris vaciló, presa del pánico. Durango estaba malherido y ella desesperada. Entonces algo se revolvió en su interior.

No pensaba morir allí abajo.

Toda la rabia y el dolor llenaron su alma. Cuando vio que Durango enarbolaba el cuchillo que había utilizado para herirle, se abalanzó contra él y le desarmó de una patada. Estaba descalza, sólo unas bragas cubrían su desnudez, pero ahora recordaba su entrenamiento en la policía con claridad. Su instinto se había disparado. No había dudado en atacar primero, era lo que siempre le habían enseñado a hacer.

Mientras, Rhina, libre de sus ataduras y del sedante que la había mantenido aletargada, desplegaba el poder de la naturaleza. Cris saltó para derribar a Durango. Sin embargo, él era muy alto, fuerte, y estaba preparado. Pese a sus heridas, logró zafarse de su acometida y la agarró con sus potentes brazos. Tenía el rostro transfigurado por la frustración y el odio, sus ojos dorados relumbraban en la penumbra, y apretaba los dientes, gruñendo como un animal. Pesaba mucho más que Cris, y la derribó, poniéndose enseguida encima. Buscaba estrangularla con las manos mientras ella pataleaba y trataba de liberarse con toda su fuerza. Al fin Cris pudo levantar las piernas, las pasó por encima de la cabeza de Durango, y las entrelazó en torno a su cuello, haciendo palanca hacia atrás. Durango cayó de espaldas y soltó un

grito inhumano. Estaba fuera de sí...

Con un violento ademán se soltó. Se puso en pie. Cris también... Y entonces se abalanzó sobre ella y la empujó, con tal violencia, que la estrelló contra el muro cubierto de enredaderas. Cris se golpeó la cabeza y cayó desmadejada, sin sentido.

Durango sonrió...

Rhina se había sentado sobre la camilla. Había sido testigo de la pelea con el estupor pintado en su hermoso semblante. Se había quitado la última vía. Ya no estaba conectada a la máquina. Era libre... Sus ojos esmeralda se fijaron en Durango, profundos y misteriosos.

«...no podrás marcharte... No voy a permitirlo...», pensó él. Sabía que podía escucharle con el pensamiento.

Rhina se bajó de la camilla y dio un paso vacilante al frente. Una persona normal jamás se habría sostenido en pie tras años de inmovilidad, pero ella era especial... Tenía un aire desafiante. Su larga melena roja brillaba en la penumbra. Durante sus años de encierro había crecido sin impedimento, y ahora llegaba hasta el suelo, ondulante y vital. El cuerpo de Rhina, esbelto y pálido, era bellísimo.

Durango se sujetó el vientre herido con un lamento. Sangraba profusamente.

«...tú me curarás... bruja...»

Dio unos pasos y llegó hasta ella. Alargó una mano, cogió la suya, fresca y suave, y la obligó a reposar sobre su herida abierta. Al instante dejó de sangrar, y la carne empezó a cicatrizar...

Rhina gimió, dio un tirón y apartó la mano. Ahora estaba furiosa. Durango la golpeó con brutalidad, y la arrojó contra la máquina a la que había estado conectada. Las ampollas con su sangre cayeron al suelo y se rompieron... Durango no había acabado. Aulló de nuevo, furibundo, y se abalanzó sobre ella para volver a atarla a la camilla.

—¡Alto! ¡Andrea Olimar, quedas detenido, levanta las manos!

Dos agentes de la policía nacional le apuntaban con sus pistolas reglamentarias. Detrás había un extraño anciano. Durango les miró estupefacto. ¿Cómo le habían encontrado? De pronto se giró y se abalanzó sobre Castillo. Éste disparó, pero la bala pasó rozando su hombro y no pudo evitar su violenta arremetida. Cayeron los dos al suelo, luchando... Luego se oyó un golpe seco, y Castillo perdió el conocimiento.

Para entonces el líquido de las ampollas se había extendido por el suelo y su olor, muy fuerte, llenaba el ambiente, dulzón y denso...

Dávila fue el primero en reaccionar. Se sintió ebrio, lagrimeó, se le llenó la boca de un sabor acre, muy amargo, y se mareó... Recordó, mientras perdía el control, las imágenes de Jacobo Balaguer al oler las hojas de las plantas... No pudo reaccionar cuando Olimar le quitó la pistola de un

manotazo. Pepe se desmayó, incapaz de superar el efecto devastador de la sangre de Rhina, dispersa en el suelo.

Dávila cayó al suelo, mientras Olimar, que parecía inmune a las emanaciones que desprendía aquella sangre verde y espesa, empezaba a estrangularle...

Rhina estaba de pie tras ellos, como una diosa, sus ojos esmeralda refulgiendo en la penumbra, como dos astros luminosos...

Las enredaderas que lo llenaban todo extendieron sus ramas leñosas desde el suelo y se alzaron, como dedos arácnidos, cuerdas vegetales con vida propia... Se enredaron sinuosamente en las piernas de Olimar y fueron trepando por ellas, oprimiendo sus pantorrillas, sus muslos... Olimar continuaba apretando la garganta de Dávila, gruñendo... Las trepadoras alcanzaron su cadera y subieron por su pecho, en un abrazo mortal... atraparon sus brazos, obligándole a soltar su presa, y se enlazaron alrededor de su cuello...

—Rhina, ¡no! —Dávila, libre de la asfixia, comprendió lo que estaba haciendo. Olimar se ahogaba ya, con el rostro amoratado, mientras las trepadoras estrechaban su abrazo alrededor de su cuello— ¡Atención! ¡Ayuda! ¡Ayuda!

El transmisor chasqueó, no estaba seguro de que Sandoval le hubiese oído, y tampoco recibió respuesta de su parte.

Durango murió en poco minutos. Su cuerpo cayó de medio lado,

completamente cubierto por las enredaderas...

Dávila se quedó helado... Luego miró a Rhina. El aire se había vivificado, como si hubiese hecho algo para limpiarlo. Si no, él hubiese estado inconsciente... Aún aturdido, quiso levantarse, pero aún estaba algo mareado y vaciló...

Rhina le observaba curiosa, atenta a su reacción... como un ente sobrenatural. ¿Qué iba a hacer? Sus ojos esmeralda suplicaban.

Pepe se agitó. Al poco se incorporó, frotándose los ojos...

—Pepe, Pepe, ¿está bien?

El anciano asintió, tosiendo un poco.

—...aturdido hijo...

Miró el cuerpo de Olimar, estrangulado por las plantas, a Castillo, aún sin consciencia... y por último a Rhina, deslumbrante en aquel angosto espacio. Se quedó anonadado, impresionado por su figura majestuosa, tan bella...

Dávila también la miraba, anonadado. Cris había tenido razón, Rhina era un ser especial, algo maravilloso que no comprendían... Pensó un momento... Le urgía tomar una decisión.

—...llévesela, Pepe... Sáquela de aquí, ¿podrá hacerlo?

Dávila acababa de tomarla. No iba a permitir que los del CIB se la llevaran.

—...pero... ¿y a dónde quieres que la lleve?

—Sáquela de aquí y deje que se vaya... ¡Rápido!

Algo en su tono convenció al anciano.

—Pero, ¿y vosotros?

—Ya he avisado, la ayuda vendrá enseguida... ¡dése prisa!

Pepe se levantó como pudo. Al principio, con miedo y timidez, se acercó a Rhina. La invitó a acompañarle con una leve sonrisa llena de respeto, y ella pareció confiar en él. Alargó una mano y tocó su rostro. Una descarga eléctrica y vital recorrió al anciano de los pies a la cabeza. Pepe abrió los ojos y sonrió, lleno de júbilo, exaltado por la corriente de energía que ella le transmitía, ebrio de felicidad... Comprendió por qué Dávila le pedía que la llevara lejos. Ella se lo dijo. Su lenguaje universal inundaba su corazón.

Enseguida se volvió y abandonó aquel lugar, llevándose a Rhina consigo. Dávila les dejó ir. Sonrió... Estaba seguro de que hacía lo correcto.

—Cris... Joder, ¡Cris!

Gateó hasta la joven, que yacía con la cabeza torcida contra la pared. Puso dos dedos en su garganta, buscándole el pulso... Respiraba. Castillo volvió en sí... Gemía, desconcertado...

—Cris, ey, Cris... —Dávila palmeó sus mejillas, tratando de hacer que volviera en sí.

—¿Está viva? —Castillo se arrodilló a su lado, frotándose la dolorida coronilla—. ¿Qué ha pasado? ¿Y Olimar?

—Está muerto... Las plantas lo han matado... Cris, venga, Cris...

Dávila estaba angustiado. Ver a Cris semidesnuda, tirada en aquel agujero, le afectaba mucho. La cogió por los hombros y la incorporó con extremo cuidado, para apoyarla en su regazo. Se quitó la chaqueta y se la puso por encima.

Sandoval, Peralta y Requena tardaron veinte minutos en llegar. Si lo hicieron fue gracias a la pericia de los dos operarios que les acompañaban. No había sido fácil, el pasadizo por el que habían tenido que caminar estaba tan cubierto por la vegetación, que apenas habían logrado reconocerlo.

Al ver la escena, a Dávila y a Castillo inclinados sobre Stoian, temieron lo peor.

—Andrea Olimar está muerto —dijo Castillo levantándose. Dávila señaló el cadáver envuelto por las enredaderas.

—¿Y Pepe?

—No lo sé —Castillo se volvió hacia Dávila, y éste se encogió de hombros—... Se rompieron las ampollas de esa máquina y al verterse su contenido perdimos el sentido. No sabemos qué ha pasado con exactitud...

—¿Habéis llegado a ver a la muchacha?

Castillo meneó la cabeza. Aún estaba confuso, pero... por alguna razón, tenía la certeza de que Dávila había permitido que se fuera. Algo había pasado mientras él estaba inconsciente. Leyó en los ojos de su compañero un ruego velado.

—...Cuando llegamos no estaba aquí. Sorprendimos a Olimar cuando trataba de matar a Stoian...

Cris abrió en ese momento los ojos y se encontró con los de Dávila, cálidos y llenos de alivio. Dávila... De pronto comprendió que todo había acabado. Un fuerte dolor en su cabeza le recordó lo ocurrido.

—Alex...

Dávila sonrió y la estrechó contra su pecho, agradecido por haber llegado a tiempo...

—Y Rhina... —murmuró muy bajo, para que nadie más que él la oyera.

—Se ha ido —musitó él—... Es libre, no te preocupes.

Cris sonrió. Dávila deseaba que Pepe cumpliera su cometido y dejara a Rhina en libertad.

—Ya se ha acabado Cris, se acabó...

Epílogo



Correr por el parque del retiro siempre le había gustado. Hacerlo al amparo de los grandes árboles, perderse por sus senderos... Cris volaba con sus nuevas zapatillas de deporte, respirando rítmicamente. Llevaba el pelo suelto. Había recuperado su color natural. Poup saltaba a su lado sin esfuerzo. Sonrió, contenta de que Dávila lo tuviese de nuevo. No era Max, pero suplía en parte su ausencia y le llenaba el corazón con su leal cariño. Llevaba ahora su collar, como un recuerdo.

Jamás le olvidaría.

Solía pensar en él a menudo, en Ruby... a la que echaba de menos, tanto... que a veces se despertaba llorando... a Daniel, su hermano, su confidente... Había visitado su tumba para decirle que todo había terminado, y que ella estaba bien, más que bien...

Ya apenas sentía sus cicatrices, y la mancha de su muñeca empezaba a desaparecer.

Llevaba una hora corriendo. Había alcanzado de nuevo su tiempo habitual. Desde que todo había acabado había empleado un mes en recuperarse, y después había vuelto al cuerpo. Estaba orgullosa de sí misma, de haber logrado sobrevivir, de haber superado el trance por el que había tenido que pasar.

Por supuesto, pensaba muy a menudo en Rhina, y se preguntaba dónde estaría. La guardia civil la había buscado, sin éxito. Habían interrogado a Pepe, pero el anciano siempre había testificado lo mismo. Que se había despertado deambulando a ciegas por los túneles, y que no recordaba nada.

Nunca le había preguntado a Dávila por lo sucedido en realidad. No hacía falta.

Inspiró con fuerza, e imaginó a Rhina en el bosque, libre para ser lo que era, libre para llevar la vida y la belleza allá donde fuera...

La mensajera del bosque, sin duda eso era, la voz de la naturaleza, la naturaleza en sí misma, un ser único y maravilloso... A veces soñaba con ella, y cuando lo hacía despertaba henchida de felicidad. Tal vez sus pensamientos estaban conectados de alguna manera. Al fin y al cabo, había llevado su esencia en el organismo...

De su presencia quedaban en Madrid aquellos nuevos vastos espacios naturales, en Lavapiés, en Vallecas, en la M30... Al fin las autoridades habían tenido que ceder y permitir que coexistieran con la ciudad. Los madrileños disfrutaban de su belleza cada día, y ya contaban con numerosos defensores, que abogaban por la estimulación de un nuevo concepto de ciudad, más amigable con la naturaleza. Incluso los subterráneos se habían transformado: unas nuevas arterias discurrían bajo la ciudad, llenas de vida, purificadoras...

Si Pepe regresara allí abajo, le costaría reconocer el entorno en el que

se había arrastrado en su juventud para ganarse el pan.

Recorrió un tramo algo más tortuoso y empezó a ascender a través del sendero. Poup trotaba a su lado, feliz. La primavera avanzaba, y un hermoso día de sol iluminaba Madrid. Corría una ligera brisa.

Al final de la pendiente, vio a Dávila. La esperaba sonriente, con la correa de Poup en la mano.

A Cris se le aceleró el corazón nada más verle. Su compañero, su amigo... Le amaba como nunca hubiera creído que podría hacerlo. Claro que, siempre había estado enamorada de él.

Sonrió, se ruborizó, y apretó el paso, deseando enterrarse en sus brazos...